
literatura
LOS MEJORES
CUENTOS DE
PROSPER
MERIMÉE
De Vecchi

LOS MEJORES CUENTOS DE PROSPER MERIMÉE

ISBN: 9788431536657
Generado con: QualityEbook v0.71
Generado por: Fideo99, 27/11/2013

Visión de Carlos XI

VISION de Charles XI (1829)

> *There are more things in heav'n and earth, Horatio, than are dreamt of in your philosophy*[1].
>
> SHAKESPEARE, *Hamlet*

Uno se burla de las visiones y de las apariciones sobrenaturales; algunas, no obstante, están tan bien documentadas que, si uno se negara a creerlas, se vería obligado, para ser consecuente, a rechazar en masa todos los testimonios históricos. Un atestado, perfectamente redactado, acompañado de las firmas de cuatro testigos dignos de fe, garantiza la autenticidad del hecho que voy a narrarles. Añadiré que la predicción contenida en ese atestado era conocida y citada mucho antes de que los acontecimientos sucedidos en nuestros días hayan parecido cumplirla.

Carlos XI, padre del famoso Carlos XII, era uno de los monarcas más déspotas, uno de los más sabios que haya tenido Suecia. Restringió los monstruosos privilegios de la nobleza, abolió el poder del senado, y convirtió en leyes su propia voluntad; en una palabra, cambió la constitución de su país, que antes de él era oligárquico, y obligó a los Estados a entregarle la autoridad absoluta. Era, por lo demás, un hombre ilustrado, valiente, muy ligado a la religión luterana, de carácter inflexible, frío, positivista, completamente desprovisto de imaginación. Acababa de perder a su esposa Ulrica Eleonora. Aunque su dureza hacia esta princesa hubiera acelerado, según dicen, su muerte, él la estimaba y pareció más impresionado por su muerte de lo que habría podido

esperarse de un corazón tan seco como el suyo. Después de este acontecimiento se hizo aún más sombrío y taciturno que antes, y se entregó al trabajo con tal ahinco que ponía de manifiesto la necesidad que sentía de alejar de su mente algunas ideas penosas.

Al final de una velada de otoño se encontraba sentado, en bata y en zapatillas, ante un gran fuego encendido en su gabinete del palacio de Estocolmo. Tenía junto a él a su chambelán, el conde Brahe, al que honraba con su amistad, y al médico Baumgarten quien, dicho sea de paso, presumía de agnóstico y quería que se dudara de todo, excepto de la medicina. Esa noche el rey lo había mandado venir para consultarle acerca de no sé qué indisposición. La velada se prolongaba y el rey, en contra de su costumbre, no les daba a entender, dándoles las buenas noches, que era hora de retirarse. Con la cabeza inclinada y los ojos clavados en los tizones, guardaba un profundo silencio, aburrido de su compañía, pero temiendo, sin saber por qué, quedarse solo. El conde Brahe se había percatado ya de que su presencia no era muy agradable y en numerosas ocasiones había expresado el temor de que Su Majestad tuviera necesidad de reposo, pero un gesto del rey lo había retenido en su sitio. A su vez el médico habló del perjuicio que causan las vigilias a la salud; pero Carlos les respondía entre dientes: «Quédense, aún no tengo ganas de dormir». Entonces intentaron diversos temas de conversación que se agotaban todos a la segunda o tercera frase. Parecía evidente que Su Majestad se encontraba de mal humor y, en semejante circunstancia, la posición de un cortesano era bastante delicada. El conde Brahe, sospechando que la tristeza del rey procedía de la añoranza que sentía por la pérdida de su esposa, contempló durante algún rato el retrato de la reina colgado en el gabinete, y luego exclamó con un gran suspiro: «¡Qué acertado es este retrato! Miren esa expresión a la vez tan majestuosa y tan dulce…»

—¡Bah! —respondió bruscamente el rey, que creía oír un reproche cada vez que se pronunciaba ante él el nombre de la reina—. ¡Ese retrato es demasiado favorecedor! La reina era fea. —Luego, enfadado interiormente por su brusquedad, se levantó y dio una vuelta alrededor de la habitación para ocultar una emoción que le hacía enrojecer. Se detuvo ante la ventana que daba al patio. La noche era oscura y la luna se encontraba en cuarto creciente.

El palacio donde residen hoy los reyes de Suecia no estaba aún acabado, y Carlos XI, que era quien lo había iniciado, ocupaba entonces el antiguo palacio situado en el extremo del Ritterholm que mira al lago Mälar. Era un gran edificio en forma de herradura. El gabinete del rey se encontraba en uno de los extremos,

más o menos enfrente de la gran sala donde se reunían los Estados cuando debían recibir alguna comunicación de la corona. Las ventanas de esta sala parecían estar en ese momento iluminadas por una luz intensa. Eso le pareció extraño al rey. Supuso en un primer momento que el resplandor era producido por la antorcha de algún criado. Pero ¿qué habían ido a hacer a esta hora en una sala que desde hacía mucho tiempo no había sido abierta? Además, la luz era demasiado intensa como para provenir de una única antorcha. Se podría atribuir a un incendio; pero no se veía humo, los cristales no estaban rotos, no se escuchaba ningún ruido; todo hacía pensar que se trataba de una iluminación. Carlos miró esas ventanas durante un rato sin hablar. Mientras tanto el conde Brahé, extendiendo una mano hacia el cordón de una campanilla, se disponía a llamar a un paje para enviarlo a reconocer la causa de aquella singular claridad; pero el rey lo detuvo. «Quiero ir personalmente a esa sala» —dijo. Y al concluir esas palabras, se le vio palidecer, y su rostro expresó una especie de terror religioso. Pese a todo salió con paso firme; el chambelán y el médico lo siguieron llevando cada uno una vela encendida.

El portero, que era el encargado de las llaves, estaba ya acostado. Baumgarten fue a despertarlo y le ordenó, de parte del rey, que abriera al instante las puertas de la sala de Estados. La sorpresa de este hombre fue grande al oír esta orden inesperada; se vistió a la carrera y alcanzó al rey con su manojo de llaves. Primero abrió la puerta de una galería que servía de antecámara o de pasillo a la sala de Estados. El rey entró; pero ¡cuál no sería su asombro al ver las paredes completamente cubiertas de negro!

—¿Quién ha dado orden de decorar así esta sala? —preguntó con tono de cólera—. «Señor, nadie que yo sepa, —respondió el portero, completamente turbado—. La última vez que mandé barrer la galería estaba revestida de madera de roble como siempre ha estado… Ciertamente estos cortinajes no proceden del guardamuebles de Su Majestad». El rey, marchando con paso rápido, había llegado a los dos tercios de la galería. El conde y el portero lo seguían de cerca; el médico Baumgarten iba un poco detrás, dividido entre el temor de permanecer solo y el de exponerse a las consecuencias de una aventura que se anunciaba de una manera bastante extraña.

—¡No vayáis más lejos, Señor! —exclamó el portero—. Juro por mi alma que ahí dentro hay brujería. A estas horas… y después de la muerte de la reina, vuestra graciosa esposa…, se dice que ella se pasea por esta galería… ¡Que Dios nos proteja!

—¡Deteneos, Señor! —exclamaba por su parte el conde—. ¿No escucháis el

ruido que sale de la sala de Estados? ¡Quién sabe a qué peligros se expone Su Majestad!

—Señor, —decía Baumgarten cuya vela acababa de ser apagada por un soplo de viento—, permitid al menos que vaya a buscar a una veintena de alabarderos.

—Entremos, —dijo el rey con voz firme deteniéndose ante la puerta de la gran sala—; y tú, portero, abre rápidamente esta puerta». Él la empujó con el pie, y el ruido, repetido por el eco de las bóvedas, resonó en la galería como un cañonazo.

El portero temblaba tanto que la llave golpeaba la cerradura sin que lograra hacerla entrar. «¡Un soldado veterano que tiembla! —dijo Carlos encogiéndose de hombros—. ¡Vamos, conde, ábranos esa puerta!»

—Señor, —contestó el conde retrocediendo un paso— que Su Majestad me ordene marchar delante de la boca de un cañón danés o alemán, yo obedeceré sin dudar; pero es al infierno al que Vos queréis que desafíe.

El rey arrancó la llave de las manos del portero. «Veo bien, —dijo con tono despectivo—, que he de hacerlo yo mismo»; y antes de que su séquito hubiera podido impedírselo, había abierto la gruesa puerta de roble, y había entrado en la gran sala pronunciando estas palabras: «Con la ayuda de Dios». Sus tres acólitos, impulsados por la curiosidad, más fuerte que el miedo, o tal vez avergonzados por abandonar a su rey, entraron con él.

La gran sala estaba iluminada por una infinidad de antorchas. Unos cortinajes negros habían reemplazado a la antigua tapicería de personajes. A lo largo de las paredes se veían dispuestas en orden, como de costumbre, las banderas alemanas, danesas o moscovitas, trofeos de los soldados de Gustavo Adolfo. En medio de la sala se veían los estandartes suecos, cubiertos de crespones fúnebres. Una asamblea inmensa ocupaba los bancos. Las cuatro órdenes del Estado, se encontraban cada una en su fila. Todos estaban vestidos de negro, y esta multitud de rostros humanos, que parecían luminosos sobre un fondo oscuro, deslumbraban de tal forma los ojos, que ninguno de los cuatro testigos de esta escena extraordinaria pudo encontrar en este gentío un rostro conocido. Así como un actor situado frente a un público numeroso no ve nada más que una masa confusa, en la que sus ojos no pueden distinguir a un solo individuo. Sobre el trono elevado desde donde el rey acostumbraba a arengar a la asamblea, vieron un cadáver ensangrentado, revestido con los atributos de la realeza. A su derecha, un niño, de pie y con la corona puesta, se apoyaba sobre el trono. Estaba revestido con el manto de ceremonia que llevaban los antiguos Administradores de Suecia, antes de que Vasa la convirtiera en reino. Frente al

trono, numerosos personajes con actitud grave y austera, revestidos con largas túnicas negras, y que parecían jueces, estaban sentados delante de una mesa sobre la que se veían grandes volúmenes infolio y algunos pergaminos. Entre el trono y los bancos de la asamblea había un tajón cubierto con un crespón negro y al lado descansaba un hacha.

Nadie, en esta asamblea sobrehumana, pareció percatarse de la presencia de Carlos y de los tres personajes que lo acompañaban. A su entrada, no oyeron al principio nada más que un murmullo confuso, en medio del cual el oído no podía percibir palabras articuladas; luego, el más anciano de los jueces con túnicas negras, el que parecía desempeñar las funciones de presidente, se levantó, golpeó tres veces con la mano sobre un infolio abierto ante él. Inmediatamente después se hizo un profundo silencio. Unos jóvenes de buen aspecto, ricamente ataviados y con las manos atadas a la espalda, entraron en la sala por la puerta opuesta a la que acababa de abrir Carlos XI. Marchaban con la cabeza alta y la mirada firme. Detrás de ellos, un hombre robusto, revestido de una casaca de cuero marrón, sujetaba el extremo de las cuerdas que les ataban las manos. El que iba en primer lugar, y que parecía el más importante de los prisioneros, se detuvo en mitad de la caja, delante del tajón, que miró con soberbio desdén. Al mismo tiempo, el cadáver pareció temblar con un movimiento convulsivo y una sangre fresca y bermeja brotó de su herida. El joven se arrodilló, tendió la cabeza, el hacha brilló en el aire y cayó enseguida ruidosamente. Un arroyo de sangre salpicó el estrado y se confundió con la del cadáver; y la cabeza, rebotando varias veces sobre el pavimento enrojecido, rodó hasta los pies de Carlos, que tiñó de sangre.

Hasta ese momento la sorpresa lo había dejado mudo; pero al contemplar este horrible espectáculo, «su lengua se soltó»; dio algunos pasos hacia el estrado y, dirigiéndose a la figura revestida del manto de Administrador, pronunció valientemente la fórmula bien conocida: Si vienes de parte de Dios, habla; si vienes de parte del Otro, déjanos en paz.

El fantasma le respondió lentamente y con un tono solemne: «Rey Carlos, esta sangre no correrá durante tu reinado… (aquí la voz se hizo más confusa), sino cinco reinados después. ¡Maldita, maldita, maldita sea la sangre de Vasa!»

Entonces las formas de los numerosos personajes de esta asombrosa asamblea empezaron a difuminarse y no parecían ya sino sombras coloreadas, poco después desaparecieron por completo; las antorchas fantásticas se apagaron, y las de Carlos y su séquito no iluminaron sino las antiguas tapicerías, ligeramente movidas por el viento. Se oyó después, durante algún rato, un ruido bastante melodioso, que uno de los testigos comparó al murmullo del viento en

las hojas y otro al sonido que producen las cuerdas de una harpa al romperse en el momento en que se afina el instrumento. Todos estuvieron de acuerdo respecto a la duración de la aparición, que juraron haber visto alrededor de diez minutos. Los cortinajes negros, la cabeza cortada, los regueros de sangre que manchaban el suelo, todo había desaparecido al mismo tiempo que los fantasmas; sólo la zapatilla de Carlos conservó una mancha roja, que bastaría para haberle recordado las escenas de esta noche si éstas no se hubieran grabado intensamente en su memoria.

De regreso a su gabinete, el rey mandó escribir el relato de lo que había visto, hizo que lo firmaran sus acompañantes y lo firmó él mismo. Pese a las precauciones que se tomaron para ocultar el contenido de este documento al público, no tardó mucho en ser conocido, incluso en vida de Carlos XI; aún existe, y hasta el momento presente, nadie ha osado poner en duda su autenticidad. El final es magnífico: «Y si lo que acabo de narrar —dice el rey— no es la exacta verdad, renuncio a cualquier esperanza de una vida mejor, que puedo haber merecido por algunas buenas acciones y sobre todo por mi celo en trabajar por la felicidad de mi pueblo y por defender la religión de mis antepasados».

Ahora, si se recuerda la muerte de Gustavo III y el juicio de Anckarström, su asesino, se encontrará más de una relación entre este acontecimiento y las circunstancias de esta singular profecía: El joven decapitado en presencia de los Estados designaría a Anckarström. El cadáver coronado sería Gustavo III. El niño, su hijo y sucesor, Gustavo Adolfo IV. El anciano, por fin, sería el duque de Sudermania, tío de Gustavo Adolfo IV, que fue regente del reino, y luego rey tras la deposición de su sobrino.

Mateo Falcone

MATEO FALCONe (1829)

Al salir de Porto-Vecchio yendo hacia el noroeste, hacia el interior de la isla, se observa que el terreno se eleva bastante rápidamente y, después de tres horas de marcha por senderos tortuosos, obstruidos por grandes bloques de piedra, a veces cortados por barrancos, se encuentra uno al borde de un maquis muy extenso. El maquis es la patria de los pastores corsos y de cualquiera que se haya enemistado con la justicia. Hay que saber que el labrador corso, para ahorrarse el esfuerzo de abonar el campo, le prende fuego a una determinada porción del bosque: da igual si la llama se extiende más allá de lo necesario; pase lo que pase, está seguro de obtener una buena cosecha al sembrar en esta tierra fertilizada por las cenizas de los árboles que en ella crecían. Una vez recogidas las espigas, pues se deja la paja que costaría esfuerzo recoger, las raíces que han permanecido dentro de la tierra sin quemarse, crecen en la primavera siguiente, dando macollas muy densas que, en pocos años, alcanzan la altura de siete u ocho pies. Es a esta especie de soto espeso a lo que llaman maquis. Lo componen diferentes especies de árboles y de arbustos, mezclados y enredados como Dios quiere. No es sino con un hacha en la mano como un hombre se abriría camino en él y existen maquis tan espesos y tupidos que ni siquiera los muflones pueden penetrar en ellos. Si ha matado a un hombre, váyase al maquis de Porto-Vecchio, y vivirá seguro, con un buen fusil, pólvora y balas; no olvide una buena capa provista de capuchón, que sirve de manta y de colchón. Los pastores le dan leche, queso y castañas, y no tiene nada que temer de la justicia o de los parientes del fallecido, sino cuando sea necesario bajar a la ciudad para reabastecerse de municiones.

Cuando yo estuve en Córcega en 18…, Mateo Falcone tenía su casa a media legua de ese maquis. Era un hombre bastante rico para la comarca, que vivía noblemente, es decir, sin hacer nada, del producto de sus rebaños, que los pastores, especie de nómadas, llevaban a pastar aquí y allá por las montañas. Cuando lo vi, dos años después del suceso que voy a contar, me pareció tener cincuenta años como mucho. Imagínense un hombre bajo pero robusto, con el cabello rizado negro como el azabache, la nariz aguileña, los labios finos, los ojos grandes y expresivos y la tez color aceituna. Su habilidad disparando el fusil pasaba por ser extraordinaria, incluso en su país, donde hay tantos buenos tiradores. Por ejemplo, Mateo no habría disparado jamás a un muflón con postas; pero, a cien pasos, lo derribaba de una bala en la cabeza o en la paletilla, según quisiera. Por la noche, utilizaba sus armas con la misma facilidad que de día, y me contaron de él un rasgo de destreza que le parecerá increíble a quien no haya viajado a Córcega. A ochenta pasos de distancia, colocaban una vela encendida detrás de un papel transparente del tamaño de un plato. Apuntaba, apagaban la vela y, al cabo de un minuto, en la más completa oscuridad, disparaba y tres de cada cuatro veces lograba agujerear el papel transparente.

Con un mérito tan transcendente, Mateo Falcone se había labrado una gran reputación. Decían que era tan buen amigo como peligroso enemigo; servicial y dadivoso, vivía en paz con todo el mundo en el distrito de Porto-Vecchio. Pero contaban de él que, en Corte, donde se había casado, se había deshecho violentamente de un rival que pasaba por ser tan temible en la guerra como en el amor; al menos atribuían a Mateo la autoría de un determinado disparo que sorprendió a este rival cuando se estaba afeitando ante un pequeño espejo colgado en la ventana. Cuando el asunto se apaciguó, Mateo se casó. Su mujer, Giuseppa, le había dado primero tres hijas (por lo que él estaba rabioso), y por fin un chico, al que llamó Fortunato, que era la esperanza de la familia, el heredero del apellido. Las chicas se habían casado bien: si fuera necesario, el padre podría contar con los puñales y las escopetas de sus yernos. El hijo sólo tenía diez años, pero ya mostraba las mejores disposiciones.

Cierto día de otoño, Mateo salió muy temprano con su mujer para ir a ver uno de sus rebaños en un claro del maquis. El pequeño Fortunato quiso acompañarlos, pero el claro estaba demasiado lejos, y además alguien debía quedarse para guardar la casa; el padre por lo tanto se negó: ya veremos si no tendría motivos para arrepentirse.

Estaban ausentes desde hacía unas horas; el pequeño Fortunato se hallaba tranquilamente tumbado al sol, mirando las montañas azules y pensando en que

el domingo próximo iría a la ciudad a almorzar en casa de su tío el caporal, cuando fue bruscamente interrumpido en sus meditaciones por la detonación de un arma de fuego. Se levantó y se giró hacia el lado de la llanura de donde procedía el ruido. Otros tiros siguieron, disparados a intervalos desiguales y cada vez más cercanos; por fin, por el sendero que conducía desde la llanura hasta la casa de Mateo, apareció un hombre, con un gorro puntiagudo como el de un montañés, con barba, cubierto de andrajos, arrastrándose con esfuerzo apoyado en su fusil. Acababa de recibir un tiro en el muslo. Este hombre era un proscrito que había salido de noche para ir a buscar pólvora a la ciudad y, por el camino, había caído en una emboscada de tiradores corsos. Después de una valiente defensa, había logrado escapar, vivamente perseguido y tiroteando de peñasco en peñasco. Pero le llevaba poca ventaja a los soldados y su herida le impedía llegar al maquis antes de ser alcanzado. Se acercó a Fortunato y le dijo:

—¿Eres el hijo de Mateo Falcone?

—Sí.

—Yo soy Gianetto Sanpiero. Me persiguen los cuellos amarillos. Escóndeme, pues no puedo ir más lejos.

—¿Y qué dirá mi padre si te escondo sin su permiso?

—Dirá que has hecho bien.

—¿Quién sabe?

—Escóndeme rápido, que vienen.

—Espera a que regrese mi padre.

—¿Que espere? ¡maldición! Estarán aquí en cinco minutos. Vamos, escóndeme o te mato.

Fortunato le respondió con la mayor sangre fría:

—Tu fusil está descargado, y no tienes más cartuchos en tu cartuchera.

—Tengo un puñal.

—Pero ¿correrás tan rápido como yo? —Dio un salto y se puso fuera de su alcance.

—Tú no eres hijo de Mateo Falcone! ¿Dejarás pues que me detengan delante de tu casa?

El chico pareció afectado.

—¿Qué me darás si te oculto? —dijo acercándose.

El bandido rebuscó en una bolsa de cuero que colgaba de su cintura y sacó una moneda de cinco francos que había reservado, sin duda, para comprar la pólvora. Fortunato sonrió al ver la moneda de plata; la cogió y dijo a Gianetto:

«No temas nada». Inmediatamente hizo un gran agujero en un montón de heno situado junto a la casa. Gianetto se introdujo en él, y el chico lo recubrió de manera que quedara algo de aire para respirar, sin que fuera, no obstante, posible sospechar que ese heno escondía un hombre. Se le ocurrió además un detalle salvaje bastante ingenioso. Fue a buscar una gata y sus crías y las coloco sobre el montón de heno como para hacer creer que no había sido removido últimamente. Después, observando las manchas de sangre que habían quedado por el sendero cercano a la casa, las cubrió de polvo cuidadosamente, y una vez hecho esto, se volvió a tumbar al sol con la mayor tranquilidad. Unos minutos después, seis hombres en uniforme oscuro con cuello amarillo y dirigidos por un brigada, se encontraban ante la puerta de Mateo. Este brigada era un poco pariente de Falcone (ya se sabe que en Córcega se prolongan los lazos de parentesco mucho más lejos que en otras partes). Se llamaba Tiodoro Gamba, era un hombre activo, muy temido por los bandidos de los que ya había cazado bastantes.

—Buenos días, primito —dijo a Fortunato abordándolo—. ¡Cómo has crecido! ¿Has visto pasar por aquí a un hombre hace un momento?

—¡Oh! yo no soy todavía tan alto como usted, primo, —contestó el niño, con tono simplón.

—Ya llegará. Pero, ¿no has visto pasar a un hombre, dime?

—¿Que si he visto pasar a un hombre?

—Sí, un hombre con un gorro puntiagudo de terciopelo negro y una chaqueta bordada en rojo y amarillo.

—¿Un hombre con un gorro puntiagudo y una chaqueta bordada en rojo y amarillo?

—Sí, contesta rápido, y no repitas mis preguntas.

—Esta mañana, el señor cura pasó por delante de nuestra puerta en su caballo Piero. Me preguntó cómo estaba papá y yo le contesté…

—¡Ah! granuja, te estás haciendo el listo. Dime rápido por dónde pasó Gianetto, pues es a él al que buscamos; y estoy seguro de que ha venido por este sendero.

—¿Quién sabe?

—¿Quién sabe? Soy yo quien sabe que lo has visto.

—¿Es que ve uno a los que pasan cuando está durmiendo?

—No estabas durmiendo, granuja; los disparos te han despertado.

—¿Usted cree pues, primo, que sus fusiles hacen tanto ruido? La escopeta de mi padre hace mucho más.

—¡Que el diablo te lleve, maldito pillo! Estoy completamente seguro de que has visto al Gianetto. Incluso es posible que lo hayas escondido. Vamos, compañeros, entrad en la casa y comprobad si nuestro hombre no está dentro. Sólo iba a una pata y el muy tunante tiene demasiado sentido común, como para intentar llegar al maquis cojeando. Además, las manchas de sangre se acaban aquí.

—¿Y qué dirá papá? —preguntó Fortunato con ironía—; ¿qué dirá si sabe que han entrado en su casa mientras él estaba ausente?

—¡Granuja! —dijo el brigada Gamba cogiéndolo por una oreja— ¿sabes que sólo depende de mí hacer que cambies de nota? Tal vez dándote una veintena de golpes de plano con el sable hablarás por fin.

Y Fortunato seguía riéndose burlón: «Mi padre es Mateo Falcone», dijo enfáticamente.

—¿Sabes, pequeño granuja que puedo llevarte a Corte o a Bastia? Te haré dormir en un calabozo, sobre la paja, con grilletes en los pies, y haré que te guillotinen si no dices dónde está Gianetto Sanpiero.

El niño soltó la carcajada ante esta ridícula amenaza. Y repitió: «Mi padre es Mateo Falcone».

—Brigada, —dijo en voz baja uno de los tiradores— no nos pongamos a mal con Mateo.

Gamba parecía verdaderamente contrariado. Hablaba en voz baja con sus soldados, que ya habían inspeccionado toda la casa. No era una operación muy compleja, pues la cabaña de un corso sólo consiste en una habitación cuadrada. El mobiliario se compone de una mesa, bancos, arcas y utensilios de caza o de menaje. Mientras tanto el pequeño Fortunato acariciaba su gata y parecía gozar con la confusión de los tiradores y de su primo. Un soldado se acercó al montón de heno. Vio la gata y dio un bayonetazo en el heno negligentemente, encogiéndose de hombros, como si fuera consciente de que su precaución era inútil. No se movió nada; y el rostro del niño no traicionó la más ligera emoción. El brigada y sus acompañantes se daban al diablo; ya miraban seriamente hacia la llanura, como dispuestos a volverse por donde habían venido, cuando el jefe, convencido de que las amenazas no producirían ninguna impresión en el hijo de Falcone, quiso hacer un último esfuerzo e intentar el poder de las caricias y de los regalos.

—Primito, —le dijo— me pareces un buen mozo muy despierto. Llegarás

lejos. Pero juegas un sucio juego conmigo; y, si no temiera causarle pena a mi primo Mateo, ¡que el diablo me lleve!, te llevaría conmigo.

—¡Bah!

—Pero cuando regrese mi primo le contaré el asunto, y por haber mentido te azotará hasta hacerte sangre.

—¿A saber?

—Ya verás… Pero… oye… sé buen chico, y te daré una cosa.

—Y yo, primo, le daré un consejo; y es que si tardan tanto, el Gianetto se meterá en el maquis y entonces serán necesarios más de un hurón como usted para ir allí a buscarlo.

El brigada sacó de su bolsillo un reloj de plata que bien podía valer diez escudos; y observó que los ojos del pequeño Fortunato brillaban al verlo, por lo que sujetando el reloj por el extremo de la cadena de acero, le dijo:

—¡Bribón! te gustaría mucho tener un reloj como éste colgado al cuello y te pasearías por las calles de Porto-Vecchio, orgulloso como un pavo real; y la gente te preguntaría: «¿Qué hora es?» y tú le responderías: «Mire en mi reloj».

—Cuando sea mayor, mi tío el caporal me dará un reloj.

—Sí, pero el hijo de tu tío ya tiene uno… que, a decir verdad, no es tan bonito como éste… Aunque es más pequeño que tú.

El niño suspiró.

—Pues bien, ¿quieres este reloj, primito?

Fortunato, mirando el reloj con el rabillo del ojo, parecía un gato al que se le ofrece un pollo entero. Como sabe que se están burlando de él, no se atreve a echarle la uña, y de vez en cuando desvía la mirada para no exponerse a sucumbir a la tentación; pero se relame el hocico constantemente, y parece decirle a su dueño: «¡Qué broma más cruel!». Sin embargo, el brigada Gamba parecía de buena fe al enseñarle el reloj. Fortunato no acercó la mano, pero dijo con una sonrisa amarga:

—¿Por qué se burla usted de mí?

—¡Por Dios! no me burlo. Sólo dime dónde está Gianetto y este reloj será tuyo.

Fortunato dejó escapar una sonrisa de incredulidad; y fijando sus ojos negros en los del brigada, se esforzaba por leer en ellos la fe que podía conceder a sus palabras.

—¡Que pierda mi charretera, —exclamó el brigada— si no te doy el reloj, con esa condición! Los compañeros son testigos, no puedo echarme atrás.

Mientras hablaba, acercaba tanto el reloj que casi tocaba con él la mejilla pálida del niño. Éste mostraba bien en su rostro el combate que mantenían en su alma el deseo y el respeto debido a la hospitalidad. Su pecho desnudo se levantaba con fuerza y parecía a punto de asfixiarse. Mientras tanto el reloj oscilaba, giraba y, a veces, tropezaba con la punta de su nariz. Por fin, poco a poco, su mano derecha se levantó hacia el reloj: lo tocó con la punta de los dedos; y descansaba entero en su mano sin que el brigada soltara no obstante el extremo de la cadena… La esfera era azulada… la caja estaba recién bruñida…, al sol, parecía completamente de fuego… La tentación era demasiado fuerte. Fortunato levantó también su mano izquierda y con el pulgar, por encima del hombro, señaló al montón de heno sobre el que estaba apoyado. El brigada lo comprendió inmediatamente. Soltó el extremo de la cadena; Fortunato se sintió único dueño del reloj. Se levantó con la agilidad de un gamo y se alejó unos diez pasos del montón de heno, que los tiradores se pusieron inmediatamente a remover. No pasó mucho tiempo sin ver que el heno se agitaba; de él salió un hombre ensangrentado, con un puñal en la mano; pero cuando intentó levantarse, su herida enfriada no le permitió mantenerse de pie. Cayó. El brigada se lanzó sobre él y le arrancó el puñal. Inmediatamente, pese a su resistencia, lo ataron fuertemente.

Gianetto, echado en el suelo y atado como una gavilla, volvió la cabeza hacia Fortunato que se había acercado. «¡Hijo de…!», le dijo con más desprecio que cólera. El niño le arrojó la moneda de plata que había recibido de él, sintiendo que había dejado de merecerla: pero el proscrito no dio muestras de prestar atención a este gesto. Dijo con mucha sangre fría al brigada: «Mi querido Gamba, no puedo andar; se va a ver obligado a llevarme hasta la ciudad».

—Hace un momento corrías más rápido que un cervatillo, —contestó el cruel vencedor—; pero quédate tranquilo: estoy tan contento de haberte atrapado, que te llevaría una legua sobre mis hombros sin sentir cansancio. Por lo demás, compañero, vamos a hacerte una litera con ramas y con tu capote; y en la granja de Crespoli encontraremos caballos.

—Está bien, —contestó el prisionero—; poned también un poco de paja sobre mi litera para que esté más cómodo.

Mientras que los tiradores se ocupaban unos de hacer una especie de parihuelas con ramas de castaño y otros de curar la herida de Gianetto, Mateo Falcone y su mujer aparecieron de repente por un recodo del sendero que conducía al maquis. La mujer avanzaba, trabajosamente encorvada por el peso de un enorme saco de castañas, mientras que su marido se relajaba, llevando sólo

un fusil en la mano y otro en bandolera; pues es indigno para un hombre llevar cualquier otro peso que no sean sus armas. Al ver a los soldados, lo primero que se le ocurrió a Mateo es que habían venido a detenerlo. Pero ¿por qué se le ocurrió esta idea? ¿Tenía Mateo algún asunto pendiente con la justicia? No. Gozaba de buena reputación. Era, como se dice, un particular de buena fama; pero era corso y montañés, y hay pocos corsos montañeses que, escrutando bien en su memoria, no encuentren algún pecadillo, como un disparo, una puñalada u otras bagatelas. Mateo, más que otros, tenía la conciencia limpia; pues desde hacía más de diez años no había dirigido su fusil hacia ningún hombre; pero como era prudente, se preparó a realizar una bella defensa, por si era necesaria.

—Mujer, —dijo a Giuseppa— deja el saco en el suelo y mantente alerta.

Ella obedeció inmediatamente. Él le entregó el fusil que llevaba en bandolera y que habría podido molestarlo. Cargó el que tenía en la mano, y avanzó lentamente hacia la casa, siguiendo los árboles que bordeaban el camino y, presto, a la menor demostración hostil, a arrojarse detrás del tronco más grueso, desde donde podría haber disparado, a cubierto. Su mujer marchaba tras sus pasos llevando el fusil de repuesto y la cartuchera. El papel de una buena esposa, en caso de combate, era cargar las armas del marido.

En el otro extremo, el brigada estaba preocupado al ver a Mateo avanzar de esta manera, contando los pasos, con el fusil por delante y el dedo en el gatillo. «Si por casualidad, —pensó— resultara que Mateo es pariente de Gianetto, o su amigo, y quisiera defenderlo, los tacos de sus dos fusiles llegarían a dos de nosotros, tan seguro como una carta al correo, y si me apuntara, pese al parentesco…». En medio de esta perplejidad, adoptó una decisión muy valiente, la de avanzar solo hacia Mateo para contarle el asunto, abordándolo como a un antiguo amigo; pero el corto intervalo que lo separaba de Mateo le pareció terriblemente largo.

—¡Hola! ¡eh! viejo amigo —gritaba— ¿cómo va eso, valiente? Soy yo, Gamba, tu primo.

Mateo, sin responder ni una palabra, se había detenido y a medida que el otro hablaba levantaba suavemente el cañón de su fusil, de manera que cuando el brigada se acercó a él, estaba ya dirigido hacia el cielo.

—Buenos días, hermano, —dijo el brigada tendiéndole la mano—. Hace mucho tiempo que no nos hemos visto.

—Buenos días, hermano.

—He venido para decirte buenos días al pasar, y a mi prima Pepa. Hemos

hecho hoy un largo trecho, pero no debemos quejarnos de nuestro cansancio porque hemos obtenido una buena presa. Acabamos de agarrar a Gianetto Sanpiero.

—¡Dios sea alabado! —exclamó Giuseppa—. Nos robó una cabra lechera la semana pasada.

Estas palabras alegraron a Gamba.

—¡Pobre diablo! —dijo Mateo— tenía hambre.

—El bribón se ha defendido como un león, —continuó el brigada un poco mortificado—; ha matado a uno de mis tiradores y, no contento con eso, le rompió el brazo al cabo Chardon; pero esto no es grave, sólo era un francés… Después se había escondido tan bien, que ni el diablo habría podido descubrirlo. De no ser por mi primito Fortunato, no habría podido encontrarlo jamás.

—¡Fortunato! —exclamó Mateo.

—¡Fortunato! —repitió Giuseppa.

—Sí. El Gianetto se había escondido bajo ese montón de heno de allí; pero mi primito me ha descubierto el truco. Por lo que se lo diré a su tío el caporal para que le envíe un buen regalo por su colaboración. Y su nombre y el tuyo aparecerán en el informe que le enviaré al señor abogado general.

—¡Maldición! —dijo muy bajo Mateo.

Habían llegado hasta el destacamento. Gianetto estaba ya acostado en su litera dispuesto a partir. Cuando vio a Mateo en compañía de Gamba sonrió con una extraña sonrisa; luego, volviéndose hacia la puerta de la casa, escupió sobre el dintel diciendo: «¡La casa de un traidor!». Sólo un hombre dispuesto a morir habría osado pronunciar la palabra traidor dirigiéndola a Falcone. Una buena puñalada, que no habría sido necesario repetir, habría pagado inmediatamente el insulto. Sin embargo, Mateo no hizo más gesto que el de llevarse la mano a la frente como un hombre consternado.

Fortunato, al ver llegar a su padre, se había metido en la casa. Pronto reapareció llevando una escudilla de leche, que le ofreció a Gianetto con los ojos bajos. «¡Aléjate de mí!», le gritó el proscrito con voz aterradora. Y luego, volviéndose hacia uno de los tiradores dijo: «Compañero, dame de beber». El soldado colocó entre sus manos su cantimplora y el bandido bebió el agua que le ofrecía un hombre con el que acababa de intercambiar varios disparos. A continuación pidió que le atara las manos de manera que las tuviera cruzadas sobre el pecho en lugar de llevarlas atadas a la espalda. «Me gusta, —decía— estar acostado a mis anchas». Se apresuraron a complacerle, luego el brigada dio

la señal de partida, dijo adiós a Mateo, que no le respondió, y bajó, con paso apresurado hacia la llanura.

Pasaron cerca de diez minutos antes de que Mateo abriera la boca. El niño miraba con ojos inquietos unas veces a su madre, otras a su padre, quien, apoyándose en su fusil, lo miraba con expresión de cólera reprimida.

—¡Empiezas bien! —dijo por fin Mateo con voz tranquila, pero horrible para quien lo conocía.

—¡Padre! —exclamó el niño acercándose con lágrimas en los ojos como para arrojarse a sus rodillas. Pero Mateo le gritó: «¡Lejos de mí!». El chiquillo se detuvo y sollozó, inmóvil, a unos pasos de su padre.

Giuseppa se acercó. Acababa de percatarse de la cadena del reloj, cuyo extremo salía por la camisa de Fortunato.

—¿Quién te ha dado este reloj? —preguntó con tono severo.

—Mi primo el brigada.

Falcone agarró el reloj y, lanzándolo con fuerza contra una piedra, lo hizo mil pedazos.

—Mujer, —preguntó— ¿este niño es mío?

Las bronceadas mejillas de Giuseppa se tornaron de un rojo ladrillo.

—¿Qué estás diciendo Mateo? ¿Sabes con quién estás hablando?

—Pues bien, este niño es el primero de su raza que ha cometido una traición.

Los sollozos e hipos de Fortunato se intensificaron, mientras Falcone mantenía sus ojos de lince clavados en él. Por fin golpeó la tierra con la culata de su fusil, se lo echó al hombro y volvió a tomar el camino hacia el maquis gritándole a Fortunato que le siguiera. El niño obedeció. Giuseppa corrió hacia Mateo y lo agarró por un brazo. «Es tu hijo», le dijo con voz temblorosa, clavando sus ojos negros en los de su marido como para leer lo que estaba pasando en su alma.

—Déjame, —respondió Mateo—: yo soy su padre.

Giuseppa besó a su hijo y entró llorando en su cabaña. Se puso de rodillas ante una imagen de la Virgen y rezó con fervor. Mientras tanto Falcone anduvo unos doscientos pasos por el sendero y no se detuvo hasta llegar a un pequeño barranco al que descendió. Sondeó la tierra con la culata de su fusil y la encontró suelta y fácil de excavar. El lugar le pareció adecuado para su proyecto.

—Fortunato, ve junto a aquella gruesa piedra. —El chiquillo hizo lo que le ordenó; luego se arrodilló.

—Di tus oraciones.

—Padre, padre, no me mate.

—¡Di tus oraciones! —repitió Mateo con una voz terrible.

El niño, balbuciendo y sollozando recitó el Padrenuestro y el Credo. El padre, con voz potente, respondía Amén al concluir cada oración.

—¿Ésas son todas las oraciones que sabes?

—Padre, sé también el Ave María y la letanía que me enseñó mi tía.

—Es muy larga, pero no importa.

El niño concluyó la letanía con voz apagada.

—¿Has terminado?

—¡Oh! padre, ¡tened piedad! ¡perdonadme! ¡No volveré a hacerlo! ¡Le rogaré tanto a mi primo el caporal que perdonarán a Gianetto!

Estaba hablando aún; Mateo había cargado su fusil, apuntó mientras decía: «¡Que Dios te perdone!» El niño hizo un esfuerzo desesperado para volver a levantarse para abrazarse a las rodillas de su padre; pero no tuvo tiempo. Mateo disparó y Fortunato cayó muerto. Sin echar una mirada hacia el cadáver, Mateo tomó de nuevo el camino hacia su casa para ir a buscar una pala con la que enterrar a su hijo. Había dado tan sólo unos pasos cuando encontró a Giuseppa, que corría alarmada por el disparo.

—¿Qué has hecho? —exclamó.

—Justicia.

—¿Dónde está?

—En el barranco. Voy a enterrarlo. Murió como un cristiano. Haré que canten una misa por su alma. Que le digan a mi yerno Tiodoro Bianchi que se venga a vivir con nosotros.

La Venus de Ille

LA VÉNus d'Ille (1837)

Bajaba la última ladera del Canigó y, aunque el sol ya se había puesto, distinguía en la llanura las casas del pueblo de Ille, hacia el que me dirigía.

—¿Sabe usted, —pregunté al catalán que me servía de guía desde la víspera — sabe dónde vive el señor de Peyrehorade?

—¡Que si lo sé! —exclamó— conozco su casa tan bien como la mía; y si no estuviese tan oscuro, se la enseñaría a usted. Es la mejor de Ille. El señor de Pierrehorade es rico; y casa a su hijo con una muchacha más rica aún que él.

—¿Y ese casamiento va a efectuarse pronto? —le pregunté.

—¡Pronto! es posible que ya hayan encargado la música para la boda. ¡Quizá esta noche, o mañana, o pasado, qué sé yo! Se celebrará en Puygarrig, porque el hijo se casa con la señorita de Puygarrig. ¡Será una boda magnífica!

Yo había sido recomendado al señor de Peyrehorade por mi amigo el señor de P. Según éste me dijo era un arqueólogo muy instruído y de una amabilidad a toda prueba. Se complacería en enseñarme todas las ruinas en diez leguas a la redonda. Contaba, pues, con él para visitar los alrededores de Ille que, según mis noticias, eran ricos en monumentos antiguos y de la Edad Media. Aquel matrimonio, del que oía hablar por primera vez, alteraba todos mis planes.

Voy a aguar la fiesta, me dije. Pero me esperaban; habiendo sido anunciado por el señor de P., no tenía más remedio que presentarme.

—¿Apostamos, señor —me dijo el guía, cuando hubimos llegado a la llanura —apostamos un cigarro a que adivino lo que va usted a hacer en casa del señor Peyrehorade?

—No es difícil de adivinar —contesté ofreciéndole un cigarro—. A estas horas, después de haber andado seis leguas por el Canigó, lo principal es cenar.

—Sí, pero, ¿y mañana? Apostaría a que viene usted a Ille para ver el ídolo, lo adiviné al verlo retratar los santos de Serrabona.

—¡El ídolo!, ¿qué ídolo? Esa palabra había excitado mi curiosidad.

—¡Cómo! ¿no le han contado en Perpiñán, que el señor de Peyrehorade encontró un ídolo bajo tierra?

—¿Quiere usted decir una estatua de barro cocido, de arcilla?

—No, de cobre; habría para hacer muchas monedas. Pesa tanto como una campana de iglesia. La encontramos enterrada al pie de un olivo.

—¿Estaba usted pues presente cuando la descubrieron?

—Sí, señor. Hace unos quince días, el señor de Peyrehorade nos dijo, a Juan Coll y a mí, que arrancásemos un olivo viejo que se había helado el año anterior, que fue malo, como usted sabe. Estando en la faena, Juan Coll, que cavaba con ardor, dio con la piocha y yo oí bimm…, como si hubiese dado en una campana «¿Qué es eso?» dije. Seguimos cavando, cavando, y de pronto apareció una mano negra, que parecía la mano de un muerto que salía de la tierra. Yo tuve miedo. Fuí en busca del señor y le dije: «¡Amo, hay muertos debajo del olivo! Hay que llamar al cura». — «¿Qué muertos?» me preguntó. Vino, y enseguida que vio la mano exclamó: «¡Una antigüedad! ¡una antigüedad!» No parecía sino que había encontrado un tesoro. Y empezó a trabajar con la piocha y con las manos, de prisa, haciendo casi tanta faena como nosotros dos.

—Y por fin, ¿qué encontraron ustedes?

—Una mujer grande y negra, con más de medio cuerpo desnudo, con perdón sea dicho, señor, toda de cobre, y el señor de Peyrehorade nos dijo que era un ídolo del tiempo de los paganos…, ¡del tiempo de Carlomagno, pues!

—Ya veo lo que es… Alguna Virgen, en bronce, de algún convento destruído.

—¡Una Virgen! ¡no! ¡no señor!… Yo la habría reconocido, si hubiese sido una Virgen. Le digo a usted que es un ídolo; se le conoce en la expresión. Lo mira a usted fijamente con sus grandes ojos blancos… Se diría que lo examina a uno. Al mirarlo, baja uno la vista involuntariamente.

—¿Ojos blancos? Sin duda están incrustados en el bronce. Será tal vez alguna estatua romana.

—¡Romana!, eso es. El señor de Peyrehorade dice que es una romana. ¡Ah! se ve que es usted un sabio como él.

—¿Está entera, bien conservada?

—¡Oh! sí, señor; no le falta nada. Es más hermosa y más acabada que el busto de Luis Felipe, de yeso pintado, que está en la alcaldía. Pero con todo, la cara de ese ídolo no me gusta. Parece una mala mujer …, y lo es en efecto.

—¡Mala! ¿Qué mal le ha hecho a usted?

—A mí no; pero, verá. Éramos cuatro para ponerla derecha, y el señor de Peyrehorade, que también tiraba de la cuerda, ¡aunque el buen señor tiene tanta fuerza como un pollo! Con mucho trabajo la pusimos de pie; y mientras yo cogía un tejo para afirmarla, ¡cataplúm! se cayó de espaldas. Yo grité: ¡Cuidado! Pero no con suficiente rapidez puesto que Juan Coll no tuvo tiempo de apartar la pierna…

—¿Resultó herido?

—Con la pierna rota como una caña. ¡Caramba!, cuando vi aquello me puse furioso. Quería romper la estatua a golpes de piocha, pero el señor de Peyrehorade me retuvo. Dio dinero a Juan Coll, que está en cama desde entonces, y el médico dice que nunca andará con esa pierna como con la otra. Es una lástima, él que era nuestro primer corredor y, después del hijo del señor Peyrehorade, el mejor jugador de pelota. Alfonso lo sintió mucho, porque solía jugar con él. Y daba gusto ver cómo se devolvían la pelota. ¡Paf! ¡paf! nunca tocaba el suelo.

Mientras hablábamos llegamos a Ille y pronto me encontré en presencia del señor de Peyrehorade. Era un viejecito bien conservado y ágil, peinado a la antigua con el cabello empolvado, aire jovial y campechano. Antes de abrir la carta del señor de P., me había instalado ante una mesa bien servida, y me había presentado a su mujer y a su hijo como un arqueólogo ilustre, que iba a sacar al Rosellón del olvido en que lo sumía la indiferencia de los sabios.

Mientras comía con apetito, pues nada lo abre tanto como el aire vivo de las montañas, examinaba a mis anfitriones. He dicho ya unas palabras acerca del señor de Peyrehorade; debo añadir que era la vivacidad en persona. Hablaba, comía, se levantaba, corría a su biblioteca, me traía libros, me enseñaba estampas, me servía de beber; no permanecía dos minutos quieto. Su mujer, demasiado gorda, como la mayor parte de las catalanas que pasan de los cuarenta, me pareció una provinciana con aires de señora distinguida, únicamente dedicada al cuidado de su casa. Aunque la cena era suficiente para seis personas al menos, ella corrió a la cocina, hizo matar pichones, freir tortas de maíz y abrió no sé cuántos botes de confituras. En un instante la mesa quedó

cubierta de platos y botellas, y habría muerto de indigestión si hubiera probado de todo lo que se me ofrecía. Sin embargo, a cada plato que yo rehusaba, se repetían las excusas. Temían que me encontrase mal en Ille. ¡En provincias se tienen tan pocos recursos, y los parisinos son tan difíciles de contentar!

En medio de las idas y venidas de sus padres, Alfonso de Peyrehorade permanecía inmóvil como un Terme. Era un joven alto de veintiséis años, de fisonomía hermosa y regular, pero falto de expresión. Su estatura y sus formas atléticas justificaban la reputación de infatigable pelotari de que gozaba en la comarca. Aquella noche estaba vestido con elegancia, exactamente conforme al figurín del último número del periódico de modas. Pero me parecía que el traje le molestaba; estaba tieso como una estaca en su cuello de terciopelo, se volvía como de una sola pieza. Sus manos gruesas y curtidas y sus uñas cortas, contrastaban de un modo singular con su traje. Eran manos de labrador saliendo de mangas de dandy. Aunque me examinó de pies a cabeza con mucha curiosidad, en mi calidad de parisino, no me dirigió más que una sola vez la palabra en toda la velada, y fue para preguntarme dónde había comprado la cadena de mi reloj.

—¡Ah!, mi querido huésped —me dijo el señor de Peyrehorade al final de la cena—; usted me pertenece, se encuentra en mi casa. No le soltaré hasta que haya visto todas las curiosidades de nuestras montañas. Es preciso que usted aprenda a conocer nuestro Rosellón, y que le haga justicia. No puede imaginar todo lo que le vamos a enseñar. Monumentos fenicios, celtas, romanos, árabes, bizantinos; lo verá usted todo, desde el cedro hasta el hisopo. Lo llevaré a todas partes y no le ahorraré ni un ladrillo.

Un acceso de tos le obligó a detenerse. Yo aproveché para decirle que sentiría mucho molestarlo en una circunstancia tan interesante para la familia. Si quisiera darme sus excelentes consejos sobre las excursiones que tenía que hacer, yo podría, sin que se tomase la molestia de acompañarme…

—¡Ah! usted habla del matrimonio de este muchacho —exclamó interrumpiéndome—. ¡Bagatela! pasado mañana quedará hecho. Participará usted en la fiesta, en familia, porque la novia está de luto por la muerte de una tía de la cual hereda. Por lo tanto no habrá fiesta, no habrá baile … Es una lástima… porque habría visto bailar a nuestras catalanas… Son bonitas, y quizá le habrían dado a usted ganas de imitar a mi Alfonso. Se dice que un matrimonio trae otros… El sábado, una vez casados los muchachos, estaré libre y nos pondremos en marcha. Le pido disculpas por proporcionarle el fastidio de una boda de provincia. Para un parisino harto de fiestas …, y una boda sin baile ¡por

añadidura! Sin embargo, verá usted una novia… una novia… preciosa… Pero usted es un hombre serio y ya no mira a las mujeres. Tengo otra cosa mejor para enseñarle. ¡Ya verá! Le reservo una gran sorpresa para mañana.

—¡Dios mío! —le dije— es difícil tener un tesoro en casa sin que el público se entere. Creo adivinar la sorpresa que me prepara. Pero si se trata de la estatua, la descripción que de ella me ha hecho mi guía no ha servido sino para excitar mi curiosidad y disponerme a la admiración.

—¡Ah!, le habló del ídolo, porque así es como ellos llaman a mi hermosa Venus Tur…, pero no quiero decirle nada. Mañana, de día, la verá usted y me dirá si tengo razón en considerarla como una obra maestra. ¡Caramba, no podía usted llegar más a propósito! Hay inscripciones que yo, pobre ignorante, explico a mi manera …¡pero un sabio de París!… Se burlará quizá de mi interpretación… porque he redactado una memoria… aquí donde usted me ve… un viejo arqueólogo de provincia, me he lanzado… Quiero hacer sudar tinta a la imprenta. Si usted quisiera leer y corregir mi trabajo, podría tener la esperanza… Por ejemplo, tengo curiosidad por saber cómo traduciría usted esta inscripción del pedestal: CAVE… ¡Pero no quiero consultarle nada todavía! ¡Mañana, mañana! ¡Hoy ni una palabra sobre la Venus!

—Tienes razón Peyrehorade, —dijo su mujer— en dejar tranquilo a tu ídolo. Deberías darte cuenta de que no dejas comer al señor. ¡Bah!, el señor ha visto en París estatuas mucho más hermosas que la tuya. En las Tullerías las hay por docenas, y también en bronce.

—¡Aquí tiene usted la ignorancia, la santa ignorancia de provincias! —interrumpió el señor de Peyrehorade—. ¡Comparar una antigüedad admirable con las vulgares figuras de Coustou!

¡Con qué irreverencia | Habla de los dioses mi querida esposa

¿Sabe usted que estaba empeñada en que fundiese mi estatua para hacer una campana para nuestra iglesia? Por el gusto de ser la madrina. ¡Una obra maestra de Mirón, señor!

—¡Obra maestra, obra maestra! ¡Buena obra maestra ha hecho ella!, ¡romper la pierna de un hombre!

—¿Ves, mujer? —dijo el señor de Peyrehorade con tono resuelto, y tendiendo hacia ella su pierna derecha cubierta de una media de seda chiné— si mi Venus me hubiera roto esta pierna, no lo sentiría.

—¡Dios bendito!, Peyrehorade, ¿cómo puedes decir eso? Afortunadamente el hombre está mejorando… Pero yo no puedo ver una estatua que ocasiona tales

desgracias. ¡Pobre Juan Coll!

—Herido por Venus, —dijo el señor de Peyrehorade soltando una carcajada —; herido por Venus y aún se queja, el granuja. Veneris nec praemia noris «¿Quién no ha sido herido por Venus?»

Alfonso, que comprendía mejor el francés que el latín, guiñó un ojo con aire de inteligencia, y me miró como para preguntarme: «Y usted, parisino, ¿ha comprendido?»

Terminó la cena. Hacía una hora que yo ya no comía. Estaba cansado y no lograba ocultar los frecuentes bostezos que se me escapaban. La señora de Peyrehorade fue la primera en darse cuenta, y observó que era hora de acostarse. Entonces empezaron nuevas excusas sobre la mala cama que iba a tener. No estaría como en París. ¡En provincia se está tan mal! Había que ser indulgente con los roselloneses. En vano decía yo que, después de una excursión por la montaña, un haz de paja sería para mí una cama deliciosa, ellos seguían suplicándome que perdonase a unos pobres campesinos si no me trataban tan bien como hubieran deseado. Subí, por fin, a la habitación que me habían destinado, acompañado por el señor de Peyrehorade. La escalera, cuyos escalones superiores eran de madera, conducía al centro de un corredor, al que daban varias habitaciones.

—A la derecha, —dijo mi anfitrión— están las habitaciones que destino a mi futura nuera. Su habitación se encuentra al extremo del corredor opuesto. Como usted comprende, —añadió con un aire que pretendía que fuera elegante— hay que aislar a los recién casados. Usted se halla a un extremo de la casa y ellos al otro.

Entramos en una habitación bien amueblada, donde lo primero que llamó mi atención fue una cama de siete pies de largo por seis de ancho, y tan alta que se necesitaba un escabel para encaramarse a ella. Mi anfitrión, después de haberme indicado la posición de la campanilla, después de haberse cerciorado por sí mismo de que el azucarero estaba lleno y los frascos de agua de Colonia debidamente colocados sobre el tocador, después de haberme preguntado varias veces si necesitaba algo, me deseó una buena noche y me dejó solo.

Las ventanas estaban cerradas. Antes de desnudarme abrí una para respirar el aire fresco de la noche, delicioso después de una larga cena. Tenía enfrente el Canigó, de un aspecto admirable en cualquier época, pero que aquella noche me pareció la montaña más hermosa del mundo, iluminada por una luna resplandeciente. Permanecí durante algunos minutos contemplando su silueta maravillosa, e iba a cerrar la ventana, cuando, bajando los ojos, vi la estatua

sobre un pedestal a unas veinte toesas de la casa. Estaba colocada en el ángulo de un seto vivo que separaba un pequeño jardín de un vasto rectángulo de terreno liso que, según más tarde supe, era el juego de pelota del pueblo. El terreno, propiedad del señor de Peyrehorade, había sido cedido al municipio a instancias de su hijo.

A la distancia en que se hallaba, me era difícil distinguir la actitud de la estatua; sólo podía apreciar su altura, que me pareció de unos seis pies. En aquel momento, dos pícaros de la población pasaban por el juego de pelota, bastante cerca del seto, silbando la bonita canción popular del Rosellón: Montanyes régalades. Se detuvieron para mirar la estatua; uno de ellos la apostrofó en voz alta. Hablaba en catalán; pero yo llevaba bastante tiempo en el Rosellón como para poder comprender más o menos lo que decía.

—¡Ah!, eres tú, granuja (El término catalán era más enérgico.) ¡Con que eres tú, —decía— la que rompió la pierna a Juan Coll! Si fueses mía te rompería el cuello.

—¡Bah!, ¿con qué? —replicó el otro—. Es de cobre y tan dura que Esteban rompió su lima al tratar de hacerle mella. Es de cobre del tiempo de los paganos; más duro que no sé qué.

—Si yo tuviera mi cincel (parece que era aprendiz de cerrajero), pronto le haría saltar sus grandes ojos blancos, como quien saca una almendra de su cáscara. Hay por más de cinco francos de plata.

Dieron algunos pasos para alejarse.

—Tengo que dar las buenas noches al ídolo, —dijo el mayor de los aprendices, parándose en seco.

Se agachó y probablemente cogió una piedra. Lo vi desplegar el brazo, tirar algo, y enseguida se oyó un golpe sonoro en el bronce. En aquel mismo instante, el aprendiz se llevó la mano a la cabeza dando un grito de dolor.

—¡Me la ha devuelto! —exclamó.

Y los dos pillos pusieron pies en polvorosa. Era evidente que la piedra había rebotado en el metal, y había castigado el ultraje hecho a la diosa.

Yo cerré la ventana riéndome con ganas.

«¡Otro vándalo castigado por Venus! ¡Mira si saliesen con la cabeza rota todos los destructores de nuestros monumentos antiguos!» Después de este voto caritativo, me dormí.

Era ya muy entrado el día cuando desperté. Junto a mi cama estaban, a un lado el señor de Peyrehorade, en bata; y al otro un criado enviado por su señora,

con una taza de chocolate en la mano.

—¡Vamos, levántese parisino! ¡Oh! ¡estos perezosos de la capital! —decía mi anfitrión mientras me vestía rápidamente—. ¡Son las ocho, y todavía está en la cama! Yo estoy levantado desde las seis. Es la tercera vez que subo; me acerqué de puntillas a la puerta, y nada ¡ni señales de vida! A su edad le hará daño dormir demasiado. ¡Y mi Venus, que todavía no ha visto usted! ¡Vamos!, tome enseguida esa taza de chocolate de Barcelona… Verdadero contrabando… Chocolate como no lo hay en París. Tome usted fuerzas, porque cuando se encuentre en presencia de mi Venus no habrá quien lo aparte de ella.

En cinco minutos estuve listo, es decir, medio afeitado, mal abrochado y quemado por el chocolate que me tragué hirviendo. Bajé al jardín y me encontré ante una admirable estatua.

Era, efectivemente, una Venus de maravillosa belleza. Llevaba desnuda la parte superior del cuerpo, como los antiguos solían representar a las grandes divinidades; la mano derecha, levantada a la altura del pecho, con la palma hacia dentro, tenía extendidos el pulgar y los dos primeros dedos, y ligeramente doblados los otros dos. La otra mano, pegada a la cadera, sostenía el ropaje que cubría la parte inferior del cuerpo. La actitud de esta estatua recordaba la del Jugador de morra que designan, no sé por qué, con el nombre de Germánico. Tal vez habían querido representar a la diosa jugando a la morra.

Sea como fuere, no es posible ver nada más perfecto que el cuerpo de aquella Venus; nada más suave, ni más voluptuoso que sus contornos; nada más elegante ni más noble que su ropaje. Yo me había figurado que se trataba de una escultura del Bajo Imperio, y lo que veía era una obra maestra del mejor tiempo de la estatuaria. Lo que yo admiraba, sobre todo, era la exquisita verdad de las formas, que hubieran parecido modeladas al natural, si la naturaleza produjese modelos tan perfectos.

La cabellera, levantada sobre la frente, parecía haber sido dorada en otros tiempos. La cabeza, pequeña como la de casi todas las estatuas griegas, estaba ligeramente inclinada hacia delante. En cuanto a la cara, no me sería posible expresar su carácter extraño y cuyo tipo no se parecía al de ninguna estatua antigua que yo recordase. No era esa belleza tranquila y severa de los escultores griegos que, por sistema, daban a todas las facciones una majestuosa inmovilidad. Aquí, al contrario, yo observaba con sorpresa la marcada intención del artista en expresar la malicia que llega hasta la maldad. Todas las facciones se hallaban ligeramente contraídas: los ojos un poco oblicuos, la boca contraída en las comisuras de los labios, los senos nasales ligeramente hinchados. Desdén,

ironía, crueldad, todo eso se leía en aquella cara de una increíble belleza, no obstante. De verdad, cuanto más miraba uno aquella admirable estatua, más sentía que tan maravillosa hermosura pudiese aliarse con la ausencia de toda sensibilidad.

—¡Si el modelo existió, —dije al señor de Peyrehorade— y dudo que el cielo haya producido jamás semejante mujer, compadezco mucho a sus amantes! Debió complacerse en hacerlos morir de desesperación. Hay en su expresión algo de feroz, y sin embargo, nunca vi nada más bello.

—C\'est Vénus tout entière à sa proie attachée! —exclamó el señor de Peyrehorade, satisfecho de mi entusiasmo.

Aquella expresión de ironía infernal era quizás aumentada por el contraste de sus ojos incrustados de plata y muy brillantes con la pátina de un verde oscuro que el tiempo había dado a toda la estatua. Aquellos ojos brillantes producían cierta ilusión que recordaba la realidad, la vida. Me acordé de lo que me había dicho mi guía, que la estatua hacía bajar los ojos a los que la miraban. Casi era verdad, y no pude evitar un momento de cólera contra mí mismo al sentir cierto malestar delante de aquella figura de bronce.

—Ahora que lo ha admirado todo con detalle, mi querido colega en antigüedades, —dijo mi anfitrión— abramos, si usted lo tiene a bien, una conferencia científica. ¿Qué dice usted de esta pequeña inscripción, en la que todavía no se ha fijado?

Me enseñó en el pedestal estas palabras que leí:

cave amantem

«*Quid dicis, doctissime*?»—me preguntó frotándose las manos—. ¡A ver si coincidimos en el sentido de este cave amantem!

—Pues, hay dos sentidos, —contesté—. Se puede traducir: «Cuidado con el que te ama, no te fíes de los amantes.» Pero, en este sentido, no sé si cave amantem sería de buena latinidad. En vista de la expresión diabólica de la dama, creo más bien que el artista quiso poner en guardia al espectador contra esta terrible beldad. Yo traduciría pues: «¡Ten cuidado si ella te ama!».

—¡Hum! —dijo el señor de Peyrehorade— sí, es un sentido admirable; pero, usted perdone, prefiero la primera traducción, que desarrollaré sin embargo. ¿Usted conoce el amante de Venus?

—Son varios.

—Sí, pero el primero es Vulcano. ¿No se ha querido decir: «A pesar de toda la belleza y de tu aire desdeñoso, tendrás un herrero, un horrible cojo por

amante?» ¡Lección profunda, señor, para las coquetas!

No pude menos de sonreírme, hasta tal punto la explicación me pareció traída por los pelos.

—El latín con su concisión es una lengua terrible, —dije a fin de evitar contradecir formalmente a mi arqueólogo, y retrocedí algunos pasos con el fin de contemplar mejor la estatua.

—¡Un instante, colega!, —dijo el señor de Peyrehorade cogiéndome del brazo— aún no lo ha visto usted todo. Hay otra inscripción. Suba usted al pedestal y fíjese bien en el brazo derecho. Diciendo esto me ayudaba a subir.

Me agarré sin grandes miramientos al cuello de la Venus, con la cual empezaba a familiarizarme. Hasta la miré un momento de una manera provocativa, y de cerca me pareció todavía más perversa, aunque también más bella. Luego vi que había, grabados en el brazo, algunos caracteres de letra cursiva antigua, a lo que me pareció. A fuerza de hacer funcionar mis gafas, deletreé lo siguiente, y mientras tanto el señor de Peyrehorade repetía cada palabra a medida que yo la pronunciaba, aprobando con el gesto y con la voz. Leí pues:

veneri tvrbvl…
evtyches myro
imperio fecit.

Después de la palabra TVRBVL de la primera línea, me pareció que había algunas letras borradas; pero TVRBVL era perfectamente legible.

—¿Lo cual quiere decir?…, —me preguntó mi anfitrión radiante de júbilo y sonriendo con malicia, pues estaba seguro de que yo no descifraría fácilmente aquel TVRBVL.

—Hay una palabra que aún no me explico —le dije—; todo lo demás es fácil. Eutychès Myron hizo esta ofrenda a Venus por orden suya.

—¡Magnífico! Pero ¿qué hace usted de TVRBVL? ¿Qué significa TVRBVL?

—TVRBVL me hace dudar. Busco en vano algún epíteto conocido de Venus que pueda ayudarme. Veamos, ¿qué le parece TVRBVLENTA? Venus que turba, que agita… Como usted ve, me sigue preocupando su expresión perversa. TVRBVLENTA, no es mal epíteto para Venus, —añadí en tono modesto, pues yo mismo no estaba satisfecho de mi explicación.

—¡Venus turbulenta! ¡Venus la revoltosa! ¿Usted cree pues que mi Venus es una Venus de taberna? Nada de eso, señor; es una Venus de buen tono. Voy a

explicarle este TVRBVL… Pero prométame no divulgar mi descubrimiento al menos antes de la impresión de mi memoria. Porque la verdad es que me vanaglorio de este hallazgo… Déjennos algo que espigar a nosotros, pobres diablos de provincias. ¡Bastante ricos son ustedes, los sabios de París!

Desde lo alto del pedestal, en el que yo seguía encaramado, le prometí solemnemente que no cometería nunca la indignidad de robarle su descubrimiento.

—TVRBVL…, señor —dijo acercándose y bajando la voz por temor a que otro que no fuera yo pudiese oírlo— léase TVRBVLNERAE.

—No comprendo mucho más.

—Escuche bien. A una legua de aquí, al pie de la montaña, hay un pueblo que se llama Bulternera. Es una corrupción de la palabra latina TVRBVLNERA. No hay nada más común que esas inversiones. Bulternera, señor, fue una ciudad romana. Siempre lo sospeché, pero nunca había encontrado la prueba. La prueba, está aquí. Esta Venus era la divinidad tópica de la ciudad de Bulternera; y esa palabra de Bulternera, cuyo antiguo origen acabo de demostrar, prueba una cosa más curiosa todavía, y es que Bulternera, antes de ser romana, ¡había sido ciudad fenicia!

Hizo una pausa para respirar y gozar de mi sorpresa. Yo logré reprimir unas fuertes ganas de soltar la risa.

—En efecto —continuó— TVRBVLNERA es fenicio puro, TVR, pronuncie TOUR… TOUR y SOUR es la misma palabra ¿no es eso? SOUR es el nombre fenicio de Tiro, cuyo sentido no necesito recordarle. BVL, es Baal; Bâl, Bel, Bul, ligeras diferencias de pronunciación. En cuanto a NERA, me da un poco más de trabajo. Me inclino a creer, a falta de encontrar una palabra fenicia, que esto procede del griego vnpós, húmedo, pantanoso. Sería, pues, una palabra híbrida. Para justificar vnpós le enseñaré a usted en Bulternera cómo los arroyos de la montaña forman allí charcas infectas. Por otra parte, la terminación NERA pudo haberse añadido mucho más tarde en honor de Nera Pivesuvia, mujer de Tétrico, la cual dispensó quizás algún bien a la ciudad de Turbul. Pero a causa de las charcas, prefiero la etimología de vnpós.

Tomó un polvo de rapé con aire satisfecho y continuó:

—Pero dejemos a los fenicios, y volvamos a la inscripción. Traduzco, pues: «A Venus de Bulternera, Mirón dedica, por orden suya, esta estatua, su obra.»

Me guardé bien de criticar su etimología, pero quise a mi vez dar pruebas de penetración, y le dije: «¡Alto, señor mío! Mirón consagró algo, pero no veo de

ninguna manera que sea esta estatua.

—¡Cómo! —exclamó— ¿Mirón no era un famoso escultor griego? El talento debió perpetuarse en su familia: uno de sus descendientes haría esta estatua. No hay nada más seguro.

—Pero, —repliqué— veo en el brazo un pequeño agujero. Debió servir para sujetar algo, como por ejemplo un brazalete, que ese Mirón dió a Venus en ofrenda expiatoria. Mirón era un amante desgraciado. Venus estaba irritada contra él, y él la aplacó consagrándole un brazalete de oro. Tenga usted en cuenta que fecit se toma muy a menudo por consecravit. Son términos sinónimos. Le enseñaría a usted más de un ejemplo si tuviese a mano las obras de Grütter o de Orelli. Es natural que un enamorado sueñe con Venus, que se imagine que ésta le manda ofrecer un brazalete a su estatua. Mirón le consagró pues un brazalete… Luego los bárbaros, o algún ladrón sacrílego…

—¡Ah, cómo se ve que usted ha compuesto novelas! —exclamó mi anfitrión dándome la mano para bajar—. No, señor, es una obra de la escuela de Mirón. Mire el trabajo y se convencerá.

Fiel a mi costumbre de no contradecir jamás a los arqueólogos obstinados, bajé la cabeza con aire convencido, diciendo: «Es una obra admirable.»

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó el señor de Peyrehorade—; ¡otro acto de vandalismo! ¡Han debido tirar una piedra a mi estatua!

Acababa de ver una marca blanca, un poco más arriba del pecho de Venus. Yo noté otra huella igual en los dedos de la mano derecha, que por lo que yo supuse entonces, la piedra había tocado en su trayecto, o bien con el choque se desprendió de la misma piedra un fragmento que había dado en la mano. Conté a mi anfitrión el ultraje del que había sido testigo y el pronto castigo que recibió. Él se rio mucho, y, comparando al aprendiz con Diomedes, hizo votos por que viera, como el héroe griego, a todos sus compañeros transformados en pájaros blancos.

La campana del almuerzo interrumpió nuestra conversación clásica, y, como la víspera, tuve que comer como cuatro. Luego vinieron los colonos del señor de Peyrehorade; y mientras él les daba audiencia, su hijo me llevó a que viese una calesa que había comprado en Tolosa para su novia, y que yo admiré, por supuesto. Después entré con él en la cuadra, donde durante media hora me estuvo haciendo el elogio de sus caballos, explicando su genealogía y enumerando los premios que habían ganado en las carreras del departamento. Finalmente me habló de su futura esposa, por la transición de una yegua gris que

le destinaba.

—La veremos hoy, —dijo—. No sé si la encontrará usted bonita. En París son ustedes difíciles de contentar; pero aquí y en Perpiñán, todo el mundo la encuentra encantadora. Lo bueno es que es muy rica. Su tía de Prades le dejó toda su fortuna. ¡Oh!, voy a ser muy feliz.

Me chocó profundamente ver a un joven más entusiasmado por la dote que por los hermosos ojos de su novia.

—Usted es entendido en joyas —prosiguió Alfonso—; ¿qué le parece ésta? Es el anillo de boda que le daré mañana.

Diciendo esto, sacó de la primera falange de su dedo meñique una gruesa sortija de oro incrustada de diamantes, que figuraba dos manos entrelazadas; alusión que me pareció infinitamente poética. Era una alhaja antigua, pero observé que la habían retocado para engarzar los diamantes. En el interior del anillo se leían estas palabras en letra gótica: Sempr\'ab tú, es decir, «siempre contigo.»

—Es una hermosa sortija —le dije—; pero estos diamantes añadidos le han hecho perder algo de su carácter.

—¡Oh!, así es mucho más hermosa —contestó él sonriendo—. Hay aquí mil doscientos francos en diamantes. Es un regalo de mi madre. Era una sortija de familia, muy antigua…, del tiempo de la caballería. La usó mi abuela, que la había heredado de la suya. Sabe Dios cuándo fue hecha.

—En París —le dije— se acostumbra dar un anillo muy sencillo, ordinariamente compuesto de dos metales diferentes, como oro y platino. Mire, esa otra sortija que lleva usted, sería muy a propósito. Ésta, con sus diamantes y sus manos en relieve, es tan gruesa, que de ninguna manera sería posible ponerse un guante encima.

—¡Oh!, mi mujer se arreglará como quiera. De todos modos, creo que se alegrará mucho de tenerla. Llevar mil doscientos francos en el dedo, es agradable. Esta pequeña sortija, añadió mirando con aire de satisfacción el anillo liso que llevaba puesto, me la regaló una mujer en París, un martes de carnaval. ¡Cómo me divertí en París, hace dos años! ¡Allí sí que se divierte uno!…! —Y suspiró con añoranza.

Aquel día teníamos que comer en Puygarrig, en casa de los parientes de la novia; fuimos en calesa hasta su finca, distante alrededor de legua y media de Ille. Fui presentado y acogido como amigo de la familia. No hablaré de la comida ni de la conversación de sobremesa, en la cual participé poco. Alfonso,

sentado al lado de su futura, le decía una palabra al oído cada cuarto de hora. Por lo que respecta a ella, apenas levantaba los ojos, y, cada vez que su novio le hablaba, se ponía colorada por modestia, pero le contestaba sin timidez.

La señorita de Puygarrig tenía dieciocho años; su talle flexible y delicado contrastaba con las formas huesudas de su robusto prometido. No sólo era bonita, era seductora. Yo admiraba la perfecta naturalidad de todas sus respuestas; y su aire de bondad no exento, sin embargo, de un ligero tinte de malicia, me recordó, a pesar mío, la Venus de mi anfitrión. En aquella comparación que hice para mis adentros, me preguntaba si la superioridad de belleza, que no había más remedio que conceder a la estatua, no dependía, en gran parte, de su expresión de tigresa; pues la energía, aun en las malas pasiones, excita siempre en nosotros un asombro y una especie de admiración involuntaria.

«¡Lástima, —me dije al salir de Puygarrig— que una persona tan amable sea rica, y que por su dote la busque un hombre indigno de ella!»

De regreso a Ille, y no sabiendo qué decir a la señora de Peyrehorade, a quien me creía obligado a dirigir de vez en cuando la palabra:

—¡Son ustedes espíritus muy firmes en el Rosellón! —exclamé—. ¿Cómo se atreven ustedes, señora, a celebrar una boda en viernes? En París tendríamos más superstición; nadie se atrevería a casarse en semejante día.

—¡Dios mío!, no me hable usted —me dijo— si no hubiese dependido nada más que de mí, seguramente se habría elegido otro día. Pero Peyrehorade lo quiso así, y ha habido que ceder. Me da pena, sin embargo. ¡Si sucediese alguna desgracia!… ¡Es preciso que haya alguna razón para que todo el mundo tenga miedo al viernes!

—¡El viernes —exclamó su marido— es el día de Venus! ¡Buen día para una boda! Como usted ve, mi querido colega, no pienso sino en mi Venus. ¡Palabra de honor! elegí el viernes a causa de ella. Mañana, si usted quiere, antes de la boda, le haremos un pequeño sacrificio, sacrificaremos dos palomas, y si supiese donde encontrar incienso…

—¡Quita allá, Peyrehorade! —interrumpió su mujer escandalizada—. ¡Incensar a tu ídolo! ¡Sería un acto abominable! ¿Qué dirían de nosotros en la comarca?

—Al menos —dijo el señor de Peyrehorade— me permitirás que le ponga una corona de rosas y lirios: Manibus date lilia plenis. Ya ve, señor, que la Constitución es papel mojado. ¡No tenemos libertad de culto!

Para el día siguiente se preparó este programa. Todo el mundo debía estar

listo a las diez en punto. Después del chocolate, iríamos en coche a Puygarrig. El matrimonio civil tenía que celebrarse en la alcaldía, y la ceremonia religiosa en la capilla de la finca. Luego seguiría el almuerzo. Después de almorzar se pasaría el tiempo de cualquier manera hasta las siete. A esa hora, regreso a Ille, a casa de Peyrehorade, donde cenarían las dos familias reunidas. El resto se supone fácilmente. Al no poder bailar, habían decidido comer lo máximo posible.

A las ocho, ya estaba sentado ante la Venus, lápiz en mano, tratando por vigésima vez de dibujar la cabeza, sin lograr reproducir su expresión. El señor de Peyrehorade iba y venía a mi alrededor, me daba consejos, y me repetía sus etimologías fenicias; luego colocaba rosas de Bengala sobre el pedestal de la estatua, y, con tono tragicómico, le rogaba que protegiese a la joven pareja que iba a vivir bajo su techo. A las nueve se marchó a vestirse, al mismo tiempo apareció Alfonso, prieto en un frac nuevo, con guantes blancos, zapatos de charol, botones cincelados, y una rosa en el ojal.

—¿Hará usted el retrato de mi mujer? —me dijo inclinándose sobre mi dibujo—. También es bonita.

En aquel momento empezaba, en el juego de pelota de que hablé, una partida que inmediatamente llamó la atención de Alfonso. Y yo, cansado y desesperado de copiar fielmente aquella diabólica figura, abandoné el dibujo para mirar a los jugadores. Había entre ellos algunos arrieros españoles que habían llegado la víspera. Eran aragoneses y navarros, casi todos de una destreza maravillosa. Así es que los illeses, aunque alentados por la presencia y los consejos de Alfonso, pronto fueron derrotados por aquellos nuevos campeones. Los espectadores locales se hallaban consternados. Alfonso consultó su reloj. Aún no eran las nueve y media. Su madre aún no estaba peinada. Ya no vaciló: se quitó el frac, pidió una chaqueta, y desafió a los españoles. Yo le miraba hacer, sonriendo y un poco sorprendido.

—Hay que mantener el honor del país —dijo.

Entonces me pareció verdaderamente hermoso. Era apasionado. Su traje, que tanto le preocupaba hacía poco, ya no era nada para él. Minutos antes no se atrevía a volver la cabeza por temor a estropearse la corbata. Ahora ya no se acordaba ni de su pelo rizado ni de su pechera tan bien plisada. ¿Y de la novia?… Yo creo que si hubiera sido necesario, habría hecho aplazar la boda. Le vi ponerse rápidamente un par de sandalias, remangarse, y, con gesto decidido, ponerse al frente del equipo vencido, como César reuniendo a sus soldados en Dyrrachium. Salté el seto, y me coloqué a la sombra de un almez, de modo que

podía ver bien los dos campos.

Contra lo que todo el mundo esperaba, Alfonso perdió el primer tanto; la verdad es que la pelota vino rozando el suelo y lanzada con una fuerza sorprendente por un aragonés que parecía ser el jefe de los españoles.

Era un hombre de unos cuarenta años, seco y nervioso, de seis pies de estatura, y su cutis aceitunado era de un color casi tan oscuro como el bronce de la Venus.

Alfonso tiró la pala al suelo con furor.

—¡Es esta maldita sortija, —exclamó— que me aprieta el dedo y me hace perder una pelota segura!

Se quitó, no sin esfuerzo, la sortija de diamantes; yo me acerqué para recibirla, pero se me adelantó, corrió a la Venus, le puso la sortija en el dedo anular, y volvió a su puesto a la cabeza de los illeses.

Estaba pálido, pero tranquilo y resuelto. Desde aquel momento no erró un solo golpe, y los españoles fueron completamente derrotados. El entusiasmo de los espectadores ofreció un bello espectáculo: unos daban mil gritos de alegría tirando sus gorras al aire; otros le estrechaban las manos, llamándolo honor del país. Si hubiera impedido una invasión, dudo que hubiese recibido felicitaciones más vivas y más sinceras. El mal humor de los vencidos contribuía a aumentar el brillo de su victoria.

—Jugaremos otros partidos, amigo, —dijo al aragonés con tono de superioridad—; pero le daré puntos de ventaja.

Yo hubiera deseado que Alfonso fuese más modesto, y la humillación de su rival casi me dió pena.

El gigante español se resintió profundamente de aquel insulto. Lo vi palidecer bajo su tostado cutis. Miraba tristemente su raqueta apretando los dientes; y dijo luego con voz ahogada: Me lo pagarás.

La voz del señor de Peyrehorade turbó el triunfo de su hijo; mi anfitrión, muy asombrado de no verlo dirigir los preparativos de la calesa nueva, se asombró todavía más al verlo bañado en sudor con la raqueta en la mano. Alfonso corrió a su casa, se lavó la cara y las manos, volvió a ponerse su frac nuevo y sus zapatos de charol, y cinco minutos después marchábamos a trote largo, camino de Puygarrig. Todos los jugadores de pelota de la población y gran número de espectadores nos siguieron con gritos de júbilo. Los vigorosos caballos que tiraban del coche, apenas podían mantener la delantera que llevaban a aquellos intrépidos catalanes.

Estábamos en Puygarrig, y el cortejo iba a ponerse en marcha para la alcaldía, cuando Alfonso, dándose un golpe en la frente, me dijo en voz baja:

—¡Qué torpeza! ¡Me olvidé de la sortija! ¡Se quedó en el dedo de la Venus, que el diablo se lleve! No lo diga al menos a mi madre. Es posible que no note nada.

—Podría usted mandar a alguien a buscarla —le dije.

—¡Bah! mi criado se quedó en Ille. De éstos no me fío mucho. ¡Mil doscientos francos de diamantes! podrían tentar a más de uno. Además, ¿qué pensarían de mi distracción? Se burlarían de mí. Me llamarían el marido de la estatua… ¡Con tal de que no me la roben! Afortunadamente los pícaros le tienen miedo al ídolo. No se atreven a ponerse al alcance de su brazo. ¡Bah! no importa; tengo otra sortija.

La dos ceremonias, la civil y la religiosa, se realizaron con la debida pompa; y la señorita de Puygarrig recibió la sortija de una modista de París, sin sospechar que su novio le hacía el sacrificio de una prenda amorosa. Luego nos sentamos a la mesa, donde se bebió, se comió y se cantó, todo copiosamente. Yo compadecía a la novia por las inmoderadas explosiones de alegría que se producían a su alrededor; sin embargo, mostró más presencia de ánimo de lo que yo esperaba, y su turbación no era ni torpeza ni afectación. Quizá sea que el valor viene en las situaciones difíciles.

Terminado el almuerzo cuando Dios quiso, eran ya las cuatro; los hombres fueron a pasearse por el parque, que era magnífico, o miraron bailar sobre el césped de la finca a las campesinas de Puygarrig, engalanadas con sus trajes de fiesta. Así pasamos algunas horas. Mientras tanto las mujeres estaban con la novia, que les hacía admirar su ajuar. Luego cambió de traje, y observé que había cubierto sus hermosos cabellos con una papalina y un sombrero guarnecido de plumas, pues las mujeres se apresuran a ponerse, tan pronto como pueden, los adornos que la costumbre les prohibe llevar de solteras.

Eran cerca de las ocho cuando nos dispusimos a partir para Ille. Pero tuvo lugar una escena patética. La tía de la señorita de Puygarrig, que le servía de madre, mujer muy anciana y devota, no podía ir con nosotros al pueblo. En el momento de partir hizo a su sobrina un emotivo sermón sobre sus deberes de esposa, del que resultó un torrente de lágrimas y de abrazos sin fin. El señor de Peyrehorade comparó esta separación con el rapto de las Sabinas. Partimos, sin embargo, y durante el camino, cada cual procuró distraer y hacer reír a la novia; pero fue en vano.

En Ille nos esperaba la cena, y ¡qué cena! Si la grosera alegría de la mañana me había chocado, la de la noche me chocó mucho más por los equívocos y las bromas de que la novia, sobre todo, fue objeto. El novio, que había desaparecido un momento antes de sentarse a la mesa, estaba pálido y con una seriedad glacial. Bebía a cada instante vino añejo de Colliure casi tan fuerte como el aguardiente. Yo estaba a su lado, y me sentí obligado a prevenirle:

—¡Cuidado!, dicen que el vino…

No sé qué tontería le dije para ponerme al unísono de los comensales. Él me apretó la rodilla, y me dijo en voz baja:

—Cuando nos levantemos de la mesa…, necesito decirle dos palabras.

Su tono solemne me sorprendió. Lo miré más atentamente, y noté la extraña alteración de sus facciones.

—¿Se siente usted indispuesto? —le pregunté.

—No. —Y continuó bebiendo.

Mientras tanto, en medio de gritos y palmoteos, un chico de unos once años, que se había deslizado debajo de la mesa, enseñaba a la concurrencia una bonita cinta blanca y rosa que acababa de desatar del tobillo de la novia. A esto se le llama la jarretera. En seguida fue cortada en pedazos, y distribuida a los jóvenes que se la pusieron en el ojal, según una antigua costumbre que aún se conserva en algunas familias patriarcales. Con tal motivo la novia se ruborizó hasta el blanco de los ojos… Pero su turbación llegó al colmo cuando el señor de Peyrehorade, después de haber reclamado silencio, le cantó unos versos catalanes, improvisados, según dijo. He aquí su sentido, si mal no comprendí:

—¿Qué es esto, amigos?… ¿El vino que he bebido me hace ver doble? Aquí hay dos Venus…

La novia volvió la cabeza con aire despavorido que hizo reír a todo el mundo.

—Sí, —prosiguió el señor de Peyrehorade— hay dos Venus bajo mi techo. La una, la encontré bajo tierra como una trufa; la otra, bajada de los cielos, acaba de distribuirnos su cinturón.

Quería decir su jarretera.

—Hijo mío, escoge entre la Venus romana y la catalana la que prefieras. El granuja elige a la catalana, que es la mejor. La romana es negra, la catalana es blanca. La romana es fría, y la catalana inflama cuanto se le acerca.

Este final arrancó tal hurra, aplausos tan ruidosos y risas tan sonoras, que creí que el techo se nos iba a caer encima. Alrededor de la mesa no había más

que tres caras serias, la de los novios y la mía. Yo tenía un fuerte dolor de cabeza; además no sé por qué, pero a mí las bodas me entristecen siempre. Aquélla, por añadidura, me repugnaba un poco.

Después de que el teniente de alcalde cantara las últimas coplas, que por cierto eran muy verdes, debo decirlo, se pasó al salón para gozar de la marcha de la novia que iba a ser acompañada a su habitación, pues ya era cerca de la medianoche.

Alfonso me llevó al hueco de una ventana, y me dijo apartando la vista:

—Va usted a burlarse de mí… Pero no sé lo que me pasa…, ¡estoy embrujado! ¡que el diablo me lleve!

Lo primero que se me ocurrió pensar fue que se creía amenazado de alguna desgracia de las que hablan Montaigne y Mme de Sevigné: Todo el imperio amoroso está lleno de historias trágicas, etc.

Yo creía que esa clase de accidentes no le pasaban sino a las personas de talento, me dije.

—Ha bebido usted demasiado vino de Colliure, mi querido Alfonso, —le dije—. Ya se lo advertí.

—Sí, puede ser. Pero se trata de algo mucho más terrible.

Tenía la voz entrecortada. Yo le creí completamente ebrio.

—¿Sabe usted, mi sortija? —prosiguió después de un silencio.

—¡Y bien! ¿se la han robado?

—No.

—Entonces ¿la tiene usted?

—No…, no puedo sacarla del dedo de esa endemoniada Venus.

—¡Bah! no tiró usted bastante fuerte.

—Sí, sí… Pero la Venus … apretó el dedo.

Me miraba fijamante con ojos espantados, apoyándose en la falleba para no caer.

—¡Qué tontería! —le dije—. Apretó demasiado al introducir la sortija. Mañana la sacará con unas tenazas. Pero cuidado con estropear la estatua.

—No, le digo. El dedo de la Venus está doblado; aprieta la mano, ¿entiende? No parece sino que es mi mujer, pues le di el anillo nupcial… No quiere devolvérmelo.

Experimenté un súbito escalofrío, y tuve un instante la carne de gallina. Luego, dio un gran suspiro que me envió una tufarada de vino, y toda mi

emoción desapareció.

El miserable, pensé, está completamente beodo.

—Usted es arqueólogo, señor —añadió el novio con un tono lamentable—; usted conoce esa clase de estatuas…, quizá haya algún resorte, algún secreto que yo no conozco… Vaya usted a ver.

—Con mucho gusto, —dije—. Venga usted conmigo.

—No, prefiero que vaya usted solo.

Salí del salón. El tiempo había cambiado durante la cena, y empezaba a llover con fuerza. Iba a pedir un paraguas, cuando una reflexión me detuvo. ¡Sería una gran necedad ir a comprobar lo que me había dicho un borracho! Por otra parte, quizá haya querido gastarme una broma de mal gusto para hacer reír a esos honrados provincianos; y lo menos que puede sucederme, es calarme hasta los huesos y atrapar un buen resfriado.

Desde la puerta dirigí una mirada a la Venus, que estaba chorreando agua, y subí a mi habitación sin volver al salón. Me acosté; pero tardé en dormirme. Me venían a la memoria todas las escenas del día. Pensaba en aquella joven tan bella y tan pura, abandonada a un borracho brutal. ¡Qué cosa tan odiosa es un matrimonio de conveniencia! me decía. Un alcalde se pone una banda tricolor, un cura una estola, y la más honesta muchacha del mundo queda entregada al Minotauro! Dos seres que no se aman, ¿qué pueden decirse en semejante momento, por el cual dos amantes darían su vida? ¿Una mujer puede amar jamás a un hombre que ha visto grosero una vez? Las primeras impresiones no se borran nunca, y estoy seguro de que ese Alfonso merecerá que se le aborrezca…

Durante mi monólogo, que abrevio mucho, había oído muchas idas y venidas en la casa, abrir y cerrar las puertas, ruido de coches que partían; luego me parecía haber oído en la escalera los pasos ligeros de varias mujeres que se dirigían hacia el extremo del corredor opuesto a mi habitación. Era probablemente el cortejo de la novia que la acompañaban a la cama. Luego habían vuelto a bajar la escalera. La puerta de la señora de Peyrehorade se había cerrado. ¡Qué turbada y molesta debe estar esa pobre chica!, pensé. Y me revolví en la cama, de mal humor. Un soltero hace un triste papel en una casa en la que se efectúa una boda.

El silencio reinaba hacía rato cuando fue interrumpido por pasos muy pesados que subían la escalera. Los escalones de madera crujieron fuertemente.

—¡Qué animal! —exclamé—. Apuesto a que va a caerse por la escalera.

Todo volvió a quedarse tranquilo. Cogí un libro para cambiar el curso de mis

ideas. Era una estadística del departamento, acompañada de una memoria del señor de Peyrehorade sobre los monumentos druídicos del distrito de Prades. A la tercera página me entró el sueño.

Dormí mal y me desperté muchas veces. Serían las cinco de la mañana, y hacía más de veinte minutos que yo estaba despierto, cuando cantó el gallo. Despuntaba el día. Entonces oí los mismos pasos pesados, los mismos crujidos de la escalera que había oído antes de dormirme. Ello me pareció singular. Bostezando, traté de adivinar por qué el joven Alfonso se levantaba tan temprano. No se me ocurría nada verosímil. Iba a cerrar otra vez los ojos cuando mi atención fue de nuevo excitada por un pisoteo extraño al que se añadió en seguida el toque de campanillas, el ruido de puertas que se abrían con estrépito, y gritos confusos.

«¡Mi borracho habrá pegado fuego a la casa!» pensé saltando de la cama.

Me vestí y salí al corredor. Del extremo opuesto partían gritos y lamentos, y una voz desgarradora dominaba a las demás: «¡Mi hijo, mi hijo!» Era evidente que a Alfonso le había ocurrido alguna desgracia. Corrí a la habitación nupcial: estaba llena de gente. El primer espectáculo que se ofreció a mi vista fue el joven medio vestido, atravesado en la cama, cuyo armazón de madera estaba roto. Le vi lívido, inmóvil. La madre lloraba y gritaba a su lado. El señor de Peyrehorade se agitaba, frotándole las sienes con agua de Colonia y tratando de hacerle respirar esencias. ¡Ah! hacía rato que su hijo había muerto. En un canapé situado al otro extremo de la habitación, se encontraba la novia, presa de horribles convulsiones. Daba gritos inarticulados, y dos robustas criadas pasaban todas las penas del mundo para contenerla.

—¡Dios mío! —exclamé— ¿qué ha pasado?

Me acerqué a la cama y levanté el cuerpo del desdichado joven; estaba ya rígido y frío. Sus dientes apretados y su cara amoratada expresaban las más horribles angustias. Al parecer, su muerte había sido violenta y su agonía terrible. Sin embargo, no se veía en su ropa el menor rastro de sangre. Abrí su camisa y vi en su pecho una huella lívida que se prolongaba por las costillas y la espalda. Se habría dicho que lo habían apretado dentro de una argolla de hierro. Pisé sobre la alfombra una cosa dura; me incliné y vi la sortija de diamantes.

Hice que el señor de Peyrehorade y su mujer pasasen a su habitación; luego hice que llevaran allí a la recién casada. «Les queda a ustedes una hija —les dije — y deben cuidar de ella.» Entonces los dejé solos.

Me parecía indudable que el joven Alfonso había sido víctima de un

asesinato cuyos autores se habían introducido durante la noche en la habitación de la novia. Aquellas magulladuras en el pecho, y su dirección circular me llenaban, sin embargo, de confusión, pues no hubieran podido producirse con un palo ni con una barra de hierro. De pronto recordé haber oído decir que en Valencia había matones que se servían de largos sacos de cuero llenos de arena fina para asesinar a las personas cuya muerte les habían encargado. Enseguida me acordé del arriero aragonés y de su amenaza; sin embargo, no me atrevía a creer que por una simple broma se hubiese tomado tan terrible venganza.

Busqué en toda la casa huellas de escalo, y no las encontré en ninguna parte. Bajé al jardín para ver si los asesinos habían podido entrar por aquel lado; pero tampoco encontré ningún indicio cierto. Además, la lluvia de la víspera había inundado el suelo de tal modo que no hubiera podido conservar claramente huella alguna. Observé, sin embargo, algunas pisadas profundamente impresas en la tierra; las había en dos direcciones contrarias, pero sobre una misma línea que, partiendo del ángulo del seto contiguo al juego de pelota, iba a parar a la puerta de la casa. Podían ser las pisadas de Alfonso cuando fue a retirar su anillo del dedo de la estatua. Por otra parte, el seto, en aquel punto, era menos espeso que en los demás; los asesinos debían haber entrado por allí. Pasando y volviendo a pasar por delante de la estatua, me detuve un instante a examinarla. Esta vez, lo confieso, no pude contemplar sin espanto su expresión de perversidad irónica; e impresionado por las escenas horribles de las que acababa de ser testigo, me pareció ver una divinidad infernal que aplaudía la desgracia que afligía a esta casa.

Volví a mi habitación y permanecí en ella hasta el mediodía. Entonces salí y pregunté por mis anfitriones. Se habían calmado un poco. La señorita de Puygarrig, mejor dicho, la viuda de Alfonso, había recobrado los sentidos. Hasta había hablado con el fiscal de Perpiñán, que se encontraba de paso en Ille, y le tomó declaración. También me la tomó a mí. Le dije lo que sabía, sin ocultarle mis sospechas contra el arriero aragonés. El magistrado ordenó su inmediata detención.

—¿Averiguó usted algo por la señora de Alfonso? —pregunté al fiscal, una vez escrita y firmada mi declaración.

—Esa desgraciada joven se ha vuelto loca, me contestó sonriendo tristemente. ¡Loca!, completamente loca. He aquí lo que cuenta:

Hacía pocos minutos que se había acostado, con las cortinas corridas, dice ella, cuando se abrió la puerta de la habitación y entró alguien. Entonces la esposa de Alfonso se hallaba casi al borde posterior de la cama, con la cara

vuelta hacia la pared. No hizo el menor movimiento, persuadida de que era su marido. Al cabo de un instante, la cama crujió como si cargaran sobre ella un peso enorme. La joven se asustó mucho, pero no se atrevió a volver la cabeza. Así pasaron cinco minutos, quizá diez…, no puede darse cuenta del tiempo transcurrido. Finalmente hizo un movimiento involuntario, o bien la persona que estaba en la cama hizo uno, y ella sintió el contacto de algo frío como el hielo, según su propia expresión. Entonces se apartó temblando hasta el borde mismo del lecho. Poco después, la puerta se abrió de nuevo, y entró alguien que dijo: Buenas noches, mujercita mía. Al cabo de un instante descorrieron las cortinas. Ella oyó un grito ahogado. La persona que estaba en la cama, al lado de ella, se incorporó y pareció tender los brazos hacia adelante. Entonces volvió la cabeza…, y vió, dice ella, a su marido arrodillado junto a la cama, con la cabeza a la altura de la almohada, en brazos de una especie de gigante verdoso que lo estrechaba con fuerza. Dice, y me ha repetido veinte veces… ¡pobre mujer!… dice que reconoció…, adivine usted…, la Venus de bronce, la estatua del señor Peyrehorade… Desde que la descubrieron todo el mundo sueña con ella. Pero, prosigo el relato de la pobre loca. Ante semejante espectáculo, se desmayó, y probablemente hacía algunos instantes que había perdido la razón. De ninguna manera puede uno decir cuánto tiempo estuvo desmayada. Vuelta en sí, volvió a ver el fantasma o la estatua, como sigue diciendo, inmóvil, con las piernas y parte del tronco en la cama, el busto y los brazos extendidos hacia adelante, y en sus brazos su marido, inmóvil también. Cantó un gallo. Entonces la estatua saltó de la cama, dejó caer el cadáver y salió. La esposa de Alfonso tiró del cordón de la campanilla…, y ya sabe usted lo demás.

Hicieron comparecer al español; estaba tranquilo, y se defendió con mucha sangre fría y presencia de ánimo. No negó las palabras que yo había oído; pero las explicó pretendiendo no haber querido decir otra cosa sino que, al día siguiente, después de haber descansado, hubiera ganado la partida de pelota a su vencedor. Recuerdo que añadió:

—Cuando un aragonés recibe un agravio, no espera al día siguiente para vengarse. Si hubiera creído que Alfonso había querido insultarme, en el acto mismo le hubiera hundido mi navaja en el vientre.

Se compararon sus zapatos con las huellas del jardín; sus zapatos eran mucho más grandes.

Por fin, el dueño de la posada en la que ese hombre estaba alojado aseguró que había pasado toda la noche dando fricciones y medicamentos a una de sus mulas que estaba enferma.

Además, el aragonés era hombre de buena reputación, muy conocido en la comarca, donde venía cada año para su comercio. Por consiguiente, se le devolvió la libertad, pidiéndole disculpas.

Se me olvidaba la declaración de un criado, la última persona que había visto vivo a Alfonso. Era en el momento de ir a subir a la habitación de su esposa; llamó a aquel hombre y le preguntó con aspecto inquieto si sabía dónde estaba yo. El criado contestó que no me había visto. Entonces Alfonso suspiró y permaneció más de un minuto sin hablar. Después dijo encogiéndose de hombros: ¡Vamos! ¡también se lo habrá llevado el demonio!

Le pregunté si Alfonso llevaba puesta en el dedo su sortija de diamantes cuando le habló. El criado dudó al contestar; por fin dijo que creía que no, pero que no había prestado atención. «Si hubiese llevado puesta esa sortija, —añadió rectificándose— yo lo habría notado sin duda, pues yo creía que se la había dado a su esposa.»

Interrogando a aquel hombre, sentía un poco del terror supersticioso que la declaración de la esposa de Alfonso había difundido en toda la casa. El fiscal me miró sonriendo, y yo me guardé bien de insistir.

Algunas horas después de los funerales de Alfonso, me dispuse a salir de Ille. El coche del señor de Peyrehorade debía conducirme a Perpiñán. A pesar de su estado de debilidad, el pobre viejo quiso acompañarme hasta la puerta de su jardín. Lo cruzamos en silencio. Él andaba con dificultad, apoyado en mi brazo. En el momento de separarnos, dirigí una postrera mirada a la Venus. Yo preveía que mi anfitrión, aunque no compartiese los terrores y los odios que la estatua inspiraba a una parte de su familia, querría desprenderse de un objeto que le recordaría sin cesar una horrible desgracia . Mi intención era aconsejarle que la mandase a algún museo. No me atrevía a entrar en materia, cuando el señor de Peyrehorade volvió maquinalmente la cabeza hacia el lugar al que me veía dirigir la mirada. Vio la estatua y se puso a llorar. Lo abracé y, sin atreverme a decirle una sola palabra, subí al coche.

Desde entonces, no he sabido que se haya hecho nueva luz sobre aquella misteriosa catástrofe.

El señor de Peyrehorade murió pocos meses después de su hijo. En su testamento me legó sus manuscritos, que publicaré quizá algún día. Entre ellos no encontré la memoria relativa a las inscripciones de la Venus.

P.D. Mi amigo el señor de P. acaba de escribirme de Perpiñán diciendo que la estatua ya no existe. Después de la muerte de su marido, la señora de

Peyrehorade se apresuró a mandarla fundir y hacer con su bronce una campana. Bajo esta nueva forma se utiliza en la iglesia de Ille. Pero, añade el señor de P., parece que la desgracia persigue a los poseedores de ese bronce. Desde que la nueva campana toca en Ille, las viñas se han helado dos veces.

El abate Aubin

L'ABBÉ AUBAIN (1846)

Es inútil decir cómo cayeron en mis manos las cartas que siguen. Me parecieron curiosas, morales e instructivas. Las publico sin más cambio que la modificación de determinados nombres propios y de algunos pasajes que no están relacionados con la historia del padre Aubain.

I
De madama de P… a Madama de G…

Noirmoutiers… noviembre 1844.

«PROMETÍ escribirte, mi querida Sofía y cumplo mi palabra; además no tengo nada mejor que hacer durante estas largas veladas. Mi última carta te hacía saber cómo me había dado cuenta al mismo tiempo, de que tenía treinta años y de que estaba arruinada. Para la primera de estas desgracias, desafortunadamente, no hay remedio. En cuanto a la segunda, nos resignamos bastante mal pero, en fin, nos resignamos. Para restablecer nuestra economía, hace falta que pasemos por lo menos dos años en el sombrío caserón desde donde te escribo. He estado sublime. Tan pronto como tuve conocimiento del estado de nuestras finanzas, le propuse a Enrique que nos fuéranos a hacer economías al campo, y ocho días más tarde estábamos en Noirmoutiers. No te contaré nada del viaje. Hacía muchos años que no me había encontrado tanto tiempo a solas con mi marido. Naturalmente estábamos el uno y la otra de bastante mal humor; pero como yo estaba perfectamente decidida a tener presencia de ánimo, todo transcurrió bien. Conoces mis grandes decisiones y sabes que las cumplo. Henos aquí instalados. Por lo que respecta a lo pintoresco, Noirmoutiers no deja nada que desear: bosques, acantilados, y el mar a un cuarto de legua. Tenemos cuatro gruesas torres cuyos muros tienen quince pies de espesor. He instalado un gabinete de trabajo en el hueco de una ventana. Mi salón, de sesenta pies de largo, está decorado con un tapiz de personajes de animales; es verdaderamente magnífico, iluminado por ocho velas: es la iluminación del domingo. Me muero de miedo cada vez que paso por él después del atardecer. Todo está muy mal amueblado, como bien puedes suponer. Las puertas no encajan, las maderas crujen, el viento silba y el mar muge de la

manera más lúgubre del mundo. Sin embargo empiezo a acostumbrarme a esto. Ordeno, arreglo, planto; antes de que lleguen los grandes fríos, habré logrado un campamento aceptable. Puedes estar segura de que tu torre estará lista para la primavera. ¡Lástima que no pueda tenerte ya conmigo! El mérito de Noirmoutiers es que no tenemos vecinos. Soledad completa. No tengo más visitas, gracias a Dios, que las de mi párroco, el padre Aubain. Es un hombre joven muy dulce, aunque tenga las cejas arqueadas y muy espesas, y grandes ojos negros como un traidor de melodrama. El domingo último, nos hizo un sermón, no demasiado malo para un sermón de provincias, y que nos venía al pelo: «Que la desgracia es un favor de la Providencia para purificar nuestras almas». Según esto, debemos estar agradecidos al honesto agente de cambio que ha tenido a bien purificarnos llevándose nuestra fortuna. Adiós, mi querida amiga. Mi piano llega junto a numerosas cajas. Voy a tratar de ordenar todo esto.

P.S. Vuelvo a abrir mi carta para agradecer tu envío. Todo esto es demasiado hermoso, demasiado hermoso para Noirmoutiers. La capota gris me encanta. He reconocido tu buen gusto. Me la pondré el domingo para ir a misa; tal vez pase algún viajante para admirarla. Pero ¿por quién me tomas con tus novelas? Quiero ser, soy una persona seria. ¿No tengo buenas razones? Voy a instruirme. Cuando regrese a París, dentro de tres años (tendré treinta y tres, ¡santo cielo!), quiero ser una Philaminte. A decir verdad, no sé qué pedirte en materia de libros. ¿Qué me aconsejas que estudie? ¿alemán o latín? Sería muy agradable leer el Wilhelm Meister en su original, o los Cuentos de Hoffmann. Noirmoutiers es el lugar adecuado para los cuentos fantásticos. Pero ¿cómo estudiar alemán en Noirmoutiers? El latín me gustaría bastante, pues encuentro injusto que los hombres lo sepan para ellos solos. Tengo ganas de hacer que mi párroco me dé clases».

II
La misma a la misma

Noirmoutiers… diciembre 1844.

«POR más que te sorprendas, el tiempo pasa más rápido de lo que crees, más rápido de lo que yo misma habría creído. Lo que sostiene mi ánimo, es la debilidad de mi señor y dueño. De verdad, los hombres son muy inferiores a nosotras. Su ánimo es de un abatimiento, de una falta de valor que rebasa lo permitido. Se levanta lo más tarde que puede, monta a caballo o se va a cazar, o bien a visitar a las personas más aburridas del mundo, notarios o fiscales que viven en la ciudad, es decir, a seis leguas de aquí. ¡Cuando llueve es cuando hay que verlo! Hace ocho días que comenzó los Mauprat y todavía va por el primer volumen. — «Es mejor alabarse a sí mismo que criticar a los demás». Es uno de tus proverbios. Lo dejo pues para hablarte de mí. El aire del campo me hace un bien infinito. Estoy de maravilla, y cuando me miro en el espejo (¡qué espejo!), no me echaría más de treinta años; y además, me paseo bastante. Ayer, insistí tanto que Enrique vino conmigo hasta la playa. Mientras él le disparaba a las gaviotas, yo leí el canto de los piratas del Giaour. Sobre la arena, ante un mar encrespado, esos hermosos versos parecen más bellos aún. Nuestro mar no iguala al de Grecia, pero tiene su propia poesía como todos los mares. ¿Sabes qué es lo que me impresiona de lord Byron? Que ve y comprende la naturaleza. No habla del mar porque haya comido rodaballo y ostras. Él navegó, soportó tempestades. Todas sus descripciones son como daguerrotipos. Para nuestros poetas, la rima es lo primero, luego viene el sentido común, si es que éste tiene lugar en el verso. Mientras me paseaba, leyendo, mirando y admirando, el padre Aubain —no sé si te he hablado del padre, es el párroco de mi pueblo— llegó y se unió a mí. Es un sacerdote joven que me agrada bastante. Tiene instrucción y

sabe «hablar de las cosas con las personas sencillas.» Además, por sus grandes ojos negros y su cara pálida y melancólica, creo que tiene una historia interesante y pretendo que me la cuente. Hemos charlado del mar, de la poesía; y, lo que te sorprenderá en un párroco de Noirmoutiers, habla bien. Luego me llevó a las ruinas de una antigua abadía, sobre un acantilado, y me hizo contemplar allí una gran fachada completamente esculpida de monstruos adorables. ¡Ah! ¡si tuviera dinero, repararía todo esto! Después, pese a las protestas de Enrique, que quería irse a comer, insistí en pasar por el presbiterio, para ver un relicario curioso que el párroco encontró en casa de un campesino. Es, efectivamente, muy bello: un cofre en esmalte de Limoges, que sería una deliciosa cajita para guardar joyas. Pero ¡qué casa, Dios santo! ¡Y nosotros nos creemos pobres! Imagínate una pequeña habitación en la planta baja, mal embaldosada, encalada, amueblada con una mesa y cuatro sillas, más un sillón de enea con un pequeño cojín, relleno de no sé que huesos de melocotón, recubierto de tela de cuadros blancos y rojos. Sobre la mesa había tres o cuatro grandes infolios griegos o latinos. Son los Padres de la Iglesia, y debajo, como escondido, descubrí Jocelyn. Se ruborizó. Por lo demás, se desenvolvió muy bien haciendo los honores de su miserable vivienda; ni orgullo, ni falsa vergüenza. Yo sospechaba que tenía su historia novelesca. Ahora tengo la prueba. En el cofre de estilo bizantino que nos enseñó, había un ramillete seco de hace cinco o seis años como mínimo. «¿Es una reliquia?, le pregunté. — No, contestó un poco turbado. No sé cómo se encuentra esto aquí». Luego cogió el ramillete y lo apretó cuidadosamente sobre la mesa. ¿Está claro?… Regresé al castillo con tristeza y con ánimo; tristeza por haber visto tanta pobreza; ánimo, para soportar la mía, que para él sería una opulencia asiática. ¡Si hubieras visto su sorpresa cuando Enrique le entregó veinte francos para una mujer que él nos recomendaba! Es necesario que le haga algún regalo. Ese sillón de enea en el que estuve sentada es demasiado duro. Voy a darle uno de esos sillones de hierro que se pliegan como el que traje de Italia. Elige uno, y me lo envías lo antes posible…»

III
La misma a la misma

Noirmoutiers… febrero 1845.

«DEFINITIVAMENTE, no me aburro en Noirmoutiers. Además, he encontrado una ocupación interesante, y se la debo al padre. Él sabe de todo, sin duda, y además de botánica. Me he acordado de las Cartas de Rousseau, al oírle nombrar en latín una simple cebolla que, a falta de algo mejor, había colocado sobre mi chimenea. — «¿Conoce pues la botánica? — Muy mal, contestó. Lo suficiente, no obstante, como para indicarle a las personas de esta comarca las plantas que pueden serles útiles; bastante sobre todo, tengo que confesarlo, para darle algún interés a mis paseos solitarios.» Comprendí inmediatamente que sería muy divertido coger bellas flores durante mis paseos, dejarlas secar y ordenarlas limpiamente en «mi viejo Plutarco à mettre des rabats» — «Enséñeme botánica», le dije. Él quería esperar hasta la primavera, pues no hay flores en esta infame estación. «Pero usted tiene flores secas, —le dije. Las he visto en su casa.» — Creo haberte hablado de un viejo ramillete cuidadosamente conservado. — ¡Si hubieras visto su cara!… ¡Pobre desgraciado! Me arrepentí enseguida de mi indiscreta alusión. Para hacérsela olvidar, me apresuré a decirle que debía tener una colección de plantas secas. Eso se llama un herbario. La cosa fue acordada inmediatamente; y, desde el día siguiente, me trajo en un paquete de papel gris, muchas plantas bonitas, cada una con su etiqueta. La clase de botánica había comenzado; a continuación hice sorprendentes progresos. Pero lo que yo no conocía, es la inmoralidad de la botánica, y la dificultad de las primeras explicaciones, sobre todo para un sacerdote. Sabrás, querida, que las plantas se casan, igual que nosotros, pero la mayoría tiene numerosos maridos. A unas se les llama fanerógamas, si he recordado bien esa extraña palabra. Procede

del griego y quiere decir casadas públicamente, en el municipio. Luego están las criptógamas, de matrimonios secretos. Los champiñones que te comes, se casan en secreto. Todo esto es muy escandaloso; pero él no se deselvuelve demasiado mal, mejor que yo, que cometí la tontería de reírme a carcajadas, una vez o dos, en los pasajes más difíciles. Pero ahora, me he hecho más prudente, y ya no hago preguntas.»

IV
La misma a la misma

Noirmoutiers… febrero 1845.

«QUIERES absolutamente conocer la historia de ese ramillete tan preciosamente conservado; pero, de verdad, no me atrevo a preguntársela. En primer lugar, es más que probable que no haya ninguna historia en este asunto; luego, si hubiera alguna, tal vez fuera una historia que no le gustaría contar. Yo por mi parte, estoy bien convencida… ¡Venga! Sin mentiras. Sabes muy bien que no puedo tener secretos contigo. Conozco esa historia, y voy a contártela en dos palabras; no hay nada más simple. — «¿Cómo es posible, señor cura, le dije un día, que con la inteligencia que tiene y con tantos conocimientos, se haya usted resignado a convertirse en párroco de un pueblo pequeño?» Con una triste sonrisa contestó: «Es más fácil ser pastor de pobres campesinos que pastor de habitantes de una ciudad. Cada uno debe adaptar su trabajo a sus fuerzas.— Por eso, le dije, usted debería estar mejor situado. — Me dijeron, tiempo atrás, continuó, que el señor obispo de N***, su tío, se había dignado pensar en mí para darme la parroquia de Santa María: es la mejor de la diócesis. Mi anciana tía, la única parienta que me queda, que vive en N***, decía que era una situación muy deseable para mí. Pero yo estoy bien aquí, y supe, con placer, que monseñor había elegido a otra persona. ¿Qué me hace falta? ¿No soy feliz en Noirmoutiers? Si hago aquí un poco de bien, éste es mi lugar; no debo abandonarlo. Y además la ciudad me recuerda…» Y se detuvo, con los ojos tristes y distraídos; luego, continuando de pronto dijo: «No estamos trabajando, ¿y nuestra botánica?…» Yo no pensaba en absoluto en ese momento en el viejo heno disperso sobre la mesa, y continué con mis preguntas: «¿Cuándo se hizo usted sacerdote? — Hace nueve años. — Nueve años… pero me parece que

usted debía tener ya edad de tener una profesión ¿no? No sé, pero siempre me he imaginado que no fue una vocación de juventud la que lo llevó a hacerse sacerdote. — ¡Ay!, no, dijo con un aire avergonzado; pero aunque mi vocación fue tardía, si estuvo determinada por causas… por una causa…» Se embarullaba y no podía concluir. Yo me animé: «Apostemos, le dije, que cierto ramillete que he visto tenía algo que ver con esa decisión.» Apenas hube pronunciado esta impertinente frase, me mordí la lengua por haber llegado tan lejos; pero ya era tarde. «Pues bien, sí, señora, es verdad; le contaré todo eso, pero no ahora… otra vez. El Ángelus va a sonar.» Y se marchó antes de la primera campanada. Yo esperaba una historia terrible. Regresó al día siguiente y fue él quien retomó nuestra conversación de la víspera. Me confesó que había amado a una persona joven de N…; pero ella tenía algo de dinero y, él, estudiante, no tenía más recursos que su inteligencia… Le dijo: «Me voy a París, donde espero obtener una plaza; pero mientras yo trabajo día y noche para hacerme digno de usted, ¿usted no se olvidará de mí?» La joven tenía dieciséis o diecisiete años y era muy novelera. Le dio su ramillete como signo de su amor. Un año más tarde, él conocía la noticia de su boda con el notario de N…, precisamente cuando él iba a conseguir una plaza en un colegio. Ese golpe lo hundió, renunció a seguir con la oposición. Dijo que durante años no pudo pensar en otra cosa; y al recordar esta aventura tan simple, parecía tan emocionado como si acabara de ocurrir. Luego, sacando el ramillete de su bolsillo dijo: «Era una niñería conservarlo, tal vez incluso esté mal.» Y lo lanzó al fuego. Cuando las pobres flores hubieron cesado de crujir y de arder, prosiguió con más calma: «Le agradezco que me haya pedido este relato. Le debo el haberme separado de un recuerdo que no me convenía en absoluto conservar.» — Pero estaba triste y se veía sin esfuerzo cuánto sacrificio le había costado. ¡Qué vida, Dios mío, de la estos pobres sacerdotes! Hasta los pensamientos más inocentes deben prohibirse. Están obligados a desterrar de su corazón todos los sentimientos que constituyen la felicidad de los demás hombres… hasta los recuerdos que unen a la vida. Los sacerdotes se parecen a nosotros pobres mujeres: cualquier sentimiento intenso es un crimen. Sólo hay permiso para sufrir, sobre todo si no se deja ver. Adiós, me reprocho mi curiosidad como una mala acción, pero tú eres la causante».

(*Omitimos numerosas cartas en las que no se alude al padre Aubain*)

V
La misma a la misma

Noirmoutiers… mayo 1845.

«HACE bastante tiempo que quiero escribirte, mi querida Sofía, y no sé qué mala vergüenza me lo ha impedido. Lo que tengo que decirte es tan extraño, tan ridículo y tan triste a la vez, que no sé si te emocionarás, o si te reirás. Yo misma, me encuentro aún sin comprender gran cosa. Sin más preámbulos, voy al grano. Te he hablado muchas veces en mis cartas del padre Aubain, el párroco de nuestro pueblo de Noirmoutiers. Te he contado incluso cierta aventura que fue la causa de su profesión. En la soledad en la que vivo, y con las ideas tristes que tú me conoces, el trato con un hombre de talento, instruido, amable, era para mí muy importante. Probablemente le he dejado ver que me interesaba y, al cabo de muy poco tiempo, se encontraba en nuestra casa como un antiguo amigo. Era, lo confieso, un placer completamente nuevo para mí hablar con un hombre superior cuya ignorancia del mundo hacia resaltar su distinción de espíritu. Tal vez, además, pues tengo que decírtelo todo, y no es a ti a quien puedo ocultarle cualquier defecto de mi carácter, tal vez, además mi ingenuidad de coquetería (son tus palabras), que tú me has reprochado frecuentemente, ha actuado sin darme cuenta. Me encanta gustarle a las personas que me gustan, quiero ser amada por los que amo… Ante esta introducción, te veo abriendo ampliamente los ojos y me parece oírte decir: «¡Julia!» Tranquilízate, no es a mi edad cuando se empieza a hacer locuras. Pero continúo. Una especie de intimidad se estableció entre nosotros, sin que nunca, me apresuro a decirlo, él dijera o hiciera jamás nada que no conviniera al carácter sagrado del que está revestido. Se encontraba a gusto en mi casa. Hablábamos con frecuencia de su juventud y más de una vez cometí la torpeza de poner sobre la mesa aquella romántica pasión

que le había valido un ramillete (ahora convertido en cenizas en mi chimenea) y la triste sotana que lleva. No tardé en percatarme de que él ya no pensaba en su infiel. Un día se la había encontrado en la ciudad, e incluso le había hablado. Me lo contó todo a su regreso, y me dijo sin emoción que ella era feliz y que tenía unos niños encantadores. El azar lo convirtió en testigo de algunas de las impertinencias de Enrique. Y de ahí algunas confidencias en cierto sentido forzadas por mi parte, y un aumento de interés por la suya. Conoce a mi marido como si lo hubiera frecuentado durante diez años. Además, era tan buen consejero como tú, y menos imparcial, puesto que tú crees siempre que los errores son compartidos. Él me daba siempre la razón, pero recomendándome prudencia y mano izquierda. En una palabra, se comportaba como un amigo entregado. Tiene algo de femenino que me encanta. Tiene un espíritu que me recuerda al tuyo. Un carácter exaltado y firme, sensible y concentrado, fanático del deber… Enlazo unas frases con otras para retrasar la explicación. No puedo hablar francamente; este papel me intimida. ¡Cómo me gustaría tenerte junto al fuego, con un mismo bastidor entre las dos, bordando la misma cortina! — En fin, en fin, Sofía, hay que soltar la gran palabra: El pobre desventurado se había enamorado de mí. ¿Te ríes o estás escandalizada? Me gustaría verte en este momento. Él no me ha dicho nada, por supuesto, pero nosotras no nos equivocamos, y ¡esos grandes ojos negros!… Por esta vez, creo que te estás riendo. — ¡Cuántos tipos elegantes quisieran tener esos ojos que hablan sin querer! He visto a tantos señores que querían hacer hablar los suyos y que sólo decían tonterías. — Cuando reconocí el estado del enfermo, la malignidad de mi naturaleza, tengo que confesártelo, en un primer momento se regocijó casi. ¡Una conquista a mi edad, una conquista inocente como ésa!… ¡Ahí es nada, excitar una pasión semejante, un amor imposible!… Pero, ¡quita allá!, ese torpe sentimiento se me pasó muy pronto. — He aquí un hombre galante, me dije, al que mi inconsciencia le causará desgracia. Es horrible, es absolutamente necesario que esto termine. Buscaba en mi cabeza cómo podría alejarlo. Un día, nos paseábamos por la playa, con la marea baja. Él no se atrevía a decirme una palabra, y yo estaba también intimidada. Había silencios mortales de cinco minutos, durante los cuales, para conservar el tipo recogía conchas. Por fin le dije: «Mi querido padre, es absolutamente necesario que le den una parroquia mejor que ésta. Le escribiré a mi tío el obispo; iré a verlo si es necesario.— ¡Marcharme de Noirmoutiers! exclamó juntando las manos; pero ¡yo soy feliz aquí! ¿Qué puedo desear desde que usted está aquí? Usted me ha colmado, y mi pequeño presbiterio se ha convertido en un palacio.— No, continué, mi tío es

muy anciano; si tuviera la desgracia de perderlo, no sabría a quién dirigirme para hacer que usted consiguiera un puesto adecuado.—¡Ay!, señora, ¡me daría tanta pena abandonar este pueblo!… El párroco de Santa María ha muerto… pero lo que me tranquiliza es que va a ser sustituido por el padre Raton. Es un sacerdote muy digno, y me alegro; pues si Monseñor hubiera pensado en mí…

—¡El párroco de Santa María ha muerto! — exclamé—. Voy hoy mismo a N***, a ver a mi tío.

—¡Ah! señora, no lo haga. El padre Raton es mucho más digno que yo; y además ¡abandonar Noirmoutiers!…

—Señor cura, —le dije con tono firme, ¡es necesario!—. Al oír esas palabras, inclinó la cabeza y no se atrevió a resistirse más. Regresé casi corriendo al castillo. Él me seguía a dos pasos de distancia, el pobre hombre, tan turbado, que no se atrevía a abrir la boca. Estaba anonadado. No perdí ni un minuto. A las ocho, me encontraba en casa de mi tío. Lo encontré bastante predispuesto hacia Raton; pero me quiere y yo conozco mi poder de persuasión. Por fin, al cabo de largos debates, logré lo que quería. Raton fue descartado y el padre Aubain es párroco de Santa María. Desde hace dos días se encuentra ya en la ciudad. El pobre hombre comprendió mi «es necesario». Me dio las gracias gravemente, y no habló sino de su reconocimiento. Le agradecí que abandonara Noirmoutiers lo más rápido posible y que me dijera incluso que tenía prisa por ir a darle las gracias a Monseñor. Al marcharse, me envió su bonito cofre florentino, y me pidió permiso para escribirme alguna vez. ¿Pues bien, amiga mía? ¿Estás contento, Coucy? — Es una lección. No la olvidaré cuando regrese a la sociedad. Pero entonces tendré treinta y tres años, y no tendré miedo de ser amada… y menos con un amor como ése… — Es cierto, eso es imposible. — No importa, de toda esta locura me queda un bonito cofre y un amigo de verdad. Cuando tenga cuarenta años, cuando sea abuela, ya intrigaré para que el padre Aubain tenga una parroquia en París. Ya lo verás, querida, será él quien la dé la primera comunión a tu hija.»

VI
El Abate Aubin al Abate Bruneau. Profesor de Teología en Saint-A

N… mayo 1845.

«MI querido maestro, es el párroco de Santa María quien le escribe, no el humilde cura de Noirmoutiers. He abandonado los pantanos y heme aquí en la ciudad, instalado en una hermosa parroquia, en la calle mayor de N***; párroco de una gran iglesia, bien construida, bien conservada, de arquitectura magnífica, dibujada en todos los álbumes de Francia. La primera vez que celebré misa sobre un altar de mármol, completamente reluciente de dorados, me preguntaba si era yo. Nada más verdadero. Una de mis alegrías es pensar que en las próximas vacaciones vendrá usted a hacerme una visita; que tendré una buena habitación para ofrecerle, una buena cama, por no hablar de cierto burdeos, que llamo mi burdeos de Noirmoutiers, y que, me atrevo a decirlo, es digno de usted. Pero, me preguntará usted ¿cómo desde Noirmoutiers a Santa María? Usted me dejó en la entrada de la nave y me vuelve a encontrar en el campanario.

O Melibœe, deus nobis hœc otia fecit

Mi querido maestro, la Providencia condujo hasta Noirmoutiers a una gran dama de París, que ciertas desgracias, de las que no nos ocurrirán jamás, habían reducido momentáneamente a vivir con diez mil escudos al año. Es una amable y buena persona, desgraciadamente un poco desviada por lecturas frívolas y por la frecuentación de mequetrefes de la capital. Aburriéndose hasta la saciedad, con un marido del que tiene poco que presumir, me hizo el honor de tomarme afecto. Eran regalos sin fin, continuas invitaciones y cada día un nuevo proyecto para el que yo era necesario. «Padre, quiero aprender latín… Padre, quiero aprender

botánica.» Horresco referens, ¿no se le había ocurrido incluso que le enseñara teología? ¿Dónde estaba usted querido maestro? Resumiendo, para saciar esa sed de instrucción, habrían sido necesarios todos nuestros profesores de Saint-A***. Afortunadamente sus fantasías no duraban mucho, y en raras ocasiones la clase pasaba de la tercera lección. Cuando le dije que en latín rosa quiere decir rosa, exclamó: «¡Pero, padre, usted es un pozo de sabiduría! ¿Cómo se ha dejado usted enterrar en Noirmoutiers?» Si tengo que decírselo todo, mi querido maestro, la buena señora, a fuerza de leer esos horribles libros que se fabrican hoy, se ha formado en la cabeza ideas bastante extrañas. Un día me prestó un libro que acababa de recibir de París y que le había encantado, Abelardo, del señor de Rémusat. Usted lo habrá leído, sin duda, y habrá admirado las sabias investigaciones del autor, desgraciadamente dirigidas en mala dirección. Yo, en principio, había saltado directamente al segundo volumen, a la Filosofía de Abelardo, y fue después de haberlo leído con el máximo interés, cuando volví al primero, a la vida del gran heresiarca. Era, bien entendido, todo cuanto mi gran dama se había dignado leer. Mi querido maestro, esto me abrió los ojos. Comprendí que en el trato con hermosas damas tan enamoradas de las ciencias existía peligro. Ésta le ganaba a Eloísa en exaltación. Una situación tan nueva para mí me confundía mucho, cuando de golpe me dijo: «Padre, es necesario para mí que usted sea párroco de Santa María; el titular ha muerto. ¡Es necesario!». E inmediatamente después, se sube en un coche, se va a ver a Monseñor; y unos días después yo era párroco de Santa María, un poco avergonzado de haber conseguido este título por un favor, pero, por lo demás, encantado de verme lejos de las garras de una leona de la capital. Leona, en la jerga de la capital, quiere decir querido maestro, una mujer a la moda.

῀Ω Ζευ, γυναιχων οίον ώπασας γένος

¿Hay pues que rechazar la fortuna para desafiar el peligro? ¡Qué tonto! ¿Santo Tomás de Canterbury no aceptó los castillos de Enrique II? Adiós, mi querido maestro, espero filosofar con usted dentro de unos meses, cada uno en un buen sillón, ante una buena pularda y una botella de burdeos, *more philosophorum. Vale et me ama».*

La toma del reducto

L'ENLÈVEMENT de la redoute (1829)

Un militar amigo mío, que murió de fiebres en Grecia hace unos años, me contó un día el primer combate en el que participó. Su relato me impactó tanto que lo escribí de memoria tan pronto como tuve algo de tiempo. Es éste:

«Me uní al regimiento el 4 de septiembre por la tarde. Encontré al general en el retén. Me recibió en un primer momento con bastante brusquedad, pero después de haber leído la carta de recomendación del general B*** cambió de actitud y me dirigió algunas palabras amables. Fui presentado por él a mi capitán, que en aquel momento volvía de un reconocimiento. Este capitán, que no tuve tiempo de conocer, era un hombretón moreno de fisonomía dura y repulsiva. Había sido soldado raso y había ganado sus entorchados y su cruz en los campos de batalla. Su voz, ronca y débil, contrastaba visiblemente con su estatura casi gigantesca. Me dijeron que tenía aquella extraña voz porque una bala lo había atravesado de un lado a otro en la batalla de Jena. Al tener conocimiento de que yo acababa de salir de la escuela militar de Fontainebleau, hizo una mueca y dijo:

—Mi teniente murió ayer…

Comprendí que lo que quería decir era: «Es usted quien debe sustituirlo, pero usted no es capaz». Una expresión mordaz se me vino a los labios, pero me contuve.

La luna se levantó tras el reducto de Cheverino, situado a dos tiros de cañón de nuestro campamento. Era ancha y roja como es habitual cuando sale. Pero aquella noche me pareció de un tamaño extraordinario. Durante un instante el reducto se destacó en negro sobre el disco brillante de la luna. Parecía el cono de

un volcán en el momento de la erupción. Un soldado veterano junto al que me encontraba, observó el color de la luna.

—Está muy roja —dijo—, es señal de que costará mucho conquistar este dichoso reducto.

Yo había sido siempre supersticioso y ese augurio, sobre todo en aquel momento, me afectó. Me acosté, pero no pude dormir. Me levanté, estuve andando un rato, mirando la inmensa línea de fuego que cubría las alturas al otro lado del pueblo de Cheverino. Cuando pensé que el aire fresco y excitante de la noche había refrescado suficientemente mi sangre, regresé junto al fuego; me envolví con cuidado en mi capa y cerré los ojos, esperando no abrirlos antes del amanecer. Pero el sueño fue inflexible. Insensiblemente, mis pensamientos adquirían un tinte lúgubre. Me decía que no tenía ni un solo amigo entre los cien mil hombres que cubrían aquella llanura. Si me herían, estaría en un hospital, tratado sin miramientos por cirujanos ignorantes. Todo lo que había oído decir acerca de las operaciones quirúrgicas se me vino a la memoria. Mi corazón latía con violencia y automáticamente coloqué, como si fueran una especie de coraza, el pañuelo y la cartera que tenía sobre el pecho. Estaba agotado de fatiga, me adormecía a cada instante, y a cada instante algún pensamiento siniestro se repetía con más fuerza y me despertaba sobresaltado. No obstante, pudo más la fatiga y cuando tocaron diana me encontraba completamente dormido. Nos preparamos para la batalla, se pasó lista, luego volvimos a colocar en haces las armas y todo anunciaba que íbamos a pasar una jornada tranquila.

Hacia las tres un ayudante de campo llegó trayendo una orden. Se nos ordenó volver a tomar las armas; nuestros tiradores se distribuyeron por la llanura; nosotros los seguíamos lentamente y, al cabo de veinte minutos, vimos replegarse todas las avanzadillas de los rusos y regresar al reducto.

Una batería de artillería vino a colocarse a nuestra derecha, otra a nuestra izquierda, aunque las dos bastante por delante de nosotros. Iniciaron un fuego vivo sobre el enemigo, que respondió enérgicamente, y pronto el reducto de Cheverino desapareció bajo espesas nubes de humo.

Nuestro regimiento estaba casi a cubierto del fuego de los rusos por un repliegue del terreno. Sus balas de cañón, escasas para nosotros pues disparaban preferentemente sobre nuestros cañoneros, pasaban por encima de nuestras cabezas o, a lo sumo, nos lanzaban tierra y algunas piedrecillas.

Tan pronto como se nos dio la orden de avanzar, mi capitán me miró con una intensidad que me obligó a pasar dos o tres veces la mano sobre mi incipiente bigote con una actitud lo más desenvuelta que me fue posible. Por lo demás, yo

no sentía miedo y el único temor que experimentaba era que imaginaran que lo tenía. Aquellas inofensivas balas de cañón contribuyeron además a mantenerme en una calma heroica. Mi instinto de conservación me decía que corría un peligro real, puesto que, en definitiva, me encontraba bajo el fuego de una batería. Estaba encantado de encontrarme tan tranquilo, y pensé en el placer de narrar la toma del reducto de Cheverino en el salón de la señora de B***, en la calle de Provenza.

El coronel pasó por delante de nuestra compañía; me dirigió la palabra diciendo:

—¡Vaya!, va a tener una mala partida para su debut.

Sonreí con aire marcial cepillando la manga de mi uniforme, sobre la que una bala de cañón, caída a treinta pasos de mí, había enviado algo de polvo.

Parece que los rusos se percataron del escaso éxito de sus balas, pues las sustituyeron por obuses que podían alcanzarnos con más facilidad en el hueco en el que nos encontrábamos apostados. Una gran explosión me levantó el chacó y mató a un hombre cerca de mí.

—Le felicito, —me dijo el capitán cuando acabé de recoger mi chacó—; ya está libre para toda la jornada.

Yo conocía esa superstición militar que cree que el axioma Non bis in idem puede aplicarse tanto en el campo de batalla como en un tribunal de justicia. Volví a colocarme orgullosamente mi chacó.

—Esto es hacer saludar a la gente sin ceremonia, —dije tan alegremente como pude. Aquella broma de mal gusto, dadas las circunstancias, pareció excelente.

—Le felicito, —me dijo el capitán—, ya no recibirá nada más, y mandará una compañía esta misma tarde, pues percibo claramente que el horno se prepara para mí. Todas las veces que he sido herido, el oficial que se encontraba junto a mí recibió alguna bala muerta, y, —añadió con un tono más bajo y casi avergonzado— sus nombres empezaban siempre por P.

Me hice el fuerte; muchas personas habrían hecho como yo; muchas personas se habrían sentido impresionadas como yo por aquellas palabras proféticas. Inexperto como era, sentía que no podía confiar mis sentimientos a nadie, y que debía parecer siempre fríamente intrépido.Al cabo de una media hora, el fuego de los rusos disminuyó de forma sensible; entonces salimos de nuestro refugio para avanzar hacia el reducto.

Nuestro regimiento estaba compuesto por tres batallones. El segundo fue el

encargado de rodear el reducto por el lado de la trinchera; los otros dos debían dar el asalto. Yo estaba en el tercer batallón. Al salir de detrás de la especie de espolón que nos había protegido, fuimos recibidos por numerosas descargas de fusil, que sólo causaron escasos daños en nuestras filas. El silbido de las balas me sorprendió: con frecuencia volvía la cabeza, y eso me hizo recibir algunas bromas por parte de mis compañeros más familiarizados con aquel ruido.

—Después de todo —me dije— una bala no es una cosa tan terrible.

Avanzábamos a paso de carrera, precedidos por los tiradores: de pronto los rusos lanzaron tres hurras, tres hurras claros, luego permanecieron silenciosos y sin disparar.

—No me gusta este silencio, —dijo mi capitán— no presagia nada bueno.

Me parecía que nuestros soldados eran demasiado ruidosos, y no pude impedir establecer interiormente la comparación entre su clamor tumultuoso y el silencio imponente del enemigo. Llegamos rápidamente al pie del reducto, las empalizadas habían sino destrozadas y la tierra revuelta por nuestras balas de cañón. Los soldados se lanzaron sobre aquellas recientes ruinas con gritos de ¡Viva el Emperador! más fuertes de lo habría cabido esperar de personas que ya habían gritado tanto. Levanté los ojos y jamás olvidaré el espectáculo que vi. La mayoría de la humareda se había elevado y permanecía suspendida como un palio a veinte pies por encima del reducto. A través de un vapor azulado, podía verse detrás de su parapeto medio destruido a los granaderos rusos, con el arma levantada, inmóviles como estatuas. Aún me parece estar viendo a cada soldado con el ojo izquierdo clavado en nosotros y el derecho oculto tras su fusil levantado. En una tronera, a algunos pies de nosotros, un hombre con una antorcha se encontraba junto a un cañón. Me estremecí y creí que había llegado mi última hora.

—La danza va a comenzar —exclamó mi capitán—. Buenas noches.

Ésas fueron las últimas palabras que le escuché pronunciar.

Un redoble de tambores resonó en el reducto. Vi bajar todos los fusiles. Cerré los ojos y escuché un ruido horroroso, seguido de gritos y gemidos. Abrí los ojos, sorprendido de encontrarme aún en este mundo. El reducto estaba de nuevo envuelto en humo. Yo estaba rodeado de heridos y de muertos. Mi capitán estaba tendido a mis pies: su cabeza había sido pulverizada por una bala de cañón, y yo había sido salpicado por sus sesos y su sangre. De toda mi compañía sólo seguíamos en pie seis hombres y yo. A aquella carnicería le sucedió un momento de estupor. El coronel, colocando su sombrero en la punta de su

espada, escaló el primero el parapeto gritando: ¡Viva el Emperador! y fue seguido inmediatamente por todos los supervivientes. No conservo un recuerdo nítido de lo que siguió. Entramos en el reducto, no sé cómo. Combatimos cuerpo a cuerpo en medio de una humareda tan espesa que no podíamos vernos. Creo que ataqué porque mi sable estaba completamente ensangrentado. Por fin, escuché gritar victoria y cuando la humareda disminuyó, pude ver sangre y muertos bajo los cuales desaparecía la tierra del reducto. Los cañones, sobre todo, se encontraban enterrados bajo montones de cadáveres. Unos doscientos hombres de pie, con uniforme francés, se habían agrupado sin orden, los unos cargando sus fusiles, los otros limpiando sus bayonetas. Había con ellos once prisioneros rusos.

El coronel estaba boca arriba completamente ensangrentado sobre un arcón roto, cerca de la trinchera. Algunos soldados se afanaban a su alrededor; me acerqué.

—¿Dónde está el capitán más antiguo? —preguntó a su sargento.

El sargento se encogió de hombros de manera muy expresiva.

—¿Y el teniente más antiguo?

—Señor, llegó ayer, —dijo el sargento con un tono completamente tranquilo.

El coronel sonrió amargamente.

—Vamos, señor —me dijo—, usted tiene el mando; haga fortalecer inmediatamente la trinchera del reducto con esos carros, pues el enemigo es superior; pero el general C*** va a mandarle refuerzos.

—Coronel —le pregunté— ¿está usted gravemente herido?

—Me importa un bledo, querido, lo importante es que el reducto ha sido tomado.

La Perla de Toledo

(*La Perle de Tolède, 1829*)

¿QUIÉN me dirá si el Sol es más bello en el amanecer que en el ocaso? ¿Quién me dirá del olivo y el almendro cuál es el más bello árbol? ¿Quién me dirá entre el valenciano y el andaluz cuál es el más bravo? ¿Quién me dirá cuál es la más bella de las mujeres?

-Yo le diré cuál es la más bella de las mujeres: es Aurora de Vargas, la Perla de Toledo.

El Negro Tuzani ha pedido su lanza, ha pedido su escudo: su lanza la coge con la mano derecha; su escudo pende de su codo. Desciende a su caballeriza y considera a sus cuarenta jumentos, uno detrás de otro. Dice:

-Berja es la más vigorosa: sobre su larga grupa traeré a la Perla de Toledo o, por Alá, Córdoba no volverá a verme jamás.

Parte, cabalga, llega a Toledo, y encuentra a un anciano cerca de Zacatín.

-Anciano de la barba blanca, lleva esta carta a don Guttiere, a don Guttiere de Saldaña. Si es hombre vendrá a combatir contra mí cerca de la fuente de Almami. La perla de Toledo debe pertenecer a uno de nosotros.

Y el anciano ha tomado la carta, la ha tomado y la ha llevado al Conde de Saldaña cuando jugaba al ajedrez con la Perla de Toledo. El Conde ha leído la carta, ha leído el desafío, y con su mano ha golpeado la mesa tan fuerte que todas las piezas se han tumbado. Y se levanta y pide su lanza y su buen caballo; y la Perla también se ha levantado toda temblorosa, pues ha comprendido que él iba a un duelo.

-Señor Guttiere, don Guttiere Saldaña, quédese, se lo ruego, y juegue otra

vez conmigo.

-No jugaré más al ajedrez; quiero jugar el juego de las lanzas en la fuente de Almami.

Y los lloros de Aurora no pudieron pararlo, pues nada para a un caballero que acude a un duelo. Entonces la Perla de Toledo toma su manto, monta sobre su mula y se dirige a la fuente de Almami.

Alrededor de la fuente la hierba está roja. Roja también está el agua de la fuente; pero no es ni una pizca de sangre de un cristiano la que enrojece la hierba, la que enrojece el agua de la fuente. El Negro Tuzani está acostado sobre su espalda: la lanza de don Guttiere se ha quebrado en su pecho: toda su sangre se pierde poco a poco. Su jumento Berja lo mira llorando, pues ella no puede curar la herida de su amo.

La Perla desciende de su mula:

-Caballero, tenga buen ánimo: vivirá todavía para casarse con una bella mora, mi mano sabe curar las heridas que hace mi caballero.

-Oh perla tan blanca, oh perla tan bella, arranca de mi seno este trozo de lanza que lo desgarra; el frío del acero me hiela.

Ella se ha acercado sin desconfianza; pero él ha reanimado sus fuerzas, y con el filo de su cimitarra marca ese rostro tan bello.

Tamango[2]

TAMANGO (1829)

El capitán Ledoux era un buen marino. Había comenzado siendo grumete, y más tarde llegó a ayudante de timonel. En la batalla de Trafalgar, su mano izquierda fue destrozada por la esquirla de un obús; hubo que amputársela y fue despedido con las mejores referencias. No le agradaba el reposo y, como la ocasión de volver a embarcar se le presentó, sirvió en calidad de teniente segundo a bordo de un corsario. El dinero que consiguió en algunas capturas le permitió comprar libros y estudiar la teoría de la navegación de la que ya conocía perfectamente la práctica. Con el tiempo llegó a ser capitán de un lugre corsario con tres cañones y una tripulación de sesenta hombres, y los costaneros de Jersey conservan aún el recuerdo de sus hazañas. La paz le entristeció: había amasado durante la guerra una pequeña fortuna, que esperaba aumentar a costa de los ingleses. Se vió obligado a ofrecer sus servicios a pacíficos negociantes; y, como era conocido como un hombre resuelto y experimentado, se le confió fácilmente un navío. Cuando la trata de negros fue prohibida y, para dedicarse a ella era necesario no sólo burlar la vigilancia de los aduaneros franceses, lo que no era muy difícil, sino además, y eso era más arriesgado, escapar de los cruceros ingleses, el capitán Ledoux se convirtió en un hombre precioso para los traficantes de madera de ébano.

Al contrario que la mayoría de los marinos que languidecieron mucho tiempo como él en puestos subalternos, no sentía terror de las innovaciones, ni del espíritu de rutina que conllevan, demasiado frecuentemente, en los grados superiores. El capitán Ledoux, por el contrario, había sido el primero en recomendar a su armador el uso de barriles de metal destinados a contener y

conservar el agua. A bordo de su barco, los grilletes y cadenas, de los que van provistos los barcos negreros, estaban fabricados según un nuevo sistema, y cuidadosamente barnizados para preservarlos de la herrumbre. Pero lo que más honor le proporcionó entre los traficantes de esclavos, fue la construcción, que él mismo dirigió, de un bergantín destinado a la trata de negros, velero fino, estrecho, largo como un buque de guerra y capaz, no obstante, de contener un gran número de negros. Lo llamó Esperanza. Quiso que las entrecubiertas, estrechas y encajadas, no tuvieran nada más que tres pies y cuatro pulgadas de alto, pretendiendo que esta dimensión permitía a los esclavos de una estatura razonable estar cómodamente sentados; pues ¿qué necesidad tienen de levantarse? «¡Una vez llegados a las colonias, —decía Ledoux— permanecerán de pie más de lo que quisieran!»

Los negros, con la espalda apoyada en el revestimiento del navío, y dispuestos en dos líneas paralelas, dejaban entre sus pies un espacio vacío, que, en los demás barcos negreros, no sirve nada más que para circular. Ledoux proyectó colocar en este intervalo a otros negros, tendidos perpendicularmente a los primeros. Así, su navío podía contener una decena de negros más que cualquier otro del mismo tonelaje. A decir verdad, se habría podido colocar allí a más; pero hay que tener humanidad, y dejar a un negro al menos cinco pies de largo y dos de ancho para que pueda moverse, durante una travesía de seis semanas y más: «Pues, después de todo, —decía Ledoux a su armador para justificar esta medida de liberalidad— los negros son hombres como los blancos».

El Esperanza partió de Nantes un viernes, como observaron más tarde algunas personas supersticiosas. Los inspectores que visitaron escrupulosamente el bergantín no descubrieron seis grandes cajas repletas de cadenas, de grilletes y de esos hierros llamados, no sé por qué, barras de justicia. Tampoco se asombraron de la enorme provisión de agua que debía llevar el Esperanza que, según la documentación, sólo iba a Senegal para comerciar con madera y marfil. La travesía no es larga, es verdad, pero en fin, nunca perjudica el exceso de precaución. Si se vieran sorprendidos por una calma, ¿qué sería de ellos sin agua?

El Esperanza partió pues un viernes, bien provisto y bien equipado de todo. Ledoux habría deseado, tal vez, unos mástiles un poco más robustos; no obstante, mientras mandó el buque, no tuvo motivos para quejarse. Su travesía fue feliz y rápida hasta la costa de África. Fondeó en el río de Joal (creo), en un momento en el que los cruceros ingleses no vigilaban esta parte de la costa. Los

corredores de comercio del país vinieron inmediatamente a bordo. El momento era extraordinariamente favorable; Tamango, guerrero famoso y vendedor de hombres, acababa de llevar a la costa una gran cantidad de esclavos y se deshacía de ellos a bajo precio, como quien se siente con fuerza y medios para aprovisionar rápidamente el mercado, tan pronto como los objetos de su comercio escasearan.

El capitán Ledoux mandó que le bajaran hasta el río e hizo su visita a Tamango. Le encontró en una choza de paja que habían levantado apresuradamente para él, acompañado de sus dos mujeres y de algunos revendedores y conductores de esclavos. Tamango estaba acicalado para recibir al capitán blanco. Llevaba un viejo uniforme azul, en el que lucían aún los galones de cabo; pero sobre cada hombro colgaban dos charreteras de oro abrochadas a un mismo botón, que colgaban una por delante y otra por detrás. Como no llevaba camisa y la chaqueta era un poco corta para un hombre de su talla, entre el forro blanco de su chaqueta y su pantalón de lienzo de Guinea, se podía ver una banda considerable de piel negra que parecía un ancho cinturón. Un gran sable de caballería estaba suspendido en su costado por medio de una cuerda, y llevaba en la mano un hermoso fusil de dos tiros, de fabricación inglesa. Equipado de esta guisa, el guerrero africano creía superar en elegancia al petimetre más perfecto de París o de Londres.

El capitán Ledoux le observó durante unos minutos en silencio, mientras que Tamango, enderezándose como un granadero que pasa revista ante un general extranjero, gozaba con la impresión que creía producir en el blanco. Ledoux, después de haberle examinado como un experto, se giró hacia su segundo y le dijo:

—¡He aquí un valiente que vendería al menos por mil escudos, si llegara sano y sin desperfectos hasta la Martinica!

Se sentaron, y un grumete que conocía un poco la lengua uolof sirvió de intérprete. Una vez que se intercambiaron los primeros cumplidos, un grumete trajo una cesta de botellas de aguardiente; bebieron, y el capitán, para poner a Tamango de buen humor, le regaló un bonito cebador de cobre adornado con el retrato de Napoleón en relieve. Una vez que el presente fue aceptado y agradecido convenientemente, salieron de la choza, se sentaron a la sombra frente a varias botellas de aguardiente, y Tamango dio la señal para que trajeran a los esclavos que tenía para vender.

Aparecieron en una larga fila, con el cuerpo encorvado por el cansancio y el miedo, llevando cada uno el cuello cogido por una horca de más de seis pies de

longitud, cuyos dos extremos estaban unidos en la nuca por una barra de madera. Cuando hay que ponerse en marcha, uno de los conductores coloca sobre su hombro el mango de la horca del primer esclavo; éste se encarga de la horca del hombre que le sigue inmediatamente; el segundo lleva la horca del tercer esclavo y así sucesivamente. Si se trata de hacer un alto, el jefe de la fila clava en tierra el extremo puntiagudo del mango de la horca, y toda la columna se detiene. Es fácil comprender que no hay que pensar en escaparse a la carrera cuando se lleva atado al cuello un grueso bastón de seis pies de longitud.

A cada esclavo que pasaba ante él, macho o hembra, el capitán se encogía de hombros, encontraba enclenques a los hombres y a las mujeres o demasiado viejas o demasiado jóvenes y se quejaba de la degeneración de la raza negra. «Todo degenera, —decía—; antes todo era muy diferente. Las mujeres medían cinco pies y seis pulgadas de estatura, y cuatro hombres solos habrían sido capaces de girar el cabestrante de una fragata, para levar el ancla mayor».

Sin embargo, mientras criticaba, iba haciendo una primera selección de los negros más robustos y más bellos. Por éstos podía pagar el precio ordinario, pero para el resto solicitaba una fuerte rebaja. Tamango, por su parte, defendía sus intereses, ensalzaba su mercancía, hablaba de las raras cualidades de los hombres y de los peligros de la trata. Terminó por pedir una suma, no sé cuál, por los esclavos que el capitán blanco quería cargar en su barco.

Tan pronto como el intérprete tradujo al francés la propuesta de Tamango, Ledoux estuvo a punto de caerse de espaldas, de sorpresa e indignación; luego, murmurando algunas horribles blasfemias, se levantó como para romper cualquier tipo de trato con un hombre tan poco razonable. Entonces Tamango lo retuvo; y consiguió con esfuerzo que volviera sentarse. Descorcharon una nueva botella, y la discusión se reinició. Ahora correspondió al negro el turno de considerar locas y extravagantes las ofertas del blanco. Gritaron, discutieron mucho rato, bebieron abundante aguardiente; pero éste producía un efecto muy diferente en las dos partes contratantes. Mientras más bebía el francés, más rebajaba sus ofertas; mientras más bebía el africano, más cedía en sus pretensiones. De tal manera que, al terminar la primera cesta de botellas, se pusieron de acuerdo. Algodón de mala calidad, pólvora, pedernal, tres barricas de aguardiente, cincuenta fusiles mal reparados fueron entregados a cambio de ciento sesenta exclavos. Para ratificar el tratado, el capitán golpeó la mano del negro más que medio ebrio e inmediatamente los esclavos fueron entregados a los marineros franceses, que se apresuraron a quitarles las horcas de madera para ponerles argollas y grilletes de hierro, lo que prueba claramente la superioridad

de la civilización europea.

Quedaba aún una treintena de esclavos: eran niños, ancianos y mujeres inválidas. El navío estaba lleno.

Tamango, que no sabía qué hacer con este resto, ofreció al capitán vendérselos a razón de una botella de aguardiente por cabeza. La oferta era seductora. Ledoux se acordó de que, en la representación de Las Vísperas silicianas en Nantes, había visto un buen número de personas gruesas y rechonchas entrar en un patio de butacas ya repleto, y lograr sentarse en él, pese a todo, en virtud de la compresibilidad de los cuerpos humanos. Y tomó los veinte más esbeltos de entre los treinta esclavos.

Entonces Tamango no pidió sino un vaso de aguardiente para cada uno de los diez restantes. Ledoux reflexionó que los niños no pagan y no ocupan sino medio asiento en los transportes públicos. Y aceptó tres niños, declarando que no quería cargarse con un sólo negro más. Tamango, viendo que se le quedaban aún en los brazos siete esclavos, agarró su fusil, apuntó a una mujer que estaba la primera: era la madre de tres niños. «Compra —le dijo al blanco— o la mato; un pequeño vaso de aguardiente o disparo. — ¿Y qué diablos quieres que haga con eso? —respondió Ledoux. Tamango disparó y la esclava cayó en tierra muerta. «¡Vamos, otro! —gritó Tamango apuntando a un anciano completamente decrépito—: un vaso de aguardiente, o bien…» Una de sus esposas le desvió el brazo y el tiro salió sin dirección. Acababa de reconocer en el anciano que su marido iba a matar a un guiriot o mago, que le había predicho que sería reina.

Tamango, que el aguardiente había puesto furioso, no pudo dominarse al ver que se oponían a su voluntad. Golpeó rudamente a su mujer con la culata de su fusil; y luego, volviéndose hacia Ledoux dijo:

—¡Oye, te regalo a esta mujer!

Era bonita. Ledoux la miró sonriendo, la cogió por la mano y dijo—: Ya encontraré donde colocarla.

El intérprete era un hombre humano. Le dió una tabaquera de cartón a Tamango y le pidió los seis esclavos restantes. Él los liberó de sus horcas y les permitió que se fueran donde quisieran. Inmediatamente escaparon, uno por aquí, otro por allá, al no poder regresar a su país a doscientas leguas de la costa.

Mientras tanto el capitán se despidió de Tamango y se ocupó de hacer embarcar su carga lo más rápido posible. No era prudente permanecer mucho tiempo en el río; los cruceros podían volver a aparecer, y quería iniciar el viaje al día siguiente. En cuanto a Tamango, se echó sobre la hierba, a la sombra, y

durmió su borrachera de aguardiente.

Cuando se despertó, el navío se había dado a la vela y descendía el río. Tamango, con la cabeza aún confusa por la borrachera, preguntó por su mujer Ayché. Le contestaron que había tenido la desgracia de disgustarle y que él se la había regalado al capitán blanco, que se la había llevado a bordo de su barco. Al oír esta noticia, Tamango, estupefacto, se golpeó la cabeza, agarró su fusil, y como el río formaba varios meandros antes de desembocar en el mar, corrió por el camino más directo a una pequeña ensenada separada de la desembocadura por una media legua. Allí esperaba encontrar un bote con el que poder alcanzar el bergantín, al que las sinuosidades del río harían retrasar la marcha. No se equivocaba: efectivamente, tuvo tiempo de meterse en el bote y alcanzar el barco negrero.

Ledoux se sorprendió al verlo, pero más aún al escucharle reclamar a su esposa.

—Bien regalado no se reclama jamás —respondió. Y le dio la espalda.

El negro insistió ofreciendo devolver una parte de los objetos que había recibido a cambio de los esclavos. El capitán se echó a reír; dijo que Ayché era muy buena mujer y que quería conservarla. Entonces el pobre Tamango derramó un torrente de lágrimas, y lanzó gritos de dolor tan agudos como los de un desgraciado que sufre una operación quirúrgica. Unas veces se revolcaba sobre el puente llamando a su querida Ayché; otras se golpeaba la cabeza contra las planchas, como para matarse. Siempre impasible, el capitán, indicándole la orilla, le hacía señas de que era hora de que se fuera; pero Tamango insistía. Ofreció hasta sus charreteras de oro, su fusil y su sable. Todo fue inútil.

Durante ese debate, el teniente del Esperanza dijo al capitán: «Esta noche se nos han muerto tres esclavos, tenemos espacio. ¿Por qué no cogemos a ese vigoroso granuja que vale él solo tanto como los tres muertos juntos?» Ledoux reflexionó que Tamango podría venderse por lo menos por mil escudos; que ese viaje, que se anunciaba como muy provechoso para él, sería probablemente el último; y que, puesto que su fortuna ya estaba hecha e iba a renunciar al comercio de esclavos, poco le importaba si dejaba buena o mala reputación en la costa de Guinea. Además, la orilla estaba desierta y el guerrero africano a su merced. Se trataba sólo de quitarle las armas, pues habría sido peligroso ponerle una mano encima mientras las tuviera consigo. Ledoux le pidió pues su fusil como para examinarlo y asegurarse de que valía tanto como la bella Ayché. Al accionar los resortes, tuvo buen cuidado de dejar caer la pólvora del cebo. El teniente por su parte examinaba el sable; y una vez que Tamango se encontró así

desarmado, dos robustos marineros se arrojaron sobre él, lo derribaron de espaldas e intentaron atarlo. La resistencia del negro fue heroica. Una vez repuesto de su primera sorpresa, y pese a la desventaja de su posición, luchó un buen rato contra los dos marineros. Gracias a su fuerza prodigiosa, logró levantarse. De un puñetazo, tiró por tierra al hombre que le agarraba por el cuello; abandonó un trozo de su uniforme entre las manos del otro marinero y se lanzó sobre el teniente para arrancarle su sable. Éste le golpeó con él en la cabeza produciéndole una herida amplia, pero poco profunda. Tamango cayó por segunda vez. Inmediatamente le ataron con fuerza los pies y las manos. Mientras se defendía, lanzaba gritos de rabia, y se agitaba como un jabalí cogido en una trampa; pero, cuando vio que toda resistencia era inútil, cerró los ojos y no hizo ningún otro movimiento. Sólo su respiración fuerte y agitada probaba que aún estaba vivo.

—¡Pardiez! —exclamó el capitán Ledoux—, los negros que él ha vendido van a reír de buena gana al verle esclavo a su vez. Por esto verán que existe una Providencia.» Mientras tanto el pobre Tamango perdía toda su sangre. El caritativo intérprete que, la víspera, había salvado la vida de seis esclavos se acercó a él, vendó su herida y le dirigió algunas palabras de consuelo. Ignoro lo que pudo decirle. El negro permanecía inmóvil como un cadáver. Fue necesario que dos marineros lo llevaran como un paquete al entrepuente, al lugar que le estaba destinado. Durante dos días no quiso beber ni comer; apenas se le vio abrir los ojos. Sus compañeros de cautiverio, antes sus prisioneros, lo vieron aparecer en medio de ellos con una sorpresa estúpida. Era tal el temor que él les inspiraba aún, que ni uno solo osó insultar la miseria del que había causado la suya.

Ayudado por un buen viento de tierra, el barco se alejaba rápidamente de la costa de África. Ya sin inquietud a propósito de los cruceros de vigilancia ingleses, el capitán no pensaba sino en los enormes beneficios que le esperaban en las colonias hacia las que se dirigía. Su madera de ébano se mantenía sin desperfecto. Nada de enfermedades contagiosas. Sólo doce negros, de entre los más débiles, habían muerto de calor; era una bagatela. Con el fin de que su carga humana sufriera lo menos posible las fatigas de la travesía, tenía intención de hacer subir todos los días a sus esclavos al puente. Por turnos, un tercio de esos desgraciados tenía una hora para hacer provisión de aire para toda la jornada. Una parte de la tripulación los vigilaban armados hasta los dientes, por miedo a una revuelta; además, tenían cuidado de no quitarle nunca por completo todos los grilletes. A veces, un marinero que sabía tocar el violín los alegraba con un

concierto. Entonces era curioso ver todas esas caras negras girarse hacia el músico, perder paulatinamente su expresión de estúpida desesperación, reír a carcajadas y aplaudir cuando sus cadenas se lo permitían. El ejercicio es necesario para la salud; por lo que una de las prácticas saludables del capitán Ledoux era hacer bailar frecuentemente a los esclavos, como se hace piafar a los caballos embarcados durante una larga travesía. «¡Vamos, hijos míos, bailad, divertíos!» decía el capitán con una voz de trueno, haciendo chasquear su enorme látigo de posta. E inmediatamente los pobres negros saltaban y danzaban.

Durante algún tiempo, la herida de Tamango lo retuvo bajo la escotilla. Por fin apareció en el puente; y, en primer lugar, levantando la cabeza con orgullo en medio de la masa temerosa de los esclavos, echó una ojeada triste, pero tranquila, sobre la inmensa extensión de agua que rodeaba al navío, luego se acostó, o más bien se dejó caer sobre las planchas de la cubierta, sin preocuparse siquiera de colocar sus grilletes de manera que le fueran menos incómodos. Ledoux, sentado en el alcázar, fumaba tranquilamente su pipa. Cerca de él, Ayché, sin grilletes, vestida con un traje elegante de algodón azul, con los pies calzados por bonitas pantuflas de cuero, llevaba en la mano una bandeja cargada de licores, y se mantenía dispuesta a servirle de beber. Era evidente que desarrollaba altas funciones junto al capitán. Un negro que detestaba a Tamango, le hizo una señal para que mirara hacia ese lado. Tamango volvió la cabeza, la vio, lanzó un grito, y levantándose con ímpetu, corrió hacia el alcázar antes de que los marineros de guardia hubieran podido oponerse a una infracción tan grave contra cualquier disciplina naval. «¡Ayché! —gritó con voz atronadora, y Ayché lanzó un grito de terror—; ¿crees que en el país de los blancos no hay Mama-Jumbo?» Ya corrían los marineros con el palo levantado; pero Tamango, con los brazos cruzados y como insensible, volvía tranquilamente a su lugar, mientras que Ayché, derritiéndose en lágrimas, parecía petrificada por esas misteriosas palabras.

El intérprete explicó qué era ese terrible Mama-Jumbo, cuyo solo nombre producía tanto horror. «Es el hombre del saco de los negros, —dijo—. Cuando un marido teme que su mujer haga lo que hacen muchas mujeres en Francia como en África, él la amenaza con Mama-Jumbo. Yo que les estoy hablando, he visto a Mama-Jumbo y he comprendido la superchería; pero los negros…, como son tan torpes, no comprenden nada. Imagínense que una tarde, mientras que las mujeres se divertían bailando, haciendo un folga, como ellos dicen en su jerga, he aquí que en un bosquecillo espeso y muy oscuro, se oye una música extraña,

sin que se viera a nadie que la tocara; todos los músicos estaban ocultos en el bosque. Había flautas de cálamo, tambores de madera, balafos y guitarras hechas con media calabaza. Todo eso producía una melodía como para atraer al demonio a la tierra. Las mujeres, tan pronto como oyeron esa música, se pusieron a temblar, querían escapar, pero los maridos las retenían: ellas sabían bien «lo que les colgaba de la oreja.» De repente sale del bosque una gran silueta blanca, tan alta como nuestro juanete, con una cabeza tan gorda como un celemín, ojos anchos como escobenes y una boca como la del diablo, con fuego en el interior. Andaba lentamente, lentamente; y no fue más allá de medio cable del bosque. Las mujeres gritaban: «¡Ahí está Mama-Jumbo!» Y berreaban como vendedoras de ostras. Entonces los maridos les decían: «¡Vamos, granujas, decidnos si habéis sido buenas; si mentís, Mama-Jumbo está ahí para comeros completamente crudas.» Y había algunas tan tontas como para confesar, y entonces los maridos las molían a palos.

—¿Y qué era pues esa figura blanca, ese Mama-Jumbo? —preguntó el capitán.

—Pues bien, era un bromista provisto de una gran sábana blanca que llevaba, en lugar de cabeza una calabaza agujereada con una vela encendida en el extremo de un gran bastón. No es mucho más ingenioso, no hay que derrochar mucho talento para atrapar a los negros. Después de todo, eso del Mama-Jumbo es un buen invento, y me gustaría que mi mujer creyera en él.

—Pues la mía —dijo Ledoux—, si no le tiene miedo a Mama-Jumbo, se lo tiene a Martín-Bastón; y sabe muy bien cómo la arreglaría si me jugara alguna pasada. Los Ledoux no soportamos mucho y, aunque yo no tenga nada más que un puño, manejo todavía bastante bien una garceta. En cuanto a vuestro granuja de allá, que habla del Mama-Jumbo, decidle que se esté tranquilo y no asuste a la mujercita que estáis viendo, o mandaré que le raspen tan bien el espinazo que su cuero negro se pondrá rojo como un rosbif crudo.

Al terminar esas palabras, el capitán descendió a su camarote, mandó llamar a Ayché y trató de consolarla, pero ni las caricias, ni incluso los golpes —porque al final se pierde la paciencia—, pudieron domesticar a la hermosa negra; ríos de lágrimas brotaban de sus ojos. El capitán volvió a subir al puente, de mal humor, y riñó al oficial de cuarta sobre la maniobra que ordenaba en ese momento.

Por la noche, cuando casi toda la tripulación dormía un sueño profundo, los hombres de guardia oyeron primero un canto grave, solemne, lúgubre, que salía del entrepuente, y luego un grito de mujer horriblemente agudo. Inmediatamente después, la gruesa voz de Ledoux blasfemando y amenazando y el ruido de su

terrible látigo resonaron en toda la embarcación. Un instante después, todo volvió al silencio. Al día siguiente, Tamango apareció sobre el puente con el rostro magullado, pero con aspecto orgulloso, tan resuelto como antes.

Tan pronto como Ayché le vio, dejando el alcázar donde se encontraba sentada al lado del capitán, corrió con rapidez hacia Tamango, se arrodilló ante él y con un tono de desesperación reprimida le dijo: «¡Perdóname, Tamango, perdóname!» Tamango la miró fijamente durante un minuto; luego, percatándose de que el intérprete estaba lejos dijo: «¡Una lima!» y se echó sobre cubierta dando la espalda a Ayché. El capitán regañó groseramente a la mujer, le dio incluso algunas bofetadas y le prohibió que hablara con su ex marido; pero estaba muy lejos de sospechar el sentido de las cortas palabras que habían intercambiado, y no hizo ninguna pregunta al respecto.

Mientras tanto, Tamango, encerrado con los demás esclavos, les exhortaba día y noche a intentar un esfuerzo para recuperar su libertad. Les hablaba del número reducido de blancos, y les hacía observar la negligencia cada vez mayor de sus guardianes; luego, sin explicarse claramente, les decía que sabía cómo devolverlos a su país, ensalzaba sus conocimientos en ciencias ocultas a las que tanto se aferran los negros y amenazaba con la venganza del diablo a quienes se negaran a ayudarle en su empresa. En sus harengas, sólo utilizaba el dialecto peul, que la mayoría de esclavos entendía, pero que el intérprete no comprendía. La reputación del orador, la costumbre que tenían los esclavos de temerlo y obedecerlo, ayudaron a su elocuencia, y los negros le presionaban para que fijara un día para su liberación, mucho antes de que él mismo se creyera en situación de poder efectuarla. Respondía vagamente a los conjurados que no había llegado el momento y que el diablo, que se le aparecía en sueños, no le había advertido aún, pero que estuvieran atentos a la primera señal. Mientras tanto, no desaprovechaba ninguna ocasión para poner a prueba la vigilancia de sus guardianes. Una vez, un marinero que había dejado su fusil apoyado en la borda, se entretenía mirando un grupo de peces voladores que seguía al barco; Tamango cogió el fusil y se puso a manejarlo imitando con gestos grotescos los movimientos que había visto hacer a los marineros que hacían ejercicio. Le quitaron el fusil en un instante; pero había comprobado que podría tocar un arma sin levantar inmediatamente sospechas; y, cuando llegara el momento de servirse de ella, muy valiente tendría que ser el que quisiera arrancársela de las manos.

Un día, Ayché le lanzó una torta haciéndole un gesto que sólo él comprendió. La torta contenía una pequeña lima; era de ese instrumento del que dependía el éxito del complot. Al principio, Tamango se guardó mucho de enseñar la lima a

sus compañeros; pero, cuando llegó la noche, se puso a murmurar palabras ininteligibles que acompañaba con gestos extraños. Poco a poco, se animó hasta lanzar gritos. Oyendo las entonaciones variadas de su voz, se habría dicho que mantenía una conversación animada con una persona invisible. Todos los esclavos temblaban, sin dudar de que el diablo no estuviera en ese mismo momento en medio de ellos. Tamango puso fin a esta escena lanzando un grito de alegría. «Compañeros, —exclamó— el espíritu que he conjurado, acaba por fin de concederme lo que me había prometido y tengo en mis manos el instrumento de nuestra liberación. Ahora, sólo necesitáis un poco de coraje para ser libres.» Hizo que todos sus vecinos tocaran la lima, y la artimaña pese a ser tan burda, fue creída por hombres más burdos aún.

Después de una larga espera llegó el gran día de venganza y libertad. Los conjurados, ligados entre sí por un juramento solemne, habían ideado su plan después de una madura deliberación. Los más decididos, con Tamango a la cabeza, cuando les llegara el turno de subir al puente, debían adueñarse de las armas de sus guardianes; otros irían al camarote del capitán para coger los fusiles que allí se encontraban. Los que hubieran logrado limar sus grilletes debían comenzar el ataque; pero, pese al trabajo tenaz de muchas noches, la mayoría de los esclavos era aún incapaz de participar activamente en la acción. Por lo que tres negros robustos tenían el encargo de matar al hombre que llevaba en su bolsillo la llave de los grilletes y de ir inmediatamente a liberar a sus compañeros encadenados.

Ese día, el capitán Ledoux estaba de muy buen humor; en contra de su costumbre, perdonó a un grumete que había merecido un azote. Felicitó al oficial de cuarta por su maniobra, declaró a la tripulación que estaba contento, y anunció que en la Martinica, adonde llegarían dentro de poco, cada hombre recibiría una gratificación. Todos los marineros, manteniendo tan agradables ideas, planeaban ya en su cabeza en qué emplear esta gratificación. Pensaban en el aguardiente y en las mujeres de color de la Martinica, cuando hicieron subir al puente a Tamango y a los demás conjurados.

Habían tenido cuidado de limar sus grilletes de forma que no parecieran estar cortados, pero que el menor esfuerzo bastaría para romper. Además, los hacían sonar de tal manera, que al oírlos se habría dicho que llevaban el doble de peso. Después de haber aspirado el aire durante algún rato, se tomaron todos por la mano y se pusieron a danzar mientras que Tamango entonaba el canto guerrero de su familia, que antaño cantaba antes de entrar en combate. Cuando la danza duraba ya un rato, Tamango, como agotado de fatiga, se tendió a todo lo largo a

los pies de un marinero que se apoyaba descuidadamente sobre la borda del navío; todos los conjurados hicieron lo mismo. De suerte que cada marinero se vio rodeado de numerosos negros.

De pronto, Tamango, que acababa de romper suavemente sus esposas, lanza un gran grito, que debía servir de señal, tira violentamente de las piernas del marinero que se encontraba junto a él, lo derriba y, poniéndole un pie sobre el vientre, le arranca el fusil y se sirve de él para matar al oficial de cuarta. Al mismo tiempo, cada marinero de guardia es asaltado, desarmado e inmediatamente degollado. El contramaestre, que tenía la llave de los grilletes, sucumbió de los primeros. Entonces, una masa de negros inunda la cubierta. Los que no pueden encontrar armas, agarran las barras del cabestrante o los remos de la chalupa. Pese a todo, algunos marineros se hicieron fuertes en el alcázar; pero carecían de armas y de resolución. Ledoux estaba aún vivo y no había perdido nada de su valor. Percatándose de que Tamango era el alma de la conjura, pensó que si podía matarlo, lograría dominar a sus cómplices. Y se lanzó pues a su encuentro con el sable en la mano y llamándolo a gritos. Súbitamente Tamango se precipitó sobre él. Sujetaba el fusil por la punta del cañón y se servía de él como de una maza. Los dos jefes se encontraron sobre uno de los pasamanos, esos pasillos estrechos que comunican el alcázar de delante con el de detrás. Tamango golpeó el primero. Con un ligero movimiento del cuerpo, el blanco evitó el golpe. La culata, al caer con fuerza sobre las planchas, se rompió, y el contragolpe fue tan violento que el fusil se escapó de las manos de Tamango. Estaba sin defensa, y Ledoux, con una sonrisa de alegría diabólica, levantaba el brazo e iba a atravesarlo; pero Tamango era tan ágil como las panteras de su país. Se lanzó en brazos de su adversario y le agarró la mano con la que sostenía el sable. Uno se esforzaba por retener su arma y otro por arrebatársela. En esta pelea furiosa, cayeron los dos; pero el africano debajo. Entonces, sin desanimarse, Tamango, apretando a su adversario con toda su fuerza, le mordió en la garganta con tanta violencia que la sangre brotó como si se hubiera tratado de los dientes de un león. El sable escapó de la mano desfalleciente del capitán. Tamango se apoderó de él; luego, levantándose con la boca ensangrentada y lanzando un grito de triunfo, apuñaló reiteradamente a su enemigo ya casi muerto.

La victoria no era dudosa. Los pocos marineros que quedaban intentaron implorar la piedad de los sublevados; pero todos, hasta el intérprete que no les había hecho jamás ningún daño, fueron despiadadamente masacrados. El teniente murió gloriosamente. Se había retirado hacia atrás, junto a uno de esos

pequeños cañones que giran sobre un eje y que se cargan de metralla. Con la mano izquierda dirigió la pieza y con la derecha, armada de un sable, se defendió tan bien que atrajo a su alrededor a una masa de negros. Entonces, apretando el gatillo del cañón, hizo en medio de esta densa masa una ancha calle pavimentada de muertos y moribundos. Un instante después él fue despedazado.

Cuando el cadáver del último blanco, desgarrado y cortado en trozos, fue lanzado al mar, los negros, saciados de venganza, levantaron los ojos hacia las velas del navío que, siempre hinchadas por un viento fresco, parecían obedecer aún a sus opresores y conducir a los vencedores, pese a su triunfo, hacia tierra de esclavitud. «No se ha logrado nada —pensaron con tristeza—; ¿ese gran fetiche de los blancos querrá devolvernos a nuestro país, a nosotros que hemos vertido la sangre de nuestros dueños?» Algunos dijeron que Tamango sabría hacerle obedecer. Inmediatamente llaman a grandes gritos a Tamango.

No se daba prisa en aparecer. Lo encontraron en el camarote de popa, de pie, con una mano apoyada sobre el sable ensangrentado del capitán; la otra la tendía con aire displicente a su mujer Ayché, que la besaba de rodillas delante de él. La alegría de haber vencido no disminuía la sombría inquietud que dejaba ver pese a su aplomo. Al ser menos grosero que los demás, comprendía mejor la dificultad de su posición.

Por fin apareció sobre cubierta, manifestando una tranquilidad que no sentía. Presionado por cien voces confusas para que dirigiera el rumbo del navío, se acercó al timón a pasos lentos, como para retrasar un poco el momento que iba a decidir, para él mismo y para los demás, la extensión de su poder.

En todo el navío no había un solo negro, por muy estúpido que fuera, que no hubiera observado la influencia que una cierta rueda y la caja situada frente a ella, ejercían sobre los movimientos del navío; pero, en ese mecanismo había aún para ellos un gran misterio. Tamango examinó la brújula durante mucho rato moviendo los labios, como si leyera las letras que en ella veía escritas; luego se llevaba la mano a la cabeza y adoptaba una actitud pensativa como el hombre que hace un cálculo de memoria. Todos los negros lo rodeaban, embobados, con los ojos desmesuradamente abiertos, siguiendo con ansiedad el menor de sus gestos. Luego, con esa mezcla de temor y de confianza que la ignorancia concede, le dio un violento impulso a la rueda del timón.

Como un brioso corcel que se encabrita al sentir la espuela de un jinete imprudente, el hermoso bergantín Esperanza saltó sobre las olas como consecuencia de esta maniobra inaudita. Podría decirse que se había indignado y quería hundirse junto con su ignorante piloto. Al romperse bruscamente la

relación necesaria entre la dirección de las velas y la del timón, el navío se inclinó con tanta violencia, que parecía que iba a hundirse. Sus largas bergas se sumergieron en el mar. Muchos hombres fueron derribados; algunos cayeron por la borda. Pronto el navío se volvió a levantar orgullosamente sobre la superficie del agua, como para luchar una vez más contra la destrucción. El viento redobló su intensidad, y de golpe, con un ruido tremendo, los dos mástiles cayeron partidos a pocos pies del puente, cubriendo la cubierta de pedazos y de una especie de pesada red de cuerdas.

Los negros atemorizados huían bajo las escotillas lanzando gritos de terror; pero, como el viento no encontraba presa, el navío se volvió a levantar y se dejó bambolear suavemente por las olas. Entonces, los negros más atrevidos volvieron a cubierta y la limpiaron de los cascotes que la cubrían. Tamango permanecía inmóvil, con el codo apoyado en la bitácora y ocultando su rostro sobre el brazo replegado. Ayché estaba junto a él, pero no se atrevía a dirigirle la palabra. Poco a poco los negros se fueron acercando; se empezó a oír un murmullo que pronto se convirtió en una tormenta de reproches e injurias. «¡Pérfido! ¡impostor! —gritaban— tú has causado todos nuestros males, tú nos has vendido a los blancos, tú nos has obligado a sublevarnos contra ellos. Nos habías ensalzado tus conocimientos, nos habías prometido llevarnos de regreso a nuestro país. Nosotros ¡insensatos! hemos creído en ti y he aquí que hemos estado a punto de perecer todos porque tú has ofendido al fetiche de los blancos.»

Tamango levantó orgullosamente la cabeza, y los negros que lo rodeaban retrocedieron intimidados. Recogió dos fusiles, hizo una señal a su esposa para que lo siguiera, cruzó la multitud, que se abrió a su paso, y se dirigió hacia la parte delantera del navío. Allí, se contruyó una especie de parapeto con toneles vacíos y planchas; luego se sentó en medio de esta especie de atrincheramiento, del que salían amenazantes las bayonetas de sus dos fusiles. Lo dejaron tranquilo. Entre los sublevados, unos lloraban, otros, levantando las manos hacia el cielo, invocaban a sus fetiches y a los de los blancos; otros, de rodillas ante la brújula, cuyo movimiento continuo admiraban, le suplicaban que los devolviera a su país; otros se tendían sobre la cubierta con sombrío abatimiento. En mitad de esos desesperados, hay que situar a las mujeres y a los niños dando alaridos de pánico, y una veintena de heridos implorando una ayuda que nadie pensaba ofrecerles.

De pronto un negro apareció sobre cubierta: su rostro estaba radiante. Anuncia que acaba de descubrir el lugar donde los blancos guardan el

aguardiente; su alegría y aplomo demuestran claramente que él acaba de probarlo. Esta noticia suspende por un instante los gritos de esos desgraciados. Corren a la despensa y se hartan de licor. Una hora después, estaban saltando y riendo sobre el puente, entregándose a todas las extravagancias de la borrachera más brutal. Sus danzas y sus cantos eran acompañados por los gemidos y sollozos de los heridos. Así trascurrió el resto del día y toda la noche.

Por la mañana, al despertarse, nueva desesperación. Durante la noche, un buen número de heridos había fallecido. El navío flotaba rodeado de cadáveres. La mar era gruesa y el cielo brumoso. Se reunieron para deliberar. Algunos aprendices de magia, que no habían osado hablar de su habilidad en presencia de Tamango, ofrecieron uno tras otro sus servicios. Se ensayaron numerosos conjuros potentes. Después de cada tentativa inútil, el desánimo aumentaba. Por fin hablaron de Tamango, que no había salido aún de su atrincheramiento. Después de todo, era el más sabio de entre ellos, y el único que podía sacarlos de la horrible situación en la que los había metido. Un anciano, portador de proposiciones de paz, se acercó a él. Le rogó que viniera a dar su opinión; pero Tamango, inflexible como Coriolano, desoyó sus súplicas. Por la noche, en mitad del desorden, había hecho acopio de tortas y carne salada. Y parecía dispuesto a vivir sólo en su retiro.

Quedaba aguardiente. Al menos éste hace olvidar el mar, la esclavitud y la muerte cercana. Se duerme, se sueña con África, se ven bosques de gomeros, chozas cubiertas de paja, baobabs cuya sombra cubre todo un pueblo. La orgía de la víspera volvió a empezar. Así pasaron bastantes días. Gritar, llorar, arrancarse los cabellos y luego embriagarse y dormir, ésa era su vida. Muchos murieron por la bebida; algunos se lanzaron al mar o se apuñalaron.

Una mañana, Tamango salió de su fuerte y avanzó hacia el tocón del palo mayor. «Esclavos, —dijo— el Espíritu se me ha aparecido en sueños y me ha revelado el medio para sacaros de aquí y conduciros de nuevo a vuestro país. Vuestra ingratitud merecería que os abandonara; pero tengo piedad de esas mujeres y de esos niños que gritan. Os perdono: escuchadme.» Todos los negros bajaron la cabeza con respeto y se congregaron en torno a él.

«Los blancos —continuó Tamango—, son los únicos que conocen las poderosas palabras que hacen moverse a estas grandes casas de madera; pero nosotros podemos dirigir a nuestro gusto esas barcas ligeras que se parecen a las de nuestro país. —Y señalaba la chalupa y las otras embarcaciones del bergantín — Llenémoslas de víveres, metámonos dentro y rememos en la dirección del viento; mi dueño y el vuestro les hará soplar hacia nuestro país.» Le creyeron.

Jamás hubo un proyecto más insensato. Pues, desconociendo el uso de la brújula y bajo un cielo desconocido, no podían sino errar a la deriva. Según sus ideas, se imaginaba que remando recto hacia adelante, encontraría al fin alguna tierra habitada por negros, pues los negros poseen la tierra, y los blancos viven en sus navíos. Eso era lo que él le había oído decir a su madre.

Pronto, todo estuvo dispuesto para el embarque; pero resultó que sólo la chalupa y uno de los botes estaban servibles. Era demasiado poco para transportar a los ochenta negros aún con vida. Fue necesario abandonar a todos los heridos y a los enfermos. La mayoría pidió que los mataran antes de separarse de ellos.

Las dos embarcaciones, puestas a flote con esfuerzos inmensos y cargadas en exceso, se separaron del navío sobre un mar encrespado que amenazaba con tragárselos a cada instante. El bote se alejó el primero. Tamango con Ayché había subido a la chalupa, que al ser más pesada e ir más cargada, iba considerablemente detrás. Se oían aún los gritos lastimeros de algunos desgraciados abandonados a bordo del bergantín, cuando una ola bastante fuerte cogió a la chalupa de costado y la llenó de agua. En menos de un minuto se hundió. El bote vio su desastre, y los remeros redoblaron esfuerzos para huir, por miedo a tener que recoger a algunos náufragos. Casi todos los que ocupaban la chalupa se ahogaron. Sólo una docena logró volver al navío. Entre ellos se encontraban Tamango y Ayché. Cuando el sol se ocultó, vieron desaparecer el bote por el horizonte; pero lo que fue de él, lo desconocemos.

¿Por qué fatigaré al lector con la desagradable descripción de las torturas producidas por el hambre? Alrededor de veinte personas sobre un espacio estrecho, unas veces bamboleadas por un mar tempestuoso, otras quemadas por un sol ardiente, se disputaban cada día los escasos restos de sus provisiones. Cada trozo de torta cuesta un combate, y el débil muere, no porque el fuerte lo mate, sino porque lo deja morir. Al cabo de algunos días, no había más superviviente a bordo del bergantín Esperanza que Tamango y Ayché.

* * *

Una noche, la mar estaba agitada, el viento soplaba con violencia y la oscuridad era tan grande que desde la popa no podía verse la proa del navío. Ayché estaba acostada sobre un colchón en el camarote del capitán, y Tamango estaba sentado a sus pies. Los dos permanecían en silencio desde hacía rato. «Tamango, —dijo por fin Ayché— todo lo que estás sufriendo lo sufres por mi culpa.» — «Yo no sufro —contestó él bruscamente. Y echó sobre el colchón, al lado de su esposa, la mitad de la torta que le quedaba—. «Guárdala para ti, —

dijo ella rechazando suavemente la torta—; yo no tengo hambre. Además, ¿para qué comer? ¿No ha llegado ya mi hora?» Tamango se levantó sin responder, subió titubeante a la cubierta y se sentó al pie de un mástil roto. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, silbaba el canto de su familia. De pronto, un gran grito se escuchó por encima del ruido del mar; una luz apareció. Oyó otros gritos, un gran navío negro se deslizó rápidamente junto al suyo; tan cerca que las bergas pasaron por encima de su cabeza. Sólo vio dos figuras iluminadas por una linterna colgada de un mástil. Esas personas lanzaron aún otro grito, e inmediatamente después, su navío, empujado por el viento, desapareció en la oscuridad. Sin duda, los hombres de guardia habían visto al navío naufragado, pero el mal tiempo les impedía virar en redondo. Un instante después, Tamango vio la llama de un cañón y escuchó el ruido de una explosión; luego vio la llama de otro cañón, pero no oyó ningún otro ruido; luego no vio nada más. A la mañana siguiente, no se vio ni una sola vela por el horizonte. Tamango se acostó sobre el colchón y cerró los ojos. Su mujer Ayché había muerto esa noche.

* * *

No sé cuánto tiempo después una fragata inglesa, la Bellone, divisó una embarcación desarbolada y aparentemente abandonada por su tripulación. Una chalupa la abordó y encontró en ella a una negra muerta y a un negro tan descarnado y enjuto que parecía una momia. Estaba sin conocimiento, pero aún tenía vida. El médico se encargó de él, le proporcionó cuidados, y cuando la Bellone llegó al puerto de Kingston, Tamango se encontraba en perfecta salud. Le pidieron que contara su historia. Dijo lo que sabía. Los plantadores de la isla querían que se le colgara como a un negro rebelde; pero el gobernador, que era un hombre humano, se interesó por él, encontrando su caso justificable, puesto que, después de todo, no había hecho sino utilizar el derecho de legítima defensa; y además todos los que él había matado sólo eran franceses. Se le trató como se trata a los negros cogidos a bordo de un barco negrero que se confisca. Se le dió la libertad, es decir que se le hizo trabajar para el gobierno; pero percibía seis céntimos por día y la comida. Era un hombretón. El coronel del 75º lo vio y se lo llevó para convertirlo en cimbalero de la banda de su regimiento. Aprendió algo de inglés; pero no hablaba. Por contra, bebía con exceso ron y aguardiente de caña. Murió en el hospital de una pulmonía.

Arsenia Guillot

ARSÈNE GUILLOT (1844)

Capítulo I

LA última misa acababa de terminar en San Roque, y el bedel hacía su ronda para cerrar las capillas desiertas. Iba a cerrar la verja de uno de esos santuarios aristocráticos donde algunas devotas compran el permiso de rogar a Dios, distinguidas del resto de los fieles, cuando vio que una mujer permanecía aún allí, absorta en la meditación, según parecía, con la cabeza inclinada sobre el respaldo de su silla. «Es la señora de Piennes», se dijo, deteniéndose a la entrada de la capilla. La señora de Piennes era bien conocida por el bedel. En esa época, una mujer de mundo joven, rica, bella, que entregaba el pan bendito, que donaba manteles de altar, que hacía grandes limosnas para el mantenimiento del párroco, tenía algún mérito en ser devota, cuando no tenía por marido a un empleado del gobierno, no era asidua de la Delfina, y no tenía nada que ganar, sino su salvación, frecuentando las iglesias. Así era la señora de Piennes. El bedel tenía ganas de irse a comer, pues las personas de su clase almuerzan a la una, pero no se atrevió a turbar el piadoso recogimiento de una persona tan considerada en la parroquia de San Roque. Se alejó pues, haciendo resonar en las baldosas sus zapatos deformados, no sin la esperanza de que después de haber dado la vuelta a la iglesia, encontraría la capilla vacía.

Se hallaba ya al otro lado del coro, cuando una mujer joven entró en la iglesia, y se paseó por una de las naves laterales, mirando con curiosidad a su alrededor. Retablos, estaciones de Via Crucis, beniteros, todos esos objetos le parecían tan extraños como podrían serlo para usted, señora, el mihrab o las inscripciones de una mezquita del Cairo. Tenía en torno a veinticinco años, pero había que mirarla con mucha atención para no creerla mucho mayor. Aunque muy brillantes, sus ojos negros estaban hundidos y rodeados de un cerco

azulado; su tez de un blanco mate, sus labios descoloridos, indicaban un padecimiento, y no obstante, un cierto aire de audacia y de alegría en la mirada contrastaba con esa apariencia enfermiza. En su atuendo, habría usted observado una extraña mezcla de negligencia y de refinamiento. Su capota rosa, adornada con flores artificiales, habría ido mejor con un traje de tarde. Bajo un largo chal de cachemira, en el que el ojo experto de una mujer de mundo habría adivinado que ella no era la primera propietaria, se ocultaba un vestido de indiana de a veinte céntimos el alna, un poco arrugado. Por fin, sólo un hombre habría admirado su pie, calzado con medias comunes y zapatos de prunela que parecían soportar desde hacía mucho tiempo las injurias del pavimiento. Usted recuerda, señora, que el asfalto no se había inventado aún.

Esta mujer, cuya posición social ya ha podido usted adivinar, se acercó a la capilla en la que la señora de Piennes se encontraba aún; y, después de haberla observado un momento con inquietud y cortedad, la abordó cuando la vio de pie y a punto de salir.

—¿Podría usted decirme señora —le preguntó con una voz suave y una sonrisa de timidez—, podría usted decirme a quién debo dirigirme para ofrecer un cirio?

Ese lenguaje era demasiado extraño para los oídos de la señora de Piennes como para que lo comprendiera en un primer momento. Se hizo repetir la pregunta.

—Sí, quisiera ofrecer un cirio a San Roque, pero no sé a quién darle el dinero.

La señora de Piennes tenía una devoción demasiado instruida para ser iniciada en esas supersticiones populares. Pese a todo las respetaba, pues hay algo emotivo en cualquier forma de adoración, por muy burda que sea. Persuadida, de que se trataba de una promesa o de algo semejante, y demasiado caritativa como para sacar del atuendo de la joven del sombrero rosa las conclusiones que usted no teme tal vez sacar, le señaló al monaguillo, se que acercaba. La desconocida le dio las gracias y corrió hacia aquel hombre, que pareció comprenderla a medias palabras. Mientras la señora de Piennes recogía su misal y retocaba su velo, vio a la mujer del cirio sacar una bolsita de su bolsillo, extraer de entre la calderilla, la única moneda de cinco francos que en ella había y entregársela al bedel haciéndole en voz baja largas recomendaciones, que él escuchaba sonriendo.

Las dos salieron de la iglesia al mismo tiempo; pero la dama del cirio andaba muy rápido, y la señora de Piennes la perdió pronto de vista, aunque iban las dos

en la misma dirección. En la esquina de la calle en que vivía, volvió a encontrarla. Bajo su cachemira de lance, la desconocida intentaba esconder un pan de cuatro libras que había comprado en una tienda cercana. Al volver a ver a la señora de Piennes, bajó la cabeza, no pudo impedir una sonrisa y apresuró el paso. Su sonrisa significaba: «¿Qué quiere usted?, soy pobre. Ríase de mí. Sé muy bien que no se compra pan llevando una capota rosa y un cachemira.» Esa mezcla de vergüenza, de resignación y de buen humor, no pasó desapercibida para la señora de Piennes. Pensó, no sin tristeza, en la probable posición de esta joven. «Su piedad —se dijo— tiene más mérito que la mía. Seguramente su ofrenda de un escudo es un sacrificio mucho mayor que lo superfluo que yo comparto con los pobres, sin imponerme la menor privación.» Luego recordó los dos óbolos de la viuda, más agradables a Dios que las fastuosas limosnas de los ricos. «No hago suficiente bien —pensó—. No hago todo lo que podría hacer.» Mientras se dirigía mentalmente estos reproches, que no se merecía en absoluto, entró en su casa. El cirio, el pan de cuatro libras, y sobre todo la ofrenda de la única moneda de cinco francos, habían grabado en la memoria de la señora de Piennes la figura de la joven, que aquélla miraba como un modelo de piedad.

La volvió a encontrar frecuentemente en la calle cerca de la iglesia, pero nunca en los oficios. Todas las veces que la desconocida pasaba por delante de la señora de Piennes, bajaba la cabeza y sonreía dulcemente. Esa sonrisa tan humilde agradaba a la señora de Piennes. Le habría gustado encontrar ocasión de obsequiar a la pobre chica, que primero había despertado su interés y ahora excitaba su piedad; pues había observado que su capota rosa se deterioraba, y el cachemira había desaparecido. Sin duda, había regresado a casa de la revendedora. Era evidente que San Roque no le había devuelto centuplicado el valor de la ofrenda que le habían hecho.

Un día, la señora de Piennes vio entrar en San Roque un ataúd seguido de un hombre bastante mal vestido, que no llevaba crespón en el sombrero. Era una especie de portero. Desde hacía más de un mes, no había vuelto a encontrar a la joven del cirio, y se le ocurrió la idea de que asistía a su entierro. Nada más probable, pues estaba tan pálida y tan delgada la última vez que la señora de Piennes la había visto… Interrogó al bedel y éste al hombre que seguía el ataúd. Éste el respondió que era el portero de una casa de la calle Louis-le-Grand; que una de sus inquilinas había muerto, una tal señora Guillot, que no tenía parientes ni amigos, sólo una hija, y que por pura bondad, él, portero, iba al entierro de una persona que no era nada suyo. Inmediatamente la señora de Piennes supuso que su desconocida había muerto en la miseria, dejando a una hijita sin socorros,

y se prometió enviar para que se informara a un sacerdote que empleaba ordinariamente para sus buenas obras.

Dos días después, una carreta atravesada en la calle detuvo su coche durante unos minutos, cuando salía de su casa. Al mirar por la ventanilla con aire distraido, vio apartada contra una señal a la joven que creía muerta. La reconoció sin esfuerzo, algo más pálida, más delgada que nunca, vestida de luto, pobremente, sin guantes ni sombrero. Su expresión era extraña. En lugar de su sonrisa habitual, tenía todas las facciones contraídas; sus grandes ojos negros estaban perdidos; los dirigía hacia la señora de Piennes, pero no la reconocía, pues no veía nada. En su aplomo se leía no ya el dolor sino una furiosa resolución. La carreta se había retirado; y el coche de la señora de Piennes se alejó al trote; pero la imagen de la joven y su expresión desesperada persiguieron a la señora de Piennes durante muchas horas.

A su regreso, vio una gran aglomeración en su calle. Todas las porteras estaban en sus puertas y relataban a las vecinas una historia que éstas parecían escuchar con el máximo interés. Los grupos se concentraban sobre todo ante una casa próxima a aquella en la que habitaba la señora de Piennes. Todas las miradas estaban dirigidas hacia una ventana abierta en un tercer piso, y en cada corrillo uno o dos brazos se levantaban para mostrarla a la atención pública; luego, de golpe, todos los brazos bajaban hacia el suelo y todos los ojos seguían el movimiento. Algún acontecimiento extraordinario acababa de suceder.

Al cruzar la antecámara, la señora de Piennes encontró a sus criados despavoridos, apresurándose cada uno de ellos en ir a su encuentro para ser el primero en tener el privilegio de anunciarle la gran noticia del barrio. Pero, antes de que ella pudiera hacer ninguna pregunta, su doncella había exclamado: «¡Ah! señora… ¡si la señora supiera!…» Y, abriendo las puertas con indecible presteza, había llegado con su señora al *sanctum sanctorum*, quiero decir al cuarto de aseo, inaccesible al resto de la casa.

—¡Ah, señora —dijo Josefina mientras desataba el chal de la señora de Piennes—, estoy aún horrorizada! No he visto jamás nada tan terrible; bueno, no he visto, aunque acudí inmediatamente después…, Sin embargo…

—¿Pero qué ha ocurrido? Hable rápido, señorita.

—Pues bien, señora, es que a tres puertas de aquí, una desgraciada joven se ha arrojado por la ventana, no hace ni tres minutos; si la señora hubiera llegado un minuto antes, habría escuchado el golpe.

—¡Ah! ¡Dios mío! ¿Y se ha matado la desgraciada?

—Señora, daba horror. Bautista, que estuvo en la guerra, dice que jamás había visto nada igual. ¡Desde un tercer piso, señora!

—¿Murió en el acto?

—¡Oh, señora, se movía aún; incluso hablaba. «Quiero que me acaben», decía. Pero sus huesos estaban hechos papilla. La señora puede bien suponer qué golpe ha debido darse.

—Pero esa desgraciada… ¿la han socorrido?… ¿Han mandado llamar a un médico, a un sacerdote?…

—Para un sacerdote… la señora lo sabe mejor que yo… Pero, si yo fuera sacerdote… ¡Una desgraciada lo bastante abandonada como para matarse ella misma!… Además, no tenía buena conducta… Se ve… Había trabajado en la Ópera, según me han dicho… Todas esas señoritas terminan mal… Se asomó a la ventana, ató sus faldas con una cinta rosa y… ¡cataplan!

—¡Es la pobre chica de luto! —exclamó la señora de Piennes, hablando consigo misma.

—Sí, señora; su madre murió hace tres o cuatro días. Se le habrá ido la cabeza… O quizá la haya abandonado su enamorado… Y luego, el final ha llegado. Sin dinero, pues no saben trabajar… ¡malas cabezas! un mal golpe está hecho rápidamente…

La señorita Josefina continuó algún rato hablando así sin que la señora de Piennes le contestara. Ésta parecía meditar tristemente acerca del relato que acababa de oír. De golpe, preguntó a la señorita Josefina:

—¿Se sabe si esta desventurada chica tiene lo necesario en su situación?… ¿sábanas?… ¿colchón?… Hay que saberlo al instante.

—Yo iré de parte de la señora, si la señora quiere —exclamó la doncella, encantada de ver de cerca a una mujer que había querido matarse; luego, reflexionando dijo—: Pero, no sé si tendré fuerzas para verla, ¡una mujer que ha caído de un tercer piso!… Cuando sangraron a Bautista, me sentí muy mal. Fue más fuerte que yo.

—Pues bien, envíe a Bautista —dijo la señora de Piennes—; pero que se me diga rápidamente cómo se encuentra esa desgraciada.

Afortunadamente, su médico, el doctor K…, llegaba cuando estaba dando esa orden. Venía a cenar a su casa, como todos los martes, el día de la Ópera italiana.

—Corra rápido, doctor —le gritó, sin darle tiempo a depositar su bastón y a quitarse su abrigo acolchado—; Bautista lo acompañará a dos pasos de aquí. Una

pobre chica acaba de arrojarse por la ventana, y está sin auxilio.

—¿Por la ventana? —dijo el médico—. Si era alta, probablemente yo no tenga nada que hacer.

El doctor tenía más ganas de cenar de que hacer una operación; pero la señora de Piennes insistió y, con la promesa de que retrasarían la cena, consintió en seguir a Bautista.

Este último regresó solo al cabo de algunos minutos. Pedía sábanas, almohadas, etc. Al mismo tiempo, traía el oráculo del doctor.

—No es nada. Saldrá de esto, si no se muere del… No me acuerdo de qué decía el doctor que podría morir, terminaba en os.

—¡Del tétanos! —exclamó la señora de Piennes.

—Exactamente, señora; pero de todas maneras es muy bueno que haya venido el doctor, pues ya había allí un mal médico sin enfermos, el mismo que trató a la pequeña Berthelot del sarampión, y que se murió después de su tercera visita.

Al cabo de una hora, el doctor reapareció, ligeramente desempolvado y con su bella chorrera de batista en desorden.

—Estas personas que quieren matarse —dijo— han nacido de pies. El otro día, trajeron a mi hospital a una mujer que se había dado un tiro en la boca. ¡Vaya unas maneras!… Se rompe tres dientes, se hace un agujero en la mejilla izquierda… Estará un poco más fea, pero eso será todo. Ésta se arroja desde un tercer piso. Un pobre diablo, un hombre honesto caería, sin hacerlo a propósito, de un primero y se abriría el cráneo. Esta chica se rompe una pierna… Dos costillas hundidas, numerosas contusiones y eso es todo. Una contraventana se encontraba justamente allí, a punto, para amortiguar el golpe. Es el tercer hecho semejante que veo desde mi regreso a París… Las piernas han aguantado el golpe. La tibia y el peroné, se sueldan… Lo peor es que el gratinado de ese rodaballo está completamente reseco… Temo por el asado, además nos perderemos el primer acto de Otello.

—¿Y esa desgraciada le ha dicho qué es lo que le había impulsado a…?

—¡Oh! yo no escucho jamás esas historias, señora. Yo les pregunto: ¿Ha comido antes, etc., etc.,? porque eso es importante para el tratamiento… ¡Pardiez! cuando uno quiere matarse, es porque tiene alguna mala razón. Un amante que os abandona, un propietario que os pone en la calle; uno salta por la ventana para chasquearle. Tan pronto como uno está en el aire, se arrepiente de hacerlo.

—¿Ella se arrepiente, espero, la pobre niña?

—Sin duda, sin duda. Lloraba y hacía un ruido como para atronarme… Bautista es un magnífico ayudante de cirujano, señora; ha hecho su trabajo mejor que un pequeño estudiante de medicina que se encontraba allí, y que se rascaba la cabeza, sin saber por dónde empezar… Lo más irónico en su caso es que, si se hubiera matado, se habría ahorrado morir tuberculosa; pues está tuberculosa, estoy seguro de ello. No la he auscultado, pero la cara no me engaña nunca. ¡Tener tanta prisa, cuando no hay más que dejarse llevar!

—La verá usted mañana, ¿verdad, doctor?

—Así lo haré, si usted lo desea. Ya le he prometido que usted hará algo por ella. Lo más sencillo sería enviarla al hospital… Le proporcionarían gratis un aparato para la reducción de su pierna… Pero, al oír la palabra hospital, pide que acaban con ella; todas las comadres le hacían coro. Sin embargo, cuando uno no tiene un céntimo…

—Haré los pequeños gastos que sean necesarios, doctor… Mire, la palabra hospital me asusta a mí también, como a esas comadres de las que habla. Además, transportarla a un hospital, ahora que se encuentra en tal estado, sería matarla.

—¡Prejuicio! ¡puro prejuicio de la gente de mundo! En ninguna parte se está mejor que en el hospital. Cuando yo esté seriamente enfermo, me llevarán al hospital. Allí quiero subirme en la barca de Caronte, y donaré mi cuerpo para que los estudiantes… pero dentro de treinta o cuarenta años, se entiende. En serio, querida señora, piense en ello; no sé muy bien si su protegida merece su interés. Para mí tiene todo el aspecto de una chica de la Ópera… Se necesitan piernas de Ópera, para hacer tan afortunadamente, un salto semejante…

—Pero yo la he visto en la iglesia… y, mire doctor… usted conoce mi debilidad; construyo toda una historia a partir de una cara, de una mirada… Ríase todo cuanto quiera, pero rara vez me equivoco. Esta pobre chica hizo últimamente una promesa por su madre enferma. Su madre murió… Entonces perdió la cabeza. La desesperación, la miseria la han precipitado a esta horrible acción.

—¡Santo y bueno! Sí, en efecto, tiene sobre la cima del cráneo una protuberancia que indica exaltación. Todo lo que me dice es bastante probable. Eso me recuerda que había una ramita de boj por encima de su catre. Esto es concluyente para su piedad, ¿no es cierto?

—¡Un catre! ¡Ah! Dios mío! ¡pobre chica!… Pero, doctor, tiene usted la

maligna sonrisa que le conozco bien. Yo no hablo de la devoción que tiene o deja de tener. Lo que me obliga sobre todo a interesarme por esta chica es que tengo un reproche que hacerme a propósito de ella…

—¿Un reproche?… Comprendo. ¿Sin duda debería usted haber mandado que pusieran colchones en la calle para recogerla?…

—Sí, un reproche. Yo me había dado cuenta de su posición: debería haberle enviado ayuda; pero el pobre párroco Dubignon estaba en cama, y…

—Debe usted tener bastantes remordimientos, señora, si cree que no es suficiente dar, como es su costumbre, a todos lo que piden, sino que además hay que adivinar a los pobres vergonzosos. — Pero, señora, no hablemos más de piernas rotas, o más bien, tres palabras aún. Si usted concede su alta protección a mi nueva paciente, haga que le den una mejor cama, una enfermera mañana —hoy bastará con las comadres—. Caldos, tisanas, etc. Y lo que no estaría nada mal, envíele alguna buena cabeza de entre sus curas conocidos para que la sermonee y le recomponga la moral como yo le he recompuesto la pierna. La persona es nerviosa; podrían sobrevenir complicaciones… Usted sería… sí, ¡a fe mía! usted sería la mejor predicadora; pero usted tiene donde colocar mejor sus sermones… He terminado. — Son las ocho y media; ¡por el amor de Dios! vaya a prepararse para la Ópera. Bautista me traerá café y el Journal des Débats. He trajinado tanto a lo largo del día, que estoy aún por saber cómo va el mundo.

Pasaron algunos días, y la enferma mejoró algo. El doctor sólo se quejaba de que la sobreexcitación moral no disminuía.

—No tengo gran confianza en sus curas, —decía a la señora de Piennes—. Si no tuviera usted demasiada repugnancia de ver el espectáculo de la miseria humana, y sé que tiene ánimo para ello, usted podría calmar el cerebro de esta pobre chica mejor que un cura de San Roque, e incluso mejor que una toma de tridacio.

La señora de Piennes no pedía nada mejor y le propuso acompañarlo al momento. Subieron los dos a casa de la enferma.

En una habitación amueblada con tres sillas de enea y una mesa pequeña, se encontraba echada en una buena cama, enviada por la señora de Piennes. Sábanas finas, gruesos colchones y un montón de anchos cojines mostraban las atenciones caritativas de las que no le costará mucho descubrir el autor. La chica, terriblemente pálida, con los ojos ardientes, tenía un brazo fuera de la cama, y la parte de ese brazo que salía de su camisón estaba lívido, magullado, y permitía adivinar cuál era el estado del resto del cuerpo. Cuando vio a la señora de

Piennes, levantó la cabeza y dijo, con una sonrisa dulce y triste:

—Sabía muy bien que era usted, quien había tenido piedad de mí. Me dijeron su nombre, y estaba segura de que era la dama que encontraba cerca de San Roque.

Creo haberles dicho ya que la señora de Piennes tenía la pretensión de conocer a las personas viendo su cara. Estuvo encantada de descubrir en su protegida un talento semejante y ese descubrimiento la interesó aún más en su favor.

—¡Usted está aquí bastante mal, mi pobre niña! —dijo, paseando su mirada por el triste mobiliario de la habitación—. ¿Por qué no le han enviado unas cortinas?… Debe pedirle a Bautista los pequeños objetos que pueda necesitar.

—Es usted muy buena… ¿Qué me falta? Nada… Todo está terminado… Un poco mejor o un poco peor, ¿qué importa? —Y volviendo la cabeza, se puso a llorar.

—¿Sufre usted mucho, mi pobre niña? —le preguntó la señora de Piennes sentándose al lado de la cama.

—No, no mucho… Sólo que tengo aún en los oídos el ruido del viento de cuando caía, y luego el ruido… ¡crac! de cuando di sobre el pavimento.

—Estaba loca en ese momento, mi querida amiga; pero se arrepiente, ¿verdad?

—Sí…, pero, cuando uno es desgraciado, no puede reflexionar.

—Lamento mucho no haber conocido antes su situación. Pero, niña mía, en ninguna circunstancia de la vida, hay que abandonarse a la desesperación.

—Usted habla fácilmente, señora —dijo el doctor que escribía una receta sobre la mesita—. Pero usted no sabe lo que es perder a un hombre guapo con bigote. Aunque, ¡qué diablos! para correr tras de él, tampoco hay que saltar por la ventana.

—¡Quite allá! doctor —dijo la señora de Piennes— la pobre chiquilla tenía sin duda otros motivos para…

—¡Ah! no sé lo que tenía —exclamó la enferma—; cien razones para una. Primero, cuando mamá se murió recibí un duro golpe. Luego, me sentí abandonada… nadie se interesaba por mí… Por fin, alguien en quien pensaba más que en nadie… Señora, ¡olvidar hasta mi nombre! sí, yo me llamo Arsenia Guillot, G,U,I, dos L; él me escribió con una Y.

—¡Ya lo decía yo, un infiel! —exclamó el doctor—. No se ve otra cosa. ¡Bah! ¡bah! amiga mía, olvide a ese tipo. Un hombre sin memoria no merece que

se piense en él. — Sacó su reloj— ¿Las cuatro? —dijo levantándose—; estoy retrasado para mi consulta. Señora, le pido mil perdones, pero es necesario que la deje; no tengo tiempo siquiera de acompañarla a su casa. — Adiós, hija mía, tranquilícese, esto no será nada. Bailará con esta pierna tan bien como con la otra. — Y usted, señora enfermera, vaya a la farmacia con esta receta, y haga como ayer.

El médico y la enfermera salieron; la señora de Piennes se quedó a solas con la enferma, un poco alarmada al encontrar amor en una historia que ella había urdido completamente diferente en su imaginación.

—¡Así que la han engañado, desventurada niña! —continuó después de un silencio.

—¿A mí?, no. ¿Cómo engañar a una miserable como yo?… Sólo que no ha querido saber más de mí… Y tiene razón; yo no soy lo que él necesita. Siempre ha sido bueno y generoso. Le escribí para decirle dónde estaba y si quería que volviera con él… Entonces me escribió… cosas que me causaron mucho dolor… El otro día, cuando entré en mi casa, se me cayó un espejo que él me había regalado, un espejo de Venecia, como él decía. El espejo se rompió… Y yo me dije: ¡Éste es el último golpe!…, Es la señal de que todo había terminado. No tenía nada más de él. Había empeñado mis joyas en el monte de piedad… Y luego, me dije que si me destruía, eso le causaría pesar y así me vengaría… La ventana estaba abierta, y me arrojé por ella.

—¡Pero, desgraciada, el motivo era tan frívolo como la acción criminal!

—¡Santo y bueno! pero ¿qué quiere usted? Cuando uno está triste no reflexiona. Es muy fácil para las personas dichosas decir: Sea razonable.

—Lo sé; la desgracia es mala consejera. Sin embargo, en mitad de las pruebas más dolorosas, hay cosas que uno no debe olvidar. La vi en San Roque realizando un acto de piedad, no hace mucho. Usted tiene la dicha de creer. La religión, querida, habría debido frenarla en el momento en que iba a entregarse a la desesperación. Su vida, la ha recibido del buen Dios. No le pertenece… Pero hago mal en reñirle ahora, pobre niña. Se arrepiente, sufre, Dios tendrá piedad de usted.

Arsenia bajó la cabeza, y algunas lágrimas llegaron a humedecer sus párpados.

—¡Ah! Señora —dijo con un gran suspiro— usted me cree mejor de lo que soy… Usted me cree piadosa… y no lo soy demasiado…, no me han instruido… y si me ha visto en la iglesia ofrecer un cirio… es porque ya no sabía qué otro

camino tomar.

—Pues bien, querida, es una buena idea. En la desgracia, es siempre a Dios a quien hay que dirigirse.

—Me había dicho… que si ofrecía un cirio a San Roque… pero no, señora, no puedo contarle eso. Una dama como usted no sabe lo que uno puede hacer, cuando ya no tiene un céntimo.

—Ánimo es, sobre todo, lo que hay que pedirle a Dios.

—En fin, señora, no quiero hacerme mejor de lo que soy; aprovecharme de las caridades que hace conmigo sin conocerme, es robarle… Soy una chica desgraciada… pero en este mundo, uno vive como puede… Para terminar, señora, ofrecí un cirio porque mi madre decía que cuando se ofrece un cirio a San Roque, una encuentra en esa misma semana un hombre con quien vivir … Pero me he puesto fea, parezco una momia… nadie quiere nada más conmigo… Pues bien, no queda más que morir. ¡Ya está medio hecho!

Todo fue dicho rápidamente, con la voz entrecortada por los sollozos, y un tono frenético, que inspiró a la señora de Piennes más miedo que horror. Involuntariamente alejó su silla de la cama de la enferma. Tal vez habría salido de la habitación si la humanidad, más fuerte que su repugnancia hacia esta mujer perdida, no le hubiera reprochado abandonarla en el momento en que ella era presa de la más violenta desesperación. Hubo un momento de silencio; luego la señora de Piennes, con los ojos bajos, susurró débilmente:

—¡Su madre! ¡desgraciada! ¿Qué está diciendo?

—¡Oh! mi madre era como todas las madres… como todas nuestras madres… Había mantenido a la suya… yo la he mantenido a ella… Afortunadamente yo no tengo hijos. Veo bien, señora, que la estoy asustando… pero ¿qué quiere?… Usted ha sido bien educada, no ha sufrido jamás. Cuando una es rica, es fácil ser honesta. Yo, yo habría sido honesta, si hubiera tenido medios. Tuve muchos amantes… pero no amé sino a uno. Y me dejó plantada. Si hubiera sido rica, nos habríamos casado y habríamos creado una familia de personas honestas. Le hablo así, francamente, aunque veo bien lo que piensa de mí, y tiene usted razón… Pero usted es la única mujer honesta con la que he hablado en mi vida, ¡y parece tan buena, tan buena!… que me he dicho a mí misma hace un momento: Aunque me conozca, tendrá piedad de mí. Me voy a morir, sólo le pido una cosa… que cuando me haya muerto, mande decir por mí una misa en la iglesia en la que la vi por primera vez. Sólo una oración, eso es todo, y se la agradezco desde el fondo de mi corazón…

—No, ¡usted no va a morir! —exclamó la señora de Piennes emocionada—. Dios tendrá piedad de usted, pobre pecadora. Se arrepentirá de sus desórdenes y Él la perdonará. Si mis oraciones sirven de algo para su salvación, no le faltarán. Los que la educaron son más culpables que usted. Sólo tenga ánimo y espere. Trate sobre todo de estar tranquila, mi pobre niña. Hay que curar el cuerpo; el alma también está enferma, pero yo respondo por su curación.

Se había levantado mientras hablaba y enrollaba entre sus dedos un papel que contenía algunos luises.

—Tenga —le dijo— por si tiene algún capricho…

Y deslizaba bajo la almohada su pequeño donativo.

—No, señora, —exclamó Arsenia impetuosamente rechazando el paquete— no quiero de usted nada más que lo que me ha prometido. Adiós. No volveremos a verlos. Haga que me lleven a un hospital, para que pueda morir sin molestar a nadie. No podría hacer de mí nada que valga la pena. Una gran señora como usted habrá rezado por mí; estoy contenta. Adiós.

Y, volviéndose tanto como se lo permitía el aparato que la fijaba a la cama, ocultó la cabeza en la almohada para no ver nada más.

—Escuche, Arsenia —dijo la señora de Piennes con tono grave—. Tengo proyectos para usted. Quiero hacer de usted una mujer honesta. Estoy convencida de su arrepentimiento. La visitaré con frecuencia, la cuidaré. Y un día, me deberá su propia estima. —Y le cogió la mano, apretándosela ligeramente.

—¡Me ha tocado! —exclamó la pobre chica—, me ha apretado la mano. —Y antes de que la señora de Piennes pudiera retirar su mano, ella la cogió y la cubrió de besos y de lágrimas.

—Cálmese, cálmese, querida —decía la señora de Piennes—. No me hable de nada más. Ya lo sé todo, y la conozco mejor que usted misma. Soy el médico de su cabeza… de su mala cabeza. Me obedecerá, lo exijo, lo mismo que a su otro médico. Le enviaré un sacerdote amigo mío, y usted lo escuchará. Escogeré para usted buenos libros y usted los leerá. Hablaremos con frecuencia. Y cuando esté restablecida, entonces nos ocuparemos de su porvenir.

Entró la enfermera con una ampolla que traía de la farmacia. Arsenia seguía llorando. La señora de Piennes le apretó una vez más la mano, puso el paquete de luises sobre la mesita y salió, tal vez más favorablemente dispuesta hacia su penitente que antes de haber escuchado su extraña confesión.

—¿Por qué, señora, ama uno siempre a los malos tipos? Desde el hijo

pródigo hasta su perro Diamante, que muerde a todo el mundo y es el peor animal que conozco, se inspira más interés mientras menos se merece. —¡Vanidad! ¡ese sentimiento es pura vanidad! ¡el placer de haber vencido a la dificultad! El padre del hijo pródigo venció al diablo y le arrancó su presa; usted ha triunfado del mal instinto de Diamante a fuerza de chucherías. La señora de Piennes estaba orgullosa de haber vencido la perversidad de una cortesana, de haber destruido con su elocuencia las barreras que veinte años de prostitución habían levantado alrededor de una pobre alma abandonada. Y luego, tal vez, ¿es necesario decirlo? al orgullo de esta victoria, al placer de haber realizado una buena acción se unía el sentimiento de curiosidad que muchas mujeres virtuosas sienten por conocer a una mujer de otra especie. Cuando una cantante entra en un salón, he observado extrañas miradas a su alrededor. Y no son los hombres los que más la observan. Usted misma, señora, la otra noche en los Franceses, ¿no miraba usted con sus anteojos a aquella actriz de Variedades que le habían señalado en un palco? ¿Cómo se puede ser persa? ¡Cuántas veces no se ha hecho uno preguntas semejantes! Por lo tanto, la señora de Piennes pensaba mucho en Arsenia Guillot y se decía: Yo la salvaré.

Le envió un sacerdote, que la exhortó para que se arrepintiera. El arrepentimiento no era difícil para la pobre Arsenia que, salvo algunas horas de gran alegría, no había conocido en su vida nada más que miserias. Dígale a un desgraciado: «Es culpa suya» y él estará completamente convencido; y si al mismo tiempo suaviza el reproche dándole algún consuelo, la bendecirá y se lo prometerá todo para el porvenir. Un griego dice en alguna parte, o más bien es Amyot quien se lo hace decir:

El mismo día que le pone grilletes a un hombre libre
Le roba la mitad de su virtud anterior

Lo que en vil prosa significa: que la desgracia nos hace dulces y dóciles como corderos. El sacerdote le decía a la señora de Piennes que la señorita Guillot era muy ignorante, pero que su fondo no era malo y que confiaba en su salvación. En efecto, Arsenia escuchaba con atención y respeto. Leía, o hacía que le leyeran los libros que le habían prescrito, tan puntual a la hora de obedecer a la señora de Piennes como a la de seguir las recomendaciones del doctor. Pero lo que acabó de ganar el corazón del buen sacerdote, y que le pareció a su protectora un síntoma decisivo de su curación moral, fue el uso que Arsenia Guillot había hecho de una parte de la pequeña cantidad que le habían puesto en las manos: había encargado que dijeran una misa solemne en San Roque por el alma de Paméla Guillot, su difunta madre. Sin lugar a dudas, jamás

hubo un alma que necesitara más las oraciones de la Iglesia.

Capítulo II

UNA mañana, cuando la señora de Piennes estaba en el cuarto de aseo, un criado llamó discretamente a la puerta de su santuario y le entregó a la señorita Josefina una tarjeta que un joven acababa de entregar.

—¡Max en París! —exclamó la señora de Piennes leyendo la tarjeta—; ¡vaya rápido, señorita, dígale al señor de Salligny que me espere en el salón!

Un momento después, se oyeron en el salón risas y pequeños gritos ahogados, y la señorita Josefina volvió a entrar ruborizada y con la cofia completamente torcida.

—¿Qué ocurre, pues, señorita? —preguntó la señora de Piennes.

—No es nada, señora; era sólo el señor de Salligny que decía que he engordado.

En efecto, la gordura de la señorita Josefina podía sorprender al señor de Salligny que había estado viajando desde hacía dos años. Antiguamente era uno de los favoritos de la señorita Josefina y uno de los admiradores de su señora. Sobrino de un amigo íntimo de la señora de Piennes, antes se le veía constantemente en casa de ésta, acompañando a su tía. Por otra parte, era casi la única casa seria que frecuentaba. Max de Salligny tenía fama de ser un mal tipo, jugador, pendenciero, vividor, por lo demás el mejor chico del mundo. Era la desesperación de su tía, la señora Aubrée, que lo adoraba, no obstante. Mil veces había ésta intentado sacarlo de la vida que llevaba, pero siempre las malas costumbres habían triunfado de sus sabios consejos. Max tenía dos años más que la señora de Piennes; se habían conocido desde niños y, antes de que ella se casara, parecía que él la miraba con muy buenos ojos. — «Mi querida pequeña —decía la señora Aubrée— si usted quisiera, estoy segura de que domaría su

carácter.» La señora de Piennes, que entonces se llamaba Élise de Guiscard, tal vez hubiera encontrado dentro de sí el coraje necesario para intentar tal empresa, pues Max era tan alegre, tan divertido, tan entretenido en un castillo, tan infatigable en un baile, que sin duda debía ser un buen marido; pero los padres de Élise veían más allá. Ni siquiera la señora Aubrée respondía demasiado por su sobrino; se comprobó que tenía deudas y una amante; ocurrió un duelo sonado del que una artista del Gimnasio fue la causa inocente. El matrimonio, que la señora Aubrée nunca había considerado muy en serio, fue declarado imposible. Entonces apareció el señor de Piennes, un gentilhombre grave y moral, y además, rico y de buena familia. No tengo mucho más que decirle, sólo que tenía fama de ser galante y que se la merecía. Hablaba poco, pero cuando abría la boca era para decir alguna verdad incuestionable. Sobre los asuntos dudosos, imitaba el silencio prudente de Conrart. Si es cierto que no añadía demasiado encanto a las reuniones a las que asistía, tampoco se encontraba desplazado en ninguna de ellas. Se le apreciaba bastante en todas partes, a causa de su esposa, pero cuando estaba ausente en sus tierras, como ocurría durante nueve meses al año, y sobre todo cuando comienza mi historia nadie se percataba de ello. Ni siquiera su esposa lo añoraba mucho más.

La señora de Piennes, acabó de arreglarse en cinco minutos, salió de su habitación algo emocionada, pues la llegada de Max de Salligny le recordaba la reciente muerte de la persona que ella más había querido; fue, creo, el único recuerdo que se le vino a la memoria, y ese recuerdo era suficientemente vivo como para obviar las ridículas conjeturas que una persona menos razonable que ella habría podido formarse acerca de la cofia torcida de la señorita Josefina. Al acercarse al salón, se sorprendió un poco al oír una hermosa voz de bajo que cantaba alegremente, acompañándose al piano, esta barcarola napolitana:

Addio, Teresa, | Teresa, addio! | Al mio ritorno, | Ti sposero.

Abrió la puerta e interrumpió al cantante tendiéndole la mano:

—Mi pobre señor Max, ¡qué gusto me da volver a verlo!

Max se levantó precipitadamente y le dio la mano mirándola con aire azorado, sin poder encontrar una palabra.

—Lamenté mucho —continuó la señora de Piennes—, no haber podido ir a Roma cuando su buena tía cayó enferma. Conozco todos los cuidados de los que la rodeó y le agradezco mucho el último recuerdo de ella que usted me envió.

El rostro de Max, alegre por naturaleza, por no decir risueño, adquirió de pronto una expresión de tristeza: «Me habló mucho de usted —dijo— hasta su

último momento. Veo que recibió su sortija y el libro que leía aún la mañana…

—Sí, Max, y se lo agradezco. Al enviarme este triste presente, me anunciaba que abandonaba Roma, pero no me indicaba su dirección; no sabía dónde escribirle. ¡Pobre amiga! ¡morir tan lejos de su país! Por fortuna usted acudió inmediatamente… Es usted mejor de lo que quiere aparentar, Max… yo lo conozco bien.

—Mi tía me decía durante su enfermedad: «Cuando yo ya no esté en este mundo, sólo quedará la señora de Piennes para reñirte… (Y no pudo impedir sonreírse). Procura que no te riña con demasiada frecuencia.» Ya lo ve, señora, usted cumple mal con sus funciones.

—Espero tener una sinecura. ¿Me dicen que ahora está reformado, ordenado, y totalmente convertido en alguien razonable?

—No se equivoca, señora; le prometí a mi pobre tía convertirme en un buen tipo.

—Mantendrá su palabra, ¡estoy segura!

—Lo intentaré. De viaje es más fácil que en París; sin embargo… Mire, sólo llevo aquí unas horas, y ya he resistido a varias tentaciones. Al venir hacia su casa, he encontrado a uno de mis antiguos amigos que me ha invitado a comer junto a un montón de bribones, y he rechazado.

—Ha hecho bien.

—Sí, pero ¿tengo que decirlo? es porque esperaba que usted me invitaría.

—¡Qué lástima! Estoy invitada a comer. Pero mañana…

—En ese caso, no respondo de mí. Suya será la responsabilidad de la comida que voy a hacer.

—Escuche, Max: lo importante es empezar bien. No acuda a esa comida de solteros. Voy a comer en casa de la señora Darsenay; vaya allí por la tarde, y hablaremos.

—Sí, pero la señora Darsenay es algo fastidiosa; me hará mil preguntas. No podré hablar ni una palabra con usted; diré inconveniencias; y además, tiene una hija alta y huesuda, que tal vez no se haya casado aún…

—Es una persona encantadora… y, a propósito de inconveniencias, es una hablar de ella como lo hace.

—Estoy equivocado, es verdad; pero… estando recién llegado, ¿no pareceré demasiado apresurado?…

—Pues, bien, haga como guste; pero ¿sabe Max? como amiga de su tía tengo derecho a hablarle francamente: evite las amistades de antes. El tiempo ha

debido romper de forma natural muchas de las relaciones que no le servían para nada, no las reanude: estoy segura de usted mientras no se deje arrastrar. A su edad… a nuestra edad, hay que ser razonable. Pero dejemos un poco los consejos y los sermones, y hábleme de lo que ha hecho desde que no nos hemos visto. Sé que estuvo en Alemania, luego en Italia; y eso es todo. Me escribió sólo dos veces; recuérdelo. Dos cartas en dos años, usted comprenderá que no me han hecho saber muchas cosas acerca de usted.

—¡Dios mío! señora, soy muy culpable… pero soy tan… hay que decirlo, ¡tan perezoso!… Empecé veinte cartas para usted; pero ¿qué podía decirle que le interesara?…Yo no sé escribir cartas… Si le hubiera escrito cada vez que pensé en usted, no habría bastado todo el papel de Italia.

—Está bien, pero ¿qué ha hecho? ¿en qué ha ocupado su tiempo? Ya sé que no era escribiendo.

—¡Ocupado!… sabe bien que yo no me ocupo, desgraciadamente. — He visto, he viajado. Tenía proyectos de pintura, pero la contemplación de tantos hermosos cuadros me ha curado radicalmente de mi desgraciada pasión. —¡Ah!… además el viejo Nibby me había convertido en casi un arqueólogo. Sí, persuadido por él, mandé hacer una excavación… Encontraron una pipa rota y no sé cuantos viejas tejoletas… Y luego, en Nápoles, tomé lecciones de canto, pero no mejoré mucho…

—No me gusta demasiado su música, aunque tiene una hermosa voz y canta bien. Eso le pone en contacto con personas que usted tiene demasiada inclinación a frecuentar.

—La comprendo; pero, en Nápoles, cuando yo estaba, no había ningún peligro. La prima donna pesaba ciento cincuenta kilos y la seconda donna tenía una boca como un horno y una nariz como la torre del Líbano. En fin, los dos años pasaron sin que pueda decir cómo. No he hecho nada, no he aprendido nada, pero he vivido dos años sin darme cuenta.

—Me gustaría saber que está usted ocupado; me gustaría ver que siente un gusto intenso por algo útil. Temo la ociosidad para usted.

—Si le hablo francamente, señora, los viajes me han servido para eso, pues aunque no hacía nada, tampoco estaba completamente ocioso. Cuando se ven cosas hermosas, uno no se aburre; y yo, cuando me aburro, estoy muy cerca de cometer tonterías. Es verdad, me he convertido en alguien ordenado, e incluso he olvidado algunas maneras expeditivas de derrochar el dinero. Mi pobre tía pagó mis deudas, y no he vuelto a contraerlas, no quiero contraerlas. Tengo con qué

vivir soltero; y, como no tengo la pretensión de parecer más rico de lo que soy, no haré más extravagancias. ¿Sonríe usted? ¿No cree en mi conversión? ¿Necesita pruebas? Escuche un buen detalle. Hoy, Famin, el amigo que me ha invitado a comer, ha querido venderme un caballo. Cinco mil francos… ¡Es un animal soberbio! El primer impulso fue conseguir el caballo, luego me dije que no era lo suficientemente rico como para emplear cinco mil francos en un capricho, y seguiré a pie.

—Y a las mil maravillas, Max; pero ¿sabe lo que necesita para continuar sin tropiezo por el buen camino? Necesita casarse.

—¡Ah! ¿casarme?… ¿Por qué no?… Pero ¿quién va a quererme? Yo, que no tengo derecho a ser exigente, yo quisiera una mujer… ¡Oh! no, ya no hay ninguna que me convenga…

La señora de Piennes se sonrojó un poco, y él continuó sin percatarse de ello:

—Una mujer que me quisiera… Pero ¿sabe? eso sería casi una razón para que yo no quiera nada con ella.

—Eso ¿por qué? ¡qué locura!

—¿Otelo no dice en algún sitio, creo que para justificarse a sí mismo las sospechas que tiene de Desdémona: «¡Esta mujer debe tener una cabeza extraña y unos gustos depravados, para haberme elegido a mí, que soy negro!»? ¿No puedo yo decir, a mi vez: Una mujer que quiera tener algo conmigo no puede sino tener una cabeza extravagante?

—Usted ha sido bastante mal tipo, Max, como para que sea inútil ponerse peor de lo que es. No hable así de usted mismo, pues hay personas que le creerían a pies juntillas. Yo por mi parte, estoy segura de que, si un día… sí, si usted amara a una mujer que tuviera toda su estima… entonces usted le parecería…

La señora de Piennes experimentaba alguna dificultad para terminar su frase, y Max, que la miraba fijamente con extrema curiosidad, no la ayudaba en absoluto a encontrar un final para su proposición mal comenzada.

—¿Quiere usted decir —continuó él por fin— que si yo estuviera realmente enamorado, sería amado, porque entonces yo merecería la pena?

—Sí, entonces, usted sería digno de ser amado también.

—Si no se necesitara nada más que amar para ser amado… No es demasiado cierto lo que dice señora… ¡Bah! encuéntreme una mujer animosa y me caso. Si no es demasiado fea, no soy aún demasiado viejo como para no inflamarme… Usted me responde del resto.

—¿De dónde viene ahora? —interrumpió la señora de Piennes con tono serio.

Max habló de sus viajes lacónicamente, pero de manera, no obstante como para probar que no había hecho como esos turistas de los que los griegos dicen: Valise il est parti, valise revenu. Sus cortas observaciones denotaban un espíritu equilibrado y que no aceptaba opiniones ya hechas, aunque fuera realmente más culto de lo que quería aparentar. Se retiró pronto al observar que la señora de Piennes giraba la cabeza hacia el reloj, y prometió, no sin alguna confusión, que iría por la tarde a casa de la señora Darsenay.

Pero no fue, y la señora de Piennes sintió algo de despecho. Por el contrario, fue a su casa al día siguiente por la mañana para pedirle perdón, poniendo como excusa el cansancio del viaje que le había obligado a quedarse en casa; pero bajaba los ojos y hablaba con un tono tan poco firme, que no había necesidad de tener la habilidad de la señora de Piennes para adivinar las fisonomías, para darse cuenta de que eran excusas. Cuando concluyó, ella lo amenazó con el dedo sin responder.

—¿No me cree usted? —preguntó.

—No. Afortunadamente usted no sabe mentir todavía. No fue para descansar por lo que no acudió ayer a casa de la señora Darsenay. Usted no se quedó en casa.

—Pues, no, contestó Max esforzándose por sonreír, tiene usted razón. Cené en el Rocher-de-Cancale con esos granujas, luego fui a tomar café a casa Famin; no quisieron dejarme marchar, y luego jugué.

—Y perdió, por supuesto.

—No, gané.

—Da igual. Habría preferido que hubiera perdido, sobre todo si eso podía quitarle las ganas para siempre de una costumbre tan tonta como detestable.

Se inclinó sobre su labor y se puso a bordar con una aplicación algo exagerada.

—¿Había mucha gente en casa de la señora Darsenay? —preguntó Max tímidamente.

—No, poca.

—¿No había señoritas casaderas?

—No.

—Cuento con usted, no obstante, señora. Sabe que me lo ha prometido.

—Tenemos tiempo de pensar en ello.

Había en el tono de la señora de Piennes algo seco y contrariado que no era habitual en ella. Después de un silencio, Max continuó con un tono humilde: «¿Está descontenta de mí, señora? ¿Por qué no me riñe abiertamente, como hacía mi tía, y luego me perdona? Vamos a ver, ¿quiere que le dé mi palabra de que no volveré a jugar jamás?

—Cuando uno hace una promesa, es necesario sentirse con fuerzas para poder cumplirla.

—Una promesa hecha a usted, señora, la cumpliré; creo tener fuerza y ánimo.

—Pues bien, Max, la acepto —dijo ella tendiéndole la mano.

—Gané mil cien francos —prosiguió—¿los quiere para sus pobres? Nunca un dinero mal adquirido encontrará mejor empleo.

Ella dudó un momento.

—¿Por qué no? —se dijo a sí misma en voz alta—. Vamos, Max, así recordará la lección. Me debe mil cien francos.

—Mi tía decía que la mejor forma de no tener deudas, era pagar siempre al contado.

Mientras hablaba, sacaba su cartera para extraer de ella los billetes. En la cartera entreabierta, la señora de Piennes creyó ver el retrato de una mujer. Max se dió cuenta de que miraba, enrojeció y se apresuró a cerrar la cartera y a ofrecerle los billetes.

—Me gustaría mucho ver esa cartera… si fuera posible —dijo ella sonriendo con malicia.

Max estaba complemente desconcertado: pronunció algunas palabras ininteligibles y se esforzó por desviar la atención de la señora de Piennes.

El primer pensamiento de ésta había sido que la cartera contenía el retrato de alguna bella italiana; pero la turbación evidente de Max y el color de la miniatura —era todo lo que había podido ver—, habían despertado en ella otra sospecha. Antaño ella le había dado su retrato a la señora Aubrée; y se imaginó que Max, en calidad de heredero directo, se había creído con derecho a apropiarse de él. Esto le pareció una enorme inconveniencia. Sin embargo, no mostró nada en un primer momento; pero cuando el señor de Salligny iba a retirarse, le dijo:

—A propósito, su tía tenía un retrato mío, que me gustaría mucho volver a ver.

—No sé… ¿qué retrato?…¿Cómo era? —preguntó Max con voz insegura.

Esta vez, la señora de Piennes estaba decidida a no darse cuenta de que él mentía.

—Busquélo —le dijo lo más natural que pudo—. Me hará feliz.

Salvo por el retrato, estaba bastante contenta de la docilidad de Max y se prometía salvar, una vez más, a otra oveja perdida.

Al día siguiente, Max había encontrado el retrato y se le llevó con un aire indiferente. Observó que el parecido no había sido nunca muy grande, y que el pintor le había dado una rigidez de pose y una severidad en la expresión que no tenían nada de naturales. A partir de ese momento, sus visitas a la señora de Piennes fueron más cortas, y junto a ella tenía una expresión de enojo que no le había visto nunca. Ella atribuyó este mal humor al esfuerzo que tenía que hacer para cumplir sus promesas y resistir a sus malas inclinaciones.

Quince días después de la llegada del señor de Salligny, la señora de Piennes iba a ver a su protegida, Arsenia Guillot, de la que no se había olvidado no obstante, ni usted tampoco, señora, espero. Después de haberle hecho algunas preguntas sobre su salud y sobre las instrucciones que recibía, observando que la enferma estaba más fatigada que los días precedentes, se ofreció para hacerle una lectura para que no se cansara hablando. La pobre chica habría preferido mejor hablar que escuchar una lectura como la que le proponían, pues usted sabe bien que se trataba de un libro muy serio, y Arsenia no había leído nunca sino novelas para cocineras. El que cogió la señora de Piennes era un libro piadoso; no se lo nombraré, primero para no perjudicar a su autor, y luego porque usted me acusaría quizá de querer sacar alguna mala conclusión contra este tipo de obras en general. Baste decir que el libro en cuestión era de un joven de diecinueve años, especialmente adecuado para la conversión de las pecadoras empedernidas; que Arsenia estaba muy abrumada y no había podido cerrar un ojo en toda la noche anterior. A la tercera página, sucedió lo que habría ocurrido con cualquier otro libro, serio o no; y sucedió lo inevitable; quiero decir que la señorita Guillot cerró los ojos y se durmió. La señora de Piennes se dió cuenta y se alegró del efecto calmante que acababa de producir. Primero bajó la voz para no despertar a la enferma al detenerse de golpe, luego dejó el libro y se levantó suavemente para salir de puntillas; pero la enfermera tenía costumbre de bajarse a casa de la portera cuando la señora de Piennes venía, pues sus visitas se parecían un poco a las de un confesor. La señora de Piennes quiso esperar el regreso de la enfermera; y como era la persona más enemiga de la ociosidad del mundo, buscó algo que hacer durante los minutos que iba a pasar junto a la dormida. En un pequeño gabinete detrás de la alcoba, había una mesa con tinta y

papel; se sentó en ella y se puso a escribir una nota. Mientras buscaba una oblea en el cajón de la mesa, alguien entró bruscamente en la habitación, despertando a la enferma.

—¡Dios mío! ¿qué es lo que veo? —exclamó Arsenia con una voz tan alterada que la señora de Piennes se estremeció.

—Y bien, ¿qué me han contado? ¿Qué significa esto? ¡Arrojarse por la ventana como una imbécil! ¡Se ha visto alguna vez una cabeza como la de esta chica!

No sé si repito exactamente las palabras; es, al menos, el sentido de lo que decía la persona que acababa de entrar, y que, por la voz, la señora de Piennes reconoció inmediatamente como Max de Salligny. Siguieron algunas exclamaciones, algunos gritos ahogados de Arsenia, luego un beso bastante sonoro. Por fin Max prosiguió: «¡Pobre Arsenia, en qué estado te encuentro! ¿Sabes que no te habría encontrado jamás si Julia no me hubiera dicho tu última dirección? Pero, ¿se ha visto una locura semejante?

—¡Ah! ¡Salligny! ¡Salligny! ¡Qué feliz soy! ¡Cómo me arrepiento de lo que he hecho! Ya no vas a encontrarme bonita. Ya no querrás nada de mí…

—¡Qué tonta eres! —decía Max—, ¿por qué no me has escrito diciéndome que necesitabas dinero? ¿Por qué no se lo has pedido al comandante? ¿Qué ha pasado con tu ruso? ¿Se ha ido tu cosaco?

Al reconocer la voz de Max, la señora de Piennes se había sorprendido casi tanto como Arsenia. La sorpresa le había impedido salir inmediatamente; luego se puso a reflexionar si debía o no salir, pero cuando se reflexiona escuchando no decide uno con rapidez. El resultado fue que oyó el edificante diálogo que acabo de narrar; pero entonces comprendió que si seguía en el gabinete, estaba expuesta a oír mucho más. Se decidió y entró en la habitación con el aspecto calmado y soberbio que las personas virtuosas no pierden sino en raras ocasiones y que dominan cuando es necesario.

—Max —dijo— hace daño a esta pobre chica; retírese. Venga dentro de una hora a hablar conmigo.

Max se había quedado pálido como un muerto al ver aparecer a la señora de Piennes en un lugar en el que nunca habría esperado encontrarla; su primer impulso fue obedecer, y dio un paso hacia la puerta.

—¿Te vas? ¡no te vayas! —exclamó Arsenia incorporándose en la cama con un esfuerzo desesperado.

—Niña mía —dijo la señora de Piennes cogiéndole la mano— sea razonable.

Escúcheme. ¡Recuerde lo que me ha prometido! —Luego le echó una mirada tranquila, pero imperiosa a Max, que salió inmediatamente. Arsenia cayó sobre la cama; al verlo salir, se había desmayado.

La señora de Piennes y la enfermera, que entró poco después, la socorrieron con la habilidad que tienen las mujeres en esa clase de accidentes. Paulatinamente, Arsenia fue recuperando el conocimiento. Primero paseó su mirada por toda la habitación, como para buscar al que recordaba haber visto hace un instante; luego volvió sus grandes ojos negros hacia la señora de Piennes y la miró fijamente:

—¿Es su marido? —preguntó.

—No —contestó la señora de Piennes ruborizándose un poco, pero sin que la dulzura de su voz de alterara—; el señor de Salligny es pariente mío. Creyó poder permitirse esa pequeña mentira para explicar el dominio que ejercía sobre él.

—Entonces —dijo Arsenia— ¡es usted a quien él ama! Y seguía clavando en ella sus ojos ardientes como dos teas.

—¡Él!… —Un relámpago brilló sobre la frente de la señora de Piennes. Por un momento, sus mejillas se colorearon de un intenso rubor y su voz expiró en sus labios; pero recuperó pronto su serenidad—. Está equivocada, mi querida niña —dijo con tono grave—. El señor de Salligny ha comprendido que era un error evocar recuerdos que, afortunadamente, están muy lejos de su memoria. Usted ha olvidado…

—¡Olvidado! —exclamó con una sonrisa de condenada que hacía daño ver.

—Sí, Arsenia, usted ha renunciado a todas las ideas locas de un tiempo que no volverá. Piense, mi pobre niña, que es a su culpable relación a la que debe sus desgracias presentes. Piense…

—¡No la ama! —interrumpió Arsenia sin escucharla— ¡no la ama y comprende con sólo una mirada! He visto sus ojos y los de usted. No me equivoco… En realidad… es justo! Usted es bella, joven, brillante… y yo lisiada, desfigurada… cerca de la muerte…

No pudo terminar, los sollozos ahogaron su voz, tan fuertes, tan dolorosos, que la enfermera pensó en ir a buscar al médico; pues, decía, el señor doctor no temía nada tanto como esas convulsiones, y si esto dura la pobre chica se va a morir.

Poco a poco, la especie de energía que Arsenia había encontrado en la intensidad misma de su dolor dio paso a un abatimiento estúpido que la señora

de Piennes creyó calma. Continuó sus exhortaciones; pero Arsenia, inmóvil, no escuchaba las hermosas y buenas razones que se le daban para preferir el amor divino al amor terrenal; sus ojos estaban secos, sus dientes convulsivamente apretados. Mientras su protectora le hablaba del cielo y del porvenir, ella pensaba en el presente. La súbita llegada de Max había despertado en ella de repente locas ilusiones, pero la mirada de la señora de Piennes las había disipado más rápido aún. Después de un sueño feliz de un minuto, Arsenia sólo volvía a encontrar la más triste realidad, convertida en cien veces más horrible por el hecho de haber sido olvidada por un momento.

Su médico le dirá, señora, que los naúfragos, sorprendidos por el sueño en mitad de las angustias del hambre, sueñan que se encuentran a la mesa y comen hasta saciarse. Se despiertan aún más hambrientos y preferirían no haberse dormido. Arsenia sufría una tortura comparable a la de esos naúfragos. En otros tiempos había amado a Max, como ella podía amar. Es con él con quien le habría gustado ir siempre a algún espectáculo, es con él con quien se divertía un día de campo, es de él de quien hablaba constantemente a sus amigas. Cuando Max se marchó, lloró mucho; pero luego había aceptado las dádivas de un ruso que Max estaba encantado de tener por sucesor, porque lo consideraba hombre galante, es decir, generoso. Mientras pudo llevar la vida alocada de las mujeres de su especie, su amor por Max no fue sino un recuerdo agradable, que algunas veces le hacía suspirar. Pensaba en él como uno piensa en los juegos de infancia que, pese a todo, nadie querría recomenzar; pero cuando Arsenia dejó de tener amantes, se vio abandonada, y sintió todo el peso de la miseria y la vergüenza, entonces su amor por Max se depuró en cierto modo, porque era el único recuerdo no que despertara en ella añoranzas ni remordimientos. Incluso la ensalzaba a sus propios ojos, y mientras más envilecida se sentía, más engrandecía a Max en su imaginación. Fui su amante, me amó, se decía a sí misma con una especie de orgullo cuando se sentía deprimida al reflexionar acerca de su vida de cortesana. En los pantanos de Minturnes, Mario reafirmaba su ánimo diciéndose: ¡He vencido a los cimbrios! La chica mantenida —ya no lo era, lamentablemente—, para resistir a la vergüenza y a la desesperación sólo tenía este recuerdo: ¡Max me amó… Me ama aún! Por un momento había podido pensarlo; pero ahora acababan de arrebatarle hasta sus recuerdos, el único bien que le quedaba en el mundo.

Mientras Arsenia se entregaba a sus tristes reflexiones, la señora de Piennes le demostraba ardorosamente la necesidad de renunciar para siempre a lo que ella llamaba sus desvaríos criminales. Un convencimiento rotundo nos hace casi

insensibles; y de la misma manera que un médico cura una llaga sin escuchar los gritos del paciente, así continuaba su tarea la señora de Piennes con implacable firmeza. Decía que esa época de felicidad, en la que la pobre Arsenia se refugiaba como para escapar de sí misma, era un tiempo de crimen y vergüenza que ésta expiaba justamente en el presente. Esas ilusiones había que detestarlas y expulsarlas de su corazón; el hombre que veía como protector y casi como genio tutelar, no debía ser ya a sus ojos sino un pernicioso cómplice, un seductor del que debía huir para siempre.

Esa palabra de seductor, de la que la señora de Piennes no podía percibir el ridículo, hizo casi sonreír a Arsenia en mitad de sus lágrimas; pero su digna protectora no se dio cuenta de ello. Continuó imperturbable su exhortación y la terminó con una frase que aumentó los sollozos de la pobre chica: ¡No lo volverá a ver nunca más!

El médico que llegó, y la extrema postración de la enferma recordaron a la señora de Piennes que había hecho suficiente. Apretó la mano de Arsenia, y al marcharse le dijo: «¡Ánimo, amiga mía, y Dios no la abandonará!»

Acababa de cumplir con un deber, le quedaba aún otro más difícil. La estaba esperando otro culpable, cuya alma debía abrir al arrepentimiento; y pese a la confianza que hacía brotar de su celo piadoso, pese al dominio que ejercía sobre Max del que ya tenía pruebas, y por fin, pese a la buena disposición que conservaba en el fondo de su corazón hacia ese libertino, sentía una extraña ansiedad al pensar en el combate que iba a emprender. Antes de iniciar esta terrible lucha, quiso recuperar fuerzas, y, entrando en una iglesia, le pidió a Dios nuevas inspiraciones para defender su causa.

Cuando entró en su casa, le dijeron que el señor de Salligny se encontraba en el salón donde la esperaba desde hacía bastante rato. Lo encontró pálido, agitado, y lleno de inquietud. Se sentaron. Max no se atrevía a abrir la boca; y la señora de Piennes, emocionada sin saber muy bien la causa, permaneció algún tiempo sin hablar y mirándolo sólo de reojo. Por fin empezó:

—Max —le dijo— no voy a hacerle reproches…

Él levantó la cabeza orgullosamente. Sus miradas se encontraron y él bajó los ojos al instante.

—Su buen corazón —continuó— le dice en este momento más de lo que yo podría decirle. Es una lección que la Providencia ha querido darle y, tengo la esperanza, la convicción… de que no se perderá.

—Señora, apenas sé lo que ha ocurrido. Esta desgraciada chica se lanzó por

la ventana, eso es todo lo que me dijeron; pero no tengo la vanidad… quiero decir el dolor… de creer que las relaciones que mantuvimos en otros tiempos hayan podido determinar este acto de locura.

—Diga más bien, Max, que cuando usted hacía el mal, no había previsto las consecuencias. Cuando indujo a esa chica al desorden, no pensó que un día ella atentaría contra su vida.

—Señora —exclamó Max con alguna vehemencia— permítame decirle que yo no seduje de ninguna manera a Arsenia Guillot. Cuando la conocí ya estaba seducida. Fue mi amante, no lo niego en absoluto. Confesaré incluso que la amé… como se puede amar a una persona de su clase… Creo que ella sintió por mí más de afecto que por otro cualquiera… Pero, desde hacía mucho tiempo, toda relación había cesado entre nosotros, y sin que ella hubiera demostrado mucha añoranza. La última vez que tuve noticias suyas, le mandé dinero; pero no es una mujer ordenada… Le dió vergüenza pedirme más, pues tiene su orgullo… La miseria la impulsó a esa terrible decisión… Lo siento mucho… Pero le repito señora, que no tengo ningún reproche que hacerme al respecto.

La señora de Piennes dibujó algo sobre la mesa, luego continuó:

—Sin duda, según los criterios del mundo, usted no es culpable, no ha contraido ninguna responsabilidad, pero existe otra moral además de la del mundo, y es según sus reglas como que me gustaría verlo conducirse… En estos momentos, tal vez no se encuentre en situación de escucharme. Dejemos eso. Hoy, lo que tengo que pedirle es una promesa que no me negará, estoy segura. Esta desventurada chica ha comenzado a arrepentirse. Ha escuchado con respeto los consejos de un venerable sacerdote que ha aceptado ir a verla. Creemos poder esperar lo mejor de ella. — Usted, usted no debe volver a verla, pues su corazón duda aún entre el bien y el mal, y desgraciadamente, usted no tiene voluntad, ni tal vez poder para serle útil. Visitándola, usted podría producirle mucho daño… Por eso le pido su palabra de que no irá nunca más a su casa.

Max hizo un gesto de sorpresa.

—No me la niegue, Max; si su tía viviera, le haría esta petición. Imagínese que es ella quien le habla.

—¡Dios bendito! señora, ¿qué me está pidiendo? ¿Qué mal quiere usted que le haga a esta pobre chica? Al contrario ¿no es para mí, yo que la frecuenté en el tiempo de sus locuras, una obligación no abandonarla ahora que está enferma, gravemente enferma, si lo que me han dicho es cierto?

—Ésa es sin duda la moral del mundo, pero no es la mía. Mientras más grave

es la enfermedad, más importante es que usted no la vea más.

—Pero, señora, piense que, en el estado en que se encuentra, sería imposible, incluso para la gazmoñería más fácil de alarmarse… Mire, señora, si yo tuviera un perro enfermo y supiera que al verme sentiría algún placer, creería cometer una mala acción dejándolo morir solo. No es posible que usted piense de otra manera, usted que es tan buena y caritativa. Piense en ello, señora, sería verdaderamente cruel, por mi parte.

—Hace un instante le pedía que me hiciera esa promesa en nombre de su buena tía… en nombre de la amistad que siente usted hacia mí… Ahora se lo pido en nombre de esa desgraciada chica. Si usted la quiere de verdad…

—¡Ah! señora, se lo ruego, no relacione cosas que no pueden compararse. Créame, me duele mucho oponerme a usted sea en lo que sea; pero, en realidad, me siento obligado a ello por honor…, ¿Esa palabra le desagrada? Olvídela. Sólo, a mi vez, permítame suplicarle por piedad hacia esta desgraciada… y también un poco por piedad hacia mí… Si he cometido errores…, si he contribuido a mantenerla en el desorden… debo en estos momentos ocuparme de ella. Sería horrible abandonarla. No me lo perdonaría nunca. No, no puedo abandonarla. Usted no me lo exigirá.

—No le faltarán otros cuidados. Pero, respóndame Max: ¿usted la ama?

—¿La amo?… ¿La amo?… No, yo no la amo. Es una palabra que no cuadra aquí… ¿Amarla? no. Busqué junto a ella distracción a un sentimiento más serio que necesitaba combatir…, ¿Eso le parece ridículo, incomprensible?… La pureza de su alma no puede admitir que se busque un remedio semejante… Pues bien, no es esa la peor acción de mi vida. Si nosotros los hombres no tuviéramos a veces el recurso de desviar nuestras pasiones… tal vez ahora… tal vez fuera yo quien se hubiera arrojado por la ventana… Pero, no sé lo que digo, y usted no puede entenderme… apenas me comprendo a mí mismo…

—Le preguntaba si la amaba —continuó la señora de Piennes con los ojos bajos y algo de duda— porque, si usted hubiera sentido… amistad por ella, usted tendría sin duda el valor de hacerle un poco daño para hacerle después un gran bien. Sin lugar a dudas, le resultará difícil soportar la pena de no verlo; pero sería mucho más grave desviarla hoy de la vía en que ha entrado casi milagrosamente. Lo que importa es su salvación Max, que olvide por completo un tiempo que su presencia le recordaría con demasiada intensidad.

Max sacudió la cabeza sin responder. No era creyente, y la palabra salvación, que tanto poder tenía sobre la señora de Piennes, no llegaba tan intensamente a

su alma. Pero sobre ese asunto, no había que discutir con ella. Él evitaba siempre con cuidado mostrarle sus dudas, y una vez más guardó silencio; sin embargo, era fácil comprobar que no estaba convencido.

—Le hablaré a usted con el lenguaje del mundo —continuó la señora de Piennes —puesto que desgraciadamente es el único que usted puede entender; discutimos, en efecto, sobre un cálculo aritmético. Ella no tiene nada que ganar viéndolo y sí mucho que perder, ahora escoja usted.

—Señora —dijo Max con voz emocionada— usted no piensa, espero, que pueda existir por mi parte otro sentimiento hacia Arsenia que no sea un interés… natural. ¿Qué peligro habría? Ninguno. ¿Duda usted de mí? ¿Piensa usted que quiero perjudicar los buenos consejos que usted le da? ¡Ah! ¡Dios mío! yo que detesto los espectáculos tristes, que huyo de ellos con una especie de terror, ¿cree usted que busco ver a una moribunda con intenciones culpables? Se lo repito, señora, es para mí una especie de deber, es una expiación, un castigo si usted quiere, lo que vengo a buscar junto a ella…

A oír esa palabra, la señora de Piennes levantó la cabeza y lo miró fijamente con un gesto exaltado que daba a todos sus rasgos una expresión sublime.

—¿Una expiación, dice usted, un castigo?… ¡Pues bien, sí! Sin saberlo, Max, usted obedece tal vez a una advertencia de lo alto, y tiene razón en resistírseme… Sí, consiento en ello. Vea a esa chica y que ella sea el instrumento de su salvación como usted ha estado a punto de ser el de su perdición.

Probablemente Max no comprendía tan bien como usted, señora, lo que era una advertencia de lo alto. Ese cambio de resolución tan súbito le sorprendía, no sabía a qué atribuirlo, no sabía si debía dar las gracias a la señora de Piennes por haber cedido al final; pero en esos momentos su gran preocupación era adivinar si su obstinación había cansado o convencido a la persona a quien más temía desagradar.

—Solamente, Max —continuó la señora de Piennes— tengo que pedirle, o mejor, le exijo…

Se detuvo un instante y Max hizo un gesto con la cabeza indicando que se sometía a todo.

—Exijo —siguió ella— que no la vea sino conmigo.

Él hizo un gesto de sorpresa, pero se apresuró a añadir que obedecería.

—No me fío en absoluto de usted —continuó ella sonriendo—. Temo que estropee mi obra, y quiero triunfar. Vigilado por mí, usted se convertirá, por el contrario, en una ayuda útil y, tengo la esperanza, de que su sumisión será

recompensada.

Diciendo estas palabras le tendió la mano. Convinieron que Max iría al día siguiente a ver a Arsenia Guillot, y que la señora de Piennes iría por delante para prepararla a esa visita.

Usted comprende su proyecto. Primero había pensado que encontraría a Max lleno de arrepentimiento, y que sacaría fácilmente del ejemplo de Arsenia el texto de un sermón elocuente contra las malas pasiones; pero, en contra de lo que esperaba, él rechazaba cualquier responsabilidad. Había que cambiar de exordio y en un momento decisivo darle la vuelta a una harenga preparada, es una empresa casi tan peligrosa como dar una nueva orden de batalla en mitad de un ataque imprevisto. La señora de Piennes no había podido improvisar una maniobra. En lugar de sermonear a Max, había discutido con él una cuestión de conveniencia. De pronto, una idea nueva se le vino a la mente. Los remordimientos de su cómplice lo conmoverían, pensó. El final cristiano de una mujer que él había amado (y desgraciadamente no podía dudar de que no estuviera cercano) producirá sin duda un golpe decisivo. Es con esa esperanza con la que se había decidido súbitamente a permitirle a Max volver a ver a Arsenia. Conseguía además aplazar la exhortación que había proyectado; pues, creo haberlo dicho ya, pese al vivo deseo de salvar a un hombre cuyos desvíos deploraba, la idea de entablar con él una discusión tan seria la asustaba involuntariamente.

Ella había contado mucho con la bondad de su causa; dudaba aún del éxito, y no triunfar era desesperar de la salvación de Max, era condenarse a cambiar de sentimiento hacia él. El diablo, tal vez, para evitar que ella se pusiera en guardia contra el intenso afecto que sentía por su amigo de la infancia, el diablo había tenido cuidado de justificar ese afecto como una esperanza cristiana. Todas las armas son buenas para el tentador, y tales prácticas le son familiares; por eso el portugués dice elegantemente: De boâs intençôes esta o inferno cheio: El infierno está lleno de buenas intenciones. Ustedes en francés dicen que está pavimentado con lenguas de mujer, lo que viene a ser lo mismo; pues las mujeres, en mi opinión, quieren siempre el bien.

Me usted hace volver a mi relato. Al día siguiente pues, la señora de Piennes fue a casa de su protegida, a la que encontró muy débil, muy abatida, y sin embargo, más calmada y más resignada de lo que esperaba. Volvió a hablar del señor de Salligny, pero con más consideración que la víspera. Arsenia, en verdad, debía absolutamente renunciar a él y no pensar en él sino para deplorar su común ceguera. Debía además, y eso era parte de su penitencia, debía

demostrar su arrepentimiento al mismo Max, darle ejemplo cambiando de vida, y asegurarle, para el porvenir, la paz de conciencia de la que ella misma gozaba. A esas exhortaciones completamente cristianas, la señora de Piennes no olvidó añadir algunos argumentos mundanos, como por ejemplo, que Arsenia, si amaba verdaderamente al señor de Salligny, debía desear ante todo su bien y que, por su cambio de conducta, merecería la estima de un hombre que no había podido aún dársela realmente.

Todo lo que había de severo y de triste en ese discurso se borró de repente cuando al final de sus palabras, la señora de Piennes le anunció que volvería a ver a Max, pues él iba a venir. Al ver el intenso rubor que animó súbitamente sus mejillas desde hacía tiempo empalidecidas por el sufrimiento, al ver el brillo extraordinario de sus ojos, la señora de Piennes estuvo a punto de arrepentirse de haber permitido esa entrevista; pero ya no había tiempo de cambiar de idea. Empleó los pocos minutos que le quedaban antes de la llegada de Max en hacer exhortaciones piadosas y enérgicas, pero que eran escuchadas con una notable distracción, pues Arsenia sólo parecía preocupada por arreglar sus cabellos y la cinta arrugada de su gorro.

Por fin, el señor de Salligny apareció, contrayendo un poco sus rasgos para darles una expresión de alegría y de seguridad. Le preguntó cómo seguía, con un tono que él intentó que fuera natural, pero que ningún resfriado lograría dar. Arsenia, por su parte, no se encontraba a gusto; balbuceaba, no podía encontrar una frase, pero cogió la mano de la señora de Piennes y se la llevó a los labios como para darle las gracias. Lo que se habló durante ese cuarto de hora, fue lo que se habla en todas partes entre personas contrariadas. Sólo la señora de Piennes conservaba su tranquilidad habitual, o más bien, como se encontraba mejor preparada, se dominaba mejor. Con frecuencia respondía en lugar de Arsenia y ésta encontraba que su intérprete traducía mal sus pensamientos. Cuando la conversación languideció, la señora de Piennes observó que la enferma tosía mucho, le recordó que el médico le impedía hablar, y dirigiéndose a Max, le dijo que en lugar de fatigar a Arsenia con sus preguntas, sería mejor que le hiciera una pequeña lectura. Enseguida cogió Max un libro apresuradamente y se acercó a la ventana, pues la habitación era un poco oscura. Leyó sin comprender demasiado. Arsenia tampoco comprendía mucho más, sin duda, pero parecía escuchar con el mayor interés. La señora de Piennes trabajaba en una labor que había llevado, la enfermera se pellizcaba para no quedarse dormida. Los ojos de la señora de Piennes iban sin cesar de la cama a la ventana, jamás hizo Argos mejor guardia con los cien ojos que tenía. Al cabo de algunos

minutos, se inclinó hacia el oído de Arsenia: «¡Qué bien lee!» le dijo en voz baja.

Arsenia le echó una mirada que contrastaba extrañamente con la sonrisa de su boca: «¡Oh, sí!», respondió. Luego bajó los ojos, y de minuto en minuto una gruesa lágrima aparecía al borde de sus pestañas y se deslizaba por sus mejillas sin que se diera cuenta. Max no volvió la cabeza ni una sola vez. Después de algunas páginas, la señora de Piennes le dijo a Arsenia: «Vamos a dejarla reposar, niña mía. Temo que le hayamos cansado un poco. Volveremos pronto a verla.» Se levantó, y Max se levantó como una sombra. Arsenia le dijo adiós sin mirarlo casi.

—Estoy contenta de usted, Max, —dijo la señora de Piennes a quien él había acompañado hasta la puerta—, y de ella mucho más. Esta pobre chica está llena de resignación. Ella le da ejemplo.

—Sufrir y callarse, señora, ¿es pues tan difícil de aprender?

—Lo que hay que aprender sobre todo es a cerrar su corazón a los malos pensamientos.

Max la saludó y se alejó rápidamente.

Cuando la señora de Piennes volvió a ver a Arsenia al día siguiente, la encontró contemplando un ramo de flores exóticas colocado en una mesita, cerca de su cama.

—Me las ha enviado el señor de Salligny —dijo—. Han venido de su parte a preguntar cómo estaba. Él no ha subido.

—Estas flores son muy bellas —dijo la señora de Piennes un poco secamente.

—En otros tiempos me gustaban mucho las flores —dijo la enferma suspirando—; y él me mimaba… el señor de Salligny me mimaba ofreciéndome las más hermosas que podía encontrar… Pero en el presente no valen nada … Perfuman demasiado… Debería usted coger ese ramo, señora; él no se enfadará si se lo doy.

—No, querida: esas flores le causan placer cuando las mira —continuó la señora de Piennes con un tono más dulce, pues se había emocionado mucho con el acento profundamente triste de la pobre Arsenia—. Cogeré las que tienen perfume… conserve las camelias.

—No. Detesto las camelias… Me recuerdan la única disputa que tuvimos… cuando yo estaba con él.

—No piense en esas locuras, mi querida niña.

—Un día —prosiguió Arsenia mirando fijamente a la señora de Piennes— un día encontré en su habitación una hermosa camelia rosa en un vaso de agua. Quise cogerla, pero él no me lo permitió. Me impidió incluso tocarla. Insistí, le dije tonterías. Él la cogió, la metió en un armario, y guardó la llave en su bolsillo. Yo me endemonié e inclusó le rompí un jarrón de porcelana que él amaba mucho. Ni se inmutó. Comprendí que era de una mujer como es debido. Jamás supe de dónde le había llegado esa camelia.

Mientras hablaba así, Arsenia clavó una mirada fija y casi aviesa en la señora de Piennes, que bajó los ojos involuntariamente. Hubo un silencio bastante largo turbado sólo por la respiración oprimida de la enferma. La señora de Piennes acababa de recordar confusamente determinada historia de una camelia. Un día que almorzaba en casa de la señora Aubrée, Max le había dicho que su tía acababa de felicitarlo por su santo, y le pidió que le diera también un ramo. Ella desprendió sonriendo una camelia de sus cabellos y se la dio. ¿Pero cómo un hecho tan insignificante había permanecido en su memoria? La señora de Piennes no podía explicárselo. Estaba casi horrorizada. La especie de confusión que sentía hacia consigo misma se había disipado apenas cuando Max entró y se sintió enrojecer.

—Gracias por sus flores —dijo Arsenia—; pero me hacen daño… No estarán perdidas; se las he dado a la señora. No me haga hablar, lo tengo prohibido. ¿Quiere usted leerme alguna cosa?

Max se sentó y leyó. Esta vez nadie escuchó, creo yo: cada cual, incluso el lector, seguía el curso de sus propios pensamientos.

Cuando la señora de Piennes se levantó para marcharse, iba a dejar el ramo sobre la mesa, pero Arsenia le advirtió de su olvido. Se llevó pues el ramo, descontenta de haber mostrado quizá alguna afectación al no aceptar en un primer momento esta bagatela. «¿Qué mal puede haber en todo esto?» pensaba. Pero había mal sólo en el hecho de plantearse esta simple cuestión.

Sin que se lo hubiera pedido, Max la siguió hasta su casa. Se sentaron, y, desviando los ojos uno del otro, permanecieron en silencio bastante tiempo, como molestos.

—Esta pobre chica —dijo por fin la señora de Piennes— me aflige profundamente. Al parecer, no hay esperanzas.

—Usted ha visto el médico —dijo Max— ¿qué dice?

La señora de Piennes movió la cabeza.

—No le quedan muchos días que pasar en este mundo. Esta mañana le han

dado la extremaunción.

—Daba pena ver su cara —dijo Max acercándose al hueco de una ventana, probablemente para ocultar su emoción.

—Sin duda es muy cruel morir a su edad —continuó gravemente la señora de Piennes—; pero si hubiera vivido más, ¿quién sabe si eso no habría sido una desgracia para ella?… Al salvarla de una muerte desesperada, la Providencia ha querido darle tiempo para arrepentirse… Es una gran gracia de la que siente todo el valor en este momento. El párroco Dubignon está muy contento de ella. No hay que compadecerla tanto Max.

—No sé si hay que compadecer a los que mueren jóvenes —respondió él un poco bruscamente— a mí me gustaría morir joven; pero lo que me aflige, sobre todo, es verla sufrir así.

—El sufrimiento del cuerpo es con frecuencia útil al alma…

Max, sin responder, fue a colocarse en el extremo de la habitación, en un ángulo oscuro medio oculto por una densa cortina. La señora de Piennes bordaba, o fingía bordar, con los ojos fijos en una tapicería; pero le parecía sentir la mirada de Max como algo que pesaba sobre ella. Esa mirada de la que ella huía, creía sentirla errar por sus manos, por sus hombros, por su frente. Le pareció que se detenía sobre su pie, y se apresuró a ocultarlo bajo el vestido. —Tal vez haya algo de verdad en lo que se dice acerca del fluido magnético, señora.

—¿Conoce usted al almirante de Rigny, señora? —preguntó Max de repente.

—Sí, un poco.

—Tal vez tenga que pedirle un servicio acerca de él… una carta de recomendación…

—¿Para qué, pues?

—Desde hace algunos días, señora, estoy haciendo proyectos —continuó con alegría forzada—. Estoy tratando de convertirme, y quisiera hacer algún acto de buen cristiano, pero, estoy algo confuso, respecto a cómo hacerlo…

La señora de Piennes le echó un mirada un poco severa.

—Mire lo que se me ha ocurrido —prosiguió. Estoy descontento de no conocer el oficio de las armas, pero eso puede aprenderse… Sé manejar un fusil, no demasiado mal y, como tenía el honor de decirle, siento ganas de ir a Grecia y tratar de matar allí a algún turco, para la mayor gloria de la Cruz.

—¡A Grecia! —exclamó la señora de Piennes dejando caer su ovillo.

—A Grecia. Aquí, no hago nada; me aburro; no sirvo para nada, no puedo

hacer nada útil; no hay nadie en el mundo a quien pueda servirle para algo. ¿Por qué no ir a recoger laureles, o a hacerme saltar la cabeza por una buena causa? Además, no veo otro camino para llegar a la gloria o al Templo de la Memoria, que me interesa mucho. Imagínese, señora, qué honor para mí cuando lean en el periódico: «Nos comunican desde Tripolitza que el señor Max de Salligny, joven amigo de los griegos, de la más alta esperanza —esto puede decirse en un periódico— de la más alta esperanza, acaba de perecer víctima de su entusiasmo por la santa causa de la religión y de la libertad. El malvado pachá Kourschid ha olvidado el decoro hasta el punto de mandar cortarle la cabeza…» Es eso justamente lo peor que tengo, según dice todo el mundo, ¿no es cierto, señora?

Y se reía con una risa forzada.

—¿Habla en serio, Max? ¿Iría usted a Grecia?

—Muy en serio, señora; sólo que trataré de que mi esquela necrológica aparezca lo más tarde posible.

—¿Qué iría usted a hacer a Grecia? No son soldados lo que le falta a los griegos… Sería un exclente soldado, estoy segura; pero…

—¡Un magnífico granadero de cinco pies y seis pulgadas! —exclamó él ponendose de pie—; los griegos serían bien tontos si no aceptaran un recluta como éste. Sin bromas, señora —añadió dejándose caer en un sillón— me parece que es lo mejor que puedo hacer. No debo seguir en París (pronunció estas palabras con cierta violencia); aquí soy muy desgraciado, aquí cometeré cien tonterías… No tengo fuerzas para resistir… Pero ya hablaremos de eso; no me voy inmediatamente… pero me iré… ¡Oh! sí, es necesario; lo he prometido solemnemente. ¿Sabe usted que desde hace dos días estoy aprendiendo griego? Es una lengua muy bella, ¿no es cierto?

La señora de Piennes había leído a Byron y se acordaba de esta frase griega, estribillo de una de sus obras fugitivas. La traducción, como usted sabe, se encuentra en una nota; es: «Mi vida, os amo». Ce sont façons de parler obligeantes de ces pays-là. La señora de Piennes maldecía su buena memoria; se guardó mucho de preguntar lo que significaba ese griego, y sólo temía que su fisonomía demostrara que había comprendido. Max se había acercado al piano; y sus dedos, cayendo sobre el teclado como por azar, improvisaron algunos acordes melancólicos. De pronto, cogió su sombrero y, volviéndose hacia la señora de Piennes, le preguntó si tenía intención de ir esa noche a casa de la señora Darsenay.

—Pienso que sí —contestó ella dudando un poco. Él le dió la mano y salió

inmediatamente, dejándola presa de una agitación que no había experimentado nunca.

Todas sus ideas eran confusas y se sucedían con tanta rapidez que no tenía tiempo de detenerse en una sola. Era como esa serie de imágenes que aparecen y desaparecen por la ventanilla de un vagón de ferrocarril. Pero, lo mismo que en mitad de la carrera más impetuosa, el ojo que no percibe todos los detalles, logra no obstante aprehender el carácter general de los lugares que se atraviesan, así, en medio de este caos de pensamientos que la asediaban, la señora de Piennes experimentaba una impresión de pánico y se sentía como empujada por una pendiente rápida en medio de horribles precipicios. Que Max la amara, no podía dudarlo. Ese amor (ella decía: ese afecto) venía de lejos; pero hasta entonces no se había alarmado por él. Entre una devota como ella y un libertino como Max se levantaba una barrera insuperable que antes la tranquilizaba. Aunque no fuera insensible al placer o a la vanidad de inspirar un sentimiento serio a un hombre tan superficial como era Max en su opinión, jamás había pensado que ese afecto pudiera llegar a ser un día peligroso para su reposo. Ahora que el mal tipo se había corregido, empezaba a temerlo. Su conversión, que ella se atribuía, iba a convertirse, para ella y para él, en una causa de pesares y tormentos. Por momentos, intentó persuadirse de que los peligros que preveía vagamente no tenían ningún fundamento real. Ese viaje tan bruscamente decidido, el cambio que había observado en las maneras del señor de Salligny podría explicarse en última instancia, por el amor que había conservado por Arsenia Guillot; pero, ¡cosa extraña! este pensamiento le era más insoportable que los demás, y era casi un alivio para ella, demostrarse la inverosimilitud.

La señora de Piennes pasó toda la tarde creándose fantasmas, destruyéndolos, modificándolos. No quiso ir a casa de la señora Darsenay y, para estar más segura de sí misma, le permitió a su cochero que se fuera y quiso acostarse temprano; pero tan pronto como hubo tomado esta magnánima decisión, y no tuvo manera de desdecirse, pensó que era una debilidad indigna de ella y se arrepintió. Temió sobre todo que Max sospechara la causa; y como no podía disfrazar ante sus propios ojos el verdadero motivo para no salir, llegó a considerarse culpable, pues sólo esta preocupación a propósito del señor de Salligny le parecía un crimen. Rezó durante mucho rato, pero no se encontró aliviada. No sé a qué hora logró dormirse; lo cierto es que, cuando se despertó, sus ideas eran tan confusas como la víspera, y que seguía igual de lejos de adoptar una resolución.

Mientras desayunaba —pues se desayuna siempre, señora, sobre todo si se

ha cenado mal— leyó en un periódico que no sé qué pachá acababa de saquear una ciudad de Rumelia. Mujeres y niños habían sido masacrados; algunos amigos de los griegos habían perecido con las armas en la mano, o habían sido lentamente inmolados en medio de horribles torturas. Este artículo de periódico era poco adecuado como para hacerle apreciar a la señora de Piennes el viaje a Grecia para el que Max se preparaba. Estaba meditando tristemente sobre lo leído cuando le trajeron una nota de éste. La noche anterior, se había aburrido soberanemente en casa de la señora Darsenay e, inquieto por no haber encontrado allí a la señora de Piennes, le escribía para tener noticias suyas y para preguntarle a qué hora iba a ir a casa de Arsenia Guillot. La señora de Piennes no tuvo ánimos para escribir, e hizo que le comunicaran que iría a la hora acostumbrada. Luego, se le ocurrió la idea de ir inmediatamente con el fin de no encontrarse allí con Max; pero, al reflexionar, pensó que era una mentira pueril y vergonzosa, peor que la debilidad de la víspera. Se armó pues de valor, hizo sus oraciones con fervor y, cuando llegó la hora, salió y subió con paso firme a la habitación de Arsenia.

Capítulo III

ENCONTRÓ a la pobre chica en un estado lamentable. Era evidente que su última hora estaba cerca y, desde la víspera, la enfermedad había hecho horribles progresos. Su respiración no era ya sino un ronquido doloroso, y le dijeron a la señora de Piennes que durante la mañana había tenido delirios muchas veces y que el médico no pensaba que pudiera pasar del día siguiente. Arsenia, no obstante, reconoció a su protectora y le agradeció que hubiera venido a verla.

—Ya no se cansará más subiendo mi escalera —dijo con voz apagada.

Cada palabra parecía costarle un gran esfuerzo y desgastar las pocas fuerzas que le quedaban. Era necesario inclinarse sobre su cama para oír lo que decía. La señora de Piennes había tomado su mano, que estaba ya fría y como inanimada.

Max llegó pronto y se aproximó silenciosamente a la cama de la moribunda. Ésta le hizo con la cabeza un ligero gesto, y viendo que él tenía en la mano un libro en un estuche:

—Usted no leerá hoy —murmuró débilmente.

—La señora de Piennes dirigió sus ojos hacia el citado libro: era un mapa de Grecia encuadernado, que había comprado al pasar.

El padre Dubignon, que desde por la mañana se encontraba junto a Arsenia, observando con qué rapidez se agotaban las fuerzas de la enferma, quiso aprovechar, para su salvación, los pocos momentos que le quedaban. Separó a Max y a la señora de Piennes e inclinado sobre ese lecho de dolor, le dirigió a la pobre chica las graves y consoladoras palabras que la religión reserva para momentos semejantes. En un rincón de la habitación, la señora de Piennes rezaba de rodillas, y Max, de pie junto a la ventana, parecía haberse convertido en una estatua.

—¿Perdona usted a todos los que la han ofendido, hija mía? —preguntó el sacerdote con voz emocionada.

—¡Sí!… ¡que sean felices! —contestó la moribunda haciendo un esfuerzo para hacerse oír.

—¡Confíe usted en la misericordia de Dios, hija mía! —dijo el sacerdote. El arrepentimiento abre las puertas del cielo.

Durante algunos minutos más el sacerdote continuó con sus exhortaciones; luego dejó de hablar, inseguro de no tener ante sí sino un cadáver. La señora de Piennes se levantó suavemente, y todos permanecieron unos momentos inmóviles, mirando con ansiedad el rostro lívido de Arsenia. Sus ojos estaban cerrados. Todos retenían la respiración como para no turbar el terrible sueño que tal vez había comenzado ya para ella, y se oía claramente en la habitación el débil tictac de un reloj colocado sobre la mesita de noche.

—¡Se ha muerto, la pobre señorita! —dijo por fin la enfermera, después de haber acercado su tabaquera a los labios de Arsenia; ya lo ven, el cristal no se ha empañado. ¡Está muerta!

—¡Pobre niña! —exclamó Max saliendo del estupor en el que parecía sumergido. ¿Qué felicidad tuvo en este mundo?

—Y, de golpe, y como reanimada por su voz, Arsenia abrió los ojos. «¡He amado!» murmuró con una voz sorda. Removía los dedos y parecía querer tender las manos. Max y la señora de Piennes se habían acercado y cada uno cogió una de sus manos. «¡He amado!», repitió con una triste sonrisa. Ésas fueron sus últimas palabras. Max y la señora de Piennes sujetaron durante un buen rato sus manos heladas, sin osar levantar los ojos.

Capítulo IV

Y bien, señora, me dice que mi historia ha terminado, y que no quiere oír nada más. Habría creído que estaría curiosa por saber si el señor de Salligny hizo o no su viaje a Grecia; si… pero es tarde, ya tiene suficiente. ¡Felizmente! Al menos guárdese los juicios temerarios, protesto que no he dicho nada que pudiera autorizarla a ellos. Sobre todo, ne dude de que mi historia no sea cierta. ¿Lo duda? Vaya al Père-Lachaise; a veinte pasos a la izquierda de la tumba del general Foy, encontrará una lápida de piedra calcárea muy sencilla, rodeada de flores siempre cuidadas. Sobre la lápida, usted podrá leer el nombre de mi protagonista grabado con grandes caracteres: ARSENIA GUILLOT e, inclinándose sobre esta tumba, observará, si la lluvia no la ha borrado ya, una línea escrita en lápiz, con una escritura muy fina: ¡Pobre Arsenia!, *ella ruega por nosotros*

Djoûmane

DJOÛMANE (1868)

El 21 de mayo de 18…, regresamos a Tilimsen. La expedición había sido productiva; traíamos bueyes, carneros, camellos, prisioneros y rehenes. Tras treinta y siete días de campaña o más bien de caza incesante, nuestros caballos estaban escuálidos, extenuados, pero aún tenían los ojos vivos y llenos de fuego. Ni uno solo se había desollado bajo la silla. Nuestros hombres, bronceados por el sol, con el pelo largo, los correajes sucios, las chaquetas rapadas, mostraban esa expresión de indiferencia ante el peligro y ante la miseria que caracteriza al verdadero soldado. Para llevar a cabo la más hermosa descarga ¿qué general no habría preferido a nuestros cazadores antes que a los pimpantes escuadrones vestidos de nuevo?

Desde por la mañana estuve pensando en todos los pequeños placeres que me esperaban. ¡Cómo iba a dormir en mi cama de hierro, después de haber dormido treinta y siete noches sobre un rectángulo de hule! ¡Comería sobre una silla! ¡tendría pan tierno y sal a discreción! Luego me preguntaba si la señorita Concha luciría una flor de granado o de jazmín en el pecho, y si habría mantenido los juramentos que hizo a mi partida; pero, fiel o inconstante, sentía que ella podía contar con el cúmulo de ternura que uno trae del desierto. No había nadie en nuestro escuadrón que no tuviera planes para la velada.

El coronel nos recibió paternalmente e incluso comentó que estaba satisfecho de nosotros; luego cogió aparte a nuestro comandante y, durante cinco minutos, le estuvo hablando de asuntos sólo medianamente agradables, a tenor de lo que podíamos juzgar por la expresión de sus rostros.

Observábamos el movimiento de los bigotes del coronel, que se elevaban a la

altura de las cejas, mientras que los del comandante descendían patéticamente desrizados hasta el pecho. Un joven cazador, al que hice como que no oía, pretendió que la nariz del comandante se alargaba a ojos vista; pero muy pronto fueron las nuestras las que se alargaron, cuando el comandante regresó para ordenarnos:

—¡Que se dé de comer a los caballos y estén todos preparados para salir al atardecer! Los oficiales cenan en casa del coronel a las cinco, uniforme de campaña; montaremos a caballo después del café… ¿Por casualidad, no están ustedes contentos, señores?…

No respondimos y lo saludamos en silencio, enviándolo al diablo, al igual que a nosotros e incluso que al coronel. Teníamos poco tiempo para hacer nuestros pequeños preparativos. Me apresuré a cambiarme, y después de haberme aseado, tuve el pudor de no sentarme en mi butaca por miedo a dormirme en ella.

A las cinco, entraba en casa del coronel. Vivía en una gran casa árabe, cuyo patio encontré lleno de gente, franceses e indígenas, que se congregaban en torno a un grupo de peregrinos o de saltimbanquis que llegaban del Sur.

Un viejo, feo como un mono, medio desnudo bajo un bournous agujereado, de piel del color del chocolate aguado, tatuado por todas partes, con el cabello crespo y tan tupido, que se habría pensado desde lejos que llevaba un gorro de pelo en la cabeza, con barba blanca y erizada, dirigía la representación. Era, según decían, un santón y un gran brujo. Delante de él, una orquesta compuesta de dos flautas y tres tambores hacía un ruido infernal, digno de la obra que iba a representarse. Decía que había recibido de un morabito muy renombrado todo poder sobre los demonios y los animales feroces y, después de un pequeño cumplido dirigido al coronel y al respetable público, procedió a una especie de oración o de encantamiento, subrayado por la música, mientras los actores a sus órdenes, saltaban, danzaban, giraban sobre un pie y se golpeaban el pecho con grandes puñetazos.

Mientras tanto, los tambores y las flautas iban acelerando el ritmo. Cuando la fatiga y el vértigo hicieron perder a esas gentes el poco cerebro que tenían, el jefe brujo sacó de unas cestas colocadas a su alrededor escorpiones y serpientes y, después de demostrar que estaban llenos de vida, los arrojaba a sus danzantes que caían sobre ellos como perros sobre un hueso, y los hacían pedazos a dentelladas. Contemplábamos desde una galería superior el singular espectáculo que nos ofrecía el coronel, para prepararnos, sin duda, a cenar bien. Yo, por mi parte, desviando la mirada de esos granujas que me desagradaban, me entretenía

mirando a una bonita chiquilla de trece o catorce años que se deslizaba entre la gente para acercarse al espectáculo.

Tenía los ojos más bonitos del mundo y sus cabellos caían sobre los hombros en trenzas menudas terminadas por pequeñas monedas de plata, que hacía tintinear removiendo con gracia la cabeza. Estaba vestida con más esmero que la mayoría de las chicas del país: pañuelo de seda y oro en la cabeza, chaqueta de terciopelo bordada, pantalones cortos de raso azul, que dejaban ver sus piernas desnudas adornadas con aros de plata. Sin velo sobre el rostro. ¿Era una judía, una idólatra? o bien ¿pertenecía a esas hordas errantes cuyo origen es desconocido y a quienes no les perturban los prejuicios religiosos?

Mientras yo seguía sus movimientos con no sé qué interés, ella había llegado a la primera fila donde esos endemoniados ejecutaban sus ejercicios. Al querer acercarse más, hizo caer una alta cesta de base estrecha que no habían abierto aún. Casi al mismo tiempo, el brujo y la chiquilla lanzaron un grito terrible, y un gran movimiento se produjo en el círculo, retrocediendo todos con gran pánico.

Una serpiente muy gruesa acababa de escaparse de la cesta y la chica la tenía aplastada con el pie. En un instante, el reptil se había enrollado alrededor de su pierna. Vi correr algunas gotas de sangre bajo el aro que llevaba en el tobillo. Cayó de espaldas, llorando y rechinando los dientes. Una espuma blanca cubrió sus labios, mientras se retorcía en el polvo.

—¡Corra pues, querido doctor! —grité a nuestro cirujano jefe—. Por el amor de Dios, salve a esa pobre chica.

—¡Inocente! —respondió el mayor encogiéndose de hombros—. ¿No ve usted que forma parte del espectáculo? Además, mi oficio es cortar brazos y piernas. Curar a las chicas mordidas por serpientes es asunto de mi colega, el que está allí.

Mientras tanto, el viejo brujo había acudido, y su primer gesto había sido agarrar la serpiente.

—¡Djoûmane! ¡Djoûmane! —le decía con tono de reproche amistoso.

La serpiente se desenroscó, abandonó su presa y se puso a reptar. El brujo estuvo listo para agarrarla por la punta de la cola y, teniéndola al extremo del brazo, dio la vuelta al círculo, mostrando al reptil que se retorcía y silbaba sin poder levantarse. Usted no ignora que una serpiente sujeta por la cola se encuentra muy limitada. No puede levantarse más que un cuarto aproximadamente de su longitud y, por consiguiente, no puede morder la mano que la agarra. Al cabo de un minuto, la serpiente fue devuelta a su cesta, la tapa

fue bien sujeta y el mago se ocupó de la chiquilla, que seguía gritando y pataleando. Le puso sobre la herida una pizca de polvo blanco que sacó del cinturón, luego murmuró al oído de la chica un encantamiento cuyo efecto no se hizo esperar. Las convulsiones cesaron; la chiquilla se limpió la boca, recogió su pañuelo de seda, del que sacudió el polvo, volvió a colocarlo en la cabeza, se levantó, y pronto se le vio salir. Un instante después, subía a nuestra galería para pasar el platillo, y pegamos sobre su frente y sobre sus hombros numerosas monedas de cincuenta céntimos.

La representación terminó e íbamos a cenar. Tenía un excelente apetito y me preparaba a hacerle los honores a una magnífica anguila a la tártara, cuando nuestro doctor, junto al que estaba sentado, me dijo que reconocía la serpiente de hacía un momento. Me fue imposible comer ni un solo bocado. El doctor, después de haberse burlado bastante de mis prejuicios, reclamó mi parte de la anguila y me aseguró que la serpiente tenía un sabor delicioso.

—Esos granujas que acaba de ver —me dijo— se las saben todas. Viven en cavernas como los trogloditas, con sus serpientes; tienen hijas bonitas, y prueba de ello es la pequeña de los pantalones azules. No se sabe qué religión tienen, pero son avispados, y quiero conocer a su jefe.

Durante la cena supimos por qué motivos reanudábamos la campaña. Sidi-Lala, enérgicamente perseguido por el coronel R…, intentaba alcanzar las montañas de Marruecos. Tenía dos rutas para elegir: una al sur de Tilimsen vadeando el Moulaïa, por el único punto donde las escarpaduras no lo hacen inaccesible; la otra por la llanura, al norte de nuestro acantonamiento. Allí, debía encontrar a nuestro coronel y al grueso del regimiento. Nuestro escuadrón era el encargado de detenerlo al pasar el río, si lo intentaba; lo que era poco probable.

Usted sabe que el Moulaïa corre entre dos muros de roca, y no hay más que un solo punto, una especie de brecha bastante estrecha, por donde los caballos pudieran pasar. El lugar me era bien conocido, y no comprendo por qué no se ha levantado allí un fortín. Tan es así, que el coronel tenía todas las posibilidades de encontrar al enemigo, mientras que nosotros haríamos una expedición inútil.

Antes del final de la cena, varios caballeros del Maghzen habían traído despachos del coronel R… El enemigo había tomado posición y parecía querer batirse. Había perdido tiempo. La infantería del coronel R… iba a llegar y lo iba a derrotar.

Pero, ¿por dónde escaparía? No sabíamos nada y había que impedirle el paso por las dos vías. No menciono una última decisión que podía adoptar, que era echarse al desierto; sus rebaños y su familia numerosa morirían allí en poco

tiempo de hambre y de sed. Se convinieron algunas señales para advertirse del movimiento del enemigo. Tres cañonazos lanzados en Tilimsen nos avisarían de que Sidi-Lala aparecía en la llanura, y nosotros llevábamos cohetes para hacer saber que necesitábamos ayuda. Según toda verosimilitud, el enemigo no podía aparecer antes del alba, y nuestras dos columnas le llevaban varias horas de ventaja.

Era ya de noche cuando montamos a caballo. Yo mandaba el pelotón de vanguardia. Me sentía cansado, tenía frío; me puse la capa, alcé el cuello, me calcé los estribos, e iba al trote de mi yegua, oyendo distraído al sargento Wagner, que me contaba la historia de sus amores, desgraciadamente concluidos con la huída de una infiel que se había llevado además de su corazón, un reloj de plata y un par de botas nuevas. Yo conocía ya la historia que ahora me pareció más larga que de costumbre.

La luna surgía cuando nos pusimos en camino. El cielo estaba despejado, pero del suelo subía una bruma blanca, a ras de tierra, que parecía cubierta de cardas de algodón. Sobre ese fondo blanco, la luna proyectaba largas sombras, y todos los objetos adquirían un aspecto fantástico. Unas veces creía ver jinetes árabes de vigilancia; al acercarme, encontraba sólo tamariscos en flor; otras me detenía, creyendo oír los cañonazos de la señal: Wagner me decía que era sólo un caballo que corría.

Llegamos al vado, y el comandante tomó sus decisiones. El lugar era excelente para la defensa, y nuestro escuadrón habría bastado para detener en ese lugar a un gran batallón. Soledad completa al otro lado del río.

Después de una espera bastante larga, oímos el galope de un caballo, y pronto apareció un árabe montado en un magnífico animal que se dirigía hacia nosotros. Por su sombrero de paja coronado con plumas de avestruz, su silla bordada de la que colgaba una djebira adornada con coral y flores de oro, se veía que se trataba de un jefe; nuestro guía nos dijo que era Sidi-Lala en persona. Era un hombre joven apuesto, bien constituido, que manejaba su caballo de maravilla. Lo hacía galopar, arrojaba al aire su largo fusil y lo volvía a coger lanzándonos no sé qué palabras de desafío.

Los tiempos de la caballería ya han pasado, y Wagner pedía un fusil para derribar al morabito, según decía; pero yo me opuse y, para que no se dijera que los franceses se habían negado a combatir en cortinal con un árabe, le pedí al comandante permiso para pasar el vado y calar la bayoneta con Sidi-Lala. Se me dio permiso, e inmediatamente después crucé el río, mientras el jefe enemigo se alejaba al trote para ganar terreno.

Tan pronto como me vio sobre la otra orilla, corrió hacia mí con el fusil al hombro. «¡No se fíe!», me gritó Wagner.

Yo no temo en absoluto los disparos de un jinete y, después de la fantasía que acababa de ejecutar, el fusil de Sidi-Lala no debía encontrarse en condiciones de disparar. En efecto, apretó el gatillo a tres pasos de mí, pero el fusil falló, como yo esperaba. Inmediatamente mi hombre hizo girar su caballo desde la cabeza a la cola tan rápidamente que en lugar de plantarle mi sable en el pecho, no alcancé sino su bournous flotante.

Pero yo le seguía de cerca, llevándolo siempre a mi derecha y conduciéndolo por las buenas o por las malas hacia las escarpaduras que bordean el río. En vano intentó dar rodeos, yo lo cercaba cada vez más. Tras algunos minutos de carrera endiablada, vi de pronto que se caballo se encabritaba, y que él sujetaba las riendas con las dos manos. Sin preguntarme por qué hacía aquel movimiento singular, caí sobre él como una bala, le planté mi sable en mitad de la espalda al mismo tiempo que el casco de mi yegua golpeaba su muslo izquierdo. Hombre y caballo desaparecieron: mi yegua y yo caímos detrás.

Sin habernos percatado, habíamos llegado al borde de un precipicio y nos habíamos lanzado… Mientras que estaba aún en el aire —el pensamiento va muy rápido— me dije que el cuerpo del árabe amortiguaría mi caída. Vi claramente debajo de mí un bournous blanco con una gran mancha roja; allí fue donde caí a cara o cruz. El salto no fue tan terrible como yo lo habría creído, gracias a la altura del agua; me llegaba por encima de las orejas, chapoteé un instante completamente aturdido, y no sé muy bien cómo, me encontré de pie en mitad de grandes juncos, en la orilla del río.

Lo que fue de Sidi-Lala y de los caballos, lo desconozco. Estaba empapado, tiritando, en el barro, entre dos muros de rocas. Di unos pasos, esperando encontrar un lugar donde las escarpaduras fueran menos adustas; pero mientras más avanzaba, más abruptas e inaccesibles me parecían.

De pronto, por encima de mi cabeza, oí pasos de caballos y tañidos de las vainas de sable golpeando sobre los estribos y las espuelas. Evidentemente era nuestro escuadrón. Quise gritar, pero de mi garganta no salió sonido alguno; sin duda, en mi caída, me había roto el pecho. ¡Imagínense mi situación! Oía las voces de nuestra gente, las reconocía, y no podía llamarlos. El viejo Wagner decía: «Si me hubiera dejado hacer a mí, habría vivido para ser coronel». Pronto el ruido disminuyó, se debilitó, y no oí nada más.

Por encima de mi cabeza colgaba una gruesa raíz, y pensaba que si la agarraba podría trepar hasta la orilla. Con un esfuerzo desesperado, me lancé,

y… ¡psss!… la raíz se retuerce y se me escapa con un silbido horrible… Era una enorme serpiente… Volví a caer al agua; la serpiente, deslizándose entre mis piernas, se arrojó al río donde me pareció que dejaba como un reguero de fuego… Un minuto después había recuperado mi sangre fría, pero la luz que temblaba sobre el agua no había desaparecido. Era, como pude comprobar, el reflejo de una antorcha. A unos veinte pasos de mí, una mujer llenaba con una mano un cántaro en el río y con la otra sostenía un palo resinoso que ardía. No se percató de mi presencia. Colocó su cántaro sobre la cabeza y, con la antorcha en la mano, desapareció entre los juncos. La seguí y me encontré a la entrada de una caverna.

La mujer avanzaba tranquilamente y subía una pendiente bastante inclinada, una especie de rampa tallada en la pared de una sala inmensa. A la luz de la antorcha, veía el suelo de la sala, que no sobrepasaba el nivel del río, pero no podía descubrir cuál era su extensión. Sin saber lo que hacía, me lancé por la rampa, detrás de la mujer que llevaba la antorcha y la seguí a distancia. De vez en cuando, su luz desaparecía detrás de alguna anfractuosidad de las rocas, pero pronto la volvía a encontrar.

Creí ver además la abertura oscura de grandes galerías que se comunicaban con la sala principal. Se habría dicho que era una ciudad subterránea con calles y encrucijadas. Me detuve considerando que era peligroso aventurarme solo por aquel inmenso laberinto.

De pronto, una de las galerías por debajo de mí se iluminó con una claridad intensa. Vi un gran número de antorchas que parecían salir de los flancos de la roca para formar como una gran procesión. Al mismo tiempo, se elevaba un canto monótono que recordaba el soniquete de los árabes cuando recitan sus oraciones.

Pronto distinguí una gran multitud que avanzaba lentamente. En cabeza marchaba un hombre negro, casi desnudo, con la cabeza cubierta por una enorme masa de cabellos erizados. Su barba blanca cayendo sobre el pecho destacaba sobre el color oscuro del mismo, grabado de tatuajes azulados. Reconocí entonces al brujo de la víspera, y muy poco después, encontré cerca de él a la chica que había representado el papel de Eurídice, con sus bellos ojos, sus pantalones de seda y su pañuelo bordado en la cabeza. Mujeres, niños, hombres de todas las edades les seguían, todos con antorchas, todos con extraños trajes de vivos colores, túnicas que se arrastraban, gorros altos, algunos de metal, que reflejaban por todas partes la luz de las antorchas.

El viejo brujo se detuvo justo debajo de mí, y toda la procesión con él. Se

hizo un gran silencio. Estaba a unos veinte pies por encima de él, protegido por gruesas piedras detrás de las cuales esperaba verlo todo sin ser visto. A los pies del anciano, vi una gran baldosa más o menos redonda, que tenía en el centro una argolla de hierro.

Pronunció algunas palabras en una lengua desconocida para mí que, creo estar seguro de ello, no era ni el árabe ni el kabila. Una cuerda con poleas, suspendida no sé dónde, cayó a sus pies; algunos de los asistantes la ataron a la argolla y, tras una señal, mientras veinte brazos vigorosos unían sus fuerzas, la piedra, que parecía muy pesada, se levantó y fue colocada a un lado. Vi entonces como la boca de un pozo, en el que el agua estaba a menos de un metro del borde. El agua, he dicho, pero no sé qué horrible líquido era, recubierto de una película irisada, interrumpida y rota en algunos lugares, que dejaba ver un fango negro y horroroso.

De pie, cerca de la boca del pozo, el brujo tenía la mano izquierda sobre la cabeza de la chica, y con la derecha hacía unos gestos extraños mientras pronunciaba una especie de encantamiento en medio del recogimiento general.

De vez en cuando, levantaba la voz como si llamara a alguien: «¡Djoûmane! ¡Djoûmane!» gritaba; pero no venía nadie. Mientras, removía los ojos, rechinaba los dientes y dejaba oír unos gritos roncos que no parecían salir de un pecho humano. Las mojigangas de aquel viejo sinvergüenza me irritaban y me llenaban de indignación; estaba tentado de lanzarle a la cabeza una de las piedras que tenía a mano. Por trigésima vez, quizá, acababa de gritar el nombre de Djoûmane, cuando vi temblar la película irisada del pozo, a esta señal todo el gentío se echó hacia atrás; sólo el anciano y la chica permanecieron al borde del agujero.

De repente un gran borbotón de fango azulado se levantó del pozo, y de ese fango salió la cabeza enorme de una serpiente, de color gris pálido, con ojos fosforescentes… Involuntariamente, di un salto hacia atrás; oí un pequeño grito y el ruido de un cuerpo pesado que caía al agua… Cuando volví a mirar hacia abajo, una décima de segundo después, tal vez, vi sólo al viejo en el borde del pozo, cuya agua borboteaba aún. En mitad de los fragmentos de la película irisaba flotaba el pañuelo que cubría los cabellos de la chica…

Ya estaba la piedra en movimiento y volvía a caer sobre la boca del horrible báratro. Entonces, todas las antorchas se apagaron a la vez, y yo permanecí en tinieblas en un silencio tan profundo que oía nítidamente los latidos de mi corazón… Cuando me repuse un poco de aquella horrible escena, quise salir de la caverna jurando que, si lograba unirme a mis compañeros, volvería para

exterminar a los abominables ocupantes de aquel lugar, hombres y serpientes.

Debía encontrar mi camino; había dado, según creía, un centenar de pasos en el interior de la caverna, teniendo el muro de roca a mi derecha. Di media vuelta, pero no vi ninguna luz que me indicara la salida del subterráneo; no se extendía en línea recta, y además, yo había subido desde el borde del río; con la mano izquierda palpaba la roca, con la derecha sostenía mi sable y sondeaba el terreno, avanzando lentamente y con precaución. Durante un cuarto de hora, veinte minutos…, media hora quizá, anduve sin encontrar la salida.

La inquietud se adueñó de mí. ¿Me habría metido, sin darme cuenta, por alguna galería lateral, en lugar de volver por el camino que había seguido antes?… Continuaba avanzando, palpando la roca, cuando en lugar del frío de la piedra, sentí un tapiz que, al ceder bajo mi mano, dejó escapar un rayo de luz. Redoblando la precaución, separé sin ruido el tapiz y me encontré en un pequeño pasillo que daba a una habitación muy iluminada cuya puerta estaba abierta. Vi que esta habitación estaba tapizada con un tejido de flores de seda y oro. Vi una alfombra de Turquía, en el extremo de un diván de terciopelo. Sobre la alfombra había un narguile de plata y pebeteros. En resumen, un apartamento suntuosamente amueblado al estilo árabe.

Me acerqué sigilosamente hasta la puerta. Una joven estaba acurrucada sobre el diván, cerca del cual estaba situada una mesita baja de marquetería, que sostenía una gran bandeja de plata sobredorada cargada de tazas, frascos y ramos de flores.

Al entrar en aquel gabinete subterráneo, uno se sentía embriagado por no sé qué perfume delicioso. Todo respiraba voluptuosidad en aquel retiro; por todas partes veía brillar oro, ricos tejidos, flores exóticas y colores variados. En un primer momento, la joven no me vio; tenía inclinada la cabeza y con aire pensativo, deslizaba entre sus dedos los granos de ámbar amarillo de un largo rosario. Era una auténtica belleza. Sus rasgos se parecían a los de la desventurada chica que acababa de ver, pero más formados, más regulares, más voluptuosos. Negra como el ala de un cuervo, su cabellera, larga como el manto de un rey, se extendía sobre sus hombros, sobre el diván y hasta sobre la alfombra que se encontraba a sus pies. Una camisa de seda transparente, a grandes rayas, dejaba adivinar unos brazos y un pecho admirables. Una chaqueta guarnecida con sutás de oro ceñía su cintura, y de sus pantalones cortos de razo azul salía un pie maravillosamente pequeño, del que colgaba una babucha dorada que ella hacía danzar con un movimiento caprichoso y lleno de gracia.

Mis botas crujieron, ella levantó la cabeza y me vio. Sin molestarse, sin

mostrar la menor sorpresa al ver entrar en su casa a un extraño con un sable en la mano, aplaudió con alegría y me hizo una seña para que me acercara. La saludé llevándome la mano al corazón y a la cabeza, para demostrarle que conocía la etiqueta musulmana. Ella me sonrió, y con las dos manos separó los cabellos que cubrían el diván; era decirme que me sentara a su lado. Creí que todos los perfumes de Arabia salían de aquellos hermosos cabellos.

Con aire modesto, me senté en el extremo del diván prometiéndome que me acercaría poco después. Ella cogió una taza de la bandeja y, sujetándola por el platito en filigrana, vertió en ella una crema de café, y después de haberla rozado con sus labios, me la ofreció:

—¡Ah! ¡Roumi, Roumi!… —dijo.

—¿No matamos el gusanillo, mi teniente?

Al escuchar esas palabras, abrí los ojos como dos portones. Esta joven tenía bigotes enormes, era el verdadero retrato del sargento Wagner… Efectivamente, Wagner estaba de mi ante mí y me ofrecía una taza de café, mientras que, acostado sobre el cuello de mi caballo, yo lo contemplaba absolutamente alucinado.

—Parece que nos hemos dormido pese a todo, mi teniente. Estamos en el vado y el café está hirviendo.

El doble error

LA DOUble Méprise (1833)

Zagala, más que las flores
Blanca, rubia y ojos verdes,
Si piensas seguir amores
Piérdete bien, pues te pierdes.

Capítulo I

JULIA de Chaverny estaba casada desde hacía unos seis años, y desde alrededor de los cinco y medio había reconocido no sólo la imposibilidad de amar a su marido, sino incluso la dificultad de sentir por él alguna estima. Ese marido no era en absoluto un mal hombre, no era ni bruto ni tonto. Aunque tal vez hubiera en él algo de todo eso. Consultando sus recuerdos, había podido recordar que en otros tiempos lo había encontrado amable; pero ahora le fastidiaba. Todo en él le parecía repulsivo. Su forma de comer, de tomar el café, de hablar, le producía crispaciones nerviosas. Sólo se veían y se hablaban cuando estaban a la mesa; pero comían juntos muchas veces por semana y eso bastaba para mantener viva la repulsión de Julia.

Por lo que respecta a Chaverny, era un hombre bastante guapo, tal vez algo grueso para su edad, de tez lozana, sanguíneo, que, por temperamento, no sufría esas inquietudes vagas que, con frecuencia, atormentan a las personas imaginativas. Creía piadosamente que su mujer sentía por él una dulce amistad (era demasiado filósofo como para creerse amado como el primer día de matrimonio), y esta persuasión no le producía ni placer ni alegría; se habría acomodado a lo contrario igualmente. Había servido durante muchos años en un regimiento de caballería; pero cuando recibió una cuantiosa herencia, se aburrió de la vida de guarnición, presentó su dimisión y se casó. Explicar el matrimonio de dos personas que no tenían ni una sola idea en común puede parecer algo difícil. Por una parte, abuelos y oficiosos que, como Frosina, serían capaces de casar a la república de Venecia con el Gran Turco, se habían tomado muchas molestias para arreglar los asuntos de interés. Por otra parte, Chaverny pertenecía a una buena familia; no estaba aún tan gordo; era alegre y era, en toda

la extensión de la palabra, lo que se dice un buen chico. Julia lo veía venir a casa de su madre con agrado, porque le hacía reír contándole historias de su regimiento con una comicidad que no era siempre de buen gusto. Lo encontraba amable porque bailaba con ella en todos los bailes y porque no le faltaban nunca buenas razones para lograr de la madre de Julia permiso para volver tarde, ir al teatro o al bosque de Boulogne. Además, Julia lo creía un héroe porque se había batido en duelo honorablemente dos o tres veces. Pero lo que hizo triunfar definitivamente a Chaverny, fue la descripción de cierto coche que iba a mandar construir de acuerdo con unos planos que él mismo había diseñado, y en el que él mismo llevaría a Julia tan pronto como ella aceptara concederle su mano.

Al cabo de unos cuantos meses de matrimonio, todas las buenas cualidades de Chaverny habían perdido gran parte de su mérito. Por supuesto, ya no bailaba nunca con su esposa. Ahora decía que los bailes se prolongaban hasta demasiado tarde. Bostezaba en el teatro y le parecía algo insoportable tener que vestirse por la noche. Su principal defecto era la pereza; si se hubiera decidido a agradar, tal vez lo habría logrado; pero el esfuerzo le parecía un suplicio: tenía eso en común con todas las personas obesas. Las fiestas de sociedad le aburrían porque en ellas sólo se es bien recibido en proporción a los esfuerzos que uno realiza para agradar. La alegría vulgar le parecía preferible a todas las diversiones exquisitas; pues, para distinguirse entre las personas de un gusto similar al suyo, sólo tenía que molestarse en gritar más que los demás, lo cual no le resultaba difícil con unos pulmones tan vigorosos como los suyos. Además, se jactaba de beber más vino de Champagne que un hombre normal, y hacía saltar a su caballo una barrera de cuatro pies. Por consiguiente, gozaba de una reputación legítimamente adquirida entre esos seres difíciles de definir que se llaman jóvenes, que pululan por nuestros bulevares hacia las cinco de la tarde. Partidas de caza, salidas al campo, carreras, comidas de solteros, cenas de solteros, eran buscadas por él con la mayor diligencia. Veinte veces al día decía que era el hombre más feliz del mundo, y cada vez que Julia lo escuchaba, levantaba los ojos al cielo, y su boquita adoptaba una indecible expresión de desdén.

Bella, joven, y casada con un hombre que le desagradaba, se supone que debía estar rodeada de homenajes muy interesantes. Pero, además de la protección de su madre, que era una mujer muy prudente, su orgullo, su único defecto, la había defendido hasta entonces de las seducciones mundanas. Además, la decepción que había seguido a su boda, al darle una especie de experiencia, la había hecho difícil de entusiasmar. Estaba orgullosa de ver que la sociedad la compadecía y la mencionaba como ejemplo de resignación. Después

de todo, se encontraba casi feliz, pues no amaba a nadie y su marido la dejaba completamente libre de sus actos. Su coquetería (y, hay que decirlo, le gustaba un poco demostrar que su marido ignoraba el tesoro que tenía), su coquetería, completamente instintiva como la de un niño, se aliaba bien con una cierta reserva desdeñosa que no era gazmoñería. Por fin, sabía ser amable con todo el mundo, pero con todo el mundo por igual. La maledicencia no podía encontrar el más mínimo reproche que hacerle.

Capítulo II

LA pareja había cenado en casa de la señora de Lussan, la madre de Julia, que iba a marcharse a Niza. Chaverny, que se aburría soberanamente en casa de su suegra, se había visto obligado a pasar allí la velada, pese a sus deseos de ir a reunirse con sus amigos en el bulevar. Después de la cena, se había instalado en un cómodo sofá, donde había pasado dos horas sin hablar. La razón era bien sencilla: estaba dormido, decentemente dicho sea de paso, sentado con la cabeza inclinada hacia un lado y como si escuchara atentamente la conversación; de vez en cuando se despertaba y decía alguna palabra.

Después, hubo que sentarse ante la mesa de whist, juego que él detestaba porque requería aplicación. Todo se prolongó hasta bien tarde. Las once y media acababan de sonar. Chaverny no tenía compromiso para aquella noche y no sabía, en absoluto, qué hacer. Mientras se encontraba en esta perplejidad, anunciaron que su coche estaba listo. Si regresaba a su casa, debería llevar a su esposa. La perspectiva de permanecer a solas con ella durante veinte minutos le asustaba; pero no tenía cigarros en el bolsillo, y se moría de ganas por empezar una caja que había recibido del Havre justo en el momento en que salía de casa para ir a cenar. Tuvo que resignarse.

Cuando cubría a su esposa con su chal, no pudo reprimir una sonrisa al verse reflejado en un espejo haciendo las funciones de un marido recién casado. Contempló también a su esposa que hasta entonces apenas había mirado. Esa noche le pareció más bonita que de costumbre, por lo que se detuvo algunos minutos ajustándole bien el chal sobre los hombros. Julia estaba tan contrariada como él ante la perspectiva de conversación conyugal que se preparaba. Su boca dibujaba una pequeña mueca de enfado, y sus cejas arqueadas se acercaban

involuntariamente. Todo ello daba a su fisonomía una expresión tan agradable, que ni siquiera un marido podía permanecer insensible a la misma. Sus ojos se encontraron en el espejo durante la operación de la que acabo de hablar. El uno y la otra se sintieron incómodos. Para salir de la situación, Chaverny besó sonriendo la mano de su esposa que ella había levantado para arreglar su chal. «¡Cómo se aman!» dijo por lo bajo la señora de Lussan, que no se percató ni del frío desdén de la mujer ni del aire despreocupado del marido.

Sentados en su coche, tocándose casi, permanecieron en un primer momento sin hablar. Chaverny comprendía que era conveniente decir algo, pero no se le ocurría nada. Julia, por su parte, observaba un silencio desesperante. Él bostezó tres o cuatro veces, hasta el punto de que él mismo sintió vergüenza y la última vez se sintió obligado a pedir perdón a su esposa. «La velada ha sido larga», añadió para disculparse.

Julia sólo vio en esta frase intención de criticar las veladas de su madre y de decirle algo desagradable. Pero, como desde hacía tiempo había adoptado la costumbre de evitar cualquier explicación con su marido, continuó en silencio.

Chaverny que, a su pesar, se sentía esta noche con ganas de hablar, prosiguió al cabo de dos minutos: «He cenado muy bien hoy; pero he de decirle que el champán de su madre es demasiado dulce.

—¿Cómo? —preguntó Julia girando hacia él la cabeza con despreocupación y fingiendo no haber oído nada.

—Decía que el champán de su madre es demasiado dulce. Se me ha olvidado decírselo. Es sorpendente, pero la gente piensa que es fácil elegir un buen champán. ¡Y bien!, no hay nada más difícil. Hay veinte variedades de champán que son malas y no hay nada más que una que sea buena.

—¡Ah! Y Julia, después de haber concedido esta interjección a la cortesía, volvió la cabeza y miró por la ventanilla de su lado. Chaverny se echó hacia atrás, y colocó los pies sobre el cojín delantero de la calesa, algo mortificado porque su mujer se mostrara tan insensible a los esfuerzos que él hacía para entablar conversación.

No obstante, después de bostezar dos o tres veces más, continuó diciendo al tiempo que se acercaba a Julia: «Lleva un vestido que le sienta de maravilla, Julia. ¿Dónde lo ha comprado?

—Sin duda quiere comprarle uno semejante a su amante, —pensó Julia—. En casa de Burty —respondió sonriendo ligeramente.

—¿Por qué se ríe? —preguntó Chaverny, quitanto los pies del cojín y

acercándose aún más. Al mismo tiempo cogió una manga del vestido y se puso a tocarla como Tartufo.

—Me da risa —dijo Julia— de que su fije en mi ropa. Tenga cuidado, me está arrugando las mangas. Y retiró su manga de las manos de Chaverny.

—Le aseguro que presto mucha atención a su ropa y que admiro mucho su buen gusto. No; de verdad, el otro día hablaba de ello… a una mujer que se viste siempre mal… aunque gasta mucho en ropa… Arruinaría… Yo le decía… Le mencionaba… Julia se divertía al ver su confusión y no hacía nada por ayudarle a terminar, interrumpiéndolo.

—Sus caballos son muy malos. ¡No andan! Tendré que cambiárselos —dijo Chaverny completamente desconcertado.

Durante el resto del trayecto, la conversación no logró mayor vivacidad; tanto por parte del uno como de la otra, no fueron más allá de la réplica. La pareja llegó por fin a la calle ***, y se separaron deseándose buenas noches.

Julia empezaba a desvestirse, y su doncella acababa de salir, no sé con qué motivo, cuando la puerta del dormitorio se abrió bruscamente y entró Chaverny. Julia se cubrió los hombros precipitadamente. «Perdón, —dijo—; quería el último volumen de Scott para leer antes de dormir… ¿No es Quintin Durward?

—Debe estar en su habitación —respondió Julia—; aquí no hay libros.

Chaverny contemplaba a su mujer en ese semidesorden que tanto favorece a la belleza. La encontraba excitante, para utilizar una de esas expresiones que detesto. «¡Verdaderamente, es una mujer muy bella!», pensaba. Y permanecía inmóvil ante ella, sin decir palabra, con la palmatoria en la mano. Julia, también de pie, frente a él, arrugaba su gorro y parecía esperar con impaciencia que él la dejara sola.

—¡Está encantadora esta noche, que el diablo me lleve! —exclamó al fin Chaverny avanzando un paso y depositando la palmatoria—. ¡Cómo me gustan las mujeres despeinadas! —Y mientras hablaba cogió con una mano las largas trenzas que cubrían los hombros de Julia y le pasó, con ternura, un brazo alrededor del talle.

—¡Ah! ¡Dios santo! ¡huele a tabaco que da miedo! —exclamó Julia dándose la vuelta—. Deje mi cabello, va a impregnarlo de ese olor y después no podré deshacerme de él.

—¡Bah! dice eso al azar y porque sabe que fumo algunas veces. No se haga la difícil, mujercita mía. —Y no pudo librarse de sus brazos lo suficientemente rápido como para evitar el beso que él le dió en un hombro.

Afortunadamente para Julia, su doncella regresó; pues no hay nada más odioso para una mujer que las caricias que es casi tan ridículo rechazar como aceptar.

—María —dijo la señora de Chaverny— el corpiño de mi vestido azul está demasiadado largo. Hoy he visto a la señora de Bégy, que tiene un gusto exquisito; su corpiño es, sin duda, dos dedos más corto. Tenga, haga un doblado con alfileres ahora mismo para ver cómo queda.

En ese momento se estableció entre la doncella y la señora un diálogo de los más interesantes sobre las dimensiones exactas que debe tener un corpiño. Julia sabía que no había nada que Chaverny odiara más que oír hablar de moda y que, al hacerlo, iba a obligarlo a huir. Efectivamente, después de cinco minutos de idas y venidas, viendo que Julia estaba muy ocupada con su corpiño, Chaverny bostezó de forma ostentosa, cogió su palmatoria y salió, esta vez para no regresar.

Capítulo III

EL comandante Perrin se hallaba sentado ante una pequeña mesa y leía con atención. Su levita perfectamente cepillada, su gorra de policía, y sobre todo, la inflexible rigidez de su pecho, delataban a un viejo militar. Todo es su habitación estaba limpio, aunque era sumamente sencillo. Un tintero y dos plumas afiladas se encontraban sobre la mesa, junto a un bloc de papel de cartas del que no había utilizado ni una hoja desde hacía por lo menos un año. Si el comandante Perrín no escribía, en cambio leía mucho. En ese momento estaba leyendo las Cartas persas mientras fumaba su pipa de magnesita, y esas dos ocupaciones cautivaban de tal modo su atención, que en un primer momento no se percató de que el comandante de Châteaufort acababa de entrar en su habitación. Era un oficial joven de su regimiento, de figura encantadora, muy amable, algo fatuo, muy protegido por el ministro de la Guerra; en una palabra, lo opuesto al comandante Perrin en casi todos los aspectos. Sin embargo, y no sé muy bien por qué, eran amigos y se veían todos los días.

Châteaufort le dio en el hombro al comandante Perrin. Éste volvió la cabeza sin soltar la pipa. Su primera expresión fue de alegría al ver a su amigo; la segunda de disgusto, el pobre hombre, porque iba abandonar su lectura; la tercera indicaba que había tomado una decisión e iba a tratar de comportarse como buen anfitrión. Rebuscaba en su bolsillo para encontrar la llave del armario donde estaba guardada una valiosa caja de cigarros que no se fumaba y que ofrecía, uno a uno, a su amigo; pero Châteaufort, que le había visto mil veces hacer ese mismo gesto, exclamó: «¡Quédese tranquilo, pues, papá Perrin, guarde sus cigarros; tengo otros!». Luego, sacando de un elegante estuche de paja de México un cigarro color canela, bien afilado por los dos extremos, lo

encendió y se echó sobre un pequeño canapé, que el comandante no utilizaba jamás, con la cabeza sobre un cojín y los pies sobre el respaldo opuesto. Châteaufort comenzó por envolverse en una nube de humo, mientras que, con los ojos cerrados, parecía meditar profundamente acerca de lo que tenía que decir. Su rostro irradiaba alegría y parecía encerrar con esfuerzo en su pecho el secreto de una felicidad que ardía de ganas por dejar adivinar. El comandante Perrin, que había situado su silla frente al canapé, fumó un rato sin decir nada; luego, como Châteaufort no se daba prisa en hablar, le dijo: «¿Cómo está Ourika?»

Se tratata de una yegua negra que Châteaufort había fatigado en exceso y corría el riesgo de enfermar de huélfago. «Muy bien —dijo Châteaufort, que no había escuchado la pregunta. — ¡Perrin! —exclamó acercando la pierna que descansaba sobre el respaldo del canapé—, ¿sabe que es usted afortunado al tenerme como amigo?…»

El viejo comandante buscaba dentro de sí qué ventajas le había proporcionado la amistad de Châteaufort, y sólo encontró el regalo de algunos libros de Kanaster y algunos días de arresto que había padecido por haberse mezclado en un duelo en el que Châteaufort había sido el protagonista principal. Su amigo le daba, es cierto, unmerosas muestras de confianza. Era a él a quien Châteaufort se dirigía siempre para que lo sustituyera cuando estaba de servicio o cuando necesitaba un segundo.

Châteaufort no le dejó proseguir sus investigaciones durante mucho tiempo y le tendió una esquela escrita en un papel inglés satinado, con una bonita grafía muy adornada. El comandante Perrin hizo una mueca que, en él, equivalía a una sonrisa. Había visto frecuentemente esas cartas satinadas y cubiertas de letras adornadas, dirigidas a su amigo.

—Tenga —le dijo éste— lea. A mí me debe esto. Perrin leyó lo siguiente:

«Sería muy amable, querido señor, si aceptara venir a cenar con nosotros. El señor de Chaverny habría ido a rogárselo de no haberse visto obligado a asistir a una partida de caza. No conozco la dirección del señor comandante Perrin, y no puedo escribirle pidiéndole que lo acompañe. Usted me ha provocado ganas de conocerlo, y me sentiría doblemente agradecida si lo trajera». JULIA DE CHAVERNY

P.S. — Tengo que agradecerle mucho la música que se ha tomado la molestia de copiar para mí. Es encantadora, y hay que admirar su buen gusto. Ya no viene a visitarnos los jueves; sin embargo, sabe muy bien el placer que nos produce verlo.»

—Una bonita escritura, pero demasiado fina, —dijo Perrin concluyendo—. Pero ¡diablos! su cena me parte en dos, pues será necesario ponerse medias de seda y no se podrá fumar después de la cena.

—¡Vaya una desgracia, verdaderamente! ¡preferir una pipa antes que la mujer más bella de París…! Lo que me admira es su ingratitud. No me da las gracias por la felicidad que me debe.

—¿Darle las gracias? Pero si no es a usted a quien debo esa cena… si es que se la debo a alguien.

—¿A quién entonces?

—A Chaverny, que fue capitán con nosotros. Le habrá dicho a su mujer: «Invita a Perrin, es un buen tipo». ¿Cómo quiere que una mujer hermosa, que no he visto más que una vez, piense en invitar a un militarote como yo?

Châteaufort sonrió mirándose en el estrecho espejo que decoraba la habitación del comandante.

—No está usted muy perspicaz hoy, papá Perrin. Reléame esa carta y tal vez encuentre en ella algo que no ha visto aún.

El comandante volvió una y otra vez la esquela, pero no vio nada.

—¡Cómo, viejo dragón! —exclamó Châteaufort—, no ve que lo invita para complacerme, sólo para demostrarme que aprecia a mis amigos… que quiere darme una prueba… de…?

—¿De qué? —interrumpió Perrin.

—De… usted sabe bien de qué.

—¿De que lo quiere? —preguntó el comandante con tono de duda.

Châteaufort silbó sin responder.

—¿Está pues enamorada de usted?

Châteaufort seguía silbando.

—¿Se lo ha dicho?

—Pero… eso se ve… en mi opinión.

—¿Cómo?… ¿en esta carta?

—Por supuesto.

Entonces fue Perrin quien se puso a silbar. Su silbido fue tan significativo como el famoso Lillibulero de mi tío Toby.

—¡Cómo! —exclamó Châteaufort arrebatando la carta de las manos de Perrin—, ¿no ve todo lo que hay de… tierno… sí, de tierno, aquí dentro? ¿Qué tiene usted que decir a esto?: Querido señor. Observe bien que en otra misiva me

decía: Señor, nada más. Me sentiría doblemente agradecida, esto es positivo. Y mire, hay una palabra borrada después, es mil; quería poner mil muestras de amistad, pero no se ha atrevido; mil saludos no es suficiente… Por eso no ha terminado su misiva… ¡Oh, amigo mío! cree usted por casualidad que una mujer de buena familia como la señora de Chaverny iba a lanzarse a los brazos de un servidor como lo haría una modistilla?… Yo le aseguro que su carta es encantadora y que hay que estar ciego para no ver en ella pasión… Y los reproches del final porque he faltado un solo jueves, ¿qué me dice de eso?

—¡Pobre mujercita! —exclamó Perrin—, no te enamores de éste, ¡te arrepentirás muy pronto!

Châteaufort no prestó atención a la prosopopeya de su amigo, pero adoptando un tono de voz bajo e insinuante dijo: «Sabe, querido amigo, que podría hacerme un gran favor?

—¿Cómo?

—Necesito que me ayude en este asunto. Sé que su marido se porta mal con ella, es un animal que la hace infeliz… usted lo conoce, Perrin; dígale a su mujer que es un bruto, un hombre de pésima reputación…

—¡Oh!…

—Un libertino… ya sabe. Cuando estaba en el regimiento tenía amantes; y ¡qué amantes! Dígale todo eso a su esposa.

—¡Oh! ¿cómo decirle eso? Entre padres y hermanos…

—¡Dios santo! ¡hay formas de decirlo!… Sobre todo háblele bien de mí.

—Eso es más fácil. Sin embargo…

—No tal fácil, escuche; pues, si le dejara hacer, usted haría tal elogio de mí que no arreglaría mis asuntos… Dígale de desde hace algún tiempo observa que estoy triste, que no hablo, que no como…

—¡Sí, hombre! —exclamó Perrin con una intensa risa que obligaba a su pipa a realizar los movimientos más ridículos—, no podré nunca decir eso ante la señora de Chaverny. Anoche mismo, hubo que sacarlo casi a la fuerza después de la cena que los compañeros nos ofrecieron.

—¡Vale! pero es inútil contarle eso. Es bueno que sepa que estoy enamorado de ella, y los fabricantes de novelas han persuadido a las mujeres de que un hombre que come y bebe no puede estar enamorado.

—Por lo que a mí respecta, no conozco nada que me haga perder el apetito o la sed.

—Bueno pues, mi querido Perrin, —dijo Châteaufort colocándose el

sombrero y ordenando los rizos de su cabello— estamos de acuerdo; el jueves próximo vengo a recogerlo; ¡con zapatos y medias de seda, es el atuendo de gala! Sobre todo no olvide decir horrores de su marido y muchas cosas buenas de mí.

Salió agitando su fino bastón con mucha gracia, dejando al comandante Perrin muy preocupado por la invitación que acababa de recibir y más perplejo aún al pensar en las medias de seda y en el atuendo de gala.

Capítulo IV

DADO que numerosas personas invitadas por la señora de Chaverny habían excusado su asistencia, la cena resultó algo triste. Châteaufort se encontraba al lado de Julia, muy afanado en servirla, como un hombre galante y amable. Por lo que respecta a Chaverny, que había dado un largo paseo a caballo por la mañana, tenía un apetito voraz, por lo que comía y bebía de tal manera que le abría el apetito al más enfermo. El comandante Perrin le hacía compañía, sirviéndole de beber con frecuencia y riendo hasta romper los vasos cada vez que la burda alegría de su anfitrión le proporcionaba ocasión. Chaverny, al encontrarse entre militares, había retomado de inmediato su buen humor y sus maneras del regimiento; además, nunca había sido muy exquisito a la hora de elegir sus bromas. Su mujer adoptaba una expresión fríamente desdeñosa a cada una de sus salidas incongruentes; entonces se giraba hacia Châteaufort, y comenzaba con él un aparte, para no verse obligada a escuchar una conversación que le disgustaba sobremanera.

He aquí una muestra de la urbanidad de ese modelo de esposo. Hacia el final de la cena, la conversación había recaído sobre la Ópera, y se discutía acerca del mérito relativo de numerosas bailarinas, y entre otras se elogiaba mucho a la Srta***. Con lo que, Châteaufort exageró lo que los demás habían dicho, alabando sobre todo su gracia, su planta y su aspecto decente.

Perrin, que Châteaufort había llevado a la Ópera unos días antes y que, al no haber ido sino en esa ocasión, se acordaba muy bien de la Srta***, dijo:

—¿Es esa pequeña vestida de rosa, que salta como un cabritillo?…, ¿que tiene unas piernas de las que tanto hablaba usted, Châteaufort?

—¡Ah! ¡usted hablaba de sus piernas! —exclamó Chaverny—; pero ¿sabe

que si habla usted demasiado se enemistará con su general, el duque de J***? ¡Tenga cuidado, amigo mío!.

—No lo creo tan celoso que impida que se las mire a través de unos anteojos.

—Al contrario, pues está tan orgullloso de ellas como si las hubiera descubierto. ¿Qué piensa de ellas, comandante Perrin?

—Yo sólo entiendo de piernas de caballo, —respondió el viejo soldado.

—Son verdaderamente admirables —prosiguió Chaverny— y no hay otras más bellas en París salvo las de… Se detuvo y se puso a atusarse el bigote con expresión burlona mirando a su mujer, que se ruborizó de inmediato hasta los hombros.

—¿Excepto las de la Srta D***? —interrumpió Châteaufort nombrando a otra bailarina.

—No, —contestó Chaverny con el tono trágico de Hamlet, pero mira a mi esposa.

Julia se puso púrpura de indignación. Lanzó a su marido una mirada rápida como un relámpago, en la que se dibujaba el desprecio y el furor. Luego, esforzándose por reprimirse, se volvió bruscamente hacia Châteaufort. «Tenemos que, —dijo con voz ligeramente temblorosa—, tenemos que estudiarnos el duo de Maometto. Debe quedar perfecto en su voz»

Chaverny no se desarmaba fácilmente. «Châteaufort, prosiguió, ¿sabe usted que en otros tiempos quise moldear las piernas de las que hablo? pero no quisieron permitirlo nunca.»

Châteaufort, que experimentaba una intensa alegría por esta impertinente revelación, no pareció haber oído, y habló de Maometto con la señora de Chaverny.

—La persona a la que me refiero —continuó el implacable marido— se escandaliza normalmente cuando se le hace justicia sobre este asunto, pero en el fondo no se enfada. ¿Sabe que hace que le tome medida su vendedor de medias?… — No se enfade, esposa mía… quiero decir su… vendedora. Y, cuando viajé a Bruselas, llevaba tres páginas escritas de su puño y letra conteniendo las instrucciones más detalladas para comprar medias.

Pero de nada le servía hablar pues Julia estaba decidida a no escuchar absolutamente nada. Charlaba con Châteaufort, le hablaba con una alegría forzada y su graciosa sonrisa intentaba persuadirlo de que no escuchaba a nadie sino a él. Châteaufort, por su parte, parecía concentrado en su Maometto, pero no perdía detalle de las impertinencias de Chaverny.

Después de la cena, escucharon música, la señora de Chaverny cantó al piano junto a Châteaufort. Chaverny desapareció en el momento mismo en que abrieron el piano. Llegaron numerosas visitas, que no impidieron a Châteaufort hablar frecuentemente en voz baja a Julia. Al salir, le dijo a Perrin que no había perdido la velada y que sus asuntos prosperaban.

Perrin consideraba normal que un marido hablara de las piernas de su esposa, por lo que, cuando estuvo a solas con Châteaufort en la calle, le dijo con un tono de voz conmovido: «¡Cómo tiene corazón para perturbar tan buena pareja! ¡él ama tanto a su mujercita!»

Capítulo V

DESDE hacía un mes Chaverny se encontraba muy preocupado por la idea de llegar a ser gentilhombre de la cámara.

Tal vez se sorprendan de que un hombre obeso, perezoso, comodón, fuera accesible a un pensamiento de ambición; pero no carecía de buenas razones para justificar la suya. «En primer lugar, —decía a sus amigos— gasto demasiado dinero en palcos que luego cedo a mujeres. Cuando tenga un puesto en la corte, tendré, sin que me cueste un céntimo, todos los palcos que quiera. Y ya se sabe todo lo que se obtiene con los palcos. Además, me gusta mucho cazar: podré participar en las cacerías reales. Y, por último, ahora que no tengo uniforme, no sé cómo vestirme para ir a los bailes ofrecidos por la Señora; no me gusta el traje de marqués; un traje de gentilhombre de la cámara me sentaría muy bien.» En consecuencia, lo solicitó. Le habría gustado que su esposa lo hubiera solicitado también, pero ella se había negado obstinadamente a hacerlo, aunque tenía numerosas amigas muy influyentes. Puesto que le había hecho algunos pequeños favores al duque de H***, que estaba por entonces muy bien visto en la corte, confiaba mucho en su influencia. Su amigo Châteaufort, que también tenía muchas amistades, le servía con un celo y una entrega como los que usted encontrará, si es el esposo de una mujer bella.

Una circunstancia hizo avanzar bastante los asuntos de Chaverny, aunque habría podido tener consecuencias bastante funestas para él. La señora de Chaverny había conseguido, no sin esfuerzo, un palco en la Ópera cierto día de estreno. El palco tenía seis plazas. Su marido, en contra de lo habitual, y después de intensos sermones, había accedido a acompañarla. Pues Julia quería ofrecerle una plaza a Châteaufort, y, comprendiendo que no podía ir sola con él a la

Ópera, había obligado a su marido a asistir a esta representación.

Inmediatamente después del primer acto, Chaverny salió, dejando a su esposa a solas con su amigo. Los dos guardaron silencio en un primer momento, con un aspecto algo violento. Julia, porque se sentía azorada desde algún tiempo siempre que se encontraba sola con Châteaufort; éste, porque tenía sus proyectos y consideraba de buen gusto parecer emocionado. Echando, de reojo, una mirada a la sala, comprobó con placer que había numerosos anteojos de personas conocidas dirigidos hacia su palco. Experimentaba una intensa satisfacción al pensar que muchos de sus amigos envidiaban su felicidad, y, según las apariencias, la suponían mucho mayor de lo que era en realidad.

Julia, después de haber aspirado su perfumador y su ramillete reiteradamente, habló del calor, del espectáculo, de los vestidos. Châteaufort escuchaba distraído, suspiraba, se removía en la silla, miraba a Julia y volvía a suspirar. Julia empezaba a inquietarse. De repente, él exclamó:

—¡Cómo añoro los tiempos de la caballería!

—¡Los tiempos de la caballería! ¿Y por qué, pues? —preguntó Julia—. ¿Sin duda porque algún traje de la Edad Media le sentaría bien?

—Me cree muy fatuo, —respondió él con un tono de amargura y tristeza—. No, añoro aquellos tiempos… porque un hombre que se sentía con valor… podía aspirar a… muchas cosas… Después de todo, sólo había que derrotar a un gigante para agradar a una dama… Mire, ¿ve a aquel coloso asomado al balcón? me gustaría que usted me ordenara ir a ponerle las peras al cuarto… si me diera después permiso para decirle tres palabritas sin que se enfade.

—¡Qué locura! —respondió Julia ruborizándose hasta el blanco de los ojos, pues adivinaba ya cuáles serían esas tres palabritas. — ¡Pero está usted viendo a la señora de Sainte-Hermine escotada a su edad y en traje de baile!

—Yo sólo veo una cosa, y es que no quiere escucharme, y que hace mucho tiempo que me he dado cuenta de ello… Usted lo desea, y yo me callo; pero… —añadió muy bajito y suspirando— usted me ha comprendido…

—No, de verdad, —dijo secamente—. Pero, ¿dónde ha ido mi marido, pues?

Una visita llegó a propósito para sacarla del apuro. Châteaufort no abrió la boca. Estaba pálido y parecía muy afectado. Cuando el visitante se marchó, hizo algunas observaciones banales acerca del espectáculo. Había largos silencios entre los dos.

Iba a iniciarse el segundo acto, cuando la puerta del palco se abrió y apareció Chaverny acompañado de una mujer muy bella y muy adornada, con un tocado

de magníficas plumas rosas. Les seguía el duque de H***.

—Mi querida amiga —dijo a su esposa— he encontrado al señor duque y a la señora en un horrible palco lateral desde el que no pueden verse los decorados. Han tenido a bien aceptar un asiento en el nuestro.

Julia se inclinó fríamente; el duque de H*** le desagradaba. El duque y la dama de las plumas rosas se deshacían presentando excusas pues temían molestarla. Hubo todo un movimiento y un combate de generosidad para colocarse. Durante el desorden que se produjo, Châteaufort se inclinó hacia el oído de Julia y le dijo muy quedo y muy rápido: «Por el amor de Dios, no os coloquéis en la delantera del palco.» Julia se sorprendió mucho y permaneció donde estaba. Cuando todos se hubieron sentado, ella se giró hacia Châteaufort y le preguntó con una mirada algo severa la explicación del enigma. Él estaba sentado, con el cuello estirado, los labios apretados y toda su actitud demostraba que se encontraba profundamente contrariado. Al reflexionar en ello, Julia interpretó mal la recomendación de Châteaufort. Pensó que lo que él quería era hablarle en voz baja durante la representación y continuar sus extraños discursos, lo que sería imposible si ella permanecía delante. Cuando ella dirigió su mirada hacia la sala, observó que numerosas mujeres dirigían sus anteojos hacia el palco; pero siempre sucedía así cuando aparecía una figura nueva. Cuchicheaban, sonreían, pero ¿qué había de extraordinario? ¡Qué pueblerinos son en la Ópera!

La dama desconocida se inclinó hacia el ramillete de Julia y dijo con una sonrisa encantadora: «Lleva usted un magnífico ramillete, señora! Estoy segura de que ha debido costar muy caro en esta estación: como mínimo diez francos. Pero se lo han ofrecido, ¿es sin duda un regalo? Las damas no compran nunca sus ramilletes.»

Julia arqueaba las cejas y no sabía con qué provinciana se encontraba. «Duque, —dijo la dama con tono lánguido—, no me ha ofrecido usted un ramillete». Chaverny se precipitó hacia la puerta. El duque quiso detenerlo, la dama también; pues ya no tenía ganas de ramillete. Julia intercambió una mirada con Châteaufort, con la que pretendía decirle: «Le doy las gracias, pero ya es demasiado tarde». Sin embargo, todavía no lo había adivinado todo.

Durante la representación, la dama de las plumas golpeaba con los dedos a contratiempo y hablaba de música a tontas y a locas. Interrogaba a Julia acerca del precio de su vestido, de sus joyas, de sus caballos. Julia no había visto nunca unos modales semejantes. Concluyó que la desconocida debía ser una parienta del duque, recién llegada de la baja Bretaña. Cuando Chaverny regresó con un

ramillete, mucho más bello que el de su esposa, todo fue admiración, agradecimientos y excusas sin fin.

—Señor de Chaverny, no soy una ingrata, —dijo la presunta provinciana después de una larga parrafada—: para demostrárselo, recuérdeme que le prometa algo, como dice Potier. De verdad, le bordaré una bolsa tan pronto como concluya la que le he prometido al duque.

Por fin terminó la ópera, para gran satisfacción de Julia, que se sentía muy a disgusto junto a su singular vecina. El duque le ofreció el brazo. Chaverny tomó el de la otra dama. Châteaufort, con aspecto sombrío y descontento, marchaba detrás de Julia, saludando con aspecto contrariado a las personas conocidas que encontraba en la escalera.

Unas cuantas mujeres pasaron junto a ellos. Julia las conocía de vista. Un hombre joven les habló en voz baja, burlándose; ellas miraron con expresión de viva curiosidad a Chaverny y a su esposa, y una de ellas exclamó: «¡Será posible!»

El coche del duque llegó; éste saludó a la señora de Chaverny renovando con ardor todo su agradecimiento por su amabilidad. Mientras tanto Chaverny quería acompañar a la dama desconocida hasta el coche del duque, y Julia y Châteaufort permanecieron solos un instante.

—Pero ¿quién es esta mujer? —preguntó Julia.

—No debo decírselo… porque es algo extraordinario.

—¿Cómo?

—Por lo demás, todas las personas que la conocen sabrán bien a qué atenerse… ¡Pero Chaverny!… No lo habría creído jamás.

—Pero ¿de qué se trata? ¡Hable, por amor de Dios! ¿Quién es esta mujer?

Chaverny regresaba. Châteaufort respondió en voz baja: «La querida del duque de H***, la señora Melania R***.»

—¡Dios santo! —exclamó Julia mirando a Châteaufort con expresión estupefacta— ¡eso es imposible!

Châteaufort se encogió de hombros y, llevándola hacia su coche, añadió: «Eso es lo que decían las damas que nos hemos cruzado en la escalera. Por lo que respecta a la otra, es alguien como corresponde a su categoría. Le faltan miramientos, tacto… Incluso tiene marido.»

—Querida amiga, —dijo Chaverny, con tono alborozado— no me necesita para regresar a casa. Buenas noches. Voy a cenar a casa del duque.

Julia no respondió.

—Châteaufort —prosiguió Chaverny— ¿quiere venir conmigo a casa del duque? Está usted invitado, acaba de decírmelo. Se ha fijado en usted. ¡Le ha gustado amigo!

Châteaufort dio las gracias con frialdad. Saludó a la señora de Chaverny, que mordía con rabia su pañuelo cuando el coche se puso en marcha.

—¡Ah, querido amigo! —dijo Chaverny— al menos usted me llevará en su cabriolé hasta la puerta de esta princesa.

—Con mucho gusto, —respondió alegremente Châteaufort—; pero, a propósito, ¿sabe usted que al final su esposa ha comprendido al lado de quien se encontraba?

—Imposible.

—Esté usted seguro de ello; y no ha estado bien por su parte.

—¡Bah! es de buen tono; y además no la conocen aún mucho. El duque la lleva a todas partes.

Capítulo VI

LA señora de Chaverny pasó una noche muy agitada. La conducta de su marido en la Ópera, era el colmo de todos sus errrores y le parecía exigir una separación inmediata. Al día siguiente tendría una explicación con él, y le haría saber su intención de no seguir viviendo bajo el mismo techo que un hombre que la había comprometido de una manera tan cruel. Sin embargo, esa explicación le asustaba. Nunca había mantenido una conversación seria con su marido. Hasta entonces, sólo había expresado su descontento mediante enfados a los que Chaverny no había prestado la menor atención; pues, al dejar a su esposa en completa libertad, jamás se le habría ocurrido pensar que ella pudiera negarle una indulgencia que, en caso de necesidad, él estaba dispuesto a tener con ella. Temía sobre todo llorar en medio de esa explicación y que Chaverny atribuyera las lágrimas a su amor herido. Es entonces cuando lamentaba la ausencia de su madre, que habría podido darle un buen consejo o encargarse de pronunciar la sentencia de separación. Todas estas reflexiones la sumieron en una gran inquietud, y, cuando se durmió, había tomado la decisión de consultar a una de sus amigas, que la conocía desde muy joven, y de encomendarse a su prudencia en lo referente a la conducta que debía adoptar respecto a Chaverny.

Mientras se entregaba a su indignación, no había podido impedir establecer un paralelismo entre su marido y Châteaufort. La enorme inconveniencia del primero hacía resaltar la delicadeza del segundo, y reconocía con cierto placer, aunque reprochándoselo no osbtante, que el enamorado era más cuidadoso de su reputación que el marido. Esta comparación moral la llevaba, bien a su pesar, a constatar la elegancia de modales de Châteaufort y la presencia mediocremente distinguida de Chaverny. Veía a su marido, con su vientre prominente,

desviviéndose pesadamente ante la amante del duque de H***. Mientras que Châteaufort, más respetuoso aún que de costumbre, parecía querer retener en torno a ella la consideración que su marido podía hacerle perder. Y, por fin, como nuestros pensamientos nos llevan lejos en contra de nuestra voluntad, pensó más de una vez que podía quedarse viuda y que entonces, joven, rica, nada se opondría a que coronara legítimamente el amor constante del joven jefe de escuadrón. Una experiencia desfortunada no concluía nada contra el matrimonio, y si el amor de Châteaufort era verdadero… Pero entonces espantaba esos pensamientos, que le hacían ruborizarse, y se prometía poner más reserva que nunca en sus relaciones con él.

Se despertó con un gran dolor de cabeza, y más alejada aún que la víspera de una explicación decisiva. No quiso bajar a desayunar por miedo a encontrarse con su marido, hizo que le llevaran un té a su habitación y pidió que prepararan el coche para ir a casa de la señora Lambert, la amiga a quien quería consultar. Esta señora se encontraba entonces en la campiña de P…

Mientras desayunaba, abrió el periódico. El primer artículo sobre el que sus ojos se detuvieron decía lo siguiente: «El señor Darcy, primer secretario de la embajada de Francia en Constantinopla, llegó ayer a París cargado de asuntos. Inmediatamente después de su llegada, el joven diplomático mantuvo un largo despacho con su Excelencia el ministro de Asuntos Exteriores.»

—¡Darcy en París! —exclamó—. Me gustaría mucho volver a verlo. ¿Habrá cambiado? ¿Se habrá puesto muy estirado? — ¡El joven diplomático! ¡Darcy, joven diplomático! Y no pudo impedir reírse a solas de la expresión: Joven diplomático.

Darcy asistía en otros tiempos asiduamente a las veladas de la señora de Lussan; entonces era agregado en el ministerio de Asuntos Exteriores. Se había marchado de París algo antes de la boda de Julia y ella no lo había vuelto a ver desde entonces. Sólo sabía que había viajado mucho y que había logrado rápidamente un ascenso.

Sostenía aún el periódico entre las manos cuando entró su marido. Parecía de excelente humor. Al verlo, se levantó para marcharse; pero como tendría que pasar muy cerca de él para entrar en su cuarto de aseo, permaneció en el mismo sitio, pero tan alterada que su mano, apoyada en la mesa de té, hacía moverse visiblemente el juego de porcelana.

—Mi querida amiga —dijo Chaverny— vengo a despedirme por unos días. Voy a cazar con el duque de H***. Le diré que está encantado con su hospitalidad de anoche. Mis asuntos marchan bien, y él me ha prometido

recomendarme al rey con todo encarecimiento.

Julia palidecía y enrojecía alternativamente al oírlo.

—El señor duque de H*** se lo debe… —dijo con voz temblorosa—. Es lo menos que puede hacer por alguien que compromete a su esposa de la forma más escandalosa con las amantes de su protector.

Luego, haciendo un desesperado esfuerzo, cruzó la habitación con paso digno y entró en su cuarto de aseo cerrando violentamente la puerta.

Chaverny permaneció un momento con la cabeza inclinada y la expresión confundida.

—¿Cómo diablos se ha enterado? —pensó— ¡Qué importa, después de todo! ¡Lo hecho, hecho está! Y, como no acostumbraba a detenerse mucho rato en una idea desagradable, se dio la vuelta, cogió un terrón de azúcar del azucarero y le gritó con la boca llena a la doncella que entraba: «Dígale a mi esposa que permaneceré cuatro o cinco días en casa del duque de H***, y que le mandaré algo de caza.»

Salió sin pensar en otra cosa que no fueran los faisanes y los corzos que iba a matar.

Capítulo VII

JULIA salió hacia P… con un aumento de cólera contra su marido; pero esta vez, era por un motivo menor. Para marcharse al castillo del duque de H***, él había cogido la calesa nueva y le había dejado a su mujer otro coche que, en opinión del cochero, necesitaba ser reparado.

Durante el trayecto, la señora de Chaverny se preparaba para contar su aventura a la señora Lambert. Pese a su enfado, no era insensible a la satisfacción que produce a cualquier narrador una historia bien contada; y preparaba su relato escogiendo los exordios, comenzando a veces de una manera, a veces de otra. El resultado fue que observó las enormidades de su marido desde todas las perspectivas posibles, y su resentimiento aumentó proporcionalmente.

Como es sabido, entre París y P… hay más de cuatro leguas y, por muy largos que fueran los reproches de la señora de Chaverny, puede comprenderse que es imposible, incluso para el más enconado odio, darle vueltas a la misma idea durante cuatro leguas seguidas. A los sentimientos desagradables que los errores de su marido le inspiraban venían a unirse recuerdos dulces y melancólicos, por esa extraña facultad del pensamiento humano que asocia con frecuencia una imagen risueña a una sensación penosa.

El aire puro e intenso, el sol radiante, los rostros despreocupados de los que pasaban, contribuyeron también a hacerla salir de sus odiosas reflexiones. Recordó escenas de su infancia y los días en que iba a pasearse por el campo con otras jóvenes de su edad. Volvía a ver a sus compañeras de colegio; asistía a sus juegos, a sus comidas. Se explicaba las misteriosas confidencias entre las mayores que había sorprendido, y no podía dejar de sonreírse al pensar en los

cien pequeños detalles que evidencian desde tan temprana edad el instinto de coquetería de las mujeres.

Luego recordaba su presentación en sociedad. Volvía a bailar en los bailes más rutilantes a los que había asistido durante el año que siguió a su salida del colegio. Los demás bailes los había olvidado; ¡una se hastía tan pronto!; pero esos bailes le recordaban a su marido. «¡Qué loca estaba! —se dijo—. ¿Cómo no me di cuenta desde el primer momento, que sería desgraciada con él?» Todos los disparates, todas las simplezas de novio que el pobre Chaverny le decía con tanto aplomo un mes antes de la boda, todo había quedado anotado, registrado cuidadosamente en su memoria. Simultáneamente no podía impedirse pensar en los numerosos admiradores que su boda había sumido en la desesperación, y que, sin embargo, no habían dejado de casarse o consolarse de cualquier otra manera pocos meses después. «¿Habría sido feliz con otro? —se preguntó—. A… es un auténtico bobo; pero no es ofensivo, y Amelia lo maneja a su antojo. Siempre hay formas de vivir con un marido que obedece. B… tiene amantes, y su esposa tiene la amabilidad de afligirse por ello. Por lo demás, está lleno de detalles para con ella, y yo no pediría mucho más. El joven conde de C…, que lee constantemente panfletos y que tanto se esfuerza por llegar a ser un buen diputado, tal vez sea un buen marido. Sí, pero todos éstos son aburridos, feos, tontos….» Cuando pasaba así revista a todos los jóvenes que había conocido de soltera, el nombre de Darcy se le vino a la memoria por segunda vez.

En otros tiempos, Darcy era en el círculo de la señora de Lussan un ser sin consecuencias, es decir, que se sabía… que las madres sabían que su fortuna no le permitía aspirar a la mano de sus hijas. Para éstas, no había nada en él que pudiera echar a perder sus jóvenes cerebros. Además, tenía fama de hombre galante. Algo misántropo y caústico, le encantaba, cuando era el único hombre en medio de un círculo de señoritas, burlarse del ridículo y de las pretensiones de otros jóvenes. Cuando susurraba al oído de alguna señorita, las madres no se alarmaban pues sus hijas reían muy alto, y las madres de aquellas que tenían hermosos dientes decían incluso que el señor de Darcy era muy amable.

Una identidad de gustos y el temor recíproco del talento para criticar habían aproximado a Julia y a Darcy. Después de algunas escaramuzas, habían firmado un tratado de paz, una alianza ofensiva y defensiva; se respetaban mutuamente y estaban siempre juntos para hacer los honores a sus conocimientos.

Una noche, le habían pedido a Julia que cantara no sé qué canción. Tenía una hermosa voz y ella lo sabía. Al acercarse al piano, miró a todas las mujeres con gesto orgulloso, como si quisiera desafiarlas. Pero esa noche, alguna

indisposición o alguna desgraciada fatalidad la privaba de demostrar sus cualidades. La primera nota que brotó de esa garganta, habitualmente tan melodiosa, salió desentonada. Julia se alteró, lo cantó todo al revés, falló todos los matices; en resumen, fue un rotundo fracaso. Completamente azorada, a punto de echarse a llorar, la pobre Julia se separó del piano, y, al volver a su asiento, no pudo impedir ver la maligna alegría que apenas ocultaban sus amigas, viendo cómo se humillaba su orgullo. Incluso los hombres parecían reprimir con esfuerzo una sonrisa burlona. Presa de vergüenza y de cólera, bajó los ojos y pasó un rato sin atreverse a levantarlos. Cuando levantó la cabeza, el primer rostro amigo que vio fue el de Darcy. Estaba pálido y las lágrimas brotaban de sus ojos; parecía más afectado por el contratiempo que ella misma. «¡Me ama!, —pensó Julia—; me ama de verdad.» Por la noche, no pudo conciliar el sueño y el rostro triste de Darcy se presentaba constantemente ante sus ojos. Durante dos días, no pensó sino en él y en la pasión secreta que debía alimentar por ella. El romance parecía avanzar, cuando la señora de Lussan encontró en su casa una tarjeta del señor Darcy con estas letras: P.P.C. «¿Adónde va, pues, el señor de Darcy, preguntó Julia a un joven que lo conocía.—¿Adónde va? ¿No lo sabe? A Constantinopla. Se marcha en el correo de esta noche.»

«¡Luego no me ama!» pensó. Al cabo de ocho días, Darcy estaba olvidado. Darcy, por su parte, que entonces era bastante romántico, pasó ocho meses sin olvidar a Julia. Para excusar a ésta y explicar la gran diferencia de constancia, hay que recordar que Darcy vivía en medio de los bárbaros, mientras que Julia se encontraba en París, rodeada de homenajes y placeres.

Sea como fuere, seis o siete años después de su separación, Julia, en su coche, en el trayecto hacia P…, recordaba la expresión melancólica de Darcy el día que ella cantó tan mal; y, si hay que decirlo todo, pensó en el amor que probablemente sentía entonces por ella, incluso en los sentimientos que aún podía conservar. Todo esto la ocupó bastante intensamente durante una media legua. Después, el señor Darcy fue olvidado por tercera vez.

Capítulo VIII

JULIA se sintió muy contrariada cuando, al entrar en P…, vio en el patio de la señora Lambert que se desenganchaban los caballos de un vehículo, lo que anunciaba una visita que debía prolongarse. Consideró pues imposible comentar sus quejas contra el señor de Chaverny.

Cuando Julia entró en el salón, la señora Lambert se encontraba con una mujer que Julia había visto en sociedad, pero de la que apenas conocía el nombre. Tuvo que hacer un gran esfuerzo sobre sí misma para ocultar la expresión del descontento que sentía por haber realizado inútilmente el viaje hasta P…

—¡Eh! ¡Buenas tardes, querida! —exclamó la señora Lambert besándola—; ¡qué contenta estoy de que no me haya olvidado! No puede llegar más a propósito, pues espero a no sé cuántas personas que la quieren con locura.

Julia contestó con un tono algo contrariado que había creído que encontraría sola a la señora Lambert.

—Van a estar encantados de verla, —continuó la señora Lambert—. Mi casa está tan triste, desde el matrimonio de mi hija, que estoy feliz cuando mis amigos deciden darse cita aquí. Pero, querida niña, ¿qué ha hecho de sus hermosos colores? La encuentro hoy muy pálida.

Julia inventó una pequeña mentira: lo largo del trayecto… el polvo… el sol.

—Precisamente hoy tengo invitado a cenar a uno de sus admiradores, a quien voy a darle una agradable sorpresa: el señor de Châteaufort, acompañado probablemente de su fiel Acates el comandante Perrin.

—Yo tuve recientemente el placer de recibir al comandante Perrin, —dijo Julia ruborizándose un poco, pues pensaba en Châteaufort.

—Vendrá también el señor de Saint-Léger. Es absolutamente necesario que organice aquí una velada de proverbios para el próximo mes; y usted, mi ángel, interpretará un papel: usted era la primera en proverbios, hace dos años.

—¡Dios mío! señora, hace tanto tiempo que no he interpretado proverbios, que no podría recuperar mi aplomo de antes. Me vería obligada a recurrir a J'entends quelqu'un.

—¡Ah! Julia, niña mía, adivine a quién esperamos también. Pero ése, querida, hay que tener buena memoria para recordar su nombre…

El nombre de Darcy se le vino inmediatamente a la mente. «De verdad que me obsesiona», pensó. «¿Memoria, señora?… tengo mucha.

—Sí, pero yo hablo de una memoria de seis o siete años… Se acuerda de uno de sus admiradores cuando era aún pequeña y llevaba los cabellos con cintillo?

—La verdad es que no adivino.

—¡Qué horror! querida… Olvidar así a un hombre encantador que, o mucho me equivoco, o le agradaba tanto en otros tiempos que su madre llegó a alarmarse casi. Vamos, querida, puesto que olvida así el nombre de sus admiradores, será necesario recordarle su nombre: el que va a venir es el señor Darcy.

—¿El señor Darcy?

—Sí, por fin regresó de Constantinopla hace sólo unos días. Vino a verme anteayer y le invité. Sabe usted, ingrata, que me pidió noticias suyas con un interés absolutamente significativo?

—¿El señor Darcy?… —dijo Julia dudando y con afectada distracción—, el señor Darcy… ¿No es ese joven alto y rubio… que era secretario de embajada?

—¡Oh! querida, no lo reconocerá: está muy cambiado; está pálido, o más bien, color aceituna, con los ojos hundidos; ha perdido mucho pelo a consecuencia del calor, según dice. Dentro de dos o tres años, si la cosa continúa, estará calvo por delante. Sin embargo, no tiene aún treinta años.

En ese momento, la señora que escuchaba el relato de la desventura de Darcy, aconsejó usar kalydor, que a ella le había ayudado mucho después de una enfermedad que le había hecho perder mucho cabello. Y, mientras hablaba, pasaba sus dedos entre los abundantes rizos de un hermoso color castaño ceniza.

—¿El señor Darcy ha permanecido todo ese tiempo en Constantinopla? —preguntó la señora de Chaverny.

—No del todo, pues ha viajado mucho: estuvo en Rusia, y luego recorrió toda Grecia. ¿No sabe su buena suerte? Su tío falleció y le dejó una hermosa

fortuna. Estuvo también en Asia Menor, en la ¿cómo se dice?… la Karamia Es encantador, querida; cuenta historias magníficas que le fascinarán. Ayer me contó algunas tan bonitas, que le dije: «Guárdelas pues para mañana; cuénteselas a las damas, en lugar de perderlas con una vieja mamá como yo.»

—¿Le contó la historia de la mujer turca que salvó? —preguntó la señora Dumanoir, la partidaria del kalydor.

—¿La mujer turca que salvó? Pero ¿salvó a una mujer turca? No me dijo ni una palabra.

—¡Cómo! si es un acto admirable, una verdadera novela.

—¡Oh! cuéntenos eso, se lo ruego.

—No, no; pídaselo a él. Yo sólo conozco la historia a través de mi hermana, cuyo marido, como sabe, fue cónsul en Esmirna. Pero a ella se la contó un inglés que fue testigo de toda la aventura. Es maravillosa.

—¡Cuéntenos esa historia, señora! ¿Cómo quiere que podamos esperar hasta la cena? No hay nada más desesperante que oír hablar de una historia que se desconoce.

—Voy a estropearla, pero en fin, aquí está tal como me la contaron: El señor Darcy se encontraba en Turquía para examinar no sé qué ruinas al borde del mar, cuando vio acercarse un cortejo muy fúnebre. Eran mudos que llevaban un saco, ese saco, se le veía removerse como si llevara algo vivo en su interior…

—¡Ah! ¡Dios mío! —exclamó la señora Lambert, que había leído el Giaour —, ¡era una mujer que iban a arrojar al mar!

—Exactamente, —continuó la señora Dumanoir, algo molesta, al verse así privada de descubrir el rasgo más dramático de su historia—. El señor Darcy mira el saco, escucha un gemido sordo, y adivina inmediatamente la horrible verdad. Pregunta a los mudos qué van a hacer y como única respuesta, los mudos sacan sus puñales. Afortunadamente, el señor Darcy se encontraba bien armado. Hizo huir a los esclavos y, por fin, saca de ese maldito saco a una mujer de una belleza encantadora, medio desvanecida, y la lleva de nuevo a la ciudad, conduciéndola a una casa segura.

—¡Pobre mujer! —dijo Julia—, que empezaba a interesarse por la historia.

—¿La creen ustedes salvada? en absoluto. El marido celoso, pues se trataba de un marido, levantó a todo el populacho, que se presentó ante la casa del señor Darcy con antorchas queriendo quemarlo vivo. No conozco muy bien cómo terminó el asunto; todo lo que sé es que aguantó el asedio y que terminó por poner a la mujer a buen recaudo. Parece incluso, —añadió la señora Dumanoir,

cambiando de pronto su expresión y adoptando un tono nasal muy devoto—, parece que el señor Darcy se preocupó de que la convirtieran y que fue bautizada.

—¿Y el señor Darcy se casó con ella? —preguntó Julia sonriendo.

—¡Ah! eso no puedo decírselo. Pero la mujer turca… tenía un nombre curioso; se llamaba Eminé… Sentía una violenta pasión por el señor Darcy. Mi hermana me decía que le llamaba siempre Sôtir… Sôtir… que significa mi salvador en turco o en griego. Eulalia me dijo que era una de las personas más bellas que puedan verse.

—¡Le haremos bromas con su turca! —exclamó la señora Lambert—, ¿no es eso señoras? hay que atormentarlo un poco… Por lo demás, ese gesto de Darcy no me sorprende en absoluto: es uno de los hombres más generosos que he conocido, y conozco gestos suyos que me hacen llorar cada vez que los cuento. — Su tío murió dejando una hija natural que no había reconocido. Como no había hecho testamento, ella no tenía ningún derecho a la herencia; Darcy, que era el único heredero, quiso que recibiera su parte, y probablemente esta parte fue mucho mayor de lo que su propio tío le habría dejado.

—¿Y esa hija natural era bonita? —preguntó maliciosamente la señora de Chaverny, pues empezaba a sentir la necesidad de decir algo malo del señor Darcy, que no podía sacarse del pensamiento.

—¡Ah! querida ¿cómo puede suponer?… Además el señor Darcy estaba aún en Constantinopla cuando murió su tío y, aparentemente, él no ha visto nunca a esa criatura.

La llegada de Châteaufort, del comandante Perrin y de algunas personas más interrumpió esta conversación. Châteaufort, que se había sentado junto a la señora de Chaverny, aprovechando un momento en el que se hablaba muy alto:

—Parece triste señora —le dijo—; me sentiría muy apesadumbrado si la causa fuera lo que le dije anoche.

La señora de Chaverny no lo había oído, o más bien, no había querido oírlo. Châteaufort sintió pues la mortificación de repetir la frase, y una mortificación mayor aún por una respuesta algo seca, tras la cual Julia intervino en la conversación general; y, cambiando de asiento, se alejó de su desventurado admirador.

Sin desanimarse, Châteaufort derrochaba inútilmente mucho ingenio. La señora de Chaverny, que era la única a quien él quería agradar, lo escuchaba distraídamente: pensaba en la próxima llegada del señor Darcy, al tiempo que se

preguntaba a sí misma por qué se preocupaba tanto de un hombre que debía haber olvidado y que probablemente la había olvidado a ella desde hacía mucho tiempo.

Por fin se oyó el ruido de un coche y se abrió la puerta del salón. «¡Ah! ¡aquí está!» —exclamó la señora Lambert. Julia no se atrevió a girar la cabeza, pero palideció extremadamente. Experimentó una intensa y súbita sensación de frío y necesitó echar mano de todas sus fuerzas para reponerse e impedir que Châteaufort observara el cambio de sus facciones.

Darcy besó la mano de la señora Lambert y le habló unos minutos de pie; luego se sentó junto a ella. Entonces se hizo un gran silencio: la señora Lambert parecía esperar y facilitar un reconocimiento. Châteaufort y los demás hombres, excepto el buen comandante Perrin, observaban a Darcy con una curiosidad algo celosa. Llegando de Constantinopla, tenía grandes ventajas sobre ellos y eso era motivo suficiente para que adoptaran esa actitud de rigidez circunspecta que se adopta con los extraños. Darcy, que no le había prestado atención a nadie, fue el primero en romper el silencio. Habló del tiempo o de la carretera, no importa; su voz era dulce y armoniosa. La señora de Chaverny se aventuró a mirarlo y lo vió de perfil. Le pareció delgado, y su expresión había cambiado… En resumen, lo encontró bien.

—Mi querido Darcy —dijo la señora Lambert—, mire bien a su alrededor y compruebe si no encuentra a alguien de sus antiguas amistades. Darcy giró la cabeza y vio a Julia que hasta entonces se había tapado con el sombrero. Él se levantó con una exclamación de sorpresa, y avanzó hacia ella extendiendo las manos; luego se detuvo de pronto, como arrepintiéndose de su exceso de familiaridad, saludó a Julia ceremoniosamente y le expresó en términos adecuados el gran placer que sentía de volver a verla. Julia balbuceó algunas palabras de cortesía y se ruborizó al ver que Darcy se mantenía aún de pie delante de ella y la miraba fijamente.

Recuperó pronto su presencia de ánimo y lo miró a su vez con esa mirada distraída y observadora a la vez que la gente de mundo adopta cuando quiere. Era un joven alto y pálido, cuyos rasgos expresaban calma, pero una calma que parecía provenir menos de un estado habitual de su alma, que del dominio que ésta había logrado imponer en la expresión de la fisonomía. Algunas arrugas, ya bien marcadas, surcaban su frente. Sus ojos estaban hundidos, las comisuras de los labios hacia abajo, y las sienes empezaban a despoblarse de cabello. Sin embargo no tenía más de treinta años. Estaba vestido de forma muy sencilla, pero con esa elegancia que indica la frecuentación de buena compañía y la

indiferencia respecto a un asunto que preocupa a tantos jóvenes. Julia constató todos estos detalles con placer. Observó también que tenía en la frente una cicatriz bastante larga que él intentaba ocultar con un mechón de cabello, y que parecía haber sido producida por un sablazo.

Julia estaba sentada al lado de la señora Lambert. Entre ella y Châteaufort había una silla; pero tan pronto como Darcy se levantó, Châteaufort había puesto la mano sobre el respaldo, la había apoyado sobre una sola pata y la mantenía en equilibrio. Era evidente que pretendía guardarla como el perro del hortelano guarda el saco de avena. La señora Lambert se apiadó de Darcy que continuaba de pie ante la señora de Chaverny. Hizo sitio a su lado en el canapé en el que se encontraba y se lo ofreció a Darcy que, de este modo, se encontró junto a Julia. Él se apresuró a aprovechar esta ventajosa posición para comenzar con ella una conversación prolongada.

Pese a ello, tuvo que soportar par parte de la señora Lambert y otras personas un exhaustivo interrogatorio acerca de sus viajes; contestó bastante lacónicamente y aprovechó todas las oportunidades para retomar esta especie de aparte con la señora de Chaverny. «Tome el brazo de la señora de Chaverny», dijo la señora Lambert a Darcy cuando la campana del castillo anunció la cena. Châteaufort se mordió los labios, pero encontró la forma de sentarse cerca de Julia para observarla bien.

Capítulo IX

DESPUÉS de la cena, y puesto que la noche era clara y el tiempo caluroso, se reunieron en el jardín en torno a una mesa rústica para tomar café.

Châteaufort había observado con creciente despecho las atenciones de Darcy para con la señora de Chaverny. A medida que observaba la atención que ésta parecía prestar a la conversación con el recién llegado, él iba poniéndose menos amable y los celos que sentía sólo lograban quitarle sus medios para gustar. Se paseaba por la terraza en la que se encontraban sentados, sin poder permanecer en su asiento, como les suele ocurrir a las personas inquietas, mirando con frecuencia los negros nubarrones que se estaban formando en el horizonte anunciando tormenta, y más frecuentemente aún a su rival, que charlaba en voz baja con Julia. Unas veces la veía sonreírse, otras ponerse seria, otras bajar tímidamente los ojos; finalmente vio que Darcy no podía decirle ni una palabra que no produjera en ella un gran efecto; y lo que más le entristecía era comprobar que las variadas expresiones que adquirían las facciones de Julia parecían no ser sino la imagen, el reflejo de la cambiante fisionomía de Darcy. Por fin, no pudiendo soportar por más tiempo esa especie de suplicio, se acercó a ella e, inclinándose sobre el respaldo de la silla en el momento en que Darcy le daba a alguien detalles acerca de la barba del sultán Mahmut: «¡Señora, dijo con tono amargo, el señor Darcy parece un hombre muy amable!

—¡Oh, sí! —respondió la señora de Chaverny con una expresión de entusiasmo que no pudo reprimir.

—Así parece, —continuó Châteaufort— pues hace que se olvide de sus antiguos amigos.

—¡Mis antiguos amigos! —dijo Julia con un tono algo severo—. No sé qué

quiere decir. Y le dio la espalda. Luego, cogiendo la punta de un pañuelo que la señora Lambert tenía en la mano: «¡Qué bordado tan bonito tiene este pañuelo! —dijo—. Es una labor maravillosa.»

—¿Le parece, querida? Es un regalo del señor Darcy, que me ha traído no sé cuántos pañuelos bordados de Constantinopla.— A propósito, Darcy, ¿es su turca quién se los ha bordado?

—¡Mi turca! ¿qué turca?

—Sí, la bella sultana a quien le salvó la vida, que le llamaba… ¡oh! lo sabemos todo…que le llamaba… su… salvador, pues. Usted debe saber cómo se dice eso en turco.

Darcy se golpeó la frente riendo. «¿Es posible —exclamó— que el eco de mi desventura haya llegado hasta París?

—No hay en ello ninguna desventura; quizá tal vez para el Mamamouchi que perdió a su favorita.

—¡Ah! —respondió Darcy— veo bien que sólo conocen la mitad de la historia, pues fue una aventura tan triste para mí como lo fue la de los molinos de viento para Don Quijote. ¡Será posible que después de tanto como se burlaron de mí los francos, se burlen también en París por la única hazaña de caballero andante que realicé en mi vida!

—¡Cómo! no sabemos nada. ¡Cuéntenoslo! —exclamaron al unísono las damas.

—Debería, —dijo Darcy— dejarles sólo con el relato que ya conocen, y ahorrarme la continuación cuyos recuerdos tienen tan poco de agradables para mí; pero un amigo mío…, os pido permiso para presentárselo señora Lambert, Sir John Tyrrel… uno de mis amigos, que participó también en esta aventura tragicómica, va a venir dentro de poco a París. Es posible que su relato me conceda un papel más ridículo aún del que representé. Éste es el tema:

«Una vez que la desventurada mujer estuvo instalada en el consulado de Francia…»

—¡Oh!, ¡pero empiece por el principio! —exclamó la señora Lambert.

—Pero si ya lo conocen.

—No sabemos nada, y queremos que nos cuente la historia completa de un extremo a otro.

—Bueno pues, sabrán señoras, que me encontraba en Lárnaca en 18… Un día, salí de la ciudad para dibujar. Conmigo iba un joven inglés muy amable, buen chico, buen vividor, llamado sir John Tyrrel, uno de esos hombres

preciosos cuando se viaja porque se preocupan de la comida, no olvidan adquirir provisiones y están siempre de buen humor. Además viajaba sin rumbo fijo, y desconocía tanto la geología como la botánica, que son ciencias bastante fastidiosas en un compañero de viaje.

Me había sentado a la sombra de una casilla, a unos doscientos pasos del mar que, en ese lugar, está rodeado por picos rocosos. Estaba ocupado dibujando lo que quedaba de un antiguo sarcófago, mientras que sir John, echado sobre la hierba, se mofaba de mi desventurada pasión por las bellas artes, al tiempo que fumaba delicioso tabaco de latakié. Cerca de nosotros, un intérprete turco que habíamos tomado a nuestro servicio, nos preparaba un café. Era el mejor preparador de café y el turco más vago que he conocido.

De pronto, Sir John dijo alegremente: «Ahí viene gente que baja de la montaña con nieve; vamos a comprarle una poca y a hacer un sorbete de naranja.»

Levanté la vista y vi venir un asno sobre el que iba atravesado un gran fardo, sostenido a cada uno de los lados por un esclavo. Un arriero conducía el asno y detrás, un turco venerable, de barba blanca, cerraba el cortejo montado en un caballo bastante bueno. La procesión avanzaba lentamente y con gran majestad.

Nuestro turco, soplando su fuego, echó una mirada a la carga del asno y nos dijo, con una sonrisa particular: «No es nieve.» Luego se ocupó de nuestro café con su flema habitual.— «¿Qué es entonces? — preguntó Tyrrel—. ¿Es algo de comer?»

—Sí, pero para los peces, —respondió el turco.

En ese momento el hombre a caballo emprendió el galope y, dirigiéndose hacia el mar, pasó cerca de nosotros, echándonos una de esas miradas despectivas que los musulmanes suelen dirigir a los cristianos. Lanzó su caballo hasta los acantilados de los que ya les he hablado y lo detuvo en seco en el lugar más escarpado. Miraba el mar y parecía buscar el lugar más adecuado para precipitarse en él.

Examinamos entonces con más atención el paquete que transportaba el asno, y nos sorprendió la extraña forma del saco. Se nos vinieron a la memoria todas las historias de mujeres ahogadas por los maridos celosos. Intercambiamos nuestras reflexiones.

—Pregúntale a esos pillos —dijo sir John a nuestro turco— si no es una mujer lo que llevan ahí.

El turco abrió desmesuradamente los ojos, pero no abrió la boca. Era

evidente que encontraba excesivamente inconveniente nuestra pregunta.

En ese momento el saco se encontraba cerca de nosotros, vimos perfectamente que se removía y oímos una especie de gemido o gruñido que salía de él.

Tyrrel, aunque gastrónomo, era muy caballeroso. Se levantó furioso, corrió hacia el arriero y le preguntó en inglés, tan turbado se encontraba por la ira, qué era lo que llevaba y qué pretendía hacer con su saco. El arriero no tenía intención de contestar; pero el saco se agitó violentamente, y se escucharon gritos de mujer, momento en el que los dos esclavos se pusieron a propinar al saco grandes golpes con las correas que utilizaban para hacer andar al asno. Tyrrel estaba lanzado. De un vigoroso y científico puñetazo tiró al suelo al arriero y agarró por el cuello a uno de los esclavos, con lo cual el saco, empujado en la pelea, cayó pesadamente sobre la hierba.

Yo acudí. El otro esclavo se había puesto a recoger piedras y el arriero se levantó. Pese a mi repulsión por mezclarme en los asuntos de los demás, me fue imposible no acudir en ayuda de mi compañero. Agarré una estaca que me servía para sujetar mi sombrilla mientras dibujaba y brandiéndola amenacé a los esclavos y al arriero con el aire más marcial que podía. Todo iba bien, cuando ese diablo de turco a caballo, que había terminado de contemplar el mar y se había vuelto al escuchar el ruido que hacíamos, se lanzó como una flecha y estuvo junto a nosotros antes de lo que habíamos pensado: llevaba en la mano una especie de terrible machete…

—¿Un yatagán? —dijo Châteaufort que apreciaba el color local.

—Un yatagán —contestó Darcy con una sonrisa de aprobación—. Pasó a mi lado y me dio en la cabeza un golpe con el yatagán que me hizo ver treinta y seis… bougies, como decía tan elegantemente mi amigo el marqués de Roseville. Respondí, no obstante, propinándole un buen golpe de estaca en los riñones, e hice lo mejor que pude el molinete golpeando al arriero, a los esclavos, al caballo y al turco, poniéndome diez veces más furioso que mi amgio sir John Tyrrel. El asunto podría haber terminado mal para nosotros. Nuestro intérprete permanecía neutral; y no podíamos defendernos por mucho tiempo con un bastón frente a tres hombres de infantería, uno de caballería y un yatagán. Afortunadamente sir John se acordó de un par de pistolas que habíamos llevado. Las cogió, me lanzó una y agarró la otra que dirigió inmediatamente contra el jinete que nos estaba causando tantos problemas. La visión de esas armas y el ligero chasquido del gatillo de la pistola produjeron un efecto mágico sobre nuestros enemigos. Se dieron vergonzosamente a la huída, dejándonos dueños

del campo de batalla, del saco y hasta del asno. Pese a toda nuestra cólera, no disparamos y eso fue una suerte, pues no se mata impunemente a un bravo musulmán, y cuesta caro aporrearlo.

Cuando me sequé un poco, nuestra primera ocupación, como pueden imaginar, fue dirigirnos hacia el saco y abrirlo. Encontramos en él a una mujer bastante bonita, un poco gruesa, con hermosos cabellos negros, sin más ropa que una camisa de lana azul un poco menos transparente que el chal de la señora de Chaverny.

Salió ágilmente del saco y, sin parecer demasiado turbada, nos dirigió un discurso sin duda bastante patético, pero del que no comprendimos ni una palabra; a continuación del cual, me besó la mano. Es la única vez, señoras, que una dama me ha concedido este honor.

Habíamos recuperado mientras tanto nuestra sangre fría. Vimos a nuestro intérprete arrancarse la barba como un desesperado. Yo me vendaba la cabeza lo mejor que podía con mi pañuelo. Tyrrel decía: «Qué diablos vamos a hacer con esta mujer? Si nos quedamos aquí, el marido regresará acompañado y nos aniquilará; si volvemos a Lárnaca con ella vestida con esta indumentaria, la gentuza nos lapidará infaliblemente.» Tyrrel, molesto con estas reflexiones, y tras haber recuperado su flema británica, exclamó: «¡Vaya una idea que tuvo de salir a dibujar hoy!» Su exclamación me hizo reír y la mujer, que no había comprendido absolutamente nada, también se echó a reír.

No obstante, hubo que tomar una decisión. Pensé que lo mejor que podíamos hacer era ponernos bajo la protección del cónsul de Francia; lo más difícil era volver a Lárnaca. Estaba anocheciendo, y eso fue una circunstancia favorable para nosotros. Nuestro turco nos obligó a dar un gran rodeo y llegamos, gracias a la oscuridad y a esta precaución, sin más problemas a la casa del cónsul, que está fuera de la ciudad. He olvidado decirles que le habíamos confeccionado a la mujer un vestido casi decente con el saco y el turbante de nuestro intérprete.

El cónsul nos recibió muy mal, nos dijo que estábamos locos, que había que respetar los usos y costumbres de los países a los que uno viaja, que entre padres y hermanos no había que meter las manos… En fin, nos riñó de lo lindo; y tenía razón, pues habíamos hecho lo suficiente como para causar una violenta revuelta y hacer que masacraran a todos los francos de la isla de Chipre.

Su mujer fue más humana; había leído muchas novelas, y encontró nuestra conducta muy generosa. A decir verdad, habíamos actuado como héroes de novela. Esta excelente dama era muy devota; pensó que convertiría fácilmente a la infiel que le habíamos llevado, que esa conversión se vería reflejada en el

Moniteur, y que su marido sería nombrado cónsul general. Todo ese plan se trazó instantáneamente en su cabeza. Abrazó a la mujer turca, le dio un vestido, afeó al señor cónsul su crueldad, y le envió a casa del pachá para arreglar el asunto.

El pachá estaba indignado. El marido celoso era un personaje importante y echaba rayos y centellas. Era horrible, decía, que los perros cristianos impidiesen a un hombre como él lanzar su esclava al mar. El cónsul estaba apesadumbrado; habló mucho del rey, su señor, y aún más de una fragata de sesenta cañones que acababa de internarse en aguas de Lárnaca. Pero el argumento que produjo mayor efecto, fue la propuesta que hizo, en nuestro nombre, de pagar la esclava por un precio justo.

¡Dios santo! ¡si supieran lo que significa precio justo para un turco! Hubo que pagarle al marido, al pachá, al arriero al que Tyrrel le había roto dos dientes, pagar por el escándalo, pagar por todo. ¡Cuántas veces exclamó dolorosamente Tyrrel: «¡Por qué demonios tenía usted que ir a dibujar al borde del mar!»

—¡Qué aventura, mi pobre Darcy! —exclamó la señora Lambert—, es allí pues donde recibió usted esa terrible cuchillada? Por favor, levántese el pelo ¡Es un milagro que no le partiera la cabeza!

Julia, durante todo el relato, no había separado los ojos de la frente del narrador; y, por fin, con voz tímida, preguntó: «¿Qué fue de la mujer?

—Ésa es justamente la parte de la historia que no me gusta demasiado contar. La continuación es tan triste para mí que en el momento en que os hablo, aún se están riendo de nuestra hazaña caballeresca.

—¿Era bella, la mujer? —preguntó la señora de Chaverny ruborizándose un poco.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó la señora Lambert.

—Se llamaba Emineh. — ¿Bella?… Sí, era bastante bella, pero demasiado gruesa y completamente maquillada, según la costumbre de su país. Se necesita mucha costumbre para apreciar los encantos de una belleza turca. Emineh se instaló pues en casa del cónsul.— Era mingreliana, y le dijo a la señora C***, la esposa del cónsul, que era hija de un príncipe. En aquel país, cualquier pillo que le da órdenes a otros diez pillos es un príncipe. Fue tratada pues como una princesa: se sentaba a la mesa con todos, comía como cuatro; luego, cuando se le hablaba de religión, normalmente se dormía. Aquello duró algún tiempo. Por fin se fijó la fecha para el bautizo. La señora C*** se autonombró madrina y quiso que yo fuera el padrino, junto a ella. ¡Bombones, regalos y todo lo demás!… Estaba escrito que aquella desgraciada Emineh me arruiraría. La señora C***

decía que Emineh me quería más que a Tyrrel, porque al ofrecerme el café, siempre manchaba con él mi ropa. Yo me preparaba para ese bautizo, con una compunción verdaderamente evangélica, cuando, la víspera de la ceremonia la bella Emineh desapareció. ¿Tengo que contarlo todo? El cónsul tenía como cocinero a un mingreliano, un gran pícaro sin duda, pero que preparaba admirablemente el arroz pilaf. Ese mingreliano le había gustado a Emineh que, sin duda, y a su manera, era patriota. Se la llevó y al mismo tiempo una suma bastante considerable del señor C***, que no pudo jamás encontrarlos. Así que el cónsul perdió su dinero, su mujer el ajuar que le había dado a Emineh, y yo, mis guantes, mis bombones, además de todos los golpes que había recibido. Lo peor es que, en cierto sentido, me hicieron responsable de la aventura. Decían que era yo quien había liberado a aquella mala mujer que debería haber estado en el fondo del mar, y que yo había atraído todas esas desgracias sobre mis amigos. Tyrrel supo salirse del asunto; pasó por víctima, cuando él era la causa de toda la trifulca, y yo me quedé con la reputación de Don Quijote y la cuchillada que están viendo, que tanto perjudica a mis éxitos.»

Una vez que se terminó la historia, volvieron al salón. Darcy charló aún un rato con la señora de Chaverny, y luego se vio obligado a dejarla porque le presentaron a un joven muy versado en economía política, que estudiaba para diputado, y que deseaba tener algunos datos estadísticos concernientes al imperio otomano.



Capítulo X

DESDE que Darcy la había dejado, Julia miraba con frecuencia el reloj. Escuchaba distraídamente a Châteaufort y su ojos buscaban involuntariamente a Darcy, que charlaba al otro extremo del salón. A veces, mientras charlaba con su aficionado a la estadística, la miraba, y ella no podía soportar su mirada penetrante aunque tranquila. Sentía que había adquirido un dominio extraordinario sobre ella y ella no pensaba en absoluto en sustraerse al mismo.

Por fin, pidió que prepararan su coche y ya fuera a propósito, ya por perocupación, lo pidió mientras miraba a Darcy con una mirada que significaba: «Ha perdido media hora que habríamos podido pasar juntos.» El coche estaba listo. Darcy seguía hablando, aunque parecía cansado y aburrido del interlocutor que no lo soltaba. Julia se levantó lentamente, le dio la mano a la señora Lambert y luego se dirigió hacia la puerta del salón sorprendida y casi ofendida de ver que Darcy seguía en el mismo sitio. Châteaufort, que estaba junto a ella, le ofreció su brazo que ella tomó automáticamente sin escucharlo, y casi sin darse cuenta de su presencia. Cruzó el vestíbulo, junto a la señora Lambert y a varias personas que la acompañaron hasta su coche. Darcy se había quedado en el salón. Cuando estuvo sentada en su calesa, Châteaufort le preguntó sonriendo si no iba a tener miedo sola de noche, por los caminos, añadiendo que iba a ir detrás de ella en su tílburi, tan pronto como el comandante Perrin hubiera concluido su partida de billar. Julia, que se encontraba ensimismada, pareció despertar al escuchar su voz, pero no había comprendido nada de lo que él dijo. E hizo lo que cualquier otra mujer habría hecho en una circunstancia similar: sonrió. Luego, con un gesto, se despidió de las personas que se encontraban sobre la escalinata y sus caballos se la llevaron rápidamente.

Pero, precisamente en el momento en que el coche se ponía en movimiento, había visto salir del salón a Darcy, pálido, con expresión triste, con los ojos clavados en ella, como si le pidiera una despedida distinta. Ella se marchó lamentando no haber podido hacer un gesto con la cabeza para él solo, e incluso pensó que él se habría molestado por ello. Ya había olvidado que él había delegado en otro la atención de conducirla hasta su coche; ahora los errores estaban de su parte y ella se los reprochaba como si se tratara de un gran crimen. Los sentimientos que había experimentado hacia Darcy, unos años atrás, al separarse de él la noche en que ella había cantado tan mal, eran mucho menos intensos que los que sentía en esta ocasión. Y no era sólo porque los años hubieran fortalecido sus impresiones sino porque además se incrementaban por toda la cólera acumulada contra su marido. Tal vez incluso la atracción que había sentido por Châteaufort quien, por otra parte estaba completamente olvidado en ese momento, la había preparado para dejarse llevar, sin demasiados remordimientos, por el sentimiento mucho más intenso que sentía por Darcy.

Por lo que a él respecta, sus pensamientos eran de una naturaleza mucho más tranquila. Le había agradado volver a encontrar a una bella mujer que le evocaba recuerdos felices, y cuyo trato le sería probablemente agradable durante el invierno que iba a pasar en París. Pero, una vez que ella ya no estaba ante sus ojos, no le quedaba mucho más que el recuerdo de algunas horas transcurridas alegremente, recuerdo cuya dulzura se había visto alterada por la perspectiva de acostarse tarde y de tener que hacer cuatro leguas antes de encontrar su cama. Dejémosle, inmerso en sus ideas prosaicas, cubrirse cuidadosamente con su abrigo, instalarse cómodamente y al biés en su coupé de alquiler, llevando sus pensamientos del salón de la señora Lambert a Constantinopla, de Constantinopla, a Corfú y de Corfú a un duermevela.

Querido lector, si le place, seguiremos a la señora de Chaverny.

Capítulo XI

CUANDO la señora de Chaverny salió del castillo de la señora Lambert, la noche estaba horriblemente oscura, la atmósfera pesada y asfixiante: de vez en cuando, los relámpagos, iluminando el paisaje, dibujaban las siluetas negras de los árboles sobre un fondo anaranjado pálido. Después de cada relámpago la oscuridad parecía intensificarse, y el cochero no veía ni la cabeza de sus caballos. Pronto, una violenta tormenta se desencadenó. La lluvia, que al principio caía en escasas y gruesas gotas, pronto se convirtió en un verdadero diluvio. El cielo estaba encendido por los cuatro puntos cardinales y la artillería celeste empezaba a hacerse ensordecedora. Los caballos, asustados, resoplaban fuertemente y se encabritaban en lugar de avanzar, pero el cochero había cenado espléndidamente; su gruesa capa y, sobre todo, el vino que había tomado, le impedían temer al agua y a los malos caminos. Azotaba enérgicamente a los pobres animales no menos intrépido que César bajo la tempestad cuando decía a su piloto: «¡Transportas a César y a su fortuna!»

La señora de Chaverny, que no sentía miedo de los truenos, no se ocupaba en absoluto de la tormenta. Se repetía todo cuanto Darcy le había dicho y se arrepentía de no haberle dicho cien cosas que habría podido decirle, cuando, de pronto, sus meditaciones se vieron interrumpidas por un violento golpe recibido en el coche: al mismo tiempo los cristales saltaron en añicos y se escuchó un crujido de mal augurio; la calesa se había precipitado a una cuneta. Julia pasó un buen susto. Pero la lluvia no cesaba; se había roto una rueda; los faroles se habían apagado, y no se veía en los alrededores ni una sola casa donde poder cobijarse. El cochero blasfemaba, el palafrenero maldecía al cochero y echaba pestes contra su torpeza. Julia seguía en el coche, preguntando cómo podrían

regresar a P… o qué había que hacer; pero a cada pregunta que hacía sólo recibía esta desesperante respuesta: «¡Es imposible!»

Mientras tanto, se oyó desde lejos el ruido sordo de un coche que se acercaba. Pronto el cochero de la señora de Chaverny reconoció, para su gran satisfacción, a uno de sus colegas, con el que había echado los cimientos de una estrecha amistad en la cocina de la señora Lambert; le gritó que se detuviera.

El coche se detuvo; y tan pronto como fue pronunciado el nombre de la señora de Chaverny, un joven que se encontraba en el coupé, abrió solo la puerta y exclamando: «¿Está herida?» se lanzó de un salto hacia la calesa de Julia. Ella había reconocido a Darcy, lo esperaba.

Sus manos se encontraron en la oscuridad y Darcy creyó notar que la señora de Chaverny apretaba la suya; pero era sin duda a causa del miedo. Después de las primeras preguntas, Darcy ofreció naturalmente su coche. Julia no respondió en un primer momento, pues estaba confusa respecto a la decisión que debía tomar. Por un lado, pensaba en las tres o cuatro leguas que tendría que hacer a solas con un hombre joven, si decidía seguir hacia París; por otro lado, si volvía al castillo para solicitar la hospitalidad de la señora Lambert, se estremecía sólo con pensar en tener que contar el novelesco accidente del coche volcado y del auxilio recibido por parte de Darcy. Reaparecer en el salón en mitad de la partida de whist, salvada por Darcy como la mujer turca… no quería ni pensarlo. Pero… ¡tres largas leguas hasta París!… Mientras se debatía así en la incertidumbre y murmuraba bastante torpemente algunas frases banales acerca de las molestias que le iba a causar, Darcy, que parecía leer en el fondo de su corazón, le dijo fríamente: «Utilice mi coche, señora, yo me quedaré en el suyo hasta que pase alguien hacia París.» Julia, temiendo demostrar demasiada mojigatería, se apresuró a aceptar el primer ofrecimiento pero no el segundo. Y como su decisión fue repentina, no tuvo tiempo de resolver la importante cuestión de saber si debían ir a P… o a París. Estaba ya dentro del coupé de Darcy, envuelta en el abrigo, que él se había apresurado a ofrecerle, y los caballos trotaban rápidamente hacia París, antes de que hubiera pensado decir adónde quería ir. Su criado había decidido en su lugar al darle al cochero el nombre y la calle de su señora.

La conversación se inició algo confusa por una parte y por la otra. El sonido de la voz de Darcy era rápido, y parecía anunciar algo de mal humor. Julia pensó que su irresolución le había molestado, y que la tomaba por una ridícula mojigata. Estaba ya tan influida por este hombre que se dirigía interiormente vivos reproches, y sólo pensaba en disipar ese mal humor del que se creía

culpable. El traje de Darcy estaba mojado, ella se dió cuenta y, despojándose con rapidez del abrigo, exigió que se cubriera con él. Se inició un combate de generosidad que, una vez zanjada la cuestión por la mitad, terminó con que cada uno tuvo una parte del abrigo ¡Enorme imprudencia que no habría cometido de no ser por ese momento de titubeo que quería hacer olvidar!

Estaban tan cerca el uno del otro, que la mejilla de Julia podía sentir el calor de la respiración de Darcy. Los traqueteos del coche los acercaban a veces incluso más.

—Este abrigo que nos cobija a los dos, —dijo Darcy— me recuerda nuestras charadas de antaño. ¿Se acuerda cuando hacía de Virginia, cuando nos disfrazamos los dos con la manteleta de su abuela?

—Sí, y de la reprimenda que me echó en aquella ocasión.

—¡Ah! —exclamó Darcy, ¡qué felices tiempos aquéllos! ¡cuántas veces no habré pensado con tristeza y felicidad en nuestras divinas veladas de la calle Bellechasse! ¿Se acuerda de las hermosas alas de buitre que le ataron en los hombros con cintas rosas, y del pico de papel dorado que yo le había fabricado con tanto arte?

—Sí, —respondió Julia— usted era Prometeo y yo el buitre. Pero ¡qué buena memoria tiene! ¿Cómo ha podido usted acordarse de todas aquellas locuras? ¡hace tanto tiempo que no nos hemos visto!

—¿Me está usted pidiendo un cumplido? —dijo Darcy sonriendo y colocándose de manera que pudiera mirarla de frente. Luego, en un tono más serio—: En realidad, —prosiguió— no es extraño que haya conservado el recuerdo de los momentos más felices de mi vida.

—¡Qué habilidad tenía para las charadas!… —dijo Julia temiendo que la conversación diera un giro demasiado sentimental.

—¿Quiere que le dé otra prueba más de mi memoria? —interrumpió Darcy. ¿Se acuerda usted del tratado de alianza que firmamos en casa de la señora Lambert? Prometimos hablar mal del mundo entero; en cambio, prometimos ayudarnos uno al otro y contra todos… Pero a nuestro tratado le sucedió lo que a la mayor parte de los tratados; que se quedó sin ejecutar.

—¿Qué sabe usted?

—¡Ah! imagino que no tuvo muchas veces ocasión de defenderme; pues, una vez alejado de París, ¿quién se iba a preocupar de mí?

—De defenderlo… no… pero de hablar de usted con sus amigos…

—¡Oh! ¡mis amigos! —exclamó Darcy con una sonrisa mezclada de tristeza

—, no tenía ninguno en aquella época, al menos que usted conociera. Los jóvenes que encontraba en casa de su señora madre me odiaban, no sé por qué; y, por lo que respecta a las mujeres, se ocupaban poco de un señor agregado del ministerio de Asuntos Exteriores.

—Era usted quien no se ocupaba de ellas.

—Eso es cierto. Jamás he podido hacerme el amable con personas que no me gustaban.

Si la oscuridad hubiera permitido distinguir el rostro de Julia, Darcy habría podido ver que un intenso rubor se había extendido por sus rasgos al oír la última frase, a la que ella le había dado una significación en la que probablemente Darcy no pensaba.

Sea como fuere, dejando ahí los recuerdos demasiado bien conservados por el uno y por la otra, Julia quiso volver al tema de sus viajes, esperando que de esa manera, se vería dispensada de hablar. El procedimiento funciona casi siempre con los viajeros, sobre todo con los que han visitado algún país lejano.

—¡Qué hermoso viaje el suyo! —dijo— y cuánto lamento no poder realizar jamás uno semejante.

Pero Darcy no estaba muy hablador. «¿Quién es ese joven de bigote, que le hablaba hace un momento?» —preguntó bruscamente.

Esta vez, Julie se ruborizó más. «Es un amigo de mi marido —contestó— un oficial de su regimiento… Dicen, —continuó sin querer abandonar su tema oriental— que las personas que han contemplado el hermoso cielo azul de Oriente ya no pueden vivir en otro lugar.

—Me ha desagradado mucho, no sé por qué… Hablo del amigo de su marido, no del cielo azul… En cuanto a ese cielo azul, señora, ¡Dios la libre! Termina uno por tomarle tal ojeriza a fuerza de verlo siempre igual, que admiraría, como si se tratara del más bello espectáculo, una sucia neblina de París. No hay nada que irrite más los nervios, créame, que ese hermoso cielo azul, que fue azul ayer y será azul mañana. ¡Si supiera con qué impaciencia, con qué esperanza frustrada, siempre renovada, se aguarda una nube!

—¡Y sin embargo permaneció mucho tiempo bajo ese cielo azul!

—Me era bastante difícil actuar de otra manera, señora. Si hubiera podido realizar mis deseos, habría regresado rápidamente a los alrededores de la calle de Bellechasse, después de haber satisfecho el pequeño impulso de curiosidad que excitan necesariamente las cosas exóticas de Oriente.

—Creo que otros muchos viajeros dirían lo mismo si fueran tan francos

como usted… ¿Cómo se ocupa el tiempo en Constantinopla y en las demás ciudades de Oriente?

—Allí, como en todas partes, hay numerosas formas de matar el tiempo. Los ingleses beben, los franceses juegan, los alemanes fuman, y algunas personas ingeniosas, para variar sus entretenimientos, hacen que les disparen con un fusil al subirse a los tejados para observar a las mujeres del país.

—Es esta última ocupación la que usted preferiría, probablemente.

—En absoluto. Yo estudiaba el turco y el griego, lo que me cubría de ridículo. Cuando había terminado los asuntos de la embajada, dibujaba, iba a caballo hasta Eaux-Douces y después iba al puerto para ver si llegaba alguna figura humana de Francia o de cualquier otro lugar.

—Debía causarle un gran placer ver a un francés tan lejos de Francia.

—Sí; pero para un hombre inteligente que llegaba, qué montón de vendedores de bisutería o de cachemira; o, lo que es bastante peor, cuántos jóvenes poetas, que tan pronto como veían a alguien de la embajada le gritaban desde lejos: ¡Lléveme a ver las ruinas, lléveme a Santa Sofía, condúzcame a las montañas, hasta el mar azul; quiero conocer los lugares en los que suspiraba Hero! Luego, cuando han cogido una buena insolación, se encierran en su hotel, y sólo quieren ver los últimos números del Constitutionnel.

—Todo lo ve negativo, siguiendo su antigua costumbre. ¿Sabe? no se ha corregido en nada, pues sigue siendo igual de burlón.

—Dígame señora, si no está permitido a un condenado qui frit dans sa poêle alegrarse un poco a costa de sus compañeros de fritura? ¡Palabra de honor! usted no sabe qué miserable es la vida que llevamos allí. Nosotros los secretarios de embajada nos parecemos a las golondrinas que no se instalan nunca. Para nosotros no existen las relaciones íntimas que constituyen la felicidad de la vida… creo. (Pronunció estas últimas palabras con un acento singular y acercándose a Julia). Desde hace seis años no he encontrado a nadie con quien intercambiar mis ideas.

—¿No tenía amigos allí, pues?

—Acabo de decirle que en un país extraño es imposible tenerlos. Había dejado dos en Francia. Uno ha muerto; el otro se encuentra actualmente en América, de donde no regresará hasta dentro de unos años, si la fiebre amarilla no lo retiene allí.

—¿Así que está solo?…

—Solo.

—Y la relación con las mujeres, ¿cómo es en Oriente? ¿No le ofrece algún recurso?

—¡Oh! ese asunto, es el peor de todos. Por lo que se refiere a las mujeres turcas, no hay ni que soñar con ellas. Las griegas y las armenias, lo mejor que se puede decir de ellas es que son muy bellas. En cuanto a las mujeres de los cónsules y los embajadores, dispénseme de hablarle de ellas. Es un asunto diplomático; si dijera lo que pienso de ellas, podría lesionar los Asuntos Exteriores.

—No parece usted amar mucho su carrera. ¡Sin embargo, en otros tiempos deseaba con tanto ardor entrar en la diplomacia!

—Entonces no conocía aún el oficio. Ahora me gustaría ser inspector de limpieza en París!

—¡Ah, Dios! ¿cómo puede decir eso? ¡En París! ¡la residencia más fastidiosa sobre la tierra!

—No blasfeme. Me gustaría oír su palinodia en Nápoles, después de dos años de estancia en Italia.

—Ver Nápoles, era lo que más deseaba en el mundo —contestó ella suspirando—con tal de que mis amigos estuvieran conmigo.

—¡Oh! con esa condición, daría yo la vuelta al mundo. ¡Viajar con los amigos! es como si uno permaneciera en su salón, mientras el mundo pasa por delante de sus ventanas, como un panorama que se deslizara.

—¡Bueno! si es pedir demasiado, me gustaría viajar con uno… con dos amigos solamente.

—Por mi parte, no soy ambicioso; yo sólo querría uno, o una —añadió sonriendo—. Pero es una felicidad que no he tenido nunca… y que no tendré, —prosiguió con un suspiro. Luego, con un tono más alegre—: De verdad, yo he tenido siempre mala suerte. Sólo he deseado ardientemente dos cosas, y no he podido conseguir ninguna.

—¿Y qué eran, pues?

—¡Oh! nada de extravagante. Por ejemplo, deseé apasionadamente poder bailar un vals con alguien… Realicé estudios concienzudos acerca del vals. Ensayé durante meses enteros, solo, con una silla, para vencer el mareo que no dejaba de llegar, y cuando conseguí no tener más vértigos…

—Y ¿con quién quería usted bailar?

—¿Y si le dijera que era con usted?… Cuando, después de mucho esfuerzo, llegué a ser un consumado bailarín de vals, su abuela, que acababa de tomar un

confesor jansenista, prohibió el vals en el orden del día, aún me duelo de ello.

—¿Y su segundo deseo?… —preguntó Julia muy turbada.

—Mi segundo deseo, se lo confieso. Me habría gustado -era muy ambicioso por mi parte-, me habría gustado ser amado… amado de verdad… Pero esto lo deseaba antes que lo del vals, pues no sigo un orden cronológico… me habría gustado, como le digo, ser amado por una mujer que me prefiriera al vals, el más peligroso de todos los rivales; por una mujer que yo hubiera podido ir a visitar con las botas embarradas en el momento en que ella se disponía a subir al coche para ir al baile. Estaría vestida de gala, pero me diría: Quedémonos. Era una locura. No deben pedirse sino cosas posibles.

—¡Qué malo es! ¡Siempre con sus observaciones irónicas! Nada encuentra gracia ante usted. Es usted siempre despiadado con las mujeres.

—¡Yo! ¡Dios me libre! Es más bien de mí mismo de quien hablo mal. ¿Es hablar mal de las mujeres decir que prefieren una velada agradable… antes que una conversación a solas conmigo?

—¡Un baile!… ¡un traje!… ¡Ah, Dios mío!… ¿a quién le gusta bailar ahora?…

No tenía intención de justificar a todo su sexo, puesto en tela de juicio; creía oír el pensamiento de Darcy, y la pobre mujer sólo oía su propio corazón.

—A propósito de traje y de baile, ¡qué lástima que ya no estemos en carnaval! He traído un traje de mujer griega encantador, y que le iría muy bien.

—Me hará un dibujo para mi álbum.

—Con mucho gusto. Ya verá cuánto he progresado desde los tiempos en que pintaba monigotes sobre la mesa de té de su señora madre.— A propósito, señora, tengo que darle una enhorabuena; esta mañana, en el ministerio, me han dicho que el señor de Chaverny iba a ser nombrado gentilhombre de la cámara. Me ha causado una gran alegría.

Julia se estremeció involuntariamente.

Darcy continuó sin percatarse de ese movimiento:

—Permítame solicitar su protección desde ahora… Aunque, en el fondo, no estoy demasiado feliz por su nueva dignidad. Temo que se vea obligada a ir a vivir a Saint-Cloud durante el verano y entonces no tenga el honor de verla con frecuencia.

—No iré a Saint-Cloud jamás, —dijo Julia con voz muy emocionada.

—¡Oh! tanto mejor, pues ¿sabe una cosa? París es el paraíso del que no hay que salir si no es para ir de vez en cuando a cenar al campo, a casa de la señora

Lambert, con la condición de volver por la noche. ¡Qué suerte tiene de vivir en París, señora! Yo, que tal vez no esté aquí por mucho tiempo, no puede hacerse una idea de lo feliz que me encuentro en el pequeño apartamento que me ha cedido mi tía. Usted, según me han dicho, vive en el barrio de Saint-Honoré. Me han indicado cuál es su casa. Debe tener un jardín delicioso si la manía de construir no ha cambiado ya sus paseos en tiendas.

—No, mi jardín sigue aún intacto, a Dios gracias.

—¿Qué día recibe usted, señora?

—Yo estoy en casa casi todas las noches. Estaré encantada de que venga usted a verme algún día.

—Ya ve, señora, que me comporto como si nuestra alianza subsistiera aún. Me invito solo, sin ceremonias y sin presentación oficial. Me perdona, ¿verdad?… Sólo la conozco a usted en París y a la señora Lambert. Todo el mundo se ha olvidado de mí, pero sus dos casas son las únicas que he añorado en mi exilio. Su salón, sobre todo, debe ser encantador. ¡Usted elige tan bien a sus amigos!… ¿Se acuerda de los proyectos que hacía en otros tiempos para cuando fuera ama de casa? Quería tener un salón inaccesible a los aburridos; música a veces, pero siempre conversación y hasta bien tarde; nada de gente pretenciosa. Un número reducido de personas perfectamente conocidas y que, por consiguiente, no intentaran mentir ni impresionar… Dos o tres mujeres de talento (es imposible que sus amigas no lo sean…) y su casa sería la más agradable de París. Sí, es usted la más feliz de las mujeres, y hace feliz a cuantos se le acercan.

Mientras Darcy hablaba, Julia pensaba que esa felicidad que él describía con tanta vivacidad, habría podido conseguirla si se hubiera casado con otro hombre…, con Darcy, por ejemplo. En lugar de ese salón imaginario, tan elegante y agradable, pensaba en las personas aburridas que Chaverny había atraído a su casa…; en lugar de esas conversaciones tan alegres, recordaba las escenas conyugales como la que la había llevado a P… Se veía, en fin, desgraciada para siempre, unida de por vida al destino de un hombre que odiaba y despreciaba; mientras que aquél que ella consideraba como el más amable del mundo, aquél a quien ella habría querido encargarle la misión de asegurar su felicidad, debía permanecer siendo un extraño para ella. Debía evitarlo, y separarse…, ¡y él estaba tan cerca de ella que las mangas de su vestido eran arrugadas por las solapas de su abrigo!

Darcy continuó algún rato describiendo los placeres de la vida de París con toda la elocuencia que le proporcionaba una larga privación. Julia, mientras

tanto, sentía las lágrimas correr a lo largo de sus mejillas. Temblaba al pensar que Darcy pudiera darse cuenta, y el esfuerzo que realizaba para impedirlo, le daba mayor fuerza a su emoción. Se ahogaba; no se atrevía a moverse. Al final, se le escapó un sollozo, y todo estuvo perdido. Metió la cabeza entre las manos, medio sofocada por las lágrimas y la vergüenza.

Darcy, que era lo último en lo que pensaba, se quedó sorprendido. Por un instante la sorpresa le hizo enmudecer; pero, como los sollozos aumentaban, se sintió obligado a hablar y a preguntar acerca de la causa de esas lágrimas tan repentinas.

—¿Qué le ocurre, señora? por Dios, señora…., respóndame. ¿Qué le pasa?…

Y como la pobre Julia, tras cada una de esas preguntas, apretaba con más fuerza su pañuelo sobre los ojos, él le tomó una mano, y, separando suavemente el pañuelo: «Le ruego encarecidamente, señora, —le dijo con un tono de voz tan alterado que le llegó a Julia hasta el fondo del corazón—, le ruego encarecidamente ¿qué le pasa? ¿La he ofendido involuntariamente?… Su silencio me desespera.

—¡Ah! —exclamó Julia sin poder contenerse más—, ¡soy muy desgraciada! —Y sollozó más fuerte aún.

—¡Desgraciada! ¿Cómo?… ¿por qué?… ¿quién puede hacerla desgraciada?, respóndame. Mientras hablaba, le apretaba las manos, y su cabeza tocaba casi la de Julia, que seguía llorando en lugar de responder. Darcy no sabía qué pensar, pero estaba conmovido por sus lágrimas. Se sentía rejuvenecido seis años, y comenzaba a vislumbrar que, en un futuro que no se había presentado aún a su imaginación, podría pasar del papel de confidente a otro más elevado.

Como ella se obstinaba en no responder, Darcy, temiendo que se encontrara mal, bajó uno de los cristales del coche, desató las cintas del sombrero de Julia, separó su abrigo y el chal. Los hombres son poco hábiles para esas cosas. Quería que detuvieran el coche cerca de un pueblo, y estaba llamando ya al cochero, cuando Julia, cogiéndole del brazo, le suplicó que no mandara parar, y le aseguró que estaba mucho mejor. El cochero, que no había oído nada, continuó dirigiendo sus caballos hacia París.

—Pero le suplico, mi querida señora de Chaverny, —dijo Darcy volviendo a cogerle la mano que había soltado por un momento—, le ruego encarecidamente, dígame ¿qué le pasa?. Temo… No puedo comprender como he sido tan miserable como para causarle una pena.

—¡Ah! ¡no es usted! —exclamó Julia; y le oprimió un poco la mano.

—¡Pues bien! dígame, ¿quién puede hacerle llorar así? hábleme con confianza. ¿No somos viejos amigos? —añadió él sonriente y apretando a su vez la mano de Julia.

—Usted me hablaba de la felicidad de la que me cree rodeada…, ¡y esa felicidad está tan lejos de mí!…

—¡Cómo! ¿no tiene usted todos los elementos de la felicidad?… Es usted joven, rica, bella… Su marido ocupa en rango distinguido en la sociedad…

—¡Lo detesto! —exclamó Julia fuera de sí—; ¡lo desprecio! Y ocultó su cara en el pañuelo sollozando con más fuerza que nunca.

«¡Oh! ¡oh! —pensó Darcy— esto se pone serio.» Y, aprovechando con habilidad los traqueteos del coche para acercarse más a la desventurada Julia: «¿Por qué, —le dijo con la voz más dulce y tierna del mundo— por qué se aflige así? ¡Es necesario que un ser que usted desprecia tenga tanta influencia en su vida! ¿Por qué le permite que envenene su felicidad? Y, además ¿es a él a quién usted debe pedirle esa felicidad?… Y le besó la punta de los dedos; mas como ella retiró inmediatamente la mano con terror, temió haber ido demasiado lejos… Pero, decidido a ver el final de la aventura, dijo suspirando de un modo bastante hipócrita:

—¡Qué engañado he estado! Cuando supe la noticia de su matrimonio, creí que el señor de Chaverny le gustaba de verdad.

—¡Ah! señor de Darcy, ¡usted no me ha conocido nunca!. El tono de su voz decía claramente: «Yo le he amado siempre y usted no ha querido darse cuenta.» La pobre mujer creía en ese momento, con la mejor fe del mundo, que había amado siempre a Darcy, durante los seis años transcurridos, con tanto amor como el que sentía por él en ese momento.

—¡Y usted! —exclamó Darcy animándose—, ¿usted, señora, me ha conocido a mí? ¿Supo alguna vez cuáles eran mis sentimientos? ¡Ah! si me hubiera conocido mejor, ahora seríamos felices los dos, sin duda.

—¡Qué desgraciada soy! —repitió Julia incrementando sus lágrimas, y apretándole la mano con fuerza.

—Pero aunque usted me hubiera comprendido, señora, —continuó Darcy con esa expresión de irónica melancolía que le era habitual—, ¿cuál habría sido el resultado? Yo no tenía fortuna; la suya era considerable; su madre me habría rechazado con desprecio. — Estaba condenado de antemano. — Usted misma, sí, usted, Julia, antes de que una nefasta experiencia le haya enseñado dónde reside la verdadera felicidad, usted se habría reído sin duda de mi presunción, y

un coche bien barnizado, con una corona de conde sobre los laterales, habría sido sin duda el medio más seguro para agradarle entonces.

—¡Oh cielos! ¡usted también! ¿No habrá nadie pues que se apiade de mí?

—Perdóneme, querida Julia, —exclamó él muy emocionado también—; perdóneme, se lo ruego. Olvide estos reproches; no, yo no tengo derecho a hacérselos. — ¡Yo soy más culpable que usted… No supe valorarla. La creía débil como todas las mujeres del mundo en que vivía; dudé de su valentía, querida Julia, y he sido cruelmente castigado por ello!… Besó ardientemente las manos, que ella ya no retiraba; iba a apretarla contra su pecho…, pero Julia lo rechazó con una viva expresión de terror, y se alejó de él tanto como la anchura del coche podía permitírselo.

Tras lo cual dijo Darcy, con una voz cuya dulzura hacía la expresión aún más punzante: «Discúlpeme, señora, se me había olvidado París. Ahora recuerdo que allí uno se casa, pero no ama en absoluto.»

—¡Oh, sí, yo le amo!, —murmuró ella sollozando; y dejó caer su cabeza sobre el hombro de Darcy. Darcy la estrechó entre sus brazos con arrebato, intentando detener sus lágrimas con besos. Ella intentó una vez más liberarse del abrazo, pero ése fue el último intento que hizo.

Capítulo XII

DARCY se había equivocado acerca de la naturaleza de su emoción; hay que decirlo claramente: él no estaba enamorado. Había aprovechado la buena fortuna que parecía caerle en los brazos, y que merecía bastante no dejarla escapar. Además, como todos los hombres, era mucho más elocuente para pedir que para agradecer. Pero era educado y, en ocasiones, la cortesía hace las veces de sentimientos más respetables. Una vez que pasó el primer movimiento de embriaguez, recitaba pues a Julia frases tiernas que componía sin gran esfuerzo, y que acompañaba de abundantes besos en las manos que le ahorraban otras tantas palabras. Contemplaba, sin añoranza, que el coche estaba entrando en la ciudad, y que en unos minutos iba a separarse de su conquista. El silencio de la señora de Chaverny en mitad de sus protestas de amistad, el abatimiento en el que ella parecía sumida, hacía difícil, incluso fastidiosa, si me atrevo a decirlo, la posición del nuevo amante.

Ella estaba inmóvil, en un rincón del coche, apretando maquinalmente el chal contra su pecho. Ya no lloraba; sus ojos estaban fijos, y cuando Darcy le tomaba la mano para besarla, esta mano, desde el momento en que era soltada, recaía sobre sus rodillas como muerta. No hablaba, apenas escuchaba; pero un tropel de pensamientos hirientes acudía a su espíritu de golpe; y, si quería expresar uno de ellos, al instante, otro venía a cerrarle la boca.

¿Cómo describir el caos de esos pensamientos, o más bien de esas imágenes que se sucedían con la misma rapidez que los latidos del corazón? Creía escuchar en sus oídos palabras sin ligazón y sin continuación, pero todas con terrible significado. Por la mañana había acusado a su marido, él era vil a sus ojos; pero ahora ella era cien veces más despreciable. Le parecía que su

vergüenza era pública. — La querida del duque de H***, a su vez, la rechazaría. — La señora Lambert y sus amigos no querrían volver a verla. — ¿Y Darcy?. — ¿La amaba? — La había conocido apenas. — Luego la había olvidado. — No la había reconocido en un primer momento. — Posiblemente la había encontrado muy cambiada. — Era frío con ella: ése era el golpe de gracia. Su entusiasmo por un hombre que apenas la conocía, que no le había demostrado amor… sino sólo cortesía. — Era imposible que la quisiera. — Y ella misma ¿lo amaba? No, puesto que se casó apenas él acababa de marcharse.

Cuando el coche entró en París, los relojes dieron la una. Fue a las cuatro cuando había visto a Darcy por vez primera. — Sí, visto, no podía decir vuelto a ver… Había olvidado sus facciones, su voz; era un extraño para ella… ¡Nueve horas después, se había convertido en su amante!… Nueve horas habían bastado para esta singular fascinación… habían bastado para que ella estuviera deshonrada a sus propios ojos, y a los ojos del mismo Darcy; pues ¿qué podía pensar de una mujer tan débil? ¿Cómo no despreciarla?

A veces, la dulzura de la voz de Darcy, las palabras tiernas que le dirigía, la reanimaban un poco. Entonces se esforzaba por creer que él sentía realmente el amor del que le hablaba. Ella no se había rendido tan fácilmente. — Su amor existía desde hacía tiempo cuando Darcy se marchó. — Darcy debía saber que ella se había casado sólo por el despecho que su marcha le había hecho sentir. — Toda la culpa era de Darcy. — Sin embargo, él la había seguido amando durante su larga ausencia. — Y, a su regreso, había sido feliz al volver a encontrarla tan fiel como él. — La franqueza de su declaración, incluso su debilidad, debían gustarle a Darcy, que detestaba el disimulo. — Pero pronto comprendía lo absurdo de estos razonamientos. — Las ideas consoladoras se esfumaban, y continuaba presa de la vergüenza y la desesperación.

En un momento quiso expresar lo que sentía. Acababa de verse proscrita por la sociedad, abandonada por su familia. Después de haber ofendido tan gravemente a su marido, su orgullo no le permitía volver a verlo jamás. «Soy amada por Darcy, —se dijo—; y no puedo amar sino a él. — Sin él no puedo ser feliz. Con él seré feliz en cualquier sitio. Vayámonos juntos a algún lugar donde nunca pueda encontrar un rostro que me haga ruborizar. Que me lleve con él a Constantinopla…»

Darcy estaba a cien leguas de adivinar lo que estaba pasando en el corazón de Julia. Acababa de observar que estaban entrando en la calle en la que vivía la señora de Chaverny, y se estaba poniendo los guantes helados con mucha sangre fría.

—A propósito —dijo— es necesario que sea presentado oficialmente al señor Chaverny… Supongo que dentro de poco seremos buenos amigos. —Presentado por la señora Lambert, entraré con buen pie en su casa. Mientras tanto, y dado que está en el campo, ¿puedo venir a verla?

Las palabras expiraron en los labios de Julia. Cada palabra de Darcy era una puñalada. ¿Cómo hablarle de escapada, de rapto a este hombre tan tranquilo, tan frío que no pensaba sino en organizar su relación para el verano de la manera más cómoda? Rompió con rabia la cadena de oro que llevaba al cuello y retorció los eslabones entre sus dedos. El coche se detuvo ante la puerta de la casa en que vivía. Darcy se apresuró a arreglarle el chal sobre los hombros y a reajustarle el sombrero. Cuando la portezuela se abrió, él le presentó su mano de la forma más respetuosa, pero Julia saltó al suelo sin querer apoyarse en él. «Le pido permiso, señora, dijo él inclinándose profundamente, para venir a saber noticias de usted.»

—¡Adiós! —dijo Julia con voz ahogada.

Darcy volvió a subir a su coupé, e hizo que lo condujeran a su casa silbando, con el aspecto de un hombre muy satisfecho de su jornada.

Capítulo XIII

TAN pronto como se encontró en su apartamento de soltero, Darcy se puso una bata turca, las zapatillas, y tras haber cargado de tabaco de latakié una larga pipa cuyo tubo era de cerezo de Bosnia y la cazoleta de ámbar blanco, se dispuso a saborearla, recostándose en una gran butaca tapizada de tafilete rellena. A las personas que se sorprendan de verlo en tan vulgar ocupación en un momento en el que, probablemente, debería haber soñado más poéticamente, le responderé que una buena pipa es útil, si no necesaria, para la ensoñación, y que la verdadera forma de gozar de una felicidad, es asociarla a otra. Uno de mis amigos, hombre muy sensual, no abría jamás una carta de su amante, sin haberse quitado la corbata, atizado el fuego -si era en invierno-, y haberse recostado cómodamente sobre un canapé.

«Verdaderamente—se dijo Darcy— habría sido un gran imbécil si hubiera seguido el consejo de Tyrrel, y hubiera comprado una esclava griega para traerla a París. ¡Pardiez! eso habría sido, como decía mi amigo Haleb-Effendi, llevar higos a Damasco. A Dios gracias, la civilización ha avanzado mucho durante mi ausencia, y no parece que la rigidez sea llevada al exceso… ¡Ese pobre Chaverny!…¡Ah! ¡ah!. Sin embargo, si yo hubiera sido suficientemente rico hace unos años, yo me habría casado con Julia, y tal vez, fuera Chaverny quien la habría acompañado esta noche. Si me caso algún día, haré que revisen con frecuencia el coche de mi esposa, para que no necesite caballeros andantes que la saquen de las cunetas… Veamos, hagamos memoria. En conjunto, es una mujer muy bella, tiene talento, y, si no fuera tan viejo como soy, sólo dependería de mí creer que es a mi prodigioso mérito… ¡Ah! ¡mi prodigioso mérito! ¡Ah! ¡ah! dentro de un mes es posible que mi mérito se encuentre al mismo nivel que el del

señor del bigote… ¡Voto a bríos! me habría gustado mucho que la pequeña Anastasia, que tanto amé, hubiera sabido leer y escribir y pudiera charlar con las personas educadas, pues creo que es la única mujer que yo he amado… ¡Pobre niña!…» Su pipa se apagó y él se quedó dormido enseguida.

Capítulo XIV

AL entrar en sus aposentos, la señora de Chaverny hizo acopio de todas sus fuerzas para decirle a la doncella con naturalidad que no la necesitaba y que la dejara sola. Tan pronto como la joven salió, ella se arrojó sobre la cama y allí se puso a llorar más amargamente, ahora que estaba a solas, que cuando la presencia de Darcy le obligaba a reprimirse.

Es indudable que la noche ejerce gran influencia sobre las penas morales como sobre los dolores físicos. Le da a todo un tinte lúgubre, y las imágenes que de día serían indiferentes e incluso risueñas, por la noche nos inquietan y atormentan, como espectros que sólo tienen poder en las tinieblas. Parece que durante la noche el pensamiento duplica su actividad y la razón pierde su dominio. Una especie de fantasmagoría interior nos turba y nos asusta sin que tengamos fuerza para alejar la causa de nuestros temores o para examinar fríamente la realidad.

Imaginen a la pobre Julia echada sobre su cama, a medio vestir, agitándose sin cesar, a ratos devorada por un ardiente calor, a ratos helada por un escalofrío penetrante, sobresaltándose con el menor crujido de las maderas, y oyendo claramente los latidos de su corazón. Sólo conservaba de su situación una vaga angustia de la que buscaba en vano la causa. Luego, de pronto, el recuerdo de esa fatal velada pasaba por su mente, rápido como un relámpago, y con él se despertaba un dolor intenso y agudo como el que produce un hierro candente en una herida cicatrizada.

Unas veces miraba su lámpara, observando con estúpida atención todas las oscilaciones de la llama, hasta que las lágrimas que se acumulaban en sus ojos, sin saber por qué, le impedían ver la luz. «¿Por qué estas lágrimas? —se

preguntada—. ¡Ah! ¡estoy deshonrada!»

Otras veces contaba las borlas de las cortinas de su lecho, pero no podía nunca recordar el número total. «¿Qué es, pues, esta locura? —pensaba—. ¿Locura? Sí, locura, pues hace una hora que me he entregado, como una vulgar cortesana, a un hombre que no conozco.»

Luego seguía con mirada perpleja la aguja de su reloj con la ansiedad de un condenado que ve acercarse la hora de la ejecución. De pronto el reloj sonaba: «Hace tres horas —decía— sobresaltándose, estaba con él, y ahora estoy deshonrada.»

Pasó toda la noche en esta agitación febril. Cuando amaneció, abrió la ventana, y el aire fresco y punzante de la mañana, le produjo algún alivio. Apoyada sobre el alféizar de su ventana que daba al jardín, respiraba el aire frío con una especie de voluptuosidad. Poco a poco, el desorden de sus ideas se disipó. A los confusos tormentos, al delirio que la agitaban, siguió una profunda desesperación que, en comparación, era un descanso.

Había que tomar una decisión. Entonces se dedicó a pensar qué era lo que debía hacer. No se detuvo un instante en la idea de volver a ver a Darcy. Eso le parecía imposible; se habría muerto de vergüenza al verlo llegar. Debía abandonar París, donde, dentro de dos días todo el mundo la señalaría con el dedo. Su madre se encontraba en Niza; iría a reunirse con ella y se lo contaría todo; luego, después de haberse desahogado sobre su pecho, sólo tenía una cosa que hacer, y era buscar algún lugar desierto en Italia, desconocido para los viajeros, donde iría a vivir sola y dentro de poco, a morir.

Tan pronto como tomó esta decisión, se encontró más tranquila. Se sentó ante una mesita, frente a la ventana y, con la cabeza entre las manos, se puso a llorar, pero esta vez, sin amagura. La fatiga y el abatimiento se adueñaron de ella, por fin, y se quedó dormida, o más bien, dejó de pensar durante una hora más o menos.

Se despertó con espasmos de fiebre. El tiempo había cambiado, el cielo estaba gris, y una lluvia fina y helada anunciaba frío y humedad para todo el resto del día. Julia llamó a su doncella. «Mi madre está enferma, —dijo— es necesario que salga inmediatamente hacia Niza. Prepáreme una maleta, quiero salir dentro de una hora.

—Pero, señora, ¿qué tiene? ¿No está usted enferma?… ¡La señora no se ha acostado! —exclamó la doncella, sorprendida y alarmada por el cambio que observó en las facciones de su señora.

—Quiero marcharme, —dijo Julia con un tono impaciente— es absolutamente necesario que me vaya. Prepáreme una maleta.

En nuestra moderna civilización, no basta con un simple acto de voluntad para ir de un lugar a otro. Hace falta un pasaporte, hay que hacer paquetes, llevar cajas, ocuparse de cien fastidiosos preparativos que bastarían para quitarle a uno las ganas de viajar. Pero la impaciencia de Julia abrevió mucho todas esas lentitudes necesarias. Iba y venía de una habitación a otra, ayudaba a hacer el equipaje, amontonando sin orden sombreros y vestidos acostumbrados a ser tratados con más miramientos. Sin embargo, los movimientos que ella hacía contribuían más bien a retrasar a los criados que a apresurarlos.

—¿La señora ha avisado sin duda al señor? —preguntó tímidamente la doncella.

Sin contestarle, Julia tomó papel y escribió: «Mi madre está enferma en Niza. Voy junto a ella». Dobló en cuatro el papel, pero no pudo decidirse a poner en él una dirección.

En mitad de los preparativos del viaje, entró un criado diciendo: «El señor de Châteaufort pregunta si la señora está visible; hay también otro señor que ha llegado al mismo tiempo, y que yo no conozco: ésta es su tarjeta.»

Leyó: «E. DARCY, secretario de embajada.»

Apenas pudo reprimir un grito: «¡No estoy para nadie! —exclamó—; dígales que estoy enferma. No diga que me voy a marchar.» No podía explicarse cómo Châteaufort y Darcy venían a verla al mismo tiempo, y en su confusión, dudó de que Darcy no hubiera elegido a Châteaufort como confidente. Sin embargo, no había nada más sencillo que su presencia simultánea. Traídos por el mismo motivo, se habían encontrado en la puerta; y, después de haber intercambiado un saludo muy frío, se habían mandado en voz baja uno y otro al diablo, de todo corazón.

Tras la respuesta del criado, bajaron juntos la escalera, se saludaron de nuevo más fríamente aún, y se alejaron cada uno en una dirección opuesta.

Châteaufort había observado la atención especial que la señora de Chaverny había mostrado a Darcy y desde ese mismo momento había empezado a odiarlo. Por su parte, Darcy, que presumía de ser fisonomista, no había podido observar el aire de confusión y de contrariedad de Châteaufort sin llegar a la conclusión de que amaba a Julia; y como, en calidad de diplomático, estaba inclinado a suponer el mal a priori, había concluido, bastante a la ligera, que Julia se entendía con Châteaufort.

«Esta extraña coqueta —se decía a sí mismo al salir— no habrá querido recibirnos juntos, por miedo a una explicación semejante a la del Misántropo… Pero he sido bien tonto al no buscar algún pretexto para quedarme y dejar que este joven fatuo se marchara. Sin lugar a dudas, si hubiera esperado a que él hubiera dado la espalda, habría sido admitido, pues tengo sobre él la incuestionable ventaja de la novedad.»

Mientras hacía estas reflexiones, se había detenido, luego se había dado la vuelta, y luego entraba en casa de la señora de Chaverny. Châteaufort, que también se había vuelto varias veces para observarlo, regresó sobre sus pasos y se colocó de vigilancia, a alguna distancia, para espiarlo.

Darcy dijo al criado, sorprendido de volver a verlo, que había olvidado darle una nota para su señora, que se trataba de un asunto urgente y de un encargo que le había encomendado una dama para la señora de Chaverny. Recordando que Julia comprendía el inglés, escribió en su tarjeta con lápiz: Begs leave to ask when he can show to Mme de Chaverny his turkish Album. Entregó la tarjeta al lacayo y dijo que esperaría la respuesta.

La respuesta tardó bastante en llegar. Por fin el criado regresó muy turbado. «La señora, —dijo— se ha encontrado mal hace un momento, y ahora está demasiado afectada para poder responderle.» Todo eso había durado un cuarto de hora. Darcy no creía en el desmayo, pero era evidente que no querían recibirlo. Lo tomó filosóficamente; y, recordando que tenía varias visitas que hacer por la zona, salió sin lamentarse mucho por este contratiempo.

Châteaufort lo esperaba con una ansiedad furiosa. Al verlo pasar, no tuvo dudas de que era su rival feliz, y se prometió aprovechar la primera oportunidad que se le presentara para vengarse la de infiel y de su cómplice. El comandante Perrin, que encontró muy a propósito, recibió su confidencia y lo consoló lo mejor que pudo, demostrándole la poca exactitud de sus sospechas.

Capítulo XV

JULIA se había desmayado de verdad al recibir la segunda tarjeta de Darcy. Su desvanecimiento fue seguido por un esputo de sangre que la debilitó mucho. Su doncella había mandado llamar al doctor; pero Julia se negó obstinadamente a recibirlo. Hacia las cuatro de la tarde los caballos de posta habían llegado, se cargaron las maletas: todo estaba listo para la salida. Julia subió al coche, tosiendo horriblemente y en un estado que daba lástima. Durante la velada y toda la noche, sólo habló con el lacayo sentado en el asiento de la calesa y sólo para que éste dijera a los postillones que se apresuraran. Seguía tosiendo y parecía sufrir mucho del pecho; pero no dejó escapar ni una sola queja. Por la mañana, estaba tan débil que se desmayó al abrir la portezuela. La bajaron en un mal hospedaje, donde la acostaron. Llamaron a un médico de pueblo; la encontró con una fiebre muy alta y le prohibió seguir viaje. Sin embargo, ella quería continuar. Por la noche empezó a delirar y todos los síntomas aumentaron de gravedad. Hablaba constantemente y con una volubilidad tan grande, que era muy difícil comprenderla. En sus frases incoherentes aparecían con frecuencia los nombres de Darcy, de Châteaufort y de la señora Lambert. La doncella escribió al señor de Chaverny para comunicarle la enfermedad de su esposa; pero ella se encontraba a casi treinta leguas de París, Chaverny estaba cazando con el duque de H***, y la enfermedad hacía tantos progresos, que era dudoso que él pudiera llegar a tiempo.

El lacayo mientras tanto, había ido a caballo a la ciudad vecina, y había traído a un médico. Éste criticó las prescripciones de su colega, declaró que se le había llamado demasiado tarde y que la enfermedad era grave.

El delirio cesó al amanecer, y Julia se durmió entonces profundamente.

Cuando se despertó, dos o tres horas después, pareció tener dificultades para recordar por qué serie de accidentes se encontraba acostada en una sucia habitación de una posada. Sin embargo, recuperó pronto la memoria. Dijo que se sentía mejor, e incluso habló de seguir viaje al día siguiente. Luego, después de haber parecido meditar mucho tiempo con la mano sobre la frente, pidió tinta y papel, y quiso escribir. Su doncella la vio comenzar cartas que luego rompía después de haber escrito las primeras palabras. Al mismo tiempo recomendaba que se quemaran todos los trozos de papel. La doncella pudo leer en numerosos trozos la palabra: Señor; lo que le pareció extraño, —dijo más tarde— porque creía que la señora estaba escribiendo a su madre o a su esposo. En otro trozo pudo leer: «Debe usted despreciarme mucho…»

Durante cerca de media hora intentó inútilmente escribir esa carta, que tanto parecía inquietarla. Por fin, el agotamiento de sus fuerzas no le permitió seguir: empujó el pupitre que habían colocado sobre su cama, y con un aspecto enajenado dijo a su doncella: «Escriba usted misma al señor Darcy.»

—¿Qué debo escribir, señora? —preguntó la doncella, persuadida de que el delirio iba a volver a empezar.

—Escríbale que no me conoce… que yo no le conozco…, Y volvió a caer sobre la almohada abrumada.

Esas fueron las últimas palabras coherentes que pronunció. Volvió el delirio y ya no la abandonó. Murió al día siguiente sin grandes sufrimientos aparentes.

Capítulo XVI

CHAVERNY llegó tres días después de su entierro. Su dolor parecía verdadero, y todos los habitantes del pueblo lloraron al verlo de pie en el cementerio, contemplando la tierra recién removida que cubría el ataúd de su esposa. Quería, en un primer momento, exhumarla y trasladarla a París; pero como el alcalde se oponía y el notario hablaba de interminables trámites, se contentó con pedir una piedra calcárea y ordenar que se erigiera un panteón simple, pero adecuado.

Châteaufort sintió mucho esta muerte repentina. Rechazó numerosas invitaciones para asistir a bailes y, durante algún tiempo, sólo se le vio vestido de negro.

Capítulo XVII

EN sociedad se dieron muchas versiones acerca de la muerte de la señora de Chaverny. Según unos, ella había tenido un sueño, o, si se quiere, un presentimiento que le anunciaba que su madre estaba enferma. Había recibido tal impresión, que se había puesto en camino hacia Niza inmediatamente, pese al gran resfriado que había atrapado al regresar de la casa de la señora Lambert; y ese resfriado se había convertido en pulmonía.

Otros, más clarividentes, aseguraban con aire misterioso que la señora de Chaverny, no pudiendo disimular el amor que sentía por Châteaufort, había querido buscar junto a su madre fuerza para resistir. El resfriado y la pulmonía eran consecuencia de la precipitación de su partida. Sobre ese punto todos estaban de acuerdo.

Darcy no hablaba jamás de ella. Tres o cuatro meses después de su muerte, contrajo un matrimonio muy ventajoso. Cuando anunció su boda a la señora Lambert, ésta le dijo al felicitarlo: «De verdad, su esposa es encantadora, sólo mi pobre Julia podría haberle convenido tanto. ¡Lástima que fuera usted demasiado pobre para ella cuando se casó!»

Darcy sonrió con esa sonrisa irónica que le era habitual, pero no contestó.

Esos dos corazones que no llegaron a conocerse estaban, tal vez, hechos el uno para el otro.

El jarrón etrusco

LE VASe Etrusque (1830)

Augusto Saint-Clair no era muy apreciado en lo que denominamos sociedad; y la razón principal era porque no intentaba agradar sino a las personas que le agradaban a él. Buscaba a unos y huía de los otros. Además, era distraído e indolente. Una noche, al salir del Teatro Italiano la marquesa A*** le preguntó cómo había cantado la señorita Sontag. «Sí, señora», respondió Saint-Clair sonriendo agradablemente, y pensando en otra cosa. Esta respuesta ridícula no podía atribuirse a la timidez, pues hablaba con un gran señor, con un gran hombre, y hasta con una mujer a la moda, con el mismo aplomo que si hubiera estado hablando con un semejante. La marquesa pensó que Saint-Clair era un prodigio de impertinencia y de fatuidad.

La señora B*** lo invitó a cenar un lunes. Ella le habló bastante; y, al salir de la casa de la dama, él afirmó que no había visto nunca una mujer más amable que ésta. La señora B*** acumulaba talento en casa de los demás durante un mes, y luego lo dispendiaba en su casa en una sola velada. Saint-Clair la volvió a ver el jueves de esa misma semana. Esta vez, él se aburrió un poco. Una tercera visita lo llevó a decidir no volver a aparecer por su salón. La señora B*** publicó después que Saint-Clair era un joven sin educación y del peor gusto.

Había nacido con un corazón tierno y sensible; pero a la edad en la que se adquieren demasiado fácilmente las impresiones que duran toda la vida, su sensibilidad excesivamente expansiva le había atraíado las burlas de sus compañeros. Era orgulloso, ambicioso; le importaba la opinión de los demás, como le importa a los niños. A partir de entonces se decidió a ocultar todos los aspectos externos de lo que él consideraba una debilidad deshonrosa. Logró su

objetivo, pero su triunfo le costó caro. Pudo ocultar a los demás las emociones de su alma demasiado tierna; pero, al ocultarlas en su interior, las hizo mucho más crueles. En sociedad obtuvo la triste reputación de insensible y despreocupado; y, en soledad, su inquieta imaginación le causaba tan horribles tormentos que no habría querido confiar su secreto a nadie.

¡Es verdad que resulta difícil encontrar un amigo!

¿Difícil? ¿Posible? ¿Pero han existido alguna vez dos hombres que no hayan tenido secretos el uno para el otro? Saint-Clair no creía en absoluto en la amistad, y eso se veía. Le encontraban frío y reservado con los jóvenes de sociedad. Jamás les preguntaba acerca de sus secretos; y, del mismo modo, todos sus pensamientos y la mayoría de sus actos eran un misterio para los demás. A los franceses les gusta hablar de sí mismos por lo que, en contra de su voluntad, Saint-Clair era el depositario de no pocas confidencias. Sus amigos, y esa palabra designa a las personas que vemos dos veces por semana, se quejaban de su desconfianza hacia los demás; efectivamente, el que, sin ser interrogado, nos hace partícipes de sus secretos se ofende si no le comunicamos los nuestros. Imagina que debe darse reciprocidad en la indiscreción.

—Es impenetrable, —comentaba un día el apuesto jefe de escuadrón Alfonso de Thémines—: no podré jamás confiar es ese diablo de Saint-Clair.

—A mí me parece un poco jesuíta, —respondió Julio Lambert—; alguien me ha jurado que lo ha visto dos veces saliendo de San Sulpicio. Nadie sabe lo que piensa. Por lo que a mí respecta, yo no podría jamás estar a gusto con él.

Se separaron. Alfonso encontró a Saint-Clair en el bulevar Italiano, andando con la cabeza gacha y sin ver a nadie. Alfonso lo detuvo, lo agarró por el brazo, y, antes de que hubieran llegado a la calle de la Paz, le había contado toda la historia de sus amores con la señora ***, cuyo marido es tan celoso y brutal.

Esa misma noche, Julio Lambert perdió su dinero jugando al ecarté. Se puso a bailar. Mientras bailaba, golpeó con el codo a un hombre que también había perdido todo su dinero y se encontraba de muy mal humor. De ahí que cruzaran varias palabras desagradables y que se citaran para un duelo. Julio rogó a Saint-Clair que le sirviera de padrino y, por el mismo motivo, le pidió prestado un dinero, que luego olvidó devolverle.

Pese a todo, Saint-Clair era un hombre de convivencia fácil. Sus defectos sólo le perjudicaban a él. Era atento, frecuentemente amable y en raras ocasiones aburrido. Había viajado mucho, leído mucho, pero no hablaba de sus viajes y de sus lecturas sino cuando se le preguntaba. Además, era alto, bien formado, su

fisonomía era noble y espiritual, casi siempre demasiado grave; pero su sonrisa estaba llena de encanto.

Olvidaba un punto importante. Saint-Clair era atento con todas las mujeres y le gustaba hablar con ellas más que con los hombres. ¿Estaba enamorado? Era difícil saberlo. Sólo se sabía que si este ser tan frío sentía amor, el objeto de sus preferencias debía ser la hermosa condesa Matilde de Coursy. Era una joven viuda en cuya casa se le veía asiduamente. Para llegar a concluir que había intimidad entre ellos se tomaban en consideración varias cosas: Primero la cortesía casi ceremoniosa de Saint-Clair hacia la condesa y viceversa; luego, la afectación de no pronunciar nunca su nombre en público; o, si se veía obligado a hablar de ella, jamás hacía el menor elogio; además, antes de que Saint-Clair le fuera presentado, él amaba apasionadamente la música, y la condesa la pintura. Desde que se conocieron sus gustos habían cambiado. Por fin, la condesa se marchó a un balneario el año pasado y Saint-Clair se marchó seis días después que ella.

* * *

Mi deber de historiador me obliga a declarar que una noche del mes de julio, poco antes de la salida del sol, la puerta del jardín de una casa de campo se abrió y que salió de él un hombre con todas las precauciones de un ladrón que teme ser sorprendido. Esta casa de campo pertenecía a la señora de Coursy, y ese hombre era Saint-Clair. Una mujer, envuelta en un abrigo, lo acompañó hasta la puerta, sacó la cabeza al exterior para verlo aún un poco más rato mientras él se alejaba descendiendo por el sendero que bordeaba el muro del jardín. Saint-Clair se detuvo, miró a su alrededor de forma circunspecta y, con la mano, hizo un gesto a la mujer para que ésta entrara en la casa. La claridad de una noche de verano le permitía distinguir su rostro pálido, inmóvil en el mismo lugar. Volvió sobre sus pasos, se acercó a ella y la estrechó tiernamente entre sus brazos. Quería obligarla a entrar; pero tenía aún cien cosas que decirle. Su conversación duraba ya diez minutos, cuando se oyó la voz de un campesino que salía para ir a trabajar al campo. Un beso fue recibido y devuelto, la puerta se cerró y Saint-Clair, de un salto, llegó al final del sendero.

Seguía un camino que le parecía muy conocido. Unas veces casi saltaba de alegría y corría golpeando los matorrales con su bastón; otras, se detenía o andaba lentamente, mirando hacia el cielo que se coloreaba de púrpura por Oriente. Resumiendo, al verlo, se habría dicho que era un loco encantado de haberse escapado de su celda. Al cabo de media hora de camino se encontraba ante la puerta de una casita aislada que había alquilado para esa temporada.

Tenía una llave: entró; luego se echó sobre un gran canapé y allí, con la mirada fija y los labios curvados por una suave sonrisa, pensaba, soñaba despierto. Su imaginación sólo le presentaba entonces pensamientos de felicidad. «¡Qué feliz soy! —se decía a cada instante—. ¡Por fin, he encontrado un corazón que comprende al mío!.. — Sí, he encontrado mi ideal… Tengo a la vez un amigo y una amante… ¡Qué carácter!…, ¡qué alma apasionada!… No, ella no ha amado a nadie antes que a mí…» Y pronto, como la vanidad se desliza siempre en los asuntos de este mundo, pensó: «Es la mujer más bella de París»; y su imaginación le trazaba al mismo tiempo todos sus encantos. — «Me ha elegido entre todos. Tenía por admiradores a la élite de la sociedad. Ese coronel de húsares tan guapo, tan valiente, y no demasiado fatuo; ese joven autor que pinta tan hermosas acuarelas y que representa tan bien los proverbios; ese Lovelace ruso que ha visto los Balcanes y ha servido a las órdenes de Diébitch, y sobre todo Camilo T***, que sin duda tiene talento, buenas maneras y una hermosa cicatriz de sable en la frente… los ha despreciado a todos. ¡Y me ha elegido a mí!…» Entonces volvía a su estribillo: «¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy!» Y se levantaba, abría la ventana, pues no podía respirar; luego se paseaba; después se dejaba caer sobre el canapé.

Un enamorado feliz es casi tan aburrido como un enamorado desgraciado. Un amigo mío, que se hallaba frecuentemente en una u otra de estas dos posiciones, no había encontrado otro medio para hacerse escuchar que ofrecerme un excelente almuerzo durante el cual tenía libertad para hablar de sus amores; al terminar el café, era absolutamente necesario cambiar de conversación.

Como no puedo invitar a almorzar a todos mis lectores, les ahorraré los pensamientos amorosos de Saint-Clair. Además, uno no puede permanecer siempre en las nubes. Saint-Clair estaba cansado, bostezó, se desperezó, vio que ya era de día y pensó que era necesario irse a dormir. Cuando se despertó, vió, al consultar su reloj, que apenas tenía tiempo para vestirse y para correr hacia París, donde estaba invitado a una comida-cena con numerosos jóvenes conocidos.

* * *

Acababan de descorchar una nueva botella de champán; le dejo al lector el esfuerzo de calcular el número que hacía. Bástele saber que habían llegado a ese momento, que llega con bastante rapidez en una comida de hombres, en el que todos quieren hablar a la vez, en el que las cabezas sensatas empiezan a concebir inquietud por las insensatas.

—Quisiera, —dijo Alfonso de Thémines, que jamás perdía la ocasión de

hablar de Inglaterra—, quisiera que se pusiera de moda en París, como ocurre en Londres, que cada uno hiciera un brindis por su amante. Así, sabríamos de una vez por quién suspira nuestro amigo Saint-Clair»; y, al tiempo que pronunciaba esas palabras, llenó su vaso y los de sus vecinos.

Saint-Clair, un poco confuso, se preparaba para contestar; pero Julio Lambert se le adelantó: «Apruebo con gusto esa costumbre y la adopto; —y levantando su vaso dijo—: ¡Por todas las modistas de París! excepto por las que tienen treinta años, por las tuertas y las cojas, etc…

—¡Hurra! ¡hurra! —gritaron los jóvenes anglómanos.

Saint-Clair se levantó con el vaso en la mano y dijo: «Señores, mi corazón no es tan amplio como es de nuestro amigo Julio, pero es más constante. Además, mi constancia tiene más mérito puesto que, desde hace mucho tiempo, me encuentro alejado de la dama de mis pensamientos. Estoy seguro, no obstante, de que aprobarán mi elección, si es que por casualidad no son mis rivales. ¡Por Judith Pasta, señores! ¡Por que podamos volver a ver pronto a la mejor actriz dramática de Europa!»

Thémines quería criticar el brindis, pero las aclamaciones lo interrumpieron. Saint-Clair, después de haber parado este embite, se creía libre para toda la jornada.

La conversación recayó de nuevo sobre los teatros. La censura dramática sirvió de transición para hablar de política. De lord Wellington pasaron a los caballos ingleses, y de los caballos a las mujeres, por una asociación de ideas fácil de comprender; pues, para los jóvenes, un buen caballo primero y una bonita amante después, son los dos objetos más anhelados.

Entonces se habló de los medios para adquirir esos objetos tan deseados. Los caballos se compran, también se compran las mujeres; pero de ésas no hablemos. Saint-Clair, después de haber alegado modestamente su falta de experiencia en asunto tan delicado, concluyó que la primera condición para agradar a una mujer era singularizarse, ser diferente a los demás. Pero ¿existe una fórmula general de singularidad? Creía que no.

—Es decir, que según su opinión, —dijo Julio— ¿un cojo o un jorobado tiene más posibilidades de agradar que un hombre derecho y constituido como todo el mundo?

—Lleva las cosas demasiado lejos, —respondió Saint-Clair—; pero, si es necesario, acepto todas las consecuencias de mi proposición. Por ejemplo, si yo fuera jorobado, no me pegaría un tiro en la cabeza y me gustaría conquistar a las

mujeres. En principio, sólo me dirigiría a dos tipos de mujeres: las que poseen una verdadera sensibilidad, o las que, (y el número de éstas es amplio), que pretenden tener un carácter original, eccentric, como dicen en Inglaterra. A las primeras les describiría el horror de mi situación, la crueldad con la que la Naturaleza me había tratado. Procuraría apiadarlas con mi destino, sabría hacerles creer que era capaz de sentir un amor apasionado. Mataría en duelo a uno de mis rivales, y me envenenaría con una pequeña dosis de láudano. Al cabo de algunos meses, ya no verían mi joroba, y entonces me dedicaría a espiar su primera manifestación de sensibilidad. En cuanto a las mujeres que pretenden ser originales, la conquista es fácil. Persuádalas tan sólo de que es una regla bien y justamente establecida que un jorobado no puede tener buena suerte, y ellas querrán inmediatamente llevar la contraria a la regla general.

—¡Qué don Juan! —exclamó Julio.

—Rompámonos las piernas, señores, —dijo el coronel Beaujeu—, puesto que hemos tenido la desgracia de no haber nacido jorobados.

—Estoy completamente de acuerdo con Saint-Clair, —dijo Héctor Roquantin, que no medía más de tres pies y medio de estatura—; vemos todos los días las más bellas mujeres y las más a la moda entregarse a personas de las que ustedes jóvenes guapos no desconfiarían jamás…

—Héctor, levántese, se lo ruego y llame para que nos traigan vino —dijo Thémines con el tono más natural del mundo.

El enano se levantó, y todos recordaron sonriendo la fábula del zorro que tenía la cola cortada.

—Por lo que a mí respecta, —dijo Thémines reanudando la conversación—, mientras más vivo más me convenzo de que un rostro aceptable —y echaba una mirada complacida al espejo que tenía en frente—, un rostro agradable y buen gusto en el arreglo personal constituyen la gran singularidad que seduce a las más difíciles; —y, con un papirotazo, hizo saltar una pequeña miga de pan que se había pegado en la solapa del traje.

—¡Bah!, —exclamó el enano—, con una cara bonita y un traje de Staub consiguen mujeres que conservan ocho días y que les aburren desde la segunda cita. Hace falta otra cosa para hacerse amar, lo que se dice amar… Hace falta…

—Miren, —interrumpió Thémines— ¿quieren ustedes un ejemplo concluyente? Todos ustedes conocieron a Massigny y todos saben qué clase de hombre era. Las maneras de un lacayo inglés y la conversación de un caballo… pero era bello como Adonis y se colocaba la corbata como Brummel. Y, en

definitiva, era el ser más aburrido que he conocido en mi vida.

—Estuvo a punto de matarme de aburrimiento, —dijo el coronel Beaujeu—. Imagínense que me vi obligado a hacer doscientas leguas con él.

—¿Saben ustedes, —preguntó Saint-Clair—, que fue él quien causó la muerte del pobre Richard Thornton, que todos ustedes conocieron?

—Pero, —contestó Julio— ¿no fue asesinado por los bandidos cerca de Fondi?

—De acuerdo, pero van ustedes a ver que Massigny fue, como mínimo, cómplice de ese crimen. Numerosos viajeros, entre los cuales se encontraba Thornton, habían acordado ir juntos a Nápoles por miedo a los bandidos. Massigny quiso unirse a la caravana. Tan pronto como Thornton lo supo, le tomó la delantera, por temor a verse obligado a pasar varios días en su compañía. Se marchó solo y ya conocen el resto.

—Thornton tenía razón, —dijo Thémines—; y de las dos muertes eligió la más dulce. Nosotros, si hubiéramos estado en su lugar, habríamos hecho lo mismo. —Luego, después de una pausa, dijo—: ¿Estarán de acuerdo conmigo en que Massigny era el hombre más aburrido del planeta?

—¡Concedido! —gritaron todos, por aclamación.

—No desesperemos a nadie —dijo Julio—; hagamos una excepción en favor de ***, sobre todo cuando expone sus planes políticos.

—Ustedes admitirán conmigo —continuó Thémines—, que la señora de Coursy es una mujer de talento, como no hay otra.

Hubo un momento de silencio. Saint-Clair bajaba la cabeza y se imaginaba que todos los ojos estaban fijos en él.

—¿Quién lo pone en duda? —dijo por fin, inclinado sobre su plato y aparentando observar con mucha curiosidad las flores pintadas en la porcelana.

—Mantengo —dijo Julio levantando la voz—, mantengo que es una de las tres mujeres más amables de París.

—Yo conocí a su marido, —dijo el coronel. Me mostró con frecuencia las encantadoras cartas de su esposa.

—Augusto, —interrumpió Héctor Roquantin—, preséntame pues a la condesa. Se dice que usted pasa en su casa la lluvia y el buen tiempo.

—A finales de otoño, —murmuró Saint-Clair— cuando esté de regreso en París… Yo… yo creo que no recibe en el campo.

—¿Quieren escucharme? —exclamó Thémines. Se hizo silencio de nuevo. Saint-Clair se agitaba en su silla como un acusado en la audiencia de lo criminal.

—Usted no vió a la condesa hace tres años, usted estaba entonces en Alemania, Saint-Clair, —continuó Alfonso de Thémines con una desesperante sangre fría—. Usted no puede hacerse una idea de cómo era entonces: bella, fresca como una rosa, y sobre todo, despierta y alegre como una mariposa. Pues bien, ¿saben ustedes quién de entre todos sus admiradores se vió honrado con sus bondades? ¡Massigny! El más tonto de los hombres y el más torpe, le hizo perder la cabeza a la más inteligente de las mujeres. ¿Creen que un jorobado habría podido conseguir lo mismo? Vaya, creáme, tenga una hermosa figura, un buen traje y sea atrevido.

Saint-Clair se encontraba en una posición incómoda. Quería desmentir al narrador; pero el miedo a comprometer a la condesa lo detuvo. Le habría gustado poder decir algo en su favor; pero su lengua estaba helada. Sus labios temblaban de furor, y buscaba en vano en su espíritu alguna forma indirecta de iniciar la discusión.

—¡Qué!, —exclamó Julio con tono sorprendido— ¡la señora de Coursy se entregó a Massigny! ¡Frailty, thy name is woman!

—¡La reputación de una mujer es algo tan poco importante! —dijo Saint-Clair con un tono seco y despreciativo—. Está permitido despedazarla para hacer un chiste, y…

A medida que hablaba, se acordó con horror de un determinado jarrón etrusco que había visto cien veces sobre la chimenea de la condesa en París. Sabía que había sido un regalo de Massigny cuando éste regresó de Italia; y, ¡circuntancia determinante! ese jarrón había sido trasladado de París al campo. Y todas las tardes, cuando Matilde se quitaba su ramillete de flores lo depositaba en ese jarrón etrusco. Las palabras expiraron en sus labios; ya no vió sino una cosa, no pensó sino en una cosa: ¡en el jarrón etrusco! ¡Vaya una prueba! diría un crítico: ¡sospechar de su amante por tan poca cosa! «¿Ha estado usted enamorado, señor crítico?»

Thémine estaba de demasiado buen humor como para ofenderse por el tono que Saint-Clair había adoptado al hablarle. Contestó con ligereza y sencillez: «No hago sino repetir lo que se comenta en sociedad. La cosa se daba por cierta cuando usted estaba en Alemania. Por lo demás, yo no conozco mucho a la señora de Coursy; hace dieciocho meses que no he ido a su casa. Es posible que la gente esté equivocada o que Massigny me haya mentido. Para volver a lo que nos ocupa, incluso si el ejemplo que acabo de citar fuera falso, no por eso tendría yo menos razón. Todos ustedes saben que la mujer francesa más espiritual, aquella cuyas obras…»

La puerta se abrió y entró Teodoro Néville. Regresaba de Egipto.

—¡Théodore! ¡tan pronto de regreso! —Fue acribillado a preguntas.

—¿Has traído un auténtico traje turco? —preguntó Thémines—. ¿Tienes un caballo árabe y un lacayo egipcio?

—¿Qué clase de hombre es el pachá? —preguntó Julio—. ¿Cuándo se independiza? ¿Has visto cortar alguna cabeza de un solo sablazo?

—¿Y las almés? —inquirió Roquantin—. ¿Son bellas las mujeres del Cairo?

—¿Ha visto usted al general L***? —preguntó el coronel Beaujeu—. ¿Cómo ha organizado el ejército del pachá? — ¿El coronel C*** le ha dado a usted un sable para mí?

—¿Y las pirámides? ¿Y las cataratas del Nilo? ¿Y la estatua de Memnon? ¿Y el pachá Ibrahim?, etc., etc., etc… —Hablaban todos a la vez; Saint-Clair sólo pensaba en el jarrón etrusco.

Teodoro, que se había sentado con las piernas cruzadas, pues había adquirido esa costumbre en Egipto y no había podido deshacerse de ella en Francia, esperó que los que preguntaban se fatigaran, y contestó lo que sigue, con rapidez para no ser fácilemente interrumpido.

—¡Las pirámides! palabra de honor, son un auténtico camelo. Son bastante menos altas de lo que se cree. El Munster de Estrasburgo sólo tiene cuatro metros menos. Las antigüedades me salen por los ojos. No me habléis de ellas. La contemplación de un sólo jeroglífico me haría desfallecer. ¡Hay tantos viajeros que se ocupan de esas cosas! Por lo que a mí respecta, mi objetivo ha sido el de estudiar la fisonomía y las costumbres de toda esa población extraña que se aglomera en las calles de Alejandría y del Cairo, como turcos, beduinos, coptos, campesinos egipcios, môghrabins. Redacté algunas notas apresuradamente mientras me encontraba en el lazareto. ¡Qué infamia de lazareto! ¡Espero que no tengan ustedes miedo al contagio! He fumado tranquilamente mi pipa en medio de trescientos apestados. ¡Ah! coronel si viera qué hermosa caballería y qué bien montada. Ya les enseñaré las magníficas armas que he traído. Tengo un djrid que perteneció al famoso gobernador turco Mourad. Coronel, he traído un yataghan para usted y un khandjar para Augusto. Ya verán mi metchlâ, mi bournous, mi haïk. ¿Saben que sólo dependía de mí haber traído mujeres? El pachá Ibrahim ha enviado tantas desde Grecia que están por todas partes… Pero no las he traído por mi madre… He hablado mucho con el pachá. Es un hombre inteligente, ¡pardiez! y sin prejuicios. No podrían imaginar hasta qué punto conoce nuestros asuntos. Palabra de honor: está

informado hasta de los mínimos asuntos de nuestro gabinete. Hablando con él he conocido algunas informaciones muy interesantes acerca del estado de los partidos en Francia… En estos momentos se ocupa mucho de estadística. Está abonado a todos nuestros periódicos. ¡Saben ustedes que es un acérrimo bonapartista! Sólo habla de Napoleón. ¡Ah!, me decía, ¡qué gran hombre es Bounabardo! Bounabardo, así es como ellos llaman a Bonaparte.

—Giourdina, c'est-à-dire Jourdain, —murmuró en voz baja Thémines.

—Al principio, —continuó Teodoro—, Mehmet-Ali era bastante reservado conmigo. Ya saben que todos los turcos son muy reservados. Me tomaba por un espía ¡que el diablo me lleve!, o por un jesuíta. Siente horror de los jesuítas. Pero al cabo de algunas visitas, reconoció que yo era un viajero sin prejuicios, deseoso de instruirme a fondo acerca de las costumbres, los hábitos y la política de Oriente. Entonces, se soltó y me habló con el corazón en la mano. En mi última audiencia, la tercera que me concedía, me tomé la libertad de decirle: «No comprendo cómo Su Alteza no se independiza de la Porte. — ¡Dios santo!, contestó, ya me gustaría; pero temo que los periódicos liberales que lo gobiernan todo en su país, no me apoyaran una vez que yo hubiera proclamado la independencia de Egipto.» Es un hermoso anciano, con una bella barba blanca, que no sonríe jamás. Me ofreció dulces excelentes; pero de todo lo que yo le regalé, lo que más placer le causó fue la colección de uniformes de la guardia imperial de Charlet.

—¿Es romántico el pachá? —preguntó Thémines.

—No se ocupa mucho de literatura; pero ustedes no ignoran que la literatura árabe es toda romántica. Tienen un poeta llamado Melek Ayatalnefous-Ebn-Esraf que ha publicado recientemente unas Meditaciones al lado de las cuales las de Lamartine parecerían prosa clásica. A mi llegada al Cairo, contraté un profesor de árabe, con el que me puse a leer el Corán. Aunque sólo tomé unas cuantas lecciones, vi lo suficiente como para comprender las sublimes bellezas del estilo del profeta y hasta qué punto son malas todas nuestras traducciones. Miren, ¿quieren ver la escritura árabe? Esa palabra en letras doradas es Allah, es decir, Dios.

Mientras hablaba mostraba una carta bastante sucia que había sacado de una bolsa de seda perfumada.

—¿Cuánto tiempo has permanecido en Egipto? —preguntó Thémines.

—Seis semanas.

Y el viajero continuó describiéndolo todo, desde el cedro hasta el hisopo.

Saint-Clair había salido poco después de su llegada, y emprendió el camino hacia su casa de campo. El impetuoso galope de su caballo le impedía seguir con claridad sus ideas. Pero sentía vagamente que su felicidad en este mundo se había destruido y que no podría pedirle cuentas más que a un muerto y a un jarrón etrusco.

Cuando llegó a su casa, se arrojó sobre el mismo canapé en el que, la víspera, había analizado su felicidad. La idea que más amorosamente había acariciado era que su amante no era una mujer como las demás, que no había amado y que no podría amar sino a él. Ahora ese hermoso sueño se desvanecía ante la triste y cruel realidad. «Tengo una mujer hermosa, y eso es todo. Es inteligente y por eso es más culpable; ¡cómo ha podido amar a Massigny!… Es verdad que ahora me ama a mí… con toda su alma… tanto como puede amar. ¡Soy amado como lo fue Massigny!… Se ha rendido ante mis atenciones, mis mimos o mis inoportunidades. Pero me he equivocado. No había simpatía entre nuestros corazones. Massigny y yo, somos una misma cosa para ella. Es hermoso, ella lo ama por su belleza. Yo divierto algunas veces a la señora. ¡Pues bien! ¡amemos a Saint-Clair, se habrá dicho, puesto que el otro está muerto! Y si Saint-Clair se muere o me aburre, ya veremos.»

Estoy convencido de que el diablo está al acecho, invisible junto a un desgraciado que se tortura de esta manera a sí mismo. El espectáculo es divertido para el enemigo de los hombres; y cuando la víctima siente que sus heridas cicatrizan, allí está el diablo para volverlas a abrir.

Saint-Clair creyó oír una voz que murmuraba en sus

El singular honor

De ser el sucesor…

Se levantó y lanzó una mirada furiosa a su alrededor. ¡Cómo le habría gustado encontrar a alguien en su habitación! Sin duda alguna lo habría destrozado.

El reloj dio las ocho. La condesa lo esperaba a las ocho y media.— ¿Si faltara a la cita? «De hecho, ¿para qué volver a ver a la amante de Massigny?» Se echó de nuevo sobre el canapé y cerró los ojos. «Quiero dormir», se dijo. Permaneció inmóvil medio minuto y luego se puso de pie y corrió hacia el reloj para comprobar cómo avanzaba el tiempo. «¡Cuánto me gustaría que fueran ya las ocho y media!, pensó. Si así fuera, sería demasiado tarde para ponerme en camino.» No se sentía con ánimos para permanecer en casa; le habría gustado tener un pretexto. Habría querido estar muy enfermo. Se paseó por la habitación,

luego se sentó, cogió un libro, pero no pudo leer ni una sílaba. Se sentó al piano, pero no tuvo fuerzas para abrirlo. Silbó, contempló las nubes y hasta quiso contar los álamos situados frente a sus ventanas. Luego volvió a consultar el reloj y comprobó que sólo habían trascurrido tres minutos. «No puedo dejar de amarla, exclamó rechinando los dientes y dando un zapatazo, me domina, soy su esclavo, como lo fue Massigny antes que yo! Pues bien, miserable, ¡obedece, puesto que no tienes valor suficiente para romper la cadena que odias!» Agarró su sombrero y salió precipitadamente.

Cuando nos domina una pasión, encontramos algún consuelo de amor propio al contemplar nuestra debilidad desde lo alto de nuestro orgullo.— «Es verdad que soy débil —se dijo— pero si quisiera…!»

Subía a paso lento por el sendero que conducía a la puerta del jardín, y desde lejos veía una figura blanca que destacaba sobre el tono oscuro de los árboles. Agitaba con la mano un pañuelo, como para hacerle señas. Su corazón palpitaba con violencia, sus rodillas temblaban; no tenía fuerzas para hablar, y se había intimidado tanto que temía que la condesa leyera su mal humor en la cara.

Tomó la mano que ella le tendía, la besó en la frente, porque ella se había arrojado sobre su pecho, y la siguió hasta su apartamento, mudo, ahogando con esfuerzo los suspiros que parecían querer hacer explotar su pecho.

Una sola vela iluminaba el saloncito de la condesa. Se sentaron los dos. Saint-Clair observó el peinado de su amiga; sólo llevaba una rosa en los cabellos. La víspera, él le había llevado un hermoso grabado inglés donde la duquesa de Portland según Lesly estaba así peinada, y Saint-Clair había dicho: «Me gusta mucho más esta sencilla rosa, que todos vuestros peinados sofisticados.» No le gustaban las joyas, y pensaba como ese lord que decía brutalmente: «A las mujeres adornadas y los caballos enjaezados, ni el diablo los conocería.» La noche anterior, mientras jugaba con un collar de perlas de la condesa (pues, mientras hablaba necesitaba tener algo entre las manos), él había dicho: «Las joyas sólo sirven para ocultar defectos. Usted, Matilde, es demasiado bella para llevarlas.» Esa noche, la condesa, que retenía hasta sus frases más indiferentes, se había quitado anillos, collares, pendientes y pulseras. — En el atuendo de una mujer, él observaba antes que nada los zapatos y, como otros muchos, tenía sus manías al respecto. Había caído un gran chaparrón antes del atardecer. La hierba estaba aún mojada; la condesa había andado sobre el césped húmedo con sus medias de seda y sus zapatos de raso negro… ¿Y si se enfermaba?

—Me ama, —se dijo Saint-Clair, y suspiró pensando en sí mismo y en su

locura; miraba a Matilde sonriendo en contra de su voluntad, dividido entre su mal humor y el placer de ver a una mujer bonita que trataba de gustarle por medio de esas pequeñas naderías que tanto valen a los ojos de los enamorados.

En cuanto a la condesa, su rostro radiante expresaba una mezcla de amor y de malicia jovial que la hacía aún más adorable. Sacó algo de un cofre de laca del Japón, y, avanzando la pequeña mano cerrada para ocultar el objeto que contenía dijo: «La otra tarde, rompí su reloj. Aquí está ya reparado.» Le entregó el reloj y lo miraba con una expresión a la vez tierna y traviesa, mordiéndose el labio inferior, como para impedir reírse. ¡Dios santo! ¡qué hermosos eran sus dientes! ¡qué blancos brillaban sobre el rosa ardiente de sus labios! (Un hombre tiene un aspecto bastante bobo cuando recibe fríamente los mimos de una mujer bonita.)

Saint-Clair le dió las gracias, cogió el reloj e iba a introducirlo en su bolsillo cuando ella dijo: «Mírelo pues, ábralo, y compruebe si está bien arreglado. Usted que sabe tanto, que ha estudiado en la Escuela politécnica, debe saber. — ¡Oh, comentó Saint-Clair, yo no entiendo mucho de esto»; y abrió la caja del reloj con aire distraído. ¡Cuál no fue su sorpresa! el retrato en miniatura de la señora de Coursy estaba pintado en el fondo de la tapa. ¿Podía seguir enfadado? Su frente se iluminó; se olvidó de Massigny; y sólo recordó que se encontraba junto a una mujer encantadora, y que esta mujer lo adoraba.

* * *

La alondra, esa mensajera de la aurora, comenzaba a cantar; y largas franjas de luz pálida surcaban las nubes por el este. Fue entonces cuando Romeo se despidió de su Julieta; es la hora típica en la que todos los enamorados deben separarse.

Saint-Clair se encontraba de pie ante una chimenea, con la llave del jardín en una mano y los ojos fijamente clavados en el jarrón etrusco del que ya hemos hablado. Aún le guardaba rencor en el fondo de su alma. No obstante, estaba de buen humor, y la idea de que Thémines hubiera podido mentir empezaba a hacerse patente en su espíritu. Mientras la condesa, que quería acompañarlo hasta la puerta del jardín, se cubría la cabeza con un chal, él golpeaba suavemente con la llave el odioso jarrón, aumentando progresivamente la fuerza de sus golpes, de tal manera que parecía que dentro de nada lo iba a hacer volar en añicos.

—¡Ah! ¡por Dios! ¡tenga cuidado! —exclamó Matilde—; ¡va a romper mi hermoso jarrón etrusco! —Y le arrancó la llave de las manos.

Saint-Clair se encontraba disgustado, pero resignado. Dio la espalda a la chimenea para no sucumbir a la tentación y, abriendo su reloj, se puso a contemplar el retrato que acababa de recibir.

—¿Quién es el pintor?, —preguntó.

—El señor R… Fue Massigny quien me lo presentó. Massigny, después de su viaje a Roma, había descubierto que tenía un gusto exquisito para las bellas artes y se había convertido en mecenas de todos los jóvenes artistas. Sinceramente, encuentro que ese retrato se me parece, aunque un poco embellecido.

Saint-Clair sentía ganas de arrojar el reloj contra la pared, lo que habría hecho difícil arreglarlo. Se contuvo, y lo volvió a introducir en su bolsillo; luego, observando que ya era de día, salió de la casa, suplicó a Matilde que no lo acompañara, cruzó el jardín a grandes zancadas y, en un momento, se encontró solo en el campo.

«¡Massigny, Massigny! —exclamó con rabia contenida— ¡voy a encontrarte pues siempre!.. ¡No hay duda de que el pintor que realizó este retrato hizo otra copia para Massigny!… ¡Qué imbécil fui! Creí por un momento que era amado con un amor idéntico al mío… ¡y todo porque se adorna con una rosa y no se pone joyas!… tiene un escritorio lleno de joyas… A Massigny, que sólo miraba el atuendo de los mujeres, ¡le gustaban tanto las joyas!… Sí, hay que admitir, que ella tiene un carácter agradable. Que sabe adaptarse al gusto de sus amantes. ¡Voto a bríos! preferiría cien veces que fuera una cortesana y que se hubiera entregado a mí por dinero. Al menos podría creer que me ama, puesto que es mi amante pero no le pago.»

Pronto, otra idea aún más entristecedora se presentó a su espíritu. Dentro de algunas semanas iba a concluir el luto de la condesa. Saint-Clair iba a casarse con ella tan pronto como hubiera transcurrido el año de viudedad. Lo había prometido. ¿Prometido? No. Jamás había hablado de ello. Pero ésa era su intención y la condesa así lo había comprendido. Para él, eso equivalía a un juramento. La víspera él habría dado un trono por apresurar el momento en que pudiera confesar públicamente su amor; ahora, se estremecía sólo de pensar en ligar su destino a la antigua amante de Massigny. «¡Y sin embargo DEBO HACERLO! —se decía— y así será. Ella, pobre mujer, ha debido creer que yo conocía su pasado. Dicen que la cosa fue pública. Y además, ella no me conoce… No puede comprenderme. Piensa que la amo como la amaba Massigny. —Y entonces se dijo, no sin orgullo—: Durante tres meses me ha hecho el más feliz de los hombres. Esa felicidad bien vale el sacrificio de mi

vida.»

No se acostó, y se paseó a caballo por los bosques durante toda la mañana. Por una avenida del bosque de Verrières, vio a un hombre montado en un hermoso caballo inglés que, desde muy lejos lo llamó por su nombre y se le acercó al instante. Era Alfonso de Thémines. En el estado de ánimo en que se encontraba Saint-Clair, la soledad es particularmente agradable, por lo que el encuentro con Thémines transformó su mal humor en cólera sorda. Thémines no se percataba de ello o tal vez se complacía maliciosamente en contrariarlo. Hablaba, reía, bromeaba, sin darse cuenta de que no le respondían. Al ver un camino estrecho, Saint-Clair hizo entrar por él a su caballo, esperando que el molesto no le seguiría; pero se equivocaba; un molesto no suelta tan fácilmente su presa. Thémines volvió su caballo y dobló el paso para ponerse en línea con Saint-Clair y continuar más cómodamente su conversación.

Ya he dicho que la vereda era estrecha. Apenas podían marchar en ella los caballos en paralelo; por lo que no es extraño que Thémines, aunque es un buen jinete, rozara el pie de Saint-Clair al pasar a su lado. Éste, cuya cólera había llegado al límite, no pudo contenerse más. Se levantó sobre sus estribos y golpeó violentamente con su fusta el befo del caballo de Thémines.

—¿Qué diablos le pasa, Augusto? —gritó Thémines—. ¿Por qué golpea a mi caballo?

—¿Por qué me sigue usted? —respondió Saint-Clair con una voz terrible.

—¿Pierde usted la cabeza, Saint-Clair? ¿Olvida que está hablando conmigo?

—Sé muy bien que estoy hablando con un necio

—¡Saint-Clair!… creo que está usted loco… Escuche: mañana tendrá que presentarse excusas o bien, me dará cuenta de su impertinencia.

—Hasta mañana pues, señor.

Thémines detuvo su caballo; Saint-Clair espoleó el suyo y, rápidamente, desapareció por el bosque.

En ese momento se sintió más tranquilo. Tenía la debilidad de creer en los presentimientos. Pensaba que moriría al día siguiente y así se produciría un desenlace adecuado a su situación. Tenía que vivir un sólo día; mañana ya no tendría más inquietudes, ya no sufriría más tormentos. Regresó a su casa, envió a su criado con un billete para el coronel Beaujeu, escribió algunas cartas, luego cenó con buen apetito y fue puntual para encontrarse a las ocho y media ante la puerta del jardín.

* * *

—¿Qué le pasa hoy, Augusto? —preguntó la condesa—. Tiene una alegría extraña, y sin embargo, no puede hacerme reír con sus bromas. Ayer estaba un poco aburrido y yo ¡tan alegre! Hoy hemos cambiado de papel. Tengo dolor de cabeza.

—Mi bella amiga, lo acepto, sí, ayer estaba bastante aburrido. Pero hoy me he paseado, he hecho ejercicio y me siento pletórico.

—Pues yo, me he levantado tarde, he dormido bastante esta mañana y he tenido sueños fatigosos.

—¡Ah! ¿sueños? ¿Cree usted en los sueños?

—¡Qué locura!

—Pues yo sí creo. Apuesto que ha tenido usted algún sueño que anuncia un trágico acontecimiento.

—¡Dios mío!, no recuerdo nunca mis sueños. Sin embargo, recuerdo que… en mi sueño he visto a Massigny; por lo tanto, ve usted que no era nada muy divertido.

—¡Massigny! habría creído, al contrario, que usted habría sentido gran placer al volver a verlo.

—¡Pobre Massigny!

—¿Pobre Massigny?

—Auguste, se lo ruego, dígame qué le pasa esta noche. Hay en su sonrisa algo diabólico. Parece burlarse de usted mismo.

—¡Ah! he aquí que me trata usted tan mal como las viejas viudas, sus amigas.

—Sí, hoy tiene la cara que pone cuando está con las personas que no le gustan.

—¡Malintencionada! vamos, déme su mano. —Le besó la mano con una galantería irónica y se miraron fijamente durante un minuto. Saint-Clair fue el primero en bajar los ojos y exclamó—: ¡Qué díficil es vivir en este mundo sin pasar por malo! Habría que reducirse a no hablar sino del tiempo o de la caza, o a discutir con sus viejas amigas sobre el presupuesto de sus comités de beneficencia.

Cogió un papel de la mesa: «Mire, aquí está la factura de su lavandera de fino. Hablemos de ello, ángel mío: así, no dirá que soy malo.

—De verdad, Augusto, me sorprende…

—Esta ortografía me recuerda una carta que he encontrado esta mañana. Es necesario que le diga que he ordenado mis papeles, pues, de vez en cuando,

pongo orden. Bueno, pues he encontrado una carta de amor que me escribía una costurera de la que estaba enamorado cuando tenía dieciséis años. Tiene una manera peculiar de escribir cada palabra, que era siempre la más complicada. Su estilo era digno de su ortografía. Pues bien, como yo era entonces un poco necio, me parecía indigno de mí tener una amante que no escribiera como Sévigné. La abandoné. Hoy, al releer esta carta he reconocido que aquella costurera debía sentir verdadero amor por mí.

—¡Ah, bueno! ¿era una mujer que mantenía usted?

—Generosamente: cincuenta francos al mes. Pero mi tutor no me pasaba una pensión demasiado grande, pues decía que un hombre joven que tiene dinero se pierde y pierde a los demás.

—Y esa mujer, ¿qué fue de ella?

—¡Yo qué sé!… Probablemente moriría en el hospital.

—Augusto, si eso fuera cierto no tendría usted ese tono despreocupado.

—Si hay que decir la verdad, se casó con un hombre honrado; y cuando me emancipé le di una pequeña dote.

—¡Qué bueno es usted!… Pero ¿por qué quiere aparentar ser malo?

—¡Oh! soy muy bueno… Mientras más pienso más me convenzo de que aquella mujer me amaba de verdad…, Pero entonces yo no sabía distinguir un sentimiento verdadero bajo una forma ridícula.

—Debería haberme traído esa carta. Así, no me habría puesto celosa… Nosotras las mujeres tenemos más tacto que ustedes y en el estilo de una carta vemos inmediatamente si el autor se expresa de buena fe o si finge una pasión que no siente.

—Y, pese a eso, ¡cuántas veces se dejan ustedes atrapar por tontos o por necios!

Mientras hablaba miraba al jarrón etrusco, y en sus ojos y en su voz había una expresión siniestra de la que Matilde no se percató en absoluto.

—¡Venga, pues! ustedes los hombres, quieren pasar todos por don Juanes. Se imaginan ustedes que sólo encuentran a tontas, cuando en realidad lo que con más frecuencia encuentran son doñas Juanas, aún más taimadas que ustedes.

—Comprendo que, con su espíritu superior, huelen un tonto a una legua. Por lo que no dudo que Massigny, que era tonto y necio, moriría virgen y mártir…

—¿Massigny? No era demasiado tonto; además hay mujeres tontas. He de contarle una historia acerca de Massigny… Pero, ¿no se la he contado ya? ¡dígame!

—Nunca —respondió Saint-Clair con voz temblorosa.

—Al regresar de Italia, Massigny se enamoró de mí. Mi marido lo conocía: me lo presentó como un hombre de talento y de gusto. Eran tal para cual. Masigny, al principio, fue asiduo; me regalaba, como si fueran pintadas por él, acuarelas que compraba en Schroth, y me hablaba de música y de pintura con un tono de superioridad absolutamente divertido. Un día me envió una carta increíble. Entre otras cosas, me decía que yo era la mujer más honesta de París y por eso quería ser mi amante. Le enseñé la carta a mi prima Julia. Entonces éramos dos locas y decidimos gastarle una broma. Una noche, teníamos varias visitas entre otros a Massigny. Mi prima me dijo: «Voy a leerle una declaración de amor que he recibido esta mañana.» Cogió la carta y la leyó en medio de carcajadas…, ¡Pobre Massigny!…

Saint-Clair cayó de rodillas lanzando un grito de alegría. Tomó la mano de la condesa y la cubrió de besos y de lágrimas. Matilde estaba muy sorprendida y pensó, en un primer momento, que él se encontraba mal. Saint-Clair sólo podía decir: «¡Perdóneme! ¡perdóneme!» Al final se levantó. Estaba radiante. En ese momento estaba más feliz que el día en que Matilde le dijo por primera vez: «Le amo.»

—Soy el más loco y el más culpable de los hombres, —exclamó—; desde hace dos días sospechaba de usted… y no he buscado una explicación con usted…

—¿Que sospechaba de mí?…, ¿A propósito de qué?

—¡Oh! ¡soy un miserable! Me habían dicho que usted había amado a Massigny…

—¡A Massigny! —y se echó a reír; luego, recuperando su seriedad dijo—: Augusto, ¿es usted lo bastante loco como para tener semejantes sospechas y lo bastante hipócrita como para ocultármelas? —Una lágrima brotó de sus ojos.

—Te lo suplico, perdóname.

—¿Cómo no voy a perdonarte amigo mío?… Pero primero déjame jurarte…

—¡Oh! te creo, te creo, no me digas nada.

—Pero, por Dios bendito, ¿qué te ha hecho sospechar algo tan improbable?

—Nada, nada en el mundo, sólo mi maldita cabeza… y… ¿sabes?… ese jarrón etrusco, yo sabía que te lo había regalado Massigny…

La condesa juntó las manos con aspecto de sorpresa, y luego exclamó, riendo a carcajadas: «¡Mi jarrón etrusco!, ¡mi jarrón etrusco!» Saint-Clair tampoco pudo reprimir la risa, aunque abundantes lágrimas se deslizaban a lo largo de sus

mejillas. Tomó a Matilde entre sus brazos y le dijo: «No te soltaré hasta que me hayas perdonado.

—Sí, te perdono, loco, —dijo abrazándole dulcemente—. Hoy me haces muy feliz; es la primera vez que te he visto llorar y creía que tú no llorabas.

Luego, soltándose de sus brazos, cogió el jarrón etrusco y lo rompió en mil pedazos contra el suelo. (Era una pieza rara e inédita. Se veía en él, pintado a tres colores, el combate de un Lapita con un Centauro).

Saint-Clair fue, por unas horas, el hombre más avergonzado y el más feliz del mundo.

* * *

—¿Y bien? —dijo Roquantin al coronel Beaujeu cuando lo encontró por la tarde en casa de Tortoni—¿es cierta la noticia?

—Completamente cierta, querido, —contestó el coronel con un tono triste.

—Cuénteme pues cómo ocurrió.

—¡Oh! muy bien. Saint-Clair empezó diciéndome que estaba equivocado, pero que quería aguantar el fuego de Thémines antes de pedirle excusas. Yo no podía hacer otra cosa sino estar de acuerdo con él. Thémines quería que la suerte decidiera quién dispararía primero. Saint-Clair exigió que fuera Thémines. Thémines disparó; y vi a Saint-Clair girar sobre sí mismo y caer muerto. Ya he visto en muchos soldados alcanzados por un disparo ese giro extraño que precede a la muerte.

—Es extraordinario, —dijo Roquantin—. Y ¿qué hizo Thémines?

—¡Oh! lo que hay que hacer en una ocasión semejante. Arrojó al suelo su pistola con pesar. La tiró con tanta fuerza que le rompió el gatillo. Es una pistola inglesa de Manton; no sé si podrá encontrar en París un armero capaz de hacerle uno nuevo.

* * *

La condesa pasó tres años enteros sin ver a nadie; tanto en invierno como en verano, permanecía en su casa de campo, saliendo apenas de su dormitorio, atendida por una mulata que conocía su relación con Saint-Clair, y a la que no le decía dos palabras al día. Al cabo de tres años su prima Julia regresó de un largo viaje; forzó la puerta y encontró a la pobre Matilde tan delgada y tan pálida, que creyó ver el cadáver de la mujer que había dejado bella y llena de vida. Consiguió, no sin esfuerzo, sacarla de su retiro y llevarla a Hyères. Allí languideció la condesa otros tres o cuatro meses, luego murió de una enfermedad pulmonar causada por disgustos domésticos, según el doctor M… que la asistió.

Federigo

FEDERICO (1829)

Había una vez un joven señor llamado Federigo, guapo, de buena planta, cortés y bondadoso, pero de costumbres muy disolutas, pues amaba en exceso el juego, el vino y las mujeres, sobre todo el juego; no se confesaba jamás y no frecuentaba las iglesias si no era para ir a buscar en ellas ocasiones de pecado. Y ocurrió que Federigo, después de haber arruinado en el juego a doce hijos de familia (que se hicieron después malandrines y perecieron sin confesión en un combate encarnecido con los condotieros del rey) perdió a su vez, en menos de nada, todo lo que había ganado, y todo su patrimonio, salvo una pequeña casa de campo, donde fue a ocultar su miseria tras las colinas de Cava.

Tres años habían transcurrido desde que vivía en soledad, cazando durante el día, y haciendo por la noche su partida de tresillo con el aparcero. Un día que acababa de volver a su casa después de una cacería, la más fructífera que hubiera hecho hasta entonces, Jesucristo, seguido de sus santos apóstoles, vino a llamar a su puerta y le pidió alojamiento. Federigo, que tenía un alma generosa, estuvo encantado de ver llegar a sus invitados en un día en el que tenía sobradamente con qué agasajarlos. Mandó entrar pues a los peregrinos en su casa, les ofreció con la mejor gracia del mundo, mesa y cubierto, y les rogó que le perdonaran si no los trataba según su categoría, pues lo cogían desprevenido. Nuestro Señor, que sabía a qué atenerse respecto a la oportunidad de su visita, perdonó a Federigo esa pequeña muestra de vanidad tomando en consideración su actitud acogedora.

—Nos contentaremos con lo que tiene —le dijo— pero mande preparar la cena lo más antes posible, pues es tarde, y éste tiene mucha hambre, —añadió

señalando a san Pedro.

Federigo no se lo hizo repetir, y, queriendo ofrecer a sus invitados algo más que el producto de su caza, ordenó al aparcero que matara el último cabrito, que fue de inmediato colocado en el asador.

Cuando la cena estuvo lista y la compañía a la mesa, Federigo sólo tenía un pesar y era que su vino no fuera de la mejor calidad.

—Señor, —le dijo a Jesucristo:

Sire, je voudrais que mon vin fût meilleur;
Néanmoins, tel qu'il est, je l'offre de grand coeur

Después de lo cual, Nuestro Señor que había probado el vino dijo a Federigo:

—¿De qué se queja?, su vino es perfecto; me fío de este hombre (indicando con el dedo al apóstol san Pedro).

San Pedro, después de haberlo probado, lo declaró excelente (proprio stupendo), y rogó a su anfitrión que bebiera con él.

Federigo, que tomaba todo eso como pura cortesía, hizo caso al apóstol; pero ¡cuál no sería su sorpresa al encontrar que este vino era mucho mejor que ninguno de los que él había degustado en los tiempos en que disponía de su gran fortuna! Reconociendo por ese milagro la presencia del Salvador, se levantó de inmediato considerándose indigno de comer en tan santa compañía; pero Nuestro Señor le ordenó que volviera a sentarse, lo que hizo sin demasiados remilgos. Después de la cena, en la que fueron servidos por el aparcero y su mujer, Jesucristo se retiró con sus apóstoles a la habitación que le habían preparado. En cuanto a Federigo, que se había quedado a solas con el aparcero, echó su partida de tresillo, como de costumbre, bebiéndose lo que quedaba del vino milagroso.

Al día siguiente, los santos viajeros se encontraban reunidos en la planta baja con el dueño de la vivienda, cuando Jesucristo le dijo a Federigo:

—Estamos muy satisfechos de la acogida que nos has dispensado y queremos recompensarte. Pide tres deseos, a tu elección, y te serán concedidos; pues todo poder nos ha sido otorgado en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

Entonces Federigo sacando de su bolsillo una baraja de cartas que llevaba siempre consigo dijo:

—Señor, haced que yo gane siempre que juegue con estas cartas.

—¡Que así sea! —dijo Jesucristo (Ti sia concesso)

Pero san Pedro que se encontraba junto a Federigo, le dijo en voz baja:

—¿En qué estas pensando, desgraciado pecador? debías pedirle al Señor la salvación de tu alma.

—Eso me inquieta poco — respondió Federigo.

—Tienes aún dos deseos que obtener, —dijo Jesucristo.

—Señor —continuó el anfitrión— puesto que tenéis tanta bondad, por favor, haced que cualquiera que suba al naranjo que da sombra a mi puerta, no pueda bajar de él sin mi permiso.

—¡Que así sea! —dijo Jesucristo.

Al oír esas palabras, el apóstol san Pedro, dándole un codazo a su vecino, le dijo:

—Desgraciado pecador, ¿no temes el infierno reservado para tus fechorías? Pide pues al Señor un lugar en su santo paraíso; todavía estás a tiempo…

—No hay prisa —respondió Federigo alejándose del apóstol; y Nuestro Señor preguntó:

—¿Cuál es tu tercer deseo?

—Quiero, —contesto aquél— que quien se siente en esta banqueta, al amor de la lumbre, no pueda levantarse de ella sino con mi permiso.

Nuestro Señor, que atendió este deseo como los dos primeros, se marchó con sus discípulos.

El último apóstol no había salido aún de la vivienda cuando Federigo, deseoso de probar la eficacia de sus cartas, llamó a su aparcero y jugó una partida de tresillo con él sin mirar siquiera su juego. La ganó de calle, lo mismo que la segunda y la tercera. Seguro entonces de su éxito, se marchó a la ciudad, se hospedó en la mejor posada, donde alquiló la habitación más bonita. Como la noticia de su llegada se había difundido con rapidez, sus antiguos compañeros de libertinaje vinieron en tropel para hacerle una visita.

—Te creíamos perdido para siempre, —exclamó don Giuseppe—; se decía que te habías hecho ermitaño.

—Y tenían razón —respondió Federigo.

—¿En qué diablos has pasado el tiempo desde hace tres años que no te hemos visto? —preguntaron a la vez todos los demás.

—Rezando, mi muy queridos hermanos, —contestó Federigo, con voz devota—; y he aquí mis Horas, añadió mientras sacaba de su bolsillo la baraja de cartas que había conservado cuidadosamente.

Esta respuesta provocó una risa general y cada uno quedó convencido de que Federigo había restablecido su fortuna en algún país extranjero a expensas de jugadores menos expertos que éstos con los que se encontraba ahora, y que ardían en deseos de arruinarlo por segunda vez. Algunos querían, sin esperar

más, llevarlo a una mesa de juego; pero Federigo, que les pidió que retrasaran la partida hasta la noche, hizo pasar a toda la compañía a una sala en la que, por orden suya, habían preparado un exquisito banquete, que fue perfectamente acogido. Esa cena fue más alegre que la de los apóstoles: es cierto que no se bebió nada más que malvasía y lacrima-Christi, pero los invitados, excepto uno, no conocían un vino mejor.

Antes de la llegada de sus invitados, Federigo se había provisto de un juego de cartas exactamente igual que el primero, con el fin de poder, si era necerario, cambiarlo por el otro, y, al perder una partida de cada tres o cuatro, alejar toda sospecha del espíritu de sus adversarios. Había guardado una baraja a la derecha y otra a la izquierda.

Después de cenar, y una vez que la noble banda se hubo sentado en torno al tapete verde, Federigo puso primero sobre la mesa las cartas profanas, fijó las apuestas en una suma razonable para toda la duración de la sesión. Queriendo entonces tomarle gusto al juego, y conocer la medida de su fuerza, jugó lo mejor que pudo las dos primeras partidas, y perdió la una y la otra, no sin cierto despecho secreto. Mandó luego que trajeran vino, y aprovechó el momento en que los ganadores brindaban por sus triunfos pasados y futuros, para retomar con una mano las cartas profanas y sustituirlas con la otra por las bendecidas.

Cuando comenzó la tercera partida, Federigo, que no prestaba atención a su juego, tuvo tiempo de observar el de los demás, y encontró que hacían trampas. Este descubrimiento le causó gran placer. A partir de ese momento podía vaciar a conciencia los bolsillos de sus adversarios. Su ruina había sido consecuencia de su fraude, y no de su buen juego o de su suerte. Podía pues concebir una mejor opinión de su fuerza relativa, opinión justificada por los éxitos anteriores. La autoestima (pues ¿a qué no se agarra ésta?), la certeza de la venganza y la de la ganancia, son tres sentimientos muy dulces para el corazón de un hombre. Federigo los sintió todos a la vez; pero pensando en su fortuna pasada, se acordó de los doce hijos de familia a costa de los cuales él se había enriquecido; y, persuadido de que aquellos jóvenes eran los únicos jugadores honestos con los que se había relacionado, se arrepintió, por vez primera, de los triunfos que había tenido sobre ellos. Una nube sombría siguió en su rostro a los rayos de alegría que se abrían camino y lanzó un profundo suspiro al ganar la tercera partida.

Ésta fue seguida de otras muchas, de las que Federigo se arregló para ganar el mayor número posible, de manera que recogió en esta primera velada con qué pagar la cena y un mes de alquiler de su habitación. Era todo lo que quería por ese día. Sus compañeros, contrariados, prometieron al marcharse, que

regresarían al día siguiente.

El día después y los siguientes, Federigo supo ganar y perder tan a propósito, que en poco tiempo adquirió una fortuna considerable, sin que nadie sospechara la verdadera causa. Entonces, dejó la posada para irse a vivir a un gran palacio donde, de vez en cuando, daba magníficas fiestas. Las mujeres más bellas se disputan una de sus miradas; los vinos más exquisitos cubrían cada día su mesa, y el palacio de Federigo tenía fama de ser el centro de todos los placeres.

Al cabo de un año de juego discreto, resolvió hacer completa su venganza, dejando secos a los principales señores del país. Con este fin, y después de haber convertido en piedras preciosas la mayor parte de su oro, les invitó con ocho días de antelación a una gran fiesta, para la que contrató los mejores músicos, saltimbanquis, etc., y que debía terminarse con una partida de las sustanciosas. Los que no disponían de dinero lo pidieron prestado a los judíos; los demás trajeron lo que tenían, y todo fue arrebatado. Federigo se marchó por la noche con su oro y sus diamantes.

A partir de ese momento, se propuso no jugar a tiro cierto nada más que con los jugadores tramposos, encontrándose lo suficientemente hábil como para salir del paso con los demás. Recorrió así todas las ciudades de la tierra, jugando por todas partes, ganando siempre, y consumiendo en cada lugar lo más exquisito de lo que aquel país producía.

Sin embargo, el recuerdo de sus doce víctimas se le venía a la memoria sin cesar y amargaba sus alegrías. Un día decidió que las salvaría o que se perdería con ellas.

Tras haber adoptado esta resolución, partió hacia los infiernos con un bastón en la mano y un saco al hombro, sin más escolta que su galga favorita, que se llamaba Marchesella. Llegó a Sicilia, subió al monte Gibel, y enseguida bajó por el volcán, tan por debajo del pie de la montaña que ésta misma se eleva por encima del Piamonte. Desde allí, para ir a casa de Plutón, hay que cruzar un patio guardado por Cerbero. Federigo lo cruzó sin dificultad, mientras que Cerbero se entretenía con su galga, y llegó a llamar a la puerta de Plutón.

Cuando lo llevaron a su presencia:

—¿Quién eres? —preguntó el dios del abismo.

—Soy el jugador Federigo.

—Y ¿qué diablos vienes a hacer aquí?

—Plutón, —contestó Federigo—, si consideras que el primer jugador de la tierra es digno de echar contigo una partida de tresillo, he aquí lo que te

propongo: jugaremos tantas partidas como quieras; si pierdo una sola, habrás adquirido legítimamente mi alma, como todas las que pueblan tus estados; pero, si gano, tendré derecho a elegir entre ellas una por cada partida ganada y llevármela conmigo.

—De acuerdo —dijo Plutón—; y pidió una baraja de cartas.

—Aquí hay una, —dijo inmediatamente Federigo sacando de su bolsillo la baraja milagrosa, y comenzaron a jugar.

Federigo ganó la primera partida, y le pidió a Plutón el alma de Stefano Pagani, una de las doce que quería salvar. Le fue entregada inmediatamente y, después de haberla recibido, la introdujo en su saco. Ganó también la segunda partida, la tercera, y así hasta doce, haciendo que le entregaran cada vez y metiendo en su saco una de las almas por las que estaba interesado. Cuando completó la docena, ofreció a Plutón la posibilidad de seguir jugando.

—Con mucho gusto, —dijo Plutón (que sin embargo se aburría de perder)—; pero salgamos un instante; no sé que olor fétido acaba de esparcirse por aquí.

Sólo buscaba un pretexto para deshacerse de Federigo; pues apenas se encontraba éste fuera con su saco y sus almas, Plutón, gritó con todas sus fuerzas que cerraran la puerta.

Federigo, después de haber atravesado el patio de los infiernos, sin que Cerbero prestara atención, hasta tal punto estaba entretenido con su galga, volvió a la cima del monte Gibel. Llamó después a Marchesella, que no tardó en unirse a él, y descendió hacia Mesina, más feliz por su conquista espiritual de lo que jamás había estado por ningún otro triunfo mundano. Cuando llegó a Mesina, se embarcó para regresar a tierra firme y terminar su carrera en su antigua casa de campo.

* * *

(A algunos meses de eso, Marchesella parió una camada de pequeños monstruos, algunos de los cuales tenían hasta tres cabezas. Todos fueron arrojados al agua).

* * *

Al cabo de treinta años (Federigo tenía setenta), la Muerte entró en su casa y le advirtió de que pusiera su conciencia en orden, porque había llegado su hora.

—Estoy listo —dijo el moribundo—; pero antes de llevarme ¡oh Muerte!, dame, te lo ruego, un fruto del árbol que da sombra a mi puerta. Es un pequeño capricho, después moriré contento.

—Si no necesitas nada más que eso, —dijo la Muerte— estoy de acuerdo en

satisfacerte; —y se subió al naranjo para coger una naranja. Pero, cuando quiso descender, no pudo hacerlo porque Federigo se lo impedía.

—¡Ah! Federigo, me has engañado, —exclamó—; ahora estoy en tu poder; devuélveme la libertad y te prometo diez años más de vida.

—¡Diez años! ¡vaya cosa! —dijo Federigo—. Si quieres descender, amiga mía, será necesario que seas más generosa.

—Te daré veinte.

—¡Estás de broma!

—Te daré treinta.

—No has alcanzado aún ni la tercera parte.

—¿Quieres pues vivir un siglo?

—Exactamente, querida.

—Federigo, no eres razonable.

—¡Qué quieres! me gusta vivir.

—Vale, cien años, —dijo la muerte—, puesto que hay que pasar por esto, —e inmediatamente después pudo bajar.

Tan pronto como ella se marchó, Federigo se levantó en un estado de salud perfecto, y comenzó una nueva vida con la fuerza de un joven y la experiencia de un viejo. Todo lo que se sabe de esta nueva existencia es que continuó satisfaciendo todas sus pasiones, y particularmente sus apetitos carnales, haciendo algo de bien cuando se presentaba la ocasión, pero sin pensar en su salvación mucho más que durante su primera vida.

Cuando pasaron los cien años, la Muerte vino de nuevo a llamar a su puerta, y le encontró en la cama.

—¿Estás listo? —le preguntó.

—He mandado llamar a mi confesor —respondió—; siéntate junto al fuego hasta que venga. Sólo espero la absolución para lanzarme contigo a la eternidad.

La Muerte, que era buena persona, fue a sentarse en la banqueta, y esperó una hora entera sin ver llegar al sacerdote. Empezando por fin a aburrirse, le dijo:

—Viejo, ¿por segunda vez, no has tenido tiempo de ponerte en gracia, después de un siglo que no nos hemos visto?

—Tenía, a fe mía, otras muchas cosas que hacer, —dijo el viejo con una sonrisa burlona.

—¡Pues bien! —contestó la Muerte indignada de su impiedad— ya no te

queda nada más que un minuto de vida.

—¡Bah! —dijo Federigo, mientras ella intentaba en vano levantarse—, sé por experiencia que eres muy acomodaticia como para no concederme aún algunos años de tregua.

—¡Algunos años, miserable! (y hacía inútiles esfuerzos para alejarse de la chimenea).

—Sí, sin duda; pero, esta vez, no seré muy exigente, y, como no me atrae mucho la vejez, me contentaré con cuarenta años para mi tercera vida.

La Muerte vio que estaba retenida sobre la banqueta, como antaño sobre el naranjo por una fuerza sobrenatural; pero, en su furor, no quería conceder nada.

—Conozco un medio para hacerte razonable —dijo Federigo—. Y mandó que echaran tres leños al fuego. La llama llenó en un momento la chimenea, de suerte que la Muerte se encontraba en un suplicio.

—¡Piedad! ¡Piedad! —exclamó sintiendo que se quemaban sus viejos huesos; te prometo cuarenta años de salud.

Al oír esas palabras, Federigo deshizo el encantamiento, y la Muerte se fue huyendo, medio asada.

Al cabo del plazo, regresó a buscar a su hombre, que la esperaba a pie firme, con un saco al hombro.

—Por esta vez, tu hora ha llegado, —le dijo entrando bruscamente—; no hay posibilidad de retroceder. Pero ¿qué quieres hacer con ese saco?

—Contiene las almas de doce jugadores amigos míos, que en otros tiempos libré del infierno.

—¡Que allí regresen contigo! —dijo la Muerte; y agarrando a Federigo por los cabellos, se lanzó por los aires, voló hacia el Sur, y se introdujo con su presa en los abismos del monte Gibel. Cuando llegó a las puertas del infierno, llamó tres veces.

—¿Quién es? —dijo Plutón.

—Federigo, el jugador, —respondió la Muerte.

—No abráis, —gritó Plutón que recordó de inmediato las doce partidas que había perdido—; ese granuja despoblaría mi imperio.

Como Plutón se negaba a abrir, la Muerte transportó a su prisionero hasta las puertas del purgatorio; pero el ángel de guardia le prohibió la entrada, después de haber reconocido que él se encontraba en pecado mortal. Fue necesario pues, por fuerza, y contra la voluntad de la Muerte, que detestaba a Federigo, dirigir el convoy hacia las regiones celestiales.

—¿Quién eres? —dijo san Pedro a Federigo, cuando la Muerte lo hubo depositado a la entrada del paraíso.

—Vuestro antiguo anfitrión, —respondió éste—, el que os agasajó antaño con el producto de su caza.

—¿Cómo te atreves a presentarte aquí en el estado en que te encuentras? —exclamó san Pedro—. ¿No sabes que el cielo está cerrado a personas como tú? ¡Qué! ¡no eres ni siquiera digno del purgatorio y quieres un lugar aquí!

—San Pedro —dijo Federigo— ¿es así como yo os recibí cuando vinisteis con vuestro divino maestro, hace unos ciento ochenta años, a pedirme hospitalidad?

—Todo eso está muy bien, —contestó san Pedro con tono gruñón, aunque emocionado—; pero no puedo decidir por mi cuenta dejarte entrar. Voy a informar a Jesucristo de tu llegada; veremos qué dice Él.

Cuando Nuestro Señor fue avisado, vino a la puerta del paraíso y encontró a Federigo de rodillas ante el umbral, con sus doce almas, seis a cada lado. Entonces, dejándose ganar por la compasión:

—Por tí, vale, —le dijo a Federigo—; pero a esas doce almas que el infierno reclama, no podré en conciencia, dejarlas entrar.

—¡Pues qué! Señor, —dijo Federigo- ¿cuando tuve el honor de recibiros en mi casa, no estabais acompañado de doce viajeros que yo acogí, como a Vos, lo mejor que me fue posible?

—No hay manera de resistir a este hombre, —dijo Jesucristo— entrad, dado que ya estáis aquí; pero no presumáis de la gracia que os he hecho; sería un mal ejemplo.

La calleja de la señora Lucrecia

VICCOLO di madame lucrecia (1873)

Tenía veintitrés años cuando visité Roma. Mi padre me entregó una docena de cartas de recomendación de las que sólo una, que no tenía menos de cuatro páginas, estaba sellada. Llevaba como dirección: «A la marquesa Aldobrandi.»

—Ya me escribirás —me dijo mi padre— si la marquesa sigue aún bella.

Desde mi infancia, yo había visto en su despacho, sobre la chimenea, el retrato en miniatura de una mujer muy hermosa, con el pelo empolvado, coronada de hiedra y con una piel de tigre sobre un hombro. Al fondo se leía: Roma, 18… El atuendo me parecía singular, y más de una vez había preguntado quién era esa dama. Me contestaban: «Es una bacante»; pero esa respuesta no me satisfacía; incluso llegué a sospechar algún secreto; pues, ante esta pregunta tan simple, mi madre apretaba los labios, y mi padre se ponía serio.

Esta vez, al darme la carta sellada, miró de reojo al retrato; yo hice lo mismo involuntariamente, y se me ocurrió la idea de que la bacante empolvada podía ser la marquesa Aldobrandi. Como empezaba ya a comprender las cosas de este mundo, saqué todo tipo de conclusiones de las caras de mi madre y de la mirada de mi padre.

Cuando llegué a Roma, la primera carta que llevé fue la de la marquesa. Vivía en un hermoso palacio cerca de la plaza de San Marcos.

Entregué la carta y una tarjeta mía a un criado con librea amarilla que me introdujo en un amplio salón, sombrío y triste, bastante mal amueblado. Pero en todos los salones de Roma hay cuadros de maestros de la pintura. Este salón

contenía un número considerable, muchos de los cuales eran notables.

Vi en primer lugar un retrato de mujer que me pareció un Leonardo da Vinci. Por la riqueza del marco, por el caballete de palisandro sobre el que estaba colocado, no se podía dudar de que era la joya de la colección. Como la marquesa no llegaba, tuve tiempo de examinarlo. Incluso lo llevé junto a una ventana con el fin de verlo con una luz más adecuada. Era, evidentemente, un retrato y no una cabeza inventada, pues este tipo de fisonomías no se inventan: era una mujer bella, con los labios algo gruesos, las cejas casi juntas y la mirada altanera y acariciadora a la vez. Al fondo, se veía un escudo dominado por una corona ducal. Pero lo que más me impactó fue la vestimenta, salvo el polvo de la cabeza, era la misma que la de la bacante de mi padre. Tenía aún el retrato en la mano, cuando entró la marquesa.

—¡Exactamente igual que su padre! —exclamó acercándose a mí—. ¡Ah! ¡los franceses! ¡los franceses! No ha hecho sino llegar y ya se ha adueñado de la señora Lucrecia.

Me apresuré a pedirle excusas por mi indiscreción, y me lancé a hacer mil elogios de la obra de Leonardo que había tenido la temeridad de desplazar.

—Es efectivamente un Leonardo —dijo la marquesa— y es el retrato de la demasiado famosa Lucrecia Borgia. De entre todos mis cuadros, éste es el que más admiraba su padre… Pero, ¡Dios mío! ¡qué parecido! creo estar viendo a su padre. ¿Cómo se encuentra? ¿Qué hace? ¿No vendrá algún día a visitarnos a Roma?

Aunque la marquesa no llevaba ni polvo ni piel de tigre, desde la primera ojeada, por la fuerza de mi genio, reconocí en ella a la bacante de mi padre. Unos veinticinco años no habían podido hacer desaparecer por completo las huellas de una gran belleza. Sólo su expresión, como su atuendo, había cambiado. Estaba completamente vestida de negro, y su triple papada, su sonrisa grave, su expresión solenne y radiante, me advertían de que se había convertido en devota.

Me recibió, por otra parte, con gran afecto. En tres palabras me ofreció su casa, su bolsa, sus amigos, entre los cuales me nombró a numerosos cardenales.

—Considéreme —dijo— como a su madre…

Y bajó los ojos modestamente.

—Su padre me encarga que vele por usted y le dé consejos.

Y, para demostrarme que no creía que su misión fuera una sinecura, comenzó inmediatamente a ponerme en guardia contra los peligros que Roma podía

ofrecer a un joven de mi edad, y me exhortó vehementemente a evitarlos. Debía rehuir las malas compañíãs, sobre todo la de los artistas; no relacionarme sino con las personas que ella me indicara. En resumen, me echó un sermón en tres partes. Le respondí respetuosamente y con la debida hipocresía.

Cuando me levantaba para marcharme:

—Lamento —me dijo— que mi hijo el marqués esté en este momento en nuestras tierras de Romaña, pero quiero presentarle a mi segundo hijo, don Octavio, que pronto será monseñor. Espero que le guste y que lleguen a ser buenos amigos como deben ser…

Y añadió apresuradamente:

—Pues son más o menos de la misma edad y es un chico dulce y serio como usted.

Inmediatamente mandó a buscar a don Octavio. Vi a un joven alto, pálido, de aspecto melancólico, siempre con los ojos bajos, y algo gazmoño. Sin darle tiempo de hablar, la marquesa me hizo en su nombre todos los ofrecimientos de servicios amables. Él confirmaba, con grandes reverencias, todas las frases de su madre, y acordamos que, al día siguiente, iría a recogerme para pasearnos por la ciudad y me llevaría a comer en familia al palacio Aldobrandi.

Apenas había dado una veintena de pasos en la calle cuando alguien gritó detrás de mí con voz imperiosa:

—¿Dónde va usted sólo a estas horas, don Octavio?

Me volví, y vi a un cura grueso que me miraba de pies a cabeza desencajando los ojos.

—Yo no soy don Octavio —le dije.

El cura, saludándome con una gran reverencia, se confundía presentandome excusas, y un momento después lo vi entrar en el palacio Aldobrandi. Continué mi camino sólo mediocremente halagado por haber sido confundido con un monseñor en ciernes.

Pese a las advertencias de la marquesa, o tal vez a causa de ellas, no tuve nada más urgente que hacer que descubrir el domicilio de un pintor que conocía, y pasé una hora con él en su taller hablando de los medios de diversión, lícitos o no, que Roma podría proporcionarme. Le hablé de los Aldobrandi.

La marquesa, me dijo, después de haber sido muy casquivana, se había lanzado a la más alta devoción después de reconocer que la edad de las conquistas había pasado para ella. Su primogénito era un bruto que empleaba el tiempo cazando e ingresando en caja el dinero que le aportaban los cultivadores

de sus vastas propiedades. Estaban embruteciendo a su segundo hijo, don Octavio, que querían convertir, en su día, en cardenal. En espera de ello, lo habían puesto en manos de los jesuítas. No salía nunca solo. Le estaba prohibido mirar a una mujer o dar un paso sin llevar tras los talones a un cura que lo había educado para el servicio de Dios y que, después de haber sido el último amico de la marquesa, dirigía ahora su casa con una autoridad casi despótica. Ése era el personal de la familia a la que había sido recomendado tan particularmente.

Al día siguiente, don Octavio, seguido del padre Negroni, el mismo que la víspera me había tomado por su pupilo, vino a buscarme en coche y a ofrecerme sus servicios como cicerone.

El primer monumento en el que nos detuvimos era una iglesia. Siguiendo el ejemplo del cura, don Octavio se arrodilló, se dio golpes de pecho e hizo innumerables veces la señal de la cruz. Cuando se levantó, me enseñó los frescos y las estatuas, y me habló como un hombre de sentido común y de buen gusto. Esto me sorprendió gratamente. Empezamos a hablar y su conversación me agradó. Durante algún rato, estuvimos hablando en italiano. De pronto, me dijo en francés:

—Mi preceptor no entiende ni una palabra de su idioma. Hablemos en francés, así estaremos más libres.

Se habría dicho que el cambio de idioma había transformado al joven. Nada en sus frases olía ahora a cura. Me parecía estar oyendo a uno de nuestros liberales de provincias. Observé que lo recitaba todo con el mismo tono de voz monótono, y que, con frecuencia, esa entonación contrastaba con la viveza de sus expresiones. Era una costumbre adoptada aparentemente para despistar a Negroni, quien, de vez en cuando, hacía que le explicara lo que estábamos comentando. Por supuesto, nuestras traducciones eran de lo más libre.

Vimos pasar a un joven con medias de color violeta.

—He ahí —me dijo don Octavio— a nuestros patricios de hoy. Infame indumentaria. ¡Que será la mía dentro de unos meses! ¡Qué felicidad, —añadió tras un momento de silencio—, qué felicidad poder vivir en un país como el suyo! ¡Si yo fuera francés, tal vez algún día llegara a diputado!» Esta noble ambición me hizo reír, y como nuestro cura se percató de ello, me vi obligado a explicarle que hablábamos del error de un arqueólogo que tomaba por antigua una estatua de Bernini.

Volvimos para almorzar en el palacio Aldobrandi. Casi inmediatamente después del café, la marquesa me pidió perdón por su hijo, que, obligado por

ciertas devociones piadosas, debía retirarse a sus aposentos. Me quedé a solas con ella y con el padre Negroni que, recostado en un gran sillón, dormía el sueño de los justos.

Mientras tanto, la marquesa me interrogaba minuciosamente acerca de mi padre, de París, de mi vida pasada, de mis proyectos para el porvenir. Me pareció amable y buena, aunque un poco curiosa y, sobre todo, demasiado preocupada por mi salvación. Además hablaba admirablemente el italiano, y tomé con ella una buena lección de pronunciación que me prometí repetir.

Volví frecuentemente a visitarla. Casi todas las mañanas, iba a contemplar las antigüedades con su hijo y con el sempiterno Negroni, y por la tarde, cenaba con ellos en el palacio Aldobrandi. La marquesa no recibía a muchas personas y casi únicamente a eclesiásticos.

Una vez, no obstante, me presentó a una dama alemana, recién convertida, íntima amiga suya. Era la señora de Strahlenheim, una mujer muy hermosa, instalada en Roma desde hacía mucho tiempo. Mientras estas señoras hablaban de un famoso predicador, estaba mirando a la luz de una lámpara el retrato de Lucrecia, cuando se me ocurrió decir:

—¡Qué ojos! ¡se diría que van a moverse los párpados!

Ante esta hipérbole algo pretenciosa que aventuré para dármelas de experto ante la señora de Strahlenheim, ésta se estremeció de espanto, y ocultó su rostro en el pañuelo.

—¿Qué le ocurre, querida? —dijo la marquesa.

—¡Ah! nada, pero lo que este señor acaba de decir!…

La acribillaron a preguntas, y una vez que nos hubo dicho que mi expresión le recordaba una historia horrible, fue obligada a contarla. Hela aquí, en pocas palabras: La señora de Strahlenheim tenía una cuñada llamada Guillermina, prometida con un joven de Westfalia, Julio de Katzenellenbogen, voluntario en la división del general Kleist. Siento mucho tener que repetir tantos nombres extraños, pero las historias maravillosas no le ocurren sino a personas cuyos nombres son difíciles de pronunciar. Julio era un chico encantador repleto de patriotismo y de metafísica. Al marcharse al ejército le había dado su retrato a Guillermina, y Guillermina le había dado el suyo que él llevaba siempre sobre el corazón. Esto es habitual en Alemania.

El 13 de septiembre de 1813, Guillermina estaba en Cassel hacia las cinco de la tarde, en un salón, ocupada en tricotar junto a su madre y su cuñada. Mientras trabajaba, miraba el retrato de su prometido, situado sobre una mesita de labor

frente a ella. De pronto, dio un terrible grito, se llevó la mano al corazón y se desmayó. Tuvieron todos los problemas del mundo para hacerle recuperar el conocimiento, y cuando pudo hablar dijo: «Julio ha muerto, han matado a Julio.»

Afirmó, y el horror pintado en todas sus facciones probaba suficientemente su convicción, que había visto el retrato cerrar los ojos, y que en el mismo instante había sentido un dolor atroz, como si un hierro candente le atravesara el corazón.

Todos se esforzaron inútilmente en demostrarle que su visión no tenía nada de real y que no debía concederle ninguna importancia. La pobre chica estaba inconsolable; pasó la noche llorando, y al día siguiente quiso vestirse de luto, como segura de la desgracia que le había sido revelada.

Dos días después, se recibió la noticia de la sangrienta batalla de Leipzig. Julio escribía a su prometida una carta fechada el día 13 a las tres de la tarde. Sólo había sido herido, se había distinguido, y acababa de entrar en Leipzig, donde pensaba pasar la noche en el cuartel general, por tanto, alejado de cualquier peligro. Esta carta tan tranquilizadora no pudo calmar a Guillermina, que, observando que estaba fechada a las tres, seguía creyendo que su novio había muerto a las cinco.

La infortunada no se equivocaba. Pronto se supo que Julio, encargado de llevar una orden, había salido de Leipzig a las cuatro y media, y que a tres cuartos de legua de la ciudad, al otro lado del Elster, un rezagado del ejército enemigo, emboscado en una cuneta, lo había matado de un disparo. La bala, que le perforó el corazón, había roto el retrato de Guillermina.

—¿Y qué fue de esa pobre joven? —pregunté a la señora de Strahlenheim.

—¡Oh! estuvo muy enferma. Ahora está casada con el consejero de justicia de Werner, y si va usted a Dessau, le enseñará el retrato de Julio.

—Todo eso sucede por la intromisión del diablo, dijo el cura que sólo había dormido a medias durante la historia de la señora de Strahlenheim. El que hacía hablar a los oráculos de los paganos, bien puede hacer moverse los ojos de un retrato cuando le parece bien. No hace aún veinte años, que en Tivoli, un inglés fue estrangulado por una estatua.

—¡Por una estatua! —exclamé— ¿y cómo fue eso?

—Era un milord que había realizado excavaciones en Tivoli. Había encontrado una estatua de emperatriz, Agripina, Mesalina…, no importa. Ocurrió que la mandó llevar a su casa y que, a fuerza de mirarla y admirarla, se volvió loco por ella. Todos esos señores protestantes lo están ya a medias. La

llamaba su esposa, su miladi y la besaba aunque era de mármol. Decía que la estatua se animaba cada noche para él. Tanto, que una mañana encontraron al milord rígido, muerto en su cama. ¿Y bien? ¿podrán ustedes creerlo? Hubo otro inglés que compró la estatua. Yo, en su lugar, la habría transformado en cal.

Una vez que se inicia el capítulo de aventuras sobrenaturales, ya no se para. Cada uno tenía una historia que contar. Yo también participé en ese concierto de relatos espantosos, de manera que, en el momento de separarnos, todos estábamos algo emocionados e imbuidos de respeto por el poder del diablo.

Volví a pie a mi alojamiento, y para ir a dar a la calle del Corso, cogí una callejuela tortuosa por la que no había pasado aún. Estaba desierta. Sólo se veían largas tapias de jardín y algunas casas miserables de las que ninguna estaba iluminada. Acababa de sonar medianoche, cuando escuché, por encima de mi cabeza, un ruidito, un psss y al mismo tiempo una rosa cayó a mis pies. Levanté los ojos, y pese a la oscuridad, vi a una mujer vestida de blanco, en una ventana, con el brazo extendido hacia mí. Nosotros los franceses somos muy presuntuosos en país extraño, y nuestros padres, vencedores de Europa, nos acunaron con halagadoras tradiciones sobre el orgullo nacional. Creía cándidamente en la inflamabilidad de las mujeres alemanas, españolas e italianas sólo con ver a un francés. En resumen, en esa época, era aún muy de mi país, y además, ¿la rosa no hablaba suficientemente claro?

—Señora — le dije en voz baja, recogiendo la rosa— ha dejado usted caer su ramillete…

Pero la mujer había desaparecido ya, y la ventana se había cerrado sin producir el menor ruido. Hice lo que cualquier otro habría hecho en mi lugar. Busqué la puerta más cercana; estaba a dos pasos de la ventana; la encontré y esperé a que vinieran a abrirme. Pasaron cinco minutos en un profundo silencio. Entonces tosí, luego arañé suavemente; pero la puerta no se abrió. La examiné con más atención esperando encontrar una llave o un pestillo; pero, ante mi gran sorpresa, sólo encontré un candado.

—El celoso no ha regresado, pues —me dije.

Recogí una piedrecilla y la tiré a la ventana. Golpeó un postigo de madera y volvió a caer a mis pies.

—¡Demonios! —pensé— ¿las damas romanas se imaginan que uno lleva escalas en el bolsillo? No me habían hablado de esta costumbre.

Esperé aún bastantes minutos, inútilmente. Sólo me pareció una o dos veces ver temblar ligeramente el postigo, como si, desde el interior, hubieran querido

retirarlo para ver lo que sucedía en la calle. Al cabo de un cuarto de hora, mi paciencia llegó a su límite, encendí un cigarro, y proseguí mi camino, no sin antes haber examinado bien la situación de la casa del candado.

Al día siguiente, reflexionando acerca de esta aventura, llegué a las conclusiones siguientes: una joven romana, probablemente de una gran belleza, me habría visto durante mis paseos por la ciudad, y se habría enamorado de mis reducidos encantos. Si sólo me había declarado su pasión por medio del regalo de una flor misteriosa, es porque un honesto pudor la había retenido, o bien porque había sido molestada por la presencia de alguna dueña, quizá por un maldito tutor como el Bartolo de Rosina. Decidí entonces emprender un asedio en regla a la casa habitada por esta princesa.

Con ese hermoso objetivo, salí de mi alojamiento después de haberle dado a mis cabellos un cepillado conquistador. Me había puesto la levita nueva y los guantes amarillos. Con ese atuendo, con el sombrero inclinado hacia una oreja, y la rosa marchita en el ojal, me dirigí hacia la calle de la que aún ignoraba el nombre, pero que no me costó mucho descubrir. Un letrero colocado por encima de una madona, me indicó que se llamaba La calleja de la señora Lucrecia.

Ese nombre me sorprendió. Inmediatamente recordé el retrato de Leonardo da Vinci, y las historias de presentimientos y diablurías que se habían contado la víspera en casa de la marquesa. Luego pensé que había amores predestinados por el cielo. ¿Por qué mi dama no podía llamarse Lucrecia? ¿Por qué no podía parecerse a la Lucrecia de la galería Aldobrandi?

Era de día, me encontraba a dos pasos de una persona encantadora y ningún pensamiento siniestro participaba en la emoción que sentía.

Estaba ante la casa. Tenía el número 13. Mal augurio… ¡Ah! no se correspondía con la idea que me había forjado de ella al verla de noche. No era un palacio, ni mucho menos.

Veía un cercado de tapias ennegrecidas por el tiempo y cubiertas de musgo, por encima de las cuales sobresalían las ramas de algunos árboles frutales mal descocados. En un ángulo del cercado se levantaba un edificio de un solo piso, con dos ventanas a la calle, ambas cerradas por viejas contraventanas provistas, al exterior, de numerosas barras de hierro. La puerta era baja, dominada por un escudo borrado, cerrada, como la víspera, por un grueso candado atado a una cadena. Sobre la puerta podía leerse escrito con tiza: «Se vende o se alquila.» Sin embargo, no me había equivocado. A ese lado de la calle, las casas eran escasas como para que cualquier confusión fuera imposible. Era el mismo candado, y, lo que es más, dos pétalos de rosa en el suelo, cerca de la puerta, indicaban el lugar

preciso donde había recibido la declaración por signos de mi bien amada, y probaban que no barrían la parte delantera de la casa.

Me dirigí a algunas pobres personas de la vecindad para saber dónde vivía el guarda de esta misteriosa vivienda.

—Aquí no es —me respondían bruscamente.

Parecía que mi pregunta desagradaba a quienes interrogaba y eso excitaba aún más mi curiosidad. Yendo de puerta en puerta, terminé por entrar en una especie de sótano oscuro, donde había una mujer vieja que parecía sospechosa de brujería, pues tenía un gato negro, y cocía no sé qué en un caldero.

—¿Quiere usted ver la casa de la señora Lucrecia? —me dijo— yo tengo la llave.

—Pues bien, enséñemela.

—¿Es que quiere usted alquilarla? —preguntó sonriendo con expresión de duda.

—Sí, si me conviene.

—No le convendrá. Pero vamos a ver ¿me dará usted un pablo se si la enseño?

—Desde luego.

Con esta seguridad, se levantó ágilmente de su taburete, descolgó de la pared una llave completamente oxidada y me condujo ante el número 13.

—¿Por qué —le dije— llaman a esta casa, la casa de Lucrecia?

Entonces, la vieja dijo con tono burlón:

—¿Por qué le llaman a usted extranjero? ¿No será porque lo es?

—Bueno, pero ¿quién era esa señora Lucrecia? ¿Era una dama de Roma?

—¡Cómo! ¿viene usted a Roma y no ha oído hablar de la señora Lucrecia? Cuando entremos le contaré su historia. Pero ¡he aquí otra diablura! No sé qué le pasa a esta llave. No gira. Pruebe usted mismo.

Efectivamente, el candado y la llave no se habían visto desde hacía mucho tiempo. Pese a ello, con tres tacos y otros tantos chirridos de dientes, logré hacer girar la llave, pero desgarré mis guantes amarillos y me disloqué la palma de la mano. Entramos en un pasillo oscuro que daba acceso a numerosas habitaciones en la planta baja.

Los techos, curiosamente artesonados, estaban cubiertos de telarañas bajo las cuales se distinguía apenas algunos restos de dorado. Por el olor a moho que exhalaban todas las habitaciones, era evidente que no habían sido ocupadas desde hacía mucho tiempo. No se veía en ellas ni un solo mueble. Algunos

jirones de cuero antiguo colgaban a lo largo de las paredes cubiertas de salitre. Por las esculturas talladas en algunas consolas y por la forma de las chimeneas concluí que la casa databa del siglo XV, y es probable que en otros tiempos hubiera estado decorada con alguna elegancia. Las ventanas, con pequeños cristales, la mayoría de los cuales estaban rotos, daban al jardín, donde vi un rosal florecido, junto a algunos árboles frutales y gran cantidad de brócoli.

Tras haber recorrido todas las habitaciones de la planta baja, subí al primer piso donde había visto a mi desconocida. La vieja intentó retenerme abajo diciéndome que arriba no había nada que ver y que la escalera se encontraba en mal estado. Al verme obstinado, me siguió, pero con una clara expresión de repugnancia. Las habitaciones de esta planta se parecían mucho a las otras, sólo que tenían menos humedad; el suelo y las ventanas se encontraban también en mejor estado. En la última habitación en la que entré, había un ancho sillón de cuero negro, que, cosa extraña, no estaba cubierto de polvo. Me senté en él, y como me encontraba cómodo para escuchar una historia, le rogué a la vieja que me contara la de la señora Lucrecia; pero, antes, para refrescarle la memoria, le regalé unos cuantos pablos. Tosió, se sonó la nariz y comenzó de esta manera:

«En tiempos de los paganos, cuando Alejandro era emperador, había una joven bella como el día, que se llamaba señora Lucrecia. Mire, ¡ahí está!…»

Me volví inmediamente. La vieja me mostraba una consola esculpida que sostenía la viga maestra de la sala. Era una sirena ejecutada bastante burdamente.

«A la dama —continuó la vieja— le gustaba divertirse. Y como su padre habría podido encontrar en ello ocasión de censurarla, ella se hizo construir esta casa en la que nos encontramos. Todas las noches bajaba del Quirinal y venía aquí a divertirse. Se asomaba a esta ventana, y cuando pasaba por la calle un apuesto caballero como usted, señor, lo llamaba. Pero como los hombres son habladores, al menos algunos, podrían haberla perjudicado si hablaban. Por lo que ella ponía orden. Cuando ella se había despedido de su galán, sus matones armados lo esperaban en la escalera por la que hemos subido. Lo mataban y lo enterraban en esos cuadrados de brócoli.

Ese tejemaneje duró algún tiempo. Pero he aquí que una noche su hermano, que se llamaba Sixto Tarquino, pasó bajo la ventana. Ella no lo reconoció. Lo llamó. Subió. Por la noche todos los gatos son pardos. Hizo con éste como con todos los demás. Pero él olvidó un pañuelo en el que figuraba su nombre.

Tan pronto como ella se percató de la maldad que habían hecho, se desesperó. Deshizo rápidamente su jarretera y se colgó de esa viga. ¡Y bien! ¡he ahí un ejemplo para la juventud!»

Mientras la vieja confundía todas las épocas, mezclando los Tarquinos con los Borgia, yo tenía los ojos clavados en el suelo. Acababa de descubrir en él algunos pétalos de rosa aún frescos, que me daban mucho que pensar.

—¿Quién cuida ese jardín? —pregunté a la vieja.

—Mi hijo, señor, el jardinero del señor Vanozzi, el dueño del jardín de al lado. El señor Vanozzi está siempre en la marisma; viene poco a Roma. Por eso el jardín no está muy cuidado. Mi hijo está con él. Y temo que no vendrán por ahora, añadió suspirando.

—¿Está pues muy ocupado con el señor Vanozzi?

—¡Ah! es un mal hombre que le manda demasiadas cosas…¡Temo que se exponga a algunos disgustos, y con él a mi pobre hijo!

Dio un paso hacia la puerta como para interrumpir la conversación.

—Entonces ¿no vive nadie aquí? —continué deteniéndola.

—Absolutamente nadie.

—¿Y por qué no?

Se encogió de hombros.

—¡Oiga, —le dije enseñándole una piastra— dígame la verdad! Hay una mujer que viene aquí.

—¡Una mujer, divino Jesús!

—Sí, la vi anoche. Y le hablé.

—¡Virgen santa! —exclamó la vieja precipitándose hacia la escalera—. ¿Era pues la señora Lucrecia? ¡Salgamos de aquí! ¡salgamos, mi buen señor! Me habían dicho que volvía por la noche, pero no he querido decírselo a usted para no perjudicar al propietario, porque creía que tenía usted ganas de alquilarla.

Me fue imposible retenerla. Tenía prisa por abandonar esa casa; prisa, según decía, por ir a llevar una vela a la iglesia más próxima.

Yo también salí y la dejé marcharse, perdiendo la esperanza de saber algo más.

Como pueden suponer, no conté esta historia en el palacio Aldobrandi: la marquesa era demasiado mojigata, don Octavio demasiado exclusivamente ocupado de política como para dar un buen consejo en asuntos de amoríos: pero fui a buscar a mi pintor que lo conoce todo en Roma, desde el cedro hasta el hisopo, y le pregunté qué pensaba de este asunto.

—Pienso —me dijo— que ha visto usted el espectro de la difunta Lucrecia Borgia ¡Qué peligro ha corrido! ¡Si era peligrosa en vida, imagine un poco lo que debe ser, ahora que está muerta! Esto me hace temblar.

—Bromas aparte, ¿qué puede ser eso?

—Es decir, que el señor es ateo y filósofo y no cree en las cosas más respetables. Muy bien; entonces ¿qué dice usted de esta otra hipótesis? Supongamos que la vieja presta la casa a mujeres capaces de llamar a los hombres que pasan por la calle. Se han visto viejas lo suficientemente depravadas como para ejercer ese oficio.

—Y de maravilla, —dije—; pero entonces, yo tengo pues aspecto de santo, para que la vieja no me haya hecho ofertas de servicio. Eso me ofende. Y además, querido, recuerde el mobiliario de la casa. Habría que estar endemoniado para contentarse con él.

—Entonces, es un espíritu, sin lugar a dudas. ¡Espere pues! hay una última hipótesis. Usted se ha confundido de casa. ¡Pardiez! ahora caigo: cerca de un jardín, una pequeña puerta baja… ¡Ah! es mi buena amiga Rosina. No hace dieciocho meses aún era el adorno de esa calle. Es verdad que ahora está tuerta, pero eso es un detalle menor… Todavía tiene un hermoso perfil.

Esas explicaciones no me satisficieron en absoluto. Cuando cayó la noche, pasé lentamente por delante de la casa de Lucrecia. No vi nada. Volví a pasar. Tampoco nada. Tres o cuatro noches seguidas, estuve de plantón bajo las ventanas al regresar del palacio Aldobrandi: siempre sin éxito. Empezaba a olvidarme de la misteriosa ocupante de la casa número 13, cuando, al pasar hacia la medianoche por la calleja, oí claramente una risita de mujer detrás de la contraventana, donde la donante de flores se me había aparecido. Oí dos veces esa risita, y no pude impedir sentir cierto terror, cuando, simultáneamente, vi desembocar por el otro extremo de la calle, una banda de penitentes encapuchados, con cirios en la mano, que llevaban un muerto a enterrar. Cuando pasaron, me puse de centinela bajo la ventana, pero entonces ya no oí nada. Lancé quijarros, incluso llamé más o menos claramente, pero no apareció nadie, y un chaparrón que se produjo me obligó a marcharme.

Me avergüenza confesar todas las veces que me detuve ante la maldita casa sin poder llegar a resolver el enigma que me atormentaba. Sólo una vez pasé por la calleja de la señora Lucrecia con don Octavio y su inseparable cura.

—He aquí la casa de Lucrecia —dije.

Le vi cambiar de color.

—Sí, —respondió— según una tradición popular muy dudosa, Lucrecia Borgia tuvo aquí una casita. ¡Si estos muros pudiesen hablar, cuántos horrores revelarían! Sin embargo, amigo mío, cuando comparo aquellos tiempos con los

nuestros siento añoranza. En tiempos de Alejandro VI aún había romanos. Ahora ya no. César Borgia era un monstruo, pero también un gran hombre. Quería expulsar a los bárbaros de Italia y, tal vez, si su padre hubiera vivido, habría llevado a cabo esa hazaña. ¡Ah! ¡que el cielo nos conceda un tirano como Borgia y nos libre de estos déspotas humanos que nos embrutecen!

Cuando don Octavio se lanzaba a las regiones políticas era imposible detenerlo. Estábamos ya en la plaza del Popolo y su panegírico del despotismo ilustrado no había terminado aún. Pero estábamos ya a cien leguas de mi Lucrecia.

Una noche en que había ido bastante tarde a presentar mis respetos a la marquesa, me dijo que su hijo se encontraba indispuesto y me rogó que subiera a su habitación. Me lo encontré acostado en la cama completamente vestido y leyendo un periódico francés que yo le había enviado por la mañana cuidadosamente oculto en un volumen de Padres de la Iglesia. Desde hacía tiempo, la colección de los Santos Padres nos servía para esas comunicaciones que había que ocultar al cura y a la marquesa. Los días en que llegaba correo de Francia, me traían un infolio. Yo devolvía otro en el que deslizaba un periódico, que me prestaban los secretarios de la embajada. Eso les proporcionaba una sublime idea de mi piedad a la marquesa y a su director que, a veces, quería hacerme hablar de teología.

Después de haber charlado un rato con don Octavio, percatándome de que estaba muy inquieto y que ni siquiera la política podía captar su atención, le recomendé que se desvistiera y le dije adiós. Hacía frío y yo no tenía capa. Don Octavio me insistió para que utilizara la suya, la acepté, e hice que me diera una lección del difícil arte de vestirse como un auténtico romano.

Embozado hasta la nariz, salí del palacio Aldobrandi. Apenas había dado unos pasos sobre el acerado de la plaza de San Marcos cuando un hombre del pueblo que yo había observado sentado en un banco a la puerta del palacio, se acercó a mí y me entregó un papel escrito.

—Por el amor de Dios —dijo— lea esto.

E inmediatamente desapareció a todo correr.

Yo había cogido el papel y buscaba una luz para leerlo. Al resplandor de una lámpara encendida ante una madona, vi que se trataba de una nota escrita en lápiz y, al parecer, por una mano temblorosa. Con gran esfuerzo logré descifrar las palabras siguientes:

«¡No vengas esta noche, o estamos perdidos! Lo saben todo excepto tu

nombre. Nada podrá separarnos. TU LUCRECIA.»

«¡Lucrecia! —exclamé— ¡otra vez Lucrecia! ¡Qué diablos de mistificación hay en el fondo de todo esto? «No vengas». Pero, hermosa, ¿qué camino hay que tomar para ir a tu casa?»

Mientras reflexionaba acerca de esta nota, tomé instintivamente el camino de la calleja de la señora Lucrecia, y pronto me encontré frente a la casa número 13. La calle estaba tan desierta como de costumbre, y sólo el ruido de mis pasos turbaba el profundo silencio que reinaba en el vecindario. Me detuve y levanté los ojos hacia una ventana bien conocida. Por esta vez, no me equivocaba. La contraventana se estaba abriendo.

Y he aquí la ventana completamente abierta.

Creí ver una forma humana que se destacaba sobre el fondo negro de la habitación.

—Lucrecia, ¿es usted? —dije en voz baja.

No me contestaron, pero escuché un pequeño crujido, cuya causa no comprendí en un primer momento.

—Lucrecia, ¿es usted? —repetí un poco más alto.

En ese mismo instante recibí un golpe terrible en el pecho, se oyó una detonación, y me encontré tumbado en el suelo.

Una voz ronca me gritó:

—¡De parte de la señora Lucrecia!

Y la contraventana se volvió a cerrar sin ruido.

Me levanté enseguida tambaleándome y me palpé, esperando encontrar un gran agujero en mitad del estómago. La capa estaba agujereada, mi traje también, pero la bala se había visto amortiguada por los pliegues del paño, y no sufrí más daño que una fuerte contusión.

Pensé que podía llegar sin tardar un segundo disparo, e inmediatamente me alejé de esta casa inhóspita, rozando los muros de manera que no pudieran apuntarme. Me alejaba lo más rápido que podía, jadeando aún, cuando un hombre que no había visto detrás de mí, me cogió del brazo y me preguntó con interés si estaba herido. Por la voz, reconocí a don Octavio. No era el momento de hacerle preguntas, por muy sorprendido que estuviera de verlo solo y en la calle a estas horas de la noche. En dos palabras, le dije que acababan de dispararme desde tal ventana y que no tenía nada más que una contusión.

—¡Es un error! —exclamó—. Pero oigo que llega gente. ¿Puede usted andar? Estaría perdido si nos encontraran juntos. Sin embargo, no lo abandonaré.

Me tomó del brazo y me llevó rápidamente. Anduvimos, o más bien, corrimos, todo cuanto yo podía; pero pronto me vi obligado a sentarme en un poste para tomar aliento. Afortunadamente, nos encontrábamos en ese momento a poca distancia de una casa en la que se celebraba un baile. Había numerosos coches ante la puerta. Don Octavio fue a buscar uno, me hizo subir en él y me condujo a mi hotel. Después de beber un gran vaso de agua que me repuso totalmente, le conté con detalle todo lo que me había ocurrido ante esa casa fatal, desde el regalo de la rosa hasta el de la bala de plomo.

Él me escuchaba con la cabeza gacha, medio tapada por una de sus manos. Cuando le enseñé la nota que acababa de recibir, la cogió, la leyó con avidez y exclamó de nuevo:

—¡Es un error! ¡un tremendo error!

—Convendrá, amigo mío —le dije— que es algo muy desagradable para mí y para usted también. Han estado a punto de matarme, y le han hecho diez o doce agujeros a su hermosa capa. ¡Voto a Dios! ¡qué celosos son sus compatriotas!

Don Octavio me apretaba las manos con expresión desolada y releía la nota sin responderme.

—Trate pues de darme alguna explicación acerca de este asunto —le dije—. Que el diablo me lleve si entiendo algo.

Él se encogió de hombros.

—Al menos, dígame qué debo hacer —le dije—. ¿A quién debo dirigirme, en su ciudad santa, para hacerle justicia a ese señor que tira a cubierto sobre los transeúntes sin preguntarle siquiera cómo se llaman? Le aseguro que estaría encantado de que lo ahorcaran.

—¡Guárdese mucho de hacerlo! —exclamó—. No conoce usted este país. No diga una palabra a nadie de lo que le ha ocurrido. Se expondría mucho.

—¿Cómo que me expondría? ¡Pardiez! pretendo obtener una satisfacción. Si hubiera ofendido al bergante, no diría yo. Pero, por haber recogido una rosa,… en conciencia, creo que no me merecía una bala.

—Déjeme hacer a mí —dijo don Octavio—. Tal vez logre aclarar este misterio. Pero se lo pido como un favor, como una gran prueba de amistad hacia mí, no hable de esto con nadie en el mundo. ¿Me lo promete?

Tenía una expresión tan triste al suplicarme, que no tuve valor para resistir y le prometí todo lo que quiso. Me dio las gracias efusivamente, y después de haberme aplicado él mismo una compresa de agua de Colonia en el pecho, me

dio la mano y se despidió.

—A propósito —le pregunté en el momento en que abría la puerta para marcharse—, explíqueme pues, ¿cómo es que se encontraba usted allí, justo a punto para venir en mi ayuda?

—Oí el disparo —contestó algo confuso—, y salí inmediatamente, temiendo que le hubiera ocurrido alguna desgracia.

Me dejó precipitadamente pero no sin haberme recomendado una vez más guardar silencio.

Por la mañana, un cirujano, sin duda enviado por don Octavio, vino a visitarme. Me prescribió una cataplasma, pero no me hizo ninguna pregunta acerca de la causa que había mezclado violetas con los lirios de mi seno. En Roma son discretos, y yo quise adaptarme a las costumbres del país.

Pasaron algunos días sin que pudiera hablar libremente con don Octavio. Él estaba preocupado, más sombrío que de costumbre, y además, me pareció que intentaba evitar mis preguntas. Durante los escasos momentos que pasé con él, no dijo ni una palabra sobre los extraños huéspedes de la calleja de la señora Lucrecia. La época fijada para la ceremonia de su ordenación se acercaba, y atribuí su melancolía a la repugnancia que sentía por una profesión que le obligaban a abrazar.

Yo, por mi parte, me preparaba para abandonar Roma e ir a Florencia. Cuando anuncié mi partida a la marquesa Aldobrandi, don Octavio me pidió, no sé con qué pretexto, que subiera a su habitación. Allí, cogiéndome las dos manos, dijo:

—Mi querido amigo, si no me concede la gracia que voy a pedirle, me saltaré la tapa de los sesos, pues no tengo otro medio para salir del problema. Estoy completamente decidido a no ponerme la maldita sotana que quieren hacerme llevar. Quiero huir de este país. Y lo que tengo que pedirle es que me lleve con usted. Usted me hará pasar por su criado. Bastará con añadir una palabra a su pasaporte para facilitar mi huída.

Intenté en un primer momento disuadirlo de su proyecto hablándole de la pena que iba a causarle a su madre, pero como le encontraba inamovible en su decisión, terminé por prometerle que le llevaría conmigo, y arreglaría mi pasaporte convenientemente.

—Eso no es todo —dijo—. Mi marcha depende aún del éxito de una empresa en la que estoy comprometido. Usted quiere marcharse pasado mañana. Pasado mañana habré terminado quizá, y entonces, seré todo suyo.

—¿Sería usted lo bastante loco —le pregunté no sin inquietud— como para haberse metido en alguna conspiración?

—No, —contestó—; se trata de asuntos menos graves que el destino de mi patria, pero lo suficientemente graves, sin embargo, como para que mi vida y mi felicidad dependan del éxito de esta empresa. No puedo decirle más por el momento. Dentro de dos días lo sabrá usted todo.

Empezaba ya a acostumbrarme al misterio y me resigné. Convinimos que saldríamos a las tres de la madrugada y que no nos detendríamos hasta llegar a territorio toscano.

Persuadido de que era inútil acostarme debiendo marcharme tan temprano, empleé la última velada que debía pasar en Roma, haciendo visitas a todas las casas en las que había sido recibido. Fui a despedirme de la marquesa, y a darle la mano a su hijo oficialmente y para guardar las apariencias. Sentí que su mano temblaba en la mía. Me dijo muy bajo:

—En este instante, mi vida se juega a cara o cruz. Al regresar a su hotel encontrará usted una carta mía. Si a las tres en punto no estoy con usted, no me espere.

La alteración de sus facciones me impresionó, pero la atribuí a una emoción muy natural por su parte, en el momento en el que, tal vez para siempre, iba a separarse de su familia. Hacia la una más o menos, regresaba a mi alojamiento. Quise pasar una vez más por la calleja de la señora Lucrecia. Algo blanco colgaba de la ventana donde yo había visto dos apariciones distintas. Me acerqué con precaución. Era una cuerda de nudos. ¿Era una invitación para ir a despedirme de la signora? Tenía todo el aspecto de serlo, y la tentación era grande. Pero no cedí a ella, recordando la promesa que le había hecho a don Octavio, y también, hay que decirlo, la desagradable recepción que, unos días antes, me había proporcionado una temeridad mucho menor.

Continué mi camino, pero con lentitud, desolado por desperdiciar la última ocasión de penetrar en los misterios de la casa número 13. A cada paso que daba, volvía la cabeza, esperando ver alguna forma humana subir, subir o bajar por la cuerda. No había nadie. Llegué por fin al extremo de la calleja. Iba a entrar en el Corso.

—Adiós, señora Lucrecia —dije levantándome el sombrero y dirigiéndome a la casa que aún se veía—. Busque, por favor, a otro que acuda a vengarla del celoso que la tiene encerrada.

Estaban dando las dos cuando entré en mi hotel. El coche estaba en el patio

completamente cargado. Uno de los camareros del hotel me entregó una carta. Era la de don Octavio, y como me pareció larga, pensé que era mejor leerla en mi habitación, y le pedí al camarero que me alumbrara para subir.

—Señor, —me dijo— el criado que usted me había anunciado, el que debe viajar con el señor…

—Y bien, ¿ha venido?

—No, señor…

—Está en la posta; vendrá con los caballos.

—Señor, hace un momento vino una dama que quería hablar con el criado del señor. Quiso subir a su habitación de usted y me cargó que le dijera al criado del señor, tan pronto como éste llegara, que la señora Lucrecia estaba en su habitación.

—¿En mi habitación? —exclamé agarrándome con fuerza a la barandilla de la escalera.

—Sí, señor. Parece que ella también va a viajar, pues me ha dado un paquete pequeño; lo he puesto en la baca del coche.

El corazón me latía con fuerza. No sé qué mezcla de terror supersticioso y de curiosidad se había adueñado de mí. Subí la escalera peldaño a peldaño. Cuando llegó al primer piso (yo me alojaba en el segundo), el camarero que iba delante de mí, dio un traspiés y la vela que llevaba en la mano se le cayó y se apagó. Me pidió un millón de excusas y bajó para volver a encenderla. Mientras tanto yo seguía subiendo.

Tenía ya la mano sobre la llave de mi habitación. Dudaba. ¿Qué nueva visión iba a ofrecerse a mis ojos? Más de una vez, en la oscuridad, se me había venido a la memoria la historia de la novicia sangrante. ¿Estaba yo, como don Alonso, poseído por el demonio? Me pareció que el camarero tardaba una eternidad.

Abrí la puerta: ¡gracias al cielo! había luz en mi dormitorio. Crucé rápidamente el saloncito que lo precedía. Una ojeada me bastó para darme cuenta de que no había nadie en mi dormitorio. Pero, al instante, oí detrás de mí unos pasos ligeros y el roce de un vestido. Creo que mis cabellos se erizaron en mi cabeza. Me volví bruscamente. Una mujer vestida de blanco, con la cabeza cubierta por una mantilla negra, avanzaba hacia mí con los brazos extendidos:

—¡Por fin llegas, mi bien amado! —exclamó agarrando mi mano.

La suya estaba fría como el hielo, y sus facciones tenían la palidez de la muerte. Yo retrocedí hasta la pared. «¡Virgen santa, si no es él…! ¡Ah! señor, ¿es usted el amigo de don Octavio?»

Ese nombre lo aclaró todo. La joven, pese a su palidez, no tenía en absoluto aspecto de fantasma. Bajaba los ojos, lo que no hacen nunca los aparecidos, y mantenía las dos manos cruzadas a la altura de la cintura, actitud modesta que me hizo creer que mi amigo don Octavio no era tan gran político como yo me había figurado. En resumen, ya era hora de raptar a Lucrecia y, desgraciadamente, el papel de confidente era el único que se me reservó en esta aventura. Un momento después llegó don Octavio disfrazado. Llegaron los caballos y partimos. Lucrecia no tenía pasaporte, pero una mujer, y una mujer bonita, no inspira sospechas. Un gendarme se hizo, no obstante, el difícil. Yo le dije que era un valiente que, seguramente había servido a las órdenes del gran Napoleón. Él lo confirmó. Le regalé un retrato de este gran hombre, en oro, y le dije que tenía por costumbre viajar con una amica para hacerme compañía; y, dado que cambiaba de amiga muy frecuentemente, me parecía inútil hacerles figurar en mi pasaporte.

—Ésta, —añadí— la conduzco hasta la próxima ciudad. Me han dicho que allí encontraré otras tan valiosas como ella.

—Cometería un error si la cambiara —me dijo el gendarme cerrando respetuosamente la portezuela.

Si hay que decirlo todo, señora, ese traidor de don Octavio había conocido a esta amable persona, hermana de un tal Vanozzi, rico agricultor, tildado de un poco liberal y de muy contrabandista. Don Octavio sabía bien que aunque su familia no le hubiera destinado a la Iglesia, jamás habría consentido en permitir que se casara con una chica de condición muy por debajo de la suya.

El amor es inventivo. El alumno del padre Negroni logró establecer una correspondencia secreta con su bien amada. Todas las noches, se escapaba del palacio Aldobrandi, y como habría sido poco seguro escalar a la casa de los Vanozzi, los dos enamorados se daban cita en la de la señora Lucrecia, cuya mala reputación los protegía. Una puertecilla, oculta por una higuera, comunicaba los dos jardines. Jóvenes y enamorados, Lucrecia y Octavio, no se quejaban de la insuficiencia del mobiliario, que se limitaba, creo haberlo dicho ya, a un viejo sillón de cuero.

Una noche, mientras esperaba a don Octavio, Lucrecia me confundió con él, y me hizo el regalo del que ya hablé en su momento. Es cierto que había algún parecido de estatura y de planta entre don Octavio y yo, y que algunos deslenguados, que habían conocido a mi padre en Roma, pretendían que había razones para ese parecido. Sucedió que el maldito hermano descubrió el asunto; pero sus amenazas no pudieron obligar a Lucrecia a revelar el nombre del

seductor. Ya se sabe cuál fue su venganza, y cómo yo estuve a punto de pagar por todos. Es inútil decirle cómo tomaron las de Villadiego los dos enamorados, cada uno por su lado.

Conclusión. Llegamos los tres a Florencia. Don Octavio se casó con Lucrecia y salió inmediatamente con ella hacia París. Mi padre le hizo el mismo recibimiento que yo había tenido por parte de la marquesa. Se encargó de negociar la reconciliación, y la logró no sin esfuerzo. El marqués Aldobrandi contrajo muy oportunamente el paludismo, del que falleció. Octavio heredó el título y la fortuna, y yo soy el padrino de su primer hijo.

La habitación azul

LA CHAmbre bleue (1866)

Relato dedicado a la señora de la Rhune. Biarritz, septiembre de 1866

Un hombre joven se paseaba nervioso por el vestíbulo de una estación de ferrocarril. Llevaba gafas azules y, aunque no estaba resfriado, se llevaba sin cesar un pañuelo a la nariz. Sostenía en la mano izquierda un pequeño bolso negro que contenía, según pude saber después, una bata de seda y un pantalón turco. De vez en cuando iba hasta la puerta de entrada, miraba hacia la calle, sacaba su reloj de pulsera y consultaba el reloj de la estación. El tren no salía hasta dentro de una hora, pero hay personas que siempre temen llegar con retraso. Ese tren no era de los que transportan personas con prisas pues llevaba pocos vagones de primera clase. La hora no era de las que permiten a los agentes de cambio marcharse después de haber terminado el trabajo para cenar en su casa de campo. Cuando los viajeros empezaron a llegar, un parisino habría reconocido por sus maneras a los agricultores o pequeños comerciantes de los alrededores. Sin embargo, cada vez que un coche se detenía ante la puerta, el corazón del joven de las gafas azules se inflaba como un globo, sus rodillas temblaban, su bolso estaba a punto de escapársele de las manos y sus gafas de caérsele de la nariz donde, dicho sea de paso, estaban completanente atravesadas.

Fue aun peor cuando, después de una larga espera, apareció por una puerta lateral, precisamente el único punto que no había sido objeto de una observación continua, una mujer vestida de negro, con un velo tupido sobre el rostro y que

llevaba en la mano un bolso de cuero marrón, que contenía, según descubrí más tarde, una maravillosa bata y zapatillas de raso azul. La mujer y el hombre avanzaron uno hacia el otro, mirando a derecha e izquierda, nunca hacia delante. Se encontraron, se dieron la mano y permanecieron algunos minutos sin decirse ni una palabra, palpitantes, jadeantes, presas de una de esas intensas emociones por las que yo daría cien años de la vida de un filósofo.

Cuando encontraron fuerzas para hablar:

—León, —dijo la joven (he olvidado decir que era joven y bonita)— León, ¡qué felicidad! No lo habría reconocido jamás con esas gafas azules.

—¡Qué felicidad! —dijo León— ¡jamás la habría reconocido tras ese velo negro!

—¡Qué felicidad! —volvió a decir ella—. Ocupemos nuestros asientos; ¡no vaya a marcharse el tren sin nosotros! (Y le apretó con fuerza el brazo). No sospechan nada. En este momento estoy con Clara y su marido, camino de su casa de campo, donde debo despedirme de ellos mañana… Y…, —añadió riendo e inclinando la cabeza—, hace una hora que ella se fue, y mañana…, después de haber pasado la última velada con ella…, (Le apretó de nuevo el brazo), mañana por la mañana… ella me dejará en la estación, donde me encontraré con Úrsula, que he enviado por delante a casa de mi tía… ¡Oh! ¡Lo he previsto todo!… Saquemos los billetes…, ¡Es imposible que nos descubran!… ¡Ah! ¿Si nos preguntan nuestros nombres en el hostal? se me ha olvidado…

—Señor y señora Duru.

—¡Oh!, no. Duru no. En el internado había un zapatero que se llamaba así.

—Entonces, ¿Dumont?…

—Daumont.

—Está bien, pero no nos preguntarán nada.

La campana sonó, la puerta de la sala de espera se abrió, y la joven, siempre cuidadosamente cubierta, se introdujo en un vagón de primera clase con su compañero. Sonó la campana por segunda vez; cerraron la puerta de su compartimento.

—¡Estamos solos! —exclamaron con alegría, pero, casi en ese mismo instante, un hombre de unos cincuenta años, completamente vestido de negro, con un aspecto grave y aburrido, entró en el coche y se colocó en un rincón. La locomotora silbó y el tren se puso en marcha.

Los dos jóvenes, sentados lo más lejos que habían podido de su incómodo vecino comenzaron a hablarse en voz baja y en inglés por exceso de precaución.

«Señor, —dijo el otro viajero en el mismo idioma—, si tienen secretos que contarse, más vale que no se los cuenten en inglés delante de mí. Yo soy inglés. Siento molestarles, pero en el otro compartimento hay un hombre solo y yo tengo como principio no viajar jamás con un hombre solo. Ése tenía cara de Jud. Y esto habría podido tentarle» (Señaló su bolso de viaje, que había colocado delante de él, sobre un cojín).

—Por lo demás, si no me duermo, leeré.

En efecto, intentó sinceramente dormirse. Abrió su bolso, sacó de él un gorro cómodo, se lo puso, y mantuvo cerrados los ojos durante algunos minutos. Luego, los volvió a abrir con un gesto impaciente, buscó en el bolso unas gafas, y un libro griego; por fin, se puso a leer con mucha atención. Para sacar el libro del bolso, tuvo que remover diversos objetos amontonados sin orden. Entre otros, sacó del fondo del bolso un gran fajo de billetes del Banco de Inglaterra, y lo depositó sobre el asiento enfrente de él, y, antes de volver a introducirlo en el bolso, se lo enseñó al joven al tiempo que le preguntaba si podría cambiar billetes del Banco de Inglaterra en N***.

—Probablemente. Está en el camino hacia Inglaterra.

N*** era el destino hacia el que se dirigían los dos jóvenes. En N*** hay un hotelito bastante limpio, que sólo es ocupado los sábados por la noche. Dicen que las habitaciones son buenas. El dueño y los empleados no son curiosos, pues al no estar demasiado alejados de París, no tienen ese vicio provinciano. El joven, que ya he llamado León, había ido a reconocer este hotel algún tiempo antes, sin gafas azules, y, por lo que de él había contado, su amiga había parecido sentir deseos de visitarlo. Además, ella se encontraba ese día en una disposición de espíritu tal, que hasta los muros de una prisión le habrían parecido llenos de encanto, si hubiera sido encerrada en ella con León.

Mientras tanto, el tren avanzaba; el inglés leía su libro griego sin girar la cabeza hacia sus acompañantes, que hablaban tan bajo, que sólo los enamorados podrían comprenderlos. Tal vez no sorprenda a mis lectores si les digo que se trataba de dos amantes, en toda la profundidad del término, y que lo deplorable es que no estaban casados, pues existían razones que se oponían a que lo estuvieran.

Llegaron a N***. El inglés bajó el primero. Mientras León ayudaba a su amiga a salir del vagón sin mostrar sus piernas, un hombre se lanzó desde la plataforma del compartimento vecino. Estaba pálido, incluso amarillo, con los ojos hundidos e inyectados de sangre, mal afeitado, signo por el que se reconoce con frecuencia a los grandes criminales. Su traje estaba limpio, pero rapado hasta

la trama. Su levita, antaño negra, ahora gris por la espalda y los codos, estaba abrochada hasta la barbilla, probablemente para ocultar algún jersey más desgastado aún. Se dirigió hacia el inglés y, con un tono humilde le dijo: «¡Uncle!…

—Leave me alone, you wretch! —exclamó el inglés, cuyos ojos grises se encendieron con un brillo de cólera, y dio un paso para salir de la estación.

—Don\'t drive me to despair, —contestó el otro con un tono a la vez lamentable y casi amenazante.

—Tenga la amabilidad de guardar mi bolso un momento —dijo el inglés más viejo, depositando su bolso de viaje a los pies de León.

E inmediatamente tomó por el brazo al joven que lo había abordado, lo condujo o más bien, lo empujó hasta un rincón, donde esperaba no ser oído, y allí, según me pareció, le habló un momento con un tono muy rudo. Luego sacó de su bolsillo algunos papeles, los arrugó y los puso en la mano del hombre que le había llamado tío. Este último cogió los papeles sin dar las gracias, y casi inmeditamente se alejó y desapareció.

Sólo hay un hotel en N***, por lo que no hay que extrañarse de que al cabo de algunos minutos todos los personajes de esta historia verídica se encontraran en él. En Francia, cualquier viajero que tiene el placer de llevar del brazo a una mujer bien vestida, está seguro de obtener la mejor habitación en todos los hoteles, pues está comprobado que somos la nación más educada de Europa. Si la habitación que le dieron a León era la mejor, sería temerario concluir que era excelente. Había una gran cama de nogal, con cortinas de zaraza donde se veía estampada en color violeta la historia trágica de Píramo y Tisbe. Los muros estaban cubiertos por un papel pintado donde se representaba una vista de Nápoles con muchos personajes; desgraciadamente, los viajeros ociosos e indiscretos habían añadido bigotes y pipas a todas las figuras machos o hembras; y, escritas con grafito podían leerse bastantes tonterías en prosa y en verso sobre el cielo y sobre el mar. Sobre ese fondo colgaban numerosos grabados: Luis Felipe jurando la Constitución de 1837, El primer encuentro entre Julia y Saint-Preux, La espera de la felicidad y Las Añoranzas, según el señor Dubufe. Esta habitación se llamaba la «Habitación azul» porque los dos sillones situados a la derecha y a la izquierda de la chimenea eran de terciopelo de Utrech de este color; aunque, desde hacía años, estaban cubiertos por dos fundas de percalina gris con ribetes color amaranto.

Mientras las camareras del hotel se afanaban en torno a la recién llegada y le ofrecían sus servicios, León que no carecía de sentido común aunque estaba

enamorado, fue a la cocina a encargar una cena. Necesitó emplear toda su retórica y algunos métodos de corrupción para conseguir la promesa de una cena privada, pero su horror fue grande cuando supo que en el comedor principal, es decir, al lado de su habitación, los señores oficiales del 3º de húsares que iban a relevar a los señores oficiales del 8º de cazadores en N***, iban a unirse a éstos últimos, ese mismo día, en una cena de despedida donde reinaría gran cordialidad. El hotelero juró por lo más grande que, aparte de la alegría natural de todos los militares franceses, los señores húsares y los señores cazadores eran conocidos en toda la ciudad por su corrección y formalidad, y que su proximidad no supondría ni el menor inconveniente para la señora, pues la costumbre de los señores oficiales era abandonar la mesa antes de medianoche.

Cuando León regresaba a la habitación azul con este convencimiento que no le inquietaba poco, se percató de que el inglés ocupaba la habitación contigua a la suya. La puerta estaba abierta. El inglés, sentado ante una mesa sobre la que había un vaso y una botella, miraba el techo con profunda atención como si contara las moscas que por él se paseaban.

«¡Qué importan los vecinos! se dijo León, el inglés estará borracho enseguida, y los húsares se irán antes de medianoche.»

Al entrar en la habitación azul, su primera precaución fue asegurarse de que las puertas de comunicación entre las habitaciones estaban bien cerradas y tenían cerrojos. Del lado del inglés había doble puerta; las paredes eran gruesas. Del lado de los húsares, el tabique era más delgado, pero la puerta tenía cerradura y cerrojo. Después de todo, era una barrera contra la curiosidad mucho más eficaz que las cortinas de un coche, y sin embargo, ¡cuántas personas se creen aisladas del mundo en un simón!

Ciertamente, ni la más desbordante imaginación puede figurarse una felicidad más completa que la de dos jóvenes enamorados que, tras una larga espera, se encuentran solos, lejos de los celosos y los curiosos, en disposición de contarse a sus anchas los sufrimientos pasados y saborear las delicias de una reunión perfecta. Pero el diablo encuentra siempre la manera de verter su gota de ajenjo en la copa de la felicidad. Johnson escribió, si bien es verdad que no el primero pues lo había tomado de un griego, que nadie puede decir: «Hoy seré feliz.» Esta verdad reconocida en época lejana por los más grandes filósofos, permanece aún ignorada por cierto número de mortales, y de forma especial, por la mayoría de enamorados.

En la habitación azul, mientras tomaban una mediocre cena formada por varios platos sisados al banquete de cazadores y húsares, León y su amiga

tuvieron que soportar la conversación que mantenían esos señores en el salón contiguo.

Se hablaba de temas ajenos a la estrategia y la táctica, y que me guardaré mucho de repetir. Era una serie de historias ridículas, casi todas muy atrevidas, acompañadas de sonoras carcajadas, de las cuales, les era difícil a veces a nuestros enamorados no participar. La amiga de León no era una timorata, pero hay cosas que no gusta oír incluso en una entrevista privada con el hombre que se ama. La situación se hacía cada vez más embarazosa, y, cuando iban a llevarle el postre a los señores oficiales, León creyó que debía bajar a la cocina para rogar al hotelero que le comunicara a esos señores que había una señora enferma en la habitación contigua al salón, y que confiaban en su cortesía que tendrían la amabilidad de hacer un poco menos ruido.

El dueño del hotel, como sucede siempre en las comidas de grupos, estaba completamente desbordado y no sabía a quién responder. En el mismo momento en que León le daba su mensaje para los oficiales, un camarero le pedía champán para los húsares y una criada vino de Oporto para el inglés.

—Le he dicho que ya no había más —añadió ésta.

—Eres tonta. En mi casa hay toda clase de vinos. ¡Yo voy a encontrarle su oporto! Tráeme la botella de ratafía, una botella de a quince y una garrafa de aguardiente.

Después de haber fabricado vino de Oporto en un santiamén, el hotelero entró en el salón y comunicó el recado que León acababa de darle. El recado despertó en un primer momento una furiosa tempestad. Luego, una voz de bajo que sobresalía entre las demás, preguntó qué clase de mujer era su vecina. Se hizo silencio. El hotelero contestó:

—¡Por mi fe! señores, no sé demasiado qué decirles. Es muy amable y muy tímida, María Juana dice que lleva alianza. Tal vez se trate de una recién casada, que viene aquí para su noche de bodas, como ocurre a veces.

—¡Una recién casada! —gritaron cuarenta voces—. ¡Es necesario que venga a brindar con nosotros! ¡Vamos a beber a su salud y a enseñarle al marido sus deberes!

Tras esas palabras, se oyó un gran ruido producido por las espuelas, y nuestros enamorados se sobresaltaron pensando que su habitación iba ser tomada al asalto. Pero, de pronto, una voz se elevó y detuvo el movimiento. Era evidente que el que hablaba era el jefe. Reprochó a los oficiales su descortesía y les dio orden de volverse a sentar y de hablar decentemente y sin gritar. Luego, añadió

algunas palabras demasiado bajo como para que pudieran oírse desde la habitación vecina. Fueron escuchadas con deferencia, pero no por ello dejaron de producir una cierta hilaridad contenida. A partir de ese momento hubo en el salón de los oficiales un silencio relativo, y nuestros enamorados, bendiciendo el imperio saludable de la disciplina, comenzaron a hablarse con más tranquilidad. Pero, después de tanto ruido, hacía falta algún tiempo para recuperar las tiernas emociones que la inquietud, las preocupaciones del viaje y, sobre todo, la ruidosa alegría de sus vecinos, habían perturbado intensamente. A su edad, no obstante, la cosa no era muy difícil, y pronto olvidaron los inconvenientes de su expedición aventurera para no pensar nada más que en los más importantes de los resultados. Creían que habían firmado la paz con los húsares; pero, ¡ay!, sólo se trataba de una tregua. En el momento en que menos se lo esperaban, cuando se encontraban a mil leguas de este mundo sublunar, he aquí que ochenta trompetas acompañadas de varios trombones se ponen a interpretar una melodía conocida para los soldados franceses: La victoria es nuestra ¿Había alguna manera de resistir a semejante tempestad? Los pobres enamorados fueron dignos de lástima.

* * *

No, no dignos de lástima, pues al final los oficiales salieron del comedor, desfilando por delante de la puerta de la habitación azul con gran ruido de sables y de espuelas, y gritando uno tras otro: «¡Buenas noches, señora recién casada!» Luego todo el ruido se apagó. No, me equivoco, el inglés salió al corredor y gritó: «¡Camarero, traigame otra botella del mismo oporto!»

* * *

La tranquilidad se había restablecido en el hotel de N***. La noche era apacible y la luna estaba llena. Desde tiempos inmemoriales, los enamorados se complacen en contemplar nuestro satélite. León y su amiga abrieron su ventana, que daba sobre un jardincillo, y aspiraron con placer el aire fresco, perfumado por un cenador de clemátides. Sin embargo, no permanecieron allí por mucho rato. Vieron a un hombre que se paseaba por el jardín, con la cabeza gacha, los brazos cruzados y un cigarrillo en los labios. León creyó reconocer al sobrino del inglés amante del vino de Oporto.

* * *

Odio los detalles inútiles, y además, no me siento obligado a decirle al lector todo lo que él puede imaginar fácilmente, ni a contar, hora por hora, todo lo que ocurrió en el hotel de N***. Diré pues que la vela encendida sobre la chimenea sin fuego de la habitación azul se había consumido hasta más de la mitad,

cuando en la habitación del inglés, hasta entonces silenciosa, un oyó un ruido extraño, semejante al que puede producir un cuerpo pesado al caer. A ese ruido se le unió una especie de crujido no menos extraño, seguido de un grito sordo y de algunas palabras confusas parecidas a una imprecación. Los dos jóvenes ocupantes de la habitación azul se sobresaltaron. Tal vez habían sido despertados de repente. Tanto en el uno como en la otra, ese ruido que no se explicaban, había causado una impresión casi siniestra.

—Es nuestro inglés que está soñando —dijo León esforzándose por sonreír, pues quería tranquilizar a su compañera, pero tembló involuntariamente. Dos o tres minutos más tarde, una puerta se abrió en el pasillo con precaución; y luego volvió a cerrarse suavemente. Se oyó un paso lento y mal asentado que, aparentemente, intentaba disimularse.

—¡Maldito hostal!—exclamó León.

—¡Ah! ¡es el Paraíso!… —respondió la joven dejando caer su cabeza sobre el hombro de León—. Me muero de sueño…, Suspiró y volvió a dormirse casi inmediatamente.

Un moralista ilustre dijo que los hombres no son nunca charlatanes cuando ya no tienen nada que preguntar. Que nadie se extrañe pues si León no hizo ninguna tentativa para reanudar la conversación, o para disertar acerca de los ruidos del hotel de N***. En contra de su voluntad, estaba preocupado y su imaginación añadía otras muchas circunstancias a las que, con otro estado de ánimo, no habría prestado ninguna atención. La figura siniestra del sobrino del inglés se le venía a la memoria. Había odio en la mirada que le había lanzado a su tío, aunque le hablara con humildad, sin duda porque le estaba pidiendo dinero. «¿Había algo más fácil para un hombre aún joven y vigoroso, además de desesperado, que subir desde el jardín a la ventana de la habitación contigua? Además, se alojaba en el hotel, puesto que por la noche se paseaba por el jardín. Tal vez… incluso es problable…, indudablemente, sabía que el bolso negro de su tío contenía un gran fajo de billetes de banco… Y ese golpe sordo, como un golpe de mazo sobre un cráneo calvo… ese grito ahogado… ese horrible juramento… Y luego esos pasos. Ese sobrino tenía cara de asesino… Pero no se asesina a nadie en un hotel lleno de oficiales. Sin duda el inglés había echado el cerrojo como un hombre prudente, sobre todo sabiendo que el granuja se encontraba cerca… Desconfiaba de él, puesto que no había querido hablar con él llevando el bolso en la mano… ¿Por qué entregarse a pensamientos tan odiosos cuando uno está tan feliz?»

Esto era lo que León se decía mentalmente. En medio de sus pensamientos,

que me guardaré de analizar más detenidamente y que se presentaban ante él casi tan confusos como las visiones de un sueño, tenía los ojos maquinalmente clavados en la puerta que comunicaba la habitación azul y la del inglés. En Francia las puertas no encajan bien. Entre ésta y el parquet, había un espacio de por lo menos dos centímetros. De pronto, en ese espacio apenas iluminado por el reflejo del parquet, apareció algo negruzco, plano, semejante a la hoja de un cuchillo pues el borde, iluminado por la luz de la vela, presentaba una línea delgada, muy brillante. Se deslizaba lentamente hacia una de las zapatillas de raso azul, arrojada indiscretamente a poca distancia de aquella puerta. ¿Sería algún insecto como un ciempiés?… No, no es un insecto. No tiene una forma determinada… Dos o tres regueros oscuros, cada uno con su línea de luz en los bordes, penetraron en la habitación. Su movimiento se acelera, por la inclinación del parquet… Avanzan rápidamente, llegan a rozar la pequeña zapatilla. ¡No hay duda! Es un líquido, y ese líquido, ahora se veía netamente el color gracias al resplandor de la vela, ¡era sangre! Y, mientras que León, inmóvil, miraba aterrorizado esos regueros espantosos, la joven seguía durmiendo con un sueño tranquilo, y su respiración acompasada calentaba el cuello y el hombro de su amante.

* * *

El cuidado que León había tenido al encargar la cena desde su llegada al hotel de N*** prueba suficientemente que tenía buena cabeza, una elevada inteligencia y que sabía prever las cosas. En esta ocasión no desmintió el carácter que se le había podido reconocer. No hizo un solo movimiento y toda la fuerza de su espíritu se tensó para adoptar una resolución ante la horrible desgracia que le amenazaba.

Imagino que la mayoría de mis lectores, y sobre todo de mis lectoras, llenos de sentimientos heroicos, criticarán en esta circunstancia la conducta y la inmovilidad de León. Se me dirá que debería haber corrido a la habitación del inglés y detener al asesino, o al menos tocar su timbre y llamar al personal del hotel. A esto, responderé en primer lugar que, en los hoteles en Francia, no hay timbres nada más que para adornar las habitaciones y que sus cordones no corresponden a ningún aparato metálico. Añadiré respetuosamente, aunque con firmeza, que si está mal dejar morir a un inglés al lado de uno, no es loable sacrificarle una mujer que duerme con la cabeza apoyada en su hombro. ¿Qué habría ocurrido si León hubiera hecho ruido para despertar a los ocupantes del hotel? Los gendarmes, el fiscal y su escribano habrían acudido inmediatamente. Antes de preguntarle lo que había visto u oído, esos señores son tan curiosos por

profesión que le habrían preguntado: ¿Cómo se llama usted? ¿Su documentación? ¿Y la señora? ¿Qué hacían ustedes juntos en la habitación azul? Ustedes tendrán que comparecer en la audiencia para testimoniar que el día tal de tal mes, a tal hora de la noche, ustedes han sido testigos de tal hecho.

Fue precisamente esta idea del fiscal y de la gente de justicia la primera que se le vino al espíritu a León. A veces, hay en la vida casos de conciencia difíciles de resolver; ¿qué es más importante dejar estrangular a un viajero desconocido, o deshonrar y perder a la mujer que se ama? Es desagradable tener que plantearse un problema semejante. Felicito al que lo resuelva.

León hizo pues lo que probablemente otras muchas personas habrían hecho en su lugar: no se movió. Con la mirada fija en la zapatilla azul y en el reguero rojo que la rozaba, permaneció mucho tiempo como fascinado, mientras que un sudor frío humedecía sus sienes y el corazón latía en su pecho como para hacerlo explotar. Una profusión de pensamientos y de imágenes extrañas y horribles le obsesionaban, y una voz interior le gritaba a cada instante: «¡Dentro de una hora se sabrá todo, y será culpa tuya!» No obstante, a fuerza de repetirse uno: «¿Qué iba yo hacer en esa galera?» termina por vislumbrar algún rayo de esperanza. Se dijo por fin:

«Si abandonáramos este maldito hotel antes de que se descubriera lo sucedido en la habitación de al lado, tal vez podríamos borrar nuestras huellas. Aquí no nos conoce nadie; sólo me han visto con gafas azules; a ella sólo la han visto cubierta con su velo. Estamos a dos pasos de una estación, y en una hora podríamos estar bien lejos de N***». Luego, como había consultado atentamente los horarios para organizar su viaje, recordó que un tren con dirección a París pasaba a las ocho. Poco después se perderían en la inmensidad de esta ciudad donde se ocultan tantos delincuentes. ¿Quién podría descubrir en ella a dos inocentes? Pero ¿no entraría nadie en la habitación del inglés antes de las ocho? La cuestión esencial era ésa.

Totalmente convencido de que no tenía otra posibilidad, hizo un esfuerzo desesperado para sacudirse el torpor que se había adueñado de él durante tan largo rato; pero, al primer movimiento que hizo, su joven compañera se despertó y lo abrazó hasta aturdirlo. Al contacto con su mejilla helada, ella dejó escapar un pequeño grito:

—¿Qué le pasa? —le preguntó con inquietud—. ¡Su frente está fría como el mármol!

—No es nada, le contestó él con una voz insegura; he oído un ruido extraño en la habitación de al lado…

Se desprendió de sus brazos y antes que nada retiró la zapatilla azul y colocó un sillón delante de la puerta de comunicación, para que su amiga no viera el horrible líquido que había cesado de extenderse y formaba en ese momento una mancha bastante amplia sobre el parquet. Luego entreabrió la puerta que daba al pasillo y escuchó con atención. Incluso se atrevió a acercarse a la puerta del inglés. Ésta estaba cerrada. Había ya alguna actividad en el hotel. Estaba amaneciendo. Los criados de las cuadras curaban algunos caballos en el patio y, desde el segundo piso, un oficial descendía las escaleras haciendo resonar sus espuelas. Iba a presidir el interesante trabajo, más agradable para los caballos que para los humanos, que en términos técnicos se denomina la botte.

León volvió a entrar en la habitación azul, y con todos los miramientos que el amor puede inventar, con la ayuda de circunloquios y eufemismos, expuso a su amiga la situación en la que se encontraban: estaban en peligro si se quedaban; en peligro si se marchaban precipitadamente; en peligro aún mayor si esperaban en el hotel a que se descubriera la catástrofe ocurrida en la habitación vecina. Es inútil decir el pánico causado con esta comunicación, las lágrimas que siguieron, las proposiciones insensatas que se les ocurrieron.

¡Cuántas veces los dos infelices se arrojaron uno en brazos del otro, diciéndose: «¡Perdóname! Perdóname!» Cada uno de ellos se creía el más culpable. Se prometieron que morirían juntos, pues la joven no tenía dudas de que la justicia les acusaría del asesinato del inglés y, como no estaban seguros de que les permitieran abrazarse en la guillotina, se abrazaron hasta asfixiarse, derramando abundantes lágrimas. Por fin, después de haber dicho numerosos absurdos y muchas palabras tiernas y desgarradoras, reconocieron, en mitad de miles de besos, que el plan meditado por León, es decir, la partida en el tren de las ocho, era en realidad el único realizable y el más fácil de seguir. Pero tenían que transcurrir aún dos horas mortales. Cada crujido de botas les anunciaba la entrada del fiscal. Su pequeño equipaje fue preparado en un abrir y cerrar de ojos. La joven quería quemar en la chimenea la zapatilla azul, pero León la recogió y, después de haberla limpiado en la alfombra, la besó y la metió en su bolsillo. Se sorprendió al comprobar que olía a vainilla; su amiga usaba como perfume el mismo aroma que la emperatriz Eugenia.

Todos el mundo estaba ya despierto en el hotel. Se oía reír a los camareros, cantar a las criadas, y cepillar los trajes de los oficiales a los soldados. Acababan de dar las siete. León quiso obligar a su amiga a tomar una taza de café con leche, pero ella declaró que su garganta estaba tan cerrada, que se moriría si intentaba beber algo.

León, provisto de sus gafas azules, bajó para pagar su factura. El hotelero le pidió perdón por el ruido que habían hecho, y que él no podía aún explicarse, pues ¡los señores oficiales eran siempre tan tranquilos! León le aseguró que no había oido nada y que había dormido perfectamente. «Por ejemplo, su vecino del otro lado, —continuó el hotelero—, no ha debido incomodaros. Ese no hace mucho ruido. Apuesto que está todavía durmiendo a pierna suelta.»

León se apoyó con fuerza sobre el mostrador para no caerse, y la joven, que había querido seguirlo, se agarró a su brazo, apretando el velo delante de sus ojos.

—Es un milord —continuó el hotelero sin piedad—. Necesita siempre el mejor. ¡Ah! ¡es un hombre correcto! Pero todos los ingleses no son como él. Había aquí uno que es un tacaño. Todo le parece demasiado caro, la habitación, la cena. Quería que le cambiara un billete para 125 francos; un billete del Banco de Inglaterra de cinco libras esterlinas… ¡Contando además con que no fuera falso! Mire señor, usted debe conocerlo, pues le he oído hablar en inglés con la señora… ¿Es bueno?

Al tiempo que hablaba le presentaba un billete del Banco de Inglaterra de cinco libras esterlinas. En uno de los ángulos, había una pequeña mancha roja que León comprendió de inmediato.

—Me parece completamente legal, —dijo con una voz ahogada.

—¡Oh! tienen ustedes aún mucho tiempo, —continuó el hotelero—; el tren no pasa hasta las ocho y además siempre llega con retraso. Tenga la amabilidad de sentarse, señora. Parece usted fatigada…

En ese momento, entró una criada gruesa.

—¡Rápido —dijo— agua caliente para el té de milord! Llevad también una esponja. Ha roto la botella y toda su habitación está inundada.

Al oír esas palabras, León se derrumbó sobre una silla; y su compañera hizo otro tanto. Les entraron ganas de reír, y tuvieron que hacer un esfuerzo para no explotar. La joven le apretó alegremente la mano.

—Finalmente —dijo León al hotelero— no nos iremos hasta el tren de las dos. Prepárenos un buen almuerzo para mediodía.

La partida de chaquete[3]

LA PARtie de Trictrac (1830)

Las velas inmóviles colgaban pegadas a los mástiles; el mar estaba liso como un espejo; el calor era agobiante, la calma desesperante. En un viaje por mar, los recursos de diversión que pueden ofrecer los ocupantes de un navío se agotan rápidamente. Se conoce uno demasiado bien, ¡ay! cuando se ha pasado cuatro meses juntos en una cabaña de madera de 120 pies de longitud. Cuando uno ve llegar al teniente primero, sabe que va hablar en primer lugar de Río de Janeiro, de donde regresa; y luego del famoso puente de Essling, que vio hacer a los marinos, entre los que se encontraba. Al cabo de quince días, uno conoce hasta las expresiones que más le gustan, hasta la puntuación de sus frases, o las diferentes entonaciones de su voz. ¿Cuándo le ha faltado detenerse después de haber pronunciado por vez primera en su relato la palabra emperador…? «¡¡¡Si lo hubiérais visto entonces!!!» (tres signos de exclamación) añade invariablemente. ¡Y el episodio del caballo del trompeta, y de la bala de cañón que rebota y se lleva por delante una cartuchera que contenía objetos por valor de siete mil quinientos francos en oro y joyas, etc., etc.! El teniente segundo es un gran político; todos los días comienza la lectura del último número del Constitucional que trajo de Brest; o, si abandona las sublimidades de la política para descender a la literatura, os deleita con el análisis del último vodevil que vio representar. ¡Dios santo!… El comisario de marina poseía una historia bien interesante. ¡Cómo nos encantó la primera vez que nos contó su evasión del pontón de Cádiz! pero después de oírsela veinte veces, por mi fe, que uno ya no podía aguantarla… ¡Y los alféreces y los aspirantes!… El recuerdo de sus conversaciones me pone los pelos de punta. En cuanto al capitán, por lo general,

es el menos aburrido de a bordo. En su condición de comandante despótico, se encuentra en estado de hostilidad secreta contra todo el Estado mayor; ofende, presiona a veces, pero existe un cierto placer en echar pestes contra él. Si tiene alguna manía fastidiosa para con sus subordinados, uno se da el gusto de ver a su superior ridículo, y eso consuela un poco.

A bordo del navío en el que yo estaba embarcado, los oficiales eran las mejores personas del mundo, todos buenos chicos, queriéndose como hermanos, pero aburriéndose a cual mejor. El capitán era el más amable de los hombres, poco quisquilloso (lo que es una rareza). Hacía sentir su autoridad dictatorial siempre a disgusto. Pese a todo, ¡qué largo se me hizo el viaje, sobre todo durante la calma que nos atrapó sólo unos días antes de divisar tierra!…

Un día, después de la cena, que la ociosidad nos había hecho prolongar tanto tiempo como era humanamente posible, estábamos todos reunidos sobre el puente, esperando el espectáculo monótono, aunque siempre majestuoso, de la puesta de sol en el mar. Unos fumaban, otros releían por vigésima vez uno de los treinta volúmenes de nuestra triste biblioteca; todos bostezaban hasta llorar. Un alférez sentado a mi lado se entretenía, con toda la gravedad digna de una ocupación seria, en dejar caer con la punta hacia abajo sobre las planchas de la cubierta, el puñal que los oficiales de marina llevan ordinariamente con el uniforme de media gala. Era un entretenimiento como otro, y que exigía habilidad para que la punta se clavara bien perpendicularmente en la madera. Deseando imitar al alférez, y no teniendo puñal propio, quise utilizar el del capitán, pero éste se negó. Apreciaba de manera singular este arma e incluso se habría enfadado de verla servir para un entretenimiento tan fútil. En otros tiempos, ese puñal había pertenecido a un bravo oficial muerto en la última guerra… Adiviné que iba llegar una historia, y no me equivoqué. El capitán comenzó sin hacerse de rogar; los oficiales que nos rodeaban, como cada uno de ellos conocía de memoria los infortunios del teniente Roger, se retiraron discretamente. He aquí más o menos como fue el relato del capitán:

«Roger, cuando yo lo conocí, tenía tres años más que yo; era teniente, y yo alférez. Os aseguro que era uno de los mejores oficiales de nuestro cuerpo; con un corazón excelente, talento, instrucción, cualidades, en una palabra un joven encantador. Era desafortunadamente un poco soberbio y susceptible; lo que respondía, creo yo, al hecho de ser hijo natural, y a que temía que su nacimiento le hiciera perder consideración en sociedad; pero, para decir la verdad, de entre todos sus defectos el mayor era el deseo de sobresalir siempre donde se encontrara. Su padre, que él no había visto nunca, le pasaba una pensión que

habría sido más que suficiente para cubrir sus necesidades si Roger no hubiera sido la generosidad en persona. Todo lo que tenía era de sus amigos. Cuando acababa de cobrar su trimestre, el dinero era de cualquiera que fuera a verlo con cara triste y preocupada. «¡Y bien! amigo ¿qué te pasa?, —preguntaba—, no tienes aspecto de poder hacer mucho ruido golpeándote los bolsillos; vamos, aquí está mi cartera, coge lo que necesites y vente a cenar conmigo.»

Llegó a Brest una actriz joven muy bonita llamada Gabriela, que no tardó en hacer varias conquistas entre los marinos y oficiales de la guarnición. No era una belleza perfecta, pero tenía buena estatura, hermosos ojos, pie pequeño, y el aspecto pasablemente descarado: todo ello agrada mucho cuando uno se encuentra entre los veinte y los veinticinco años. Aseguraban además que era la criatura más caprichosa de entre las de su sexo, y la manera de representar no desmentía esta reputación. Unas veces interpretaba a las mil maravillas y se la habría considerado como una actriz de primer orden; y al día siguiente, en la misma obra, estaba fría, insensible; declamaba su papel como un chiquillo recita el catecismo. Pero lo que interesó sobre todo a nuestros jóvenes, fue la historia que se contó de ella. Al parecer, había sido lujosamente mantenida en París por un senador que hacía, como suele decirse, locuras por ella. Un día, cuando este hombre se encontraba en casa de ella, se puso el sombrero; ella le rogó que se lo quitara, e incluso se quejó de que le faltara al respeto. El senador se echó a reír, se encogió de hombros, y arrellanándose en un sillón dijo: «Lo menos que puedo hacer es ponerme cómodo en casa de una chica que pago.» Una bofetada de ganapán, soltada por la blanca mano de Gabriela le pagó la respuesta y arrojó el sombrero al otro lado de la habitación. Después, ruptura total. Banqueros, generales habían hecho ofertas a la dama, pero ella las había rechazado todas y se había hecho actriz, con el fin, según ella, de vivir independientemente.

Cuando Roger la vio y conoció esta historia, consideró que esta persona era asunto suyo y, con la franqueza brutal que se nos reprocha a nosotros los marinos, he aquí cómo se las arregló para demostrarle hasta qué punto estaba impresionado por sus encantos. Compró las más bellas y exóticas flores que pudo encontrar en Brest, formó un ramo con una cinta rosa y en el nudo introdujo cuidadosamente un cartucho de veinticinco napoleones: todo lo que poseía en aquel momento. Recuerdo que lo acompañé entre bastidores durante un intermedio. Le hizo a Gabriela un breve cumplido acerca de la gracia con la que llevaba su vestido, le ofreció el ramo y le pidió permiso para ir a visitarla a su casa. Todo ello en tres palabras.

Mientras Gabriela no vió nada más que las flores y el hermoso joven que se

las presentaba, sonreía, acompañando su sonrisa con una reverencia de las más graciosas; pero cuando tuvo el ramo en sus manos y notó el peso del oro, su fisonomía cambió más rápidamente que la superficie del mar soliviantada por un huracán de los trópicos; y desde luego no fue menos cruel, pues lanzó con toda su fuerza el ramo y los napoleones a la cabeza de mi pobre amigo que conservó las señales en el rostro durante más de ocho días. Sonó el timbre del regidor, Gabriela volvió al escenario y lo interpretó todo al revés.

Roger, después de recoger su ramo y su cartucho de oro con expresión bien confusa, se fue a la cafetería a ofrecerle el ramo (sin el dinero) a la señorita del mostrador, y, tomándose un ponche intentó olvidar a la perversa. No lo consiguió; y, pese al despecho que experimentaba por no poder mostrarse con el ojo hinchado, se enamoró perdidamente de la colérica Gabriela. Le escribía veinte cartas al día, y ¡qué cartas!, sumisas, tiernas, respetuosas como podrían dirigirse a una princesa. Las primeras le fueron devueltas sin haber sido abiertas; las otras no obtuvieron respuesta. Pese a todo, Roger conservaba alguna esperanza cuando descubrimos que la vendedora de naranjas del teatro envolvía su fruta con las cartas de amor de Roger, que Gabriela le daba por un refinamiento de maldad. Fue un terrible golpe para el orgullo de nuestro amigo. Sin embargo su pasión no disminuyó. Hablaba de pedir en matrimonio a la actriz, y cuando le decíamos que el ministro de marina no daría jamás su consentimiento, exclamaba que se levantaría la tapa de los sesos.

Ocurrió entre tanto que los oficiales de un buque de guerra con guarnición en Brest quisieron hacerle repetir a Gabriela un couplé de vodevil, a lo que Gabriela se negó por puro capricho. Los oficiales y la actriz se obstinaron tanto que los unos hicieron bajar el telón a fuerza de silbidos y la otra se desmayó. Ustedes saben lo que es el patio de butacas de una ciudad en la que reside una guarnición. Se acordó entre los oficiales que el día después y los siguientes la culpable sería silbada sin remisión, que no le permitirían representar ni un solo papel hasta que no pidiera perdón públicamente con la humildad necesaria para expiar su crimen. Roger no había asistido a aquella representación; pero esa misma noche tuvo conocimiento del escándalo que había puesto toda la sala en desorden, así como los proyectos de venganza que se tramaban para el día siguiente. Y tomó partido de inmediato.

Al día siguiente, cuando Gabriela apareció, del banco de los oficiales surgieron gritos y silbidos como para romper los tímpanos. Roger, que se había colocado intencionadamente justo al lado de los alborotadores, se levantó e increpó a los más ruidosos en términos tan ultrajantes, que todo su furor se

volvió contra él. Entonces, con la mayor sangre fría, sacó un cuaderno de su bolsillo, y empezó a escribir los nombres que le gritaban de todas partes: se habría citado para batirse con todo el regimiento si, por espíritu corporativo, un buen número de oficiales de marina no hubiera intervenido y hubieran provocado a la mayoría de los adversarios. La trifulca fue verdaderamente sonada.

Toda la guarnición fue arrestada durante muchos días; pero cuando recuperamos la libertad hubo una terrible cuenta que saldar. Nos encontramos unos sesenta sobre el terreno. Roger, solo, se batió sucesivamente contra tres oficiales; mató a uno e hirió gravemente a los otros dos sin recibir ni un arañazo. Yo tuve menos suerte: un maldito teniente, que había sido maestro de armas, me dio en el pecho un golpazo con la espada, por el que estuve a punto de morir. Ese duelo, o más bien esa batalla fue, os lo aseguro, un hermoso espectáculo. La marina salió victoriosa y el regimiento se vio obligado a abandonar Brest. Como pueden suponer, nuestros oficiales superiores no olvidaron al autor de la querella. Tuvo durante quince días un centinela ante su puerta.

Cuando se levantaron los arrestos, salí del hospital y fui a verlo. ¡Cuál no fue mi sorpresa, cuando entré en su casa, al verlo almorzando a solas con Gabriela! Parecían llevar bastante tiempo en buena armonía. Se tuteaban ya y bebían del mismo vaso. Roger me presentó a su amante como su mejor amigo y le dijo que yo había sido herido en la especie de escamuza de la cual ella había sido la principal causa. Eso me valió un beso de esta hermosa persona. La chica tenía inclinaciones marciales.

Pasaron tres meses juntos completamente felices, sin separarse un instante. Gabriela parecía amarlo hasta la locura, y Roger confesaba que antes de conocer a Gabriela no había conocido el amor.

Una fragata holandesa entró en el puerto. Los oficiales nos invitaron a cenar. Bebimos todo tipo de vinos; y, una vez que se retiró el mantel, no sabiendo qué hacer, pues estos señores hablaban muy mal el francés, nos pusimos a jugar. Los holandeses parecían tener mucho dinero; y su teniente primero sobre todo: quería apostar tanto dinero, que ni uno de nosotros quiso aceptar su partida. Roger, que normalmente no jugaba, pensó que en esta ocasión había que mantener el honor del país. Jugó pues y apostó todo lo que el teniente holandés quiso. Primero ganó, luego perdió. Después de algunas alternativas de ganancia y de pérdida, se separaron empatados. Le devolvimos la invitación a los oficiales holandeses. Jugamos también. Roger y el teniente holandés anduvieron a la greña. En resumen, durante muchos días se daban cita bien en la cafetería, bien a

bordo, ensayando todo tipo de juegos, sobre todo el chaquete, y aumentando siempre las apuestas, hasta el punto de que llegaron a jugarse veinticinco napoleones por partida. Era una suma enorme para oficiales pobres como nosotros: ¡más que el sueldo de dos meses! Al cabo de una semana, Roger había perdido todo el dinero que poseía, más tres o cuatro mil francos que había pedido prestados a derecha e izquierda.

Como bien pueden ustedes suponer, Roger y Gabriela habían terminado por tener vida y cartera en común: es decir que Roger, que acababa de cobrar una gran parte de botín había puesto en el fondo común diez o veinte veces más que la actriz. Sin embargo, él consideraba siempre que este fondo pertenecía principalmente a su amante, y no había guardado para sus gastos personales nada más que unos cincuenta napoleones. Se había visto obligado, no obstante, a echar mano de esta reserva para poder seguir jugando. Gabriela no le hizo la menor observación al respecto.

El dinero de la pareja siguió el mismo camino que el del dinero para sus gastos. Pronto Roger se vio obligado a jugarse los últimos veinticinco napoleones. Ponía toda su atención en el juego, por lo que la partida fue larga y disputada. Llegó un momento en el que Roger, con el cubilete en la mano, sólo tenía una posibilidad de ganar: creo que necesitaba un seis y un cuatro. La noche estaba avanzada. Un oficial que les había estado mirando jugar durante largo rato había terminado por dormirse en un sillón. El holandés estaba cansado y amodorrado; además había bebido mucho ponche. Sólo Roger estaba bien despierto, presa de la más violenta desesperación. Lanzó los dados temblando. Los lanzó tan bruscamente sobre el tablero que, por la sacudida, una vela cayó al suelo. El holandés giró la cabeza primero hacia la vela que acababa de manchar de cera su pantalón nuevo, y luego hacia los dados. Indicaban un seis y un cuatro. Roger, pálido como un muerto, recibió los veinticinco napoleones. Continuaron jugando. La suerte favoreció a mi desgraciado amigo que, sin embargo, hacía una escuela tras otra, y casaba como si hubiera querido perder. El teniente holandés se empecinó, multiplicó por dos, por diez, las apuestas, pero perdió siempre. Aún creo estar viéndolo; era un rubio alto, flemático, cuyo rostro parecía de cera. Por fin se levantó, después de haber perdido cuarenta mil francos, que pagó sin que su fisonomía dejara ver la más mínima emoción.

Roger le dijo: «Lo que hemos hecho esta noche no significa nada, porque usted estaba medio dormido; no quiero su dinero.

—Usted bromea, —contestó el flemático holandés—; he jugado muy bien, pero los dados han estado en mi contra. Estoy seguro de poder ganarle dándole

cuatro agujeros de ventaja. ¡Buenas noches! —y se marchó.

Al día siguiente supimos que, desesperado por sus pérdidas, se había levantado la tapa de los sesos en su habitación después de haberse bebido una jarra de ponche.

Los cuarenta mil francos ganados por Roger se encontraban extendidos sobre una mesa y Gabriela los contemplaba con una sonrisa de satisfacción. «Henos aquí bien ricos —dijo— ¿qué haremos con todo este dinero?»

Roger no contestó; parecía como alelado desde la muerte del holandés. «Tenemos que hacer mil locuras —continuó Gabriela—: el dinero tan fácilmente ganado hay que gastarlo de la misma manera. Compremos una calesa y mofémonos del jefe del departamento marítimo y de su mujer. Quiero tener diamantes y cachemiras. ¡Pide un permiso y nos vamos a París; aquí no acabaremos nunca con tanto dinero!» Se detuvo para observar a Roger, que, con los ojos fijos en el suelo y la cabeza apoyada sobre una mano, no la había oído y parecía dar vueltas en su cabeza a los más siniestros pensamientos.

—¿Qué diablos te pasa, Roger? —exclamó apoyando una mano sobre su hombro. —Estás enfadado conmigo, creo; no puedo arrancarte ni una palabra.

—Soy muy desgraciado, —dijo él por fin, reprimiendo un suspiro.

—¡Desgracidado! Dios me perdone, pero no tendrás remordimientos de haber desplumado a ese gordo mynheer?

Él levantó la cabeza y la miró de forma huraña.

—¡Qué importa, —continuó ella—, qué importa que haya tomado las cosas por lo trágico y se haya quemado lo poco que tenía de cerebro? No me compadezco de los jugadores que pierden; además, su dinero está mejor en nuestras manos que en las suyas: se lo habría gastado en beber y fumar, mientras que nosotros vamos a hacer mil extravagancias cada una más elegante que la otra.

Roger se paseaba por la habitación, con la cabeza inclinada sobre el pecho, los ojos entornados y repletos de lágrimas. Os habría dado lástima verlo.

—¿Sabes que quien no conozca tu sensibilidad novelera podría pensar que has hecho trampas? —dijo Gabriela.

—¿Y si eso fuera cierto? —exclamó con voz sorda deteniéndose ante ella.

—¡Bah! —respondió ella sonriendo—, tú no tienes valor suficiente para hacer trampas en el juego.

—Sí, Gabriela, hice trampas; hice trampas como el miserable que soy.

Ella comprendió al ver su emoción que no decía sino la verdad; se sentó en

un canapé y permaneció algún tiempo sin hablar. Por fin, con una voz muy emocionada dijo: «Preferiría que hubieras matado a diez hombres antes de que hubieras hecho trampas en el juego.» Hubo un mortal silencio de media hora. Estaban sentados los dos en el mismo sofá, pero no se miraron ni una sola vez. Roger fue el primero en levantarse y le dio las buenas noches con una voz demasiado tranquila.

—¡Buenas noches! —contestó ella con tono seco y frío.

Roger me dijo después que se habría suicidado aquel día si no hubiera tenido miedo de que sus compañeros adivinaran la causa de su suicidio. No quería que su memoria fuera infame.

Al día siguiente, Gabriela estaba tan alegre como siempre; habríase dicho que había olvidado la confidencia de la víspera. Por lo que respecta a Roger, se había hecho más sombrío, extravagante y arisco; apenas salía de su habitación, evitaba a sus amigos, y con frecuencia pasaba los días enteros sin dirigirle ni una palabra a su amante. Yo atribuía su tristeza a una sensibilidad honorable aunque excesiva, y traté muchas veces de consolarlo; pero él me mandaba bien lejos, mostrando gran indiferencia hacia su desgraciado compañero de juego. Un día incluso prorrumpió en violentas invectivas contra la nación holandesa, sosteniendo que no podía haber en Holanda ni un solo hombre honesto. Mientras tanto trató de informarse acerca de la familia del teniente holandés, pero nadie pudo darle noticias.

Seis semanas después de esta desgraciada partida de chaquete, Roger encontró entre los objetos de Gabriela una nota escrita por un pretendiente que parecía darle las gracias por las bondades que ella había tenido con él. Gabriela era el desorden en persona, y había dejado la nota en cuestión sobre la chimenea. No sé si había sido infiel, pero Roger así lo creyó y su cólera fue espantosa. Su amor y un resto de orgullo eran los únicos sentimientos que podían mantenerlo aún unido a la vida, y el más fuerte de esos sentimientos iba a ser destruido súbitamente. Colmó de injurias a la orgullosa actriz; y, violento como era, no sé como haría para no golpearla.

—Sin duda, —le dijo— ese mequetrefe te ha dado mucho dinero ¿no? Es lo único que amas, concederías tus favores al más sucio de los marineros si tuviera con qué pagarlos.

—¿Por qué no? —respondió fríamente la actriz—. Sí, me dejaría pagar por un marinero, pero… yo no lo robaría.

Roger lanzó un grito de rabia. Sacó su puñal temblando y, por un instante,

miró a Gabriela con los ojos fuera de sí; luego, haciendo acopio de todas sus fuerzas, arrojó el arma a sus pies y se marchó del apartamento para no ceder a la tentación que le obsesionaba.

Esa misma noche, ya bien tarde, pasé por delante de su casa, y al ver luz en la vivienda, entré a pedirle prestado un libro. Lo encontré muy ocupado escribiendo. No se inmutó y apenas pareció darse cuenta de mi presencia en la habitación. Me senté cerca de su escritorio y contemplé sus rasgos; estaban de tal manera alterados, que cualquiera que no fuera yo habría tenido dificultades para reconocerlo. De pronto, vi sobre el escritorio una carta ya cerrada, dirigida a mí. La abrí inmediatamente. Roger me anunciaba en ella que iba a poner fin a su vida y me encomendaba diversos encargos. Mientras yo leía, él continuaba escribiendo sin preocuparse de mí: se estaba despidiendo de Gabriela… Podéis imaginar cuál no sería mi sorpresa, y lo que debí decirle, confuso como estaba por su decisión: «¡Cómo! ¿que quieres suicidarte, tú que eres tan feliz?

—Amigo mío, —dijo mientras cerraba la carta— no sabes nada; no me conoces, yo soy un bellaco; soy tan miserable que hasta una prostituta me insulta; pero soy tan consciente de mi bajeza, que no tengo fuerzas para combatirla. —Entonces me contó la historia de la partida de chaquete y todo lo que ya sabéis. Mientras lo escuchaba, yo estaba casi tan emocionado como él; no sabía qué decirle; le apretaba las manos; tenía los ojos llenos de lágrimas, pero no podía hablar. Por fin se me ocurrió la idea de hacerle ver que no debía reprocharse el hecho de haber causado voluntariamente la ruina del holandés, y que después de todo, él no le había hecho perder con sus … trampas… nada más que veinticinco napoleones.

—Es decir —exclamó con una amarga ironía—, que soy un pequeño ladrón en lugar de uno grande. ¡Y yo que tenía tanta ambición! ¡No ser nada más que un bribonzuelo! —Y lanzó una carcajada. Yo me deshice en lágrimas.

De pronto la puerta se abrió; una mujer entró y se arrojó en sus brazos: era Gabriela. «Perdóname, —exclamó abrazándolo con fuerza— perdóname. Sé muy bien que no amo a nadie más que a ti. Te quiero ahora más que si no hubieras hecho lo que te reprochas. Si quieres robaré… ya he robado… Sí, he robado… robé un reloj de oro… ¿Qué puede hacerse de peor?»

Roger sacudió la cabeza incrédulo pero su frente pareció iluminarse.

—No, mi pobre niña, —dijo rechazándola con suavidad— es necesario que me suicide. Sufro demasiado, no puedo resistir el dolor que siento aquí.

—¡Muy bien, Roger! si quieres morir, yo moriré contigo. Sin ti, ¡qué me

importa la vida! Tengo valor, he disparado fusiles; me mataré. Además, yo he representado tragedias, tengo costumbre.— Cuando empezó a hablar tenía los ojos llenos de lágrimas, pero esta última idea le hizo reír, y Roger mismo dejó escapar una sonrisa—. Ríes, oficial mío, —exclamó ella dando palmadas y besándolo—¡no te matarás! —Y lo besaba constantemente, unas veces llorando, otras riendo, otras blasfemando como un marinero, pues no era de las mujeres que se espantan ante una palabrota.

Mientras tanto, yo había agarrado las pistolas y el puñal de Roger y le dije: «Mi querido Roger, tienes una amante y un amigo que te quieren. Créeme, aún puedes tener felicidad en este mundo.» Me marché después de haberlo abrazado y lo dejé solo con Gabriela.

Creo que sólo habríamos logrado retrasar su funesto proyecto, si no hubiera recibido del ministro la orden de partir, como teniente primero, a bordo de una fragata que debía ir y venir por los mares de la India, después de haber pasado en medio de la escuadra inglesa que bloqueaba el puerto. El asunto era arriesgado. Pero le hice comprender que más valía morir noblemente a causa de una bala de cañón inglesa, que poner uno mismo fin a sus días, sin gloria y sin provecho para su país. Prometió vivir. De los cuarenta mil francos, distribuyó la mitad entre los marineros inválidos o entre las viudas y los hijos de marinos. El resto se lo entregó a Gabriela, que, juró no emplear este dinero sino en buenas obras. Tenía intención de cumplir su promesa, la pobre chica; pero el entusiasmo le duraba poco. Supe después que donó algunos miles de francos a los pobres. Y con el resto se compró ropa.

Embarcamos Roger y yo en la hermosa fragata Galatea: nuestros hombres eran valientes, bien entrenados, muy disciplinados; pero nuestro comandante era un ignorante que se creía un Jean Bart porque blasfemaba mejor que un capitán de armas, porque destrozaba el francés y porque no había estudiado jamás la teoría de su profesión, de la que sólo entendía mediocremente la práctica. Sin embargo, la suerte lo favoreció en un principio. Salimos felizmente de la rada, gracias a un golpe de viento que obligó a la escuadra de bloqueo a hacerse a la mar y comenzamos nuestro crucero incendiando una corveta inglesa y un navío de la compañía cerca de las costas de Portugal.

Bogábamos hacia los mares de la India, contrariados por los vientos y por las erróneas maniobras de nuestro capitán, cuya torpeza aumentaba el peligro de nuestro crucero. Unas veces empujados por fuerzas superiores, otras persiguiendo navíos mercantes, no pasábamos ni un solo día sin una nueva aventura. Pero ni la vida arriesgada que llevábamos, ni las fatigas que le

proporcionaban los pormenores de la fragata de la que estaba encargado, podían distraer a Roger de los tristes pensamientos que lo asediaban. Él que pasaba otras veces por ser el oficial más activo y brillante de nuestro puerto, ahora se limitaba a cumplir con su deber. Tan pronto como concluía su servicio, se encerraba en su camarote, sin libros, sin papel; pasaba horas enteras acostado en su catre, sin que el desventurado pudiera dormir.

Un día, al ver su abatimiento, se me ocurrió decirle: «¡Pardiez, querido, te afliges por poca cosa. Le has robado veinticinco napoleones a un grueso holandés, bien; pero tienes remordimientos como si hubieran sido más de un millón. Dime, pues, ¿cuando eras amante de la mujer del jefe de departamento de … no sentías remordimientos? Sin embargo esa mujer valía más de veinticinco napoleones.»

Se dió la vuelta sobre su colchón sin contestarme.

Yo continué: «Después de todo, tu crimen, puesto que tú dices que fue un crimen, tenía un motivo honorable y venía de un alma elevada.»

Volvió la cabeza y me miró con una expresión furiosa.

—Sí, porque, si hubieras perdido ¿qué habría sido de Gabriela? La pobre chica habría vendido hasta su última camisa por ti… Si perdías, ella se vería reducida a la miseria… Hiciste trampa por ella, por amor a ella. Hay personas que matan por amor… que se matan… Tú, mi querido Roger, has hecho más. Para un hombre como nosotros, se necesita más valor para… robar, hablando claro, que para matarse.

Tal vez ahora, —dijo el capitán interrumpiendo su relato—, os parezca ridículo. Os aseguro que la amistad que sentía por Roger me daba en aquel momento una elocuencia que no poseo hoy; y ¡que el diablo me lleve!, al hablarle así lo hacía de buena fe, y me creía todo lo que decía. ¡Ah! ¡entonces era joven!

Roger permaneció algún rato sin responder; luego me tendió la mano: «Amigo mío, —dijo aparentando hacer un gran esfuerzo sobre sí mismo— me crees mejor de lo que soy. Soy un cobarde bribón. Cuando engañé al holandés, no pensaba sino en ganar veinticinco napoleones, eso era todo. No pensaba en Gabriela y por eso me desprecio…Yo, ¡estimar mi honor menos que veinticinco napoleones!… ¡Qué bajeza! Sí, sería feliz si pudiera decirme: He robado para sacar a Gabriela de la miseria… ¡Pero no! ¡no!, no pensaba en ella… En ese momento no era un enamorado… Era un jugador… era un ladrón… Robé dinero para mí… y esta acción de tal manera me ha embrutecido, envilecido, que hoy

ya no tengo valentía ni amor… vivo y no pienso más en Gabriela… soy un hombre acabado.»

Y parecía tan desgraciado que, si me hubiera pedido mis pistolas para matarse, creo que se las habría dado.

Cierto viernes, día de mal augurio, descubrimos una gran fragata inglesa, Alceste, que nos perseguía con todas sus velas desplegadas. Llevaba cincuenta y ocho cañones, y nosotros sólo treinta y ocho. Empleamos todas nuestras velas para escapar de ella; pero su velocidad era superior, y nos ganaba terreno a cada instante; era evidente que antes de la noche nos veríamos obligados a librar un combate desigual. Nuestro capitán llamó a Roger a su camarote, donde permanecieron más de un cuarto de hora deliberando. Roger volvió a subir a cubierta, me agarró por un brazo y me llevó aparte.

—De aquí a dos horas, —me dijo— el asunto va a comenzar; ese pobre hombre de allí que se agita en el alcázar, ha perdido la cabeza. Tenía dos caminos que tomar: el primero, el más honroso, era dejar al enemigo llegar hasta nosotros y luego abordarlo valientemente arrojando sobre su cubierta a un centenar de mozos atrevidos; el otro camino, que no es malo, pero que es bastante cobarde, sería perder lastre arrojando al mar una parte de nuestros cañones. Entonces podríamos alcanzar la costa de África que vemos allá, a babor. El inglés, por miedo a encallar, se vería obligado a dejarnos escapar; pero… nuestro capitán no es ni un cobarde, ni un héroe; va a dejarse demoler desde lejos a fuerza de cañonazos y después de algunas horas de combate, arriará honrosamente su bandera. Lo siento por ti, porque te esperan los pontones de Portsmouth. Yo por mi parte, no quiero verlos.

—Tal vez, —le dije— nuestros primeros cañonazos le causen al enemigo desperfectos tan graves que le obligen a abandonar su caza.

—Escucha, yo no quiero caer prisionero, yo quiero matarme; ya es hora de terminar con esto. Si por desgracia no soy herido, prométeme que me arrojarás al mar. Ése es el lecho en el que debe morir un buen marino como yo.

—¡Qué locura! —exclamé— ¡vaya un encargo que me haces!

—Cumplirás tu deber como un buen amigo. Sabes que es necesario que yo muera. Acepté no suicidarme sólo con la esperanza de ser matado, debes recordar eso. Vamos, prométemelo; si te niegas, le voy a pedir ese servicio a aquel contramaestre, que no se negará.

Después de haber reflexionado durante un momento, le dije:

—Te doy mi palabra de que haré lo que deseas, pero sólo si estás herido de

muerte, sin esperanza de curación. En ese caso, acepto ahorrarte sufrimientos.

—Seré herido de muerte o matado. —Me tendió su mano, que yo apreté fuertemente. Desde entonces pareció más tranquilo, y hasta una cierta alegría marcial brilló sobre su rostro.

Hacia las tres de la tarde, los cañones de caña del enemigo comenzaron a alcanzar nuestros aparejos. Entonces cargamos una parte de nuestras velas; presentamos el costado al Alceste e hicimos un fuego graneado al que los ingleses contestaron con vigor. Después de una hora aproximadamente de combate, nuestro capitán, que no hacía nada a derechas, quiso intentar el abordaje. Pero ya teníamos muchos muertos y heridos, y el resto de la tripulación había perdido su ardor; además habíamos sufrido bastantes daños en nuestros aparejos y nuestros mástiles estaban muy estropeados. En el momento en que desplegamos nuestras velas para poder acercarnos a los ingleses, nuestro palo mayor, que no tenía nada sobre lo que descansar, se desplomó con un tremendo estruendo. El Alceste se aprovechó de la confusión en la que nos sumió este accidente. Pasó a nuestra popa descargando a medio tiro de pistola toda su andanada; atravesó de delante hacia atrás nuestra desgraciada fragata, que no podía oponerle en ese punto nada más que dos pequeños cañones. En ese momento me encontraba junto a Roger, que se ocupaba de cortar los cabos que retenían aún el mástil derribado. Siento que me agarra el brazo con fuerza; me vuelvo y lo veo tendido sobre cubierta, completamente cubierto de sangre. Acababa de recibir un golpe de metralla en el vientre.

El capitán corrió hacia él: ¿«Qué debemos hacer, teniente? —le gritó.

—Hay que clavar nuestra bandera a ese tocón de mástil y dejarnos hundir. —El capitán se separó de él rápidamente, apreciando muy poco ese consejo.

—Venga, —me dijo Roger— acuérdate de tu promesa.

—Esto no es nada, —le dije— puedes curarte.

—¡Arrójame por la borda! —exclamó blasfemando horriblemente y agarrándome por el faldón del uniforme—: ves bien que no puedo escapar de ésta; arrójame al mar, no quiero ver arriar nuestra bandera.

Dos marineros se acercaron a él con intención de llevarlo a la bodega. «A vuestros cañones bribones, —gritó con fuerza—. Tirad con metralla y apuntad a la cubierta. Y tú, si faltas a tu palabra, ¡te maldigo y te considero el más cobarde y más vil de todos los hombres! Su herida era de verdad mortal. Vi que el capitán llamaba a un aspirante y le daba la orden de arriar nuestra bandera. —«Échame una mano, —le dije a Roger. En el momento en el que nuestra bandera

fue arriada…

* * *

—¡Capitán, una ballena a babor! —interrumpió un alférez corriendo hacia nosotros.

—¡Una ballena! —exclamó el capitán transportado de alegría y abandonando en ese punto su relato—; Rápido, ¡la chalupa al agua!, ¡la canoa al agua! ¡todas las chalupas al agua!, ¡harpones, cuerdas!, etc., etc.

No pude saber cómo murió el pobre teniente Roger.

Las ánimas del purgatorio

LES AMES du Purgatoire (1834)

Cicerón dice en alguna parte, creo que en su tratado De la naturaleza de los dioses, que hubo numerosos Júpiter —un Júpiter en Creta, otro en Olimpia, y otro en diferentes lugares—, hasta el punto de no haber ninguna ciudad de Grecia algo célebre que no hubiese tenido su propio Júpiter. De todos esos Júpiter se formó uno solo, al que se le atribuyeron todas las aventuras de cada uno de sus homónimos. Eso explica la ingente cantidad de conquistas amorosas que se le atribuyen a este dios.

La misma confusión ocurrió respecto a Don Juan, personaje que se aproxima mucho a la celebridad de Júpiter. Sólo Sevilla posee varios Don Juanes y otras muchas ciudades citan el suyo. Cada uno tenía antaño su leyenda por separado. Con el tiempo, todas las leyendas se fundieron en una sola.

Sin embargo, analizando este asunto más de cerca, es fácil establecer la parte que corresponde cada uno, o al menos, distinguir dos héroes, a saber: Don Juan Tenorio, que, como todo el mundo sabe, fue llevado al infierno por una estatua de piedra, y Don Juan de Mañara, cuyo fin fue completamente distinto.

Cuentan del mismo modo la vida del uno y del otro, lo único que las distingue es el desenlace. Los hay para todos los gustos, como en las obras de Ducis, que terminan bien o mal, según la sensibilidad de los lectores.

Respecto de la verdad de esta historia, o de estas dos historias, es incuestionable, y se ofendería gravemente el patriotismo provincial de los sevillanos si se pusiese en duda la existencia de esos calaveras que han hecho sospechosa la genealogía de sus más nobles familias. Se muestra a los visitantes la casa de Don Juan Tenorio, y nadie aficionado a las artes ha podido pasar por

Sevilla sin visitar la iglesia de la Caridad. Allí habrá visto el sepulcro del caballero de Mañara con esta inscripción, dictada por su humildad o, si se quiere, por su orgullo: Aquí yace el peor hombre que existió en el mundo. ¿Existe forma de dudar después de esto? Es cierto que después de haberlo conducido a esos dos monumentos, su cicerone le contará además que Don Juan (no se sabe cuál de ellos) hizo proposiciones extrañas a la Giralda, esa figura de bronce que corona la torre morisca de la catedral, y que la Giralda las aceptó; que Don Juan, paseándose algo ebrio por la orilla izquierda del Guadalquivir, pidió fuego a un hombre que pasaba por la orilla derecha fumando un cigarro, y cómo el brazo del fumador (que no era otro que el diablo en persona) se alargó tanto y tanto que cruzó el río y fue a presentarle su cigarro a don Juan, que encendió el suyo sin pestañear ni percatarse del aviso, ¡tan empedernido era…!

He procurado adjudicar a cada Don Juan la parte que le corresponde en su fondo común de maldades y crímenes. A falta de un método mejor, he procurado no contar de don Juan de Mañara, mi protagonista, nada más que las aventuras que no perteneciesen por derecho de prescripción a don Juan Tenorio, tan conocido entre nosotros por las obras maestras de Molière y de Mozart.

El conde don Carlos de Mañara era uno de las señores más ricos y considerados que hubo en Sevilla. Era de ilustre cuna, y, en la guerra contra los moriscos rebeldes, había demostrado que no había degenerado el valor de sus antepasados. Después de la sumisión de las Alpujarras, regresó a Sevilla con una cicatriz en la frente y un buen número de niños arrebatados a los infieles, a quienes mandó bautizar y vendió ventajosamente a casas cristianas. Sus heridas, que no lo desfiguraban, no le impidieron agradar a una joven de buena familia, que le dió su preferencia entre el considerable número de pretendientes a su mano. De este matrimonio nacieron primero muchas hijas, algunas de las cuales se casaron después y otras se hicieron religiosas. Don Carlos de Mañara se desesperaba por no tener heredero de su apellido, cuando el nacimiento de su hijo vino a colmarlo de alegría y le hizo esperar que su antiguo mayorazgo no pasaría a ninguna rama colateral.

Don Juan, el hijo tan deseado, y protagonista de esta historia verídica, fue mimado por sus padres como debía serlo el único heredero de un gran apellido y de una gran fortuna. Siendo aún niño, era dueño casi absoluto de sus actos, y en el palacio de su padre nadie se habría atrevido a contrariarlo. Únicamente, su madre quería que fue devoto como ella, y su padre quería que fuese valiente como él. Aquélla, a fuerza de caricias y golosinas, obligaba al niño a aprender las letanías, los rosarios, en fin todas las oraciones obligatorias y no obligatorias.

Le hacía dormir leyéndole las vidas de los santos. Por otra parte, el padre le enseñaba a su hijo los romances del Cid y de Bernardo del Carpio; le contaba la rebelión de los moriscos y lo animaba a ejercitarse todo el día en lanzar el venablo, y en disparar el arco y hasta el arcabuz contra un monigote vestido de moro que había mandado colocar en un extremo de su jardín.

Había en el oratorio de la condesa de Mañara un cuadro, en el estilo adusto y seco de Morales, que representaba los tormentos del purgatorio. Todos los géneros de suplicios que se le habían podido ocurrir al pintor se encontraban allí representados con tanta exactitud, que los familiares de la Inquisición no habrían tenido nada que objetar. Las ánimas del purgatorio estaban en una especie de gran caverna, en lo alto de la cual se veía un respiradero. Colocado sobre el borde de aquella abertura, un ángel tendía la mano a un alma que salía de aquel lugar de dolores, mientras que a su lado, un anciano, con un rosario en las manos juntas, parecía rezar con mucho fervor. Aquel hombre, que era el donante del cuadro, lo había mando pintar para una iglesia de Huéscar. En su rebelión, los moriscos prendieron fuego a la ciudad; la iglesia fue destruída, pero, por milagro, el cuadro se salvó. El conde de Mañara se lo había llevado, y había adornado con él el oratorio de su esposa. De ordinario, el pequeño Juan, siempre que iba a los aposentos de su madre, permanecía mucho tiempo inmóvil contemplando este cuadro, que lo asustaba y lo cautivaba a la vez. Sobre todo, no podía apartar la vista de un hombre cuyas entrañas parecía morder una serpiente, mientras estaba colgado por encima de una hoguera por medio de unos garfios de hierro que lo enganchaban por las costillas. Volviendo los ojos con ansiedad hacia el respiradero, la víctima parecía pedir al donante oraciones que lo libraran de tantos sufrimientos. La condesa no dejaba nunca de explicar a su hijo que aquel desgraciado padecía ese suplicio por no haber aprendido bien el catecismo, porque se había burlado de un cura o había estado distraído en la iglesia. El alma que volaba hacia el paraíso era el alma de un pariente de la familia Mañara, que tenía, sin duda, algunos pecadillos de que acusarse; pero el conde de Mañara había rezado por él, había dado mucho dinero al clero para sacarlo del fuego y de los tormentos, y había tenido la satisfacción de enviar al paraíso el alma de su pariente sin dejarlo padecer mucho tiempo en el purgatorio. «Sin embargo, Juanito, —añadía la condesa—, tal vez algún día sufra yo como ése, y permanezca millones de años en el purgatorio si no piensas en hacer decir misas para sacarme de allí. ¡Qué mal hecho estaría que dejases penar a la madre que te ha criado!» Entonces el niño lloraba; y si llevaba algunos reales en el bolsillo, se apresuraba a dárselos al primer santero que encontraba, portador de

un cepillo para las ánimas del purgatorio.

Si entraba en el gabinete de su padre, veía corazas abolladas por balas de arcabuz, un casco que el conde de Mañara llevaba en el asalto de Almería, y conservaba la señal del filo de un hacha musulmana: lanzas, alfanjes, estandartes arrebatados a los infieles decoraban aquel aposento.

—Esta cimitarra, —decía el conde— se la arrebaté al cadí de Vejer, que me dió tres golpes con ella antes de que yo le quitara la vida.— Este estandarte era el que llevaban los rebeldes de Sierra Elvira. Acababan de saquear un pueblo cristiano; yo acudí con veinte caballeros. Cuatro veces traté de penetrar en medio de un escuadrón para arrebatar este estandarte y cuatro veces fui rechazado. A la quinta me santigüé; grité: «¡Santiago!», y rompí las filas de los paganos. —¿Ves este cáliz de oro que llevo en mis armas? Un alfaquí de los moriscos lo había robado de una iglesia, donde cometió mil horrores. Sus caballos había comido cebada en un altar, y sus soldados habían dispersado los huesos de los santos. El alfaquí se servía de este cáliz para tomar sorbetes. Le sorprendí en su tienda cuando se llevaba a los labios el vaso sagrado. Antes de que tuviese tiempo de decir «¡Alah!», y mientras tenía aún el brebaje en la garganta, descargué esta buena espada sobre la rapada cabeza de este perro infiel, y la hoja penetró hasta las dientes. Para recordar esta santa venganza, el rey me permitió llevar este cáliz de oro en mis armas. Te digo esto, Juanito, para que se lo cuentes a tus hijos y sepan por qué tus armas no son exactamente las de tu abuelo don Diego, que ves pintadas bajo su retrato.»

Dividido entre la guerra y la devoción, el niño se pasaba el día fabricando crucecitas con tablas, o bien armado de un sable de madera que esgrimía en el huerto contra las calabazas de Rota, cuya forma se parecía mucho, según él, a las cabezas de moros cubiertas con sus turbantes.

A los dieciocho años, don Juan conocía bastante mal el latín, ayudaba muy bien a misa y manejaba la espada o el mandoble mejor que el Cid. Su padre, considerando que un caballero de la casa de Mañara debía adquirir aún otros conocimientos, resolvió enviarlo a Salamanca. Los preparativos de viaje fueron hechos con rapidez. La madre le dio muchos rosarios, escapularios y medallas benditas. Le enseñó también muchas oraciones de gran eficacia en numerosas de circunstancias de la vida. Don Carlos le dio una espada cuyo puño, damasquinado de plata, estaba adornado con las armas de su familia, y le dijo: «Hasta ahora no has vivido sino con niños, ahora vas a vivir con hombres. Acuérdate de que el bien más preciado de un caballero es su honor, y tu honor es el de los Mañara. ¡Perezca el último vástago de nuestra estirpe antes que se

infiera una sola mancha en su honor! Toma esta espada: te defenderá si te atacan. No seas jamás el primero en sacarla, pero acuérdate que tus antepasados no la volvieron nunca a la vaina, sin que fuesen vencedores y quedasen vengados.» Así provisto de armas espirituales y temporales, el descendiente de los Mañara montó a caballo y abandonó la morada de sus padres.

La universidad de Salamanca estaba entonces en todo su esplendor. Nunca habían sido tan numerosos sus estudiantes, ni más doctos sus profesores; pero nunca tampoco habían tenido los ciudadanos que sufrir tantas insolencias de la juventud indisciplinada que habitaba, o mejor dicho, reinaba en la ciudad. Serenatas, algarabías, todo tipo de ruidos nocturnos: tal era su tren de vida ordinario, cuya monotonía se diversificaba de vez en cuando por raptos de casadas o solteras, por robos o palizas. Al llegar a Salamanca, don Juan pasó algunos días entregando cartas de recomendación a los amigos de su padre, visitando a sus profesores, recorriendo las iglesias, y haciendo que le enseñaran las reliquias que éstas contenían. Según la voluntad de su padre, entregó a uno de sus profesores una suma bastante considerable para que la distribuyera entre los estudiantes pobres. Esta liberalidad tuvo el mayor éxito y le valió enseguida numerosos amigos.

Don Juan tenía grandes deseos de aprender. Se proponía escuchar, como si fuesen palabras del Evangelio, todo lo que saliera de la boca de los profesores, y para no perderse nada quiso colocarse lo más cerca posible de la cátedra. Cuando entró en el aula donde debía impartirse la lección, vio vacío un asiento, tan cerca del profesor como hubiese podido desear. Se sentó en él. Un estudiante sucio, desgreñado, vestido de andrajos, como había tantos en las universidades, apartó un momento los ojos de su libro para dirigirlos hacia don Juan con aire de asombro estúpido. «¿Cómo os sentáis en ese puesto? —exclamó en tono casi asustado—. ¿No sabéis que ahí se sienta de ordinario don García Navarro?»

Don Juan respondió que siempre había oído decir que los sitios pertenecían al primer ocupante y que encontrando vacío aquél, creía poder ocuparlo, sobre todo si el señor don García no había encargado a su vecino que se lo guardase.

—Sois forastero aquí, por lo que veo, —dijo el estudiante— y llegado desde hace muy poco tiempo, puesto que no conocéis a don García. Sabed, pues, que es uno de los hombres más…— Aquí el estudiante bajó la voz y pareció experimentar el temor de que lo oyeran los demás estudiantes—. Don García es hombre terrible. ¡Desgraciado el que lo ofenda! Tiene la paciencia corta y la espada larga; y estad seguro de que si alguien se sienta en un sitio donde don García se ha sentado dos veces, hay motivo de sobra para que sobrevenga una

pelea, porque es muy quisquilloso y susceptible. Cuando disputa, hiere, y cuando hiere, mata. Ahora ya os he avisado, haced lo que bien os parezca.

Don Juan encontraba extraordinario que aquel don García pretendiera reservarse los mejores asientos sin tomarse la molestia de merecerlos por su puntualidad. Al mismo tiempo veía que muchos estudiantes lo miraban, y comprendió qué morti-ficante sería dejar aquel sitio después de haberse sentado en él. Por otra parte, le preocupaba muy poco tener una pelea tan pronto como llegara, sobre todo con hombre tan peligroso como parecía ser don García. Se hallaba en esta perplejidad, no sabiendo qué resolver y permaneciendo en el mismo lugar, cuando un estudiante entró y se dirigió derecho hacia él. «He aquí a don García», dijo su vecino.

García era un joven ancho de hombros, bien formado, de tez curtida, orgullosa mirada y boca despreciativa. Llevaba un jubón ajado, que había podido ser negro, y una capa agujereada; por encima colgaba una larga cadena de oro. Es sabido que siempre los estudiantes de Salamanca y demás universidades de España pusieron una especie de pundonor en parecer andrajosos, queriendo demostrar así probablemente, que el verdadero mérito puede prescindir de los adornos debidos a la fortuna.

Don García se acercó al banco donde estaba aún sentado don Juan, y saludándolo con mucha cortesía: «Señor estudiante —le dijo— sois nuevo entre nosotros; sin embargo, vuestro nombre me es muy conocido. Nuestros padres fueron grandes amigos, y si lo permitís, no lo serán menos sus hijos.» Mientras hablaba de esta forma tendió la mano a don Juan con el aire más cordial. Don Juan, que esperaba un principio muy diferente, acogió con mucha solicitud las cortesías de don García, y le respondió que se tendría por muy honrado con la amistad de un caballero como él.

—No conocéis aún Salamanca, —prosiguió don García—; si queréis aceptarme como vuestro guía, estaré encantado de mostrároslo todo, desde el cedro hasta el hisopo, en la ciudad donde vais a vivir. —Luego, dirigiéndose al estudiante sentado al lado de don Juan dijo—: Anda, Perico, quítate de ahí. ¿Crees que un zopenco como tú debe hacerle compañía a don Juan de Mañara? Hablando de esta forma, le empujó rudamente y se sentó en el sitio que el estudiante se apresuró a abandonar.

Cuando concluyó la lección, don García dio la dirección de su casa a su nuevo amigo, y le hizo prometer que iría a verlo. Luego, después de haberlo saludado con la mano con gesto gracioso y familiar, salió cubriéndose con su capa, agujereada como una espumadera.

Don Juan, con los libros bajo el brazo, se había detenido en la galería del centro para examinar las antiguas inscripciones que cubrían las paredes, cuando vio que el estudiante que le había hablado primeramente se acercaba a él como si quisiera examinar los mismos objetos. Don Juan, después de haberle hecho una inclinación de cabeza para demostrarle que lo reconocía, se disponía a salir, pero el estudiante lo detuvo sujetándolo por la capa. «Señor don Juan, —dijo— si no tenéis prisa, ¿tendréis la bondad de concederme un momento de conversación? — Con mucho gusto, respondió don Juan, y se ayopó sobre un pilar—. Os escucho.»

Perico miró hacia todos lados con aire inquieto como si temiese ser observado, y se acercó a don Juan para hablarle al oído, lo cual parecía una precaución inútil, porque no había nadie más que ellos en la amplia galería gótica en la que se encontraban. Después de un momento de silencio: «¿Podríais decirme, señor don Juan, —preguntó el estudiante en voz baja y casi temblorosa — prodríais decirme si vuestro padre conoció realmente al padre de don García Navarro?»

Don Juan hizo un gesto de sorpresa.«Ya se lo habéis oído decir hace un momento a don García.

—Sí, —respondió el estudiante, bajando aún más la voz—; pero en fin, ¿habéis oído decir alguna vez a vuestro padre que conociera al señor Navarro?

—Sí, sin duda, y estuvo con él en la guerra contra los moriscos.

—Muy bien; pero, ¿oísteis decir que ese gentilhombre tuviera… un hijo?

—La verdad es que nunca presté atención a lo que mi padre contara de él… Pero, ¿a qué vienen estas preguntas? ¿No es don García, hijo del señor Navarro?… ¿Sería bastardo?

—Pongo al cielo por testigo de que no he dicho nada semejante, —exclamó el estudiante asustado mirando detrás del pilar sobre el cual se apoyaba don Juan —; quería preguntaros solamente si tenéis noticia de una historia extraña que muchos cuentan sobre ese don García.

—No sé ni una palabra.

—Dicen…, y advierta que no hago sino repetir lo que he oído decir…, dicen que don Diego Navarro tenía un hijo que, a la edad de seis o siete años, cayó enfermo de tan grave y extraña enfermedad, que los médicos no sabían qué remedio darle… En vista de ello, el padre, que no tenía otro hijo, envió numerosas ofrendas a muchas capillas, hizo tocar reliquias al enfermo, pero todo fue en vano. Desesperado, según me han asegurado, dijo un día, mirando una

imagen de San Miguel: «Puesto que no tú puedes salvar a mi hijo, quiero ver si el que tienes a tus pies tendría más poder.»

—¡Qué blasfemia tan abominable!—exclamó don Juan, escandalizado hasta el extremo.

—Poco después el niño se curó…, y ese niño…, ¡es don García!

—¡Y tanto es así, que don García desde entonces tiene el diablo en el cuerpo! —dijo riéndose a carcajadas don García, que apareció en el mismo instante y parecía haber escuchado la conversación oculto tras un pilar cercano. — De veras, Perico, —dijo con tono frío y desdeñoso al estudiante estupefacto— si no fueses un cobarde, haría que te arrepintieras de la osadía que has tenido hablando de mí. — Señor don Juan, —prosiguió dirigiéndose a Mañara— cuando me conozcáis mejor no perderéis el tiempo escuchando a este charlatán Y para demostraros que no soy un diablo maligno, concededme el honor de acompañarme ahora mismo a la iglesia de San Pedro; cuando hayamos hecho allí nuestras devociones, os pediré licencia para llevaros a comer en compañía de algunos compañeros.

Mientras hablaba, cogió del brazo a don Juan, quien, avergonzado por haber sido sorprendido escuchando la extraña historia de Perico, se apresuró a aceptar el ofre-cimiento de su nuevo amigo para demostrarle el poco caso que hacía de las maledicencias que acababa de oír.

Al entrar en la iglesia de San Pedro, don Juan y don García se arrodillaron ante una capilla, alrededor de la cual había gran número de fieles. Don Juan rezó en voz baja, y por más que permaneció por espacio de buen rato en tan piadosa ocupación, encontró, al levantar la cabeza, que su compañero parecía aún sumido en devoto éxtasis; movía con suavidad los labios, y se habría dicho que no había llegado aún a la mitad de sus meditaciones. Algo avergonzado por haber acabado tan pronto, se puso a recitar en voz baja, las letanías que se le venían a la memoria. Terminadas éstas, don García no se movía aún. Don Juan despachó, distraídamente, algunas oraciones cortas; luego, viendo a su compañero aún inmóvil, creyó poder mirar algo a su alrededor para pasar el tiempo y esperar el final de aquella oración eterna. Tres mujeres arrodilladas sobre alfombras de Turquía llamaron su atención. Una, por su edad, por sus gafas y por la anchura venerable de sus tocas, no podía ser otra que la dueña. Las otras dos eran jóvenes y bonitas, y no tenían tan bajos los ojos sobre los rosarios que no pudiese verse que eran grandes, vivos y bien rasgados. Don Juan experimentó mucho placer al mirar a una de ellas, más placer del que hubiera debido sentir en un lugar sagrado. Olvidando las oraciones de su compañero, le

tiró de la manga y le preguntó en voz baja quién era aquella joven que llevaba un rosario de ámbar amarillo.

—Es —contestó don García sin parecer escandalizarse de su interrupción— doña Teresa de Ojeda; y la otra es doña Fausta, su hermana mayor, hijas de un auditor del Consejo de Castilla. Estoy enamorado de la mayor; procurad enamoraros de la menor. Mirad —añadió— se levantan y van a salir de la iglesia. Démonos prisa para verlas subir al coche: quizá el viento levante sus basquillas y veamos una hermosa pierna, o dos.

Don Juan estaba tan emocionado por la belleza de doña Teresa, que, sin prestar atención a la indecencia de ese lenguaje, siguió a don García hasta la puerta de la iglesia, y vio a las dos nobles señoritas subir a su coche y abandonar la plaza de la iglesia para entrar en una de las calles más frecuentadas. Cuando hubieron partido, don García, calándose el sombrero de través, exclamó alegremente:

—¡Preciosas chicas! ¡Que el diablo me lleve si la mayor no es mía antes de diez días! Y vos, ¿habéis adelantado mucho en vuestros asuntos con la segunda?

—¡Cómo!, ¿adelantado en mis asuntos? —respondió don Juan con aire ingenuo—, ¡pero si es la primera vez que la veo!

—¡Vaya una razón! —exclamó don García—. ¿Creéis acaso que hace mucho tiempo que conozco yo a Fausta? Sin embargo, hoy le he entregado una nota que ha aceptado con gusto.

—¿Una nota? ¡Yo no os he visto escribir!

—Siempre llevo escritos de todo tipo, y con tal de que no se les ponga ningún nombre, pueden servir para todas. Sólo hay que cuidar no emplear epítetos comprometedores sobre el color de los ojos o el pelo. En cuanto a los suspiros, lágrimas o juramentos, morenas o rubias, solteras o casadas, todas los creerán a pies juntillas.

Mientras hablaban, don Juan y don García llegaron a la puerta de la casa donde les esperaba la comida. Era comida de estudiantes, más copiosa que exquisita y variada: muchos guisotes cargados de especias, salazones, cosas todas que provocan sed. Por otra parte, había abundancia de vinos de la Mancha y de Andalucía. Algunos estudiantes, amigos de don García, esperaban su llegada. Se sentaron inmediatamente a la mesa, y durante algún tiempo no se oyó otro ruido que el de las mandíbulas y el de los vasos chocando con las botellas. Pronto, el vino puso alegres a los comensales, y la conversación empezó a animarse y se hizo de las más ruidosas. No se habló más que de duelos, amoríos

y bromas de estudiantes. Uno contaba cómo había engañado a su patrona marchándose la víspera del día que debía pagarle el alquiler. Otro había enviado a buscar a casa de un tabernero, algunos jarros de valdepeñas de parte de uno de los más graves profesores de teología, y había tenido la destreza de escamotear el vino, dejando al profesor el pago de la cuenta, si quería. Otro había apaleado a la ronda; el otro, por medio de una escala de cuerda, había entrado en casa de su amante, pese a las precauciones del celoso. En un principio, don Juan escuchaba con una especie de consternación el relato de todos aquellos desórdenes. Poco a poco, el vino que bebía y la alegría de los comensales desarmaron su timidez. Las historias que se contaban le hicieron reír, e incluso llegó a envidiar la reputación de que gozaban algunos por sus astucias y trampas. Empezó a olvidar los prudentes principios que había traído a la universidad, para admirar la regla de conducta de los estudiantes; regla sencilla y fácil de seguir, que consiste en permitírselo todo con los pillos, es decir, con toda la porción de la especie humana no matriculada en los registros de la universidad. El estudiante en medio de los pillos está como en país enemigo, y tiene derecho a actuar con ellos como los hebreos con los cananeos. Sólo que, teniendo el señor corregidor poco respeto a las santas leyes de la universidad, y no buscando sino ocasión de perjudicar a sus iniciados, debían estar unidos como hermanos, ayudarse mutuamente y, sobre todo, guardar un secreto inviolable.

Esta edificante conversación duró tanto como las botellas. Cuando éstas estuvieron vacías, todos los legistas se encontraban singularmente confusos, y cada cual experimentaba violentas ganas de dormir. El sol estaba aún en todo su apogeo, y se separaron para ir a echar la siesta; don Juan aceptó una cama en casa de don García. Apenas se hubo tendido en el catre, el cansancio y los vapores del vino lo sumieron en un profundo sueño. Durante mucho tiempo, sus sueños fueron tan extraños y confusos que no experimentaba otra sensación que la de un malestar vago, sin tener la percepción de una imagen o de una idea que pudiera causarlo. Poco a poco empezó a ver más claro en su sueño, si así puede decirse, y soñó algo coherente. Le parecía que se hallaba en una barca en un río más ancho y más turbio que el Guadalquivir en invierno. No tenía velas, ni remos, ni timón, y las orillas del río estaban desiertas. La barca era zarandeada de tal manera por la corriente, que por el malestar que experimentaba, se creyó en la desembocadura del Guadalquivir en el momento en que los habitantes de Sevilla que van a Cádiz empiezan a sentir las primeras manifestaciones del mareo. Pronto se encontró en una parte del río mucho más estrecha, de modo que fácilmente podía ver, e incluso hacerse oír, desde las dos orillas. Entonces

aparecieron simultáneamente, en las dos márgenes, dos figuras luminosas que se acercaron, cada una por su lado, como para prestarle socorrro. Primero volvió la cabeza a la derecha y vio a un anciano de rostro grave y austero, descalzo, sin más ropa que un burdo sayal. Parecía tenderle la mano a don Juan. A la izquierda, donde miró a continuación, vio a una mujer de estatura elevada y rostro noble y atractivo, que llevaba en la mano una corona de flores que le presentaba. Al mismo tiempo notó que su barca se dirigía a su albedrío, sin remos, por el solo deseo de su voluntad. Iba a desembarcar en el lado donde estaba la mujer, cuando un grito, surgido de la orilla derecha, le hizo volver la cabeza y acercarse a ese lado. El anciano tenía un aspecto aun más austero que antes. Todo lo que veía de su cuerpo estaba cubierto de magulladuras, lívido y cubierto de sangre coagulada. En una mano llevaba una corona de espinas, en la otra un látigo guarnecido de puntas de hierro. Ante aquel espectáculo, don Juan quedó sobrecogido de horror; volvió rápidamente a la orilla izquierda. La aparición que tanto le había gustado se encontraba aún allí; los cabellos de la mujer flotaban al viento, sus ojos estaban animados de un fuego sobrenatural, y en vez de la corona llevaba en la mano una espada. Don Juan se detuvo un instante antes de saltar a tierra, y entonces, mirando con más atención, vio que la hoja de la espada estaba teñida de sangre y que la mano de la ninfa estaba enrojecida también. Asustado, despertó sobresaltado. Al abrir los ojos, no pudo contener un grito al ver una espada desnuda que brillaba a dos pies de la cama. Pero no era ninguna bella ninfa la que la sostenía. Don García había ido a despertar a su amigo, y al ver cerca su lecho una espada de un tallado curioso, la examinaba con aire de buen conocedor. En la hoja figuraba esta inscripción: «Guarda lealtad». Y el puño, como ya hemos dicho, llevaba el escudo, el nombre y la divisa de los Mañara.

—Tenéis una hermosa espada, compañero, —dijo don García—. Debéis haber descansado bastante. Ya es de noche, vamos a pasear un rato; y cuando la gente honrada de esta ciudad se haya retirado a su casa, iremos, si os place, a darles una serenata a nuestras divinidades.

Don Juan y don García pasearon algún tiempo por la orilla del Tormes, mirando pasar a las mujeres que iban a tomar el fresco o a galantear con sus enamorados. Poco a poco los transeúntes fueron disminuyendo, hasta que desaparecieron por completo.

—He aquí el momento, —dijo don García— he aquí el momento en que la ciudad pertenece a los estudiantes. Los pillos no se atreverán ahora a molestarnos en nuestras inocentes distracciones. En cuanto a la ronda, si por

casualidad tuviésemos cualquier lance con ella, no necesito deciros que es una gentuza con la que no hay que tener miramientos. Pero si los bellacos fuesen demasiado numerosos, y hubiese necesidad de usar las piernas, no os inquietéis: conozco todos los rodeos y no tenéis más que seguirme, y estad seguro de que todo irá bien.

Mientras hablaba, se echó la capa sobre el hombro izquierdo con el fin de taparse la mayor parte del rostro, pero dejando libre el brazo derecho. Don Juan hizo otro tanto, y los dos se dirigieron hacia la calle donde vivían doña Fausta y su hermana. Al pasar por delante del pórtico de una iglesia, don García silbó, y apareció su paje con una guitarra en la mano. Don García la tomó y lo despidió.

—Ya veo, —dijo don Juan entrando en la calle de Valladolid— veo que queréis emplearme en proteger vuestra serenata; estad seguro de que actuaré de modo que merezca vuestra aprobación. ¡Sevilla, mi patria, renegaría de mí si no supiese guardar una calle contra los inoportunos!

—No pretendo poneros de centinela, —respondió don García—. Yo tengo aquí mis amores, pero vos también tenéis los vuestros. A cada cual su presa ¡Silencio! ésta es la casa. Vos ante esa celosía, y yo ante ésta, y alerta.

Don García, después de haber templado su guitarra, se puso a cantar con voz bastante agradable un romance en el que, como de costumbre, se hablaba de lágrimas, de suspiros y de todo lo que sigue. No sé si él era el autor.

A la tercera o cuarta seguidilla se abrieron suavemente las celosías de dos ventanas y se oyó una tosecilla. Esto quería decir que alguien escuchaba. Dicen que los músicos no tocan nunca cuando se les pide o se les escucha. Don García dejó la guitarra en un poste, y entabló conversación en voz baja con una de las mujeres que lo escuchaban.

Don Juan, al levantar los ojos, vio en la ventana por encima de él, a una mujer que parecía mirarlo atentamente. No dudaba de que fuera la hermana de doña Fausta, que su gusto y la elección de su amigo le adjudicaban por dama de sus pensamientos. Pero aún era tímido, sin experiencia, y no sabía por dónde comenzar. De pronto un pañuelo cayó de la ventana, y una dulce vocecita exclamó: «¡Ay, Jesús! ¡se me ha caído el pañuelo!» Don Juan lo recogió al instante, lo colocó en la punta de su espada y lo llevó a la altura de la ventana. Era una manera de entrar en materia. La voz comenzó por darle las gracias, luego preguntó si el caballero que tanta cortesía demostraba había estado por la mañana en la iglesia de San Pedro. Don Juan respondió que había estado allí y allí había perdido el reposo. «¿Cómo?…— Al veros.» El hielo se había roto. Don Juan era de Sevilla y se sabía de memoria todos los romances moriscos,

cuya lengua amorosa es tan rica. No podía dejar de ser elocuente. La conversación duró cerca de una hora. Por fin Teresa dijo que oía a su padre y que tenían que retirarse. Los dos galanes no abandonaron la calle hasta haber visto dos pequeñas manos blancas salir de las celosías y echarles a cada uno una rama de jazmín. Don Juan fue a acostarse con la cabeza llena de imágenes deliciosas. Por lo que respecta a don García, entró en una taberna, donde pasó el resto de la noche.

Al día siguiente, los suspiros y las serenatas volvieron a empezar. Lo mismo sucedió las noches siguientes. Después de una resistencia adecuada, las dos damas consistieron en dar y recibir rizos de cabellos, operación que se hizo por medio de un hilo que bajó y subió con las prendas intercambiadas. Don García, que no era hombre que se contentase con bagatelas, habló de una escala de cuerda o bien de copias de llaves; pero se le consideró osado, y su proposición fue, si no rechazada, al menos aplazada indefinidamente.

Desde hacía aproximadamente un mes, don Juan y don García arrullaban bastante inútilmente bajo las ventanas de sus enamoradas. Una noche muy oscura, estaban haciendo su centinela ordinaria, y la conversación duraba hacía algún rato con satisfacción de los interlocutores, cuando por el extremo de la calle aparecieron siete u ocho hombres con capas, la mitad de los cuales llevaban instrumentos de música.

—¡Santo Cielo! —exclamó Teresa— ¡ahí viene don Cristóbal a darnos una serenata! ¡Alejaos por el amor de Dios, o sucederá alguna desgracia!

—No cedemos a nadie tan buen sitio, —exclamó don García; y levantando la voz—: Caballero, —dijo al que iba el primero—, este sitio está ocupado, y a esas damas no les importa vuestra serenata; así que, por favor, buscad mejor fortuna en otro lugar.

—¡Uno de esos faquines de estudiantes es quien pretende impedirnos el paso! —exclamó don Cristóbal—. Voy a enseñarle lo que cuesta dirigirse a mis amores. Diciendo estas palabras, sacó la espada. Al mismo tiempo brillaron fuera de la vaina las dos de sus compañeros. Don García, con presteza admirable, enrollándose la capa alrededor del brazo, blandió su arma y exclamó: «¡A mí los estudiantes!» Pero no había ni uno solo por los alrededores. Los músicos, temiendo sin duda ver hechos añicos sus instrumentos en la pelea, emprendieron la huida, clamando a la justicia, mientras las dos mujeres, en la ventana, invocaban en su auxilio a todos los santos del cielo.

Don Juan, que se encontraba debajo de la ventana más próxima a don Cristobal, tuvo primero que defenderse de él. Su adversario era diestro, y

además, llevaba en la mano izquierda una tarja de hierro de la que se servía para parar, mientras que don Juan sólo tenía su espada y su capa. Vivamente acosado por don Cristóbal, recordó muy a propósito una estocada del señor Uberti, su maestro de armas. Se dejó caer sobre la mano izquierda, y con la derecha, deslizando su espada bajo la tarja de don Cristóbal, se la hundió entre las costillas con tanta fuerza que el arma se rompió después de haber penetrado más de un palmo. Don Cristóbal exhaló un grito y cayó bañado en su propia sangre. Durante esta operación, que duró menos de hacer que de contar, don García se defendió con éxito de sus dos adversarios que, apenas vieron a su jefe en tierra, pusieron pies en polvorosa.

—¡Huyamos ahora! —dijo don García—; no es momento de divertirse. ¡Adiós, hermosas! Y arrastró consigo a don Juan, completamente sorprendido por su proeza. A veinte pasos de la casa, don García se detuvo para preguntar a su compañero qué había hecho de su espada.

—¿Mi espada? —dijo don Juan, dándose cuenta en ese momento de que no la llevaba ya en la mano— No sé…, probablemente la habré dejado caer.

—¡Maldición! —exclamó don García— ¡y lleva vuestro nombre grabado en la empuñadura!

En aquel momento se vio salir de las casas vecinas a hombres con antorchas, que se apresuraban a rodear al moribundo. Por el otro extremo de la calle un tropel de hombres armados avanzaba rápidamente. Era, evidentemente, una ronda atraída por los gritos de los músicos y el ruido del combate.

Don García, bajándose el sombrero sobre los ojos y cubriéndose con la capa la parte inferior de la cara para no ser reconocido, se lanzó, a pesar del peligro, en medio de todos aquellos hombres reunidos, esperando encontrar aquella espada que, indudablemente, habría ayudado a descubrir al culpable. Don Juan lo vio golpear a derecha e izquierda, apagando las antorchas y tumbando todo lo que encontraba a su paso. Pronto reapareció corriendo con todas sus fuerzas y llevando una espada en cada mano: toda la ronda lo perseguía.

—¡Ah! don García, —exclamó don Juan, cogiendo la espada que le alargaba —, ¡cuántas gracias os debo!

—¡Huyamos! ¡Huyamos! —exclamó García—. Seguidme y si alguno de esos bellacos os acosa demasiado cerca, pinchadle como habéis hecho con el otro.

Los dos echaron a correr entonces con toda la rapidez que podía prestarle su vigor natural, aumentado por el miedo al señor corregidor, magistrado que

pasaba por ser más terrible para los estudiantes que para los ladrones.

Don García, que conocía Salamanca como su Deus det, era muy hábil en volver rápidamente las esquinas y perderse por las callejuelas, mientras que a su compañero, más novato, le costaba gran esfuerzo seguirlo. Empezaba a faltarles el aliento, cuan-do al extremo de una calle encontraron un grupo de estudiantes que se paseaban can-tando y tocando la guitarra. Tan pronto como aquéllos se dieron cuenta de que dos de sus compañeros eran perseguidos, cogieron piedras, palos y todas las armas posibles. Los corchetes, oficiales encargados de detener a los delincuentes, sin resuello, no juzgaron oportuno entablar una escaramuza. Se retiraron prudentemente, y los dos culpables fueron a refugiarse y a descansar un instante en una iglesia vecina.

En el atrio, don Juan quiso envainar su espada, no considerando correcto ni cristiano entrar en la casa de Dios con un arma en la mano. Pero la vaina se resistía, la hoja no entraba sino con gran trabajo; en una palabra, reconoció que la espada que traía no era la suya: don García, en su precipitación, había cogido la primera espada que encontró en el suelo, y era la del muerto o la de alguno de sus acólitos. El caso era grave; don Juan se lo advirtió a su amigo, a quien se había acostumbrado a tener por hombre de buen consejo.

Don García frunció el ceño, se mordió los labios, retorció los bordes de su sombrero, y dio algunos pasos, mientras que don Juan, aturdido por el desagradable descubrimiento que acababa de hacer, era presa de inquietud como de remordimientos. Al cabo de un cuarto de hora de reflexión, durante el cual don García tuvo el buen gusto de no decir ni una sola vez: «¿Por qué dejasteis caer vuestra espada?», éste cogió del brazo a don Juan y le dijo: «Venid: yo me encargo de este asunto.»

En aquel momento un cura salía de la sacristía de la iglesia y se disponía a irse a la calle; don García lo detuvo.

—¿No es al erudito licenciado Gómez a quien tengo el honor de hablar? —dijo, inclinándose profundamente.

—No soy aún licenciado —respondió el cura, evidentemente halagado de pasar por licenciado—. Me llamo Manuel Tordoya, a vuestro servicio.

—Padre —dijo don García— sois precisamente la persona con quien deseaba hablar; se trata de un caso de conciencia, y si la fama no me ha engañado, sois autor del famoso tratado De casibus conscientiae, que tanto ruido ha hecho en Madrid.

El cura, dejándose llevar del pecado de vanidad, respondió titubeante que no

era el autor de ese libro (el cual, a decir verdad, no había existido nunca), pero que se había ocupado mucho de tales materias. Don García, que tenía sus motivos para no escucharlo, prosiguió: «He aquí, padre, en pocas palabras, el asunto sobre el que deseaba consultaros. Un amigo mío, hoy mismo, hace menos de una hora, ha sido abordado en la calle por un hombre que le ha dicho: «Caballero, voy a batirme a dos pasos de aquí, mi adversario tiene una espada más larga que la mía; hacedme el favor de prestarme la vuestra para que las armas sean iguales.» Y mi amigo ha cambiado de espada con él. Espera algún tiempo en la esquina a que terminase el lance. No oyendo ya el ruido de las espadas, se acerca, y ¿qué ve? un hombre muerto, atravesado por la misma espada que acababa de prestar. Desde ese momento está desesperado, se reprocha su complacencia y teme haber cometido un pecado mortal. Yo procuro tranquilizarlo; creo que el pecado es venial, pues si no hubiese prestado su espada, habría sido causa de que dos hombres se batiesen con armas desiguales. ¿Qué pensáis de eso, padre? ¿no opináis como yo?»

El cura, que era aprendiz de casuista, enderezó las orejas al oír aquella historia y se rascó la frente como hombre que busca una cita. Don Juan no sabía adónde quería ir a parar don García, pero no añadió nada temiendo cometer alguna torpeza.

—Padre, —prosiguió don García— la cuestión es muy ardua, puesto que un gran sabio como vos titubea en resolverla. Mañana, si vos lo permitid, volveremos para saber vuestro opinión. Mientras tanto, aceptad, os ruego, decir o mandar decir algunas misas en sufragio del alma del difunto.» Diciendo esto, puso dos o tres ducados en la mano del cura, lo cual acabó de disponerlo favorablemente hacia unos jóvenes tan devotos, tan escrupulosos y sobre todo, tan generosos. Les aseguró que al día siguiente, en el mismo sitio, les daría su opinión por escrito. Don García fue pródigo en dar las gracias; después añadió en tono desenvuelto, y como observación de poca importancia: «¡Con tal que de la justicia no nos haga ahora responsables de esa muerte! Confiamos en vos para reconciliarnos con Dios.

—Por lo que respecta a la justicia —dijo— no tenéis nada que temer. Vuestro amigo no ha hecho más que prestar la espada, luego no es legalmente cómplice.

—Sí, padre; pero el homicida se ha dado a la fuga. Examinarán la herida y encontrarán quizá la espada ensangrentada… ¡qué sé yo! La gente de la curia es terrible, según dicen.

—Pero —dijo— ¿vos habéis sido testigo de que la espada ha sido prestada?

—Por supuesto —dijo don García—; lo afirmaría ante de todos los tribunales

del reino. Además —prosiguió con el tono más insinuante— vos estaréis ahí, padre, para dar testimonio de la verdad. Nos hemos presentado a vos antes de que el asunto fuese conocido para pediros consejos espirituales. Hasta podríais atestiguar el cambio… Ésta es la prueba.» Y cogió la espada de don Juan. «¡Ved esta espada, —dijo— qué aspecto tiene en esa vaina!»

El cura inclinó la cabeza como hombre convencido de la verdad de la historia que le contaban. Sopesaba, sin hablar, los ducados que tenía en la mano, y encontraba siempre en ellos un argumento sin réplica en favor de los dos jóvenes.

—Después de todo, padre —dijo don García en tono muy devoto— ¿qué nos importa la justicia? Con el Cielo es con el que queremos reconciliarnos.

—Hasta mañana, hijos míos —dijo el sacerdote retirándose.

—Hasta mañana —contestó don García—; le besamos las manos y contamos con vos.

Tan pronto como salió el sacerdote, don García dio un salto de alegría, exclamando: «¡Viva la simonía! estamos en una situación inmejorable, espero. Si la justicia os causa problemas, ese buen padre, por los ducados que ha recibido y por los que espera obtener de nosotros, está pronto a atestiguar que somos tan ajenos a la muerte del caballero que acabáis de enviar al otro mundo como un niño recién nacido. Ahora volveos a casa, estad alerta y no abráis la puerta sino a quien conozcáis; yo voy, mientras tanto, a recorrer la ciudad para buscar noticias.»

Don Juan, de nuevo en su cuarto, se echó vestido sobre la cama. Pasó la noche sin dormir, no pensando sino en el homicidio que acababa de cometer, y sobre todo, en sus consecuencias. Cada vez que oía ruido de pasos en la calle, se imaginaba que la justicia venía a detenerlo. Sin embargo, como estaba fatigado y sentía pesadez de cabeza a consecuencia de la comida de estudiantes a la que había asistido, se durmió en el momento en que salía el sol.

Descansaba desde hacía algunas horas, cuando su criado lo despertó diciéndole que una dama tapada deseaba hablar con él. En ese instante entró en el cuarto una mujer. Iba envuelta de pies a cabeza en un gran manto negro que no le dejaba al descubierto sino un ojo. Aquel ojo se volvió hacia el criado y después hacia don Juan, como para pedir que le permitiera hablar sin testigos. El criado salió inmediatamente. La dama se sentó, mirando a don Juan con la mayor atención. Después de un momento de silencio comenzó a hablarle de esta manera:

—Señor caballero, mi presencia debe sorprenderos, y quizá os forméis de mí una mediocre opinión; pero si se conociesen los motivos que aquí me traen, sin duda no me censurarían. Ayer os peleasteis con un caballero de esta ciudad…

—¿Yo, señora? —exclamó don Juan palideciendo—; no salí de este cuarto…

—Es inútil fingir conmigo, y debo daros ejemplo de franqueza. —Diciendo esto, retiró su manto, y don Juan reconoció a doña Teresa—. Señor don Juan, —prosiguió ella ruborizándose— debo confesaros que vuestra bravura me hizo interesarme por vos al máximo. Noté, a pesar de la turbación en que me encontraba, que vuestra espada se había roto y que la habíais arrojado al suelo cerca de nuestra puerta. En el momento en que acudían todos en torno al herido, bajé y recogí el puño de esa espada. Al mirarlo, leí vuestro nombre, y comprendí a qué peligro os expondríais si cayera en manos de vuestros enemigos. Aquí lo tenéis, y estoy feliz de poder devolvéroslo.

Como era previsible, don Juan cayó a sus pies, y le dijo que le debía la vida, pero que su presente era inútil, puesto que iba a hacerle morir de amor. Doña Teresa tenía prisa y quería retirarse al momento; sin embargo, escuchaba a don Juan con tanto gusto que no podía decidirse a marcharse. Así transcurrió una hora aproximadamente, llena de juramentos de amor eterno, de besos en las manos, súplicas de una parte, débiles rechazos de otra. Don García, que entró de improviso, interrumpió la entrevista. No era hombre que se escandalizara. Su primera preocupación fue tranquilizar a doña Teresa. Elogió mucho su valor, su presencia de ánimo, y acabó por rogarle que mediara ante su hermana para que ésta le dispensase una acogida más humana. Doña Teresa prometió todo lo que él quiso, se cubrió cuidadosamente con su manto y se marchó después de prometer que aquella misma noche se encontraría de paseo con su hermana en un lugar que indicó.

—Nuestros asuntos marchan bien, —dijo don García cuando los dos jóvenes se quedaron solos—. Nadie sospecha de nosotros. El corregidor, que no me desea ningún bien, me había dispensado al principio el honor de pensar en mí. Decía que estaba persuadido de que era yo quien había matado a don Cristóbal. ¿Sabéis lo que le ha hecho cambiar de opinión? que le han dicho que yo había pasado la noche entera con vos; y vos, querido amigo, tenéis tal reputación de santidad, que tenéis para revender a los demás. Sea como fuere, lo cierto es que nadie piensa en nosotros. La travesura de esta valiente Teresa nos tranquiliza para el porvenir: por lo tanto, no pensemos más en ello, pensemos sólo en divertirnos.

—¡Ah, don García!, —exclamó tristemente don Juan— ¡es algo muy triste

matar a uno de nuestros semejantes!

—Hay algo más triste aún, —respondió don García— es que uno de nuestros semejantes nos mate, y una tercera cosa que supera a las dos anteriores en tristeza, un día sin comer. Por eso os invito hoy a comer con algunos granujas, que estarán encantados de veros. Diciendo esto, se marchó.

El amor proporcionaba ya una poderosa diversión a los remordimientos de nuestro protagonista. La vanidad acabó de asfixiarlos. Los estudiantes con quienes comió en casa de don García habían sabido de su boca quién era el verdadero homicida de don Cristóbal. Este Cristóbal era un caballero famoso por su valor y por su destreza, temido por los estudiantes; por lo que su muerte no podía sino causarles alegría, y su feliz adversario se vio colmado de felicitaciones. Según ellos, él era el honor, la flor, el brazo de la universidad. Se brindó a su salud con entusiasmo, y un estudiante de Murcia improvisó un soneto en su honor, en el que se le comparaba al Cid y a Bernardo del Carpio. Al levantarse de la mesa, don Juan sentía aún cierto peso en el corazón; pero, aunque hubiese estado en su poder resucitar a don Cristóbal, es dudoso que lo hubiera hecho por temor a perder la consideración y la fama que esa muerte le había proporcionado en toda la universidad de Salamanca.

Llegada la noche, fueron puntuales por ambas partes a la cita, que tuvo lugar a orillas del Tormes. Doña Teresa cogió la mano de don Juan (aún no se daba el brazo a las mujeres), y doña Fausta la de don García. Después de dar algunas vueltas, las dos parejas se separaron muy contentas, con la promesa de no dejar escapar una sola ocasión de volver a verse.

Después de haber dejado a las dos hermanas, encontraron a algunas gitanas que bailaban con panderetas en medio de un grupo de estudiantes. Se mezclaron con ellos. Las bailaoras le gustaron a don García, que decidió llevarlas a cenar. La proposición fue inmediatamente formulada y aceptada. En calidad de fidus Achates, don Juan formaba parte del grupo. Picado porque una de las gitanas le dijo que parecía un novicio, intentó hacer todo lo posible para demostrar que aquel mote no le cuadraba: blasfemó, bailó, jugó y bebió tanto él solo como hubiesen podido hacerlo dos estudiantes de segundo.

Tuvieron que esforzarse mucho para llevarlo a su casa después de medianoche, algo más que borracho y en tal estado de excitación, que quería prender fuego a Salamanca y beberse todo el Tormes para que no pudiesen apagar el incendio.

Así perdía don Juan, una tras otra, todas las buenas cualidades que la naturaleza y la educación le habían proporcionado. Al cabo de tres meses de

permanencia en Salamanca, bajo la dirección de don García, había seducido completamente a la pobre Teresa; su compañero, por su parte, había conseguido lo mismo ocho o diez días antes. Primero don Juan amó a su amante con todo el amor que un joven de su edad tiene por la primera mujer que se entrega a él; pero don García le demostró, sin gran esfuerzo, que la constancia es una virtud quimérica; además, que si se portaba de distinto modo que sus compañeros en las orgías universitarias, sería causa de que padeciese la reputación de doña Teresa. «Pues —decía— no hay nada más que un amor muy violento y satisfecho que se contente con una sola mujer.» Además, las malas compañías en que andaba don Juan no le dejaban un momento de reposo. Apenas asistía a las clases, o bien, debilitado por las vigilias y las juergas, se dormía en las doctas lecciones de los más ilustres profesores. En cambio, era siempre el primero y el último en el paseo; y por lo que respecta a sus noches, pasaba regularmente en la taberna o en sitios peores las noches que doña Teresa no podía dedicarle.

Una mañana recibió una nota de esta dama expresándole su pesar por no poder acudir a una cita prometida para aquella noche. Acababa de llegar a Salamanca una vieja parienta y le habían dado el cuarto de Teresa, que debía dormir en el de su madre. Aquel contratiempo sólo afectó medianamente a don Juan, que encontró la forma de ocupar la noche. Cuando salía a la calle, preocupado de sus planes, una mujer tapada le entregó una carta; era de doña Teresa. Había encontrado la forma de ocupar otro cuarto y lo había arreglado todo con su hermana para la cita. Don Juan enseñó la carta a don García. Dudaron un rato, hasta que, por fin, maquinalmente y como por costumbre, escalaron el balcón de sus amantes.

Doña Teresa tenía en el pecho una señal bastante visible. Don Juan consideró como un inmenso favor el primer día que tuvo permiso para mirarla. Durante algún tiempo, continuó pensando que era lo más encantador del mundo. Unas veces la comparaba a una violeta, otras a una anémona, otras a la flor de la alfalfa. Pero pronto esa señal, que era realmente muy bonita, dejó de parecerlo a causa de la saciedad. «Es una gran mancha negra, eso es todo, se decía suspirando. Es una lástima que se encuentre en ese lugar. ¡Pardiez, es que se parece a una mancha lardácea. ¡Que el diablo se lleve la dichosa señal!» Un día incluso le preguntó a Teresa si no había consultado a algún médico para conocer la forma de hacerla desaparecer. A lo que la pobre chica respondió, enrojeciendo hasta el blanco de los ojos, que ningún hombre, excepto él, había visto esa mancha, y que además, su nodriza acostumbraba a decirle que tales señales traen buena suerte.

La noche a la que me refiero, don Juan, había venido a la cita de bastante mal humor, y cuando volvió a ver la señal en questión le pareció más grande que otras veces. «¡Pardiez, es la representación de una rata gorda, se dijo mirándola. A decir verdad, es una monstruosidad! Es un signo de reprobación como el que marcaba a Caín. Hay que llevar el diablo en el cuerpo para convertir a una mujer semejante en su amante.» Estuvo desagradable hasta el extremo. Discutió sin motivos con la pobre Teresa, la hizo llorar y la dejó hacia el amanecer sin querer besarla. Don García, que salió con él, anduvo durante un rato sin hablar; luego, deteniéndose de pronto:

—Convenid, don Juan —le dijo— en que nos hemos aburrido en grande esta noche. Estoy harto, y tengo ganas de enviar de una buena vez al diablo a mi princesa.

—No tenéis razón —dijo don Juan—; Fausta es una persona encantadora, blanca como un cisne, y siempre de buen humor. Y además ¡os ama tanto! De verdad, sois muy afortunado.

—Blanca, de acuerdo; admito que es blanca; pero no tiene color, y al lado de su hermana parece un buho en comparación con una paloma. Vos sois el afortunado.

—Tal vez —respondió don Juan—. La joven es bastante gentil, pero es una chiquilla. No se puede hablar razonablemente con ella. Tiene la cabeza llena de libros de caballería, se ha formado sobre el amor las ideas más extravagantes. No podéis haceros una idea de sus exigencias.

—Es que sois muy joven, don Juan, y no sabéis domesticar a vuestras amantes. Una mujer, ¿sabéis?, es como un caballo: si le dejáis tomar malas costumbres, si no la persuadís de que no le perdonaréis ningún capricho, jamás podréis sacar nada de ella.

—Decidme don García, ¿tratáis a vuestras amantes como a vuestros caballos? ¿Empleáis con frecuencia la vara para corregirle los caprichos?

—Rara vez; soy demasiado bueno. Mirad, ¿queréis cederme vuestra Teresa? os prometo que al cabo de quince días estará más suave que un guante. Os ofrezco a Fausta, a cambio. ¿Aceptáis?

—El intercambio sería muy de mi agrado, —dijo don Juan sonriendo— si esas damas consintieran a su vez. Pero doña Fausta no querrá cederos nunca. Perdería demasiado en el cambio.

—Sois demasiado modesto; pero tranquilizaos. La hice rabiar tanto ayer, que el primero que se presentara le parecería, comparado conmigo, como un ángel de

luz para un condenado. ¿Sabéis don Juan —prosiguió don García— que hablo en serio? Y don Juan se rio a carcajadas de la seriedad con que su amigo decía aquellas extravagancias.

Esta edificante conversación fue interrumpida por la llegada de muchos estudiantes, que dieron otro curso a sus ideas. Pero, cuando llegó noche, sentados los dos amigos ante una botella de vino de Montilla acompañado de una cestita de bellotas de Valencia, don García volvió a quejarse de su amante. Acababa de recibir una carta de Fausta, llena de tiernas expresiones y de dulces reproches, en medio de los cuales se deja ver su espíritu juguetón y su costumbre de encontrar el lado ridículo de cada cosa.

—Mirad —dijo don García entregando la carta a don Juan y bostezando de un modo exagerado—: leed este hermoso fragmento. ¡Otra cita para esta noche!, pero que el diablo me lleve si voy.

Don Juan leyó la carta, que le pareció encantadora.

—En verdad, —dijo— si yo tuviese una amante como la vuestra, todo mi anhelo sería hacerla dichosa.

—Tomadla, pues, querido —exclamó don García—; tomadla: daos ese gusto. Os cedo mis derechos. Hagamos más, —añadió levantándose, como iluminado por una súbita inspiración—; juguémonos las amantes. Aquí está la baraja. Echemos una partida de hombre. Doña Fausta es mi puesta; apostad vos a doña Teresa.

Don Juan, riendo hasta saltársele las lágrimas de la locura de su compañero, tomó las cartas y las barajó. Aunque no prestó casi ninguna atención a su juego, ganó. Don García, sin parecer muy apesadumbrado por perder la partida, pidió con qué escribir y extendió una especie de carta-vale, librado sobre doña Fausta, a la cual requería para se pusiese a disposición del portador, lo mismo que si hubiera escrito a su administrador para que abonara cien ducados a alguno de sus acreedores.

Don Juan, riendo aún, le ofreció el desquite a don García. Pero este rehusó. «Si tenéis valor, —le dijo— tomad mi capa e id a la puertecilla que conocéis. Sólo encontraréis a Fausta, puesto que Teresa no os espera. Seguidla sin decir palabra; una vez en su cuarto, puede que sienta un momento de sorpresa y hasta que derrame una lágrima o dos; pero que eso no os detenga. Estad seguro de que no se atreverá a gritar. Enseñadle entonces mi carta; decidle que soy un horrible criminal, un monstruo; todo lo que queráis; que tiene una venganza fácil e

inmediata, y esa venganza, estad persuadido de que la encontrará muy dulce.»

A cada una de las palabras de don García, el diablo entraba un poco más adentro en el corazón de don Juan, y le decía que lo que hasta entonces había considerado como una broma sin objetivo, podía terminar de la manera más agradable posible para él. Dejó de reír y comenzó a subírsele a la frente el rubor del placer.

—Si estuviera seguro —dijo— de que Fausta aceptará ese cambio…

—¡Sí lo aceptará!, —exclamó el libertino—. ¿Qué novato sois, amigo mío, para pensar que una mujer pueda dudar entre un amante de seis meses y otro de un día? ¡Id! mañana me lo agradeceréis los dos, no tengo dudas, la única recompensa que os pido, es que me permitáis cortejar a Teresita para compensarme. —Luego, viendo que don Juan no estaba del todo convencido, le dijo—: Decidíos pues por mi parte no quiero saber nada de Fausta esta noche; si vos no la queréis, le doy esta carta al gordo Fadrique, y será él quien obtenga esa ganga.

—¡Pardiez, que pase lo que tenga que pasar! —exclamó don Juan, agarrando la carta; y para darse ánimo se bebió de un trago un gran vaso de vino de Montilla.

Se acercaba la hora. Don Juan, retenido aún por un resto de conciencia, bebía copa tras copa para aturdirse. Por fin sonó el reloj. Don García echó la capa sobre los hombros de don Juan y lo condujo hasta la puerta de su amante; luego, habiendo hecho la señal convenida, le deseó una buena noche y se alejó sin el menor remordimiento por la mala acción que acababa de cometer.

La puerta se abrió inmediatamente. Doña Fausta esperaba desde hacía un rato.

—¿Sois vos, don García? —preguntó en voz baja.

—Sí, —respondió don Juan, más bajo aún, con el rostro oculto bajo el embozo de su amplia capa. Entró, y una vez que la puerta se cerró, don Juan comenzó a subir una escalera oscura con su guía.

—Cogeos a la punta de mi mantilla, —dijo ella— y seguidme lo más suavemente que podáis.

En pocos instantes se encontró en la habitación de Fausta. Una sola lámpara producía una mediocre claridad. Primero don Juan, sin quitarse aún ni la capa ni el sombrero, se mantuvo de pie, de espaldas a la puerta, sin osar descubrirse. Doña Fausta lo miró unos minutos sin hablar; luego, de golpe, se dirigió hacia él tendiéndole los brazos. Don Juan, dejando caer su capa, imitó el gesto.

—¡Cómo! Sois vos, don Juan —exclamó—. ¿Está enfermo don García?

—¿Enfermo? No —dijo—… Pero no puede venir. Me ha enviado junto a vos.

—¡Cuánto lo siento! Pero, decidme, ¿no será porque otra mujer le impide venir?

—¿Sabéis, pues, que es muy libertino?…

—¡Qué contenta va a ponerse mi hermana al veros! La pobre niña creía que no vendríais hoy… Déjeme pasar, voy a avisarla.

—Es inútil.

—Tenéis hoy un aire muy extraño, don Juan… Tenéis alguna mala noticia que darme… Hablad, ¿le ha ocurrido alguna desgracia a don García?

Para ahorrarse una respuesta embarazosa, don Juan entregó a la pobre joven el infame escrito de don García. Ella lo leyó precipitadamente, y al principio no lo comprendió. Lo volvió a leer y no podía dar crédito a lo que veía. Don Juan la observaba con atención, y la vió sucesivamente enjugarse la frente, restregarse los ojos; sus labios temblaban, su rostro se cubría de una palidez mortal y se veía obligada a sostener con las dos manos el papel para que no se le cayera al suelo. Por fin, levantándose con un esfuerzo desesperado, exclamó: «¡Todo eso es falso! ¡es una horrible falsedad! ¡Don García no ha escrito esto!»

Don Juan contestó: «Vos conocéis su letra. Él ignoraba el valor del tesoro que poseía… y yo he aceptado porque os adoro.»

Ella le lanzó una mirada llena del más profundo desprecio, y se puso a leer de nuevo la carta con la atención de un abogado que sospecha una falsificación en un acta. Sus ojos estaban desmesuradamente abiertos y clavados en el papel. De vez en cuando una gruesa lágrima se escapaba de ellos sin que la joven moviera los párpados, y se deslizaba por sus mejillas. De pronto, sonrió con una sonrisa de loca y exclamó: «Es una broma, ¿verdad? ¿Es una broma? don García está ahí… va a venir…

—No es ninguna broma, doña Fausta. No hay nada más cierto que el amor que siento por vos. Sería muy desgraciado si no me creyerais.

—¡Miserable! —exclamó doña Fausta—; pero si estás diciendo la verdad, eres más criminal aún que don García.

—El amor lo excusa todo, bella Faustita. Don García os abandona; tomadme a mí para que os consuele. Veo pintados sobre ese cuadro a Baco y Ariadna; permitidme ser vuestro Baco.

Sin responder palabra, cogió un cuchillo de la mesa y avanzó hacia don Juan,

teniéndolo levantado por encima de su cabeza. Pero él había visto el movimiento; le agarró el brazo, la desarmó fácilmente, y, creyéndose autorizado para castigarla por aquel comienzo de hostilidades, la abrazó tres o cuatro veces, y quiso llevarla hacia un pequeño lecho de reposo. Doña Fausta era una mujer débil y delicada; pero la cólera le daba fuerzas y resistía a don Juan, agarrándose a los muebles, defendiéndose con las manos, los pies y los dientes. En un primer momento, don Juan había recibido algunos golpes sonriendo, pero pronto la cólera fue tan fuerte como el amor. Apretó con fuerza a Fausta sin temor a herir su delicada piel. Era un luchador irritado que quería, a cualquier precio, triunfar de su adversario, dispuesto a asfixiarlo si era necesario, con tal de vencerlo. Fausta echó mano del último recurso que le quedaba. Hasta ese momento, un sentimiento de pudor femenino le había impedido llamar pidiendo ayuda; pero, viéndose a punto de caer vencida, hizo resonar la casa con sus gritos.

Don Juan comprendió que ya no se trataba de poseer a la víctima, sino que debía pensar ante todo en su seguridad. Quiso empujar a Fausta y alcanzar la puerta, pero ella lo tenía cogido por la ropa y no lo soltaba. Al mismo tiempo se oía el ruido alarmante de puertas que se abrían, de pasos y voces de hombres que se acercaban, y no había un instante que perder. Hizo un esfuerzo para empujar lejos de él a doña Fausta; pero ella lo había agarrado con tanta fuerza por la ropa, que giró sobre sí mismo con ella sin conseguir otra cosa que cambiar de posición. Fausta estaba entonces junto a la puerta que se abría hacia dentro. Continuaba con sus gritos. En ese instante, se abre la puerta, y aparece un hombre llevando un arcabuz en la mano. Deja escapar una exclamación de sorpresa, y al instante se produce una detonación. La lámpara se apagó, y don Juan sintió que las manos de doña Fausta lo soltaban y que por las suyas corría algo caliente y líquido. Ella cayó o más bien, se deslizó sobre el pavimento, la bala acababa de fracturarle la columna vertebral; su padre la había matado, en vez de matar a su raptor. Don Juan, sintiéndose libre, se lanzó hacia la escalera en medio de la humareda del arcabuz. Primero recibió un culatazo del padre y un espadazo de un lacayo que le seguía. Pero ni uno ni otro le causaron mucho daño. Con la espada en la mano, trató de abrirse paso y de apagar la antorcha que llevaba el lacayo. Asustado por su resolución, éste se echó hacia atrás. Don Alonso de Ojeda, hombre ardiente e intrépido, se precipitó sobre don Juan sin vacilar: éste paró algunos golpes, y sin duda no tenía al principio más intención que defenderse; pero la costumbre de la esgrima hace que una respuesta, después de una parada, no sea más que un movimiento maquinal y casi involuntario. Al cabo de un instante, el padre de doña Fausta lanzó un gran suspiro y cayó

mortalmente herido. Don Juan, hallando libre el paso, se lanzó como una flecha hacia la escalera, de allí a la puerta, y en un abrir y cerrar de ojos se vió en la calle, sin que le persiguiesen los criados, que se apresuraban a socorrer a su amo agonizante. Doña Teresa, que había acudido al oír el arcabuzazo, vio aquella horrible escena y cayó desmayada al lado de su padre. No conocía aún más que la mitad de su desgracia.

Don García acababa de apurar la última botella de Montilla cuando don Juan, pálido, cubierto de sangre, con los ojos extraviados, desgarrado el jubón y saliéndole la gola medio pie de sus límites ordinarios, entró precipitadamente en su cuarto y se dejó caer jadeante en un sillón, sin poder hablar. El otro comprendió al instante que algún accidente grave acababa de ocurrir. Dejó a don Juan respirar penosamente dos o tres veces, y enseguida le pidió detalles; en dos palabras quedó informado. Don García, que no perdía fácilmente su flema habitual, escuchó sin pestañear el relato entrecortado que le hizo su amigo. Enseguida, llenando un vaso de vino y presentándoselo le dijo: «¡Bebed!, lo estáis necesitando. Mal asunto, —añadió después de beber él también—. Matar a un padre es grave… Hay muchos ejemplos, no obstante, empezando por el Cid. Lo peor es que no tenéis quinientos hombres, vestidos de blanco, todos primos vuestros, para defenderos de los arqueros de Salamanca y de los parientes del difunto… Ocupémonos primero de lo más urgente… Dio dos o tres vueltas al cuarto como para ordenar sus ideas.

—Quedarse en Salamanca —prosiguió— después de tal escándalo, sería una locura. Don Alonso de Ojeda no es un hidalgo cualquiera, además, los criados han debido reconoceros. Admitamos por un momento que no habéis sido reconocido; os habéis creado en la universidad tan ventajosa reputación que no dejarán de imputaros cualquier fechoría anónima. Mirad, creedme, hay que marcharse, y lo más rapidamente posible, es lo mejor. Aquí os habéis hecho tres veces más sabio de lo que corresponde a un gentilhombre de buena familia. Dejad aquí a Minerva, y probad un poco con Marte; eso os resultará mejor, puesto que tenéis buenas disposiciones. Se está combatiendo en Flandes. Vámonos a matar herejes, nada más propio para que sean perdonados nuestros pecadillos de este mundo. Amén. Termino como en el sermón.

La palabra Flandes actuó como un talismán sobre don Juan. Huir de España le parecía que era huir de sí mismo. En medio de las fatigas y de los peligros de la guerra, no tendría tiempo de sentir remordimientos. «¡A Flandes! ¡A Flandes! ¡Vamos a hacernos matar a Flandes!

—De Salamanca a Bruselas, el trecho es largo —respondió gravemente don

García— y en vuestra situación urge partir. Pensad que si el señor corregidor os atrapa, os resultará muy difícil hacer campaña en cualquier otro lugar que no sean las galeras de Su Majestad.

Después de haber hablado algunos instantes con su amigo, don Juan se despojó rápidamente de su traje de estudiante. Tomó un coleto de ante bordado como el que usaban entonces los militares, se caló un gran chambergo, y no se olvidó de guardar en el cinto tantos doblones como pudo introducir don García. Todos esos preparativos no duraron sino algunos minutos. Se puso en camino a pie, salió de la ciudad sin ser reconocido, y anduvo toda la noche y toda la mañana siguiente hasta que el calor del sol le obligó a detenerse. En la primera ciudad a la que llegó compró un caballo, y tras unirse a una caravana de viajeros, llegó sin problemas a Zaragoza. Allí permaneció algunos días con el nombre de don Juan Carrasco. Don García, que había abandonado Salamanca al día siguiente de su partida, tomó otro camino y se reunió con él en Zaragoza. No permanecieron allí por mucho tiempo. Depués de haber cumplido de manera bastante apresurada con sus devociones a la Virgen del Pilar, y de haber admirado las bellezas aragonesas, provistos cada uno de un buen criado, se dirigieron a Barcelona, donde embarcaron hacia Civita-Vecchia. El cansancio, el mareo, la novedad de los lugares y la natural ligereza de don Juan, todo se unió para que él olvidara rápidamente las horribles escenas que dejaba tras de sí. Durante algunos meses, los placeres que los dos amigos encontraron en Italia les hicieron olvidar el principal objetivo de su viaje; pero, al comenzar a faltarles fondos, se reunieron con cierto número de compatriotas suyos, valientes como ellos y escasos de dinero, y se pusieron en camino hacia Alemania.

Tan pronto como llegaron a Bruselas, cada uno de ellos se enroló en la compañía del capitán que quiso. Los dos amigos quisieron hacer sus primeras armas a las órdenes del capitán Manuel Gomara, primero porque era andaluz y segundo porque tenía fama de no exigir de sus soldados sino valor y armas en buen estado, siendo muy acomodaticio en cuanto a la disciplina.

Encantado de su buen aspecto, éste los trató bien y según sus gustos, es decir que los empleó en todas las ocasiones peligrosas. La fortuna les fue favorable, y allí donde muchos de sus compañeros encontraron la muerte, ellos no recibieron ni un arañazo y se hicieron notar por los generales. Cada uno de ellos recibió una bandera el mismo día. Desde aquel momento, creyéndose seguros de la estima y de la amistad de sus jefes, confesaron sus verdaderos nombres y reanudaron su tren de vida habitual, es decir, que pasaban el día jugando y bebiendo, y la noche dando serenatas a las mujeres bonitas de las ciudades donde se encontraban en

guarnición durante el invierno. Habían obtenido el perdón de sus padres, lo que sólo les emocionó medianamente, y letras de cambio sobre banqueros de Amberes. Hicieron buen uso de ellas. Jóvenes, ricos, valientes y emprendedores, sus conquistas fueron numerosas y rápidas. No me detengo a contarlas; bástele al lector saber que cuando veían una mujer bonita, cualquier medio era bueno para conseguirla. Las promesas y los juramentos no eran sino un juego para estos indignos libertinos; y si existían hermanos o maridos que exigieran cuentas de su conducta, ellos poseían buenas espadas y corazones empedernidos para responderles.

La guerra se reanudó en primavera. En una escaramuza que fue desgraciada para los españoles, el capitán Gomara fue mortalmente herido. Don Juan, que lo vio caer, corrió hacia él y llamó a algunos soldados para llevárselo; pero el bravo capitán, reuniendo las fuerzas que le quedaban, le dijo: «Dejadme morir aquí, pues siento que ha llegado mi hora. Lo mismo da morir aquí que media legua más lejos. Cuidad a vuestros soldados; van a estar muy ocupados, pues veo que los holandeses avanzan en número. Muchachos, —añadió dirigiéndose a los soldados que se apresuraban a ayudarle—, formad en torno a vuestras banderas y no os inquietéis por mí.»

Don García llegó en aquel momento y le preguntó si tenía alguna última voluntad que pudiera ser ejecutada tras su muerte. «¡Qué diablos queréis que desee en un momento como éste!…» Pareció recogerse algunos instantes y luego contestó: «No he pensado nunca en la muerte, y no la creía tan cercana… No me disgustaría tener algún sacerdote junto a mí en estos momentos… Pero todos los frailes están en los bagajes… ¡Es duro, sin embargo, morir sin confesión!

—Aquí tenéis mi Libro de Horas, —dijo don García, presentándole una botella de vino—. ¡Valor!

Los ojos del veterano se empañaban por momentos. La broma de don García no fue reparada por él, pero los viejos soldados que lo rodeaban se escandalizaron.

—Don Juan, —dijo el moribundo— acercaos, hijo mío. Venid, os instituyo mi heredero. Tomad esta bolsa, contiene todo lo que poseo; es preferible que sea para vos antes que para esos excomulgados. La única cosa que os pido es que hagáis decir algunas misas en sufragio de mi alma.

Don Juan se lo prometió estrechándole la mano, mientras que don García le hacía observar por lo bajo qué diferencia hay entre las opiniones de un hombre débil cuando muere y las que profesa sentado ante una mesa repleta de botellas. Algunas balas que silbaron en sus oídos les anunciaron la aproximación de los

holandeses. Los soldados volvieron a las filas. Cada uno se despidió apresuradamente del capitán Gomara, y nadie se preocupó sino de retirarse en buen orden. Esto era bastante difícil con un enemigo numeroso, un camino socavado por las lluvias, y con los soldados fatigados por una larga marcha. Pese a todo, los holandeses no pudieron alcanzarlos y abandonaron su persecución al llegar la noche, sin haberles arrebatado una sola bandera o haber hecho un solo prisionero que no estuviera herido.

Por la noche, hallándose los dos amigos sentados en una tienda con otros oficiales, hablaron de la aventura en la que acababan de participar. Se criticaron las órdenes del comandante de turno, y, a toro pasado, consideraron todo lo que se habría debido hacer. Luego, llegaron a hablar de los muertos y de los heridos.

—Por lo que respecta al capitán Gomara, —dijo don Juan— voy a echarlo mucho de menos. Era un oficial valiente, buen compañero, un verdadero padre para sus soldados.

—Sí —dijo don García—; pero os confesaré que me sorprendió mucho verlo tan apenado por no tener junto a él una sotana negra. Eso sólo prueba una cosa, y es que es más fácil ser valiente de palabra que de hechos. Uno se burla de un peligro cuando está lejano, pero palidece cuando aquél se acerca. A propósito, don Juan, puesto que vos sois su heredero, decidnos lo que contiene la bolsa que os ha legado. Don Juan la abrió por primera vez y vió que contenía cerca de sesenta monedas de oro.

—Puesto que tenemos fondos, —dijo don García acostumbrado a considerar la bolsa de su amigo como propia— ¿por qué no echamos una partida de faraón en lugar de lloriquear pensando en nuestros amigos muertos?

La proposición fue del gusto de todos; trajeron unos cuantos tambores que cubrieron con una capa. Les sirvieron de mesa de juego. Don Juan fue el primero en jugar aconsejado por don García; pero antes de apostar sacó de la bolsa diez monedas de oro, que envolvió en un pañuelo y guardó en un bolsillo.

—¿Qué diablos queréis hacer con eso? —exclamó don García—. ¡Un soldado ahorrar! ¡Y en vísperas de una batalla!

—Ya sabéis, don García, que todo ese dinero no es mío. Don Manuel me ha hecho un legado sub poenae nomine, como decíamos en Salamanca.

—¡Que la peste atrape a este necio! —exclamó don García—. Creo, ¡que el diablo me lleve!, que tiene intención de darle esos diez escudos al primer cura que nos encontremos.

—¿Por qué no? Lo he prometido.

—Callad, ¡por las barbas de Mahoma! me avergüenzo de vos, no os reconozco.

El juego comenzó; la suerte fue al principio muy variada; pero pronto se declaró decididamente en contra de don Juan. En vano cogió las cartas don García, para romper la racha; al cabo de una hora, todo el dinero que poseían, además de los cincuenta escudos del capitán Gomara, había pasado a manos del banquero. Don Juan quería irse a dormir, pero don García estaba acalorado y pretendió tomar el desquite y volver a ganar todo lo que había perdido.

—Vamos, señor Prudente —dijo— veamos esos escudos que tan guardados tenéis. Estoy seguro de que nos traerán suerte.

—Pensad, don García, que he prometido…

—Vamos, vamos, ¡qué niño sois! ¡Para misas estamos! Si el capitán estuviera aquí, antes habría saqueado una iglesia que dejar pasar una carta sin apostar

—Ahí van cinco escudos, —dijo don Juan—. No os los juguéis de una vez.

—¡Fuera debilidades! —dijo don García. Y apostó los cinco escudos a un rey. Ganó, dobló, pero perdió a la segunda mano «¡Vengan los cinco últimos!», exclamó palideciendo de cólera. Don Juan hizo algunas objecciones fácilmente vencidas; cedió y dio cuatro escudos, que siguieron pronto a los primeros. Don García se levantó furioso, arrojando las cartas a la cara del banquero. Dijo a don Juan: «Vos habéis sido afortunado siempre, y he oído decir que el último escudo tiene gran poder para conjurar la suerte.»

Don Juan estaba tan furioso como él. No pensó más en las misas ni en la promesa. Apostó a un as el último escudo que le quedaba, y lo perdió.

—¡Al diablo el alma del capitán Gomara! —exclamó—. ¡Creo que su dinero estaba embrujado..!

El banquero les preguntó si querían seguir jugando; pero como no tenían más dinero y como no se acostumbra a prestar a personas que exponen su cabeza cada día, se vieron obligados a abandonar el juego y a tratar de consolarse uniéndose a los bebedores. El alma del pobre capitán fue inmediatamente olvidada.

Algunos días después, los españoles, que habían recibido refuerzos, retomaron la ofensiva y avanzaron. Cruzaron los lugares donde habían combatido. Los muertos no habían sido aún enterrados. Don García y don Juan espoleaban sus caballos para escapar a esos cadáveres que impactaban tanto la vista como el olfato, cuando un soldado que les precedía dio un gran grito al ver

un cuerpo que yacía en una fosa. Se acercaron y reconocieron al capitán Gomara. Estaba desfigurado. Sus rasgos deformados y rígidos en horribles convulsiones, probaban que sus últimos momentos habían estado acompañados de atroces dolores. Aunque familiarizado con semejantes espectáculos, don Juan no pudo impedir estremecerse al ver ese cadáver, cuyos ojos borrosos y llenos de sangre coagulada parecían dirigirse a él con expresión de amenaza. Recordó las últimas recomendaciones del pobre capitán y cómo él había olvidado ejecutarlas. Sin embargo, la dureza fingida con la que había logrado llenar su corazón lo libró pronto de esos remordimientos; ordenó rápidamente cavar una fosa para enterrar al capitán. Por casualidad, un capuchino se encontraba allí, y recitó apresuradamente algún responso. El cadáver, rociado de agua bendita, fue recubierto de piedras y de tierra, y los soldados prosiguieron su camino más silenciosos que de costumbre; pero don Juan observó a un viejo arcabucero que, después de haber rebuscado un buen rato en sus bolsillos, encontró al fin un escudo, que entregó al capuchino diciéndole: «Tenga, para decirle misas al capitán Gomara.» Ese día, don Juan dio muestra de una bravura extraordinaria, y se expuso al fuego enemigo con tan pocas precauciones que se habría dicho que quería hacerse matar. «Se es valiente cuando uno ya no tiene un céntimo», decían sus compañeros.

Poco tiempo después de la muerte del capitán Gomara fue admitido como recluta un joven soldado en la compañía en que servían don Juan y don García; parecía decidido e intrépido, pero de carácter huraño y misterioso. Nunca se le veía beber ni jugar con sus compañeros; pasaba horas enteras sentado en un banco en el cuerpo de guardia, ocupado en ver volar las moscas o en jugar con el gatillo de su arcabuz. Los soldados, que se burlaban de su reserva, le habían dado el apodo de Modesto. Con este nombre era conocido en la compañía e incluso sus jefes no le daban otro.

La guerra terminó con el sitio de Berg-op-Zoom, que fue, como es sabido, uno de los más mortíferos de aquella guerra, puesto que los sitiados se habían defendido con el máximo encarnizamiento. Una noche los dos amigos se encontraban juntos de servicio en la trinchera, entonces tan próxima a las murallas de la plaza que el puesto era uno de los más peligrosos. Las salidas de los sitiados eran frecuentes, y su fuego vivo y bien dirigido.

La primera parte de la noche transcurrió en alertas continuas; luego sitiados y sitiadores parecieron ceder por igual al cansancio. Dejaron de disparar por una y otra parte, y se extendió por la llanura un profundo silencio, solamente interrumpido por alguna descarga que no tenía más objeto que probar que si bien

habían dejado de combatir, continuaban en alerta, no obstante. Eran cerca de las cuatro de la mañana; es ése el momento en el que un hombre que ha permanecido sin dormir experimenta una sensación de frío intenso, acompañada de una especie de agotamiento moral, producida por la lasitud física y las ganas de dormir. No hay ni un solo militar honesto que no admita que en semejantes situaciones de espíritu y de cuerpo no se sintiera capaz de todas las debilidades de las que se habría sonrojado al salir el sol.

—¡Pardiez! —exclamó don García dando zapatazos para calentarse y ciñendo la capa en torno a su cuerpo— siento que la médula se me congela en los huesos; creo que un niño holandés me vencería sin más arma que una jarra de cerveza. En verdad, no me reconozco. He aquí un arcabuzazo que acaba de hacerme temblar. ¡Por mi fe! si fuera un poco devoto, tendría que considerar el estado en que me encuentro como una advertencia de lo alto.

Todos los que estaban presentes, y sobre todo don Juan, se extrañaron enormemente al oírle hablar del Cielo, del que no se preocupaba jamás, o si hablaba de él era para burlarse. Percatándose de que muchos sonreían al oír sus palabras, reanimado por un sentimiento de vanidad, exclamó:

—¡Que nadie piense que tengo miedo de los holandeses, de Dios o del diablo, pues tendremos que arreglar nuestras cuentas juntos cuando llegue la nueva guardia!

—Por los holandeses, pase, pero en cuanto a Dios y al Otro, está permitido temerles, —dijo un viejo capitán de bigotes grises, que llevaba un rosario colgado junto a su espada.

—¿Qué mal pueden hacerme? —preguntó—; un rayo no alcanza tan certeramente como un arcabuz protestante.

—¿Y vuestra alma? —dijo el capitán santiguándose ante esa horrible blasfemia.

—¡Ah!, mi alma… para empezar, sería necesario que estuviera bien seguro de tener una. ¿Quién me ha dicho siempre que yo tengo un alma? Los curas. Ahora bien, la invención de un alma les reporta tan jugosos beneficios, que no cabe duda de que ellos son los autores, lo mismo que los pasteleros crearon las tartas para venderlas.

—Don García, terminaréis mal, —dijo el viejo capitán—. Esas reflexiones no deben hacerse en una trinchera.

—En la trinchera, como en cualquier otro lugar, digo lo que pienso. Pero me voy a callar, pues he aquí que el sombrero de mi compañero don Juan se le va a

caer, hasta tal punto tiene los cabellos erizados sobre la cabeza. Él no sólo cree en el alma; cree además en las ánimas del purgatorio.

—No soy un agnóstico —dijo don Juan riendo— y envidio a veces la sublime indiferencia con la que tratáis las cosas del otro mundo; pues, os confesaré, aunque os burléis de mí, que hay momentos en los que lo que se cuenta acerca de los condenados me produce pesadillas.

—La mejor prueba del poco poder del diablo, es que estáis hoy de pie en esta trinchera. Palabra de honor, señores, —añadió don García golpeando en el hombro a don Juan—, si existiera el diablo, ya se habría llevado a este chico. Aunque es muy joven, os aseguro que es un verdadero excomulgado. Ha seducido a tantas mujeres y ha metido en ataúd a más hombres que dos franciscanos y dos espadachines de Valencia habrían podido meter.

Hablaba aún cuando partió un arcabuzazo del lado de la trinchera que tocaba al campamento español, y don García se llevó la mano al pecho y exclamó: «¡Estoy herido!» Vaciló y cayó casi inmediatamente. Al mismo tiempo se vio a un hombre que emprendía la fuga; pero la oscuridad le ocultó pronto a los que lo perseguían.

La herida de don García pareció mortal. El tiro había sido disparado de muy cerca, y el arma estaba cargada con muchas balas. Pero la firmeza de aquel libertino empedernido no se desmintió un instante. Mandó bien lejos a los que le hablaban de confesarse. Le decía a don Juan: «Una sola cosa me molesta después de mi muerte, y es que los capuchinos os persuadirán de que es un castigo de Dios contra mí. Admitid conmigo que no hay nada más natural que un arcabuzazo mate a un soldado. Dicen que el disparo ha salido de entre los nuestros: se trata sin duda de algún celoso rencoroso que ha mandado que me asesinen. Haced que lo cuelguen alto y corto, si lo atrapáis. Escuchad, don Juan, tengo dos amantes en Amberes, tres en Bruselas, y otras por ahí que ya no recuerdo… mi memoria se nubla… Os las lego… a falta de algo mejor… Coged también mi espada… y sobre todo no olvidéis la estocada que os enseñé… Adiós… y, en lugar de misas, que mis compañeros se reunan en una gran orgía después de mi entierro.»

Ésas fueron, más o menos, sus últimas palabras. De Dios y del otro mundo, no se preocupó más que cuando estaba lleno de vida y de fuerza. Murió con la sonrisa en los labios, dándole fuerzas la vanidad para sostener hasta el fin el papel detestable que por tan largo tiempo había representado. Modesto no volvió a verse. El ejército entero estuvo persuadido de que era el asesino de don García; pero todo el mundo se perdía en vanas conjeturas acerca de los motivos que lo

habían impulsado a cometer aquel asesinato.

Don Juan echó mucho de menos a don García, más que si se hubiera tratado de su hermano. Se decía, el insensato, que se lo debía todo. Él lo había iniciado en los misterios de la vida, él le había arrancado de los ojos las escamas que los cubrían. «¿Qué era yo antes de conocerlo?», se preguntaba, y su amor propio le decía que se había convertido en un ser superior a los demás. Es decir, que todo el mal que en realidad le había causado conocer a este ateo, él lo transformaba en bien, y le estaba tan reconocido como un discípulo debe estarlo respecto a su maestro.

Las tristes impresiones que le dejó aquella muerte tan súbita permanecieron bastante tiempo en su espíritu como para obligarle a cambiar su género de vida durante muchos meses. Pero, poco a poco fue volviendo a sus antiguas costumbres, ahora más enraizadas en él como para que un accidente pudiera cambiarlas. Volvió a jugar, a beber, a cortejar a las mujeres y a batirse con los maridos. Cada día tenía una nueva aventura. Hoy subiéndose a una brecha, mañana escalando un balcón; por la mañana combatiendo con un marido, por la noche bebiendo con las prostitutas.

En medio de sus desórdenes supo que su padre acababa de morir; su madre le había sobrevivido sólo unos días, de manera que recibió las dos noticias a la vez. Los hombres de negocios, de acuerdo con su propio gusto, le aconsejaban que regresase a España y tomase posesión del mayorazgo y de los grandes bienes que acababa de heredar. Desde hacía mucho tiempo, había obtenido el indulto por la muerte de don Alonso de Ojeda, el padre de doña Fausta, y consideraba este asunto como totalmente olvidado. Por otra parte, tenía ganas de ejercitarse en un teatro más amplio. Pensaba en las delicias de Sevilla y en las numerosas bellezas que no esperaban, sin duda, más que su llegada para rendirse a discreción. Dejando, pues, la coraza, partió hacia España. Permaneció algún tiempo en Madrid; se hizo notar en una corrida de toros en la participó, por la riqueza de su traje y su destreza en picar; hizo algunas conquistas, pero no se detuvo allí mucho tiempo. Cuando llegó a Sevilla, deslumbró a grandes y pequeños por su fasto y magnificencia. Cada día daba nuevas fiestas, a las que invitaba a las más hermosas damas de Andalucía. Cada día nuevos placeres, nuevas orgías en su magnífico palacio. Se había hecho el rey de un grupo de libertinos que, desordenados e indisciplinados con todo el mundo, le obedecían con esa docilidad que se encuentra a menudo en las asociaciones de matones. No había orgía a la que no se entregase; y como un rico vicioso no es sólo peligroso para sí mismo, su ejemplo pervertía a la juventud andaluza que lo ponía por las

nubes y lo tomaba como modelo. No hay duda de que si la Providencia hubiera soportado por mucho tiempo más su libertinaje, no habría sido suficiente con una lluvia de fuego para hacer justicia por los desórdenes y los crímenes cometidos en Sevilla. Una enfermedad que retuvo en cama a don Juan por espacio de algunos días, no propició un regreso sobre sí mismo; al contrario, sólo pedía a su médico que le devolviera la salud para acudir corriendo a nuevos excesos.

Durante su convalecencia, se entretuvo haciendo una lista de todas las mujeres que había seducido y de todos los maridos que había engañado. La lista estaba dividida metódicamente en dos columnas. En una figuraban los nombres de las mujeres con una sumaria descripción; a su lado, el nombre de los maridos y su profesión. Le costó mucho recordar los nombres de todas esas desgraciadas, y es de suponer que el catálogo distaba mucho de estar completo. Un día se lo enseñó a uno de sus amigos que había ido a visitarlo; y como en Italia había conseguido los favores de una mujer que se atrevía a presumir de haber sido la amante de un papa, la lista comenzaba por su nombre, y el del papa figuraba en la columna de los maridos. Luego venía un príncipe reinante, luego duques, marqueses, y así hasta llegar a los artesanos.

—Ved, mi querido amigo; ved, nadie se me ha escapado, desde el papa hasta el zapatero; no hay una sola clase social que no me halla proporcionado su parte de cuota»

Don Toribio, que así se llamaba este amigo, examinó el catálogo y se lo devolvió diciendo con un tono triunfal: «¡No está completo!»

—¡Cómo! ¿Que no está completo? ¿Quién falta pues en mi lista de maridos?

—¡DIOS!, —respondió don Toribio.

—¿Dios? Es verdad; no hay ninguna religiosa. ¡Pardiez! te agradezco que me lo hayas advertido. ¡Pues bien!, te juro con fe de hidalgo que antes de un mes estará en mi lista por delante de monseñor el papa, y te haré cenar aquí con una monja. ¿En qué convento de Sevilla hay novicias bonitas?

Pocos días después, don Juan inició su campaña. Se dedicó a frecuentar las iglesias de los conventos de mujeres, arrodillándose muy cerca de las rejas que separan a las esposas del Señor del resto de los fieles. Allí lanzaba miradas desvergonzadas a aquellas vírgenes tímidas, como el lobo que se ha metido en un aprisco busca la oveja más rolliza para inmolarla en primer lugar. Pronto descubrió en la iglesia de Nuestra Señora del Rosario a una joven religiosa de una belleza extraordinaria, cuyos rasgos se encontraban envueltos en un aire de

melancolía. No levantaba nunca los ojos, ni los movía a derecha o a izquierda; parecía completamente absorta por el divino misterio que se celebraba ante ella. Sus labios se movían dulcemente y era fácil ver que rezaba con más fervor y más unción que sus otras compañeras. Su presencia despertó en don Juan antiguos recuerdos. Le pareció que había visto a aquella mujer en otra parte, pero le era imposible recordar cuándo ni dónde. Tenía tantos retratos más o menos grabados en su memoria, que le era imposible no confurdirlos. Dos días seguidos volvió a la iglesia, colocándose siempre cerca de la reja sin poder conseguir hacer levantar los ojos a sor Ágata. Había sabido que éste era su nombre.

La dificultad para triunfar sobre una persona tan bien guardada por su posición y por su modestia, no hacía sino irritar los deseos de don Juan. El asunto más importante, y también el más difícil, era ser visto. Su vanidad le decía que si lograba tan sólo atraer la atención de sor Ágata, la victoria estaba casi conseguida. He aquí el medio de que se valió para lograr que esta hermosa mujer levantara los ojos. Se colocó tan cerca de ella como le fue posible, y aprovechándose del momento de la elevación, en que todo el mundo se arrodilla, pasó la mano por entre los barrotes de la reja y derramó ante sor Ágata el contenido de un frasco de esencia que había traído. El olor penetrante que se desprendió súbitamente obligó a la joven religiosa a levantar la cabeza; y como don Juan se hallaba precisamente delante de ella, no pudo menos que fijarse en él. Primero se dibujó en todas sus facciones un vivo asombro, después se puso mortalmente pálida; lanzó un débil grito y cayó desmayada sobre las baldosas. Sus compañeras se apresuraron a auxiliarla y se la llevaron a su celda. Don Juan, retirándose muy contento de sí mismo, decía: «Esta religiosa es realmente encantadora; mientras más la miro, más me parece que debe figurar en mi catálogo.»

Al día siguiente, fue puntual en encontrarse cerca de la reja a la hora de la misa. Pero sor Ágata no estaba en su sitio de costumbre, en la primera fila de las religiosas; se encontraba, al contrario, casi oculta detrás de sus compañeras. Sin embargo, don Juan notó que miraba a menudo hacia él, a hurtadillas. Él creyó en un augurio favorable para su aventura. «La pequeña me teme —pensaba—, pero pronto se domesticará.» Cuando concluyó la misa, observó que ella entraba en un confesonario; mas para llegar a él, pasó cerca de la reja y dejó caer su rosario como por descuido. Don Juan tenía demasiada experiencia como para creer en aquella pretendida distracción. Primero pensó que era muy importante para él tener ese rosario; pero se encontraba al otro lado de la reja, y se dio cuenta de que para recogerlo tenía que esperar a que todo el mundo saliera de la iglesia.

Para esperar ese momento, se colocó junto a un pilar, con una actitud meditativa, con una mano sobre los ojos, pero con los dedos ligeramente separados, de modo que no se perdiera ninguno de los movimientos de sor Ágata. Cualquiera que lo hubiera visto en esta actitud lo habría tomado por un buen cristiano absorto en una piadosa ensoñación.

La religiosa salió del confesonario y dió algunos pasos para entrar en el interior del convento; pero pronto advirtió, o fingió advertir que le faltaba su rosario. Miró alrededor y vio que estaba cerca de la reja. Regresó y se inclinó para recogerlo. En ese mismo momento, don Juan vio que pasaba algo blanco por debajo de la reja. Era un papelito doblado en cuatro. Inmediatamente después la religiosa se retiró.

El libertino, sorprendido de triunfar más pronto de lo que había esperado, experimentó una especie de pesar por no encontrar más obstáculos. Ése es a veces el pesar de un cazador que persigue un ciervo, pensando que la carrera será larga y trabajosa, pero de pronto el animal cae, quitándole al cazador el placer y el mérito que él se había imaginado en la persecución. Con todo, recogió prontamente el billete y salió de la iglesia para leerlo a sus anchas. Esto era lo que contenía:

«¿Sois vos, don Juan? Es cierto, pues, que no me habéis olvidado? Me sentía muy desgraciada, pero empezaba a acostumbrarme a mi suerte. Ahora voy a ser cien veces más desgraciada. Debería odiaros…, derramasteis la sangre de mi padre…; pero no puedo odiaros ni olvidaros. ¡Tened piedad de mí! No volváis más a esta iglesia; me hacéis demasiado daño. ¡Adiós, adiós! he muerto para el mundo. TERESA»

«¡Ah, es Teresita! —se dijo don Juan—. Sabía que la había visto en alguna parte.» Volvió después a leer el billete: «Debería odiaros.» Es decir, os adoro. «Derramásteis la sangre de mi padre!…» Jimena decía lo mismo de Rodrigo… «No volváis más a esta inglesia.» Es decir, os espero mañana. — ¡Muy bien! ¡Ya es mía!» . Y diciendo esas palabras se fue a comer.

Al día siguiente fue puntual en encontrarse en la iglesia con una carta en el bolsillo; pero su sorpresa fue grande al no ver aparecer a sor Ágata. Jamás hubo misa que le pareciese más larga. Estaba furioso. Después de haber maldecido cien veces los escrúpulos de Teresa, fue a pasearse a orillas del Guadalquivir en busca de alguna idea, y he aquí lo que decidió.

El convento de Nuestra Señora del Rosario gozaba de mucha fama por los excelentes dulces que las religiosas preparaban. Fue al locutorio y preguntó por la hermana tornera e hizo que le entregara una lista con todos los dulces que

tenía a la venta. «¿No tendríais limones a la Mañara? —preguntó con el tono más natural del mundo.

—¿Limones a la Mañara? Es la primera vez que oigo hablar de esos dulces.

—Sin embargo, están muy de moda, y me sorprende que en un convento como el vuestro no se hagan muchos.

—¿Limones a la Mañara?

—A la Mañara, —repitió don Juan recalcando cada sílaba—. Es imposible que no haya alguna de vuestras religiosas que no conozca la receta para hacerlos. Preguntadles, os ruego, a esas señoras, si no conocen por casualidad esos dulces. Mañana volveré a pasar.

Minutos después, en el convento no se hablaba de otra cosa sino de los limones a la Mañara. Las mejores confiteras decían que nunca habían oído hablar de ese dulce. Sólo sor Ágata sabía el procedimiento. Había que añadirle agua de rosas, violetas, etc. a los limones ordinarios, luego… Ella se encargó de todo. Cuando don Juan regresó, encontró un bote de limones a la Mañara; en realidad, era una mezcla de sabor abominable; pero bajo la envoltura del bote había un billete escrito por la mano de Teresa. Se trataba de nuevas súplicas de que renunciase a ella y la olvidara. La pobre chica intentaba engañarse a sí misma. La religión, la piedad filial y el amor se disputaban el corazón de esta desafortunada; pero era fácil darse cuenta de que entre todos estos sentimientos, el amor era el más fuerte. Al día siguiente, don Juan envió a uno de sus criados al convento con una caja conteniendo limones que quería hacer confitar y que recomendaba particularmente a la religiosa que había preparado las confituras compradas la víspera. En el fondo de la caja estaba hábilmente oculta una respuesta a las cartas de Teresa. Le decía: «He sido muy desgraciado. La fatalidad guió mi brazo. Desde aquella funesta noche no he cesado de pensar en ti. No me atrevía a esperar que no me odiaras. Por fin te he encontrado. Deja de hablarme de los votos que has pronunciado. Antes de comprometerte al pie de los altares, me pertenecías. No podías disponer de un corazón que era mío… Vengo a reclamar un bien que prefiero a la vida. Pereceré en mi empeño, o me serás devuelta. Mañana te llamaré al locutorio. No me he atrevido a ir antes de haberte prevenido. Temo que tu emoción nos traicione. Ármate de valor. Dime si la tornera es sobornable.» Dos gotas de agua diestramente echadas sobre el papel parecían lágrimas derramadas al escribir.

Unas horas después, el jardinero del convento le trajo la contestación y le ofreció sus servicios. La tornera era incorruptible; sor Ágata consentía en bajar al locutorio, pero a condición de que fuera para dar y recibir un eterno adiós.

La desgraciada Teresa apareció en el locutorio más muerta que viva. Tenía que agarrarse a la reja con las dos manos para no caerse. Don Juan, tranquilo e impasible, saboreaba con delicia la turbación que le causaba. Primero, y para engañar a la tornera, habló con un tono indiferente de los amigos que Teresa había dejado en Salamanca y que le habían encargado que le llevara sus saludos. Luego, aprovechándose de un momento en que la tornera se había alejado, dijo muy bajo y rápidamente a Teresa:

—Estoy resuelto a intentarlo todo para sacarte de aquí. Si hay que prenderle fuego al convento, lo quemaré. No quiero escuchar nada. Me perteneces. Dentro de algunos días has de ser mía, o habré muerto; pero otros muchos perecerán conmigo.

La tornera se acercó. Doña Teresa estaba sofocada y no podía articular una palabra. Don Juan, no obstante, con tono indiferente hablaba de confituras, de las labores en que se ocupaban las religiosas, prometía a la tornera enviarle unos rosarios bendecidos en Roma, y regalar al convento un vestido de brocado para la santa patrona de la comunidad el día de su fiesta. Después de media hora de semejante conversación, saludó a Teresa con tono respetuoso y grave, dejándola en un estado de agitación y desesperación imposible de describir. Corrió a encerrarse en su celda, y su mano, más obediente que su lengua, trazó una larga carta de reproches, súplicas y lamentos. Pero no podía impedir confesar su amor, y se excusaba de aquella falta pensando que la expiaba bien negándose a acceder a las súplicas de su amante. El jardinero, que se encargaba de aquella correspondencia criminal, trajo pronto una respuesta. Don Juan amenazaba de nuevo con llevar las cosas al último extremo. Tenía a sus órdenes a cien espadachines. El sacrilegio no le asustaba. Moriría feliz con haber estrechado una vez más entre sus brazos a su amiga. ¿Qué podía hacer aquella débil mujer, acostumbrada a ceder ante el hombre que adoraba? Pasaba las noches llorando, y de día no podía rezar, pues la imagen de don Juan la perseguía por todas partes; e incluso, cuando acompañaba a las demás religiosas en sus ejercicios de piedad, su cuerpo realizaba mecánicamente los gestos propios de una persona que reza, pero su corazón estaba de lleno consagrado a su funesta pasión.

Al cabo de algunos días, no tuvo ya fuerzas para resistir. Anunció a don Juan que estaba dispuesta a todo. Se venía perdida de todas maneras, y se decía que si iba a morir, más le valía antes haber vivido un instante de felicidad. Don Juan, completamente feliz, lo preparó todo para raptarla. Escogió una noche sin luna. El jardinero le llevó a Teresa una escala de seda que debía servirle para franquear los muros del convento. Un paquete que contenía un vestido de calle

estaría escondido en un sitio convenido del jardín, pues no era posible pensar en salir a la calle con los hábitos de religiosa. Don Juan la esperaría al pie del muro. Cerca de allí estaría preparada una litera tirada por vigorosas mulas para conducirla rápidamente a una casa de campo. Allí ella quedaría sustraída a todas las persecuciones, viviría tranquila y feliz con su amante. Ése era el plan trazado por don Juan. Mandó coser vestidos adecuados, ensayó él mismo la escala de cuerda, y adjuntó una nota acerca de cómo había que sujetarla; por fin, no olvidó nada que pudiera garantizar el éxito de su empresa. El jardinero era seguro, tenía demasiado que ganar siendo fiel, por lo que no había que dudar de él. Además, se habían tomado medidas para que fuera asesinado al día siguiente del rapto. Por fin, parecía que esta trama estaba tan hábilmente urdida que nada podía romperla.

Con fin de evitar sospechas, don Juan partió para el palacio de Mañara dos días antes del fijado para el rapto. Era el palacio en el que él había pasado la mayor parte de su infancia; pero después de su regreso a Sevilla no lo había visitado. Llegó allí al anochecer, y su primer cuidado fue cenar bien. Luego se hizo desvestir y se acostó. Había mandado encender en su habitación dos grandes cirios, y sobre la mesa había un libro de cuentos libertinos. Después de haber leído algunas páginas, sintiéndose a punto de dormir, cerró el libro y apagó uno de los cirios. Antes de apagar el segundo paseó con distracción sus miradas por toda la habitación, y de pronto vio en su alcoba el cuadro que representaba los tormentos del purgatorio, cuadro que tan a menudo había contemplado en su infancia. Involuntariamente, sus ojos se fijaron en el hombre a quien la serpiente devoraba las entrañas; y por más que la representación le inspirase más horror que antes, no podía separar la mirada. Simultáneamente recordó el rostro del capitán Gomara y las horrorosas contorsiones que la muerte había grabado en sus facciones. Esta idea le hizo estremecerse, y notó que sus cabellos se erizaban en la cabeza. Sin embargo, recobrando su valor, apagó el otro cirio, esperando que la oscuridad lo libraría de las imágenes horribles que lo perseguían. La oscuridad aumentó aún más su terror. Sus ojos se dirigían siempre hacia el cuadro que no podía ver; pero le era tan familiar que se pintaba en su imaginación tan claramente como si hubiera sido de día. A veces, incluso le parecía que los rostros se encendían y se hacían luminosos, como si el fuego del purgatorio pintado por el artista hubiese sido una llama real. Por fin, su agitación era tan grande, que llamó a grandes voces a sus criados para hacer que quitaran el cuadro que le causaba tanto terror. Cuando éstos entraron en la habitación, se avergonzó de su debilidad. Pensó que sus criados se burlarían de él si llegaban a

saber que le daba miedo un cuadro. Se contentó con decir, con la voz más natural que pudo, que encendiesen de nuevo los cirios y lo dejasen solo. Se puso a leer de nuevo, pero sólo sus ojos recorrían el libro, pues su pensamiento estaba en el cuadro. Presa de una agitación indecible, pasó así la noche sin dormir.

Tan pronto como amaneció, se levantó a toda prisa y salió para ir a cazar. El ejercicio y el aire fresco de la mañana lo calmaron poco a poco, y las impresiones excitadas por la visión del cuadro habían desaparecido cuando volvió a su palacio. Se sentó a la mesa y bebió mucho. Ya estaba algo aturdido cuando se fue a acostar. Había dado orden de preparar una cama en otra habitación, y por supuesto, no había mandado que trasladaran el cuadro; pero había conservado tan bien el recuerdo del mismo, que fue bastante poderoso como para tenerlo despierto parte de la noche.

Pese a todo, ese terror no le inspiró el arrepentimiento de su vida pasada. Se ocupaba del rapto que había proyectado; y, después de haber dado a sus criados todas las órdenes necesarias, partió solo hacia Sevilla, en medio del calor del día, con el fin de llegar allí de noche. Efectivamente, era noche cerrada cuando pasó cerca de la Torre del Oro, donde lo esperaba uno de sus criados. Le entregó su caballo y se informó de si estaban ya dispuestas la litera y las mulas. Siguiendo sus órdenes, debían esperarlo en una calle cercana al convento, para que pudiera llegar rápidamente a pie con Teresa, pero no tan cerca como para levantar sospechas de la ronda, si ésta llegara a encontrarlos. Todo estaba preparado, sus instrucciones habían sido ejecutadas al pie de la letra. Vio que tenía que esperar todavía una hora antes de poder darle a Teresa la señal convenida. Su criado le echó una gran capa oscura sobre los hombros y entró solo en Sevilla por la puerta de Triana, ocultándose el rostro para no ser reconocido. El calor y la fatiga le obligaron a sentarse en un banco en una calle desierta. Allí se puso a silbar y a tararear melodías que le venían a la memoria. De vez en cuando consultaba su reloj y veía con pesar que la aguja no avanzaba según su impaciencia… De pronto una música lúgubre y solemne vino a herir sus oídos. Reconoció los cantos que la Iglesia ha consagrado a los entierros. Pronto una procesión dio la vuelta a la esquina y avanzó hacia él. Dos largas filas de penitentes llevaban cirios encendidos, precediendo a un ataúd cubierto de terciopelo negro y llevado por varias figuras vestidas a la antigua usanza, con la barba blanca y la espada en el costado. Cerraban la marcha dos filas de penitentes vestidos de negro, que también llevaban cirios como los primeros. Toda aquella comitiva avanzaba lenta y gravemente. No se oía el ruido de los pasos sobre el pavimento, y se habría dicho que cada figura más que andar se

deslizaba. Los pliegues largos y rectos de las ropas y de los mantos parecían tan inmóviles como los ropajes de mármol de las estatuas.

Ante aquel espectáculo, don Juan experimentó en primer lugar esa especie de repugnancia que la idea de la muerte inspira a un epicúreo. Se levantó y quiso alejarse, pero el número de los penitentes y la pompa del cortejo le sorprendieron y picaron su curiosidad. La procesión se dirigía hacia una iglesia vecina cuyas puertas se acababan de abrir ruidosamente, don Juan agarró por la manga a una de las figuras que llevaban cirio y le preguntó cortésmente quién era la persona que iban a enterrar. El penitente levantó la cabeza: su semblante estaba pálido y demacrado como el de un hombre que sale de una larga y dolorosa enfermedad. Le contestó con voz sepulcral: «Es el conde don Juan de Mañara.»

Aquella extraña respuesta hizo erizarse los cabellos en la cabeza de don Juan; pero al instante recobró la sangre fría y sonrió. «Habré comprendido mal, —se dijo— o el viejo estará equivocado.» Entró en la iglesia al mismo tiempo que la procesión. Comenzaron de nuevo los cantos fúnebres, acompañados por el sonido majestuoso del órgano; y los sacerdotes, revestidos con capas negras, entonaron el De profundis. A pesar de sus esfuerzos por parecer tranquilo, don Juan sintió helársele la sangre. Acercándose a otro penitente, le preguntó: «¿Quién es el muerto que entierran? — El conde don Juan de Mañara», respondió el penitente con voz hueca y espantosa. Don Juan se apoyó sobre una columna para no caer. Se sentía desfallecer y todo su valor lo había abandonado. Mientras tanto, continuaba el servicio religioso, y las bóvedas de la iglesia aumentaban aún más los sonidos del órgano y de las voces que cantaban el terrible Dies irae. Le parecía oír los coros de los ángeles en el juicio final. Por fin, haciendo un esfuerzo, cogió la mano de un sacerdote que pasaba cerca de él. Aquella mano estaba fría como el mármol.

—¡En nombre del cielo, padre! —exclamó— ¿por quién rogáis y quiénes sois?

—Rogamos por el conde don Juan de Mañara, —respondió el sacerdote mirándolo fijamente con expresión de dolor—. Rogamos por su alma, que está en pecado mortal, y somos ánimas que las misas y las oraciones de su madre han sacado de las llamas del purgatorio. Pagamos al hijo la deuda de la madre; pero esta misa es la última que nos está permitido celebrar por el alma del conde don Juan de Mañara.

En aquel momento el reloj de la iglesia dio una campanada: era la hora fijada para el rapto de Teresa.

—¡Ha llegado la hora! —exclamó una voz que salía de un rincón oscuro de

la iglesia— ¡ha llegado la hora! ¿es nuestro?

Don Juan giró la cabeza y vio una aparición horrible. Don García, pálido y ensangrentado, avanzaba con el capitán Gomara, cuyas facciones estaban agitadas aún por horribles convulsiones. Se dirigieron ambos hacia el ataúd, y don García, echando la tapa al suelo con violencia, repitió: «¿Es nuestro?» Al mismo tiempo una serpiente gigantesca se irguió detrás de él, y, dominándolo por muchos pies, parecía dispuesta a lanzarse al ataúd…, Don Juan exclamó: «¡Jesús!», y cayó desmayado en el pavimento.

La noche estaba ya muy avanzada cuando la ronda que pasaba vio a un hombre tendido, sin movimiento, en la puerta de una iglesia. Los corchetes se acercaron, creyendo que era el cadáver de un hombre asesinado. Pronto reconocieron al conde de Mañara, y trataron de reanimarlo echándole agua fría en la cara; pero viendo que no recobraba el conocimiento, lo llevaron a su casa. Unos decían que estaba borracho, otros que había recibido una paliza de algún marido celoso. Nadie, o al menos ningún hombre de bien lo quería en Sevilla, y cada cual decía lo que le parecía. Uno bendecía al bastón que lo había dejado tan aturdido, otro preguntaba cuántas botellas podían caber en esa carcasa sin movimiento. Los criados de don Juan lo recibieron de manos de los corchetes y corrieron a buscar a un cirujano. Se le practicó una abundante sangría, y no tardó en recobrar el conocimiento. Primero sólo pronunció palabras sin ilación, gritos inarticulados, sollozos y gemidos. Poco a poco pareció mirar con atención todos los objetos que lo rodeaban. Preguntó dónde estaba, luego qué había sido del capitán Gomara, de don García y de la procesión. Sus hombres le creyeron loco. No obstante, después de haber tomado un cordial, mandó traer un crucifijo y lo besó algún tiempo, derramando un torrente de lágrimas. Enseguida ordenó que le trajeran a un confesor.

La sorpresa fue general, pues su impiedad era muy conocida. Muchos sacerdotes, llamados por sus criados, se negaron a acudir a su casa, persuadidos de que les preparaba alguna broma de mal gusto. Por fin, un fraile dominico consintió en verlo. Se les dejó solos, y don Juan arrojándose a sus pies, le contó la visión que había tenido; luego se confesó. Al hacer la relación de cada uno de sus crímenes, se interrumpía para preguntar si era posible que un pecador tan grande como él pudiese alcanzar jamás el perdón celeste. El religioso respondía que la misericordia de Dios era infinita. Después de haberlo exhortado a perseverar en su arrepentimiento y haberle prodigado los consuelos que la religión no niega ni siquiera a los mayores criminales, el dominico se retiró, prometiéndole que volvería por la noche. Don Juan pasó todo el día rezando.

Cuando el dominico regresó, él le manifestó que había tomado la decisión de retirarse de un mundo donde había causado tanto escándalo y de tratar de expiar por medio de ejercicios de penitencia los crímenes enormes con los que se había manchado. El fraile, emocionado por sus lágrimas, lo animó lo mejor que pudo, y para reconocer si tendría valor para seguir su determinación, le hizo una descripción espantosa de las austeridades del claustro. Pero a cada mortificación que describía, don Juan exclamaba que aquello no era nada, y que merecía tratos mucho más rigurosos.

Desde el día siguiente hizo donación de su fortuna a sus parientes, que eran pobres; consagró otra parte a la fundación de un hospital y a la construcción de una capilla; distribuyó sumas considerables a los pobres e hizo decir gran número de misas en sufragio de las almas del purgatorio, sobre todo por las del capitán Gomara y de los desgraciados que habían perecido batiéndose en duelo con él. Finalmente, reunió a todos sus amigos y se acusó ante ellos de los malos ejemplos que por tanto tiempo les había dado; les pintó de una manera clara los remordimientos que le causaba su pasada conducta y las esperanzas que se atrevía a concebir para el porvenir. Muchos de aquellos libertinos se sintieron conmovidos y se convirtieron; otros, incorregibles, se separaron de él con fríos sarcasmos.

Antes de entrar al convento que había escogido para su retiro, don Juan escribió a doña Teresa. Le confesaba sus vergonzosos proyectos, le contaba su vida, su conver-sión, y le pedía perdón, exhortándola a aprovecharse de su ejemplo para buscar su salvación en el arrepentimiento. Confió esta carta al dominico después de haberle mostrado el contenido.

La pobre Teresa había esperado mucho tiempo en el jardín del convento la señal convenida; después de haber pasado varias horas en una indecible agitación, viendo que el alba iba a llegar, regresó a su celda, presa del más vivo dolor. Atribuía la ausencia de don Juan a mil causas muy alejadas de la verdad. Así pasaron muchos días sin que recibiera noticias de él y sin que ningún mensaje viniera a mitigar su desesperación. Por fin el fraile, después de haber hablado con la superiora, obtuvo permiso para verla, y le entregó la carta de su seductor arrepentido. Mientras la estaba leyendo, se veía que su frente se iba cubriendo de gruesas gotas de sudor; unas veces enrojecía como el fuego, otras palidecía como la muerte. Tuvo, no obstante, ánimo para acabar su lectura. El dominico intentó entonces describirle el arrepentimiento de don Juan, y felicitarla por haber escapado al peligro horroroso que les esperaba a los dos, si su proyecto no hubiera sido abortado por una evidente intervención de la

Providencia. Pero, a todas esas exhortaciones, doña Teresa exclamaba: «¡No me amó nunca!» Una ardiente fiebre se apoderó de la desgraciada; en vano se le prodigaron los auxilios de la medicina y de la religión: rechazó los unos y se mostró insensible a los otros. Falleció al cabo de unos días repitiendo constantemente: «¡No me amó nunca!»

Don Juan, después de haber tomado el hábito de novicio, demostró que su conversión era sincera. No había mortificaciones o penitencias que no encontrase demasiado leves; y el superior del convento se veía obligado a menudo a ordenarle que pusiera límites a las maceraciones con que atormentaba su cuerpo. Él le respondía que así abreviaría sus días, y que en realidad, había más mérito en sufrir durante mucho tiempo las mortificaciones moderadas que en terminar de un golpe su penitencia quitándose la vida. Cuando concluyó el tiempo del noviciado, don Juan pronunció sus votos, y continuó, con el nombre de fray Ambrosio, edificando a la comunidad con su austeridad. Llevaba un cilicio de crines de caballo por debajo de su sayal de estameña; una especie de caja estrecha, más corta que su cuerpo, le servía de cama. Verduras simplemente cocidas con agua eran todo su alimento, y sólo los días de fiesta, por orden expresa de su superior, consentía en comer pan. Pasaba la mayoría de las noches velando y orando con los brazos en cruz; es decir, que era un ejemplo para esta devota comunidad, como antaño había sido un modelo para los libertinos de su edad. Una enfermedad epidémica, que se declaró en Sevilla, le proporcionó ocasión de ejercitar las nuevas virtudes que había alcanzado tras su conversión. Los enfermos eran admitidos en el hospital que él había fundado; cuidaba a los pobres, pasaba los días junto a sus lechos, exhortándolos, animándolos y consolándolos. Tan grande era el peligro de contagio, que no se podía encontrar, ni a precio de oro, hombres que quisieran amortajar a los muertos. Don Juan realizaba este ministerio; iba a las casas abandonadas, y daba sepultura a los cadáveres que se encontraba allí, a veces desde hacía varios días, en descomposición. Se le bendecía por doquier, y como durante aquella terrible epidemia no estuvo nunca enfermo, algunas personas crédulas aseguraron que Dios había obrado un milagro en su favor.

Hacía ya muchos años que don Juan, o fray Ambrosio, habitaba en el claustro, y su vida no era más que una serie ininterrumpida de ejercicios de piedad y de morti-ficaciones. El recuerdo de su vida pasada estaba siempre presente en su memoria, pero sus remordimientos estaban ya suavizados por la satisfacción de conciencia que le proporcionaba su cambio.

Un día, después del mediodía, en el momento en que el calor se dejaba sentir

con mayor fuerza, todos los hermanos del convento gozaban de algún reposo, como de costumbre. Sólo el hermano Ambrosio trabajaba en el huerto, con la cabeza descubierta, al sol, pues era una de las penitencias que se había impuesto. Inclinado sobre su azadón, vio la sombra de un hombre que se detenía cerca de él. Creyó que era uno de los hermanos que había descendido al huerto, y continuando su tarea lo saludó con un Ave María. Pero nadie le contestó. Sorprendido de ver aquella sombra inmóvil, levantó los ojos y vio ante sí a un joven alto, cubierto con una capa que llegaba hasta el suelo y semioculto el rostro con un sombrero adornado con una pluma blanca y negra. Aquel hombre lo contemplaba en silencio con expresión de maligna alegría y de profundo desprecio. Se miraron fijamente los dos durante algunos instantes. Por fin el desconocido, avanzando un paso y levantando el sombrero para mostrar sus facciones, le dijo: «¿Me reconocéis?»

Don Juan lo miró con más atención, pero no lo reconoció.

—¿Os acordáis del sitio de Berg-op-Zoom? —preguntó el desconocido—. ¿Habéis olvidado a un soldado llamado Modesto?

Don Juan se estremeció. El desconocido prosiguió fríamente:

—Un soldado llamado Modesto, que mató de un arcabuzazo a vuestro amigo don García, en lugar de a vos, a quien apuntaba… Modesto soy yo. Tengo además otro nombre, don Juan: me llamo don Pedro de Ojeda, soy el hijo de don Alonso de Ojeda, a quien matasteis; soy el hermano de doña Fausta de Ojeda, a quien matasteis; soy el hermano de doña Teresa de Ojeda, a quien habéis matado también.

—Hermano mío, —dijo don Juan arrodillándose ante él—; soy un miserable cubierto de crímenes. Para expiarlos llevo este sayal y he renunciado al mundo. Si hay alguna manera de obtener vuestro perdón, indicádmela. No me asustará la más ruda penitencia si puedo obtener de vos que no me maldigáis.

Don Pedro se sonrió amargamente: «¡Dejémonos de hipocresías, señor de Mañara!; yo no os perdono. En cuanto a mis maldiciones, os la echo todas. Pero estoy demasiado impaciente para esperar su resultado. Llevo conmigo algo más eficaz que mis maldiciones.»

Diciendo estas palabras, se quitó la capa y mostró que llevaba dos grandes espadas de combate. Las sacó de la vaina y las plantó en tierra. «Elegid, don Juan, —dijo—. Dicen que sois gran espadachín, yo presumo de ser diestro en esgrima. Veamos qué sabéis hacer.»

Don Juan hizo la señal de la cruz, y dijo: «Hermano, olvidáis los votos que

he pronunciado. Yo no soy ya el don Juan que conocisteis, sino el hermano Ambrosio.

—Pues bien, hermano Ambrosio, sois mi enemigo, y sea cual fuere el nombre que llevéis, os odio y quiero vengarme de vos.

Don Juan volvió a echarse de rodillas ante él.

—Si queréis quitarme la vida, hermano, vuestra es. Castigadme como queráis.

—¡Cobarde, hipócrita! ¿Crees que vas a burlarte de mí? ¿Si quisiera matarte como a un perro rabioso, me habría tomado la molestia de traer estas armas? Vamos, elige pronto y defiende tu vida.

—Os repito, hermano, que no puedo combatir, pero puedo morir.

—¡Miserable! —exclamó don Pedro furioso— me habían dicho que tenías valor. ¡Veo que no eres más que un vil cobarde!

—¿Valor, hermano?, pido a Dios que me lo conceda para no abandonarme a la desesperación a que me arrojaría, sin su socorro, el recuerdo de mis crímenes. Adiós, hermano: me retiro, porque veo que mi vista os enoja. ¡Pueda mi arrepentimiento pareceros un día tan sincero como es en realidad!

Dio algunos pasos para abandonar el huerto, pero don Pedro lo detuvo por una manga, diciendo: «¡O vos o yo, no hemos de salir vivos de aquí! ¡Coged una de esas espadas, porque el diablo me lleve si creo una palabra de todas vuestra jeremiadas!»

Don Juan le dirigió una mirada suplicante y dio otro paso para alejarse; pero don Pedro, cogiéndolo con fuerza, y teniéndolo asido por el cuello, le dijo: «¿Crees, pues, asesino infame, que podrás escaparte de mis manos? ¡No!, voy a hacer pedazos tu sayal hipócrita, que oculta el pie bifurcado del demonio, y entonces quizá te sientas con corazón suficiente para medirte conmigo.» Y mientras hablaba, lo empujaba rudamente contra la pared.

—Señor Pedro de Ojeda, —exclamó don Juan— matadme si queréis, pero no me batiré. Y se cruzó de brazos, mirando fijamente a don Pedro con aire tranquilo, pero bastante orgulloso.

—¡Sí, te mataré, miserable! pero antes te trataré como a cobarde, ya que lo eres.

Y le dio un bofetón, el primero que don Juan recibía en su vida. El rostro de Mañara se puso de un rojo púrpura. La altivez y el furor de su juventud volvieron a entrar en su alma. Sin decir palabra, se lanzó hacia una de las espadas y la agarró. Don Pedro tomó la otra y se puso en guardia. Los dos

atacaron con furor y se tiraron a fondo uno sobre otro a la vez, con la misma impetuosidad. La espada de don Pedro se perdió en el sayal de don Juan y se deslizó por su costado sin herirlo, mientras que la de don Juan se hundió hasta los gavilanes en el pecho de su adversario. Don Pedro expiró al momento. Don Juan, viendo a su enemigo tendido a sus pies, permaneció algún tiempo inmóvil contemplándolo anonadado. Poco a poco volvió en sí y reconoció la magnitud de su nuevo crimen. Se precipitó sobre el cadáver y trató de volverlo a la vida. Pero había visto bastantes heridas como para dudar un instante de que aquélla fuese mortal. La espada ensangrentada yacía a sus pies y parecía ofrecerse a él para que se castigara a sí mismo; pero, apartando enseguida aquella nueva tentación del demonio, corrió a buscar al padre superior y se precipitó aturdido en su celda. Allí, postrado a sus pies, le contó aquella terrible escena, derramando un torrente de lágrimas. Al principio, el superior no quería creerlo y su primera impresión fue que las grandes mortificaciones que se imponía el hermano Ambrosio le habían hecho perder la razón. Pero la sangre que cubría el sayal y las manos de don Juan, no le permitieron dudar mucho tiempo de la terrible verdad. Era un hombre con mucha presencia de espíritu. Comprendió inmediatamente todo el escándalo que recaería sobre el convento si la aventura llegaba a difundirse entre la gente. Nadie había visto el duelo. Se encargó de ocultárselo incluso a los mismos moradores del convento. Ordenó a don Juan que le siguiese, y ayudado por él, transportó el cadáver a una sala baja cuya llave se llevó. Luego, encerrando a don Juan en su celda, salió para ir a prevenir al corregidor.

Alguien se extrañó tal vez de que don Pedro, que ya había tratado de matar a don Juan a traición, hubiese abandonado la idea de un segundo asesinato y hubiera querido deshacerse de su enemigo en un combate con armas iguales; pero esto no era por su parte sino un cálculo de venganza infernal. Había oído hablar de las austeridades de don Juan, y su reputación de santidad estaba tan extendida, que don Pedro estaba seguro de que, si lo asesinaba, lo enviaría directamente al cielo. Esperó que, provocándolo y obligándolo a batirse, lo mataría en pecado mortal, logrando así la perdición de su cuerpo y de su alma. Ya se ha visto como ese proyecto diabólico se volvió contra su autor.

No fue difícil silenciar el asunto. El corregidor se entendió con el superior del convento para apartar las sospechas. Los otros frailes creyeron que el muerto había sucumbido en duelo con un caballero desconocido y había sido transportado herido al convento, donde no había tardado en expirar. En cuanto a don Juan, no intentaré describir ni sus remordimientos ni su arrepentimiento.

Cumplió gustoso todas las penitencias que el superior le impuso. Durante toda su vida conservó, colgada a los pies de su cama, la espada con la que había atravesado a don Pedro, y nunca la pudo mirar sin rogar por su alma y por las de su familia. Con el fin de dominar el resto de orgullo mundano que subsistía aún en su corazón, el padre superior le había ordenado que se presentase cada día al cocinero del convento, el cual debía darle una bofetada. Después de haberla recibido, el hermano Ambrosio no dejaba nunca de tender la otra mejilla, agradeciendo al cocinero que lo humillase de tal modo. Vivió diez años en aquel claustro, y jamás su penitencia quedó interrumpida por una vuelta a las pasiones de su juventud. Murió venerado como un santo, incluso por los que habían conocido sus escándalos. En su lecho de muerte pidió, como un favor, que lo enterrasen bajo el umbral de la iglesia, con el fin de que al entrar lo pisoteasen todos. Quiso también que sobre su tumba se grabase esta inscripción: *Aquí yace el peor hombre que existió en el mundo*. Pero no se juzgó oportuno ejecutar todas las disposiciones dictadas por su excesiva humildad. Fue sepultado cerca del retablo mayor de la capilla que él había fundado. Consintieron, es verdad, en grabar en su lápida sepulcral la inscripción que él había dictado, pero se añadió un elogio por su conversión. Su hospital, y sobre todo la capilla donde está enterrado, son visitados por todos los que pasan por Sevilla. Murillo decoró la capilla con varias de sus obras maestras. *El regreso del hijo pródigo* y la *Piscina de Jérico*, que se admiran hoy en la galería del mariscal Soult, adornaron antes las paredes del Hospital de Caridad.

Lokis

LOKIS (1866)

Teodoro —dijo el señor profesor Wittembach— haga el favor de darme ese cuaderno con tapas de pergamino, en la segunda balda, por encima del escritorio; ése no, el pequeño in-octavo. Es ahí donde reuní todas las notas de mi diario de 1866, al menos las que se relacionan con el conde Szémioth.

El profesor se puso las gafas, y en medio del más profundo silencio leyó lo que sigue:

Lokis

Con este proverbio lituano como epígrafe:

Miszka su Lokiu / Abu du tokiu

Capítulo I

«CUANDO apareció en Londres la primera traducción de las Sagradas Escrituras en lengua lituana, publiqué en la Gaceta científica y literaria de Königsberg un artículo en el que, al mismo tiempo que rendía justicia a los esfuerzos del docto traductor y a las piadosas intenciones de la Sociedad Bíblica, creí deber señalar algunos ligeros errores, y además hice observar que esa versión sólo podía ser útil a una parte de la población lituana. En efecto, el dialecto que se ha utilizado no es sino difícilmente inteligible para los habitantes de los distritos en los que se habla la lengua jomaïtique, vulgarmente llamada zemaita, quiero decir en el palatinado de Samogicia, lengua que se aproxima al sánscrito mucho más tal vez que el alto lituano. Esta observación, pese a las críticas furibundas que me atrajo por parte de cierto profesor bien conocido de la universidad de Dorpat, iluminó a los honorables miembros del consejo de administración de la Sociedad Bíblica, que no dudaron en hacerme la oferta halagadora de dirigir y coordinar la redacción del Evangelio según San Mateo en samogicio. Yo estaba entonces muy ocupado con mis estudios sobre las lenguas transurálicas para emprender un trabajo que habría comprendido los cuatro Evangelios. Aplazando pues mi matrimonio con la señorita Gertrudis Weber, me desplacé a Kaunas, con la intención de recoger todos los monumentos linguísticos impresos o manuscritos en lengua zemaita que pudiera conseguir, sin despreciar, claro está, las poesías populares (daïnos) y los relatos o leyendas (pasakos), que me proporcionarían los documentos necesarios para elaborar un vocabulario zemaita, trabajo que debía preceder al de la traducción.

Me habían dado una carta para el joven conde Miguel Szémioth, cuyo padre, según me aseguraban, había poseído el famoso Catechismus Samogiticus del

padre Lawicki, tan raro, que incluso su existencia había sido discutida, sobre todo por el profesor de Dorpat al que acabo de hacer alusión. En su biblioteca se encontraba, según las informaciones que me habían dado, una antigua colección de daïnos, así como de poesías en la antigua lengua prusiana. Tras haber escrito al conde Szémioth para exponerle el objetivo de mi visita, recibí la más amable invitación para ir a pasar a su castillo de Medintiltas todo el tiempo que exigieran mis investigaciones. Concluía su carta diciéndome de la manera más simpática que presumía de hablar el zemaita casi tan bien como sus campesinos y que estaría feliz de unir sus esfuerzos a los míos en una empresa que él calificaba de grande e interesante. Lo mismo que algunos de los más ricos propietarios de Lituania, él profesaba la religión evangélica, de la que tengo el honor de ser ministro. Me habían prevenido de que el conde no estaba exento de ciertas rarezas de carácter, por otra parte muy hospitalario, amigo de las ciencias y de las letras, y especialmente acogedor con los que las cultivan. Me marché pues hacia Medintiltas.

En la escalinata del castillo fui recibido por el intendente del conde que me condujo inmediatamente a la habitación preparada para recibirme. «El señor conde, —me dijo—, lamenta no poder cenar hoy con el señor profesor. Tiene migraña, una enfermedad que desgraciadamente padece con frecuencia. Si el señor profesor no desea ser servido en su habitación, cenará con el señor doctor Frœber, médico de la señora condesa. Se cena dentro de una hora; no es necesario etiqueta. Si el señor profesor tiene que dar órdenes, aquí está el timbre.» Y se retiró haciéndome un respetuoso saludo.

La habitación era amplia, bien amueblada, adornada con espejos y dorados. Por un lado tenía vistas al jardín, o más bien al parque del castillo, y por la otra al gran patio de honor. Pese a la advertencia: «No es necesario etiqueta», consideré oportuno sacar de la maleta mi traje negro. Me encontraba en mangas de camisa, ocupado en desembalar mi pequeño equipaje, cuando un ruido de coche me atrajo hacia la ventana que daba al patio. Una hermosa calesa acababa de entrar. Contenía una dama de negro, un señor y una mujer vestida como las campesinas lituanas, pero tan alta y tan fuerte que, en un primer momento, tuve la tentación de tomarla por un hombre disfrazado. Ella bajó la primera; otras dos mujeres, no menos robustas en apariencia, se encontraban en la escalinata. El señor se inclinó hacia la dama de negro, y ante mi gran sorpresa desabrochó un ancho cinturón de cuero que la fijaba en su asiento en la calesa. Observé que esta dama tenía largos cabellos blancos muy desordenados, y que sus ojos, completamente abiertos, parecían inanimados: habríase dicho que era una figura

de cera. Después de desatarla, su compañero le dirigió la palabra, con el sombrero quitado, con mucho respeto; pero ella no pareció prestarle la menor atención. Entonces se volvió hacia las tres criadas haciéndoles un ligero gesto con la cabeza. Inmediatamente las tres mujeres cogieron a la dama de negro y, pese a sus esfuerzos por agarrarse a la calesa, la levantaron como una pluma y la llevaron al interior del castillo. Esta escena tenía como testigos a numerosos criados de la casa quienes no parecían ver en ella sino algo ordinario. El hombre que había dirigido la operación sacó su reloj y preguntó si se cenaría pronto. «Dentro de un cuarto de hora, señor doctor» le respondieron. No tuve que esforzarme mucho para adivinar que estaba viendo al doctor Frœber, y que la dama de negro era la condesa. Considerando su edad, concluí que era la madre del conde Szémioth, y que las precauciones que se habían tomado con ella anunciaban bastante claramente que su razón se encontraba alterada.

Algunos instantes después, el doctor mismo entró en mi habitación. «El señor conde está indispuesto, —me dijo— me veo obligado a presentarme yo mismo al señor profesor. El doctor Frœber, a su servicio. Encantado de conocer a un sabio cuyo mérito es bien conocido por todos cuantos leen la Gaceta científica y literaria de Königsberg. ¿Le parece bien que se sirva?»

Respondí lo mejor que pude a sus cumplidos y le dije, que era hora de sentarse a la mesa, que estaba listo para seguirlo.

Desde que entramos en el comedor, un mayordomo nos presentó, según la costumbre del Norte, una bandeja de plata cargada de licores y de algunos manjares salados y muy condimentados adecuados para abrir el apetito.

—Permítame, señor profesor, —me dijo el doctor— que le recomiende, en calidad de doctor, un vaso de esta starka, auténtico aguardiente de Cognac, que lleva cuarenta años en la barrica. Es la madre de los licores. Tome una anchoa de Drontheim, nada más adecuado para abrir y preparar el tubo digestivo, uno de los órganos más importantes… Y ahora, a la mesa. ¿Por qué no hablamos en alemán? Usted es de Königsberg, yo de Memel, pero realicé mis estudios en Jena. Así estaremos más libres, y los domésticos, que no saben nada más que el polaco y el ruso, no nos comprenderán en absoluto.

Comimos primero en silencio, luego, después de haber tomado el primer vaso de vino de Madeira, le pregunté al doctor si el conde se sentía frecuentemente incomodado por la indisposición que nos privaba hoy de su presencia.

—Sí y no, —contestó el doctor— depende de las excursiones que haga.

—¿Cómo es eso?

—Cuando va hacia el camino de Rosienie, por ejemplo, regresa con migraña y con un humor intratable.

—Yo he ido a Rosienie sin sufrir semejante accidente.

—Eso es, señor profesor —respondió riendo— porque usted no está enamorado.

Yo suspiré pensando en la señorita Gertrude Weber.

—¿Es pues en Rosienie —le dije— donde reside la prometida del señor conde?

—Sí, en los alrededores. ¿Pero prometida?… no sé. ¡Una auténtica coqueta! Que le hará perder la cabeza como le ocurrió a su madre.

—Efectivamente, ¿creo que la señora condesa está… enferma?

—¡Está loca, mi querido señor, loca! ¡Y más loco soy yo por haber venido aquí!

—Esperemos que sus buenos cuidados le devuelvan la salud.

El doctor sacudió la cabeza examinando con atención el color de un vaso de vino de Burdeos que tenía en la mano. «Aquí donde me ve, señor profesor, yo era cirujano-mayor del regimiento de Kalouga. En Sebastopol nos pasábamos de la mañana a la noche cortando piernas y brazos; y no hablo de las bombas que acudían a nosotros como moscas a un caballo desollado; ¡pues bien! aunque estaba mal alojado, mal alimentado, no me aburría como aquí donde como y bebo de lo mejor, donde estoy alojado como un príncipe, pagado como un médico de la corte… ¡Pero la libertad, mi querido señor!… ¡Figúrese que con esta diablesa uno no tiene un momento para sí!

—¿Y hace mucho que está confiada a su experiencia?

—Menos de dos años; pero hace por lo menos veintisiete que está loca, desde que nació el conde. ¿No le han contado a usted eso en Rosienie ni en Kaunas? Escuche, pues es un caso sobre el que quiero algún día escribir un artículo en el Diario médico de San Petersburgo. Está loca de miedo…

—¿De miedo? ¿Cómo es posible?

—De un susto que tuvo. Ella es de la familia de los Keystut… ¡Oh! en esta casa no se unen con cualquiera. Nosotros descendemos de Gédymin… Pues, señor profesor, tres días… o dos días después de su boda, que tuvo lugar en este castillo donde cenamos (¡a la salud de usted!)… el conde, el padre de éste, se fue a cazar. Nuestras damas lituanas son buenas amazonas, como usted sabe. La condesa va también a la caza… Ella permanece detrás o se adelanta a los

monteros…, no sé muy bien… Bueno, de golpe el conde ve llegar a carrera abierta al pequeño cosaco de la condesa, un chico de doce o catorce años. «Señor, dijo, un oso se lleva a la señora — ¿Por dónde? pregunta el conde.— Por allí», dice el pequeño cosaco. Todos los cazadores corren hacia el lugar que él indica: ¡Ni señal de la condesa! Sólo su caballo estrangulado a un lado, y al otro su abrigo hecho jirones. Buscan, baten el bosque en todas las direcciones. Por fin un montero grita: «¡Ahí está el oso!» Efectivamente, el oso cruzaba por un claro, arrantrando aún a la condesa, sin duda para ir a devorarla a gusto en algún foscarral, pues esos animales son sibaritas. Les gusta, como a los monjes, comer tranquilos. Casado desde hacía sólo dos días, el conde estuvo muy caballeroso, quería arrojarse sobre el oso, con el cuchillo de caza en la mano; pero, mi querido señor, un oso de Lituania no se deja acuchillar como un ciervo. Por suerte, el portaarcabuz del conde, un bribón bastante malo, borracho aquel día hasta el punto de no distinguir un conejo de un cervatillo, disparó su carabina a más de cien pasos, sin preocuparse de saber si la bala alcanzaría al animal o a la mujer…

—¿Y mató al oso?

—Por completo. No hay sino los borrachos para esas cosas. Hay también balas predestinadas, señor profesor. Aquí tenemos brujos que las venden a un precio justo… La condesa estaba muy arañada, sin conocimiento, por supuesto, con una pierna rota. La trasladaron, volvió en sí; pero la razón había desaparecido. La llevaron a San Petersburgo. Gran consulta, cuatro médicos de los más eminentes. «La señora condesa está embarazada, es probable que su parto determine una crisis favorable. Que la tengan en un ambiente aireado, en el campo, suero, codeína…» Le dan cien rublos a cada uno. Nueve meses después la condesa da a luz un niño bien formado; pero ¿y la crisis favorable? ¡Ah! ¡Nada de nada!… Un aumento de rabia. El conde le enseña a su hijo. Eso no falla nunca… en las novelas. «¡Matadlo, matad a la fiera!», grita; poco faltó para que ella misma no le retorciera el cuello. A partir de entonces, alternativas de locura estúpida o de manía furiosa. Gran propensión al suicidio. Hay que atarla para hacer que tome el aire. Tres robustas criadas son necesarias para sujetarla. No obstante, señor profesor, anote este detalle: cuando ya he agotado mi latín con ella sin poder hacerme obedecer, tengo un medio para calmarla: La amenazo con cortarle el cabello… Antes, creo que lo tenía muy hermoso. ¡La coquetería! ¡ése es el último sentimiento humano que le ha quedado! ¿No es curioso? Si pudiera emplearlo a mi gusto, tal vez podría curarla.

—¿Y cómo?

—Moliéndola a palos. Así he curado a veinte campesinas de un pueblo donde se había declarado esa curiosa locura rusa, el grito; una mujer se pone a gritar; su comadre grita. Al cabo de tres días, todo el pueblo grita. A fuerza de apalearlas, acabé con ello. Coja una ganga, son muy tiernas. Pero el conde no ha querido jamás que lo intentara.

—¡Cómo! ¿usted quería que aceptara ese abominable tratamiento?

—¡Oh! ha conocido tan poco a su madre…, y además es por su bien; pero, dígame señor profesor ¿Habría usted pensado alguna vez que el miedo pudiera hacer perder la razón?

—La situación de la condesa fue horrorosa… ¡Encontrarse entre las garras de un animal tal feroz!

—¡Pues bien! su hijo no se le parece. Hace menos de un año que él se encontró exactamente en la misma situación y, gracias a su sangre fría, salió de ella de maravilla.

—¿De las garras de un oso?

—De una osa, y la mayor que se haya visto desde hace mucho tiempo. El conde quiso atacarla con la jabalina en la mano. ¡Paf! de un revés ella aleja la jabalina, agarra al señor conde y lo tira al suelo tan fácilmente como si derribara una botella. Él, astuto, se hizo el muerto… La osa lo olió y luego, en lugar de desgarrarlo, le dio un lametón. Él tuvo la presencia de ánimo de no moverse, y ella siguió su camino.

—La osa creyó que estaba muerto. Es cierto, he oído decir que esos animales no comen cadáveres.

—Hay que creerlo y abstenerse de hacer esa experiencia personalmente; pero, a propósito de miedo, déjeme contarle una historia de Sebastopol. Éramos cinco o seis en torno a una jarra de cerveza que acababan de traernos detrás de la ambulancia del famoso bastión nº 5. El centinela grita: ¡Una bomba! Nos echamos todos cuerpo a tierra; bueno, no todos, uno llamado…, es inútil decir su nombre…, un joven oficial que acababa de llegar permaneció de pie, sujetando su vaso lleno, justo en el momento en que explotó la bomba. Se llevó la cabeza de nuestro pobre compañero Andrés Speranski, un chico valiente, y rompió la jarra; afortunadamente estaba casi vacía. Cuando nos levantamos después de la explosión, vemos en medio de la humareda a nuestro amigo que se tragaba el último sorbo de su cerveza, como si no hubiera pasado nada. Lo consideramos como a un héroe. Al día siguiente, encuentro al capitán Ghédéonof, que salía del hospital. Me dice: «Voy a comer con todos ustedes hoy, y para celebrar mi

regreso, yo pago el champán.» Nos sentamos a la mesa. El joven oficial de la cerveza se encontraba allí. No esperaba el champán. Se descorcha una botella cerca de él…¡Paf! el tapón viene a golpearle en una sien. Lanza un grito y se pone mal. Créame que nuestro héroe había tenido un inmenso miedo la primera vez, y que, si se había bebido su cerveza en lugar de resguardarse, es porque había perdido la cabeza, y no le quedaba de ella nada más que un movimiento instintivo del que no tenía conciencia. Efectivamente, señor profesor, la máquina humana…

—Señor doctor —dijo un criado entrando en la sala— la Jdanova dice que la señora condesa no quiere comer.

—¡Que se la lleve el diablo! —refunfuñó el doctor—. Ya voy. Cuando termine de hacerle comer a mi diablesa, señor profesor, ¿podríamos, si lo considera agradable, echar una partida de preférence o de douratchki?

Le expresé mi pesar por mi ignorancia y, cuando se fue a ver a su paciente, yo me fui a mi habitación y me puse a escribir a la señorita Gertrudis.

Capítulo II

LA noche era calurosa, y yo había dejado abierta la ventana que daba al parque. Una vez que escribí la carta, y no teniendo aún ganas de dormir, me puse a repasar los verbos irregulares lituanos y a buscar en el sánscrito las causas de sus diferentes irregularidades. En mitad de ese trabajo que me absorbía, un árbol bastante próximo a mi ventana fue agitado violentamente. Escuché crujir algunas ramas muertas, y me pareció que algún animal muy fuerte intentaba subir a él. Todavía impresionado por las historias de osos que el doctor me había contado, me levanté, no sin cierto temor, y a unos pies de mi ventana, entre el follaje del árbol, vi una cabeza humana, iluminada de lleno por mi lámpara. La aparición no duró nada más que un instante, pero el brillo singular de los ojos que se encontraron con mi mirada me impresionó más de lo que sabría decir. Hice involuntariamente un movimiento con el cuerpo hacia atrás, luego corrí hacia la ventana, y, con un tono severo, le pregunté al intruso qué quería. Mientras tanto él bajaba apresuradamente y, agarrando una gruesa rama entre sus manos, se colgó de ella, se dejó caer al suelo y desapareció inmediatamente. Llamé; un criado entró. Le conté lo que acababa de ocurrir. «El señor profesor se ha confundido, sin duda. — Estoy seguro de lo que digo, contesté. Temo que haya algún ladrón en el parque. — Imposible, señor. — ¿Entonces es alguien de la casa?…» El criado abría los ojos sin responderme. Al final me preguntó si tenía alguna orden que darle. Le dije que cerrara la ventana y me metí en la cama.

Dormí muy bien sin soñar ni con osos ni con ladrones. Por la mañana, estaba terminando mi aseo, cuando llamaron a mi puerta. Abrí y me encontré frente a un alto y hermoso joven, en bata de tejido de Boukhara, y sujetando en la mano una larga pipa turca.

—Vengo a pedirle perdón, señor profesor —dijo— por haber acogido tan mal a un huésped como usted. Soy el conde Szémioth.

Me apresuré a responderle que, al contrario, era yo quien debía agradecerle humildemente su magnífica hospitalidad, y le pregunté si se había librado de su migraña.

—Más o menos —dijo—. Hasta una nueva crisis, —añadió con expresión de tristeza. ¿Está usted aceptablemente bien aquí? Tenga la amabilidad de recordar que se encuentra usted entre los bárbaros. No hay que ser muy exquisito en Samogicia.

Le aseguré que me encontraba de maravilla. Mientras le hablaba, no podía impedirme mirarlo con una curiosidad que yo mismo consideraba impertinente. Su mirada tenía algo extraño que me recordaba, en contra de mi voluntad, a la del hombre que la víspera había visto subido al árbol…; pero ¿cómo va a ser posible —me dije— que el señor conde Szémioth se suba a los árboles por la noche?

Tenía la frente despejada y bien desarrollada, aunque un poco estrecha. Sus rasgos eran de una gran regularidad, sólo sus ojos estaban demasiado juntos, y me pareció que de una glándula lacrimal a la otra no había el espacio de un ojo, como lo exige el canon de los escultores griegos. Su mirada era penetrante. Nuestros ojos se encontraron muchas veces, pese a nosotros mismos, y los desviábamos uno del otro con cierta confusión. De golpe el señor conde exclamó rompiendo a reír:

—¡Usted me ha reconocido!

—¿Reconocido?

—Sí, usted me sorprendió ayer, mientras hacía el granuja.

—¡Oh! ¡señor conde!…

—Había pasado toda la jornada mal, encerrado en mi gabinete. Por la tarde, al encontrame mejor, me paseé por el jardín. Vi la luz de su habitación, y cedí a un movimiento de curiosidad… Tendría que haber dicho mi nombre y presentarme, pero la situación era tan ridícula… Me dio vergüenza y me escapé… ¿Me perdonará usted por haberlo molestado en mitad de su trabajo?

Todo esto fue dicho con un tomo que pretendía ser juguetón; pero se ruborizaba y era evidente que estaba incómodo. Hice todo lo que estaba en mis manos para persuadirlo de que no había conservado ninguna desgradable impresión de este primer encuentro, y para terminar con este tema le pregunté si era cierto que poseía el catecismo samogicio del padre Lawicki.

—Es posible; pero, si he de decirle la verdad, no conozco demasiado la biblioteca de mi padre. A él le gustaban los libros antiguos y las rarezas. Yo sólo leo libros modernos; pero lo buscaremos, señor profesor. ¿Quiere usted pues que leamos el Evangelio en zemaita?

—¿No cree usted, señor conde, que una traducción de las Escrituras en la lengua de este país no es sino muy deseable?

—Sin duda alguna; sin embargo, si usted quiere permitirme una pequeña observación, le diré que, entre las personans que no conocen otra lengua nada más que el zemaita, no hay ni una sola que sepa leer.

—Tal vez, pero le pido a Su Excelencia permiso para hacerle observar que la mayor de las dificultades para aprender a leer, es la falta de libros. Cuando los campesinos samogicios tengan un texto impreso, querrán leerlo, y aprenderán a leer. Es lo que le ha ocurrido ya a muchos salvajes…, y no es que yo quiera aplicar este calificativo a los habitantes de este país… Por otra parte, —añadí—, ¿no es algo deplorable que una lengua desaparezca sin dejar huellas? Desde hace una treintena de años, el prusiano no es sino una lengua muerta. La última persona que conocía el córnico, el dialecto de Cornualles, murió el otro día…

—¡Es triste! —interrumpió el conde. Alejandro Humboldt le contaba a mi padre que había conocido en América un loro que era el único que conocía algunas palabras de la lengua de una tribu hoy completamente destruida por la viruela. ¿Quiere usted permitir que nos sirvan el té aquí?

Mientras tomábamos el té, la conversación giró en torno a la lengua zemaita. El conde criticaba la forma en la que los alemanes han impreso el lituano, y tenía razón.

—Su alfabeto, —decía— no conviene a nuestra lengua. Ustedes no tienen ni nuestra J, ni nuestra L, ni nuestra Y, ni nuestra Ë. Tengo una colección de daïnos publicada el año pasado en Köngsberg, y tengo todas las dificultades del mundo para adivinar las palabras, hasta tal punto están extrañamente transcritas.

—¿Su Excelencia habla sin duda de los daïnos de Lessner?

—Sí. Es una poesía muy simple, ¿no es cierto?

—Tal vez habría podido encontrar algo mejor. Acepto que, tal como está, esa colección no tiene sino un interés puramente filológico; pero creo que buscando bien se lograría recoger flores más suaves entre sus poesías populares.

—¡Ay!, lo dudo mucho, pese a todo mi patriotismo.

—Hace algunas semanas, me entregaron en Vilnius una balada verdaderamente bella, además histórica… La poesía es notable… ¿Me permitiría

usted que se la leyera? La tengo en mi cartera.

—Con mucho gusto.

Se arrellanó en su sillón después de haberme pedido permiso para fumar. «Sólo comprendo la poesía si fumo —dijo.

—Se titula: Los tres hijos de Boudrys.

—¿Los tres hijos de Boudrys? —exclamó el conde con un gesto de sorpresa.

—Sí, Boudrys, Su Excelencia lo sabe mejor que yo, es un personaje histórico.

El conde me miraba fijamente con una mirada peculiar. Algo indefinible, a la vez tímido y salvaje, que producía una impresión casi penosa, cuando uno no estaba acostumbrado a ello. Yo me apresuré a leer para escapar de esa mirada.

Los tres hijos de Boudrys

«En el patio de su castillo, el viejo Boudrys llama a sus tres hijos, tres verdaderos lituanos como él. Les dice: Hijos, dad de comer a vuestros caballos de guerra, preparad vuestras sillas; afilar vuestros sables y vuestras jabalinas. Dicen que en Vilnius la guerra se ha declarado contra los tres rincones del mundo. Olgerd irá contra los rusos; Skirghello contra nuestros vecinos los polacos; Keystut caerá sobre los teutones. Vosotros sois jóvenes, fuertes, valientes, id a combatir: ¡que los dioses de Lituania nos protejan! Este año yo no participaré en ninguna campaña, pero quiero daros un consejo. Sois tres, tres caminos se abren ante vosotros.

Que uno de vosotros acompañe a Olgerd a Rusia, a orillas del lago Ilmen, bajo las murallas de Nóvgorod. Las pieles de armiño, los tejidos brocados, allí se encuentran a montones. Hay en casa de los comerciantes tantos rublos como hielos en el río. Que el segundo siga a Keystut en su cabalgada. ¡Que haga pedazos a la gentuza de la cruz! El ámbar allí, es su arena de mar; sus tejidos, por su brillo y sus colores, no tienen igual. Hay rubíes en los ropajes de sus sacerdotes. Que el tercero cruce el Nieman con Skighello. Al otro lado, encontrará viles instrumentos de laboreo. En cambio, podrá elegir buenas lanzas, escudos resistentes, y me traerá de allí una nuera.

Las mujeres de Polonia, hijos, son las más bellas entre todas nuestras cautivas. ¡Juguetonas como gatas, blancas como la nata! bajo sus negras cejas, sus ojos brillan como dos estrellas. Cuando yo era joven, hace medio siglo, traje de Polonia una hermosa cautiva que fue mi mujer. Desde hace tiempo ya no vive, ¡pero no puedo mirar a este lado del hogar sin acordarme de ella!»

Da su bendición a los jóvenes, que ya se encuentran armados y a caballo.

Parten; llega el otoño, luego el invierno…, pero ellos no regresan. El viejo Boudrys los da ya por muertos.

Llega una tormenta de nieve; un caballero se acerca cubriendo con su bourka negra algunos preciados paquetes. «Es un saco, dijo Boudrys. ¿Está lleno de rublos de Nóvgorod? — No padre. Le traigo una nuera de Polonia.» En mitad de una tormenta de nieve, un caballero se acerca y su bourka se hincha sobre algún preciado paquete. «¿Qué es eso, hijo? ¿Ámbar amarillo de Alemania? — No, padre. Le traigo una nuera de Polonia.» La nieve cae a ráfagas; un caballero se acerca ocultando bajo su bourka algún paquete preciado… Pero antes de que él hubiera enseñado su botín, Boudrys invita a sus amigos a una tercera boda.»

—Bravo, señor profesor —exclamó el conde—: usted pronuncia el zemaita de maravilla; pero ¿quién le da hado este bonita daïna?

—Una señorita que he tenido el honor de conocer en Vilnius, en casa de la princesa Kataryna Pac.

—¿Y usted la llama?

—La panna Iwnska.

—¡La señorita Juliana! —exclamó el conde—. ¡La pequeña loca! ¡Debía haberlo adivinado! Mi querido profesor, usted sabe el zemaita y todas las lenguas cultas, usted ha leído todos los libros antiguos, pero usted se ha dejado engañar por una chiquilla que sólo ha leído novelas. Le ha traducido, en zemaita más o menos correcto, una de las bonitas baladas de Miçkiewicz, que usted no ha leído, porque no tiene más años que yo. Si usted lo desea, voy a enseñársela en polaco, o si prefiere una excelente traducción rusa, le daré a Pushkin.

Confieso que me quedé completamente sorprendido. ¡Qué alegría para el profesor de Dorpat, si hubiera publicado como original la daïna de los hijos de Boudrys!

En lugar de divertirse con mi confusión, el conde, con una exquisita cortesía, se apresuró a desviar la conversación.

—¿Así que usted conoce a la señorita Juliana? —dijo.

—Tuve el honor de serle presentado.

—Y ¿qué piensa? Sea franco.

—Es una señorita muy amable.

—Eso es fácil de decir.

—Es muy bonita.

—¡Oh!

—¿Cómo? ¿No tiene los ojos más bellos del mundo?

—Sí…

—Una piel de una blancura verdaderamente extraordinaria. Me acuerdo de un ghazel persa donde un enamorado celebra la finura de la piel de su amante. «Cuando bebe vino tinto —dice— se le ve pasar a lo largo de su garganta.» La panna Iwinska me hizo pensar en esos versos persas.

—Tal vez la señorita Juliana presente ese fenómeno, pero no sé muy bien si tiene sangre en las venas… No tiene corazón… ¡Es blanca como la nieve y fría como ella…!

Se levantó y se paseó durante un rato por la habitación sin hablar, y, según me parecía, para ocultar su emoción; luego, deteniéndose de pronto: «Perdón, —dijo—: hablábamos, creo, de poesías populares…

—Efectivamente señor conde…

—Hay que admitir después de todo que ha traducido muy bien a Miçkiewicz… «Juguetona como una gata… blanca como la nata… sus ojos brillan como dos estrellas…» Es su retrato. ¿No cree usted?

—Totalmente, señor conde.

—En cuanto a esta diablura… muy fuera de lugar sin duda…, la pobre niña se aburre en casa de una vieja tía. Lleva una vida de convento.

—En Vilnius, iba a las fiestas. Yo la vi en un baile ofrecido por los oficiales del regimiento de…

—¡Ah!… sí, jóvenes oficiales, ésa es la sociedad que le conviene… Reír con uno, criticar con otro, coquetear con todos… ¿Quiere usted ver la biblioteca de mi padre, señor profesor?

Le seguí hasta una gran galería donde había muchos libros bien encuadernados, pero raremente abiertos, como podía deducirse a juzgar por el polvo que cubría sus lomos. ¡Piensen en mi alegría cuando uno de los primeros volúmenes que saqué de un armario resultó ser el Catechismus Samogiticus! No pude reprimir un grito de satisfacción. Es necesario que una especie de misteriosa atracción ejerza su influencia por encima de nosotros mismos… El conde cogió el libro, y, después de haberlo repasado negligentemente, escribió en la primera página: Al señor profesor Wittembach, ofrecido por Miguel Szémioth. No sabría expresar aquí la alegría de mi reconocimiento, y me prometí mentalmente, que después de mi muerte, ese precioso libro sería el orgullo de la biblioteca de la universidad en la que me gradué.

—Tenga la amabilidad de considerar esta biblioteca como su gabinete de trabajo —me dijo el conde— aquí no lo molestarán.

Capítulo III

AL día siguiente, después del almuerzo, el conde me propuso dar un paseo. Se trataba de visitar un kapas (es así como los lituanos llaman a los túmulos a los que los rusos le dan el nombre de kourgâne) muy célebre en el país, porque antiguamente los poetas y los brujos —son todo uno— se reunían allí en determinadas ocasiones solemnes. «Puedo ofrecerle un caballo muy manso, —me dijo—; lamento no poder llevarlo en calesa; pero, de verdad, el camino por el que nos vamos a introducir no es transitable.»

Yo habría preferido permanecer en la biblioteca para tomar notas, pero consideré que no debía expresar un deseo distinto del de mi generoso anfitrión, y acepté. Los caballos nos esperaban al pie de la escalinata; en el patio, un lacayo tenía atado un perro. El conde se detuvo un instante, y, volviéndose hacia mí dijo: «Señor profesor, es usted entendido en perros?

—Muy poco, Excelencia.

—El starsoste de Zorany, donde tengo unas tierras, me envía este perro pachón del que dice maravillas. ¿Permite usted que lo vea? Llamó al lacayo, que le trajo el perro. Era un animal muy hermoso. Familiarizado ya con este hombre, el perro saltaba alegremente y parecía lleno de brío; pero a unos pasos del conde, metió el rabo entre las piernas, se echó hacia atrás y pareció presa de un terror súbito. El conde lo acarició, lo que le hizo aullar de forma lamentable, y después de haberlo examinado algún rato con la mirada de un entendido, dijo: «Creo que será bueno. Que lo cuiden.» Luego montó a caballo.

—Señor profesor —me dijo el conde, cuando estuvimos en la avenida del castillo— usted acaba de ver el miedo de ese perro. He querido que fuera usted testigo por sí mismo… En calidad de sabio, usted debe explicar los enigmas…

¿Por qué los animales tienen miedo de mí?

—En realidad, señor conde, usted me hace el honor de tomarme por un Edipo. Yo sólo soy un pobre profesor de linguística comparada. Podría ser…

—Sepa —interrumpió— que no le pego jamás a los caballos ni a los perros. Tendría escrúpulos de pegarle un latigazo a un pobre animal que hace una tontería sin saberlo. Sin embargo, no sabe la aversión que le inspiro a los caballos y a los perros. Para habituarlos a mí, necesito dos veces más esfuerzo y dos veces más tiempo que cualquier otro emplearía. Mire, el caballo que usted monta; me ha costado mucho tiempo domarlo; ahora es dócil como un cordero.

—Creo, señor conde, que los animales son fisonomistas, y que descubren inmediatamente si una persona que ven por vez primera siente gusto por ellos o no. Sospecho que a usted le gustan los animales sólo por los servicios que le prestan; al contrario, algunas personas tienen un cariño natural por determinados animales, que se percatan de ello al instante. Yo, por ejemplo, desde mi infancia siento una predilección instintiva por los gatos. Raramente huyen cuando me acerco para acariciarlos, y nunca me ha arañado un gato.

—Es muy posible —dijo el conde—. Efectivamente, yo no tengo, lo que se dice, gusto por los animales… No valen más que los hombres… Le llevo, señor profesor, a un bosque donde, en estos momentos, existe un floreciente imperio de animales, a la matecznik, la gran matriz, la gran fábrica de seres. Sí, según nuestras tradiciones nacionales, nadie ha sondeado las profundidades, nadie ha podido llegar al centro de esos bosques y de esos pantanos, excepto, claro está, los señores poetas y los brujos, que penetran por todas partes. Allí viven los animales bajo una república… o bajo un gobierno constitucional, no sabría decirle cuál de los dos. Los leones, los osos, los alces, los joubrs —son nuestros urus—, todos viven en buena compañía. El mamut, que se ha conservado allí, goza de gran consideración. Él es, creo, el mariscal de la dieta. Tienen una policía muy severa, y cuando encuentran a algún animal vicioso, lo juzgan y lo exilian. Pronto contrae la fiebre y se ve obligado a aventurarse en el país de los hombres. Pocos logran escapar.

—Curiosísima leyenda, —exclamé—; pero, señor conde, hablaba del urus: ese noble animal que César describió en sus Comentarios, y que los reyes merovingios cazaban en el bosque de Compiègne, ¿existe realmente todavía en Lituania, tal como he oído decir?

—Sin lugar a dudas. Mi padre mismo mató un joubr, con permiso del gobierno, claro está. Usted ha podido ver la cabeza en la gran sala. Yo no he visto ninguno, creo que los joubrs son muy escasos. Por el contrario, tenemos

aquí lobos y osos en abundancia. Es por si tenemos un encuentro con uno de esos señores por lo que he traído este instrumento (y mostraba una tchékhole circasiana que llevaba en bandolera) y mi criado lleva en el arzón una carabina de dos tiros.

Empezábamos a introducirnos en el bosque. Muy pronto el estrecho sendero por el que íbamos desapareció. En todo momento, nos veíamos obligados a girar en torno a enormes árboles, cuyas ramas bajas nos cerraban el paso. Algunos de ellos, muertos de vejez y derribados, nos presentaban como una muralla coronada por una línea de caballos de frisa, imposible de franquear. En otras partes encontrábamos charcas profundas cubiertas de nenúfares y de lentejas de agua. Más lejos, veíamos claros en los que la hierba brillaba como las esmeraldas; pero desgraciado del que se aventurara por allí, pues esta rica y engañosa vegetación oculta de ordinario abismos de barro donde caballo y caballero desaparecerían para siempre… Las dificultades del camino habían interrumpido nuestra conversación. Yo ponía toda mi atención en seguir al conde y admiraba la imperturbable sagacidad con la que se guiaba sin brújula, y encontraba siempre la dirección ideal que había que seguir para llegar al kapas. Era evidente que él había cazado mucho tiempo en estos bosques salvajes.

Vimos por fin el túmulo en el centro de un amplio claro. Era muy alto, rodeado de un foso aún bien reconocible pese a la maleza y a los desprendimientos. Parecía que ya lo habían inspeccionado. En la cima, observé los restos de una construcción de piedras, algunas de las cuales estaban calcinadas. Una cantidad considerable de cenizas mezcladas con carbones, y aquí y allá tejoletas de vasijas bastante burdas, demostraba que se había encendido fuego en la cima del túmulo durante mucho tiempo. Si se concede crédito a las tradiciones vulgares, sacrificios humanos habrían sido celebrados antiguamente sobre los kapas; pero no hay religión extinguida a la que no se le hayan imputado esos ritos abominables, y dudo que se pueda justificar semejante opinión a propósito de los antiguos lituanos por testimonios históricos.

Bajábamos del túmulo, el conde y yo, para encontrar nuestros caballos que habíamos dejado atados al otro lado del foso, cuando vimos venir hacia nosotros a una vieja mujer apoyándose en un bastón, con una cesta en la mano. «Mis buenos señores, —nos dijo cuando llegó hasta nosotros— tengan la bondad de hacerme caridad por amor del buen Dios. Dénme con qué comprar un vaso de aguardiente para calentar mi pobre cuerpo.»

El conde le arrojó una moneda de plata y le preguntó qué hacía en el bosque, tan lejos de cualquier lugar habitado. Por toda respuesta, ella le enseñó su cesta

que estaba llena de champiñones. Aunque mis conocimientos botánicos eran bastante limitados, me pareció que la mayoría de esos champiñones pertenecían a especies venenosas. «Buena mujer —le dije—, ¿usted no tiene intención de comerse eso?

—Mi buen señor —respondió la vieja con una triste sonrisa— los pobres se comen todo lo que el buen Dios les da.

—Usted no conoce nuestros estómagos lituanos —dijo el conde—; están forrados de hojalata. Nuestros campesinos se comen todos los champiñones que encuentran y gozan de perfecta salud.

—Impídala al menos que pruebe el agaricus necator que veo en su cesta —exclamé. Y estiré la mano para coger un champiñón de los más venenosos.

—Ten cuidado —dijo ella con un tono de pánico—; están guardados… ¡Pirkuns! ¡Pirkuns!

Pirkuns, dicho sea de paso, es el nombre samogicio de la divinidad que los rusos llaman Péroune; es el Júpiter tonans de los eslavos. Si me sorprendí al oír a la vieja invocar a un dios del paganismo, me sorprendí mucho más al ver los champiñones levantarse. La negra cabeza de una serpiente salió y se levantó al menos un pie fuera de la cesta. Yo dí un salto hacia atrás y el conde escupió por encima de su hombro según la costumbre supersticiosa de los eslavos, siguiendo el ejemplo de los antiguos romanos. La vieja depositó la cesta en el suelo, se agachó a su lado y luego, con la mano extendida hacia la serpiente, pronunció algunas palabras ininteligibles que parecían un encantamiento. La serpiente permaneció inmóvil durante un minuto, y luego, enroscándose alrededor del brazo descarnado de la vieja, desapareció por la manga de su abrigo de piel de cordero que, junto a una mala camisa, componía, creo, toda la ropa de esta Circe lituana. La vieja nos miraba con una risita de triunfo, como un prestidigitador que acaba de ejecutar un número difícil. Había en su fisonomía esa mezcla de finura y de estupidez que no es infrecuente en los pretendidos brujos, quienes, en la mayoría de los casos, son cándidos y sinvergüenzas.

—He aquí —me dijo el conde en alemán— una muestra del color local; una bruja que encanta una serpiente, al pie de un kapas, en presencia de un sabio profesor y de un ignorante gentilhombre lituano. Todo esto formaría un bonito motivo para un cuadro de género de su compatriota Knaus… ¿Tiene ganas de que le echen la buenaventura? Aquí tiene una excelente ocasión.

Le contesté que me guardaría mucho de estimular semejantes prácticas. «Prefiero, —añadí—preguntarle si no conoce algún detalle acerca de la curiosa

tradición de la que usted me ha hablado.» «Buena mujer —le dije a la vieja— no has oído hablar de un cantón de este bosque donde los animales viven en comunidad, ignorando el dominio del hombre?»

La vieja hizo un gesto afirmativo con la cabeza, y con su risita mitad boba mitad pilla dijo: «De allí vengo. Los animales han perdido a su rey. Noble, el león, ha muerto; los animales van a elegir un nuevo rey. Ve allí, tal vez llegues a ser rey.

—¡Qué estás diciendo, abuela! —exclamó el conde rompiendo a reír—. ¿Sabes bien con quién estás hablando? Tu no sabes pues que el señor es… (¿cómo diablo se dice profesor en zemaita?), el señor es un gran sabio, un sabio, un waïdelote.

La vieja lo miró con atención. «Me he equivocado —dijo—; eres tú el que debe ir allí. Tú serás su rey, no éste; tú eres alto, eres fuerte, tienes garras y dientes…

—¿Qué opina usted de los epigramas que nos dedica? —me dijo el conde—. ¿Conoces el camino, abuelita? —le preguntó.

Ella le señaló con la mano una parte del bosque.

—Sí, por cierto —prosiguió el conde— y el pantano ¿cómo haces para atravesarlo? —Debe usted saber, señor profesor, que el lugar que indica es un pantano infranqueable, un lago de fango recubierto de hierba verde. El año pasado un ciervo que yo había herido se arrojó a ese endiablado pantano. Lo vi hundirse lentamente, lentamente… Al cabo de dos minutos, no veía nada más que su cornamenta; pronto desapareció por completo y dos de mis perros con él.

—Pero yo no peso mucho —dijo la vieja riéndose.

—Creo que tú cruzas el pantano sin esfuerzo, subida en el palo de una escoba.

Un relámpago de cólera brilló en los ojos de la vieja. «Mi buen señor— le dijo ella retomando el tono monótono y gangoso de los mendigos, ¿no tendrías una pipa de tabaco para darle a una pobre mujer? — Más te valdría —añadió bajando la voz— buscar el paso del pantano, en lugar ir a Dowghielly.

—¡Dowghielly! —exclamó el conde ruborizándose— ¿Qué quieres decir?

No puede impedir observar que esa palabra producía en él un efecto singular. Estaba evidentemente molesto; inclinó la cabeza, y, para ocultar su turbación, se esforzó mucho para abrir su bolsa de tabaco, que colgaba del puño de su cuchillo de caza.

—No, no vayas a Dowghielly —continuó la vieja—. La pequeña paloma

blanca no es para ti. ¿No es cierto, Pirkuns? En ese momento, la cabeza de la serpiente salió por el escote del viejo abrigo y se estiró hasta la oreja de su dueña. El reptil, adiestrado sin duda en este manejo, removía las mandíbulas como si hablara. «Dice que tengo razón», añadió la vieja.

El conde le puso en la mano un puñado de tabaco. «¿Me conoces? —le preguntó.

—No, mi buen señor.

—Soy el propietario de Medintiltas. Ven a verme uno de estos días. Te daré tabaco y aguardiente.

La vieja le besó la mano y se alejó a grandes zancadas. En un instante, la perdimos de vista. El conde permanecía pensativo, atando y desatando los cordones de su bolsa, sin saber demasiado lo que hacía.

—Señor profesor —me dijo tras un silencio bastante largo— va usted a reírse de mí. Esta vieja bribona me conoce mucho mejor de lo que dice, y el camino que acaba de indicarme… Después de todo, no hay nada muy extraño en todo eso. En toda la región soy conocido como «el lobo blanco». La tunante me ha visto más de una vez por el camino que lleva al castillo de Dowghielly… Allí hay una señorita casadera; y ésta ha concluido que estaba enamorado… Luego cualquier hermoso chico la habría sobornado para que me anunciara una siniestra aventura… Todo ello salta a la vista; sin embargo, y en contra de mi voluntad, sus palabras me impresionan. Estoy casi asustado por ellas… Se ríe usted y tiene razón… La verdad es que había proyectado ir a pedir que nos invitaran a cenar en el castillo de Dowghielly, y ahora lo estoy dudando… ¡Soy un gran loco! Veamos, señor profesor, decida usted mismo ¿Vamos?

—Mucho me guardaría de tener una opinión —le contesté riendo—. En cuestión de matrimonio, no doy jamás un consejo.

Habíamos llegado donde se encontraban nuestros caballos. Le conde saltó agilmente sobre su silla y, dejando caer las riendas dijo: «¡El caballo decidirá por nosotros!» El caballo no lo dudó; entró de inmediato por un pequeño sendero que, después de numerosas revueltas, dio a un camino empedrado que conducía a Dowghielly. Media hora después, nos encontrábamos en la escalinata del castillo.

Al oír el ruido que hicieron nuestros caballos, una bonita cabeza rubia se asomó a una ventana entre dos cortinas. Reconocí a la pérfida traductora de Miçkiewicz. «Sed bienvenidos —dijo—. No podría llegar más a propósito, conde Szémioth. Me acaba de llegar hace un instante un vestido de París. No me

reconocerá usted, hasta tal punto estaré bella».

Las cortinas se cerraron. Mientras subía la escalinata, el conde decía entre dientes: «No hay duda de que no era por mí por quien estrenaba ese vestido…»

Él me presentó a la señora Dowghiello, la tía de la panna Iwinska, que me recibió muy amablemente y me habló de mis últimos artículos en la Gaceta científica y literaria de Königsberg.

—El señor profesor —dijo el conde— viene a quejarse a usted a propósito de la señorita Juliana, que le ha jugado una mala pasada.

—Es una niña, señor profesor. Hay que perdonarla. Con frecuencia me desespera con sus locuras. A los dieciséis años, yo era mucho más razonable que ella a los veinte; pero es una buena chica en el fondo y tiene todas sus cualidades muy arraigadas. Es muy buena música, pinta divinamente las flores, habla igual de bien el francés, el alemán y el italiano… Borda…

—¡Y hace versos zemaitas! —añadió el conde riendo.

—¡Ella es incapaz! —exclamó la señora Dowghiello, a quien hubo que explicarle la travesura de su sobrina.

La señora Dowghiello era muy instruida y conocía las antigüedades de su país. Su conversación me agradó singularmente. Leía mucho nuestras revistas alemanas, y tenía nociones muy correctas acerca de la lingüística. Confieso que no me di cuenta del tiempo que la señorita Iwinska empleó en vestirse; pero al conde Szémioth le pareció largo, pues se levantaba, se volvía a sentar, miraba por la ventana, y golpeaba con sus dedos los cristales, como una persona que pierde la paciencia.

Por fin, al cabo de tres cuartos de hora apareció, seguida de su institutriz francesa, la señorita Juliana, llevando con gracia y altivez un vestido cuya descripción exigiría conocimientos muy superiores a los míos.

—¿No estoy bella? —le preguntó al conde girando lentamente sobre sí misma para que él pudiera verla por todos lados. No miraba ni al conde ni a mí, sólo miraba su vestido.

—¡Cómo, Juliana! —dijo la señora Dowghiello—, ¿no saludas al señor profesor, que tiene quejas de ti?

—¡Ah! ¡señor profesor! —dijo con una pequeña mueca encantadora— ¿pues qué he hecho? ¿Es que me va a imponer una penitencia?

—Nosotros nos la impondríamos, señorita, —contesté— si nos priváramos de su presencia. Estoy muy lejos de quejarme; me felicito, al contrario, de haber aprendido gracias a usted, que la musa lituana renace más brillante que nunca.

Inclinó la cabeza, colocando sus manos sobre la cara, con cuidado de no estropear su peinado. «¡Perdóneme, no volveré a hacerlo!» dijo con el tono de un niño que acaba de robar golosinas.

—No la perdonaré, querida Pani, —le dije— sino cuando haya cumplido la promesa que tuvo a bien hacerme en Vilnius, en casa de la princesa Kataryna Paç.

—¿Qué promesa? —dijo levantando la cabeza y riendo.

—¿La ha olvidado ya? Me prometió que, si volvíamos a encontrarnos en Samogicia, me mostraría una determinada danza del país de la que usted decía maravillas.

—¡Oh! ¡La rusalca! Estoy encantadora en ella, y he aquí justamente el hombre que necesito.

Corrió hacia una mesa donde había unos cuadernos de música, repasó uno precipitadamente, lo puso sobre el atril de un piano, y dirigiéndose a su institutriz dijo: «Mire, querida amiga, Allegro presto.» Y tocó ella misma, sin sentarse, el retornelo para indicar el movimiento «Venga hasta aquí, conde Miguel, usted es demasiado lituano como para no danzar bien la rusalca;… pero baile como un campesino, ¿de acuerdo?»

La señora Dowghiello intentó una amonestación, pero fue inútil. El conde y yo insistimos. Él tenía sus razones, pues su papel en este baile era de los más agradables, como se verá enseguida. La institutriz, después de algunos ensayos, dijo que creía poder tocar esta especie de vals, aunque fuera un poco extraño, y la señorita Iwinska, después de haber retirado algunas sillas y una mesa que habrían podido molestarla, cogió a su caballero por la solapa del traje y lo condujo a la mitad del salón. «Sabrá usted, señor profesor, que yo soy una rusalca, para servirle.» Hizo una gran reverencia. «Una rusalca es una ninfa de las aguas. Hay una en todas las charcas llenas de agua negra que embellecen nuestros bosques. ¡No se acerque! La rusalca sale, mucho más bonita que yo, si eso es posible; y se lo lleva al fondo, donde según parece, se lo come…

—¡Una verdadera sirena! —exclamé yo.

—Él —continuó la señorita Iwnska indicando al conde Szémioth— es un joven pescador, muy ingenuo, que se expone a mis garras, y yo, para hacer durar el placer, voy a fascinarlo danzando un poco a su alrededor… ¡Ah! pero para hacerlo bien necesitaría un sarafane ¡Qué lástima!… Tenga la amabilidad de excusar este vestido, que no tiene carácter, ni color local…¡Oh! y tengo zapatos, ¡es imposible danzar una rusalca con zapatos!… ¡y además de tacón!

Levantó su vestido, y, sacudiendo con mucha gracia su bonito piececillo, con el riesgo de enseñar un poco su pierna, envió el zapato al otro extremo del salón. El segundo siguió al primero, y se quedó sobre el parquet con sus medias de seda. «¡Todo está listo», dijo a la institutriz, y comenzó la danza.

La rusalca gira y vuelve a girar alrededor de su caballero. Él extiende los brazos para agarrarla, ella pasa por debajo de él y se le escapa. Todo es muy gracioso, y la música tiene movimiento y originalidad. La figura se termina cuando el caballero, creyendo agarrar a la rusalca para darle un beso, ella da un salto, le golpea en un hombro, y él cae a sus pies como muerto… Pero el conde improvisó una variante, que fue estrechar a la traviesa entre sus brazos y besarla a su gusto. La señorita Iwnska lanzó un pequeño grito, enrojeció mucho y fue a dejarse caer sobre un canapé con un aire enojado, quejándose de que él la hubiera apretado, como el oso que era. Vi que la comparación ne le gustó al conde, pues le recordaba una desgracia familiar; su frente se ensombreció. Por mi parte, agradecí vivamente a la señorita Iwnska, e hice elogios de su danza, que me pareció tener un carácter muy antiguo, que recordaba las danzas sagradas de los griegos. Fui interrumpido por un criado que anunciaba la llegada del general y de la princesa Véliaminof. La señorita Iwinska dio un salto desde el canapé hasta donde se encontraban sus zapatos, introdujo en ellos apresuradamente sus pequeños pies y corrió a recibir a la princesa, a quien hizo una tras otra dos profundas reverencias. Observé que en cada una de ellas levantaba diestramente el tacón del zapato. El general traía a dos ayudas de campo, y, como nosotros, venía a hacerse invitar. En cualquier otro lugar, uno piensa que un ama de casa se habría visto algo preocupada al recibir a la vez seis huéspedes inesperados y con buen apetito; pero es tal la abundancia y la hospitalidad de las casas lituanas que la comida sólo se retrasó, creo, media hora. Sólo que había en ella demasiados patés calientes y fríos.

Capítulo IV

LA comida estuvo muy animada. El general nos dio detalles muy interesantes acerca de las lenguas que se hablan en el Cáucaso, y de las cuales unas son arias y las otras turaníes, aunque entre los diferentes pueblos, hay una notable similitud de hábitos y costumbres. Yo mismo me vi obligado a hablar de mis viajes, porque el conde Szémioth me había felicitado por la manera que tenía de montar a caballo, y había dicho que no había visto jamás a ningún ministro o profesor que pudiera realizar tan hábilmente un trecho como el que acabábamos de hacer, tuve que explicarle que, habiendo sido encargado por la Sociedad Bíblica de un trabajo sobre la lengua de los charruas, había pasado tres años y medio en la república del Uruguay, casi siempre a caballo y viviendo en las pampas, entre los indios. Fue así como llegué a contar que habiendo estado tres días perdido en esas llanuras sin fin, y no teniendo víveres ni agua, me había visto obligado a hacer lo mismo que los gauchos que me acompañaban, es decir, sangrar a mi caballo y beberme su sangre.

Todas las damas lanzaron un grito de horror. El general comentó que los calmucos hacían lo mismo en semejantes situaciones extremas. El conde me preguntó, cómo había encontrado esa bebida.

—Moralmente —le respondí— me repugnaba mucho; pero físicamente me encontré muy bien, y a ella le debo el honor de poder comer aquí hoy. Muchos europeos, quiero decir blancos, que han vivido entre los indios, se acostumbran a ello e incluso le toman gusto. Mi excelente amigo, don Fructuoso Rivera, presidente de la República, pierde raramente la ocasión de satisfacerlo. Recuerdo que un día, yendo hacia el Congreso en uniforme de gala pasó por delante de un rancho donde se estaba sangrando a un potro. Se detuvo, bajó del caballo para

pedir un chupon, un trago, después del cual pronunció uno de sus más elocuentes discursos.

—¡Ese presidente es un monstruo horroroso! —exclamó la señorita Iwinska.

—Perdóneme, mi querida Pani, —dije— es un hombre muy distinguido, un espíritu superior. Habla maravillosamente muchas lenguas indias muy difíciles, sobre todo el charrua, a causa de las innumerables formas que toma el verbo, según el régimen directo o indirecto, e incluso según las relaciones sociales que existan entre las personas que lo hablan.

Iba a dar algunos detalles bastante curiosos sobre el mecanismo del verbo charrua, pero el conde me interrumpió para preguntarme dónde había que sangrar a los caballos cuando se quería beber su sangre.

—Por amor de Dios, mi querido profesor —exclamó la señorita Iwinska con un aspecto de pánico cómico— no se lo diga. Es un hombre capaz de matar a toda su cuadra, y de comernos a nosotros mismos cuando no le queden más caballos.

Después de esta salida, las damas abandonaron la mesa riendo, para ir a preparar el té o el café, mientras que nosotros fumábamos. Al cabo de un cuarto de hora, mandaron llamar al salón al general. Queríamos acompañarlo todos; pero se nos dijo que las señoras sólo querían un hombre cada vez. Enseguida escuchamos en el salón grandes carcajadas y aplausos. «La señorita Juliana hace de las suyas», dijo el conde. Vinieron a por él; nuevas risas, nuevos aplausos. Mi turno llegó después del suyo. Cuando entré en el salón, todas las caras habían adoptado un aire de gravedad que no era de muy buen augurio. Me esperaba alguna broma.

—Señor profesor —me dijo el general con el tono más oficial que pudo— estas damas aseguran que le hemos proporcionado demasiada buena acogida a su champán, y no quieren admitirnos en su compañía hasta después de haber superado una prueba. Se trata de ir con los ojos vendados desde la mitad del salón hasta ese muro, y tocarlo con un dedo. Ve usted que la cosa es sencilla, basta con andar recto. ¿Se encuentra usted en situación de seguir una línea recta?

—Creo que sí, general.

Inmediatamente, la señorita Iwinska me puso un pañuelo en los ojos y lo apretó con toda su fuerza por detrás. «Está usted en mitad del salón, —dijo—, extire la mano. ¡Bueno! Apuesto que no llegará al muro.»

—¡Adelante, en marcha! —dijo el general.

Sólo tenía que hacer cinco o seis pasos. Avanzaba muy lentamente,

persuadido de que tropezaría con alguna cuerda o con algún taburete, traidoramente colocado en mi camino para hacerme tropezar. Oía risas ahogadas que aumentaban mi confusión. Por fin, creía encontrarme completamente junto al muro, cuando mi dedo, que tendía hacia adelante, entró de pronto en algo frío y viscoso. Hice una mueca y un salto hacia atrás, que hizo reír a los asistentes. Me quité la venda y vi cerca de mí a la señorita Iwinska sujetando un tarro de miel en el que yo había metido el dedo creyendo tocar el muro. Mi consuelo fue ver a los dos ayudas de campo pasar la misma prueba, y no soportarla mejor que yo.

Durante el resto de la tarde, la señorita Iwnska no cesó de dar rienda suelta a su humor juguetón. Siempre burlona, siempre traviesa, unas veces tomaba a uno, otras veces a otro como objeto de sus bromas. Observé no obstante que se dirigía lo más frecuentemente al conde, quien, debo decirlo, no se molestaba jamás e incluso le gustaban sus bromas. Al contrario, cuando atacaba a uno de los ayudas de campo, fruncía el ceño, y veía brillar sus ojos con ese fuego sombrío que en realidad tenía algo de amedrentador. «Juguetona como una gata y blanca como la nata.» Me parecía que al escribir ese verso Miękiewicz había querido hacer el retrato de la panna Iwinska.

Capítulo V

NOS retiramos bastante tarde. En muchas de las grandes casa lituanas, se ve una cubertería magnífica, muebles muy bellos, alfombras preciosas de Persia, pero no hay, como en nuestra amada Alemania, buenas camas de plumas para ofrecer a un huésped fatigado. Rico o pobre, gentilhombre o campesino, un eslavo es capaz de dormir sobre una tabla. El castillo de Dowghielly no era una excepción a la regla general. En la habitación donde nos condujeron al conde y a mí, no había sido dos canapés recubiertos de cuero. Eso no me asustaba en absoluto, pues en mis viajes había dormido con frecuencia directamente en el suelo, y me burlaba un poco de las exclamaciones del conde sobre la falta de cortesía de sus compatriotas. Un criado vino a sacarnos las botas y nos dio batas y pantuflas. El conde, después de haberse quitado el traje, se paseó algún rato en silencio, luego deteniéndose delante del canapé en el que yo me había tendido ya, me dijo:

—¿Qué piensa usted de Juliana?

—La encuentro encantadora.

—Sí, ¡pero tan coqueta! ¿Cree que le gusta de verdad ese pequeño capitán rubio?

—¿El ayuda de campo?… ¿Cómo podría saberlo?

—Es un necio,… luego debe gustar a las mujeres.

—Niego la conclusión, señor conde. ¿Quiere que le diga la verdad? La señorita Iwinska piensa mucho más en agradar al conde Szémioth que a todos los ayudas de campo del ejército.

Él se ruborizó sin contestar; pero me pareció que mis palabras le habían producido un sensible placer. Se paseó aún durante algún rato sin hablar, luego,

después de mirar su reloj dijo: «Por mi fe, haríamos mejor en dormir, pues es tarde.»

Cogió su fusil y su cuchillo de caza, que habían traído a nuestra habitación, los metió en un armario y retiró la llave. «¿Quiere usted guardarla?, —me dijo entregándomela ante mi gran sorpresa—, yo podría olvidarla. Sin lugar a dudas usted tiene más memoria que yo.

—El mejor sistema para no olvidar sus armas —le dije— sería ponerlas sobre esa mesa, cerca de su sofá.

—No… Mire, francamente, no me gusta tener armas cerca de mí cuando duermo… Y la razón es ésta: Cuando yo estaba en los húsares de Grodno, dormía un día en una habitación con un compañero; mis pistolas estaban sobre una silla a mi lado. Por la noche, me desperté al oír una detonación. Tenía una pistola en la mano; había disparado, y la bala había pasado a dos pulgadas de la cabeza de mi compañero… No pude recordar nunca el sueño que había tenido.

Esta anécdota me turbó un poco. Estaba seguro de que no tenía ninguna bala en la cabeza; pero cuando observaba la estatura elevada, la complexión hercúlea de mi compañero, sus brazos nerviosos cubiertos de un vello negro, no podía impedirme reconocer que podía perfectamente estrangularme con sus manos, si tenía un mal sueño. No obstante, me guardé mucho de mostrar ante él la menor inquietud; solamente situé una luz sobre una silla junto a mi canapé, y me puse a leer el Catecismo de Lawinski, que había traído conmigo. El conde me dio las buenas noches, se tendió en su sofá, se dio dos o tres vueltas; por fin pareció dormirse aunque estuviera hecho un ovillo como el amante de Horacio, quien, encerrado en un baúl, toca la cabeza con sus rodillas plegadas:

Turpi clausus in arca,
Contractum genibus tangas caput…

De vez en cuando suspiraba con fuerza o producía una especie de ronquido nervioso que yo atribuía a la extraña posición que había adoptado para dormir. Así pasó alrededor de una hora. Yo me adormecía también. Cerré mi libro y estaba colocándome lo mejor posible sobre mi cama cuando una risa extraña de mi vecino me hizo sobresaltar. Miré al conde. Tenía los ojos cerrados, todo su cuerpo se estremecía y de sus labios entreabiertos se escapaban algunas palabras apenas articuladas.

—¡Muy fresca!… ¡Muy blanca!… El profesor no sabe lo que dice… El caballo no vale nada… ¡Qué trozo tan exquisito!… Luego se puso a morder a dentelladas el cojín donde descansaba su cabeza, y al mismo tiempo lanzó una

especie de rugido tan fuerte que se despertó.

Por mi parte, yo permanecía inmóvil sobre mi canapé y hacía como que dormía. Pero lo observaba. Se sentó, se frotó los ojos, suspiró tristemente y permaneció cerca de una hora sin cambiar de postura, absorto, en sus reflexiones. Yo estaba sin embargo muy inquieto, y me prometí interiormente no volver a dormir jamás junto al señor conde. A la larga, no obstante, la fatiga pudo con la inquietud y cuando la luz de la mañana entró en nuestra habitación, uno y otro dormíamos profundamente.

Capítulo VI

DESPUÉS de desayunar, regresamos a Medintiltas. Allí, al encontrar solo al doctor Frœber, le dije que creía que el conde se encontraba enfermo, que tenía sueños horribles, que tal vez fuera sonámbulo, y que, en ese estado, podía ser peligroso.

—Ya me había percatado de todo eso, —me dijo el médico—. Aunque tiene una complexión atlética, es nervioso como una mujer bonita. Tal vez lo haya heredado de su madre… Ella ha estado endemoniadamente inquieta esta mañana… No creo mucho en las historias de miedos y de antojos de las mujeres embarazadas; pero lo cierto es que la condesa es maniática, y que las manías son transmisibles por la sangre…

—Pero el conde —contesté— es perfectamente razonable; tiene un espíritu equilibrado, es instruido, mucho más de lo que yo lo hubiera creído, se lo confieso, le gusta la lectura…

—De acuerdo, de acuerdo, mi querido señor, pero es extraño con frecuencia. A veces cae enfermo durante varios días; merodea por la noche con frecuencia; lee libros increíbles… sobre metafísica alemana… sobre fisiología… ¿qué sé yo? Ayer mismo le llegó un paquete de Leipzig. ¿Hay que hablar claro? un Hércules necesita una Hebe. Aquí hay campesinas muy bonitas… El sábado por la noche, después de haberse bañado, se las tomaría por princesas… No hay ni una que no se sintiera orgullosa de entretener al señor. A su edad, yo, ¡que el diablo me lleve!… No, no tiene amante, no se casa, está en un error. Necesitaría un derivativo.

Como el materialismo grosero del doctor me chocaba hasta el extremo, terminé bruscamente la conversación diciéndole que hacía votos por que el

conde Szémioth encontrara una esposa digna de él. Era, no sin sorpresa, lo reconozco, como supe gracias al doctor que al conde le gustaban los estudios filosóficos. Este oficial de húsares, este cazador apasionado leyendo metafísica alemana y ocupándose de fisiología, era algo que trastocaba mis ideas. El doctor lo había dicho, no obstante, y desde ese mismo día tuve una prueba.

—Cómo explica usted, señor profesor —me preguntó bruscamente hacia el final de la cena— cómo explica usted la dualidad o la duplicidad de nuestra naturaleza…, Y como se dio cuenta de que no lo comprendía perfectamente, prosiguió: «¿No se ha encontrado usted nunca en lo alto de una torre o bien al borde de un precipicio, teniendo a la vez la tentación de lanzarse al vacío y el sentimiento de terror absolutamente contrario?…

—Eso puede explicarse por causas completamente físicas —dijo el doctor—; primero, la fatiga que se experimenta después de una marcha ascensional determina un afluencia de sangre al cerebro, que…

—Dejemos ahí la sangre, doctor, —dijo el conde con impaciencia—, pongamos otro ejemplo. Usted tiene un arma de fuego cargada. Su mejor amigo esta allí. Se le ocurre la idea de meterle una bala en la cabeza. Usted siente el mayor horror ante un asesinato, y sin embargo ha tenido la idea. Creo, señores, que si todos los pensamientos que nos vienen a la cabeza por espacio de una hora…, creo que si todos sus pensamientos, señor profesor, al que tengo por sabio, fueran escritos, formarían un volumen infolio tal vez, según el cual no habría abogado que defendiera con éxito su prohibición, ni un juez que no le enviara a prisión o bien a un manicomio.

—Ese juez, señor conde, no me condenaría en absoluto por haber buscado esta mañana durante más de una hora la ley misteriosa según la cual los verbos eslavos toman un sentido futuro al combinarse con una preposición, pero si por casualidad hubiera tenido cualquier otro pensamiento, ¿qué prueba iba a esgrimir en mi contra? No soy más dueño de mis pensamientos que de los accidentes externos que me los sugieren. Por el hecho de que un pensamiento surja en mí, no se puede concluir un comienzo de ejecución, ni siquiera una resolución. Nunca he tenido idea de matar a nadie; pero si la tuviera, ¿mi razón no está aquí para descartarla?

—Usted habla de la razón bien a sus anchas; pero ¿está siempre allí, como usted dice, para dirigirnos? Para que la razón hable y se haga obedecer, hace falta reflexión, es decir, tiempo y sangre fría. ¿Disponemos siempre del uno y de la otra? En un combate, veo que viene hacia mí un bala que rebota, me giro y dejo al descubierto a mi amigo, por el que habría dado mi vida, si hubiera tenido

tiempo para reflexionar…

Yo intentaba hablarle de nuestros deberes de hombre y de cristiano, de la necesidad que tenemos de imitar al guerrero de la Escritura, siempre dispuesto al combate, por fin le hice ver que, luchando sin cesar contra nuestras pasiones, adquirimos nuevas fuerzas para debilitarlas y dominarlas. Sólo logré, me temo, reducirlo al silencio, pues no parecía muy convencido.

Permanecí aún unos diez días en el castillo. Hice otra visita a Dowghielly, pero no dormimos allí. Como la primera vez, la señorita Iwinska se mostró traviesa y niña mimada. Ejercía sobre el conde una especie de fascinación, y yo no dudaba de que él estuviera muy enamorado. No obstante, él conocía bien sus defectos y no se hacía ilusiones. Sabía que era coqueta, frívola, indiferente a todo cuanto no fuera una diversión para ella. Con frecuencia me dí cuenta de que él sufría interiormente al saberla tan poco razonable; pero tan pronto como le hacía alguna pequeña monada, él lo olvidaba todo, su cara se iluminaba, e irradiaba alegría. Quiso llevarme por última vez a Dowghielly la víspera de mi partida, tal vez porque yo me quedaba charlando con la tía mientras él iba a pasearse por jardín con la sobrina; pero tenía mucho trabajo, y pese a su insistencia, tuve que excusarme. Regresó para comer, aunque hubiera dejado dicho que no lo esperáramos. Se sentó a la mesa, pero no pudo comer. Durante toda la comida estuvo sombrío y de mal humor. De vez en cuando, sus cejas se fruncían y sus ojos adquirían una expresión siniestra. Cuando el doctor salió para ir junto a la condesa, el conde me siguió hasta mi habitación, y me contó todo lo que llevaba en el corazón. «Me arrepiento de haberlo dejado para ir a ver a esta pequeña loca, que se burla de mí y que sólo ama las nuevas caras; pero felizmente todo ha terminado entre nosotros, estoy profundamente hastiado de ella y no volveré a verla jamás…» Y durante algún rato se paseó de arriba a abajo, como acostumbraba, luego continuó: «Usted ha creído tal vez que yo estaba enamorado de ella. Eso es lo que piensa ese doctor imbécil. No, yo no la he amado jamás. Su cara risueña me divertía. Su piel blanca me producía placer al verla… Eso es todo lo que hay de bueno en ella… sobre todo la piel. Cerebro, en absoluto. Jamás vi en ella otra cosa sino una bonita muñeca, buena para contemplarla cuando uno se aburre y cuando no tiene un libro nuevo… ¡Su piel es maravillosa!… señor profesor, la sangre que corre bajo esa piel debe ser mucho mejor que la de un caballo… ¿Qué opina usted?»

Y se puso a reír a carcajadas, pero hacía daño oír esa risa.

Me separé de él al día siguiente para continuar mis exploraciones al norte del Palatinado.

Capítulo VII

ÉSTAS duraron alrededor de dos meses, y puede decirse que no hay pueblo en Samogicia donde no me haya detenido y donde no haya recogido algún documento. Que se me permita aprovechar esta ocasión para agradecer a los habitantes de esta provincia, y en particular a los señores sacerdotes, la ayuda verdaderamente diligente que concedieron a mis investigaciones y las excelentes contribuciones con las que enriquecieron mi diccionario.

Después de una estancia de una semana en Szawlé, me proponía a ir para embarcarme en Klaipeda (puerto que nosotros llamamos Mmel) para regresar a mi casa, cuando recibí la siguiente carta del conde Szémioth, traída por uno de sus cazadores:

> «*Señor profesor,*
>
> *Permítame escribir en alemán. Cometería más solecismos aún si le escribiera en zemaita, y usted perdería toda su consideración por mí. No sé si tiene usted ya mucha, y la noticia que tengo que comunicarle no la aumentará probablemente. Sin más preámbulos, me caso, y usted adivina bien con quien. Jupiter se ríe de los juramentos de los enamorados. Lo mismo hace Pirkuns, nuestro Jupiter samogicio. Es pues con la señorita Juliana Iwinska con quien me caso el 8 del próximo mes. Sería usted el más amable de los hombres si viniera a asistir a la ceremonia. Todos los campesinos de Medintiltas y lugares circundantes vendrán a mi casa a comerse algunos terneros e innumerables cerdos, y cuando estén borrachos, danzarán en el prado, a la derecha de la avenida que usted conoce. Verá trajes, trajes dignos de su observación. Usted me*

proporcionará una gran alegría y a Juliana también. Añadiré que su rechazo nos causaría un verdadero problema. Usted sabe que pertenezco a la religión evangélica, lo mismo que mi prometida; bueno pues, nuestro pastor, que reside a una treintena de leguas de aquí, está inmovilizado por la gota, y me he atrevido a esperar que usted aceptará oficiar en su lugar. Créame, mi querido profesor, su más rendido,

MIGUEL SZÉMIOTH»

Al pie de la carta, en forma de postdata, una bonita mano femenina había añadido en zemaita:

«*Yo, musa de Lituania, escribo en zemaita. Miguel es un impertinente al dudar de su aprobación. No hay nadie más que yo lo suficientemente loca como para querer algo con un chico como él. Usted verá, señor profesor, el 8 del próximo día, una novia un poco chic. Esta palabra no es zemaita, es francesa. ¡Espero que, al menos, no tenga usted distracciones durante la ceremonia!*»

No me gustó ni la carta ni la postdata. Me parecía que los novios mostraban una ligereza imperdonable en una ocasión tan solemne. No obstante ¿tenía alguna forma de negarme? Confesaré además que el anunciado espectáculo no dejaba de producirme tentaciones. Según toda apariencia, entre la gran cantidad de nobles que se reunirían en el castillo de Medintiltas, no dejaría de encontrar a personas instruidas que me proporcionarán informaciones útiles. Mi glosario zemaita era muy rico; pero el sentido de un determinado número de palabras aprendidas de boca de campesinos incultos permanecía aún para mí envuelto en una relativa oscuridad. Todas esas consideraciones juntas, tuvieron peso suficiente como para obligarme a aceptar la petición del conde, y le contesté que en la mañana del 8 me encontraría en Medintiltas. ¡Cuántos motivos tuve para arrepentirme!

Capítulo VIII

AL entrar por la avenida del castillo, encontré un número considerable de damas y caballeros en traje de mañana, agrupados sobre la escalinata o circulando por las avenidas del parque. El patio estaba lleno de campesinos endomingados. El castillo tenía aspecto de fiesta; flores por todas partes, guirnaldas, banderas y colgaduras. El intendente me condujo a la habitación que había sido preparada para mí en la planta baja, pidiéndome perdón por no poder ofrecerme la más bella; pero había tanta gente en el castillo, que había sido imposible guardarme la habitación que había ocupado en mi primera estancia y que estaba destinada a la esposa de un mariscal de la nobleza; mi nueva habitación, por otra parte era muy adecuada, con vistas al parque y por debajo de las habitaciones del conde. Me vestí apresuradamente para la ceremonia, me coloqué mi sotana; pero ni el conde ni su prometida aparecían. El conde había ido a buscarla a Dowghielly. Deberían haber llegado desde hacía mucho rato, pero el arreglo de una novia, no es cosa pequeña, y el doctor advertía a los invitados que, puesto que el almuerzo no tendría lugar sino después del servicio religioso, los apetitos demasiado impacientes harían bien en tomar algunas precauciones en un determinado buffet provisto de dulces y de toda clase de licores. Observé hasta qué punto la espera excita la maledicencia; dos madres de bonitas señoritas invitadas a la fiesta no dejaban de dirigir epigramas contra la novia.

Era más de mediodía cuando una salva de morteros y disparos indicó la llegada, y poco después una calesa engalanada entró por la avenida conducida por cuatro magníficos caballos. Por la espuma que cubría su pecho, era fácil deducir que el retraso no había sido culpa suya. En la calesa no había sino la

novia, la señora Dowghiello y el conde. Él descendió y ofreció la mano a la señora Dowghiello. La señorita Iwnska, con un movimiento lleno de gracia y de coquetería infantil, hizo el gesto de querer taparse bajo un chal para escapar de las miradas curiosas que la rodeaban por todas partes. Sin embargo, se puso de pie en la calesa, e iba a agarrar la mano del conde, cuando los caballos de la vara, asustados tal vez por la lluvia de flores que las campesinas lanzaban a la novia, tal vez al sentir ese extraño terror que el conde Szémioth inspiraba a los animales, se encabritaron resoplando; una rueda golpeó brevemente el pie de la escalinata, y pudo pensarse por un momento que iba a ocurrir un accidente… Pronto todos se tranquilizaron. El conde, llevándola entre sus brazos, la transportó hasta la parte superior de la escalinata tan fácilmente como si hubiera llevado una paloma. Todos aplaudimos su destreza y su galantería caballerosa. Los campesinos lanzaban vivas formidables, y la novia, completamente roja, reía y temblaba a la vez. El conde, que no tenía prisa en deshacerse de tan encantador paquete, parecía triunfante al mostrárselo a la gente que lo rodeaba.

De pronto, una mujer de gran estatura, pálida, delgada, con la ropa en desorden, el cabello revuelto y todos los rasgos contraidos por el terror, apareció en lo alto de la escalinata, sin que nadie pudiera saber de dónde venía.

«¡El oso! —gritaba con voz aguda—; ¡el oso!, ¡los fusiles!… ¡Que se lleva a una mujer! ¡Matadlo! ¡Disparen! ¡Disparen!»

Era la condesa. La llegada de la novia había atraído a todo el mundo hasta la escalinata, al patio, o a las ventanas del castillo. Hasta las mujeres que vigilaban a la pobre loca habían olvidado su misión; se había escapado, y sin ser observada por nadie había llegado hasta colocarse en medio de todos nosotros. Fue una escena muy penosa. Fue necesario llevársela pese a sus gritos y su resistencia. Muchos invitados desconocían su enfermedad. Hubo que darles explicaciones. Se habló bastante rato en voz baja. Todos los rostros estaban entristecidos. «¡Mal presagio!» decían las personas supersticiosas, de las que hay muchas en Lituania.

Mientras tanto la señorita Iwnska pidió cinco minutos para rehacer su tocado y colocarse su velo de novia, operación que duró una buena hora. Era más de lo necesario para que las personas que ignoraban la enfermedad de la condesa conocieran la causa y los detalles.

Por fin la novia reapareció magníficamente adornada y cubierta de diamantes. Su tía la presentó a todos los invitados, y cuando llegó el momento de pasar a la capilla, ante mi gran sorpresa, en presencia de toda la compañía, la señora Dowghiello le dio una bofetada a su sobrina, lo suficientemente sonora

como para hacer que se volvieran todos los que hubieran tenido alguna distracción. La bofetada fue recibida con la más perfecta resignación, y nadie pareció asombrarse por ello; solamente un hombre vestido de negro escribió algo en un papel que había traído, y algunos de los asistentes añadieron su firma con la mayor indiferencia. No fue sino al final de la ceremonia cuando conocí la solución del enigma. Si la hubiera adivinado, no habría dejado de manifestarme con toda la fuerza de mi sagrado ministerio contra esa odiosa práctica, que tiene como fin establecer un caso de divorcio simulando que el matrimonio sólo se había realizado como consecuencia de la violencia material ejercida sobre una de las partes contratantes.

Después del servicio religioso, consideré un deber dirigirle algunas palabras a la joven pareja, insistiendo en ponerle ante los ojos la gravedad y la santidad del compromiso que acababa de unirlos, y como aún tenía en el corazón la postdata fuera de lugar de la señorita Iwinska, le recordé que entraba en una vida nueva, no ya acompañada de diversiones y alegrías juveniles, sino llena de deberes serios y de graves pruebas. Me pareció que esta parte de mi alocución produjo mucho efecto sobre la novia, como sobre todas las personas que entendían el alemán.

Salvas de las armas de fuego y gritos de alegría acogieron el cortejo al salir de la capilla, luego pasamos al comedor. El banquete era magnífico, y como los apetitos se habían agudizado, al principio no se oyó más ruido que el de los cuchillos y los tenedores, pero pronto, con la ayuda de los vinos de Champagne y de Hungría, empezaron a charlar, a reír e incluso a gritar. Se brindó por la novia con entusiasmo. Apenas acababan de volverse a sentar, cuando un viejo pane de blancos bigotes se levantó y, con voz formidable, dijo: «Veo con dolor que nuestras viejas costumbres se pierden. Nuestros padres jamás habrían hecho este brindis en vasos de cristal. Bebíamos en el zapato de la novia, e incluso en su bota, pues en mis tiempos las damas llevaban botas de tafilete rojo. Demostremos, amigos, que seguimos siendo aún verdaderos lituanos. — Y tú, señora, dígnate darme tu zapato.»

La novia le respondió ruborizándose, con una risita ahogada: «Venga a cogerlo, señor.»

El pane no se lo hizo repetir dos veces, se puso galantemente de rodillas, le quitó un pequeño zapato de raso blanco con tacón rojo, lo llenó de vino de Champagne y bebió tan rápido y tan hábilmente no que se le derramó sobre sus ropas sino menos de la mitad. El zapato pasó de mano en mano, y todos los hombres bebieron en él, aunque no sin esfuerzo. El viejo gentilhombre reclamó

el zapato como una reliquia preciosa y la señora Dowghiello mandó llamar a una doncella para que viniera a reparar el desorden del atuendo de su sobrina.

Ese brindis fue seguido de otros muchos, y pronto, los invitados se pusieron tan ruidosos, que no me pareció conveniente permanecer entre ellos. Me escapé de la mesa sin que nadie me prestara atención y fui a respirar el aire fuera del castillo; pero allí encontré también un espectáculo poco edificante. Los criados y los campesinos, que habían bebido cerveza y aguardiente a sus anchas, estaban en su mayoría borrachos. Aquí y allá, sobre el prado, los borrachos se hallaban tumbados privados de sentido, y el aspecto general de la fiesta se parecía mucho a un campo de batalla. Yo había sentido alguna curiosidad por ver de cerca las danzas populares; pero la mayoría eran ejecutadas por gitanas descaradas, y me pareció que no era correcto pasearme por entre esa masa. Regresé pues a mi habitación, leí algún rato, luego me desvestí y me dormí enseguida.

Cuando me desperté el reloj del castillo estaba dando las tres. La noche era clara, aunque la luna estuviera un poco velada por una ligera bruma. Intenté recuperar el sueño, pero no pude conseguirlo. Según mi costumbre en ocasiones semejantes, quise coger un libro y estudiar, pero no encontré cerillas a mi alcance. Me levanté e iba a tientas por mi habitación cuando un cuerpo opaco, muy grueso, pasó por delante de mi ventana, y cayó con un ruido sordo en el jardín. Mi primera impresión fue que era un hombre, y pensé que uno de los borrachos se había caído por la ventana. Abrí la mía y miré; no vi nada. Encendí por fin una vela, y después de volverme a la cama, estuve repasando mi glosario hasta el momento en que me trajeron el té.

En torno a las once, me dirigí hacia el salón donde encontré muchos ojos fatigados y muchas caras descompuestas; supe, en efecto, que habían abandonado la mesa muy tarde. A las once y media, después de muchas bromas de mal gusto, empezaron a murmurar, primero en voz baja y luego en voz alta. El doctor Frœber se encargó de enviar a un ayuda de cámara a llamar a la puerta de su señor. Al cabo de un cuarto de hora, este hombre descendió, y algo emocionado, le contó al doctor que había llamado más de una docena de veces, sin obtener respuesta. Nos consultamos la señora Dowghiello, el doctor y yo. La inquietud del lacayo se había adueñado de mí. Subimos los tres con él. Delante de la puerta, encontramos a la doncella de la joven condesa completamente asustada, asegurando que debía haber ocurrido alguna desgracia, pues la ventana de la señora estaba completamente abierta. Me acordé con terror de ese cuerpo pesado caído delante de mi ventana. Dimos grandes golpes. Sin respuesta. Por fin el ayuda de cámara trajo una barra de hierro y forzamos la puerta… ¡No! me

falta valor para describir el espectáculo que se ofreció ante nuestros ojos. La joven condesa estaba extendida muerta sobre su cama, con la cara horriblemente herida, la garganta abierta, inundada de sangre. El conde había desaparecido, y nadie desde entonces ha tenido noticias de él.

El doctor observó la horrible herida de la joven. «No es una hoja de acero, lo que ha causado esta herida —exclamó— ¡Es una mordedura!»

***

El profesor cerró su libro y miró al fuego con aspecto pesantivo.

—¿La historia ha terminado? —preguntó Adelaida.

—¡Terminada! —contestó el doctor con una voz lúgubre.

—Pero —prosiguió ella— ¿por qué la ha titulado usted Lokis? No hay ningún personaje que se llame así.

—No es un nombre de hombre —dijo el profesor… Veamos, Teodoro, ¿comprende usted lo que quiere decir Lokis?

—Nada en absoluto.

—Si usted conociera a fondo la ley de transformación del sánscrito al lituano, habría reconocido en lokis la forma sánscrita arkcha o rikscha. Se le llama lokis en lituano al animal al que los griegos llamaron άρχτος, los latinos ursus y los alemanes bär.

Ahora comprende mi epígrafe:

Miszka su Lokiu / Abu du tokiu

Usted sabe que en el Roman de Renard el oso se llama damp Brun. Los eslavos lo llaman Michel, en lituano es Miszka, y ese sobrenombre reemplaza siempre al nombre genérico de lokis. Así es como los franceses han olvidado su palabra neolatina de goupil o gorpil para sustituirla por la de renard. Les citaré otros muchos ejemplos…»

Pero Adelaida observó que era tarde, y nos separamos.

NOTAS

[1] *Hay más cosas en el cielo y en la tierra, Horacio, que lo que puede soñar tu filosofía*. (*Hamletet*, Acto I, última escena).

[2] En algunas traducciones bajo el título “Cargamento de ébano”.

[3] Juego de mesa de similares características al back-gamón inglés.